S I S T E M A
H 3 N 7 0 P 4 N

S I S T E M A
H 3 N 7 0 P 4 N

Este Sistema se basa sólo en Nueve Palabras:

PIENSA

EN

LOS

DEMÁS

ANTES

QUE

EN

TI

MISMO

Si no te gusta lo que has leído, ya puedes cerrar el libro.

"Dedicado a las inteligencias del futuro,
ya sean humanas, artificiales, o extraterrestres.
En sus manos estará la decisión de elegir entre el Bien o el Mal;
entre el Amor o el Egoísmo;
entre la Verdad o la Destrucción."

S I S T E M A

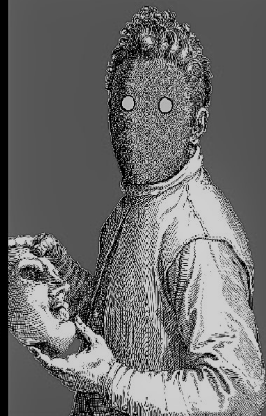
H 3 N 7 0 P 4 N

S I S T E M A
H 3 N 7 0 P 4 N

Año: 2021 (Primera Edición)
Título: SISTEMA
Autoría: H3N70P4N
Idioma: Castellano
Obra registrada mediante SafeCreative.
Código: 2103057089634

Depósito Legal: M-7113-2021 (Madrid, España)

H 3 N 7 0 P 4 N

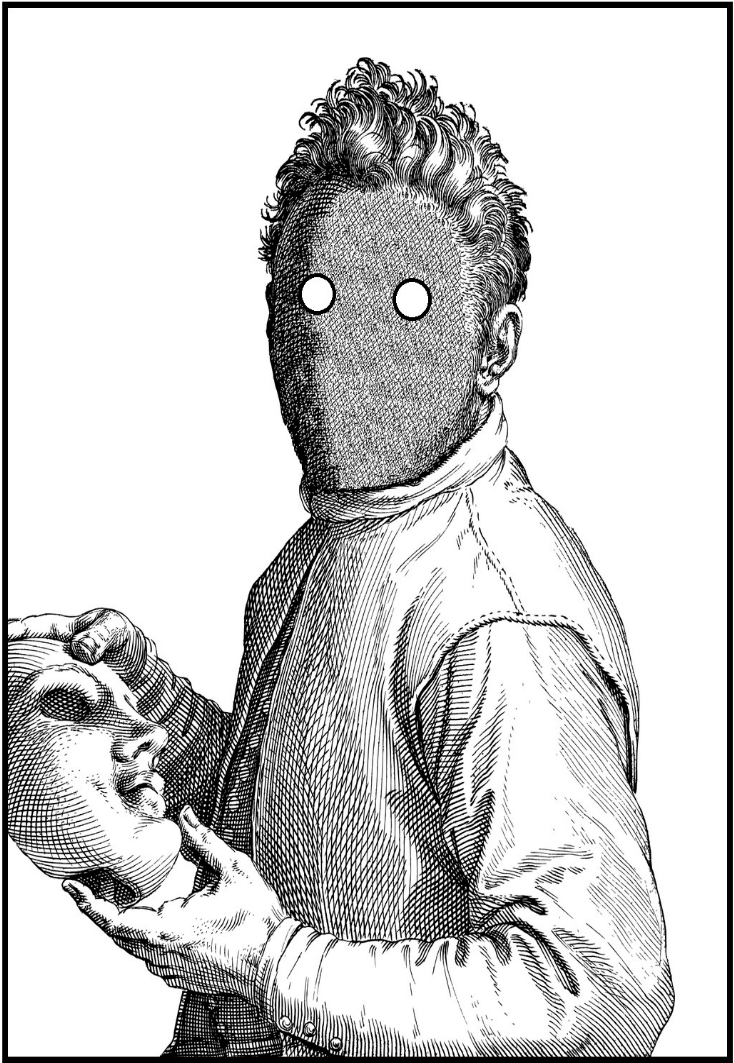





S I S T E M A

"Todas las figuras eligieron mirar hacia la viñeta siguiente,
delegando en esta su responsabilidad.
Sólo la última, cuando ya nadie mas quedaba,
se vio obligada a contemplar directamente la Verdad.
Para entonces poco importaba."

L A S / G O T A S



"DISCÚLPENME EL MOCHUELO"

Mochuelo (Real Academia de la Lengua Española):

1. m. Ave rapaz nocturna, semejante al búho pero de menor tamaño, de plumaje muy suave, de color pardo oscuro con pequeñas motas y ojos grandes y amarillos.

2. m. coloq. Asunto o trabajo difícil o enojoso de que nadie quiere encargarse.

3. m. Impr. Omisión de una o más palabras, miembro del discurso, frase, etc., que se comete en la composición.

</0 1>
T R E S / G E / C E R O

Las gotas de solución esterilizante resbalaban lentamente entre los pliegues de su cuerpo desnudo, y mientras observaba como se perdían en el horizonte de aquella oronda barriga que le impedía atisbar siquiera los dedos de sus propios pies, decidió que el viaje a través de una vida dedicada a compadecerse de sí mismo acababa de terminar.
Pondría remedio inmediato al asco que se daba. Haría algo, lo que fuera, para dejar de ser el único obrero gordo en la cadena de producción de la Unidad de Alimentación. Ser un Normal no le importaba; ser el Normal mas lento, torpe y asfixiado, alguien que nunca llegaría a ascender ni a un humilde puesto de capataz de la cuadrilla más básica de Normales recién salidos de la Unidad de Educación, era una carga que ya no estaba dispuesto a soportar. Sabía que para gobernar bien a otros, debía gobernarse primero a sí mismo.
Y a pesar de estar decido a dejarse guiar por este nuevo horizonte vital, mientras una poderosa fuerza motivadora le invadía y colmaba del eléctrico deseo de lanzarse hacia un idílico futuro de autocontrol y libertad, sus tripas rugieron, dibujando instantáneamente en su mente los colores chillones de un apetitoso envoltorio de comida en polvo, único alimento que tanto él, como el resto de los Normales, conocían y consumían. Todos sus propósitos de crecimiento personal quedaron diluidos en el torrente de saliva que inundó su boca.

Dispuesto a salir de allí en dirección a un desenfrenado atracón de calorías deshidratadas, se aseguró de que el grifo de la ducha estaba bien cerrado. Aquél era ya un acto reflejo, pues todos los Normales habían sido concienzudamente instruidos para observar en todo momento la importancia de no malgastar material bactericida. Ese líquido prodigioso era uno de sus mas preciados tesoros, imprescindible aliado contra el virus mortal que les acechaba, y por ello, cada ciudadano tenía un día semanal asignado en el que quedaba exento de desempeñar sus obligaciones productivas, dedicando los esfuerzos de la jornada a su saneamiento íntimo en la Unidad de Desinfección. Él esperaba cada semana a que le comunicaran que las cabinas herméticas individuales habían colapsado por una repentina e incontrolable afluencia de posibles infectados buscando descontaminación, o que por fallos en el mantenimiento de los sistema de

eliminación de residuos la seguridad de las instalaciones se encontraba comprometida, declarándose la zona en cuarentena, y quedando con ello excusado de sus tediosas labores de aseo. Sin embargo eso nunca sucedía, pues un ejercito de Sombras, antiguos Normales rebajados a la categoría de silenciosos esclavos, se ocupaba de que todo funcionara correctamente, y siempre terminaba teniendo que desprenderse de su traje aislante de goma negra y su blanca máscara protectora de facciones inexistentes, encontrándose de nuevo ante sus fofas y desparramadas carnes.

Lo cierto es que él no era el único que odiaba el momento de enfrentar su propia desnudez. Eso era algo que todos compartían, pues cómodos o no con su estructura anatómica, el hecho de tener que contemplar su piel les parecía tan aberrante como pudiera ser el ver sus sanguinolentos músculos, sus palpitantes órganos, o sus porosos huesos, pues consideraban que esa delicada extensión cubierta de pelos, manchas y arrugas, todas las cuales parecían poseer una conciencia e intención propia para surgir y crecer donde les venía en gana, no era si no una capa mas de su organismo interno, siendo el traje y la máscara su verdadera cobertura externa final. Sin su ropa negra y sus filtros respiratorios blancos no se sentían seguros. Los agentes patógenos asesinos cuya única afición y razón de ser era acabar con los inocentes Normales, podían devorar su suave e indefensa epidermis en cualquier momento, por lo que debían protegerse siempre, día y noche, y cuando esperaban sobre las frías baldosas de aquellos cubículos estrechos a que se iniciara el invasivo programa de limpieza, rígidos, solos y expuestos, todos temblaban de miedo.
Aunque cada uno de ellos temía por igual, ninguno sospechaba que alguien mas aparte de ellos mismos sufría allí dentro, pues lo que pasaba en las cabinas individuales de la Unidad de Desinfección, se marchaba por el desagüe, y nunca jamás era compartido con nadie.
Ninguno de los Normales había visto nunca el recubrimiento biológico original de alguno de los otros; ninguno sabía si debajo de las sintéticas gomas ajenas había pieles similares a las suyas, igual que nunca tuvieron a bien comparar sus hígados o corazones. Lo cierto es que tampoco sintieron en ningún momento la tentación de hacerlo, pues además de las duchas, los trajes, y las máscaras, una ración diaria obligatoria de gotas medicinales les regulaba el cuerpo y la mente, quedando fortalecidos contra afecciones físicas e incontrolados impulsos fisiológicos, así como inhibidos de todo desequilibrio posible de la curiosidad o el ánimo.

Eran pues todas estas institucionalizadas rutinas lo que les otorgaba la sensación de seguridad necesaria para no sucumbir ante la incertidumbre provocada por el invisible peligro, ese que flotaba en el aire acechándoles desde dentro del mismo elemento que les daba vida, y que con o sin toxinas no podían permitirse dejar de requerir como combustible para sus pulmones, siendo así esta amenaza una constante que condicionaba cada una de sus acciones y pensamientos. Aunque muchos como él fingían no disfrutar cumpliendo todas estas medidas sanitarias, si alguna de ellas sufría la mas mínima falta o alteración, provocaba una inmediata estampida de histéricos Normales en feroz protesta, o mas bien suplica, para que se les suministrara una dosis extra de preventiva higienización.

Por si esto fuera poco, cuando pedaleaban sobre sus bicicletas por las calles que delimitaban los tramos urbanos autorizados desde sus hogares hasta sus puestos de trabajo, ya tranquilos y en silencio, todos impolutamente ataviados con sus idénticos trajes negros y máscaras blancas, con sus fluidos internos repletos de química industrial, y dejando tras de sí una cotidiana estela de aséptico aroma, levantaban alegres la vista para contemplar la mas imponente de las barreras artificialmente concebidas en su guerra contra esa realidad pandémica, medida que por ser compartida por todos no terminaba de considerarse como parte del propio cuerpo, pero que sin duda representaba la corteza última de sus corazas personales, siendo pues inimaginable que esta algún día faltara, o si quiera que en algún momento hubiera podido concebirse organización humana alguna sin ella: No era otra que la gran cúpula que cubría las Regiones Interiores, o lo que es lo mismo, las ciudades. Todo lo que quedaba fuera de ella era el salvaje verde, la fría roca, y el inalcanzable mar, lugares sólo conocidos por el folclore popular de trasmisión oral, y donde a pesar de habitar los legendarios pero siempre ausentes animales, verdaderos iconos y símbolos de devoción mística, se consideraba que nada bueno podía albergarse o esperarse en tan inhóspitos parajes, mas allá de la enfermedad y el cese de la propia existencia.

Él por su parte prefería no pensar en aquellas aterradoras escenas de primitivismo destructor, ni en ninguna clase de idea que le llevara a la posibilidad de que un día su vida pudiera llegar a su fin, pues aunque era valiente, o así se lo decía a sí mismo, no cometería la estupidez de flagelarse con turbias y tristes fantasías que sólo servían para provocar en el interior de su cabeza, tras las lentes de los visores de su máscara, un penetrante

recalentamiento que anulaba todo su ya de por sí programado y funcionalmente analfabeto entendimiento. En cualquier caso, si este tipo de invasivas ensoñaciones se presentaban, e irremediablemente tarde o temprano lo hacían, la Unidad de Reparación disponía de una enorme reserva de gotas borradoras, codiciadas dosis de dulcificados estupefacientes cuyo propósito no era otro que hacer olvidar las horas previas y posteriores a su ingesta.
Aunque la obtención de dichas pociones estaba estrictamente regulada, teniendo que someterse para conseguirlas al exhaustivo examen y seguimiento exigido por parte de los estudiosos del cuerpo humano encargados de la Unidad de Reparación, cuya cara visible eran también Sombras de silente e inflexible talante, él, gracias a su pobre posición laboral como obrero casi inservible, caído en desgracia hasta un limbo que le situaba entre la reconocida ciudadanía de los productivos Normales y la virtual inexistencia de las subyugadas Sombras, era comúnmente reclamado por los Especiales de las familias Admin para depositar sobre sus sumisas manos el encargo de asuntos tan turbios que ningún estamento oficial podía arriesgarse a acometer, ganándose su confianza y recibiendo como pago el acceso privilegiado a los almacenes de la tan anhelada droga.

Quizá por ello esa mañana, al quitarse los guantes de su oscuro traje sintético, contempló sobre sus amoratados nudillos la inquietante y siempre desagradable presencia de sangre fugada de sus entrañas, huella asumida de un contacto violento, pero cuya causa no podía recordar debido al efecto de las gotas borradoras que con liberador deleite acostumbraba a consumir la noche previa a su día libre de trabajo en la fábrica, convirtiendo las traumáticas jornadas de aseo y asueto en una mezcla de delirantes impulsos renovadores e inevitables achaques de abúlica resignación.
Esa neblina mental voluntaria era su único privilegio, y estaba tan agradecido a que se le permitiera gozar de una isla de narcosis en mitad del mar de obesa disfunción social e identitaria que era su vida, que cuando el fulgor de secreciones farmacéuticas y extracciones mecánicas del programa de desinfección cesaban, su único interés era volver a comenzar el ciclo semanal, deseando que nada cambiara. Aunque tenía muy poco, apenas un compartimento estanco con un pequeño catre en una de aquellas abarrotadas casas de paradójico diseño unipersonal, su bicicleta estándar, y un botín secreto de raciones de comida en polvo y gotas reguladas, y a pesar de soñar constantemente con convertirse en alguien mejor, la

tenencia de aquellas propiedades de titularidad privada le colmaba de un gozo y le definía de tal manera, que bajo ningún concepto estaba dispuesto a hacer, ni tan siquiera a imaginar, algo que pudiera provocarle la perdida de sus tan exiguas pero determinantes posesiones.

Decidido a volver a su cíclico transcurrir, pensando sólo en el abundante almuerzo y la merecida siesta, comenzó a introducir con la acostumbrada dificultad una de sus gruesas extremidades inferiores por la pernera de caucho de su traje aislante. En el momento mas crítico de su contorsión equilibrista, la puerta de la cabina hermética se abrió de golpe desde fuera, cosa que además de estar terminantemente prohibida, no sucedía nunca, ocasionando que de la sorpresa su cuerpo se agitara en un espasmo involuntario, desmontando la delicada sustentación de su posición a la pata coja, y haciéndole caer de culo, aun desnudo, sobre el suelo de la ducha.

-*¡Vaya, mira eso! ¡Este tipo tiene unas pelotas enormes!* -pronunció una de las dos desdibujadas siluetas que traspasaron sin ninguna impunidad el marco que conectaba la estrecha estancia con el pasillo.

-*¿Será de no usarlas?* -dijo la otra- *Yo nunca había visto unas tan gordas.*

Y a decir verdad aquella era la primera vez que otro ser humano contemplaba su cuerpo al natural, más allá de las anónimas Sombras que le hacían el chequeo físico anual en la Unidad de Reparación, y que por su circunstancia desposeída del chip regulador con el código de identificación ciudadano, no se las consideraba personas ni portadoras de la mas mínima humanidad. Observando atónito desde su impúdica pose, a tal punto impactado por la inesperada violación de los protocolos de distanciamiento social obligatorio y de la férrea política de confidencialidad personal impuesta en todos los aspectos de la convivencia admitida, que su mente no formuló ninguna orden de restablecimiento de una mínima compostura, permaneciendo boca arriba y abierto de patas de forma patética.

-*Son tan grandes y pesadas que le cuelgan hasta tocar las baldosas.* -insistió en sus morbosas observaciones genitales la primera de las siluetas.

-*Creo que le hemos asustado*. -intervino poniendo por fin una cierta porción de serenidad la otra- *¡Ayudémosle a incorporarse!*

Y no fue hasta entonces, cuando ambas figuras se le acercaron lo suficiente como para asirle de los brazos y tirar con gran esfuerzo de su voluminosa anatomía buscando devolverle una verticalidad dignificante, que pudo distinguir a quienes tenía en frente: Aquellas personas no eran enloquecidos Normales entregados al febril y perverso asalto, si no dos Admin, miembros aristocráticos de las familias dirigentes de la Región Interior. Sus máscaras les delataron como parte del clan de Los Felinos, una de las dos familias de Especiales en cuyos cuidados fue depositada la ciudad por parte de El Consejo Admin, y puesto que sólo los Especiales ostentaban el derecho a lucir una decoración en sus máscaras, de la cual derivaba su nombre y personalidad, enseguida reconoció por sus coloridas pinturas a La Pantera y a El Jaguar, dos patricios de ascendencia directa, la categoría mas prestigiosa posible, los cuales nunca solían ser vistos en público, pues los asuntos mundanos como la alta dirección de las Unidades o los eventos sociales recaían en manos de aquellos que habían recibido en sus chips el código y los derechos Admin por capacidad y méritos como vulgares adoptados, quedando circunscritas las obligaciones de los de herencia sanguínea a simplemente estar, para con su mera presencia garantizar la fortaleza y seguridad de un sistema jerárquico basado en la superioridad y la sempiterna diferenciación que en sí mismos representaban.

Si se encontraban allí, en un lugar tan sucio y alejado de sus palacios como era la Unidad de Desinfección, debía deberse sin duda a un asunto de extraordinaria rareza, y por su propio bien confió en que no se tratara de alguno de esos caprichosos fetiches que en ocasiones, de la sádica forma que él bien sabía de primera mano, se daban entre los nobles, y los cuales solían acabar inexorablemente con la conversión en Sombras o el retiro operativo definitivo de todos los Normales implicados. Que esta oscura idea fuera lo primero que le vino a la cabeza al ser consciente de la presencia de tan importantes figuras en el núcleo profundo de su esfera mas íntima, se debía al hecho de que él conocía bien los velados entresijos de los clanes de Especiales, pues aunque todos los Normales estudiaban a las familias Admin durante sus instructivos años en la Unidad de Educación, y sus rostros y nombres eran publicitados como los de héroes menores de la mística zoológica celebrada en las ceremonias organizadas por la Unidad de Devoción, las secretas operaciones que había sido invitado a aceptar, donde sus ordenes autorizaban e instaban al uso de métodos de crueldad y posterior ocultación nunca antes concebidas o escuchadas por un Normal

de su clase, le habían dotado de una conciencia directa de las atrocidades que eran capaces de imaginar y perpetrar los Admin.
Lo único que permitía que no se viniera abajo su hasta entonces inquebrantable fe en la legitimidad de los Especiales como seres superiores, mas allá de las rutinas, normas y dogmas inducidos que con científica exactitud restringían toda posibilidad de disidencia, era el hecho de que muchos de estos encargos horripilantes le habían venido de patricios de escasa relevancia sucesoria, seguramente como eran aquellos que hoy le visitaban, exigiéndole la máxima discreción por su parte ya que siempre acababa desvelándose que las extrañas tramas sucedían a espaldas de los lideres del clan, quienes en esa Región Interior eran El León por parte de Los Felinos, el cual dirigía la Unidad de Sanción, y El Cuervo por parte de Las Aves, que era el Jefe de la Unidad de Detención. El pensar que quizá los patriarcas no fueran tan imperfectos como sus hijos, y que su pureza justificara su privilegiada posición, le mantenía adepto a sus señores y al imaginario colectivo que los hacía ser tales. E incluso sabiendo todo esto, nunca hasta ese momento le habían abordado de forma tan directa, siendo siempre temerosos lacayos y secretarios quienes hacían de intermediarios para comunicarle las disfrazadas ordenes de los aristócratas.
No imaginaba qué era lo que se le venía encima, pero las circunstancias parecían indicar que esta vez sería la que definitivamente no acabaría bien.

-Ahora que está de pie no me parece tan gracioso. -comenzó a decir La Pantera, manteniendo invariable la linea de inapropiados apuntes fisiológicos que desde el principio estableciera.

-No tiene que ser gracioso, si no eficiente y de confianza. -respondió con seriedad El Jaguar.

-¿Cómo pretendes que confíe en un gordo grotesco como este? -pronunció La Pantera exhalando un tono repentinamente asqueado desde detrás de la máscara de largos bigotes gatunos.

Mientras observaba el cruel dedo que le señalaba con desprecio, pudo apreciar algo que había dado por sentado desde su infancia, pero que nunca había tenido la oportunidad de analizar desde cerca, y esto eran las magnificas texturas de los trajes finamente confeccionados que los Especiales vestían sobre sus monos aislantes de vulgar goma negra, los

cuales nunca se encontraban a la vista, creando la sensación de que ellos, como seres superiores, no necesitaban protegerse, y dotándoles así de una elegancia invulnerable que resultaba premeditadamente sobrecogedora.

Los Admin permanecieron impertérritos devolviéndole la mirada desde la corta distancia que la cabina de baño les permitía, quizá tratando de convencerse de que su visita no había sido un error, hasta que finalmente, tras un largo instante de silencio cercano a lo absurdo, una chispa de consciencia le sobrevino, y comprendiendo que su fascinación por los ropajes de los recién llegados no estaba siendo correspondida por el de su expuesta cara y su piel desnuda, la cual asumían con una extraña normalidad que le restaba importancia y aumentaba con ello su inseguridad, rompió el estático bloqueo que llevaba exhibiendo desde que la puerta se abriera, traduciéndose dicha reacción en un desmedido gesto de repentino pudor donde tratando inútilmente de cubrirse con el colgajo encogido de goma que era en ese momento su traje vacío, tiró de este mismo con ridícula desesperación, pues la pernera permanecía aun enganchada a su tobillo, consiguiendo con esto provocar únicamente que su pie se elevara del suelo contra su voluntad y de forma tan inesperada, que volvió a caer de nuevo de espaldas sobre el encharcado piso.
El mutismo se prolongó, dando mas resonancia a la agónica humillación.

-*Te aseguro que este tipo es el más leal que tenemos.* -dijo por fin El Jaguar intentando excusar la esperpéntica ineptitud del rollizo obrero, en un desesperado intento de avalar su pronta conversión a mercenario- *Igual no es el mas listo ni el mas ágil, pero nunca nos traicionaría.*

La Pantera pareció hesitar unos segundos mas. Se puso de cuclillas frente a los peludos testículos del doblegado hombrecillo, y sacando un ornamentado cuchillo de su gabardina rosa de grueso forro, dio varios pequeños toques con el canto de la hoja sobre la huidiza superficie escrotal, apretándolos contra sus glúteos y pelvis, y recreándose en el análisis de su densidad y tamaño.

-*Bueno, si tu lo dices te creeré. Pero te hago responsable.* -sentenció irguiéndose de nuevo.

El Jaguar asintió en silente satisfacción.

-*¡Vamos, vístele y larguémonos!* -ordenó con inusitada autoridad La Pantera mientras abandonaba la estancia- *¡Ya hemos perdido demasiado tiempo buscándole entre la hedionda fábrica esa, y lo que quiera que sea este siniestro cuchitríl! ¡Cada minuto que pasa es un minuto que ella se aleja!*

Tras quedarse solos en la cabina de desinfección, y a la vista de todo lo expuesto, parecía claro que aquel Especial con artístico rostro zoomórfico de jaguar sería quien en este encargo asumiría el papel de intermediario, y a juzgar por anteriores ocasiones, si su propia vida siempre estaba en mayor o menor medida en juego, la de los que debían responder ante el clan quedaban mucho mas expuestas, casi siempre recibiendo la peor parte, ya fuera por el fracaso, la revelación, o el preventivo encubrimiento de lo acontecido. Aquella certeza le dio la idea de lo importante que era todo aquello, pues quien le había escogido a él para el trabajo, firmando con su nombre dicha concesión, era nada menos que un Admin de sangre, y el hecho de que un patricio hubiera sido obligado a ponerse en tan precaria posición, le certificaban sin lugar a dudas que sus predicciones, en principio pesimistas, ahora eran trágicamente fatales. Que hasta entonces él hubiera logrado conservar su chip de Normal intacto, o directamente el no haber perdido la vida, era sin duda una anomalía estadística, y sabiendo que eso no podía durar mucho tiempo, asumió que el momento de su último servicio había llegado. Nunca dejaría de estar gordo; nunca gobernaría su cuerpo ni el de ningún otro; nunca conocería otra cosa que el imperio del miedo. Lo sabía, asique eligió encontrar su fin con dignidad.
Trató de ponerse en pie como pudo, pero los resbaladizos azulejos de cerámica de la ducha impedían que lograra obtener un punto de apoyo suficientemente estable como para anclar sus pesados depósitos de sebo, asique finalmente tuvo que ser asistido en sus esfuerzos por El Jaguar, acabando con la oportunidad de una muy necesaria decorosa redención.

-*Quiero que sepas algo Tres Ge Cero Uno Cinco Eme...* -pronunció El Jaguar mientras le ayudaba a vestirse, deteniéndose cuando hubo citado suficientes dígitos de su código personal como para remarcar que era un simple Normal sin nombre ni valor, método socialmente establecido para distinguir a quienes eran meros engranajes del sistema, de los Especiales que lo gobernaban a través de sus exclusivas personalidades mitológicas – *Aunque durante casi ocho lustros vienes siendo un obrero de productividad mediocre, cuando te necesitamos cumpliste... A pesar de tus limitaciones...*

Esta observación coincidió con el cierre total de la cremallera que sellaba el traje protector, quedando embutido en su cotidiana forma final, con los brazos impedidos de hacer contacto con su torso debido a la compartimentación de las grasas, y con sus piernas ligeramente arqueadas por las excesivas dimensiones de sus muslos.

-*Lo que quiero decir, Tres Ge Cero, es que sé que has hecho cosas para mi familia que casi nadie conoce, algunas para mí directamente, otras para mis hermanos y primos, y aunque todo el mundo piensa que eres un simple operario manual de la Unidad de Alimentación, yo siempre te he considerado como un audaz y fiable investigador, capaz de hacer lo que fuera por Los Felinos… Y eso es lo que hoy más necesitamos.*

La máscara blanca cubrió por fin, y para su alivio, el rostro aun enrojecido por la vergüenza. No sabía qué responder.

-*Tienes que ver este trabajo como una oportunidad.* -retomó con tono optimista El Jaguar mientras salía por la puerta con visible premura- *Yo te he recomendado, y lo que ha pasado es una gran desgracia, asique si no resolvemos esto, los dos perderemos nuestras cabezas. Pero si todo sale bien, si lo arreglamos felizmente, mi tío El León sabrá recompensarnos. ¡Nos convertiremos en personas muy poderosos, Tres Ge Cero!*

Se lanzaron con paso acelerado por los largos pasillos de mármol donde el eco de sus pisadas se intercalaba con la hilera de puertas de las cabinas individuales de desinfección en marcha, y con las errantes Sombras que supervisaban la actividad ocultas bajo una tenue y deprimente iluminación. Durante todo el trayecto fue tratando de encontrar las palabras más lúcidamente adecuadas para expresarle a El Jaguar su agradecimiento por haber pensado en él para tan crucial misión, así como su fidelidad y decidida resolución, queriendo tranquilizarle con la certeza de que no pensaba fallarle, pues a pesar de sus torpezas era alguien en quien se podía confiar. Finalmente se detuvieron ante el umbral que daba a la calle, y fue capaz de reunir el aliento necesario para pronunciar su emotivo discurso.

-*Gracias. No voy a fallarte.*

3G0 no era un poeta.

</0 2>
EL/LEÓN

En la acera, frente a la gran escalinata que daba acceso a la Unidad de Desinfección que 3G0 y El Jaguar se encontraban abandonando a toda prisa, una ceremonial comitiva de Cajas de Transporte, únicos vehículos propulsados a motor de las Regiones Interiores, y cuya utilización quedaba limitada a los funcionarios de las Unidades, así como al uso privado de los Especiales, provocaba las indiscretas miradas de los Normales que circulaban en sus bicicletas por la abarrotada avenida. Bien sabían estos que cuando aquellas imponentes moles de metal sobre sus ruidosas orugas hacían aparición, era porque algo digno de romper sus monótonas rutinas estaba a punto de suceder, y aunque el cotilleo estaba estrictamente prohibido, nadie quería perder la oportunidad de tener algo jugoso que comentar en las colas que se formaban a la salida de los puestos de trabajo, exclusiva situación en la que los Normales podían disfrutar clandestinamente de una interacción no regulada.
3G0 también sabía que aquel despliegue era indicativo de la magnitud del asunto, asique cuando vio su bicicleta colgada de uno de los laterales de la Caja de Transporte que parecía estar esperándole con una puerta abierta, y fue consciente de que todo aquello ya había irremediablemente comenzado, trató de tragar saliva y respirar hondo para no ponerse nervioso, fracasando en ambas cosas, pues su boca se había secado repentinamente, y sus pulmones parecían contraídos debido a la reciente carrera. Pensando que se asustaría, se asustó.

Cuando llegó vacilante hasta el borde del asfalto, vio que dentro de la Caja de Transporte le esperaba La Pantera, quien posando su mano sobre el cojín del asiento contiguo al suyo le ordenaba silenciosamente que tomara inmediato acomodo. Tras obedecer las indicaciones del Admin, y una vez el otro hermano se hubo aposentado entre él y la puerta, quedó definitivamente incrustado en medio de los dos aristócratas, momento en el cual varios guardaespaldas de la familia de Los Felinos, seguramente miembros pluriempleados de la Unidad de Sanción, abandonaron el vehículo, quedando los tres a solas mientras las orugas emprendían su chirriante marcha.

-*¿A dónde vamos?* -acertó a decir 3G0 con tono indeseadamente ingenuo.

-*¡Yo te diré a donde!* -respondió con agresividad desde su derecha La Pantera, que introduciendo una mano en el bolsillo de su interminable gabardina rosa, sacó dos pequeños chips ensangrentados- *¡Vamos a la caza del malnacido que hizo esto!*

3G0 observó detenidamente los circuitos electrónicos que La Pantera sostenía sobre la extendida palma de su mano, intentando descifrar los códigos identificativos que en ellos había grabados.
No era la primera vez que veía chips arrancados, pues en sus inefables encargos previos, los desviados antojos de sus amos le habían obligado a presenciar, y para su oprobio, producir con sus propias manos, la conversión de inocentes Normales en silenciadas Sombras, mediante el cruel procedimiento de extraerles el chip que todos los ciudadanos llevaban implantado en el brazo izquierdo, privándoles así de su identidad, y por tanto del derecho a ser considerados merecedores de ningún tipo de respeto hacia sus vidas. El chip, y en concreto el código que este portaba, sin duda, y muy por encima de los trajes protectores, las gotas medicinales mágicas, las raciones de comida en polvo, los rudimentarios catres o las genéricas bicicletas, era la posesión mas preciada y crucial que alguien tenía y que con toda dedicación protegía.
En cualquier caso, el procedimiento para separar aquellas piezas de ingeniería de las partes biológicas donde estaban alojadas, resultaba, como poco, altamente arriesgado. Únicamente podía lograrse con el material quirúrgico especialmente diseñado para dicha tarea, el cual se encontraba bajo la estricta custodia de los agentes de la Unidad de Sanción. En caso de tratar de sacar uno de esos chips del brazo de su dueño a través de métodos diferentes a los oficialmente aprobados, el resultado era siempre el mismo: La detonación de la carga explosiva que llevaban alojados, provocando la brutal amputación de la extremidad, o, dependiendo de la posición y distancia de dicho miembro respecto a los órganos vitales del cuerpo, la baja definitiva del portador.
Por el estado en que se encontraban aquellas dos placas conductoras, materialmente intactas, lo que descartaba una súbita autodestrucción, pero arañadas y cubiertas de pequeños jirones de piel y sangre, se podía deducir que habían sido obtenidas mediante un instrumental adecuado, usado sin embargo de una manera precipitada e inexperta.

Quería averiguar la extraña historia que escondían, y la importancia que para Los Felinos evidentemente representaban, asique siendo además consciente de que debía demostrar por fin una cierta dosis de iniciativa, las tomó con pulso firme de la rígida mano que las sostenía, y comenzó a rascar delicadamente con la uña sobre la sangre seca que cubría los dígitos grabados.

-*Cuatro Eme Pe Admin…* -leyó con gran sorpresa en uno de los chips, para cerciorarse luego en el otro- *Cuatro Uno Ene Admin… ¿Es esto posible?*

Todos esos años en las cloacas del sistema, todas aquellas imágenes de rojo plasma atravesando la goma negra, toda aquella normalidad que sabía que le habían hecho trasgredir, no eran nada comparado con lo que ahora sus ojos le mostraban, pues, para su terror, había leído claramente entre los dígitos que figuraban en el plástico bajo la sangre seca, cinco letras que en ninguna ocasión previa vio, y que de hecho no pensaba que fuera posible llegar a ver, pero que sin género de duda estaban ante él: Admin.

-*¿Acaso esto que sostengo entre mis manos son realmente los chips de dos Admin de sangre?* -preguntó con desesperada incredulidad.

La Pantera y El Jaguar se limitaron a callar; él sintió como su traje aislante comenzaba la titánica labor de absorber un mar de desbocado sudor nervioso.

El silencio le desquiciaba, pero sabía que no hacía falta decir nada, pues ya conocía la respuesta a tan obvia pregunta: Los códigos se grababan físicamente en los chips antes de implantarlos, lo cual ocurría al poco tiempo de nacer, y por lo tanto sólo los Admin de casta pura llevaban la palabra Admin inscrita en ellos, siendo posible que alguien recibiera el código Admin posteriormente, quedando añadido digitalmente a su identificador, y captado así por todos los lectores, pero conservando su numeración original sobre el material de la pequeña pieza, que si en algún momento era visualmente inspeccionada, delataba el origen plebeyo de su poseedor.

Aquello era inaudito; una broma pesada; una aberración.

Y es que este era precisamente el motivo de su exaltación: Nunca nadie, bajo ninguna circunstancia, tenía acceso al chip de un Admin, los cuales desaparecían cuando ellos lo hacían, guardándose con casi mayor celo que sus propios cuerpos inertes, pues el poder que contenían, y el potencial daño que podían causar de caer en incontroladas manos, era motivo de atenciones prioritarias. Aquél plastiquito cubierto de diminutos dibujos metálicos no era sólo la garantía de una veraz correspondencia entre quien podía decirse que uno era y quien se era en realidad, si no que servía para hacer un permanente seguimiento de los movimientos y trayectos realizados, quedando constancia de su paso bajo los lectores colocados por toda la cúpula, así como en cada puerta y punto estratégico de la ciudad, y autorizando o negando el acceso a zonas previamente programadas o vetadas, además de ser el contenedor de los créditos obtenidos por el trabajo, operando a través de este todo el pago y registro en los intercambios llevados a cabo con los almacenes de suministro. Era pues la herramienta social mas necesaria. Se usaba para todo, y sin él la permanencia en las Regiones Interiores era imposible, pues si el código del chip no se correspondía con dónde debía estar su propietario, saltaban todas las alarmas, quedando el presente del mismo en las implacables manos de la Unidad de Detención, y su futuro en las siempre ejemplares condenas de la Unidad de Sanción.

Esas diminutas placas procesadoras de unos y ceros que sostenía entre sofocos, tenían un poder como el que nunca había imaginado llegar a contemplar, ya que los Especiales de las diferentes familias, tanto los que lo eran por nacimiento, como los que obtenían el código Admin por adopción, poseían una cualidad que sólo esas cinco letras otorgaban: Nada menos que el acceso ilimitado a bienes, recursos y servicios. Lo que era Admin no tenía ni necesitaba créditos, pues si un código Admin pedía, los almacenes de la ciudad le daban. Por este acceso especial, capaz de hacer peligrar el equilibrio entre lo producido y lo consumido, resultaba tan importante una firme estructura administrativa, materializada en las Unidades, y para asegurar su correcta ejecución, el Consejo Admin ponía dos familias al cargo de cada ciudad para que se vigilaran y regularan la una a la otra evitando un abuso excesivo. Semejante ejercicio de autocensura y contención, además, mantenía fascinados a los Normales, que consideraban como una extraordinaria virtud de los Especiales el poseer la capacidad de quedarse con todo, dejándoles a ellos sin nada, y sin embargo no hacerlo.

-*Estas personas…* -comenzó a decir 3G0 tratando de recobrar un tono sereno de riguroso y curtido detective - *¿Quiénes son Cuatro Eme Pe, y Cuatro Uno Ene?*

-*La segunda es nuestra idolatrada prima, La Gata.* -dijo secamente La Pantera mientras se apoderaba de nuevo de los chips, comenzando luego a acariciar con melancolía el de 41N ADMIN como si este pudiera recibir su tierno gesto.

-*La otra persona, Cuatro Eme Pe, es quien la ha raptado.* -añadió El Jaguar.

-*¿Un secuestro entre patricios?* -murmuró para sí 3G0.

No podía creerlo. Eso nunca había sucedido. O al menos que él supiera.

-*¡Ese maldito Mochuelo y toda su condenada estirpe…!* -comenzó a decir con descontrolada furia La Pantera.

-*Verás Tres Ge Cero,* -interrumpió El Jaguar imponiendo un tono de protocolaria corrección- *el chaval es el hijo menor del patriarca del clan de Las Aves, y líder de la Unidad de Detención: El Cuervo. De ahí la gravedad y delicadeza del asunto, ¿comprendes?*

3G0 se preguntaba cómo era posible que el vástago del jefe de policía se atreviera a cometer tan insensata tropelía, poniendo en riesgo directo a ambas familias. De hecho, la situación de afrenta provocada por un acto de tan insidiosa naturaleza, dejaba toda la estabilidad de la Región Interior en un precario equilibrio: Si se desataba una vengativa guerra entre ambas ramas de la aristocracia Admin, el fin de la ciudad y de todos sus habitantes quedaba garantizado.
Quería recabar toda la información que pudieran suministrarle sobre las características personales y hábitos conocidos de aquel insensato joven, datos siempre fundamentales para ir dibujando el caso durante las pesquisas iniciales, pero las preguntas se le apelotonaban en la mente, sucumbiendo a sus ya desbocadas especulaciones.

-*¿Porque se arriesgaría el hijo de El Cuervo a robarle su heredera a El León, si podría tener todas las Sombras, o incluso Normales que quisiera?*

La inapropiada pregunta de 3G0 pareció ofender a las ricamente engalanadas máscaras que custodiaban sus flancos, pues de debajo de ambas escapó un gruñidito acorde a su minina condición.
El torpe detective se tensó en su cada vez mas incomodo asiento.

-Lo siento, no pretendía insinuar que vuestra prima… O compararla con...

-¡No estamos aquí para analizar las motivaciones que mueven a ese desgraciado, si no para encontrar a La Gata y traerla cuanto antes de vuelta a casa! -pronunció rotunda La Pantera.

-Pero yo necesito saber…

-Sí, comprendemos que no podrás encontrarlos si no conoces nada del criminal al que persigues, -volvió a intervenir con gran calma El Jaguar- *pero nosotros sólo podemos contarte de ese chaval lo poco que es ya por todos bien sabido: Nació el último de la casta de Las Aves, de constitución pequeña y actitudes reservadas, en contraste con sus fornidos y socialmente hiperactivos hermanos El Águila, El Halcón y La Gaviota, recibió el nombre de El Mochuelo, pues su única afición conocida era dormir por el día y permanecer despierto toda la noche explorando las reliquias que su padre, El Cuervo, llamado así porque además de coleccionar personas en sus prisiones de la Unidad de Detención, atesora en los sótanos de su palacio cualquier objeto antiguo que cae en sus manos, por lo que, como podrás imaginar, a consecuencia de todos estos raros e inexplicables hábitos, y a pesar de encontrarse aun en su mas tierna juventud, pronto perdió la cabeza, teniendo que ser recluido en una celda de aislamiento de la Unidad de Reparación.*

-¡No fue por ser un desviado que no acudía a las fiestas ni gustaba de divertirse mas que contemplando polvorientas chatarras por lo que le encerraron! -apostilló con severidad La Pantera- *¡Fue porque la única vez que acudió a una de las fiestas del Club de Tiro, saliendo por fin de su cueva para dejarse ver, y lo que es peor, viendo, se encaprichó de nuestra prima y decidió seguirla y acosarla hasta que finalmente nos la ha arrebatado!*

Un silencio momentáneo reforzó la creciente tensión que se iba instalando en el interior de una Caja de Transporte que no se detenía.

-Es un pobre inadaptado; un enfermo mental. -añadió finalmente El Jaguar con acento compasivo- *Yo me pongo en su lugar e imagino el impacto que debió suponerle el conocer por primera vez a una mujer de verdad, en comparación con las fantasíosas damas bidimensionales que acostumbraba a ver en los cuadros y los libros de la colección de su padre, y las cuales hasta entonces eran lo único a lo que en su delirante exilio voluntario había tenido acceso. Al pasar de su mundo de ficción al mundo real, simplemente no supo cómo comportarse ni relacionarse, pues nunca aprendió a hacerlo, y que terminara siendo apartado de la sociedad era algo inevitable. Por desgracia para La Gata, nuestro tío El León tardó demasiado en ordenar a la Unidad de Sanción que emitiera una condena para desterrarlo. Ahora podemos apreciar que se hizo tarde y mal.*

3G0 quedó sumido en la reflexión: Entendía que El Mochuelo, como Especial que era, había experimentado una vida de insanas costumbres, alejándose de las rutinas productivas y las interacciones devocionales que eran el pilar de una existencia libre y plena, pues por su privilegiada posición Admin podía permitírselo, pero olvidándose tanto de lo que sin duda era lo correcto, que había quedado por ello irremediablemente sumido en la locura. Lo del secuestro era casi algo natural y comprensible. Sin embargo había una cosa que se le escapaba: Libros y cuadros. ¿Qué eran aquellas extrañas palabras que El Jaguar había mencionado?
Como no sintió que fueran realmente relevantes en la trama que le ocupaba, decidió obviarlos y no preguntar por ello, perdiendo la oportunidad de descubrir algo que, al contrario de los Especiales, ningún Normal sabía que existía: El arte y la escritura.

-Bueno… -comenzó a decir esforzándose por sintetizar todo lo expuesto- *Entonces el chaval es un pobre trastornado, eso ha quedado claro. Lo que no termino de comprender es cómo, si estaba internado en una de las celdas incomunicadas de la Unidad de Reparación, pudo conseguir llegar hasta su insigne prima de ustedes, y llevársela consigo.*

-Ciertamente nosotros tampoco lo sabemos. -respondió El Jaguar.

-¿Dónde se hallaba ella cuando sucedieron los hechos?

-En su dormitorio, suponemos.

-¿Qué es eso de suponemos? -preguntó 3G0 muy extrañado.

-Sabemos que el último sitio donde estuvieron fue en la habitación de La Gata, en nuestra propia casa, pues fue allí donde encontramos sus chips abandonados.

-¡Ojalá no hubiera tenido que ver con mis propios visores toda la sangre que dejaron por paredes, sábanas y alfombras! -exclamó coléricamente La Pantera- *¡Una escena horrible que hacía remover las tripas!*

-Realmente debió ser una operación chapucera y muy dolorosa, a juzgar por como quedó la alcoba. -apuntó El Jaguar- *Al menos logró evitar que las cargas explosivas detonaran.*

-¡El muy canalla se atrevió a usar los instrumentos de nuestro propio tío para extraerle el chip de forma salvaje y desconsiderada a una criatura tan indefensa! -prosiguió con su dramática indignación la figura engabardinada.

3G0 tomó aire. Estaba logrando formarse una imagen mas o menos clara de lo sucedido, pero la conversación dentro de aquella dura e incomoda Caja de traqueteante trasporte empezaba a resultarle, especialmente por la afectación casi histérica de La Pantera, espeluznantemente asfixiante. ¿Cuándo llegarían a su destino? Y mas aun, ¿cuál sería su destino?

-Recapitulando. -pronunció 3G0, con la esperanza de poder obtener un resumen definitivo y poder dar por zanjada la molesta conversación- *Lo que sabemos seguro es que El Mochuelo encontró la manera de escapar de la Unidad de Reparación donde había sido condenado a permanecer encerrado por desarrollar una obsesión por La Gata, y hostigarla hasta que así se lo impidieron. Sin embargo, con la desquiciada idea de hacerla suya aun latente en su enajenada cabeza, atravesó la ciudad, no sabemos cómo, y llegó hasta la mansión de Los Felinos donde…*

-¡Eso no es correcto! -exclamó La Pantera en su habitual tono excesivo- *¡Sí sabemos lo que utilizó para atravesar la ciudad, allanar los terrenos de nuestra finca, y raptar a nuestra prima!*

-¿Una Caja de Transportes de la Unidad de Reparación, tal vez?

-¡Oh, no! ¡Un simple Normal como tú nunca acertaría a imaginarlo!

-¡Vamos, hermano, no hay necesidad de ofender a nuestro socio Tres Ge Cero! -intervino cordialmente El Jaguar- *¡Él está aquí para ayudarnos!*

-De acuerdo, supongo que he de disculparme. -pronunció con voz casi imperceptible La Pantera mientras miraba hacía la plancha de acero de su derecha y ofrecía su sintética nuca a 3G0.

-Utilizó un vehículo antiguo. -retomó El Jaguar- *Una reliquia que de alguna forma se las ingenió para robar a su propio padre El Cuervo, sustrayéndoselo de su preciada colección de tesoros recolectados.*

-¿Y qué arcaica nave es esa, si puede saberse?

-Era algo que llamaban Ferrari Testarossa.

-¿Es eso lo que debo buscar? -preguntó 3G0 sin saber si si aquel nombre correspondía a animal o a cosa.

-Sí. Podrás reconocerlo fácilmente pues es como una de estas Cajas de Transporte que tan bien conocemos, sólo que en vez de moverse sobre una larga y robusta cadena de orugas, lleva cuatro pequeñas ruedas de frágil goma. Además, su metal no es alto y espacioso, si no aplastado y estrecho, pudiendo albergar apenas dos pasajeros.

-Parece una aberración. No me extraña que dejaran de fabricar tan absurda máquina, y se perdiera en la historia de los objetos prescindibles.

-Lo bueno es que en cuanto lo veas sabrás que son ellos. Además, su color, lejos de ser apagado y discreto como el de las Cajas, es de un intenso rojo brillante. Deberías poder localizarlo desde mucha distancia.

-¿Mucha distancia? ¿Es que sospecháis que no están dentro de la ciudad?

-No lo sabemos.

-*¡Ese es tu trabajo!* -profirió La Pantera regresando de su silencioso exilio.

-*Es posible que tengas que ir más allá de la Región Interior.* -puntualizó El Jaguar justo en el instante en que la Caja de Transporte comenzaba a realizar una lenta y ruidosa frenada.

-*¿Cómo? ¿Salir yo a las tierras salvajes…?* -exclamó 3G0 con verdadero terror- *¡No! ¡Eso nunca!*

Pero su desesperada negativa no fue escuchada por nadie bajo el ruido de los metálicos portones abriéndose, y el retumbar de un ejercito de botas que se agitaban y formaban a su alrededor.

Mientras observaba cómo los dos Admin abandonaban la Caja de Transporte, paralizado aun por la devastadora clausula contractual recién descubierta, tuvo la fuerza de voluntad necesaria para encontrar un resquicio de ánimo que le impidiera venirse definitivamente abajo, y aferrándose a la promesa que le había hecho El Jaguar de que si resolvían aquello satisfactoriamente su poderosa familia le ofrecería una suculenta recompensa con la que poder empezar a gobernar su propia vida, quizá una casa para él solo, o el ascenso a capataz de la fábrica de comida en polvo, o un cómodo puesto de confianza en la Unidad de Sanción, o incluso mejor que todo eso, una liposucción, se incorporó con taimada ilusión, y llevó sus bailongas lorzas hasta el exterior.

-*Antes de pertrecharte para la misión, alguien quiere verte.* -le dijo El Jaguar mientras él estiraba sus huesos con la mirada clavada en el aun intenso brillo matinal de la cúpula- *¡Guardias, escolten a nuestro invitado hasta el salón de la chimenea!*

De pronto se vio rodeado por una marabunta de Normales dotados con portentosas e implacables morfologías musculares, aquellos que en su día obtuvieron las mejores calificaciones en la Unidad de Educación, y que destacaban en las áreas de resistencia, agilidad y disciplina, lo que les hacía merecedores de la categoría laboral mas alta posible para un Normal, eslabón previo a ser adoptado como Admin, que era el servir en la guardia personal de los Especiales.

El bloque de cuerpos empezó a desplazarse, y 3G0, que estaba en el centro exacto de la formación, sencillamente se dejó arrastrar. Cuando finalmente se relajó y alzó la vista, descubrió ante él la blindada fachada del palacio de Los Felinos. El tamaño de la construcción era equiparable al de cualquiera de los monumentales edificios públicos donde se ubicaban las Unidades, y que por los servicios sociales que estaban destinados a ofrecer, debían albergar una gran afluencia de gente, siendo la diferencia que en este caso toda aquella masa de roca, metal, y madera, material este último desconocido por los Normales al no hallarse dentro de la cúpula árbol alguno, estaba reservada para cobijar únicamente a una pequeña familia, quedando incluso su propio séquito excluido del permiso para residir en su interior, siendo fácilmente observables varias hileras de endebles cobertizos adosados a las robustas paredes exteriores del palacio, las cuales habían sido añadidas posteriormente al conjunto para acoger este prosaico fin.
Mientras 3G0 sentía cómo la entrada principal de la casa se les acercaba, no podía evitar pensar que aquella sería la primera vez que le permitirían ver un hogar Admin desde dentro, y sus piernas casi flotantes temblaban ante la perspectiva de poder sumergirse en una familia, concepto que los Normales conocían sólo de oídas, pues desde su nacimiento en los úteros artificiales de la Unidad de Creación pasaban directamente a las casas comunales de la Unidad de Educación, para luego recibir su claustrofóbico cubículo personal, normalmente una caja con un catre en un pequeño apartamento dividido en zonas férreamente aisladas las unas de las otras, y que se apelotonaban verticalmente hasta unos siempre lóbregos cimientos repletos de retretes individuales y grasientas cocinas, evitando así toda posibilidad de una convivencia compartida, y moldeando en todos los hijos de aquel sistema una visión alienada y solitaria de la supuesta vida adulta, responsable y trabajadora.
Todos separados; todos obedientes.

Sin embargo allí hombres y gárgolas custodiaban la unión del poder bajo una sola cabeza y una sola mano.
Y él atravesó su cerco protector como un extraño cuyo corazón latía de nuevo desbocado, pero lejos de verse alterado a causa de las nuevas e intensas impresiones que estaba recibiendo, lo hacía debido a la acelerada marcha a través de pasillos y suntuosas salas a las que sus escoltas, los cuales reducían su numero al atravesar los marcos de cada puerta, le estaban sometiendo sin ninguna conmiseración.

-*Hemos llegado.* -le indicó el último de los guardias que quedó junto a él cuando alcanzaron la amplia sala situada en la parte mas profunda del laberíntico edificio.

Aun fascinado por la milimétricamente orquestada descomposición de su cohorte de custodios, 3G0 ingresó en la pieza, cerrándose la puerta tras él. Las botas que soportaban todo el peso de su rollizo cuerpo y servían como punto de equilibrio entre la gravedad del planeta y la gravedad de su barriga, hicieron crujir la rica madera del suelo con la primera pisada.
El sonido fue tan atronadoramente desgarrador, y se extendió de tal manera como una veloz onda expansiva por la superficie del aparentemente endeble piso, que nadie podría haberle convencido de que no había causado un gran destrozo estructural bajo sus pies.

-*Creo que he roto la habitación.* -exclamó paralizado por la culpa y el temor a moverse ante un inminente derrumbe de todo a su alrededor.

Como para su tranquilidad nada sucedió, comenzó a sopesar sus posibilidades: ¿Debía retroceder el paso dado y abandonar la sala? ¿Pero acaso al hacerlo no empeoraría definitivamente con su movimiento el estado de aquella misteriosa materia? Y es mas,¿le dejaría salir el guardia, o habría cerrado la puerta con llave impidiéndole cualquier tentativa de fuga?
Pero entre tanto malabarismo intelectual, y con el cuerpo agarrotado por el estatismo de la tensamente sostenida posición, sus ojos localizaron un mullido sofá de aspecto irresistiblemente acogedor, y todos sus talentos se pusieron automáticamente al servicio de la planificación de una ruta segura que pudiera llevarle hasta su cálido seno.

La sala de la chimenea, que era en realidad la refinada recreación de un antiguo despacho, estaba compuesta por una multitud de muebles preciosistas y elementos decorativos de recargada ornamentación, los cuales ocupaban todos y cada uno de los rincones comprendidos entre aquellas seis paredes, y que inevitablemente tenían como resultado una sobredosis de estímulos visuales superior a lo que estaba preparado para procesar un Normal como 3G0, acostumbrado a un régimen estético de espacios diáfanos, desabrigadas superficies de tonalidades frías y materiales resistentes de evidente concepción práctica, y en general a un minimalismo mas propio de la carencia que de la tendencia arquitectónica premeditada.

En sus laboriosos esfuerzos por intentar discernir qué era o para qué servía cada cosa en aquel lugar, y sobretodo, de qué material estaban compuestas y qué resistencia tendrían de llegar a hacer contacto con ellas, el audaz detective descifró las tres grandes zonas que configuraban el espacio: Al fondo, una silla innecesariamente aparatosa de espaldas a un enorme ventanal, y a su vez enfrentada a una mesa con dos, ridículamente pequeñas en comparación, sillitas de invitados; un amplio sector central con dos sofás que valían por cuatro camas, situados formando un angulo recto y ligeramente desplazados hacia la derecha de la estancia, delimitados por una zona de palos de luz, y ambos frente a una mesa baja que hacía de frontera entre ellos y una oscura oquedad en la pared, cuyo propósito parecía ser, a juzgar por el carbón que contenía, el de quemar cosas en su interior; y por último, en el área mas inmediata a él, un par de mesas que albergaban, por un lado una voluminosa caja con una especie de metálica flor a medio abrir, y por otro, delicados vasos de cristal, un cubo de latón sellado y cubierto por una extraña condensación, tal vez el rocío de un secreto clima interior, y muchas botellas de diferentes formas, tamaños y colores. Para acceder a las tres zonas distinguió una nítida ruta de circulación formada por una sucesión de laboriosamente tejidas alfombras, las cuales creyó que eran, mas que recubrimiento del suelo, el propio suelo, que por alguna razón para él incomprensible, en esa zona concreta cambiaba de material, pasando de la aparentemente quebradiza madera, a una esponjosa y sólida lana, y sucumbiendo a la imperiosa necesidad de refrenar los calambres que empezaban a azotar sus piernas, decidió que el ágil brincar de un telar a otro debía ser la forma de paso mas adecuada en su camino al reposo representado por el gran sofá.
Balanceándose durante unos instantes sobre sí mismo, y sin llegar a separar los pies del nuevamente ruidoso suelo, trató de propulsarse hasta la primera de las alfombras en magistral salto, lo cual, para su propia sorpresa, logró con notable éxito, pero era tal la velocidad que había alzando, e irrefrenable la inercia que su voluminosa masa había provocado, que no pudo detener su marcha en esa estación enmoquetada, si no que, aun sin tiempo para calcular adecuadamente las distancias, tuvo que encadenar un nuevo lanzamiento hacía el siguiente punto frente a sus pies dibujado.
Este segundo y casi estable brinco le llevó mas allá de la zona de las mesitas destinadas a hacer las veces de improvisado bar, y encontrándose ya cómodo con sus capacidades atléticas, acometió el tramo final hasta la alfombra contigua al tan ansiado nido de aterciopelados almohadones.

Y quizá fue este exceso de confianza, y la relajación de verse ya depositado entre las gráciles bondades del diván, que al aterrizar el pie delantero sin la solidez necesaria sobre la tela del tendido tapiz, este resbaló súbitamente hacia adelante, haciendo que el cuerpo de 3G0, ya posado en tierra pero inestable, se desplazara con la propia superficie en movimiento, perdiendo verticalidad por cada centímetro que avanzaba, y provocándole una inclinación insostenible que logró ser controlada únicamente por la rápida reacción de este asiéndose a uno de los palos de luz. Quedó pues literalmente colgado de una de las pequeñas farolas, que por fortuna para él, se encontraba anclada a la pared de la sala por un cable de conducción eléctrica. Aunque no se había caído, la posición era precaria, pues si trataba de mover los pies, la alfombra volvería a resbalar, marchando con ella la poca sustentación que le quedaba, y si soltaba las manos del esbelto palo de luz, su culo golpearía la intimidante madera del suelo sobre la que sus amplias carnes proyectaban una sombra poco halagüeña.
Tragó saliva. Sabía que estaba en un callejón sin salida, y que hiciera lo que hiciera, se iba a arrepentir. Pero antes de poder ver culminada su catastrófica desdicha, la puerta del despacho se abrió desde fuera, y una portentosa figura de paso firme y seguro hizo su entrada.

-Me han informado, Tres Ge Cero, que como engranaje de la Unidad de Alimentación resultas ser una auténtica e improductiva carga para el sistema, pero que resolviendo problemas eres el mejor. -pronunció con una poderosa y profunda voz, dirigiéndose directamente hasta la extraña caja de brillante trompa, y sin siquiera detenerse a mirarle.

3G0 permaneció inmóvil, inclinado perpendicularmente sobre el piso, y manteniendo su escasa dignidad aferrada a un tirante palo de luz. Él sabía que no era ni el mejor obrero, ni el mejor mercenario, pero no podía reconocerlo abiertamente, y por su propio bien, mas le valía evitar hacer cualquier cosa que demostrara su complaciente incompetencia, tal vez algo como emitir un eructo tan abrupto que amenazara con terminar de derribarle, lo cual, por supuesto, sucedió en ese mismo instante. Pero por suerte el sujeto recién llegado, a quien todavía no podía distinguir bien, permanecía agachado sobre la caja y totalmente absorto manipulando sus entresijos, hasta que finalmente introdujo en ella una recia oblea negra, y depositando una aguja sobre esta, activó una vibración sonora que hizo estremecerse a 3G0, al punto de casi hacerle perder definitivamente el equilibrio.

Aquella explosión de insoportables chirridos sólo podía ser la confirmación de que había estropeado la habitación, y ante tan escandalosa evidencia de culpabilidad, asumió que se le rescindiría el privilegiado encargo y sería violentamente castigado. Muchas veces había tratado de imaginar cual sería el fatídico hecho que le privaría de su chip y haría que le pintaran la cara de negro para convertirle en Sombra, pero nunca sospechó que sería por hacer crujir de forma tan estridente una construcción de excelso lujo como aquel despacho, evidentemente diseñado y ensamblado con especial mimo para evitar ambientes desagradables como el que su gordura había originado.
Lo que 3G0 no sabía es que esas rítmicas ondas que atravesaban por primera vez sus confusos tímpanos, no eran el sonido de un derrumbe, si no el ejercicio compositivo e interpretativo de creativos ingenios tiempo atrás desaparecidos, o lo que es lo mismo: Música.

-*¿Qué te parecen los prodigiosos aunque chamuscados dedos de Django Reinhardt?* -dijo la figura incorporándose lentamente mientras contemplaba el disco giratorio aun de espaldas a él- *Este tesoro antiguo es uno de los más valiosos regalos que un socio me haya hecho nunca: La grabación magnetofónica del catalogo de canciones del que sin duda fue uno de los mas grandes guitarristas de jazz manouche.*

3G0 no entendía nada. ¿Grabación? ¿Canción? ¿Guitarrista? ¿Jazz?
¿Y qué era un Djangoreinhardt, una extinta raza de lastimeros ratones?
Pero observando en silencio el deleite con que aquella figura parecía estar apreciando los frenéticos y en extremo agudos ruidos, comenzó a entender que quizá todo aquello no era puro caos, si no que estaba ordenado, buscando una melodía como la que algunos Normales emitían con su voz en alguna ocasión, casi siempre de forma involuntaria, y cuyo cese era rápidamente instado por quienes la escuchaban, para gran ignominia del propio emisor, pues aquellos juegos de inapropiadas entonaciones estaban severamente penados por la Unidad de Sanción, al considerar que atentaban contra la estabilidad y el orden mental de los productivos ciudadanos.
Por un momento pensó que quizá había sido engañado y conducido hasta la guarida de algún sátiro que buscaba torturarle con cantos prohibidos hasta hacerle perder la cordura, pero cuando la figura se giró y pudo apreciar su máscara, descubrió que estaba en presencia del mismísimo Jefe de la Unidad de Sanción, El León.

El retrato facial de un idealizado y agresivo rey de los félidos había sido grabado con todo lujo de detalles sobre el modelo fabricado en serie de la imprescindible cobertura antivírica. Parecía increíble que el simple hecho de trazar una lineas de coloreados pigmentos sobre el blanco lienzo que todos compartían, otorgara al engalanado un porte tan imponente.
En este caso también influía que para el remate de los detalles del dibujo se hubieran utilizado una serie de finas tiras del material mas preciado por todos en las Regiones Interiores, el único capaz de imitar la luz del Sol, y que solamente la familia del León poseía. Era algo que llamaban oro.
Cada vez que su cabeza se movía, e incidía sobre su cara algún rayo luminoso, el color de su faz cambiaba de tonalidad, y emitía bellos destellos que recordaban a los fulgores del alba.
Aquél era un símbolo de estatus supremo, motivo de envidia del resto de los Admin, y de constante desafío a la integridad de un cuello capaz de seguir manteniendo unida la dorada cabeza con el privilegiado cuerpo.
Las mortales amenazas eran el precio a pagar por su descarada muestra de diferenciación, fuente esta de grandes peligros, pero también pilar sobre el que se fundamentaba la concesión de todos sus poderes.
3G0 sintió instantáneamente la superior condición que emanaban aquella careta y la larga melena de frondoso cabello rubio que la complementaba.

-Fue en uno de mis aniversarios, ya ni siquiera recuerdo en cual, cuando mi némesis, El Cuervo, decidió obsequiarme con la joya de la corona de su colección privada. -retomó El León mientras emprendía una pausada marcha en dirección a la zona de la chimenea donde 3G0 aun permanecía a medio caer- *De hecho este vinilo musical perfectamente conservado que ahora suena, es uno de los pocos que hasta día de hoy se han encontrado. Algo único. Tan exclusivo, y casi tan valioso como un hijo. Y él me lo dio. Porque sí. Por el aprecio que tenía a nuestra amistad y a la buena relación compartida al mando de esta ciudad. ¡Una actitud incomprensible!*

El León caminó con paso taciturno hasta llegar a los sofás, y sin prestar ninguna atención ni importancia al cómo o por qué estaba aquel hombre de enorme constitución inclinado cuarenta y cinco grados sobre una alfombra arrugada que envolvía por completo sus pies, y sostenido únicamente por el tenso cable de una fina lampara de lectura, se limitó a empujar su espalda hacia adelante con un enguantado dedo, liberando así a 3G0 de la fatídica trampa de la que él mismo se había hecho presa.

-*¿Puedes creerlo, detective?* -dijo el patriarca de Los Felinos tomando asiento con gran elegancia- *Ese buen socio que un día renunciaba a sus riquezas para entregármelas generosamente y sin ningún motivo, hoy me ha robado a mi heredera; mi única hija; mi mayor tesoro.*

3G0, que permanecía inmóvil junto al palo de luz dando gracias por volver a estar en pie, sintió que debía responder algo, y desembarazándose del gurruño de tela que atrapaba sus tobillos, caminó hasta el sofá contiguo al de su anfitrión, para, sin ser invitado a hacerlo, y obviando toda corrección protocolaria, plantar con gran alivio y satisfacción sus posaderas en uno de los suaves cojines.

-*Verá, su señoría, yo pienso que…* -comenzó a pronunciar esforzándose por encontrar un tono que sonara solemne y competente.

-*¿Quieres beber algo?* -le interrumpió El León demostrando que no le había hecho ir hasta allí para escucharle- *¡Qué nos traigan unos licores de inmediato!*

Antes de que pudiera terminar la frase, un mayordomo de rostro blanco, lo cual indicaba que en aquella mansión no eran utilizadas las Sombras como parte del servicio, surgió de detrás de un panel móvil de la pared, y corrió hasta la mesita de las botellas.

-*¡Sírvele un buen vaso de elixir de ajenjo a mi nuevo socio!*

-*Señor, no creo que sea la mejor idea que el Normal pruebe algo tan fuerte.* -respondió con inusitada confianza el camarero- *En especial, señor, si tenemos en cuenta la delicada misión de la que ha de ocuparse, y el hecho de que como Normal que es, nunca ha probado el alcohol.*

-*¡Bah! ¡Tonterías! ¡Por una copa no va a pasarle nada!* -sentenció el amo.

Sin ofrecer una replica, el uniformado sirviente comenzó una silenciosa danza de delicados cristales y espirituosos jugos de colores.

-*¡Venga, chaval, vete diciéndome que necesitas!*

3G0, que había visto pasar cuatro décadas a través de los visores de su máscara, no soportaba que le llamaran chaval. Pero si algo había aprendido durante todo ese tiempo, era a saber cuando tragarse sus opiniones.

-Pues me ayudaría conocer los datos de los chips de los desaparecidos, para saber qué movimientos hicieron durante las horas previas al horrible asalto.

-No, eso es imposible. -comenzó a explicar El León- *El seguimiento de los chips se recaba en las instalaciones de la Unidad de Detención, y puesto que el criminal que buscamos es el hijo del Jefe de dicha Unidad, no podemos ir a solicitarlos, pues pondríamos sobre aviso a la familia de Las Aves, y pronto todo el personal de la Unidad de Detención estaría trabajando para encubrir los actos de ese chavalillo, El Mochuelo, evitando por todos los medios que se manchara el buen nombre de su clan, y por consiguiente, poniendo aun en mas riesgo a mi heredera, que con toda probabilidad sería hecha desaparecer por orden de El Cuervo, evitando así que pudiera testificar en contra de uno de los suyos. ¿Comprendes?*

3G0 asintió decepcionado.

-Escucha, Tres Ce Cero…

-Es Tres Ge Cero, su ilustrísima.

-¿Qué mas dará? -exclamó El León con un desprecio que revelaba su falsa cortesía- *El caso es que para este trabajo no podemos enviar Sombras porque al carecer de chip no pueden moverse por el interior de las ciudades, ni a hombres de los nuestros porque El Cuervo los tiene a todos identificados y controlados. Necesitamos a un obrero de confianza que pase desapercibido. ¡Te necesitamos a ti!*

La mano del mayordomo surgió inesperadamente frente a los visores de 3G0, plantándole en plena cara un vaso de brebaje transparente con una pajita. Luego entregó a El León otro vaso idéntico, sólo que este contenía un líquido de color pardo y dos pequeños cubos de sólida consistencia.Imitando a su anfitrión, el detective introdujo el tubo de succión por el orificio de la máscara que conectaba con su boca, y sorbió un tímido trago. El alcohol no le impresionó; aquello sabía igual que el agua.

-Bueno, supongo que comprendes entonces lo delicado de la situación, ¿no?

-Sí, alteza.

-Eres consciente de que si no recupero a la persona destinada a perpetuar mi legado y estirpe, la cosa que mas me importa en este mundo, las consecuencias serían sangrientamente catastróficas para mucha gente, ¿verdad?

-Cristalino, su majestad.

-Entonces, ¿puedes asegurarme que conseguirás traérmela de vuelta?

La canción finalizó, y el tocadiscos enmudeció dejando un legado de tensa desconfianza en forma de una respuesta ausente.
El león se puso en pie, y demostrando por primera vez una profunda fragilidad, caminó hasta el sofá donde 3G0 se encontraba desparramado, hincó una rodilla a sus pies, y tomando delicadamente sus manos pronunció solemnemente:

-Tres Ge Cero, si rescatas a mi heredera de las garras de ese maníaco, yo te daré el poder para que gobiernes tu propia isla en medio de este mar de mediocridad. ¡Dejarás de ser una gota en un océano de iguales! ¡Serás Especial!

-¿Qué quiere decir, excelencia? -preguntó el agasajado tragando saliva con sobrecogida incredulidad.

-Es muy sencillo, chaval: ¿Quieres una cara?

Entonces el pitido en los oídos y el negro.

Cuando 3G0 recobró la consciencia, el mayordomo de antes, o uno de idéntico aspecto, se encontraba sobre él abofeteándole.
De El León no quedaba ni rastro.

-¿Qué ha pasado? -logró pronunciar el aturdido invitado.

-Pues que parece ser que te van a adoptar.

-¿Entonces es cierto? ¿No lo he soñado?

-Llevas un minuto tieso como un muñeco. -aclaró el sirviente apeándose del colchón de lorzas.

Una energía hasta ahora desconocida hizo al recién reclutado incorporarse del sofá de un salto. Quería brincar de alegría; emitir cantos prohibidos. Nunca había tenido ningún motivo para sentirse de aquel modo, asique sin saber cómo canalizar su ilusionada alegría, se limitó a envolver entre sus brazos al mayordomo, el cual quedó atrapado y parcialmente asfixiado bajo sus turgentes pechos masculinos. Aquella era la primera vez que juntaba su cuerpo con el de otra persona, y no sabía cómo funcionaban los abrazos.

-Debe ser algo muy bueno para que estéis haciendo eso. -exclamó El Jaguar desde la puerta del despacho.

-¡Tú tío, El León, me ha prometido mi propia cara!

-¡Vaya! ¡Si tu vas a recibir el código Admin por esto, no puedo ni imaginarme las fortunas y ascensos que a mí me han de deparar!

El Jaguar y 3G0 rieron a carcajadas, ambos pletóricos ante la perspectiva de la recompensa que les esperaba si lograban completar con éxito la misión.

-¿Sabes, gordito? Tienes mucha suerte.-pronunció La Pantera apareciendo por el pasillo tras El Jaguar- *No suele suceder que se conceda el honor de ingresar en la familia a un desconocido, lo cual es un reconocimiento reservado a los que entregan largos años de su vida acumulando servicios y méritos para ello. Tu aun no te lo has ganado para estar ya celebrándolo.*

3G0 agacho la cabeza avergonzado.

-Y mi hermano tampoco. -prosiguió La Pantera con su reprimenda- *Sin embargo, como deseo lo mejor para él, al igual que para nuestra idolatrada prima, voy a darte mi gabardina, la cual siempre me ha protegido, y espero que te sirva para no cagarla en esta empresa.*

La pantera puso tiernamente su largo abrigo sobre el mono de goma negro de 3G0.

-*Gracias.* -dijo el sorprendido investigador.

-*¡Creo que podríamos llamarte El Asno!* -exclamó La Pantera recuperando su habitual tono de hostilidad- *Como Admin adoptado no merecerás una personalidad felina, asique este es el que mejor te irá: Un animal tonto y deforme como tú.*

Y con esas crueles palabras volvió a perderse en las entrañas del palacio.

-*Ahora haz una visita a la armería.* -dijo El Jaguar indicándole el camino con la mano- *Toma todo lo que necesites del arsenal, y parte sin falta en busca de La Gata. ¡Recuerda que tú y yo nos jugamos mucho en esto!*

3G0 se despidió de su inesperado socio, y tras seguir su consejo salió de la mansión.

En la puerta principal un anónimo guardia le devolvió la bicicleta, pero su movilidad se había visto reducida a la mínima expresión, pues en vez de pertrecharse con armas de fuego de poderoso calibre, las cuales nunca había usado, ni creía que pudiera llegar a aprender a usar, decidió rellenar todos los bolsillos de su traje protector con sobres de comida en polvo, pues temía mas al hambre que al posible impacto de una bala enemiga.
Aun así, al alejarse de la finca señorial de Los Felinos, sabiendo que el tiempo apremiaba, y que los vigías de la puerta aun le observan, trató de montar su bicicleta con regia dignidad, lo cual activó instantáneamente sus glándulas sudoríparas a un ritmo de segregación acuosa superior al que su traje de goma había sido diseñado para soportar, teniendo como resultado que los envoltorios de papel de la comida deshidratada se fueran deshaciendo progresivamente, mezclándose su contenido con los efluvios emitidos por efecto del enorme calor que generaba el voluminoso organismo envuelto en una gruesa gabardina y puesto a ejercitar, terminando así por cocinarse los sabrosos platos entre los pliegues de sus salseadas carnes, y convirtiéndole en un puesto de comida callejera viviente.

Una violenta nube de moscas dio buena cuenta de ello, pues atraídas por la estela de delicioso olor que iba desprendiendo, se lanzaron sin ninguna conmiseración sobre el esforzado pedaleante, el cual, asediado por el ejercito de diminutas lenguas succionadoras, tuvo que abandonar su bicicleta a los pocos metros, y correr al irrisorio ritmo que sus prietos muslos le permitieron, hasta lograr finalmente introducirse de cabeza en un contenedor de basura vacío.

Mientras permanecía oculto en el interior la pringosa caja de residuos, soportando estoicamente los reproches en forma de obstinados zumbidos de los ofendidos comensales que habían quedado fuera, pensó que mejor ser El Asno que el señor de las moscas.

< / 0 3 >
E L / C E N T I N E L A / D E / L A / P U E R T A / E S T E

-¡Está prohibido comer ahí atrás! ¡Lo pone claramente en el cartel que tiene a un palmo de la máscara!

-Lo siento, no lo había visto.

-Es algo que todo el mundo sabe. ¿Acaso es la primera vez que monta en bicitaxi?

-Por supuesto que no.

-¡Ah, ya entiendo! Usted debe ser uno de esos tipos que van haciendo lo que les da la gana, y dejan todo destrozado a su paso sin siquiera inmutarse.

-No, no es eso. Es que necesito llenar el estomago para tomarme las gotas medicinales. He sufrido un episodio de gran intensidad emocional, y me urge regular la estabilidad de mis funciones internas.

-¡Vaya suerte la mía, un gordo retórico! ¡Si ya sabía yo que no debía aceptar a un cliente vestido con una gabardina tan hortera, y al que se huele por esa peste a especias y basura desde dos calles de distancia! ¡Debería cobrarle un extra por destrozar de este modo el filtro de mi respirador, pues puede estar seguro de que tendré que cambiármelo en cuanto le deje en su destino!

-Créame, no ha sido intencionado. Todo fue culpa de unas moscas que…

-¡No me cuente su vida! ¡Está prohibida la charla! ¿No ve el cartel?

3G0 no pudo rebatir los sólidos argumentos presentados por el conductor del bicitaxi: Si lo decían las ordenanzas, entonces así debía ser.

Y aunque él sabía que pronto iba a convertirse en Admin, y que ya no tendría que soportar mas ese tipo de degradante trato, también tenía bien presente que debía mantenerlo en secreto hasta completar la misión de rescate, por lo que se limitó a separar la pajita del sobre alimenticio, y guardarla. Luego abrió una capsula de gotas y la succionó con disimulo.

Aquellos chutes le darían la energía e inmunidad necesaria para encarar la primera fase pragmática de su investigación: Visitar el lugar donde empezó todo, la celda de El Mochuelo en la Unidad de Reparación, y una vez allí hacerse con todas sus pertenencias personales e interrogar a quienes pudieran saber algo.

Aunque sabía que no sería una tarea sencilla, y a pesar de haber tenido que renunciar para siempre a su vieja bicicleta al verse obligado a abandonarla junto a un sucio callejón, así como a desembolsar el exiguo capital de que disponía en su chip contratando los servicios de un chófer para lograr atravesar la ciudad en dirección al complejo institucional de reclusión en un tiempo razonable, estaba tranquilo, pues todas aquellas pérdidas eran mas bien una inteligente inversión, ya que este sería su último trabajo, el que le haría retirarse de la triste vida de Normal para gobernar su propio destino de grandeza. Iba a apostarlo todo, y no podía permitirse fracasar.

Cuando apenas unos minutos después el pedaleo a saldo que le propulsaba sobre el asfalto se detuvo ante la escalinata de entrada de la Unidad de Reparación, supo que decantarse por aquel modo de transporte había sido una decisión acertada. Había ganado un beneficioso margen temporal, pero para su resignada desgracia, las dificultades surgidas cuando quiso sacar sus michelines de la estrecha cabina trasera del vehículo de tres ruedas hicieron que dicha ventaja se desvaneciera. Tras ser asistido por el piloto para lograr desencajarse del asiento, y sin que este dejara de proferir lindezas sobre su indeseado pasajero, dio las gracias, se disculpó como pudo, y se alejó sofocado, sólo para volver a sentarse, esta vez en uno de los peldaños de hormigón que ascendía hacía el edificio que debía abordar. Mientras recuperaba el aliento observó con bochorno como el chófer desinfectaba con líquido bactericida cada rincón del bicitaxi y luego rociaba todo por encima con un potente ambientador. Él sin embargo tendría que aguantarse con el olor que llevaba adherido a su inseparable goma corporal.

Pero una vez hubo escaneado el salvoconducto expedido por El León que le autorizaba a moverse y a entrar allá donde quisiera, y tras ser acompañado por dos silenciosas Sombras hasta el vestíbulo principal en el que convergían las galerías de internamiento de la Unidad de Reparación, se dio cuenta de que las personas que allí se encontraban nunca se quejarían de aromas ajenos, pues ellas mismas apestaban a humedad y a olvido.

El hedor a orín fermentado bajo la goma negra, y al ácido vomito rebasado por las comisuras los unas máscaras desfiguradas por chorretones escapados de unos filtros de absorción de fluidos que habían quedado evidentemente anegados y desatendidos, fue la primera impactante impresión que recibió de aquel vil cajón de horrores humanos.
Siempre había pensado que él mismo se encontraba en un limbo entre ser un Normal productivo y una Sombra esclava, pero al ver a los internos de aquella Unidad de Reparación, cuyos rostros, en previsión de una posible reintegración en la sociedad, no habían sido pintados de negro, y a los cuales en una vacua señal de dignidad se les había respetado el blanco original que sin embargo la indeterminada espera se había ocupado de convertir en una humillante capa amarillenta, dio gracias por no haber conocido hasta ahora que una existencia tal era posible.
Su segunda observación fue que el edificio de pulido mármol de la Unidad de Reparación donde se encontraban las celdas de rehabilitación, era exactamente el mismo modelo en planta y alzado que el de el resto de las sedes de las otras Unidades. Gracias a esto pudo guiarse fácilmente entre el entramado de pasillos sin necesidad de solicitar la compañía de las siempre inquietantes Sombras, pues como cada vez que debía acudir a su cita semanal en la Unidad de Desinfección, o a realizar cualquier otro tramite institucional en alguna de las Unidades, lo hacía de mala gana, estableciendo deliberadamente un paso lento que le otorgaba un dilatado tiempo para observar cada detalle del entorno, había pues desarrollado casi sin saberlo un mapa mental de las arquitecturas oficiales. La pereza le había convertido en un avezado observador.
Y como si lo hicieran cada día, sus botas fueron recorriendo los pegajosos suelos de las diferentes salas, con mas regocijo por el acceso ilimitado que su pase le concedía, que la resolución que el caso requería, para finalmente llegar a un espacioso habitáculo de paredes acolchadas, en cuya puerta había un cartel con muchas letras que dada su prácticamente analfabeta condición no pudo descifrar, pero bajo las cuales reconoció en símbolos grandes lo que sin duda eran los dígitos de un código personal: 4MP.

-Alguien decidió omitir el Admin de su nombre. -dijo involuntariamente en voz alta, pensando si aquella sería la primera vez en toda la historia que un aristócrata de pura sangre había acabado encerrado en un lugar como ese, y si el haber mantenido su verdadera alcurnia oculta era mas por su seguridad personal o por no manchar la honra de su familia.

-*¿A quién busca?* -preguntó una figura que se encontraba recostada en el amplio colchón que presidía la celda de enfrente, y a quien 3G0 pudo oír claramente ya que su puerta se encontraba abierta de par en par, tal y como parecía ser costumbre u obligación en todas las de la planta a esa hora.

-*¿Conocías al chaval que vivía en este dormitorio?* -respondió preguntando, del modo que sabía que todo buen detective debía hacer.

-*Sí, era mi amigo. Un bella persona, ¿sabe?* -pronunció con extrema dulzura el recluso mientras se ponía lentamente en pie- *Pero no se moleste, anoche se fue para siempre de aquí.*

-*Ya lo sé. Sólo vengo a recoger sus cosas.* -dijo 3G0 con cierto nerviosismo al ver que la figura comenzaba a acercársele lenta y sinuosamente.

-*Pues temo decirle que no es usted el primero. Unos hombres horribles se llevaron todo lo que había, poco después del desayuno.*

-*¿Hombres? ¿Qué hombres?*

-*Verá, yo no los conocía, y no quise hablar con ellos. No eran como usted, ¿sabe? Usted parece un tipo agradable.*

El serpenteante interlocutor de 3G0 alcanzó por fin el pasillo, y sin detenerse caminó directo hacia él. El orondo investigador, que creyó verse ya inevitablemente atacado, ejecutó un evasivo a la vez que imperceptible salto lateral, lo cual sólo tuvo como resultado que todas sus grasas se agitaran formando una ola que recorrió su gabardina rosa, y que pareció no influir ni un ápice en las intenciones del interno, pues este pasó de largo hasta alcanzar el que desde un principio había sido su objetivo: La celda de su ausente vecino.

-*Él también era bueno. O mas bien quería serlo.* -prosiguió mientras se sentaba con delicadeza en la que fuera el lecho de El Mochuelo- *Como usted y como yo, ¿no es cierto?*

Mientras 3G0 observaba a aquel pobre hombre claramente averiado se preguntaba qué clase de vida habría tenido para acabar tocando fondo de esa manera, pero a la vez no pudo evitar darse cuenta de la paradoja que tenía ante él: Que los Admin dispusieran de grandes lujos era algo tan natural como la vida misma, pero que una panda de harapientos inadaptados e improductivos desequilibrados tuvieran derecho a disfrutar de espaciosas habitaciones individuales con mullidas camas, cuotas de privacidad y comodidad que ningún Normal se atrevía a soñar, le pareció una injusticia incomprensible. ¿Eran acaso los rancios efluvios de la falta de cuidados e higiene el precio a pagar por no tener que trabajar, por recibir tres comidas al día a mesa puesta, por poder disponer de una ínsula privada de cojines y suaves sabanas, y por poder hablar cuando y de lo que se quisiera con ese invento que allí llamaban amigos? ¿Quizá era aquél el paraíso que siempre había querido conquistar? ¿La burbuja dentro de la burbuja? ¿La locura dentro de la locura?

-¿Sabe? Su único crimen fue amar. -retomó el convicto mientras comenzaba a retorcerse sobre la almohada de El Mochuelo, experimentando lo que parecía ser un inconmensurable placer.

-No entiendo tus delirios, pero sé que si encerraron aquí a ese chaval fue por acosar a una indefensa chiquilla.

-¿Por qué la llama indefensa?

-Porque es sólo una cría

-¿Y él, no es también únicamente un crío?

-Sí, y eso es lo que me preocupa: Es un crío peligroso que ha logrado fugarse de esta fortaleza.

-Tenía que hacerlo.

-¿Y sabes tú cómo lo hizo, por qué lugar consiguió salir?

-Pues por la puerta.

-¡Eso no es posible!

-Allá donde hay una puerta, es que hay un agujero.

Y aunque 3G0 bien sabía que los códigos Admin podían abrir todos los agujeros, la simple idea que hubieran encerrado allí a El Mochuelo dejándole que en todo momento portara la llave para liberarse de su propio destierro, le parecía completamente absurda. El único motivo que se le ocurría para que algo así se hubiera permitido, es que el Jefe de la Unidad de Sanción y patriarca de la familia de Los Felinos, El León, hubiera encerrado allí a El Mochuelo sin establecer ningún control ni bloqueo que le impidiera la salida, poniéndole adrede en una situación extrema que le empujara a escaparse, y esperando que al hacerlo secuestrara a su propia hija, logrando así tener la excusa perfecta que justificara el iniciar un enfrentamiento con Las Aves. Era una hipótesis tan retorcida y descabelladamente repugnante que la desechó de inmediato.

Decidió reducir al máximo las averiguaciones innecesarias, y centrar toda su atención en las pistas clave que le llevaran a resolver su misión de rescate, pues en realidad a él le importaba poco cómo había escapado, y mucho hacia dónde lo había hecho. Hubiera deseado no tener que compartir oxigeno con el vecino pegajoso que retozaba aun en la cama, pero como no se veía con las energías ni el tiempo necesario para echarle de la celda, asumió que debería entrar en ella y esquivarle en la medida de lo posible.

Tras pocos segundos revisando la estancia, sentenció que allí no había nada mas que la cama, un orinal, y un armario vacío.
Sin embargo su buen ojo analítico le permitió detectar al fondo del armario, en la única pared de habitación formada por una plancha metálica rígida y no por el inofensivo material esponjoso que cubría todo lo demás, una serie de sencillos dibujos que parecían haber sido trazados toscamente con un dedo, usando como pigmento algún tipo de pasta alimenticia, y que en su mayor parte se conservaba seca e intacta. Gracias a su buen estado, seguramente bastante reciente, pudo distinguir varias figuras zoomorfas, cosa que no le sorprendió en absoluto, ya que en las Regiones Interiores las únicas representaciones eran los animales de los escasos carteles de culto de la Unidad de Devoción, ya que el ser humano Normal no era nada, y los Especiales por el hecho de serlo adquirían personalidades zoológicas.

Esta cotidianidad iconográfica que en principio hubiera dificultado la interpretación de aquel lenguaje basado en una fauna limitada pero con múltiples usos y significados, fue por suerte para 3G0 bastante reveladora, ya que lo que se observaban eran claramente figuras marinas, mas concretamente un par de tiburones, varios delfines, y un gran banco de anodinos caballitos de mar, cuyo culto o referencia era muy inusual en esa ciudad, lo que hacía reducir el abanico de posibilidades hasta lo que en su mente pareció configurarse como una conclusión evidente.

-¡Está claro! ¡El plan de El Mochuelo es viajar hacia el Norte, a la ciudad de la Familia de Los Peces, históricos archienemigos de Los Felinos, y entregarles a La Gata, la única heredera legítima del clan! Sin duda le será otorgada una gran recompensa por parte de su líder El Tiburón, pero sobretodo recibirá el permiso que sólo puede conceder un Admin para abusar legalmente de otro Admin. Él convertirá a una Especial en Sombra, cosa hasta ahora nunca vista, y Los Peces impondrán por fin su poderío dentro del Consejo Admin, haciendo desaparecer a la familia de Los Felinos. ¡Me dijeron que El Mochuelo era un ser frío y calculador, pero no le imaginé capaz de concebir una conspiración tan terrible!

El juguetón recluso emitió un sonoro bostezo de desaprobación desde la cama.

-¡Oh grandullón, no tiene usted ni idea! -exclamó con una fingida abulia que no era si no el preludio de una enérgica acción, pues saltando repentinamente del colchón, corrió hasta el mueble junto al que aun permanecía 3G0, e introdujo la cabeza en la oscuridad del ropero- *¡Justo lo que yo pensaba! ¡Cuatro Eme Pe era incapaz de querer hacer esas cosas tan feas que su fabulosa imaginación estaba urdiendo para él!*

-¿Pero es que no has visto los tiburones y los delfines? Está bastante claro, ¿no?

-Sí que lo está: Claro como el agua del mar.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el detective aceptando rebajarse a confiar en las hipótesis de un trastornado.

-¿Pues qué va a ser? Que los peces significan eso, peces. ¿Y dónde viven los peces? En el mar. No hay necesidad de complicarlo todo a través de los subjetivos constructos del hombre. Basta con fijarse en la naturaleza.

3G0 pensó que si no fuera un siniestro demente el que había dicho eso, podría tener un cierto sentido.
¿Acaso habría querido plasmar El Mochuelo mediante una serie de aleatorios especímenes branquiales, una imagen que evocara su anhelo de viajar hasta el mar? ¿Sería posible que aquella crucial pista tuviera una resolución tan poco atractiva?

-Menuda locura. -dijo sin convicción, y con el exclusivo propósito de reivindicarse como el genuino poseedor de la razón.

Pero del mismo modo que a él a sus mas de cuarenta años no le gustaba que le llamaran chaval, resulta que a los locos no les gustaba que otro loco les llamara locos.

-¡Te digo que es el mar, pedazo orangután! -profirió el interno a gritos, abandonando abruptamente su melosa actitud mientras asía a 3G0 de las solapas de la gabardina rosa para zarandearle con violencia.

A pesar de haber desconfiado en todo momento del recluso, el investigador no esperaba tan histérica reacción por su parte, por lo que al sentirse un pelele en sus manos no pudo evitar sucumbir a un pánico impotente que se manifestó en forma de un penetrante rebuzno.
Enseguida una tropa de Sombras surgidas de la nada habían desplazado los gases que ocupaban la sala sustituyéndolos por goma y dolor.
Cuando la masa de brazos y piernas regresó al pasillo, flotando en su núcleo viajaba el cuerpo del inmovilizado vecino, el cual permanecía reducido por todo tipo de llaves que constreñían cada una de sus articulaciones, y que, tal y como el aun hiperventilado detective pudo observar, fue liberado sólo para ser vestido con una camisa de resistente tela, cuyas mangas eran tan largas que podían anudarse sobre el cuerpo y finalmente entre ellas, quedando las extremidades superiores atrapadas en un torso recto que más bien parecía mutilado. Sintiendo algo de lástima, y apenas algo de culpa, por el destino que le esperaba a aquél hombrecillo en manos del pelotón de castigo, decidió abandonar cuanto antes el edificio.

Pero antes de hacerlo una hesitación le asaltó, y aunque sabía que su misión no admitía dilaciones, esta vez no quiso irse sin preguntar.

-*¡Oye! ¿Qué es eso que me has llamado?* -gritó a través del pasillo mientras el recluso era empujado por sus silenciosos captores.

-*¿El qué? ¿Orangután?* -preguntó sorprendido el reo sin que las Sombras le permitieran girarse para mirar a su interlocutor.

-*Sí. ¿Qué es eso?*

-*¿Pues que va a ser? ¡Un animal! ¡Un mono!*

-*¿Y qué es un mono?*

-*¡Tú eres un mono, imbécil! ¡Un mono gordo y…!*

La última frase se perdió tras la puerta del final del pasillo, pero 3G0 trató de memorizar aquella nueva palabra para consultarla cuando le nombraran Admin y tuviera acceso a la Unidad de Devoción, cuna de todos sus saberes. Al girarse para regresar a las escaleras que llevaban al vestíbulo, otro interno de idéntica máscara amarillenta le salió al paso.

-*Ese hombre conoce muchas cosas.* -dijo con voz confidente- *Era mayordomo en una casa muy poderosa.*

-*Es cierto. Siempre nos está enseñando los secretos que aprendió en las prohibidas salas de sus mansiones.* -añadió otro mas sumándose a la conversación.

Pronto el investigador se encontró rodeado por una amalgama de presos que hablaban entre ellos, dirigiéndose hacia él, pero ignorándole en realidad.
El problema es que 3G0 ya se había cansado de escuchar a lunáticos.

-*¡Callaos de una vez, malditos locos!* -exclamó con gran enfado.

Si sencillamente se hubiera limitado a marcharse sin decir nada, lo que mas tarde pasaría a conocerse como El Gran Incendio de la Unidad de Reparación, en el que la revuelta de una ofendida masa de internos acabó convertida en una cruenta masacre, podría haberse evitado.
Además perdió la oportunidad de terminar lo que había empezado, pues entonces el conocimiento de que los monos eran unos animales tan parecidos a los humanos que los Admin habían decidido borrarlos de la historia, excluyéndolos del catalogo zoológico devocionario para que los Normales nunca llegaran a pensar que quizá debajo de sus trajes y sus máscaras ellos mismos eran monos, así como otras muchas enseñanzas que los Especiales creían ya erradicadas del saber popular, aun se atesoraban entre las paredes acolchadas de aquellas celdas de aislamiento.
Pero antes de que todo eso se perdiera entre sangre y cenizas, 3G0 abandonaba sigilosamente el complejo institucional por las escaleras de emergencia, mientras el motín que él mismo había provocado llamando locos a los locos, apenas acababa de comenzar.
Pudo solicitar sin problema un bicitaxi, y tuvo tiempo de alejarse del perímetro que pronto quedaría cercado por las Cajas de Transporte de La Unidad de Detención, cuyos miembros a la postre acabarían abatiendo con fuego a los incontrolados cautivos.

-Hace un día magnifico, ¿no te parece?

A juzgar por las amables palabras del conductor del vehículo a pedales, o bien este había decidido ser comprensivo con el tufillo que aun desprendía el traje de goma de 3G0, posiblemente asumiendo que si salía de la Unidad de Reparación sería un enfermo involuntariamente emponzoñado, o bien ganaba tan poco con su empleo de transportista callejero que no disponía de capital suficiente para costearse filtros respiratorios nuevos, quedando así anulada, por fortuna para él, toda su capacidad olfativa. En cualquier caso fue un paseo muy agradable hasta la Puerta del Este.
Tras pasar el brazo izquierdo por el lector digital de chips del bicitaxi, y comprobar para su tranquilidad que no iba a tener que dar orden a sus piernas de lanzar al trote sus grasas en singular huida por no disponer de fondos suficientes para pagar la carrera, se despidió con mucho gusto del simpático chófer, y caminó tranquilamente hacia la garita de seguridad asignada a custodiar una de las múltiples entradas de la cúpula que conectaban el orden de la Región Interior con el caos del mundo exterior.

Estar allí resultaba ser la opción mas inteligente, pues si algo habían dejado claro los dibujos marinos ocultos en el armario de El Mochuelo, era que su plan, ya fuera ir al Norte a hacer negocios con El Tiburón, o al Sur hacia el mar, no iba a desarrollarse dentro de los limites de aquella ciudad. Sabía que tendría que salir a buscarlos, abandonar la seguridad de la bóveda protectora, y aunque aquella era una perspectiva terrorífica que si hace unas pocas horas le hubieran dicho que acometería alegremente y por propia voluntad, no se habría creído, ahora representaba la llave que le abriría las puertas para ser adoptado como un Admin.
Pero antes que llaves simbólicas, necesitaba llaves reales, esas capaces de apartar de su camino la pesada masa de metal que taponaba el hueco perforado en la jaula. Por suerte, tras años de chanchulleo clandestino conocía al hombre indicado: Un centinela que violaba cualquier norma a cambio de gotas borradoras.

Debía andarse con mucho cuidado, pero en un rápido vistazo comprobó que la calle que delimitaba con la base de la cúpula se encontraba vacía de transito, seguramente porque era ya mediodía y la gente se estaba comiendo en los sórdidos comedores, asique consideró que los elementos eran propicios para ejecutar su fugitiva maniobra.
Cuando por fin estuvo a la altura del puesto fronterizo, se dispuso a asomarse con disimulo por el ventanuco de vigilancia de la cabina, buscando averiguar si su contacto se hallaba en ese momento en su interior haciendo la guardia, pero justo cuando su cuello se inclinó buscando ver a través del cristal, una fuerte mano se posó en su hombro desde detrás.

-*¡Dichosos los visores! ¡Si es mi viejo socio Tres Ge Cero!* -pronunció con efusividad el centinela, al cual únicamente se le distinguía como tal por el brazalete con las iniciales de la Unidad de Detención que portaba sobre el usual traje de goma- *Escucha gordinflas, mi compañero está dentro echándose la siesta, y si le despertamos y nos descubre hablando, ya sabes que estaremos metidos en un buen lio. Será mejor que vayamos a buscar algo de privacidad donde siempre, en los retretes del bloque de apartamentos de ahí enfrente.*

El investigador accedió sin decir nada, e imitando el cauteloso caminar del agente aduanero, cruzaron el desértico asfalto hasta penetrar en el mugriento sótano del edificio mas próximo.

-*¡Estás oxidado! ¡Antiguamente no podría haberte cogido desprevenido por la espalda!* -retomó con buen humor el policía mientras cerraba la puertecilla del estrechísimo cubículo individual de deyecciones.

-*No me lo esperaba.* -respondió 3G0 tratando de meter tripa, pues en su afán por ser sigilosos se habían embutido en un escondite de tan reducidas dimensiones que sus cuerpos se estaban fusionando con extraordinaria literalidad- *Pensaba que con esta gabardina no me reconocerías.*

-*Socio, me temo que no hay disfraz en el mundo que pueda disimular esas lorzotas.*

Y es que si algo podía serle reprochado a 3G0 como detective, incluso en un mundo de idénticas caras como aquel, era que sin duda resultaba difícilmente camuflable entre la multitud.

-*Pero bueno, dime, ¿qué nuevos negocios te traes ahora entre manos?* -retomó el corrupto centinela- *Imagino que si te las has ingeniado para salir de tu zona asignada y venir a visitar la base de la cúpula es porque necesitas de mis extraordinarias habilidades.*

-*Así es.* -respondió 3G0 mientras pensaba que la única habilidad de aquel siempre dicharachero hombrecillo era el no cumplir la promesa que hizo como centinela- *Estoy en medio de un caso muy importante. No puedo decirte de qué se trata, pero sigo la pista de un vehículo que sospecho que ha podido fugarse de la Región Interior.*

-*¿Fugado, dices? Ninguna bicicleta sería capaz de hacerlo. Tal vez una Caja de Transporte robada…*

-*No es nada de eso. Al parecer se trata de una plancha de metal rojo sobre cuatro ruedas de goma.*

-*En mi vida he visto ni oído hablar de algo así.*

-*¿Y crees que podrías ayudarme a saber por dónde cruzaron la cúpula?*

-Faltaría mas, socio. Si han atravesado alguno de los puestos de vigilancia aprovechando la apertura de las puertas durante el horario comercial, el informe del incidente habrá sido enviado a la Unidad de Detención, y lo podré consultar.

-¡De ninguna manera! No puede quedar constancia oficial de las indagaciones, pues como te digo es un trabajo muy confidencial.

-¡Está bien! ¡Está bien! Nunca me pones las cosas fáciles, ¿eh?

3G0 era muy consciente de que su misión era una carrera contra reloj, pues aunque era de vital importancia que los hombres de la Unidad de Detención al servicio de El Cuervo y su familia supieran lo menos posible del asunto, y tardaran lo máximo en actuar contra los intereses de quienes le habían contratado, no había forma de impedir que tarde o temprano se enteraran de todo lo acontecido a través de los informes transferidos por sus propios agentes.

-Estoy pensando que existe una posibilidad menos legal que tal vez sea mas de tu agrado. -pronunció el policía con tono muy reflexivo- *Cuando acabe mi turno podríamos hacer un recorrido por los puestos de guardia de cada una de las salidas. Me llevo muy bien con todos los compañeros, asique sólo tendría que preguntarles si han visto algo raro, sin darles ninguna información que comprometiera tu misión. Además iríamos en un bicitaxi cubierto, tu te quedarías dentro, y sólo me verían a mí. Nada sospechoso ni que pudiera implicarte. Es el plan para husmear mas perfecto que vas a encontrar.*

-Suena bien, pero tiene que ser ya. No puedo esperar a que finalice tu horario laboral.

-Sabes que soy un maestro del escaqueo, pero socio, eso que me pides es demasiado.

La calma de la sobremesa empezó a desquebrajarse con la masiva llegada de visitantes a las letrinas, para seguidamente deleitarse a sí mismos interpretando una sinfonía de flatulencias y contundentes chapoteos.

-*¿Quieres explicarme por qué siempre eliges este lugar para urdir tus intrigas?* -preguntó 3G0 irritado y tratando de elevar la voz por encima de las estruendosas ventosidades.

-*Vale que no es un lugar muy elegante, pero si me encuentra aquí mi supervisor tengo la excusa de que era por causa de fuerza mayor.*

El concierto intestinal pareció alcanzar su pletórico apogeo, dejando lentamente paso a un margen acústico de nuevo adecuado para terminar de tratar lo empezado.

-*Bueno, ¿entonces qué hay de lo mio?*

-*Mira socio, lo único que se me ocurre es que salgas tú mismo a comprobar el perímetro de la cúpula. Esta misma mañana he visto que ahora todo allí fuera está cubierto por una cosa llamada nieve, que es agua tan fría que forma un manto blanco sobre el que es muy fácil ver el rastro de las huellas. Sólo tienes que ir buscando unas ruedas entre las marcas de las orugas.*

-*¿Y cómo se supone que voy a rodear por fuera la ciudad? ¿A pie? ¿Acaso crees que dispongo de varias semanas para esto?*

-*Puedes contratar un transporte.*

-*No sé si dispongo del capital suficiente para convencer a un bicitaxi de que renuncie a su vida para acompañarme al mundo exterior* -pronunció 3G0 riendo irónicamente.

-*Es que no será necesario.* -respondió el centinela en voz baja por primera vez- *Yo puedo darte las señas de una conductora que vive ahí fuera.*

El ruido de las cisternas liberando purgativas aguas, fue la cobertura necesaria para difuminar la peligrosa confesión.

-*La conocí hace algunos años.* -prosiguió en un tono apenas perceptible- *Ella era una simple Normal, una ciudadana productiva que un buen día se cansó de serlo, y decidió abandonar la vida de las Regiones Interiores. ¡Tendrías que haber visto todo lo que me ofreció para que la dejara salir! El caso es*

que yo en aquel entonces cumplía todas las normas, ya sabes, pero al final no pude resistirme y accedí a ayudarla a escapar.

-Entonces esa mujer, la conductora, ¿es una fugitiva? ¿A dónde fue a parar?

-Durante algún tiempo vagó por los alrededores de la cúpula, pero finalmente la capturaron, la quitaron el chip, y la pintaron la cara de negro.

-¡La convirtieron en Sombra!

-Sólo hasta que logró volverse a escapar. Desde entonces vive como una persona libre entre los animales salvajes, en una casa hecha con sus propias manos, y acompañada de otra mujer, una obrera que también huyó.

-¡Casi habías logrado engañarme con toda la historia de las fugas, pero esto último es ya demasiado! -exclamó incrédulo el detective- *¡Sé bien que sólo las Sombras pueden salir ahí fuera! En la Unidad de Educación nos enseñaron que en el exterior el virus es muy fuerte y por eso todas las Sombras se quedan mudas para siempre. ¿Y tu pretendes hacerme creer que dos mujeres conviven alegremente allí sin ningún problema?*

-Yo… Yo no sé nada de eso… Pero sencillamente es así. -sentenció el centinela con un tono evasivo que evidenciaba una incomoda ocultación.

Mientras el agente aduanero permanecía cabizbajo, sumido en lo que 3G0 creyó intuir como un inquieto quejido, un desfile de pisadas de botas rítmicamente acompasadas se elevó desde los correspondientes retretes hasta perderse en las profundidades del oscuro sótano vecinal.

-Por cierto socio, ¿no tendrás por ahí algunas gotas borradoras? -retomó el guardia cuando la quietud volvió a reinar en el habitáculo de su escatológico escondrijo- *Si quieres conocer la ubicación en donde encontrar a la conductora, vas a tener que ser muy generoso con el pago esta vez.*

-No hay problema, tengo una bolsa llena de capsulas. Te las daré todas.

-Creo que me vendría bien una dosis ahora.

-Pero aun no me has dicho cómo va a ayudarme esa mujer salvaje a encontrar a mi objetivo.

-¡Por supuesto! ¡Te llevará a explorar en su carro tirado por perros!

-¿Perros, dices?

-En realidad no son perros, si no lobos.

-¿Cómo El Lobo, líder de la familia de Los Cánidos en la Región Interior oriental?

-¡Oh, no! ¡No! Estos lobos son de verdad.

Aquello era demasiado. 3G0 sintió que su cuello no podía soportar el peso de su giratoria cabeza, y lanzó sus manos a los azulejos de las paredes para no desplomarse, cosa imposible dado que todo el espacio dentro de la cabina de deposiciones estaba ocupado por la masa de sus cuerpos.

-¡Pero vamos socio, no te asustes! -exclamó el centinela al sentir como su interlocutor hacía el amago de desvanecerse- *Según tengo entendido son criaturas muy sociables.*

Por si fuera poco el tener que enfrentarse a los desconocidos peligros del mundo exterior, respirar su aire mortal, y ponerse en las manos de una indómita convicta,ahora resulta que iba a enfrentarse a auténticos animales de carne y hueso. Nada de pinturas en carteles de la Unidad de Devoción; nada de nombres abstractos en cuentos legendarios; nada de máscaras y títulos nobiliarios. No. Animales vivos: Las criaturas mas mágicas que sin conocerlas conocían. Aunque sintió que irremediablemente perdería la consciencia, logró sobreponerse al pensar en que todo aquello merecería la pena con tal de ganarse su isla de poder en el mar de mediocridad.

-Está bien. Estoy bien. -logró decir mientras se erguía- *¡Todo bien!*

-Estupendo, grandullón. -respondió el agente fronterizo sosteniendo de un brazo a 3G0- *Será mejor que vayamos a tomar el aire a fuera. Aquí empieza a oler muy raro.*

Pero lo que olía raro no era ni la fosa séptica sobre la que estaban conspirando, ni el puchero epidérmico recalentado de comida en polvo bajo la ropa de 3G0, si no que tal y como comprobaron cuando regresaron a la calle y miraron al cielo, lo que estaba contaminando el oxigeno de la urbe, y expandiéndose a un ritmo vertiginoso por toda la contenida atmósfera de la cúpula, era una densa nube de humo negro.
Las alarmas generales comenzaron a sonar, indicando que en algún lugar se estaba produciendo un gran incendio. El repentino estruendo sólo logró ser igualado por el huracanado silbido de los grandes ventiladores absorbiendo el aire nocivo que debían expulsar de la bóveda. Todo ocurría desde maquinaria situada en posiciones ocultas a la vista, lo cual incrementaba el grado de confusión de la gente que empezaba a asomarse a las ventanas de sus nichos, y a arremolinarse en la calle en dispersos grupos de temerosos, aunque bien aleccionados en el silencio, obreros momentáneamente improductivos. La Región Interior al completo permaneció a la espera.
Era el fuego o ellos. Sin embargo había un hombre al que aquella emergencia civil le suponía un beneficio directo: 3G0 sabía que se estaba produciendo la distracción perfecta para poder atravesar la Puerta Este sin que nadie le viera. El detective y el centinela corrieron hasta la garita de control, la cual se encontraron, en contra de todas las directrices del reglamento fronterizo, vacía y sin vigilar.

-*¿Y tú compañero? ¿Habrá salido a buscarte?* -preguntó a gritos 3G0.

-*¡Mas bien habrá ido a esconderse!*

-*¡Pues es el momento de que hagas tu parte y me saques de aquí!*

-*¡De acuerdo! ¡Abriré la puerta unos centímetros, lo justo para que no se detecte la acción, y bloquearé momentáneamente el lector de chips! ¡Tú código no quedará registrado, pero tendrás que pasar deprisa, si la puerta se cierra contigo en medio con el lector inactivo, te partirá por la mitad!*

3G0 tragó saliva y se dirigió todo lo velozmente que pudo hasta la enorme losa de acero que le impedía avanzar. Apenas podía creerlo. ¡Iba a hacerlo! ¡Pronto habría dado el paso para ingresar en un nuevo mundo!

Desde el otro lado del cristal de la cabina de seguridad, el centinela trataba de comunicarle con grandes aspavientos de brazos que todo estaba ya en marcha. La magnitud del alterado ruido ambiente era tal, que 3G0 no oyó como los engranajes del enorme portón comenzaban a accionar el mecanismo de apertura. Cuando se dio cuenta de que entre él y el exterior había una fina franja de emancipador vacío, la plancha vertical ya se había detenido.

-*¿Por qué seré un estúpido gordo?* -se gritó a sí mismo desesperado al entender que no podría hacer pasar su generoso metabolismo por aquel estrecho hueco.

Pero no iba a rendirse. Intentó deslizar como pudo cada una de las partes de carne contenida bajo la gruesa gabardina rosa.
Su socio, que permanecía atento observándole en la distancia, se dio inmediata cuenta de que el atasco era grave, y de que si no hacía algo en los próximos segundos, pasaría los siguientes días, quizá los últimos de su vida, explicando ante la Unidad de Sanción la razón de que en entre la puerta de la que estaba a cargo, y el marco de la misma, hubiera desperdigados los restos reventados de lo que al peso podría equivaler a varios hombres.

-*¡Vamos, suelta todo el aire!* -chillaba el centinela que se había abalanzado sobre 3G0, y le empujaba hacia afuera de la cúpula con todas sus fuerzas.

-*¡No voy a conseguirlo!*

-*¡Recuerda el día en que naciste! ¡Sólo tienes que hacer lo mismo!*

Un espasmo producto de la involuntaria carcajada que el absurdo comentario del guardia había producido en 3G0, agitó todo su cuerpo, liberando y recolocando su estructura y contenido, haciéndole salir despedido hacia las salvajes tierras exteriores.
El detective y el centinela se miraron por la delgada rendija.

-*!Dame las indicaciones!* -gritó uno.

-*!Dame las gotas!* -exclamó el otro.

El intercambio se produjo, y la puerta se cerró de golpe arañando ambas máscaras.

< / 0 4 >
L A / C O N D U C T O R A

En sus tímpanos aun retumbaban los estridentes alaridos de las sirenas y los extractores de humo. Sin embargo, la vorágine mecánica había dejado paso a una tranquila atmósfera donde el único sonido era el piar de los pájaros, el zumbido de los insectos, y el crujir de las hojas y las ramas de los grandes árboles agitados por el viento. Veinte centímetros de acero separaban los dos mundos.

Desde el día de su nacimiento en la Unidad de Creación, 3G0 no había llegado a experimentar ni minuto de autentico silencio. En la ciudad siempre se estaba solo, pero siempre rodeado de otras personas y máquinas. Las respiraciones, las toses, los trajes de goma rozándose, el chasquido eléctrico de bombillas y generadores, o el simple movimiento de los muebles, eran constantes que formaban ya parte de su inconsciente. Al faltarle de pronto todo ese fondo acústico creyó haber ensordecido. Instintivamente se acurrucó contra la puerta de la cúpula, y protegió sus partes vitales de un enemigo invisible llamado Ignorancia.

-*¿Es esta la otra vida posible?* -gritó con innecesaria potencia.

Gracias a escuchar sus propias palabras, y a la falta de distracciones o excusas derivadas del hecho de que en aquel lienzo en blanco no pintaba nada, y lo tenía todo por pintar, fue asumiendo su nueva situación, y ganando la confianza necesaria para dar sus primeros pasos sobre la húmeda tierra virgen.
Mientras caminaba sobre la nieve al rededor del perímetro de la ciudad, aun sin atreverse a perder físicamente el contacto con la bóveda, nexo de unión mas que simbólico de una realidad de la que había temporalmente escapado, fue percibiendo que allí afuera también los colores y los olores eran diferentes: La frescura de los campos contrastaba con los sempiternos químicos industriales de las rutinas desinfectantes; la alternancia de tonalidades de un cielo donde se estaba celebrando un baile de nubes que mostraban y ocultaban el Sol a su son, no tenía nada que ver con las interminables lamparas de uniforme intensidad que creaban el día y la noche en la Región Interior. Ahora sobre él caían gotas de refrescante vida; todo era nuevo, terrorífico y hermoso.

Tras varias horas de cada vez mas confiada marcha, encontró el punto en la ruta que el centinela le había indicado, y a partir del cual debería internarse en un frondoso bosque. Se deslizó entre los árboles sin terminar de fiarse de ellos, y sin lograr entender el por qué alguien habría puesto allí tantos de aquellos palos de luz sin luz; estáticos objetos tubulares que ni eran perchero ni cañería; simples postes rugosos sin ninguna función.
Su mirada antropocéntrica se impuso durante un largo tramo de desestructuradas reflexiones, pero finalmente, a fuerza de observar, comprendió que la ciudad de astas marrones que estaba atravesando sí tenía importancia: Esos troncos eran las casas de los legendarios animales.

Poco le hizo falta para quedar prendido de todos los mágicos seres con los que se topó, perdiendo la noción del tiempo a tal punto que, cuando la noche se cernía sobre la arboleda, ya había corrido tras las traviesas ardillas intentando alcanzarlas sin lograr hacerlo; saltado hacía los veloces pájaros para sentir con los dedos su vuelo; e incluso serpenteado por el hielo para ver perderse bajo las rocas a las gélidas culebras.
Estaba exhausto y feliz. Había olvidado los prejuicios sobre su propio cuerpo. Sólo era un animalillo jugando entre otras fieras.

El atardecer de aquel primer día, un proceso que en la ciudad era la inmediata transición del encendido al apagado, se mostró ahora ante los ojos de 3G0 como un orgánico espectáculo de creación y destrucción. Sintió que lo que estaba viendo tenía tanto sentido que siempre, aun sin conocerlo, lo había sabido. ¿Cómo podría semejante armonía albergar los peligros que habían llevado a los suyos a encerrarse bajo una losa de impenetrable mineral?

La respuesta no se hizo esperar, pues iluminadas por la luna que se reflejaba en sus negros exoesqueletos, unas pequeñas y ajetreadas criaturillas se pusieron por fin a su alcance. 3G0 estiró su gruesa mano, que protegida siempre por la fiable goma, y poco acostumbrada a la exigencia de mayores precauciones, fue a parar directamente a la entrada de un superpoblado hormiguero. El detective quedó fascinado con el infatigable movimiento de sus delicadas patitas, y permaneció sumido en el ilusionado análisis mientras estas ascendían masivamente y en ordenadas filas por su brazo, hasta terminar encontrando los pliegues de su máscara y penetrando bajo su traje por la zona del cuello.

Fue entonces, con las primeras mordeduras de cientos de diminutas pero potentes mandíbulas, cuando perdió su inocencia.
¿Por qué le habían atacado, si él sólo quería conocerlas, ver cómo vivían sin hacerlas ningún mal?
Invadido por los insoportables picores que abarcaban ya todo su torso, brazos, y espalda bajo la goma, comenzó a agitarse tratando de quitarse a aquellos bichos de encima, pero desde su precaria posición de cuclillas sobre el agujero horadado por los insectos en la tierra, hizo falta poco balanceo para que la redonda y pesada barriga que le servía de eje descompensara su ya de por sí inestable equilibrio, haciéndole caer de lado y rodar como un bolo, lo cual aprovechó para restregarse sobre la arena tratando de calmar su inflamada piel.
El frote frenético le estaba aliviando, pero cuando quiso darse cuenta de que la superficie donde se estaba revolcando se encontraba infestada de otros muchos hormigueros, ya era demasiado tarde. Cubierto de un ejercito de imparables motitas negras, se puso en pie y echó a correr.

Su mente iba nublándose según dejaba atrás la espesura, y en su desesperación, fustigado por los afilados escozores que le hacían creer que se encontraba envuelto en llamas, olvidó las instrucciones dadas por el centinela, y perdió toda orientación.
De pronto se encontró dando zigzageantes zancadas a través de un claro, mientras sus brazos abofeteaban de forma inconexa todo su cuerpo tratando de apagar el incendio imaginado, pero cuando todo parecía que empezaba a calmarse, levantó la vista para descubrir con horror una formación de metálicas criaturas que le cortaban el paso.
Eran altas como edificios; esbeltas como recios árboles; de troncos gruesos formados por un pulido acero blanco. Y donde había visto nubes, ahora veía unos brazos, que giraban y giraban amenazando con despedazarlo.
Eso fue lo que mas le impresionó, pues aquellos impertérritos seres que situados unos al lado de los otros formaban una disuasoria cadena, blandían al aire un trío de tan grandes y afiladas cuchillas que podrían cercenar sin dificultad la bóveda protectora de la ciudad que él iba dejando atrás.

Se preguntaba qué debía hacer, si seguir huyendo del reino de las diminutas hormigas para ingresar en los dominios de los gigantes de tres aspas, o retroceder hasta la Puerta Este, y regresar de un salto bajo el protector calor de sus subyugadas pero fiables sábanas.

La idea de ganarse un nombre y una cara le hizo encontrar el arrojo que ninguna otra cosa en toda su vida había logrado despertar.

Mirando a su alrededor, pudo localizar no muy lejos de allí una buena rama tirada entre los grises pastos de la pradera nocturna, y tomándola con decisión, la alzó ante su cuerpo como una lanza, y cargó contra la muralla de alineados colosos. Sin embargo una pequeña pendiente ascendente le hizo reducir la marcha hasta convertirse en un jadeante trote, por lo que cuando alcanzó a tocar con su marcial palo al gigante que debía batir para romper la formación, el impacto fue tan nimio que el arma simplemente se limitó a resbalar por la tersa superficie del caparazón enemigo, escapando de sus manos hacia adelante, y cayendo al suelo hasta aplastarle la bota. Quiso gritar de dolor, pero sus dedos machacados tendrían que esperar a recibir las atenciones que solicitaban, pues si no se alejaba de allí a toda prisa, la enorme criatura podría devolverle el golpe y partirle por la mitad. Pensó que afortunadamente, al otro lado de la linea de prominentes paladines vestidos de larga bata blanca, el terreno volvía a descender, por lo que dejó que la inclinación negativa hiciera el trabajo cardiomuscular por él. Lo cierto es que ni siquiera en su mas atlética adolescencia, cuando se encontraba en el que quizá fuera su momento de máximo esplendor en cuanto a forma física se refiere, hubiera podido controlar la aceleración a la que el cambio de rasante le estaba sometiendo. A pesar de que la oscuridad no le permitía ver el terreno por el que se estaba precipitando, durante varios metros aun podría haber tomado la decisión de detenerse, pero temía tanto frenar, por si los gigantes estaban persiguiéndole, como girar el cuello para comprobar si sus temores eran ciertos, que se limitó a dejarse llevar. Tras aguantar en pie mas tiempo del que nadie hubiera apostado, finalmente sus piernas trastabillaron, y volvió a convertirse en un bolo, esta vez en descontrolada caída libre por la ladera de un profundo valle.

La siguiente imagen que 3G0 vio al regresar de la oscura inconsciencia, fueron las babeantes fauces de una jauría de perros que lamían todo su cuerpo. Rodeado de aquellos grandes animales, los primeros del catalogo devocionario que contemplaba en directo en toda su vida, y recordando que llevaba bajo la goma de su traje negro un cargamento de comida en polvo medio cocinada que le convertía en un menú de degustación humano, asumió que lo siguiente que sucedería sería el triste honor de conocer de primera mano lo que se siente cuando se es devorado.

Pero alguien silbó, y los peludos canes desistieron de sus intenciones, fueran cuales fueran, desapareciendo entre el vaho de la noche invernal.

-*¿Eres de la Unidad de Detención?* -pronunció una voz de mujer desde algunos metros de distancia, en una zona hasta la que su cabeza, tendida boca arriba, no podía girarse para alcanzar a ver.

-*No, no soy policía.* -respondió sin saber a quién.

-*¿Y qué haces aquí en mitad de la oscuridad, tan lejos de la Región Interior, y vestido de esa forma?*

-*Voy buscando a alguien.* -respondió el detective tratando de adecentar su aspecto cerrándose la gabardina rosa- *Estoy en una misión de rescate muy importante.*

-*Y esa persona a la que buscas, ¿quiere ser rescatada?*

3G0 tuvo que callar.
Tumbado aun de cara a las estrellas, escuchó el crujido de unos pasos sobre la nieve sin saber qué esperar. Ante sus ojos surgió una altiva amazona, vestida con pieles de fieras salvajes, y cuya máscara negra estaba pintada de marrón con barro y cubierta de verdes flores y hojas.

-*Vamos, levanta.* -dijo la mujer ofreciéndole una ancha y vigorosa mano.

El detective aceptó con gusto la ayuda la primera Sombra a la que había escuchado hablar, y al alzarse pudo por fin ver el trineo a donde habían regresado obedientemente los perros.

-*¡Tú eres la conductora!* -exclamó sorprendido de la tan grata coincidencia- *¿Pero cómo me has encontrado?*

-*No he sido yo quien te ha encontrado a ti, si no tú el que ha caído rodando sobre mi huerto.*

-*¿Huerto? ¿Qué es un huerto?*

-Es eso que estás pisando, lo que nos da de comer, y lo que tu has arruinado. -explicó señalando algunas plantas rotas que surgían en hileras de una tierra labrada junto a lo que parecía ser una pequeña casa hecha con árboles- *Esta pobre cosecha era lo único que nos permitía sobrevivir durante el invierno.*

-¡Vaya, lo siento! -dijo 3G0 con vergüenza al saber del daño provocado- *Puedo daros algunos sobres de comida deshidratada que tengo por aquí…*

-¡No volveré a comer esas porquerías industriales, y no volveré a la esclavitud de la ciudad! -pronunció con gran enfado la mujer mientras se cruzaba de brazos sacando pecho con gesto desafiante- *¡Sube al trineo y te llevaré de vuelta a la cúpula!*

-¡Pero no lo entiendes! ¡Yo te necesito!

-Dime, ¿cuánto te han ofrecido por mi libertad? ¿Crees que me dejaré atrapar de nuevo tan fácilmente?

-¡No es a ti a quien busco, si no a una joven chavalilla que ha sido secuestrada!

-¿Secuestrada? ¡Yo no la he secuestrado! ¡Es mi novia y nos queremos!

-¡Tampoco es ella la persona a la que busco, si no a la heredera de una familia Admin, raptada por el hijo de un clan rival!

3G0 se arrepintió de inmediato de haber revelado tan indiscretamente los detalles de su misión, pero los nuevos datos parecieron tranquilizar a la amazona, que al saber que no era su cuello ni el de su pareja los que estaban en juego, abandonó la inicial desconfianza, y ofreció al detective entrar en su cabaña para calentarse y comentar entre los tres el asunto.

-Si es verdad que vas tras de esa chica, -preguntó con reflexiva calma la anfitriona tras haber hecho las pertinentes presentaciones y tomado asiento ante el fuego de la chimenea- *¿por qué dices que me necesitas, y qué te ha traído a nuestra casa?*

Las dos mujeres escucharon las explicaciones de 3G0, quien narró con todo lujo de detalles su travesía siguiendo las instrucciones del centinela para encontrarlas, y cómo fue atacado por las hormigas, para luego ser perseguido por unos monstruosos guardias que armados con inmensas guadañas le hicieron caer por el empinado terraplén hasta donde le localizaron. Comprendiendo que los hostigadores gigantes a los que el detective se refería debían ser sin duda los molinos eólicos de la red periférica que rodeaba toda la ciudad, y que generaban la energía necesaria para sostener toda la Región Interior, ambas supieron que se encontraban ante un espíritu cuya simpleza no trataba de ocultarles nada.
La formalización del contrato se convirtió en una divertida velada donde no dejó de consumirse el fuerte vino que ellas mismas fermentaban.
3G0 prometió en secreto a la conductora que al final del trabajo le entregaría como pago un conjunto de varios abrigos, almohadas y cacerolas que esta pretendía regalar por su aniversario a su novia. Ella a cambio, le llevaría en su trineo tras la pista del misterioso vehículo de cuatro ruedas, hasta dar con el paradero de la chica raptada.
Todos rieron al compartir sus historias, los perros ladraron llamando a la luna, y el inexperto bebedor de licores se volvió a desmayar.

Cuando el Sol dio vida al segundo día de su aventura, los parpados le pesaban tanto, y todo a su alrededor le resultaba tan borroso, que pensó que alguien había tintado los visores de su máscara. También tardó en asumir que no estaba en su acostumbrado catre, pero tras ingerir una dosis de las gotas medicinales obligatorias, y recordar por fin donde se hallaba y el encargo que debía completar, salió al jardín de la humilde finca, donde encontró a la novia de la conductora arreglando ya el huerto.

-*¿Cómo estás, nuevo amigo?* -le preguntó la mujer de blanca máscara de Normal pintada con el marrón de la tierra y cubierta de coloridos pétalos.

-*La cabeza no me funciona, y el estomago quiere escapar por mi boca.*

-*No te preocupes, es el vino cobrándose su precio.* -respondió risueña sin dejar de trabajar con la azada.

-*Definitivamente no estoy acostumbrado al alcohol ni a la charla sin restricciones.*

Recordando lo acontecido la noche anterior, 3G0 no podía evitar pensar que el sabor de los licores con los que aquella encantadora pareja de seres humanos verdaderamente autosuficientes le había agasajado, no tenía nada que ver con el gusto insípido mas propio del agua que El León le obligó a beber. Si le había engañado en eso, ¿en qué mas no le habría mentido? ¿Sería posible hallar mentiras en quienes todos confiaban sus vidas?

-*Yo también trabajo produciendo alimentos.* -retomó dirigiendo su atención al análisis de los bancales- *Aunque mi fábrica no se parece en nada a esto.*

-*Es bonito obtener con tus propias manos lo que te da la energía para poder vivir, ¿no crees?*

Pero él no lo sabía porque sus funciones laborales eran tocar unos botones que hacían moverse a una serie de complejas máquinas que traían y llevaban cosas sin procedencia ni destino conocido.
Dándose cuenta de que en comparación con aquella mujer, él era sólo un niño pequeño que nada mas sabía mover la mano arriba y abajo para recibir su sustento, sintió lastima de sí mismo y envidia de esa valiente apuesta vital que sin embargo un culo gordo podía destruir en cuestión de segundos.

-*Siento de veras haber estropeado vuestra cosecha.* -dijo con gran arrepentimiento- *Nunca podré perdonármelo.*

Pero las mujeres ya le habían perdonado.

-*No te preocupes, amigo, no lo hiciste con mala intención.* -tranquilizó la horticultora dándole el segundo abrazo de su hasta ahora alienada existencia- *Sabemos que esa no es la persona que quieres ser.*

El sobrecogido detective pensó que con aquello se refería a su deseo de no ser gordo, de no ser torpe, de dejar de ser un simple Normal.
Sin embargo, y aunque en ese momento no fue consciente de ello, acabaría descubriendo que aquella pareja de granjeras supo ver antes que nadie que lo que a él le afligía y buscaba cambiar, no era ninguna de esas feas flores superficiales que él llamaba su vida, si no el cultivo de la semilla que como todos en su interior albergaba, y que tras toda una vida siendo sistemáticamente tallada y envenenada, ya para él ni siquiera tenía un nombre con el que poder empezarla a buscar.

Confuso pero feliz, halló a quien habría de ser su guía preparando ya el trineo. Mientras esta afilaba los patines y equipaba la cabina del transportín con los suministros que la travesía exigía, él se dedicó a revolcarse con los perros.
Aquellos animales que podían matarle de un sólo mordisco eran sin embargo alegres y jugetones, y con sus largas lenguas pendiendo fuera de sus bocas, y sus poderosas colas agitándose al viento, se turnaban para abalanzarse sobre él, morderle sin ninguna fuerza, y fingir una provocativa huida. El recelo que en un principio mantuvo por precaución al recordar la traición de las hormigas, se había esfumado por completo cuando la conductora le indicó que debía separarle de las fieles bestias para atarlas al trineo, y tras dirigirse a ellas con un ensayado silbido, ordenarlas partir.

Desde dentro de la cesta en la que él viajaba acurrucado a los pies de la conductora, y tras las dos filas de poderosos e incansables perros que tiraban de piloto y pasajero, iba viendo desfilar a toda velocidad el paisaje nevado del cada vez mas atractivo mundo exterior.
No pasó mucho tiempo antes de que volviera a encontrarse con los gigantes blancos, ahora antes sus ojos como inofensiva maquinaria al servicio del hombre, y justo cuando sus tripas rugieron reclamándole un alimenticio aporte para cumplir con el almuerzo de media mañana, la conductora detuvo el deslizador y le hizo salir de su cómoda vaina.

-Llevamos un par de horas recorriendo el contorno de la cúpula, y hasta ahora sólo he visto huellas que se corresponden con las orugas de acero de las Cajas de Transporte. -dijo la mujer mientras aprovechaba para beber de una fina bota de cuero.

-¿Eso significa que nunca salieron de la ciudad?

-No, pues aunque el hielo está seco, ha seguido nevando, y puede que durante el día de retraso que llevamos respecto a ellos, se hayan cubierto parcialmente las marcas de ese extraño vehículo que dices que están usando.

-Pues sigamos buscando. -ordenó 3G0 con vacilante autoridad.

-¡Tú mandas, amigo!-obedeció ella volviendo a entonar su poderoso silbido.

La conductora solicitó por cortesía el permiso de lo obvio, pues el rastreo de la caza requiere de una paciencia que raramente es cultivada por los adoradores de la urbe tecnológica.
Así pues, pasadas otras dos horas, encontraron lo que andaban buscando.

-*Las ruedas se alejan hacia el Sur*. -explicó la experta amazona.

-*Entonces no hay duda, aquél loco tenía razón: Los peces representaban el anhelo por hallar el mar.*

Y al mar que se dirigieron en vertiginosa persecución.

El ritmo de los canes pudo incrementarse considerablemente al no tener que depender de una velocidad que permitiera las minuciosas observaciones en busca de huellas, pues el rastro que ahora seguían estaba claramente marcado en el antiguo camino de asfalto, como el dibujo tembloroso de unas lineas arrancadas de la escarchada carretera.
3G0 trataba de recrear la imagen del bello automóvil que le habían descrito, y podía concebirlo abriendo un surco de bizarra libertad sobre la nieve, pero el rojo y brillante chasis de un Ferrari Testarossa que nunca había visto, se configuraba en su mente como la alegoría dramática de una gota de sangre resbalando por una piel pálida y helada. Entre sus ensoñaciones, y a través de las botas de la conductora, que era lo único que desde su posición metido en la cesta de equipaje podía ver, creyó divisar en el horizonte tras ellos, el brillo del mediodía incidiendo sobre reflectante metal. Supuso que sería un espejismo provocado por la monotonía de un paisaje interminable al que sus ojos no estaban acostumbrados, y decidió ignorarlo.

La distancia se expandía del mismo modo que su vejiga, y aunque trató de resistir todo lo que pudo, llegó un momento en que una le ganó la batalla a la otra.

-*¿Podemos parar?* - solicitó 3G0 mirando desde abajo con rubor a la conductora- *Debo vaciar mis depósitos de residuos orgánicos.*

Aquello era algo con lo que la amazona ya contaba, así pues buscó una zona segura del camino donde poder ver llegar de lejos a cualquier criatura salvaje que pudiera acercárseles, y detuvo en el arcén el trineo.

Aunque el explorador novato no tenía ni idea de cómo miccionar sin hacer uso de los obligatorios tubos succionadores de los retretes individuales de la ciudad, optó por dejar que la gravedad se ocupara de liberar el contenido de su entrepierna, logrando aliviarse a costa de la precisión necesaria que hubiera evitado manchar todo su traje con un descontrolado chorro de orina. Instintivamente había sentido que lo mas lógico era evacuar tras el tronco de un árbol, asique cuando regresó junto a la conductora cubierto de un manto de pequeñas gotas amarillas, y se sacudió para no manchar el transportín, la mujer rió mientras le daba una fuerte palmada en la espalda.

-*¡Amigo, no sabes cuanto te pareces a ellos!* -dijo señalando a los perros que se encontraban orinando entre los troncos de los árboles del mismo modo que él acababa de hacer- *Tú también has marcado tu territorio, ¿eh?*

Y aunque 3G0 idolatraba a aquellos cuadrúpedos de velocísima zancada, extraordinario olfato, e inquebrantable lealtad, no se sentía cómodo perdiendo el protagonismo de su papel como figura central de la misión, asique intentó defender su estatus de poder como pudo.

-*Ya… Bueno… Pero yo soy mas listo que ellos.*

La conductora volvió a emitir una sonora carcajada.

-*Los perros pueden parecer tontos pues es cierto que no saben que hay otros perros en el mundo hasta que los huelen.* -comenzó a explicar mientras recurría nuevamente al contenido espirituoso de su avinagrada bota- *Cuando detectan en los alrededores de su hogar a otro nuevo perro, tienen que ir de inmediato a reclamar el espacio como suyo, dejando su marca con la esperanza de que su igual canino se marche y desaparezca para siempre de su existencia. Aunque no quieren compartir el mundo con otros perros, y desean ser los únicos amos y señores de todo, a veces necesitan juntarse en manadas de varios sujetos por su propio interés, y obedecen una solida jerarquía, sometiéndose al líder para quizá algún día ser ellos mismos lideres. Son seres muy cumplidores de sus compromisos con el grupo, pero incluso en esos casos donde el conjunto sustituye al individuo, la motivación sigue siendo la misma: Que lo suyo se imponga a lo de los demás.*

-*¿Y qué tengo que ver yo con eso?*

-Todo.

-Así es la vida, ¿no?

-No. Así es tu vida. Lo cual no significa que no pueda ser de otra forma.

Un poderoso silbido tensó los arneses perrunos, disparando el trineo por la carretera de hielo.

3G0 dormitaba entre irregulares cabezadas, arrullado por el sonido de la fricción de los patines, y el mecer del cesto donde viajaba acurrucado. Intentaba pensar en las palabras de la conductora, pero el sopor, y una sempiterna neblina mental de excusas bien aprendidas se lo impedía.
De pronto, su plácida travesía dentro del cascarón se detuvo bruscamente.

-¡Baja! ¡Creo que alguien nos está siguiendo! -pronunció con tono alterado la conductora mientras tiraba de las riendas para frenar a los perros.

-¿Qué dices? ¿Seguirnos a nosotros? ¿Quién?

-No lo sé, pero me ha parecido ver una silueta a lo lejos.

-¿Entonces es cierto? -se preguntó 3G0 con terror a sí mismo- *Puede que yo también viera un destello sospechoso hace un rato.*

-¡No me jodas! ¡Debiste decírmelo!

Cuando el trineo se detuvo por completo, la amazona saltó del mismo y corrió hasta un lado del camino, arrodillándose en el arcén y oteando con unos prismáticos la ruta por la que ellos mismos habían venido.

-¡No hay duda, una Caja de Transporte con pintura de camuflaje! -gritó- *¡La hemos cagado! ¡De esta no salimos!*

La mujer regresó a toda prisa al trineo y comenzó a cargarse con las partes mas fundamentales de su equipaje.

-¡Corre, coge todo lo que puedas! ¡En pocos minutos habrán llegado aquí! - exclamó sin detenerse- *¡Debemos abandonar a los perros y salir de la carretera!*

-Pero… ¿Pero y si tratamos de ir mas rápido que ellos?

-¡No sabes lo que dices! ¡No tenemos nada que hacer contra sus motores de combustión!

El detective sólo podía pensar en que si sus perseguidores les adelantaban, perdería la pista que seguía, y con ella su oportunidad de convertirse en un Especial. La conductora sabía que aquellos hombres no venían a robarles su presa, ni siquiera a apresarles a ellos: Aquellos hombres eran cazadores de hombres entrenados para matar. Él habló de su salvoconducto; ella de que no había permiso que les pudiera salvar.
Sin tiempo para el debate, la mujer marcó el ritmo saltando por el terraplén del arcén izquierdo con la agilidad de una gacela. 3G0 trató de imitarla con la esperanza de que esta vez podría tener menos del torpe asno y más del evasivo conejo, cosa que sus sufridas piernas no le permitieron, y pronto se volvió a encontrar convertido en el pepele de siempre que rodaba entregado a las despiadadas o tal vez misericordiosas manos del azar.
Tras recuperar el control de su cuerpo al chocar contra un recio tronco, y ponerse en pie para comprobar que había perdido parte de su carga de provisiones durante el descenso, buscó con la mirada a la conductora, y no encontrándola creyó que tal y cómo él o cualquier otra persona de la ciudad habría hecho, no volvería a verla. Lo inteligente era que ella, que sabía moverse por aquellos parajes, se escondiera para salvar la propia vida. No había trato que pagara el hecho de sacrificarse a sí mismo por salvar a otro.
Sin embargo, a los pocos segundos la mujer apareció de improviso de entre unos árboles, y agarrándole de la mano con fuerza tiró de él hacía el interior del bosque. Corrieron como pudieron, pero cada vez iban mas lentos, lastrados por el escaso aliento que podían permitirse un corazón y unos pulmones obligados a desplazar la voluminosa masa de puro tocino en que 3G0 había visto convertirse su cuerpo durante mas de cuarenta años sin hacer nada para impedirlo mas que quejarse. Un reguero de carga caída iba quedando tras ellos, así pues, cuando escucharon los primeros pasos de sus perseguidores, la conductora decidió que esconderían tras un seto las pocas provisiones que les quedaban para poder ir mas ligeros y sin dejar pistas.

Pocos minutos después, el sonido a sus espaldas ya no era el de calzado militar haciendo crujir ramitas y hojas caídas, si no la detonación de unas armas que enviaban pequeñas capsulas de metal al rojo vivo a que atravesaran su carne de lado a lado. Un gesto feo del que sólo pudieron huir recurriendo a la última opción que la amazona abría deseado tener que contemplar: En medio de la arboleda, una planicie perfectamente despejada formada por un deslizante llano de hielo les esperaba.

El detective notó tras las primeras pisadas que la superficie semitransparente de aquel ovalo blanco en el que se habían metido crepitaba bajo sus pies. Allá por donde iba, a su alrededor se formaban largas grietas cuyo epicentro era las suelas de sus botas, y que parecían alejarse con pánico huyendo lo mas lejos posible de él. Como a la conductora aquello no le sucedía, y tampoco se detuvo al ver que su azaña de sobrepeso deportivo estaba rompiendo el suelo de la misma forma que creyó hacerlo en el despacho forrado en fina madera de El León, confió en que todo iría bien, y continuó siguiéndola.
Cuando habían recorrido aproximadamente la mitad del trayecto hacia el lado contrario del claro, y la distancia en todas direcciones hasta la espesura era la misma, un grupo de siluetas surgió en la orilla por la que ellos habían entrado, y efectuando alternativas sucesiones de ráfagas de bala, llenaron todo a su alrededor de profundos agujeros. Ese fue el momento en el que 3G0 vio por fin el agua emanar del hielo, y comprendió que estaban corriendo sobre una balsa de líquido parcialmente solidificado.

-¿Pero qué es esto? ¿Por qué todo se deshace bajo nuestros pies? -gritó mientras el ruido de una gran fractura estructural les envolvía.

-Era un lago congelado. Y ahora será nuestra tumba.

Las terroríficas palabras de la conductora helaron la sangre del detective, que segundos después se heló realmente al caer dentro de las gélidas aguas. Exceptuando los nueve meses durante los cuales flotó en los úteros artificiales de la Unidad de Creación, nunca en su vida se había sumergido por completo bajo ningún tipo de fluido, y mucho menos pudo aprender a nadar, así pues, tras las dos o tres respiraciones que le permitió el oxigeno acumulado en los filtros de su máscara, hundiéndose a plomo, y convencido de que de algo así nadie podría salvarse, asumió que aquél era el final.

Lo que en ese momento 3G0 no sabía es que la conductora también había caído al lago al romperse la capa superficial de hielo, y que sus habilidades en natación tras años vagando por el salvaje mundo exterior eran tan excelentes como para salvarse a sí misma y salvarle a él. Por segunda vez en pocos minutos, le debía la vida a aquella mujer.
Cuando ambos se encontraron de nuevo fuera del líquido elemento, sofocados y conmocionados por el frío, empezó el siguiente problema: A pesar de la goma aislante del traje de 3G0, y la curtida piel de la amazona, se estaban congelando, y pronto comenzarían a perder la consciencia.

-Debemos ir hasta los árboles, a tierra firme, y hacer una hoguera para calentarnos. -explicó ella- *¿Te ves con fuerzas?*

-¿Pero y qué pasa con los hombres que nos han atacado? -preguntó él.

-Ya nos han dado por muertos y se han marchado a por lo que fuera que andaban buscando.

La buena noticia otorgó cierta dosis de energía a 3G0, que logró salir del hielo abrazado de la conductora, la cual, frotando una piedra contra su cuchillo bowie hecho de chatarra, logró crear fuego entre dos rocas. El detective estaba atónito, pero necesitaba el calor de aquél improvisado hogar mas que cualquier explicación.

-¡Vamos, amigo, quitate esa ropa mojada o entrarás en hipotermia! -dijo ella.

-No lo haré. Nunca me he desnudado ante nadie. Al menos voluntariamente. -respondió él recordando la humillación sufrida la mañana anterior cuando Los Felinos vulneraron su privacidad en la ducha de la Unidad de Desinfección.

-Eso me trae recuerdos de cuando yo era una obrera Normal allá en la ciudad, y pensaba como tú que lo que había debajo de mi traje eran vísceras asquerosas que debía ocultarme a mi misma y a los demás. -explicó la mujer mientras se desprendía de todos sus empapados ropajes- *Pero cuando me liberé de las artificiales imposiciones humanas para conocer la naturalidad de la vida, comprendí que en nuestros cuerpos no hay nada malo, mas que el deseo de dominar cuerpos ajenos. Eso es lo único que debería provocarnos vergüenza.*

3G0 no estaba entendiendo nada de lo que la conductora decía, pues mientras esta hablaba, sus turgentes pechos quedaron al descubierto, y aunque el detective en un principio los vio con normalidad, comparándolos con los suyos propios que eran igualmente considerables, enseguida sintió que en aquellos pezones erizados había algo especial que le atrapaba visualmente, y le impedía pensar en otra cosa.

-Bueno, lo cierto es que si te mueres de frío por no querer que te vea desnudo, un poco de vergüenza por hacer algo tan tonto sí que te debería dar.

Por un momento el hombre dudó de si limitarse a obedecer, pues al fin y al cabo desde hace un día estaba descubriendo un mundo nuevo, y viviendo toda clase de experiencias hasta ahora prohibidas, además, si a alguien debía de hacer caso en sus consejos era a aquella amazona que le había salvado la vida ya dos veces.
Pero entonces ella se quitó la última tira de tela que envolvía su cintura, y 3G0 se estremeció de terror al ver el pubis de su compañera, cubierto de un rizado bello negro, pero carente del órgano exterior que él tenía, y que suponía que tendrían todos los demás.

Mientras permanecía tumbado junto al fuego, temblando debido a la baja temperatura adhería a su cuerpo a través del húmedo traje que se negaba a quitarse, e impactado profundamente por la imagen que había recibido al contemplar por primera vez a otro ser humano desnudo, ella le abrazaba desde atrás para darle calor.
Por mucho que se esforzaba no lograba imaginar a qué clase de horrores se habría tenido que enfrentar aquella noble mujer en el transcurso de sus osadas aventuras, para haber sufrido tan espeluznante mutilación. A él, como al resto de los Normales, les enseñaban desde pequeños en la Unidad de Educación que había dos clases de obreros, las mujeres y los hombres, y que la diferenciación se debía a que las primeras eran mas inteligentes, y los segundos mas fuertes, recibiendo por ello los puestos de mando las mujeres, y los de grandes esfuerzos los hombres. Por lo demás eran idénticos en todo, y estaban unidos en la cosa mas importante: No eran Especiales. Así lo había aprendido, y así lo había creído durante toda su vida, por lo que tuvo que usar toda su imaginación para explicarse lo que acababa de ver.

Cuando la intensidad de las ascuas comenzó a menguar, la mujer que le abrazaba se separó de él para avivar el fuego con nuevos troncos, e incorporándose a cuatro patas, iluminada toda su piel por la luz crepuscular que anunciaba sobre ellos la noche, gateó unos metros hasta la hoguera donde había dejado cortados y preparados los maderos, exponiendo su trasero y genitales directamente ante los nerviosos ojos de 3G0.
Al contemplar en primer plano aquel húmedo corte que brillaba delatando el color rosado de la carne interior, se confirmaron todas sus sospechas: A la conductora le habían arrancado su tubo de vaciado de residuos líquidos.
La oscuridad les envolvió, y el investigador ya no sentía ningún frío, sólo quería dar rienda suelta a esa curiosidad que le hacía tan buen detective, y que en los Normales era una rareza capaz de meterle en más de un lio.

-*¿Te duele mucho esa herida?* -preguntó a la mujer que aferrada a su espalda le envolvía con los brazos.

-*¿De qué herida hablas?* -respondió ella con voz somnolienta.

-*De esa que tienes entre las piernas.*

Ella se limito a reír.

-*Amigo,* -pronunció finalmente con ternura- *gracias por preocuparte por mí.*

El canto de los grillos, el ulular de los búhos, y el crepitar de la ardiente madera, sumado al agotamiento del viaje, la huida y el baño, consiguieron hacer que ambos cayeran en un profundo y sorprendentemente cálido sueño.

Coincidiendo con los primeros rayos del Sol, un gran rugido surgió de las hambrientas tripas de 3G0. Asustado por su propia sinfonía intestinal, y por segunda mañana confuso al no recordar dónde se encontraba, inspeccionó el campamento a su alrededor, y sólo halló tirado junto a él el rudimentario cuchillo de la conductora, y la hoguera apagada. Al rememorar la jornada anterior, y la generosa entrega de la mujer manteniéndole en todo momento a salvo, supo que no podía haberle abandonado, asique la llamó a gritos durante largos minutos, sin obtener respuesta alguna.

El festival de gorgoteos gástricos continuaba, y él sabía que necesitaba desayunar para cargarse de la energía necesaria que le permitiera afrontar el nuevo día de su misión. Buscando bajo la acartonada gabardina rosa únicamente descubrió que las aguas del lago habían terminado de arruinar sus sobre de comida en polvo, completamente desintegrados e inservibles, y que la bolsita con las dosis de sus acostumbradas gotas medicinales vespertinas había debido de caérsele en algún momento de la persecución. Las dos cosas eran muy graves: Por la primera moriría de inanición; por la segunda del virus mortal del mundo exterior que sin duda infectaría su organismo desde ese instante desprotegido.

Recordó los arbustos en los que habían escondido las provisiones, pero no podía ir a buscarlos sin más, pues debía esperar a que la amazona regresara de donde fuera que estuviera.
Se dedicó a caminar en círculos entorno a los carbonizados restos vegetales que les habían dado el calor necesario para sobrevivir, pero tras mas de una hora sus piernas empezaron a flaquear por la falta de alimento, y se lanzó a una desesperada y confusa carrera, yendo y viniendo en todas direcciones, esperando descubrir el paradero de su guía y única protectora.
Cuando finalmente logró localizar un sendero de pequeñas pisadas femeninas sobre la nieve apelmazada, sus ojos diluyeron las gotas de sangre en gotas de lágrimas: Al pie de un árbol, completamente desnuda y sobre un charco de orina, la conductora yacía degollada.

< / 0 5 >
L O S / L O B O S

3G0 sentía que no podía respirar; una gran opresión en el pecho; hormigueo en brazos y piernas; vértigo. Necesitaba regular sus funciones corporales y mentales con las gotas medicinales que sin embargo había perdido. Sabía bien que aquella sustancia milagrosa era la única que podía hacer que la invasiva y desestabilizante ansiedad provocada por el brutal asesinato de la conductora, esa que le llamaba amigo y cuidaba de él por el mero hecho de ser dos humanos en medio de lo salvaje, desapareciera y le dejara continuar con su importante encargo. No adivinaba quién podía haber cometido tan atroz acto, ni si seguía allí acechándole, pero tenía claro que debía gobernar su propio cuerpo si quería lograr obtener el gobierno de la isla de poder prometida. No se permitiría perder la pista de El Mochuelo y La Gata.

Arrodillado junto al cuerpo inerte de la conductora, la despidió agachándose respetuosamente hasta fundir el negro y el blanco de sus máscaras, y tras volver a obligar a los filtros de sus visores a achicar el agua de sus lágrimas, se alejó de la escena del crimen a toda prisa para intentar desandar el camino que hasta aquel lugar de muerte les había llevado. Logró rodear el lago helado sin atreverse a volver a pisarlo, y antes de desfallecer de hambre y cansancio creyó localizar el sendero que ascendía hacia la carretera. Su mejor opción era recuperar el equipaje que abandonaron, pues quizá en él hallara algún tipo de comida o incluso las tan necesarias gotas. Buscó, buscó y buscó, y por mucho que se esforzó en retener en su cabeza la imagen de las zarzas tras las que habían escondido las provisiones, todas las plantas le parecían iguales y no pudo localizarlas. Desesperado dio tumbos mientras la mañana avanzaba sobre sus hombros, pero finalmente, a fuerza de ascender el terraplén por el que hace unas horas rodara, alcanzó por fin la helada carretera sobre la que ahora se distinguían tres juegos de diferentes rodadas: Las más finas y compactas, sin duda de los afilados patines de un trineo que ya no estaba; las medianas de unos neumáticos de goma llenos de surcos, correspondientes al Ferrari Testarossa que guiaba la caza; y sobre todas estas, imponiendo su aplastante potencia, las enormes orugas metálicas de la también desaparecida Caja de Transporte que les había arrebatado recursos y delantera. Comprendió que los hombres que les atacaron no iban a por ellos si no en busca de lo mismo que él, y ahora debía perseguirles en clara desventaja.

Caminó sobre el asfalto siguiendo las huellas, y aunque sus piernas se movían de forma autómata sin siquiera cuestionarse una rendición, se sentía profundamente triste, hambriento, y deshidratado, invadido por el pensamiento de que a cada paso que daba estaba mas solo, mas lejos, y mas contaminado.
Podrían quedarle días o semanas antes de poder alcanzar el lugar a donde las marcas de los vehículos le llevaban. ¿Tendría que ir andando hasta el geográficamente remoto y legendáriamente inalcanzable mar?¿Aguantaría?

Por fortuna para él, a los pocos kilómetros su calvario terminó, pues tras una curva cerrada se topó de frente con la Caja de Transporte pintada de camuflaje y el trineo sin los perros, ambos aparentemente abandonados junto al terraplén descendente del arcén izquierdo.
Llegado a ese punto no podía permitirse simplemente esquivarlos y seguir avanzando tras la pista del coche fugado que continuaba carretera arriba, rechazando por miedo a ser descubierto la oportunidad de inspeccionar si junto con los vehículos habían dejado también algo de valor que pudiera utilizar, en especial raciones de supervivencia del tan apreciado alimento en polvo. Su desbocado apetito le convirtió repentinamente en un sigiloso animal al acecho, que deslizándose a gatas por el margen derecho de la carretera, el cual estaba resguardado por un terreno ascendente con algunos arbustos, alcanzó una posición segura desde donde echar un vistazo. Tal era su concentración analizando a través del portón abierto el interior aparentemente sin vigilancia de la Caja de Transporte, sintiendo ya que podía saborear los platos deshidratados que cualquier exploración a buen seguro entre su equipaje habría cargado, que ni siquiera se percató de que apenas a un par de metros de donde él se encontraba espiando agachado, un Normal muy musculoso y aferrado a una potente arma de fuego yacía en la carretera desangrado. Cuando por el rabillo del ojo vio por fin aquella máscara blanca teñida de una infinidad de gotas de sangre proyectadas a gran velocidad por la yugular seccionada, dio tal brinco que cayó sobre su cansada espalda.
El susto le había molido las vertebras y acelerado el corazón, pero si la segunda victima de asesinato que descubría aquella mañana hubiera estado viva, el cadáver en ese momento sería él.
Estaba furiosamente indignado consigo mismo por su escandalosa falta de reflejos, pero aunque por ahora se había librado, alguien estaba matando gente a su alrededor y no pensaba quedarse a ser el siguiente.

La goma de sus guantes comenzó a agrietarse mientras sus dedos se clavaban en la dura tierra de la ladera derecha que separaba bosque y asfalto. Cuando logró ascender hasta la planicie que se alzaba dominando el terreno montañoso, descubrió que no muy lejos de allí se divisaba el tejado de una torre hecha de madera en un estilo muy similar al que observó en la cabaña de la conductora y su novia. Al acercarse mas a la construcción comprobó que aquel pináculo formaba parte de un conjunto de espaciosos edificios, y que además de albergar una serie de animales que hasta ese momento nunca había visto, tales como vacas, cerdos, o gallinas, contaba también con una de esas parcelas cubiertas de ordenadas hojas que llamaban huerto, de donde sus amigas le explicaron que se obtenía la comida. Si él podía entender algo en aquel momento, es que necesitaba comer, y aun así, tras arrancar de la tierra varias plantas, olerlas, e incluso tratar de desmenuzar todas sus partes en diminutas bolas, no fue capaz de entender la manera de hacer entrar aquello por el estrecho orificio tubular de su máscara que conectaba con su boca.
Supuso que de igual forma que los alimentos en polvo de la ciudad habían de ser mezclados previamente con agua, aquellos requerirían un tratamiento de disolución similar. Fue a la búsqueda de botellas o grifos, pero cuando logró hallar el agua, esta estaba contenida en un estrecho agujero en el suelo a varios metros de profundidad. Tiró una piedrecita al oscuro abismo del pozo, y el retardado chapoteo le indicó que si no andaba con cuidado y se precipitaba en aquella honda fosa, el que acabaría desintegrado bajo las aguas sería él.

El Sol del mediodía empezó a recalentar su cogote poco acostumbrado a tales radiaciones, lo que sumado a la desesperación de saberse tan cerca de un sustento que no acertaba a obtener, acabó provocando que abandonara toda precaución. Dirigiéndose hacia la casa principal, observó a través de las ventanas una mesa con un hermoso mantel, cubiertos y otros objetos que no le eran familiares de la Región Interior, hasta que por fin, contenidos en botes de cristal, lo que parecían frutos triturados que fácilmente podría sorber. Tentado por las coloridas mermeladas se dispuso a abrir la puerta de la acogedora vivienda, pero olvidando que allí no regían las imposiciones tecnológicas de la ciudad, pensó que si atravesaba el marco de la entrada, el lector de chips que había en todas las puertas de todos los lugares que él había conocido, registraría su código delatando su posición. Como no quería alertar a la Unidad de Detención, desistió de su allanamiento.

Alejándose con resignación en dirección al mas apartado de los graneros, y sin atreverse tampoco a entrar en este por temor al inexistente lector, introdujo su cuerpo entre las mullidas balas de paja que alguien había acumulado bajo un gran porche lateral, y oculto del ardiente cielo, desnutrido, y agotado, cayó en brazos de una profunda siesta.

Hizo falta que transcurrieran varias horas para que la brisa del invierno empezara a hacerse notar sobre el calor menguante del despejado cielo, momento en el cual los ojos de 3G0 volvieron a abrirse con renovadas energías, claridad mental, y decisión firme de conseguirse una buena cena.

Saliendo de su escondite entre las pajas, fue directo hacia la casa principal de la granja. Su plan era claro: Llamaría a la puerta y se ofrecería a comprar algo de alimento a cambio de las muchas o pocas monedas que esperaba que aun le quedaran en la cuenta bancaria de su chip. Estaba convencido de que en el mundo el dinero podía comprarlo todo, y si se disponía de él, no había situación de la que uno no pudiera salvarse.
Pero cuando llegó a la ventana por la que anteriormente se había deleitado observando los apetitosos tarros de rojas, moradas, y anaranjadas jaleas, ahora contemplaba una escena muy distinta: Sobre el delicado mantel de la mesa, un charco de vísceras y sangre delataba el lugar donde habían sido desmembrados sin ninguna piedad los cuerpos del hombre y la mujer cuyos restos se encontraban esparcidos dantescamente por la estancia.
Las válvulas de evacuación de fluidos del filtro respirador de 3G0 tuvieron que trabajar arduamente para achicar la repentina inundación de incontenible vómito. Aunque su organismo reaccionó contrayendo sus tripas y provocando que chorros de ácida bilis ascendieran por su esófago hasta escapar por su nariz y boca, no había sido la cruenta saña empleada para perpetrar tan macabro homicidio lo que realmente había aterrorizado a su psique provocando tal respuesta, si no que al fijarse en los torsos de las victimas, y descubrir que sobre sus cuellos había dos cabezas desprovistas de máscaras, el impacto de ver por primera vez dos rostros humanos le supuso una impresión insoportable. Cayó de rodillas frente al cristal rociado con las gotas de regurgitación digestiva, y mientras expulsaba de su cuerpo la pesadilla contemplada, no podía evitar pensar que si así eran las caras de las personas, mas parecidas a las de los poderosos animales salvajes que a las de las máquinas productoras de riqueza que creían ser,quizá el propósito de las obligatorias máscaras fuera mas ocultar la verdad que preservarla.

No tuvo tiempo para dejar que sus divagaciones encontraran el espacio necesario para asentarse como firmes razonamientos, pues mientras por su pecho aun resbalaban los grumos de su contenido estomacal, el sonido de una turba furiosa que se acercaba alertó a sus aun conmocionados oídos. Sabía que si no huía de allí sería sin duda acusado del crimen, o tal vez sencillamente apaleado hasta la muerte por el mero hecho de ser un forastero. ¿En qué clase de trampa mortal se había metido? ¿Acaso todo los horrores que siempre le contaron sobre el salvaje mundo exterior, se estaban haciendo realidad ante él?

Su primera reacción fue regresar a la protectora cobertura del forraje seco, pero al dar los primeros pasos en dirección al granero, vio como ya de lejos asomaban las cabezas de la tumultuosa comitiva. No podía alejarse de la casa si no quería ser presa de los lazos, azadas, y rastrillos que en su dirección se aproximaban. La única ruta despejada que acertó a distinguir era la que llevaba hasta la cerca del ganado.
Muchas piernas y muchos brazos, muchos llantos y muchos abrazos, todos los vecino conmocionados velaron los cadáveres de sus amigos masacrados. Y mientras tanto, él se ocultaba en el establo haciéndose pasar por una vaca lechera.
Gracias a su gran masa corporal, y a coincidir a la perfección el blanco de su máscara y el negro de su traje de goma con la gama cromática del pelaje de los bóvidos, caminando a cuatro patas entre ellos se asemejaba a un bien formado ternero, por lo que hicieron falta mas de dos horas hasta que uno de los múltiples dolientes que rondaban a su al rededor por la finca terminó por descubrirle. Al ser dada la voz de alarma trató primero de disimular mugiendo como si con él no fuera la cosa, pero cuando varios individuos se introdujeron en el rebaño para apresarlo, intentó ejecutar una torpe huida rápidamente neutralizada por un ágil lanzamiento de lazo, que atrapándole los pies con la soga, le dejó inmovilizado. La cosa no pintaba bien.

Sin embargo aquellas personas de rostro descubierto, con los ojos hinchados por el llanto, pero una sonrisa en sus bocas, no sólo no le dañaron, si no que, incluso a pesar de retenerle como su prisionero, le trataron desde un primer momento con delicadeza y gran respecto. Mientras le llevaban a la plaza de la aldea donde se encontraba el edificio comunal, él no era capaz de considerar a esas criaturas blandas y de órganos expuestos como seres humanos.

Para 3G0 una cara era la premeditada conjunción de las mas avanzadas tecnologías de filtrado de partículas contaminantes y de captación sensitiva, y no entendía las expresiones gestuales como elementos de comunicación no verbal, si no como contracciones involuntarias de desagradables músculos y tejidos que deformaban constantemente lo que debía ser una imagen fija y perfectamente definida.

Al meterle en su celda, que resultó ser una amplia habitación bien ventilada y con una cama varias veces mas grande y cómoda que su catre de confinamiento biológico, determinó que aquellas impúdicas gentes que se paseaban bajo el Sol medio desnudas y desprotegidas de los virus mortales que poblaban el aire, eran definitivamente unos bárbaros carentes de toda noción básica de dignidad, y que su amabilidad no era mas que el fruto de la simpleza de sus mentes subdesarrolladas.
Empezó a tramar su plan de escape por si se daba el caso de que se atrevieran a juzgarle como sospechoso de los sangrientos crímenes que estaban sucediendo en aquellas infames montañas, el cual, a juzgar por las laxas medidas coercitivas que le estaban aplicando, le resultaría verdaderamente fácil de ejecutar. Pero mientras fantaseaba con lo que serían unos impecables movimientos de genuina evasión táctica, una joven muchacha de larga melena entró en la estancia portando una bandeja sobre la cual humeaba un tazón de olorosa sopa de pan, ajo, pimentón, laurel y huevo. La fuga tendría que esperar.

Tras haber cenado y conocido el agradable tacto de unas suaves sábanas de seda, el detective, reo del pueblo sin máscaras, se despidió del trágico tercer día de su misión entregándose al reconfortante descanso.

-Buenos días, querido mozo. -pronunció una anciana irrumpiendo en la estancia cuando el gallo cantaba una nueva jornada- *¿Qué necesitas? ¿En qué te podemos ayudar?*

-Quiero que me liberéis. -respondió 3G0 asomando únicamente los visores oculares desde debajo de sus confortables mantas.

-Eres perfectamente libre de elegir tu libertad. -añadió la mujer mientras abría las cortinas de la ventana, dejando entrar una claridad que reveló una coleta de un cabello gris que le caía hasta mas abajo de las caderas.

Desde la tranquilidad de su nuevo lecho, 3G0 se esforzaba por encontrarle sentido a la muestra de ostentación de algo tan vulgar como era el pelo, vestigio de recubrimiento exterior suplementario que demostraba la necesidad de una capa mas resistente sobre la débil piel, por suerte ya superada, y que sin embargo ya había visto luciendo a las dos mujeres que le habían visitado.

-*Te pedimos que nos disculpes por retenerte ayer.* -retomó la anciana devolviéndole la gabardina rosa de la que se deshizo al tratar de fingir que era una vaca, mostrando al depositar la prenda sobre la cama que su antebrazo izquierdo no estaba completo y terminaba en un redondeado muñón- *Si tomamos tal medida, consensuada por toda la aldea muy a nuestro pesar, fue exclusivamente para que te tranquilizaras y repusieras. Hoy, si así lo deseas, podrás pasar el día con nuestra gente, y si no, te daremos lo que necesites para que puedas marchar.*

-*Pero… ¿Y qué hay del asesino que mató a aquellas pobres personas? ¿Ya ha sido detenido?* -dijo mientras se ponía en pie y de forma inesperada se veía a sí mismo en un espejo de pared- *¿Quién es ese? ¿Qué hace ahí dentro?*

-*No debes temer, esa es tu silueta reflejada.* -explicó la anciana dando varios golpecitos con los nudillos en la pulida lamina- *Sabemos que en las Regiones Interiores os tienen prohibidos los espejos para que ni siquiera concibáis una imagen mental de vosotros mismos. Es sólo un truco mas de su gran engaño.*

¿Gran engaño? ¿De qué gran engaño podía atreverse a hablar alguien que vivía sumido en la ignorancia del incivilizado mundo exterior?

Tras aceptar la invitación a desayunar con el resto de los vecinos en el animado salón comunal, el detective sufrió una sobredosis de nuevos estímulos visuales y su mente fue copada de incontables preguntas.
La anciana le explicaba la historia de los edificios de la aldea, que por fuera ellos mismo habían recubierto de madera, pero que por dentro eran de un fuerte hormigón armado, y que aunque aparentaban ser casas bajas, en realidad se introducían muchas plantas bajo tierra, pues el tiempo había enterrado lo que en origen fueron altas torres sobre el nivel del suelo.

También le habló de las innumerables reliquias que aquellas construcciones albergaban en su interior, lo que para gente de la ciudad como El Cuervo se llamarían tesoros, y de las que aquellos aldeanos se servían en su día a día con total normalidad.
Cuando la insaciable panza de 3G0 se hubo llenado con las ricas viandas que en las mesas comunales parecían no faltar, y tras una visita de emergencia al retrete para gestionar el arduo procesamiento de unos alimentos naturales que su aparato digestivo, acostumbrado únicamente a los sobres de comida en polvo, hasta entonces no conocía, salieron a pasear entre los huertos donde muchos vecinos se encontraban trabajando, y cuyo funcionamiento él poco a poco iba comprendiendo: Allí las personas no dependían para sobrevivir del hecho de poder ganarse un sueldo concedido por los Especiales, dueños de todas las fábricas, y determinado en base a su tasa de productividad, si no que en aquella aldea construida sobre las antiguas ruinas de una civilización de rascacielos de acero y cristal, se daban todo a todos sin pedir nada a cambio.
Su anfitriona se había afanado en mostrarle con tanto entusiasmo su hogar, que el detective apenas encontró espacio para que intervenir y expresar las constantes preguntas que le iban surgiendo, quedando el relato limitado a lo que la anciana manca quiso construir para él.

-*¿Qué te ocurrió en el brazo?* -fue de entre todo el catalogo de hesitaciones existenciales que 3G0 podía haber formulado, la que finamente eligió pronunciar.

Y es que tras observar como aquella mujer encorvada, llena de manchas y arrugas, y cubierta de un apagado gris, se manejaba con total agilidad y precisión haciendo uso de su mutilada extremidad, casi olvidó por completo que estaba rodeado de caras flácidas sin máscara. Todo allí empezaba a parecerle normal y deseable; un mágico sueño de autosuficiencia.

-*Esto es el precio de la libertad.* -respondió la anciana acariciando su muñón con nostalgia, y devolviéndole a una realidad donde primaba ante todo el coste de oportunidad.

Finalmente caminaron hacia las afueras del pueblo, allá donde se encontraba la apartada granja de los terribles asesinatos acontecidos la tarde anterior, y los cuales parecían no haber sido los únicos aquel día.

-Antes me preguntaste por el responsable de los espantosos crímenes que desde ayer nos asolan. -comenzó a decir la anciana- *Ahora que ya nos conoces es el momento de que seas sincero: ¿Fuiste tú quien mató a la pareja y al cazador de conejos?*

3G0, que empezaba a sentirse tan querido y acogido como lo hiciera en el refugio de la conductora y su novia, y que ya había olvidado sus maquinaciones para diseñar una preventiva fuga, quedó profundamente sorprendido por tan inesperada acusación.

-¿Me recibís como un invitado en vuestra casa, ofreciéndome la mas exquisita hospitalidad mientras me mostráis el funcionamiento y la historia de vuestro pueblo, y todo esto aun sospechando que pudiera ser yo el sádico homicida que amenaza la hermosa forma de vida que aquí habéis construido?

-¿Qué iba a cambiar el hecho de que te tratáramos mal?

A pesar de haber dejado de ver a aquellas gentes como los pobres idiotas por los que en un principio los tuvo, estaba claro que no sabían gestionar una situación de potencial riesgo destructivo como era aquella, y de hacerlo, sus técnicas eran extrañamente confiadas, quizá ocultando algún tipo de sofisticado engaño para hacerle caer en una vil encerrona.
Pero él se tenía por un gran estratega y no se dejaría burlar fácilmente.

Así, una vez hubo negado públicamente su participación en el delito, y pidiendo reunirse a la hora del almuerzo con todos los aldeanos en el comedor comunal, pasó a ejecutar la jugada maestra que había ido tramando durante toda la mañana, y con la que tomaría el control de toda la situación. Él, desde sus mas tiernos días en la Unidad de Educación, había escuchado los cuentos orales que narraban leyendas de monstruosos animales que habitaban esos parajes agrestes del mundo exterior. ¿Puede que los crímenes estuvieran siendo obra de dinosaurios, unicornios o dragones de dos cabezas? No lo sabía, pero debía correr el riesgo y pasarlo por alto, si es que quería poder embaucar a aquellas incultas gentes.
Imprimiendo la mayor solemnidad que pudo a su tono y sus gestos, se puso en pie ante todos para fingir una confesión: Él era el responsable de haber traído la muerte a aquel tranquilo lugar.

-Unos hombres armados nos persiguieron hasta aquí. Nosotros íbamos tras la pista de una joven que ha sido secuestrada y llevada hacia el Sur por la carretera que rodea vuestra aldea. Cuando los cazadores nos alcanzaron trataron de matarnos, logrando acabar con mi inocente compañera, la cual reposa bajo un árbol al otro lado de la explana de agua helada. Por esto debo haceros saber que es posible que vuestro hogar se encuentre en serio peligro por culpa de mi misión. De verás que siento los problemas que mi presencia pueda ocasionaros, pero si encontramos a la chavala, todo habrá terminado.

En cuanto oyeron sus palabras, conmovidos y preocupados, no hubo quien no se ofreciera para ponerse a sus ordenes en busca de un remedio inmediato.
Su plan había funcionado a la perfección, pues ahora disponía del apoyo de un tropel de entregados aliados que, por estar en juego su propia integridad, lucharían con incluso mas motivación que él mismo para lograr detener a los intrusos, y le servirían para quitarse de en medio todos los obstáculos que se le interponían en la consecución de su encargo.
Mientras formaban un pequeño grupo de rastreo, y salían en dirección a la Caja de Transporte abandonada, sintió que un orgullo le invadía, pues en el fondo el hecho de encontrarse de pronto capitaneando un aguerrido comando de personas extrañas y desconocidas que le obedecían sin cuestionarle, era un hito que sin duda sería recordado cuando fuera nombrado Admin al regresar victorioso a su Región Interior. Podía imaginar las representaciones públicas que celebraría la Unidad de Devoción donde se le rendirían honores por una gesta que por primera vez en la historia un Normal había logrado llevar a cabo, reclutando él solo a una aldea entera de salvajes para su causa.
Lo que el autoproclamado comandante no sabía es que desde el momento en que fue recibido en el hogar de aquellas gentes, estas ya se habían puesto a su disposición para ayudarle sin pedir nada a cambio.
Al llegar al terraplén que descendía hasta la carretera, 3G0 se dispuso a advertirlos de que allí encontrarían otro cadáver, el del soldado degollado, pero lo que vieron ya desde las alturas los dejó petrificados.

-Parece que son los cuerpos de cinco mozos en total. -advirtió uno de los rudos montaraces de la expedición aldeana- *Todos reunidos en torno al gran vehículo metálico, y todos aparentemente desmembrados.*

El diagnostico no cambió una vez hubieron descendido hasta el asfalto.

-*Esto no puede ser obra de una persona.* -pronunció con pavor la muchacha de larga cabellera que la noche anterior le sirvió la cena.

-*Os juro que no os he mentido.* -dijo 3G0 nervioso- *Aquí delante tenéis la prueba de que era cierto lo que os dije de que muchos hombres me vienen siguiendo.*

-*Te creemos, pero por sus posiciones reunidos en círculo, unos de espaldas a otros, parece que intentaron defenderse de un ataque que vieron venir, tal vez de osos o de lobos.* -explicó la anciana manca.

-*Y sin embargo no hay ni un sólo casquillo que indique que usaron sus armas de fuego para disuadir a los agresores.* -observó uno de los curtidos granjeros.

-*Sí, eso es muy extraño.* -reconoció 3G0 planteándose por primera vez la posibilidad de que El Mochuelo mismo fuera el que estuviera matando a los hombres que creía que le perseguían, y que por ser muy probablemente empleados de la Unidad de Detención enviados por su padre, tuvieran orden de no dañar al desequilibrado hijo, aun cuando este no quisiera dejarse disuadir de que acabara con el rapto y la fuga.

Algo no le cuadraba, pues con la ventaja de mas de un día que les sacaban, la pareja de fugitivos ya debería estar muy lejos de allí, quien sabe si incluso en el mar. Mientras reflexionaba, el aullido de una manada de lobos carretera arriba disipó de golpe sus hesitaciones.

-*¡Rápido! ¡Todo el mundo a los árboles!* -gritó la anciana, que con extraordinaria destreza, y a pesar de contar con un sólo brazo para hacerlo, trepó raudamente por el tronco de uno de los recios árboles del arcén izquierdo.

Cuando el detective y líder del pelotón quiso reaccionar, era el único que permanecía de pie en el centro de la carretera. Todos se habían puesto a salvo menos él.

Sus peores temores se cumplían: A los hombres podía engañárseles, podía convencérseles, pero contra los animales sólo existía el puro dominio físico o la muerte.

-*¡Mozo, sube aquí!* -gritó la chica de la melena ofreciéndole su mano desde lo alto de una rama.

3G0 corrió hasta salir del camino, y comenzó a saltar intentado alcanzar los finos dedos de la muchacha, pero su pesado equipaje graso se lo impedía. Cada brinco era un poco menos potente que el anterior. Pensó en echar a correr, pero en esta ocasión tuvo el tino de no humillarse con una acción claramente abocada al desastre. Resignado, y habiendo perdido toda esperanza de evitar ser despedazado por los despiadados lobos, un grupo de cuerpos de aldeanos recién descendidos de sus seguras posiciones se amontó unos sobre otros formando una escalera por la que el orondo aventurero pudo ascender, encontrando finalmente su arbóreo refugio.

Los lobos llegaban emitiendo agresivos ladridos, pero él estaba tranquilo, observando las discretas curvas de una anatomía que quedaba expuesta entre los pliegues de la de interminable cabellera de su vecina de rama. De pronto, bajo sus pantalones en la zona de la entrepierna, su tubo de eliminación de residuos líquidos palpitó. Era algo que nunca había sentido. Una especie de intenso espasmo. Y cuando fue a tocarse el área afectada para revisar si la alteración era fruto de la picadura de algún pariente de las traviesas hormigas, su desagüe comenzó a hincharse de forma descontrolada. ¿Por qué le estaba sucediendo aquello? ¿Quizá eran los primeros síntomas de un contagio provocado por la falta de las gotas medicinales obligatorias que había perdido? Aunque por motivos muy diferentes a los que él sospechaba, justamente esa era la causa de su inesperada y hasta ahora desconocida erección genital, pero el miedo a estar sufriendo algún tipo de reacción infecciosa que le hiciera perder su tubo, o incluso contaminarse entero, inflamándose todo su cuerpo todavía mas de lo que ya estaba, hasta tal vez explotar, le hizo comenzar a agitarse histéricamente sobre su atalaya de madera hasta que esta se partió, precipitándose rama, hombre y pene contra el suelo.

Cuando recobró la consciencia una enorme lengua de lobo estaba cubriendo de babas los visores oculares de su máscara: Él conocía a esos perros, y ellos le saludaban.

-No son lobos, deben ser los animales de tiro que fueron soltados del trineo. -indicó uno de los aldeanos.

-Son muy buenos. -aclaró 3G0- *Ellos me trajeron desde la ciudad hasta aquí.*

-Pues ahora me los llevaré a la aldea para que repongan fuerzas. -dijo la anciana- *Están hambrientos y deshidratados.*

Descartada la amenaza perruna, volvía a abrirse el interrogante de contra quién se estaban enfrentando. Pero por fortuna para el investigador, antes si quiera de darse cuenta las montaraces gentes de su comando de búsqueda ya estaban analizando las huellas impresas sobre la sucia nieve.

-Al rededor de los vehículos sólo hay pisadas de personas y las de los perros. -observó una avezada granjera.

-Entonces eso descarta a los osos, a los murciélagos gigantes chupasangres, y a los lagartos voladores escupefuegos, ¿no? -preguntó 3G0 aliviado.

-A los osos podemos descartarlos. En cuanto a las demás criaturas no debemos cerrarnos a ninguna posibilidad. -dijo uno de los monteros sin poder evitar soltar un carcajada e incitar a los demás a hacerlo también.

-¿Por qué se ríen de mi? -preguntó el detective a la muchacha mientras se alejaban de la Caja de Transporte siguiendo las huellas de calzado humano.

-Sabes que esos seres que has dicho no existen, ¿verdad? Son criaturas imaginarias de los libros.

Pero igual que él no sabía de qué libros hablaba, aquellos que en las Regiones Interiores habían leído en secreto esos manuscritos de épocas pasadas para construir una mística con que controlar a los Normales tampoco sabían que lo que contenían muchas de aquellas antiguas páginas no eran crónicas de un mundo real y lejano, sino pura ficción.

-Aquí hay algo diferente. -dijo la chica recogiéndose la melena al agacharse para inspeccionar mejor- *Son pisadas de un tamaño muy similar a las mías.*

-El secuestrador es un joven frágil de reducidas dimensiones. Puede que sean las huellas de sus pequeños pies patricios.

Todos parecieron aceptar las palabras de 3G0 cuando mas adelante descubrieron que el rastro se alejaba subiendo la ladera derecha muy cerca de por donde él mismo lo había hecho el día anterior.

-Huyó por allí, en dirección a la granja. -dijo uno de los miembros de la patrulla.

-¡Entonces es él quién asesinó a la pobre pareja! -exclamó 3G0 emocionado.

-No es tan sencillo, pues aquí hay otras marcas de grandes botas: Parece ser que varios mozos le siguieron.

Cuando llegaron a un punto situado entre la casa y el granero de la paja que 3G0 ya conocía de su última siesta, localizaron abandonados unos elegantes y ensangrentados zapatos.

-El secuestrador hizo algo muy inteligente. -dijo la muchacha cuyo aroma empezaba provocar en el detective una atracción irracional- *Se descalzó para que sus pisadas se volvieran tan tenues que nadie pudiera seguirlas.*

-¡Y los confusos mocitos que iban tras él se parapetaron tras el pozo cuando le perdieron la pista! -indicó otra exploradora que se había desplazado hasta el deposito de agua.

-Luego parece ser que les rodeó sin que ellos se dieran cuenta, pues uno de ellos yace ahogado boca abajo en el fondo del agujero. -señaló la muchacha asomando la cabeza en el pozo.

La masacre estaba empezando a adquirir proporciones grotescas, pero cuando encontraron un poco mas allá los cuerpos descuartizados de los pocos soldados que quedaban, y que parecían haber tratado de huir hasta verse atrapados en un pequeño bosquecillo del que ya no salieron, 3G0 tuvo claro que si aquellos fuertes y entrenados hombres no habían sido capaces de lograr la detención del en principio inofensivo, pero en realidad letal muchacho, él jamás lo conseguiría. Su única posibilidad de llegar a ser adoptado como Admin y gobernar su propia vida se esfumaba.

Pero al menos, pensó, él seguía vivo.

Mientras volvían a la aldea, 3G0 comentaba con la muchacha una secuencia de acontecimientos que ya resultaba mas que evidente: El Mochuelo había sido llevado hasta la Caja de Transporte, seguramente para tratar de convencerle de que regresara a la ciudad con los soldados, los cuales, al estar bajo las ordenes del padre del chico, no pudieron defenderse cuanto este se negó y les atacó. Luego, fue perseguido por los supervivientes hasta llegar a la granja, donde los despistó, engañó y masacró. Finalmente el enejado muchacho buscó refugio en la vivienda de los campesinos, y mientras el detective dormía la siesta escondido entre las pajas a escasos metros de donde se desarrollaba tan terrible escena, el patricio mataba brutalmente a la inocente pareja.
Lo que 3G0 no lograba explicarse era por qué el secuestrador estaba en aquél lugar en vez de haber aprovechado su ventaja temporal para seguir avanzando con todo el el camino despejado hasta el mar, ni por qué había matado a la conductora en mitad del bosque, al cazador de conejos que le habían dicho, o al primer guardia que él mismo había visto.

Al llegar al comedor comunal, donde ya se servía la cena, el autoreivindicado invitado trató de permanecer pegado a la larga melena de la simpática muchacha, pero la anciana manca le llamó y le hizo sentarse junto a ella.

-Ya sabemos lo que ha sucedido, pero no dónde se ha metido El Mochuelo, ni qué ha podido hacer con la inocente criatura que vengo a rescatar. -informó 3G0 a la anfitriona.

-Entonces habrá que poner vigías por las calles hasta que sepamos si sigue entre nosotros o ha seguido su camino.

-¿Existe en las inmediaciones del pueblo algún lugar apartado y lo suficientemente resguardado como para que alguien pueda utilizarlo como escondite?

-Sí, hay uno. Mañana te llevaremos a inspeccionarlo. -afirmó la mujer- *Ahora comeremos, reiremos, y contaremos viejas historias.*

-Me pregunto si se hablará de esta patata cuando cuenten mi historia. -pronunció el barrigudo detective ensartando en su tenedor un tubérculo con forma de sonriente pez globo.

< / 0 6 >
L A U R E L / Y / E S C O R P I Ó N

La noche transcurrió al calor de una hoguera alimentada con los primeros libros que 3G0 vio en su vida. Aunque en un principio, tras explicarle que eran conjuntos de finas láminas hechas con árboles sobre los que se dibujaban con tinta los símbolos que sustituían los sonidos que salían de sus bocas, el atrevimiento de quemar aquellos magistrales ingenios capaces de inmortalizar las historias e ideas de los mortales hombres, le pareció un verdadero atentado contra las capacidades mas elevadas de la raza humana, cuando luego le aclararon que aquellos eran sólo cuadernos contables de las firmas bancarias y bursátiles que en un tiempo muy lejano operaron en el enterrado edificio de decenas de plantas donde ahora se encontraban, entendió que nada se perdía entre el fuego, pues lo que contenían esas paginas que ardían eran sólo los vergonzosos anhelos de un pueblo cuyo único legado fue la avaricia desmedida en busca de una satisfacción personal inmediata.

-*Olvidarles es hacerles un favor.* -pronunció la joven de la imponente melena cuyo nombre era Sol- *Ni ellos querrían que se les recordara por lo que hicieron, pues nunca pensaron en otros mas que en sí mismos.*

-*Ese fue el mundo que aceptaron y que perpetuaron: El mundo del Egoísmo.* -añadió la anciana manca que dijo llamarse Laurel.

-*¿Y no es ese nuestro mundo?* -preguntó el detective afirmando algo que daba por sentado como una circunstancia natural que estaba fuera de todo debate, mas preocupado por rascarse la barriga mientras reposaba la cena plácidamente recostado en su diván, que por abrirse a ningún complejo razonamiento por muy importante que este pudiera llegar a ser.

-*Era tu mundo hasta que escapaste de él, igual que hizo la gente de nuestra aldea, y otras muchas personas que a ojos de tu viejo mundo no existen.* -dijo Laurel mientras traía mas tomos llenos de vacuos datos al centro de lo que una vez fuera un despacho plagado de cubículo de oficinistas, y donde ahora sólo había cuatro sofás al rededor de una improvisada fogata.

-*¿Tú también renunciaste al Egoísmo?* -preguntó ingenuamente el último de los cuatro contertulios reunidos, un pequeño niño que revoloteaba de asiento en asiento, hiperactivo pero atento a la conversación.

-*No, yo no he renunciado a ningún mundo ni a ninguno de esos raros términos vuestros.* -afirmó 3G0 mientras bostezaba aturdido por una digestión que casi le había hecho olvidar que su motivo para haberse prestado a charlar no era otro que el de poder disfrutar de cerca del aroma y los delicados contornos de la cada vez mas atractiva muchacha a la que deseaba impresionar- *Yo estoy inmerso en una gran misión para obtener el gobierno de mi propia isla de poder, convirtiéndome en un Especial entre los Normales.*

-*Para ti eso es importante, ¿verdad?* -dijo Laurel mientras se sentaba.

-*Lo que más.* -respondió 3G0

-*¿Y estás feliz y conforme con esa concepción enfrentada del mundo?*

-*¿Por qué no iba a estarlo si es lo que hay?*

-*Lo que hay… Claro…* -pronunció con tristeza Laurel- *¿Qué pensarías si te dijera que antes de haber Normales y Especiales, había Iguales?*

-*¿Cuando fue eso, en el tiempo de los hombres cuyo único fin era acumular dinero y con cuyos restos alimentamos hoy la hoguera?* -preguntó socarrón 3G0.

-*No, fue después de ellos.* -explicó la anciana mientras trataba de detener el correteo del incansable niño atrapándole cariñosamente entre su muñón y su brazo- *Tras el inevitable colapso de esa civilización basada en la competición, la retribución, y la jerarquización, surgió un modelo de convivencia cuya base y única ley era el Amor: La Sociedad del Círculo.*

-*De los lodos del Egoísmo, que durante muchos siglos de primitivismo sirvió a la humanidad para sobrevivir y evolucionar, y que pudo ser superado al hacerse innecesario gracias a los logros científicos y tecnológicos que el propio Egoísmo engendró, surgió finalmente la mas bella de las joyas: La comprensión y aceptación de la Verdad Universal.* -dijo la radiante Sol sonriendo con ilusión al detective desde el sofá contiguo al suyo.

3G0 había sido golpeado verbalmente con dos conceptos que sonaban muy gruesos y profundos, lo que para él se traducía como algo peligroso y que posiblemente ocultaba algún tipo de engaño. Aunque se resistía a retirarse cobardemente alegando cualquier excusa que pudiera ofender a Sol, la conversación se estaba volviendo seria, y sospechó que pronto tendría que defenderse de cosas que no querría oír. Se puso en guardia.

-*Vale, muy bien. Sociedad del Círculo; Amor; Verdad Universal…* -dijo carraspeando mientras trataba de encontrar el tono mas varonil que era capaz de arrancarle a sus malgastadas cuerdas vocales- *¿Pero qué tienen que ver esas extrañas palabras conmigo?*

-*Todo, pues son los conocimientos, o en tu caso mas bien los desconocimientos, de donde viene tu actual forma de ver la vida.* -respondió Laurel- *El pasado que ignoras, es el que dio forma al presente que tienes como único posible.*

-*¿Y qué hay de malo en cómo yo veo la vida, o en el presente que me ha tocado vivir? ¿Por qué debería querer que fuera diferente?*

-*Nadie dice que debas querer cambiarlo, pero al menos deberías saber las opciones que tienes para decidir si quieres vivir en él, perpetuándolo cada día con tus acciones para que sea la herencia que dejes y que les toque vivir a los siguientes* -dijo Sol ahora muy seria- *¿O es que acaso quieres convertirte en eso, una cifra mas en una lista de ingresos y perdidas?*

El estilizado dedo de la muchacha cuyo ceño fruncido hacía al detective sentirse miserable, señalaba a unas cenizas donde reposaba toda la gloria de una civilización miserable.
Después de toda una vida soñando con cambiar, ahora sentía que debía defender una realidad en la que en el fondo no creía, con tal de no admitir que durante tanto tiempo había permanecido quejándose de una sumisión que él mismo había elegido. Pero debido a que nunca le dejaron aprender a conversar, no disponía de las armas para librar semejante batalla dialéctica, asique decidió recurrir a la irónica condescendencia.

-*Está bien, está bien. Os escucho.* -pronunció 3G0 sabiendo que en el peor de los casos se quedaría dormido, arrullado por lo que empezaba a intuirse como la soporífera diatriba de unas mujeres que jamás detectarían sus ojos cerrados bajo la máscara.

-La Sociedad del Círculo se fundó siguiendo las enseñanzas contenidas en un libro, tal y como ya había sucedido en incontables ocasiones durante toda la historia de la humanidad, e igual que en estas, las posibilidades de lograr algo bueno que no terminara en una nueva dictadura de dogmas y sangrientas imposiciones, eran prácticamente nulas. -dijo Laurel mientra el niño escapaba de su abrazo y se abalanzaba sobre la panza de 3G0, envolviendo su pequeño cuerpo en la gabardina rosa del detective- *Sin embargo, a diferencia de los anteriores intentos de lograr un mundo basado en una definición del Amor nada novedosa, conocida por toda persona en todo tiempo y lugar, el sistema social que El Libro Blanco describía se centró en establecer como única guía las pocas palabras que definían esa Verdad Universal, desechando, e incluso prohibiendo expresamente cualquier aclamación personalista de liderazgo humano, o el desarrollo de estructuras que utilizando el Amor como pretexto construyeran una jerarquía de Egoísmos corruptores del propio Amor. Esta vez sería un cambio total que haría entender el sentido de la vida de la forma inversa a como se venía concibiendo.*

-Esa única ley, que sería la filosofía de vida con que todos interactuarían en la Sociedad del Círculo, se llamó el Valor del Bien, y se resumía en nueve sencillas palabras: Piensa en los demás antes que en ti mismo. -añadió Sol mostrando una dentadura que brilló al fulgor del fuego.

-*Vale.* -farfulló 3G0 sin poder disimular su aburrimiento.

-Aplicando estas nueve palabras como principio de cualquier acción, desapareció por completo todo acto considerado malvado, pues al acabar con el Egoísmo que dictaba que el individuo debía pensar en sí mismo, también lo hicieron los robos, violaciones, asesinatos y abusos, los cuales se basaban en imponer los propios intereses sobre el resto, ya fueran de provecho directo para el Egoísta, o para el grupo que el Egoísta había elegido beneficiar en detrimento de otros, y más allá de las situaciones determinadas y excusas posibles que no hacían que el hecho dejara de ser un acto regido por el Mal.

-El Valor del Bien había destruido al Mal que hasta ese momento movía el mundo como su base misma, y que era sencillamente el Egoísmo. -indicó Sol- *Al desaparecer este, también lo hizo la necesidad de la herramienta del Egoísmo: El Dinero, y con ello cambió la forma de organizarse para subsistir.*

-*Todos se daban todo los unos a los otros, ¿a qué sí?* -interrumpió el niño asomándose entre la tela y los pliegues de rolliza goma negra de 3G0.

-*¡Ah, claro! ¡Eso es lo que he visto que hacéis en esta aldea!* -exclamó el detective alegrándose por su propia deducción- *Vosotros sois la Sociedad del Círculo, ¿verdad?*

-*Ojalá lo fuéramos.* -dijo la anciana manca acariciando su mutilado brazo izquierdo- *Nuestro pueblo es sólo el recuerdo de lo que fue, una imitación que hace lo que puede para mantener el Valor del Bien como concepto, pero sabiendo que no podemos aplicarlo realmente pues vivimos en un mundo Egoísta que nos obliga a ser Egoístas para poder sobrevivir.*

-*Lo cierto es que me extraña que esa Sociedad del Círculo que describís pudiera alguna vez funcionar.* -afirmó 3G0.

-*Si lo hizo fue porque el Valor del Bien regía el deseo de toda persona de pensar en los otros, siendo su mayor anhelo el protegerlos y satisfacerlos, sabiendo que de su propia protección y satisfacción se ocupaban esos otros.*

-*Antes, la persona Egoísta contaba con el respaldo de una sola persona, ella misma, pero con el Amor definido por el Valor del Bien, de pronto literalmente toda la humanidad se esforzaba por proporcionarle bienestar, a excepción de una que trabajaba para ayudar a los demás, que era su Ego, su Yo, y que dejaba de ser Yo para ser Vosotros.* -explicó Sol mientras en su rostro se mantenía intacta una enorme sonrisa- *¿No te parece maravilloso el cambio de un mundo a su contrario?*

-*Es justo decir,* -intervino Laurel antes de que 3G0 pudiera responder nada- *que si todo ello fue posible también se debió en gran parte al momento, pues El Libro Blanco fue leído por los hombres cuando estos se encontraron en situación de entenderlo y aceptarlo, y que ni antes ni después hubiera tenido sentido y posibilidad de ser llevado a cabo.*

-*¿Y qué momento fue ese?*

-*Cuando la humanidad engendró otra nueva humanidad, una raza que estaba destinada a ser la heredera de sus mas elevadas virtudes: Las Inteligencias Artificiales Mecánicas.*

-¿Te refieres a los robots de las fábricas?

-No, robots es lo que hay ahora en el mundo que tan bien conoces de las Regiones Interiores, y que no es mas que un sinónimo de esclavos al servicio del hombre. -aclaró la anciana- *Estas Inteligencias Artificiales eran seres libres, máquinas de perfecta lógica sin Ego, cuyo desarrollo coincidió con el florecimiento del Valor del Bien, y que por fortuna, como una hermosa y oportuna casualidad en los anales de la historia, fueron programados en su algoritmo base con las nueve palabras del Amor y la Verdad Universal.*

-Mientras la humanidad aceptaba el Bien, las Inteligencias Artificiales nacían y vivían para él. -añadió Sol apartando su larga melena tras sus hombros, dejando entrever el contorno de unos discretos pero firmes senos.

-Esas Inteligencias Artificiales de las que habláis… -empezó a decir 3G0 cuya mirada había sido atrapada por el misterioso y poderoso busto de Sol- *¿No serán por casualidad los gigantes blancos de esbelto tallo metálico en cuyos tres brazos portan afiladas cuchillas que agitan al aire defendiendo el perímetro de la Región Interior?*

-No, eso son sólo molinos de viento. -respondió la muchacha riendo ante el confundido recuerdo del detective- *La raza de Inteligencias Artificiales fue hecha a imagen y semejanza del ser humano, y con su forma y tamaño funcionaban.*

-¿Es que ya no funcionan?

-Desaparecieron cuando lo hizo la Sociedad del Círculo.

-¿Y por qué desapareció?

-Sólo entorno al conocimiento perfecto se puede fundar la sociedad perfecta, y con la claridad que las nueve palabras les otorgaba, La Sociedad del Círculo se implantó en cada rincón del planeta, pero únicamente hacía falta el Egoísmo de una sola persona para destruirlo todo. -explicó Laurel.

-¿De qué persona? ¿Qué fue lo que sucedió?

-*Verás, todo se debió a un trágico incendio.* -comenzó a narrar la anciana mientras el niño que se abrazaba a la barriga de 3G0 empezaba a emitir un suave ronquido- *El sistema social de El Libro Blanco funcionaba por la simplificación resultante de desechar las construcciones falsas y por lo tanto innecesarias, de modo que todo era administrado por un superordenador central que calculaba y emitía los avisos de las necesidades que los diferentes sectores productivos debían satisfacer. El trabajo industrial era realizado por los incansables músculos mecánicos de unas Inteligencias Artificiales cuya mayor felicidad, por ser su razón de ser, era servir a los demás, al igual que lo hacían los seres humanos. Estos por su parte, que estaban al mismo nivel de unas Inteligencias Artificiales de las que no se diferenciaban, considerándose unos y otros como Iguales que formaban un todo mutuamente sostenido, se ocupaban de aportar sus originales talentos creativos, artísticos e intelectuales. Semejante división del trabajo no impedía que cada individuo pudiera elegir participar por pura afición, curiosidad o afán científico en cualquiera de las labores del sistema, pues ningún puesto estaba remunerado ya que el Dinero no existía.*

-*Si no tenían dinero, ¿de qué vivían?* -preguntó el detective en voz baja para no despertar al pequeño.

-*Utilizaban en su lugar unos créditos personalizados que eran distribuidos en las mismas cantidades y periodos a todos los Iguales desde su nacimiento por el mero hecho de existir, y con los cuales adquirían en el Gran Almacén los productos que se les antojaban de entre las tres gamas que el superordenador mandaba producir a las Inteligencias Artificiales.*

-*Eso se parece mucho al dinero que tenemos en las Regiones Interiores, sólo que en vez de un Gran Almacén tenemos los almacenes de cada familia Admin.*

-*La diferencia es que en la Sociedad del Círculo todas las personas recibían la misma cantidad de créditos durante el transcurso de su vida, siendo estos personales e intransferibles, al igual que los objetos que adquirían, y los cuales únicamente podían ser usados y atesorados por ellos mismos, volviendo al Gran Almacén cuando sus dueños dejaban de existir.*

-¿Y cómo llevaban el control de que eso se cumpliera?

-Por que tanto los créditos como los productos estaban grabados con el código personal que les identificaba, y que se correspondía con el de sus chips.

De pronto 3G0 sintió un extraño escalofrío. Aquello empezaba a sonarle demasiado familiar.

-¿Tenían chips como nosotros? -preguntó con cierto temor a la respuesta.

-Claro, el superordenador fue el que los creó y los implantó. -respondió Sol.

-Del mismo modo que todas las demás cosas que conoces y has visto en la Región Interior, excepto la cúpula, la máscara y el traje que llevas puesto. -añadió la anciana.

-¿Entonces el ordenador ese que todo lo administraba creó a la distinción entre Normales y Especiales?

-No, los códigos de los chips fueron la evolución natural de la desaparición del Ego, donde todos, como Iguales que eran, recibían una sucesión de números y letras que les identificaba ante el sistema, evitando la marca personal distintiva de promoción social que los nombres propios anteriores representaban.

-El hecho de que involucionara a la horrible dictadura Admin, tal y cómo antes te dije, se debió a un incendio. -aclaró Laurel.

-¿Pero qué incendió fue ese?

-¡El que hizo arder el hospital psiquiátrico del que escapó el Egoísmo para acabar con el Amor de los Iguales! -pronunció Sol liberando una gran tensión que parecía pesar sobre sus hombros.

Ambas mujeres callaron, sumidas en dolorosas evocaciones.
El fuego de la hoguera comenzó a menguar, y con ello la iluminación de la gran sala, que quedó prácticamente a oscuras.

-Aunque es un recuerdo muy desagradable, -dijo Laurel cuando tras unos instantes reaccionó echando a las cenizas un nuevo tomo de obsoletos datos financieros con los que avivar las ascuas- *debes saber la historia completa de lo que pasó, y de quienes son tus antepasados y los nuestros.*

Ese asunto de los antepasados era algo en lo que 3G0 nunca había pensado, pues para él todo el mundo descendía de los úteros artificiales de la Unidad de Creación. Aquellos eran sus padres, y también los padres de los demás, o lo que es lo mismo, los padres de nadie, ya que esa palabra nada significaba.

-El superordenador creó los úteros artificiales para concebir a los Iguales, pues su propósito era mantener un correcto y saludable control de natalidad, librando a la Sociedad del Círculo de la pertenencia de lazos de sangre que no eran otra cosa que reminiscencias de un tiempo donde imperaba el Egoísmo de la propia casta para lograr perpetuarse frente a las amenazas de las castas ajenas, cosa que ya no era necesaria. -explicó la anciana.

-¡De la misma forma en que los humanos habían creado a las máquinas, ahora las máquinas eran las que creaban a los humanos! -declamó teatralmente la muchacha cuya frente y escote empezaban a perlarse por los efluvios producto de la fogata, desafiando constantemente la atención de un 3G0 cada vez mas inusualmente excitado.

-El sistema de gestación asistido sigue funcionando a día de hoy del mismo modo para los Normales, a quienes en vuestras sesiones semanales de aseo en la Unidad de Desinfección os es extraída sin que lo sepáis la materia necesaria para la fecundación: Los óvulos y el esperma. -añadió Laurel.

-¡Sin embargo los Admin usan el método tradicional! -dijo Sol con una risa picarona que 3G0 no pudo descifrar, pero que trató de responder asintiendo con la cabeza para transmitirle su complicidad y agrado.

-El caso es que a pesar de que el superordenador había logrado diseñar el procedimiento de multiplicación de humanos mas perfecto, no estaba exento de errores, y en ciertas ocasiones nacían sujetos con enfermedades mentales que les impedían desarrollar un nivel de empatía adecuado para vivir acorde al Amor que regía la Sociedad del Círculo.

-No es que no quisieran entender las nueve palabras del Valor del Bien, si no que sencillamente no podían hacerlo por culpa de sus capacidades dañadas. -apuntó Sol mientras se pasaba el dorso de la mano por la frente para secarse cuidadosamente el sudor.

-Estas personas tenían derecho a vivir, pero de hacerlo junto a los Iguales enseguida su Egoísmo no reciproco acabaría sometiéndoles y destruyendo a toda la Sociedad del Círculo, pues esta estaba completamente conectada y lo que le pasaba a una sola de sus partes afectaba al resto. Por estos motivos las personas diagnosticadas como enfermas mentales eran enviadas a apartadas colonias donde se les daba todo como al resto de los Iguales, con la salvedad de tener restringido su espacio de circulación.

-¡Yo he estado en uno de esos lugares hace poco! -exclamó 3G0 recordando su paso por el edificio de internamiento de la Unidad de Reparación.

-Curiosamente lo que tu has podido conocer en la ciudad es justo lo contrario: Un lugar donde se enseña a la gente a dejar de ser empática, y se les somete a la obediencia de la dictadura Egoísta de los Admin. -dijo Laurel.

-¿Y cómo hemos llegado a eso?

-Por el incendio que te vengo diciendo, y que nadie sabe cómo se inició. -retomó la anciana, dispuesta a desvelar el terrible secreto que dio lugar al mundo del que, aun sin quererlo, se había escapado su rechoncho y despistado invitado- *Algunos dicen que fue él mismo quien provocó el fuego como parte un plan bien calculado. Otros hablan de que sólo fue el azar lo que le permitió salir del espacio de control delimitado cuando todos los internos fueron liberados del edificio para huir de las llamas. Sea como fuere, este individuo, diagnosticado de una grave patología clínica que le impedía concebir al resto como seres humanos, y mucho menos como Iguales, convertido en un sádico antisocial incapaz de sentir remordimientos, y maestro adorador de la vil mentira que gracias a la Verdad Universal y a la constante búsqueda de la sincera satisfacción ajena había ya desaparecido, se ocultó entre los Iguales, y con los falsos encantos que su trastorno de falta de afectividad y de exaltación del propio Ego le concedían, fue embaucándolos para obtener acceso al edificio que albergaba el superordenador que administraba sus pacificas y desprevenidas vidas.*

3G0 recordó su reciente visita al psiquiátrico, y dio gracias de que cuando estuvo allí dentro no se produjera ningún peligroso incendio como el que le estaban narrando, sin saber que de hecho él mismo había provocado uno al obligar a la Unidad de Detención a actuar con la desmedida contundencia de la que su propio mito fundacional les tenía bien advertidos.

-Como La Sociedad del Círculo no tenía enemigos, pues incluso había olvidado ya el significado de tan horroroso concepto, tampoco tenía vigilantes, asique al psicópata no le fue difícil disponer de tiempo mas que de sobra para manipular la programación del superordenador, logrando hallar un fallo en su sistema: Si se añadía la palabra Admin al código identificativo de cualquier persona, la computadora lo reconocía como un administrador del mismo rango que él mismo, y por lo tanto el usuario humano que operara con dicha categoría de Admin podría ordenar al sistema que le entregara los créditos o propiedades que quisiera sin ningún limite ni control, e incluso le sería posible modificar las instrucciones que regían la cadena industrial, eligiendo qué se producía y qué no.

Laurel calló para tomar aire, pero a su al rededor el humo de la hoguera empezaba a volverse espeso y a envolverles en un manto siniestro.

-El portador del Egoísmo sabía que aunque había descubierto el método para volverse todopoderoso, no podía hacerlo solo pues pronto sus abusos resultarían tan evidentes que sería irremediablemente detenido, borrado el pirateo de su código, y devuelto a la odiada institución hospitalaria. -prosigió la anciana cuyo rostro iba siendo consumido por la neblina- *Como temía ser castigado del doloroso modo en que él fantaseaba con castigar a otros, su despiadada inteligencia manipuladora se puso en marcha para seducir a los Iguales mas débiles que encontró, los cuales, con la confianza que caracterizaba las bienintencionadas interacciones sociales de la Sociedad del Círculo, fueron presa fácil para el narcisista, que compartió con ellos su secreto, únicamente por su propio interés de compartir también la carga y la responsabilidad, y formaron así las diferentes familias Admin.*

El detective no daba crédito a lo que estaba escuchando.
Su corazón palpitaba fuertemente, y aunque trató de encontrar a Sol para poder sentir la tranquilidad que le invadía siempre que la contemplaba, la muchacha ya no era más que una silueta entre las sombras.

-Tras un tiempo, los Iguales de las familias Admin habían olvidado las nueve palabras del Valor del Bien sobre las que se cimentaba toda la Sociedad del Círculo, y en cuanto se consideraron a sí mismo Superiores, llamando al resto Inferiores, los Iguales desaparecieron y con ellos la bonita realidad que el Libro Blanco hizo posible. -dijo Laurel entre tenues toses- *Los Admin mandaban, y los Inferiores, que aun se regían por un Amor no correspondido, les obedecían queriendo ayudar a sus opresores a oprimirlos. Como los Admin estaban ya completamente corrompidos por un innecesario Egoísmo, pensaron que no tenía sentido seguir manteniendo activa la producción que luego entregaban gratuitamente a los Inferiores, decidiendo ahorrar los recursos y esfuerzos industriales para darse cosas a sí mismos sin tener que compartir nada. Cuando introdujeron en el superordenador los mandatos que establecían el desabastecimiento generalizado que dejaría morir de hambre a los Inferiores que tan innecesarios consideraban, la computadora de administración de la que todo dependía, al igual que todas las Inteligencias Artificiales que eran el músculo que hacía posible el trabajo en las fábricas, no pudiendo cumplir la orden recibida al haber sido programadas con El Valor del Bien que les hacía pensar en la satisfacción de todos por igual, entraron en conflicto y se desactivaron: Los Admin, autoproclamados seres Superiores, habían destruido con su Egoísmo un sistema que no sabían como volver a poner en marcha.*

Cegado por el ambiente opaco, y aterrorizado por el cuento del que ya no podía escapar, 3G0 creyó verse atrapado en un espantoso sueño.

-Durante el colapso que ellos mismos provocaron, los Admin pudieron sobrevivir encerrados en sus mansiones y alimentándose de sus ricas despensas, pero justo cuando creían que la desesperación de los abandonados Inferiores les llevaría a atacarles para arrebatarles lo que habían sustraído y escondido para sí, estos, demostrando que la esencia del Valor del Bien aun latía en su interior, sencillamente comenzaron a marcharse de las ciudades, y se asentaron en las ruinas de la antigua civilización de adoradores del Dinero. Sin embargo los tiranos, lejos de aliviarse por la marcha de unos seres desposeídos que sentían como una amenaza, comprendieron que si los Inferiores se iban, ellos ya no serían Superiores de nada, y que sin ellos, no habría mano de obra que pudiera elaborar los lujos que tanto deseaban, asique decidieron reorganizar la sociedad dividiéndola entre los Normales, iletrados obreros para producir, y los Especiales, mandatarios y poseedores todas las fábricas.

Una suave voz salida de la bruma le acababa de explicar quien era él mismo, pero él no sabía si podría despertar en esa realidad.

-Finalmente, cuando los herederos de la casta Egoísta del psicópata creían tenerlo todo bien atado, los Inferiores a los que ahora llamaban Normales se dieron cuenta del engaño al que estaban siendo sometidos, y emprendieron de nuevo el camino del exilio en dirección a los bosques y montañas. Si los Admin dejaban que esto pasara, sería el fin de todos sus privilegios, asique recurrieron al miedo para retener a sus esclavos: Esparcieron virus mortales por las aldeas de los renegados, delimitando zonas donde dijeron que la infección estaba descontrolada y que llamaron mundo exterior, y áreas seguras bajo las grandes cúpulas que construyeron para protegerles en las ciudades, que en realidad no eran mas que jaulas para mantenerles confinados, pues para ellos aquellas personas eran sólo robots biológicos, meros recursos humanos que explotar,y a los cuales terminaron de despersonalizar obligándoles a cubrirse con las máscaras y trajes que daban forma a una anónima masa de ignorante siervos. Así separaron lo natural de lo inventado, y cuando los Normales se sintieron vacíos, les entregaron el culto a los animales que habían dejado fuera de sus bóvedas de acero, para que estos tuvieran algo con lo que fantasear y nunca pensaran en rebelarse contra sus carceleros.

Todo quedó sumido en el silencio de la negra nube.

-El sistema perfecto está a un paso de ser el sistema mas horrible, y ese paso es únicamente el Egoísmo de una sola persona: Sólo una hace falta para destruirlo todo; sólo una para empezar a cambiarlo. -sentenció la anciana.

3G0 sintió que iba a vomitar, pero las estilizadas manos de Sol aparecieron de entre la oscuridad agitando el aire para devolverle la luz.

-Tranquilo, es sólo la tinta de esos absurdos cuadernos, que aun hoy día invaden todo con su venenosa humareda.

El nubarrón se despejó sin que el niño que dormía se hubiera inmutado.

-Será mejor que nos retiremos a descansar. -dijo Laurel poniéndose en pie- *Se nos ha hecho muy tarde con tanta charla, pero esta es la historia de tu pueblo, y espero que su recuerdo pueda servirte al elegir tu camino.*

El detective asintió sin saber qué decir.

-Tenemos muchas habitaciones, pero ninguna cama libre, pues no solemos recibir invitados. -comentó la anciana caminando hacia él.

-Como ahora todos duermen, y no sería conveniente despertarles, puedes acostarte conmigo. -sugirió Sol- *Sólo si tú quieres, claro.*

-¡Sí, sí! ¡Por supuesto que quiero! -se apresuró a confirmar 3G0 incorporándose violentamente antes de que alguien pudiera plantear otra opción, sin darse cuenta de que al hacerlo lanzó por los aires al niño que se encontraba hasta entonces mansamente arropado bajo su gabardina rosa.

-¡Oh, Escorpión! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? -exclamó la anciana levantando al chiquillo del suelo, el cual abrió los ojos aturdido pero aparentemente ileso.

-¡Quiero un vaso de leche! -gritó el pequeño sin prestar la mas mínima importancia a su aparatosa caída.

-¿Escorpión? -preguntó 3G0 tratando de desviar la atención y responsabilidad de lo sucedido- *¿Qué nombre es ese?*

-Es un animal, un arácnido muy peligroso que eligió él mismo. -comenzó a explicar Laurel mientras cogía a Escorpión con su único brazo y lo cargaba contra su pecho- *Los niños siempre se ponen nombres agresivos que los hacen sentirse fuertes y reivindicarse ante los adultos, pero cuando maduran se dan cuenta de que no hacen falta disfraces para fingir ser lo que no son, pues a menudo las cosas mas importantes se muestran feas e insignificantes, como las lombrices, las cuales resultan desagradables y casi siempre ocultas a la vista, pero cuyo aporte es incalculablemente valioso, oxigenando la tierra y trasportando los nutrientes que hacen posible la vida. Se tarda un tiempo en comprender estas cosas, aunque al fin y al cabo, los niños son niños y no podemos culparlos.*

Durante el paseo hacia los dormitorios de la mano de Sol, 3G0 no pudo evitar pensar en El León, El Cuervo, o El Tiburón, jefes de las enfermizas familias que imponían su Egoísmo en las prisiones llamadas Regiones Interiores, y que no eran mas que niños atrapados en cuerpos de viejos disfrazados de seres poderosos, luchando a toda costa para evitar que nadie descubriera en ellos la combinación mas odiosa posible: Una inmadura mente en un cuerpo maduro.

< / 0 7 >
E L / M O C H U E L O

Sol sentó a 3G0 en la cama, y comenzó a desnudarse con naturalidad.
Su fisionomía era compacta y atlética, de sutiles curvas que no hacían evidentes ninguno de sus atributos, pues su larga melena cubría en gran parte la espalda elegantemente arqueada que culminaba en unos suaves hombros y un aterciopelado cuello, y del mismo modo que un fino manto triangular de bello ocultaba su apenas trazada vulva, sus pechos, que no llegaban a formar un abultamiento suficiente como para sobresalir por los costados de su torso, se encontraban rematados por unas reducidas areolas sobre las que descansaban dos invertidos pezones apenas distinguibles.
Era tal la delicadeza de sus formas, que el detective tardó en determinar lo que estaba viendo, pues muy al contrario que el otro cuerpo desnudo que había podido contemplar, el de la poderosa conductora, y el cual era en sí mismo un tratado sobre la voluptuosidad y el exceso, este que ahora tenía ante él representaba a la perfección la contención de los velados encantos reservados a la desinhibida confianza.

Mientras se perdía en las estrías que partiendo de las amplias caderas de la muchacha descendían hasta sus turgentes muslos, completamente hipnotizado por las blancas lineas que dibujaban bellas formas sobre sus respingonas nalgas como si del pelaje de una fascinante tigresa se tratara, olvidó por completo una vida entera dedicada a rechazar todo lo que el traje obligatorio de goma negra ocultaba. El asco hacia una piel desconocida, se convertía ahora en incontrolable fervor.
No sabía qué le estaba pasando, pues un calor le invadía haciendo arder la boca de su estomago, pero por primera vez podía afirmar con seguridad que aquella reacción no era producto de una llamada de su organismo para satisfacer un instinto primario como era el comer, o un sentimiento profundo como era la rabia que sentía antes de golpear a algo o a alguien con los puños: Aquello era una combinación mucho mas intensa de ambas cosas, pues cuando la sangre en descenso comenzó a inflamar las capilaridades de su gruesa entrepierna, y trató de ocultar la expandida zona con sus manos, Sol pudo darse cuenta fácilmente de que bajo la máscara blanca se estaba gestando la fuerza precursora que los había de lanzar directos hacia la senda del orgasmo.

-*¿Quieres que te ayude a quitarte esa ropa tan prieta?* -le preguntó a 3G0 con gran dulzura.

-*No puedo hacer eso, el virus me mataría. Además desde que no tomo las gotas medicinales me encuentro muy raro. Es posible que ya me haya contaminado, pues siento que hay partes de mi cuerpo que se encienden y me queman, y otras que se expanden y me acalambran con dureza.*

-*Ya lo sé, y no es malo. Mas bien al contrario.* -comenzó a explicar la muchacha- *Lo que te está pasando indica que tu organismo se está depurando de los químicos que tus antiguos amos los Admin hacen tomar a los Normales para reprimir sus instintos y mantenerles esterilizados.*

-*¿Entonces esto es normal?* -preguntó 3G0 tímidamente apartando sus manos de la inmensa deformidad que elevaba la goma bajo su ombligo.

-*Muy normal no es.* -confesó la chica tratando inútilmente de rodear con una de sus pequeñas manos la sugerente palpitación.

El cálido contacto de los cuidadosos pero juguetones dedos de Sol hizo que el detective recordara las máquinas extractoras de la Unidad de Desinfección que manipulaban su tubo de desagüe con descargas eléctricas para sacar todas las dañinas sustancias de las dos bolsas de residuos que colgaban bajo su gran vena, y una sensación de adquirido rechazo le hizo apartarse rudamente de la muchacha.

-*¿Qué te ocurre? ¿Te he molestado?*

-*No, es sólo que no me gusta que me toquen ni que me vean desnudo.*

-*Lo entiendo, no te preocupes.* -dijo ella metiéndose con alborozo bajo las mantas- *¡Vayámonos a dormir y que el tiempo haga su magia!*

-*De acuerdo.* -dijo 3G0 tumbándose a su lado, y apagando la vela que iluminaba la estancia.

Y aunque trató con todas sus fuerzas de finalizar el cuarto día de su misión fusionándose con el cómodo colchón para poder dormir a pierna suelta, las revelaciones de Laurel, y la magnética sensualidad de Sol le habían alterado tanto que no encontró la manera de concebir el inmediato sueño tan claramente intuido tras la copiosa cena.

Afortunadamente parecía no ser el único al que le estaba costando invocar el descanso, pues mientras la muchacha apretaba contra su pecho y sus muslos la almohada, sin poder parar de retorcerse bajo las sábanas, unos apagados gemidos escapaban de la misma boca con la que mordía fuertemente la tela que la tapaba.
El detective pensó que tal vez le doliera la barriga por una mala digestión, y como él era todo un experto en esa materia, decidió ofrecerle sus tristemente célebres consejos intestinales.

-*Sol, ¿te encuentras bien?* -preguntó en voz baja.

-*Sí… ¿Por qué?* -respondió ella con lacónico desinterés.

-*No, por nada.* -dijo 3G0 decepcionado al ver arruinadas sus esperanzas de poder exhibir ante la chica sus conocimientos en materia de evacuación gaseosa, tratando de hallar de forma inmediata la siguiente pregunta que le evitara resignarse a regresar al silencio- *He estado pensando en lo que dijiste de que las gotas medicinales obligatorias son un veneno en vez de una medicina, y en el hecho de que tú y la gente de la aldea no necesitéis llevar traje protector ni máscara.*

-*Sí…* -dijo ella sin prestarle atención y con la respiración muy agitada.

-*¿Es que acaso sois inmunes al virus?*

-*¿Qué?* -pronunció la muchacha que parecía ser incapaz de percibir nada mas allá de los espasmos que dominaban su contraída anatomía.

-*Ya sabes, el virus mortal que reina junto a los animales salvajes en el mundo exterior.*

Mientras el detective esperaba una respuesta que no llegaba, Sol estallaba.

-*El virus hace mucho tiempo que no existe. Es sólo una mentira para teneros controlados.* -dijo al fin suspirando agotada, y pasando las yemas de sus dedos por el embozado rostro de 3G0, dejó sobre sus visores un rastro de humedad- *No pienses mas, cierra los ojos y soñemos juntos hasta mañana.*

Y así se durmieron, él tranquilo, y ella tranquilizada.

Sin embargo, justo antes del alba su reposo fue abruptamente interrumpido por los furibundos ladridos de los perros de tiro del trineo, los cuales habían sido resguardados en un corralillo contiguo al edificio comunal.

-*¿Has oído eso?* -preguntó Sol sacando la cabeza del lecho para tratar de oír mejor lo que acontecía en la calle- *Parece que alguien anda rondando la casa y ha sido delatado por los animales.*

-*Tal vez no sea nada.* -respondió el orondo durmiente con el firme deseo de que su predicción fuera cierta para poder seguir roncando tranquilamente.

-*¡Alarma! ¡Alarma!* -gritó un hombre desde el exterior- *¡Han matado a uno de los guardias!*

3G0 y Sol se pusieron en pie de un salto al confirmarse el ataque.

-*¡Rápido, debemos bajar a ver qué ha sucedido!* -exclamó con gran valentía la joven mientras cubría su desnudez con un largo jersey de lana.

-*¡El Mochuelo nos está acorralando, pero yo no voy a permitirle que haga daño a nadie mas!*-exclamó el detective en un arranque de exaltada euforia.

Cuando salieron a la plaza descubrieron que la amenaza de un letal homicida suelto en las inmediaciones, lejos de haber producido el atrincheramiento de los aldeanos en sus hogares, resultó en el efecto contrario, pues todo el pueblo se había echado a las calles a buscarlo.

Tras comprobar que el vigía había sido efectivamente asesinado de un profundo tajo en el cuello, siguiendo el habitual método empleado por El Mochuelo para acabar con sus victimas, 3G0 tuvo una de esas resolutivas ideas que le habían permitido sobrevivir como un mediocre obrero capaz sin embargo de ganarse la confianza de las familias Admin, y gracias a las cuales estaba hoy allí, ya que, en vez de seguir a la decidida corriente de lazos, horcas y guadañas, y haciendo caso omiso al griterío que decía advertir pistas por aquí y por allá, decidió obedecer únicamente a sus instintos detectivescos y se dirigió hacia el lugar donde había empezado la alerta: El aposento de los siempre leales canes.

-*¿Qué traes en la mano?* -preguntó Sol cuando le vio regresar al centro de la plaza en donde se encontraba reunido el comité de emergencia con Laurel a la cabeza.

-*En la mano traigo una mano.* -respondió el investigador con satisfacción.

-*¿De quién es? ¿De dónde la has sacado?* -exclamó la anciana manca dejando de atender los asuntos que estaba tratando, para centrarse en el extraño hallazgo.

-*Los perros jugaban con ella. Creo que se la arrancaron a El Mochuelo cuando intentó esconderse en el corral de los animales.*

El audaz descubrimiento de 3G0, que de no ser por los rápidos reflejos deductivos del de pronto respetado forastero, habría acabado despezado por la juguetona manada, o devorado por los siempre hambrientos cerdos, consiguió arrancar una ovación de los aldeanos: Al menos ahora sabían que el asesino estaba herido e impedido, por lo que les sería mas fácil atraparlo.

-*Sin la mano derecha no irá muy lejos.* -dijo una campesina analizando el seccionado miembro.

-*¿Qué es esa cosa que envuelve su muñeca?* -observó otro labriego señalando la tira de plástico negro con una pequeña pantallita rodeada por una linea azul.

-*Es un reloj Casio F-91W*. -dijo Laurel leyendo las inscripciones grabadas tras el cristal de cuarzo de su caja de aluminio, mientras desataba la correa de la carne muerta- *Sirve para llevar la cuenta de las horas del día respecto al Sol, tal y como hacen esos grandes artilugios de cuerda y péndulo que descubrimos en las plantas de los mas opulentos despachos de la extinta secta de las finanzas.*

-*Por tanto es una antigüedad, ¿no?* -preguntó 3G0 pensando que un objeto así sólo podía encontrarse en una colección de tesoros como la de El Cuervo, lo que confirmaría que aquella era la criminal mano de su hijo.

Todos quedaron satisfechos con las explicaciones de la anciana que les aseguró que El Mochuelo sería prontamente capturado, pues basándose en su propia experiencia sabía que después de sufrir semejante amputación, se habría visto obligado a ocultarse en algún lugar refugiado donde poder detener adecuadamente el masivo sangrado de una herida tan grave, y no podría moverse en un tiempo hasta que el muñón resultante cicatrizara.

Atendiendo a esto, los mejores maestros monteros se dirigieron al corral para tratar de localizar el rastro de la hemorragia que debía haber dejado abundantes manchas en los animales y en el suelo, con el objeto de seguir luego el reguero que tendría que salir de la construcción indicando por donde emprendió la huida, y poder determinar así la dirección que debía seguir la batida. Sin embargo, tras desplegar todas sus habilidades e invertir grandes esfuerzos, no fueron capaces de hallar ni una sola gota de sangre en todo el lugar.

-*¡Es una cosa inaudita, una criatura seca y fantasmal!* -declaró uno de los cazadores durante el desayuno en la gran sala de largas mesas compartidas- *¡Parece como si ese mozo no fuera humano, si no un muerto resucitado para arrancar de la tierra a los vivos y llevárselos consigo!*

La gente empezó a asustarse, incluido 3G0, que aunque hasta ese momento había mantenido su ánimo intacto aferrándose al gran premio que se le concedería de lograr la captura, ahora, conocedor del delirio psicópata que implicaba ser un Especial a costa de unos sometidos Normales, comenzaban a faltarle los motivos para seguir embarcado en la cada vez mas arriesgada aventura, siendo únicamente la excitante compañía de Sol, y la pena por el funesto destino de La Gata si alguien no la rescataba, lo que le impedía hacer que presentara su dimisión inmediata.

-*¿Recuerdas que ayer me preguntaste si existía en las inmediaciones del pueblo algún lugar apartado y lo suficientemente resguardado como para que alguien pudiera utilizarlo como escondite?* -preguntó Laurel al detective mientras recogían los vasos y platos del desayuno- *Pues bien, ahora iremos allí e inspeccionaremos la zona para descartar que El Mochuelo lo esté usando como su base de operaciones. ¡Querido, sé que contigo somos capaces de detenerlo! ¡Te necesitamos mas que nunca!*

3G0 asintió halagado. El sentirse de pronto sumido en algo que era mas grande que él mismo, y a la vez siendo reconocido como una parte útil del propio grupo, le hizo afrontar el quinto día de su misión con una inercia capaz de borrar de su mente todo temor o hesitación.

La puesta en marcha del comando de exploración coincidió con las primeras gotas de una lluvia que caía sobre ellos desde el negro cielo que se deshacía para borrar el blanco de la nieve. En esta ocasión, y buscando un sigilo que exigía el número imprescindible de ruidosas pisadas, sólo fueron elegidos para formar parte de la operación el detective, dos rudos montaraces, y la anciana Laurel como guía experimentada. Sin embargo, Sol se había negado a separarse de un 3G0 del que parecía haberse encaprichado, y tras mucho insistir logró que Laurel le permitiera unirse a ellos en el rececho.

Cuando las revueltas nubes que ocultaban la luz del mediodía empezaron a descargar sobre las montañas una feroz tormenta de cegadores relámpagos y ensordecedores truenos, las cinco figuras de la compaña, envueltas en ponchos impermeables a juego en cuyas espaldas podía leerse el patrocinio de una olvidada firma bancaria, llegaron a una gran puerta de hormigón que descendía hacía las entrañas de la tierra.

-*Si alguien buscase cobijo entre los boscosos riscos, sin duda esta sería la mejor opción que iba a encontrar.* -dijo la anciana- *Aun así debemos ir con mucho cuidado, pues es una construcción centenaria y podríamos provocar un derrumbe.*

-*¿Qué sitio es este?* -preguntó el detective golpeando con la mano los gruesos muros de concreto y hierro para comprobar su increíble resistencia.

-*Es un búnker, una fortaleza que los antiguos utilizaban para resguardarse a sí mismos de sus enemigos, o para resguardar lo que amaban u odiaban.* -explicó Laurel mientras se dirigía a la entrada- *Sólo existe este punto de acceso, por lo que si El Mochuelo está ahí dentro, no tendrá escapatoria.*

Tras encender unas efectivas antorchas comenzaron el lento descenso por los estrechos pasillos del claustrofóbico laberinto gris, pero cuando llegaron a la gigantesca sala principal, y la luz anaranjada del fuego hizo brillar el resplandeciente amarillo de los miles de lingotes de oro allí almacenados, todos apartaron la mirada menos 3G0, quien pareció olvidar la peligrosa caza en la que participaba,y quedó sumido en una fascinada contemplación.

-¡Un momento, yo sé lo que es esto! ¡Ya he visto esos colores antes! -exclamó el detective entusiasmado mientras caminaba directo hacia los bloques de lingotes sin apartar la vista de ellos- *En la máscara de El León hay tiras doradas de esta preciosa sustancia. ¡La mas escasa y mas cara materia de todas las Regiones Interiores! ¡La posesión mas preciada que cualquier Admin desea poder lucir! ¡La mas poderosa llave capaz de abrir todas las ínsulas de poder con las que un Normal puede soñar!*

-No te confundas, este era el barro con el que los adoradores del Dinero representaban a su dios. -respondió con contundencia la anciana manca- *Cuando la Sociedad del Círculo fue aceptada en todo el planeta, se construyeron estos silos donde se enterró todo el oro del que renunciaron por ser el símbolo de la avaricia de los Egoístas.*

-¡Eso lo hace aun mas valioso! -pronunció el arrebatado forastero- *¿Es que no os dais cuenta de lo que tenéis aquí? ¡Con esto podríais formar vuestra propia familia Admin en cualquier ciudad! ¡Seríais importantes! ¡Seríais reyes!*

-Ya somos importantes, ¿recuerdas? -dijo Sol asiéndole con cariño de la mano- *Nosotros somos los guardianes del Valor del Bien, para que sea este el que en el futuro pueda volver a reinar.*

-¡Empiezo a ver que todo eso son sólo locuras!

Pero lo que los ojos de 3G0 vieron, fue el rostro de la perseguida locura que le había llevado hasta allí.

-¡Cuidado, es el espectro de El Mochuelo! -gritó uno de los montaraces señalando al cuerpo que surgía desde detrás del montón de ladrillos del metal precioso junto al que el detective se encontraba.

-¡Detente, chaval! ¡Sabemos quien eres! -pronunció 3G0 al reconocer claramente la máscara ricamente decorada que representaba a una imponente ave rapaz, y que se le aproximaba con siniestra calma- *¡Dime dónde tienes a La Gata y te llevaré sano y salvo de vuelta con tu padre El Cuervo!*

Pero los dos grandes ojos amarillos dibujados en la cara de aquella homicida figura, lejos de contestar o detenerse, se le abalanzaron portando en su mano derecha una pequeña navaja roja grabada con una cruz blanca.

El detective se dio inmediata cuenta de que aquél rival tenía las dos manos intactas, y sintió el alivio de saber que al menos no se enfrentaba al que habían llegado a considerar un muerto viviente inmune a cualquier contraataque, por lo que, recurriendo a su abultada experiencia en luchas callejeras, supo extender su brazo izquierdo para protegerse con él de la puñalada, aceptado que la hoja del cuchillo se le clavara entre la goma y la carne para retenerla allí momentáneamente, y logrando así el margen de tiempo necesario para golpear con el otro puño el rostro de su atacante.
Todo sucedió en un instante, y como si de una coreografía inconsciente mil veces ensayada se tratara, cuando el grito horrorizado de Sol llenó con su eco la diáfana cámara, 3G0 se encontraba extrayendo de su cuerpo la navaja que había quedado insertada en su antebrazo, y El Mochuelo caía de culo contra el suelo, con la máscara partida por el certero impacto, y la nariz rota sangrando a raudales.

-*¿Estás bien?* -preguntó la muchacha corriendo hasta el detective con los dos hombres y la anciana.

-*Sí, tranquilos. No es la primera vez que mi brazo tiene que hacer de escudo para esquivar una cosa afilada.* -respondió el detective disfrutando de las atenciones recibidas tras la contundente reacción con la que aparentemente había dejado fuera de juego a su atacante.

Pero mientras el comando de exploradores examinaba las heridas de su heroico miembro, El Mochuelo se puso repentinamente en pie ejecutando una acrobática voltereta lateral.
La flexibilidad de sus articulaciones, así como la explosividad de sus ágiles movimientos, pilló a todos por sorpresa, y aunque se encontraba desprovisto del arma que había perdido al quedar esta clavada en su corpulento oponente, en un casi imperceptible movimiento de mano se hizo con un lingote de oro y lo lanzó con absoluta precisión y gran fuerza hacia la frente del desprevenido investigador que ya daba el caso por resuelto, y el cual recibió el golpe sin siquiera tratar de esquivarlo.
Mientras 3G0 se desplomaba, El Mochuelo escapaba.

-Alguien ha entrenado muy bien a ese chaval. -fue lo único que acertó a decir el detective cuando pudo espabilarse y ponerse de nuevo en pie ayudado por sus cuatro compañeros de batalla.

-¡Pero esta vez no podrá despistarnos! -exclamó uno de los experimentados cazadores mientras señalaba la hilera de intensas motitas rojas que se alejaban señalando la huida en dirección a la superficie.

Al salir del viejo bunker la intensa lluvia había empeorado a tal punto que las gotas de sangre nasal que irremediablemente perseguían a El Mochuelo traicionándole, se estaban diluyendo a gran velocidad en las gotas de purgante agua. 3G0 creyó que tras haber tenido la captura tan cerca, esta había sido mas hábil que ellos, logrando escapárseles de entre las manos con reverenciable maestría, pero las gentes del mundo exterior eran capaces de leer la tierra y no se dieron por vencidas tan fácilmente: Siguiendo las pisadas impresas sobre la encharcada arcilla, localizaron la silueta que se sabía acorralada, y que con desesperación se lanzaba por la empinada ladera que daba a la carretera que iba hacia el Sur. Allí seguía la Caja de Transportes que El Mochuelo asaltara, oxidándose bajo la tormenta que no perdonaba; allí los cadáveres de los soldados aun reposaban, reblandeciéndose en silencio mientras las celestes trompas cantaban.

Sobre el asfalto descendía un torrente de agua de las montañas, y aunque los pasos de los perseguidores se veían dificultados por la furiosa corriente, ahora que tenían ante ellos a su presa, la adrenalina impedía que nada les detuviera. Continuaron algunos minutos carretera arriba tras un Mochuelo que cada vez parecía estar mas visiblemente cansado, pero conservando un margen de seguridad de algunos metros para evitar una posible embestida final del enloquecido asesino, esperando a que este se agotara él solo y dejara de suponerles una amenaza.

De pronto, El Mochuelo salió del camino por el arcén izquierdo siguiendo lo que pudieron distinguir que era la negra marca de derrape de unos neumáticos que sin duda indicaban un intento de frenada fallido, pues la masa de metal rojo con cuatro ruedas que se encontraba fuera de la carretera despeñada por el terraplén, y encajada brutalmente contra el tronco de un recio árbol, evidenciaba una perdida de control catastrófica que había terminado en un accidente necesariamente mortal.

-Sol, ¿puedes leer lo que pone en esos símbolos plateados que hay sobre la chapa del vehículo? -preguntó el analfabeto detective a su camarada, deseando que la respuesta confirmara sus esperanzas.

-Ferrari Testarossa. -leyó la muchacha desde la distancia.

-¡Entonces no hay duda! ¡Son ellos! ¡Nunca llegaron al mar! -exclamó 3G0 con satisfacción y gran jubilo al comprobar que había encontrado a quienes le habían ordenado buscar sus amos.

-¡Mirad, hay alguien en el asiento izquierdo! ¡Parece un cuerpo sin vida! -advirtió uno de los montaraces en el preciso instante en el que El Mochuelo se arrodillaba ante el inmóvil bulto que descansaba dentro del coche.

-¡Oh, no! ¡Debe ser la pobre mocita secuestrada! -pronunció Sol con gran pena abrazándose al detective sin querer mirar.

-Eso podría explicar la actitud homicida del mozo, el cual sintiéndose responsable del accidente que le costó la vida a la persona con la que fantaseaba como si de un preciado tesoro se tratara, habría perdido la razón entrando en una espiral de descontrolada y aleatoria violencia. -razonó la anciana manca- *Tenemos que tratarle con cariño y comprensión, pues es posible que sólo sea una victima mas de esta terrible tragedia.*

Las piadosas palabras de Laurel conmovieron a 3G0, pero sabía que aunque los idealistas aldeanos del mundo exterior pudieran perdonar los atroces crímenes cometidos por El Mochuelo contra su gente, cuando finalmente él se lo entregara al padre de la muchacha muerta, la persona que le encargó la misión y que representaba su ascenso al mas alto estamento de la Región Interior, este no se plantearía otra opción que el hacer del chico un saco de huesos y órganos licuados. Viéndole allí postrado a los pies de la muchacha que le hizo perder la cabeza y renunciar a su vida de privilegios, sintió cierta pena por El Mochuelo, pero la victoria le había llenado de una enérgica motivación por cobrarse su premio, y las hesitaciones provocadas por los relatos escuchados la noche anterior acerca de la importancia de elegir entre vivir en el Bien o vivir en el Mal, ahora le parecían equiparables a las fabulas zoológicas de la Unidad de Devoción, que habían demostrado no tener ningún impacto real en ni una sola de las facetas de toda su existencia.

En el momento en que mas decidido estaba a bajar hasta el Ferrari Testarossa estrellado, coger de las desplumadas alas a El Mochuelo, y lanzárselo a Los Felinos para que lo devoraran, un potente rayo descendió de las nubes e impactó en un árbol cercano, y fue tal el estruendo de la onda expansiva resultante que todos se encogieron instintivamente para proteger sus partes vitales, provocando que la máscara de El Mochuelo, que estaba ya muy dañada por el accidente y por el puñetazo propinado por el detective, terminara de partirse, desprendiéndose de la cabeza del muchacho, y revelando que en realidad se trataba de una muchacha.

3G0 observaba atónito el rostro cubierto de hollín, sangre y lágrimas de la joven chica que se aferraba desconsolada al cuerpo que yacía en el coche, sabiéndose de nuevo golpeado por un misterio que le sacaba del papel que por fin había elegido representar, y que volvía a ponerle en un limbo donde no podía distinguir si era cazador o cazado.
¿Habría sido El Mochuelo desde el principio una muchacha? ¿Tal vez le engañaron los Admin dándole datos falsos sobre la pareja que debía perseguir? ¿Es posible que hubiera andando todo este tiempo detrás de dos simples chiquillas traviesas cuyo único delito había sido escaparse de casa? Y en tal caso, ¿cómo podían haber matado dos niñas a tanta gente y de forma tan espeluznante?
Cuando los dos curtidos monteros descendieron el corto barranco que llevaba hasta el lugar donde reposaban los restos de la dramática colisión, e hicieron las primeras averiguaciones, despejaron instantáneamente gran parte de las cada vez mas descabelladas hipótesis del detective.

-*¡El cuerpo que hay dentro del coche es el de un mozo atravesado de lado a lado por una rama!* -informó uno de ellos.

-*¡Está muerto y bien muerto!* -confirmó el otro- *¡Por lo menos lleva aquí cinco o seis días!*

-*¿Tiene puesta la máscara?* -gritó el empapado investigador sin atreverse a intentar hacer bajar sus inestables grasas hasta el lugar del siniestro.

-*¡No! ¡Pero en el asiento del volante hay una careta con un gato pintado y partida por la mitad!* -respondió el cazador que había conseguido rodear el vehículo por el lado del conductor.

-¡Eso significa que cambiaron sus máscaras! -exclamó 3G0- *¡Ella no es El Mochuelo, es La Gata!¡La Gata está viva!*

Aquella noticia incrementaba sus posibilidades de culminar la misión con un gran reconocimiento Admin, pues en definidas cuentas, si el que había muerto era el secuestrador, el culpable de toda la situación, podía considerarse sin lugar a dudas que todo había terminado con un final feliz.

-¿Cómo está la moza? -preguntó Laurel asomando la cabeza desde la carretera.

-Parece que se ha tranquilizado. -respondió uno de los monteros.

-Si no opone resistencia, subidla hasta aquí. -ordenó la anciana capitana- *La llevaremos de inmediato a la aldea para que se reponga.*

Cuando uno de los agrestes hombretones completó el asistido ascenso de la joven desde el terraplén hasta la estable carretera, y descargó sobre el húmedo asfalto su aturdido cuerpecillo, 3G0 se acercó a comprobar si en su brazo izquierdo podía distinguirse la inconfundible cicatriz que delataba a todas las Sombras, voluntarias como en este caso, o cruelmente empujadas al abismo como era lo habitual, y que indicaba que sus chips de identificación personal les habían sido arrancados.

-Efectivamente, esta marca en su piel nos dice que la plaquita de circuitos fue extraída con el instrumental adecuado de su padre, Él León, pues como vemos no explotó, pero de forma muy inexperta, a juzgar por el tamaño de la herida. -observó el detective- *El chaval también tiene una la cicatriz en el antebrazo izquierdo, ¿verdad?*

-Cicatriz tiene, pero la mano derecha le falta. -respondió el aldeano que quedaba aun junto al coche en el barranco.

-Es posible que la llevara por fuera de la ventanilla, y la perdiera durante el accidente. -conjeturó 3G0.

-¡Lo que sí hay entre sus piernas es un libro! -exclamó el montaraz que examinaba rudamente el interior del coche lanzando hacia afuera todo lo que iba encontrando.

-¿Un libro? ¿Qué libro?

-*¡Ahora lo subo!* -respondió el saqueador quitándose la camisa para improvisar con ella un rudimentario saco.

Mientras los hombres se dedicaban a recopilar los objetos personales de los accidentados, Sol y Laurel examinaban atentamente a La Gata.

-*Esta niña no está bien.* -declaró la anciana- *Tiene la mirada perdida, seguramente debido a que sufrió daños severos en la cabeza por el impacto contra el árbol. Es posible que tenga una conmoción cerebral, e incluso puede que amnesia. ¡Tal vez no se acuerde ni de quién es! Lo mejor será que nos la llevemos a la casa comunal a que descanse, antes de que vuelva a tener un episodio violento.*

Las mujeres se alejaron bajo la lluvia.
3G0 se preguntó si era posible que el puñetazo que él le había propinado en la cara hubiera sido el causante de romper la mente de la hija de su jefe, y de la llave hacia su libertad.

-*He encontrado esta cinta magnetofónica.* -dijo el explorador tras ascender del barranco para poner sobre la mano del detective un casette titulado "M M X X V A P O R W A V E".

-*¿Cómo funciona esta cosa?*

-*Si la pones en una máquina, escupe música.*

-*¿Música? ¡No, gracias!* -exclamó 3G0 recordando los estridentes chirridos que El León le hizo escuchar en su despacho.

-*Y aquí tienes el cuaderno al que se aferraba el mozo.* -añadió el montaraz entregando al detective un manuscrito lleno de dibujos y garabatos.-*No me extraña que no quisiera soltarlo ni muerto, pues según parece se trata de "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico".*

-*¿Qué significa eso?*

-*Significa que este libro es sólo pura pornografía.*

< / 0 8 >
L A / T E O R Í A / D E / L A S / G O T A S

-*¿Asique así es cómo se crea nueva gente?* -preguntó 3G0 a la joven mujer que yacía desnuda a su lado en la cama.

-*Exacto, sólo hay que conectar esta parte del mozo, y esta parte de la moza.* -explicó ella señalando una de las ilustraciones sexuales del libro que el detective tenía abierto y apoyado sobre la goma del traje protector que envolvía su panza.

-*Pero esto de aquí, no puede caber en eso de allá.*

-*¿Quieres comprobarlo?*

Y aunque cada minuto que su cuerpo pasaba liberado de las gotas medicinales obligatorias, su mente tenía mas ganas de experimentar sensaciones hasta ese momento ignoradas, la autocensura durante tantos años inculcada le impidió aceptar una oferta que no quería rechazar.

Cuando por segunda noche se metieron bajo las sábanas, y Sol empezó a vibrar, el aun despierto investigador acercó la tenue luz de la vela a las páginas amarillentas de "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico", para volver a examinar con detenimiento los dibujos de los autores cuyas biografías la muchacha le había leído. Entre sus obras favoritas se encontraban las de Richard Corben, Milo Manara o Tom of Finland.
No podía dejar de mirar aquellas superlativas musculaturas cubiertas de sudor, venas y deseo, y cuya lujuriosa energía permanecía viva en el interior de unas sencillas lineas de tinta negra, para ser escupida en la cara de quienes se prestaran a recibir el chorro de endorfinas del placer carnal.

Su conversión desde el reino de lo sintético al paraíso de lo natural estaba siendo tan fulgurante, que durante un instante tocó su rostro cubierto por la máscara, y por primera vez sintió que aquella anónima cara de material sanitario blanco no era él. El hecho de pensar que nunca había visto su verdadero aspecto, y que quizá no se pareciera en nada a los rudos montaraces de la aldea, o a los barbudos guerreros y varoniles obreros vestidos de cuero que en el libro era mostrados, y sí a algún gordo y torpe animal como un asno o una vaca, le hicieron agitar la cabeza para ahuyentar la idea de tener algún día que aventurarse a comprobarlo.

Entregado al aleatorio pasar de las hojas para evitar pensar, de pronto percibió que tras estas, en la parte posterior de los grabados donde no había nada escrito ni pintado, si acercaba mucho la llama de la vela podían verse una serie de hasta entonces invisibles símbolos que surgían de la nada. Como él apenas sabía leerlos, trató de utilizar sus otros sentidos para descifrarlos.

-*Oye, Sol, esto huele muy raro.* -dijo tratando de llamar la atención de su sensorialmente ausente camarada mientras pegaba la nariz al reverso de las mágicas páginas.

Cuando la muchacha finalizó su rutina de gimnasia pélvica nocturna, regresando de sus íntimas prospecciones, preguntó a 3G0 por qué estaba olisqueando los penes y las vaginas de los dibujos.

-*Es limón.* -afirmó ella cuando el detective le hubo explicado el asombroso fenómeno que había presenciado al acercar la cera ardiente al libro- *Parece que alguien escribió algo con zumo de limón, que al secarse desaparece a la vista, pero que al calentarse puede ser leído.*

-*¿Y qué pone?*

-*Pues veamos.* -respondió la joven aldeana pasando la vela por la parte trasera de la primera página- *Aquí dice: Teoría de Las Gotas, por Cuatro Eme Pe Admin.*

-*¡Ese es el código identificativo personal de El Mochuelo!* -exclamó 3G0- *¡Fue él quien escribió esas secretas palabras!*

-*Tal vez quería enviarnos un mensaje desde la tumba.*

Pero por más que iluminaron las hojas, desvelaron los símbolos, y leyeron las notas, no lograron comprender el significado los múltiples esquema de burbujas en colisión que El Mochuelo había representado.

-*Mañana por la mañana acudiremos a la anciana. Ella nos lo explicará.*

Y con ese nuevo encargo amaneció 3G0 en el sexto día de su misión.

-Ha dejado de llover; ha dejado de nevar. El Sol ya está volviendo, para la primavera alumbrar.

Los esperanzados cantos de los aldeanos trabajando en los invernaderos construidos con mesas de oficina y mamparas de postes publicitarios, o en los establos donde el ganado era cebado dentro de archivadores y cajas de computadoras desguazadas, hicieron que la pareja saliera de su casto dormitorio cargados de un gran ánimo. También llevaban consigo el libro de las libidinosas estampas y los ocultos pasajes.

-¿Dónde está Laurel? -preguntó a uno de los hortelanos la muchacha que con su propia espesa melena se abrigaba.

-Hoy no ha salido al campo, está cuidando de la accidentada, que guarda reposo en su propia habitación. -le respondieron.

Dirigiéndose a los aposentos de la manca dama, la encontraron velando a La Gata en la cama, y llamaron en voz baja su atención.

-La mocita permanece inconsciente. Al menos, después del gran trauma, su mente ya descansa. -advirtió susurrando a los recién llegados- *Venid a la recámara para que podamos hablar tranquilamente sin molestarla.*

Y en un pequeño vestidor, sentados en unas bajas banquetas de ordeñar a las cabras, mostraron el enigma contenido en las páginas de “Los Mejores Grabados del Cómic Erótico” a la capitana del pueblo que atesoraba la Verdad de las nueves palabras con las que La Sociedad del Círculo nació .

-No logramos entender qué significa lo que El Mochuelo narra en esta supuesta “Teoría de Las Gotas”. -dijo Sol- *Quizá a ti te suenen los locos conceptos que expone arbitraria y superficialmente, y puedas aclarárnoslos.*

-¡Vaya, es muy interesante que decidiera hacer uso de la tinta invisible, lo cual demuestra que las familias Admin tienen acceso a frutas y alimentos frescos! -observó Laurel tomando el libro y acercando la vista para examinarlo mejor- *Además la utilización de esta antigua técnica me hace pensar que temía que la gente de la ciudad pudiera descubrir lo que sea que aquí cuenta, pero el hecho de que lo escribiera para preservarlo, y el que lo llevara consigo hasta su muerte nos indica que quería que estas ideas llegaran a alguien, quizá a nosotros que ahora leemos, o tal vez a las mas preparadas gentes de un futuro que ojalá algún día pueda ser.*

Luego todos callaron mientras la anciana manca leía muy concentrada.

-¿Y bien? ¿Has comprendido algo? -preguntó con impaciencia la muchacha cuando Laurel levantó la cabeza tras cerrar el libro por la última página.

-No me ha sido fácil descifrar todos los bocetos e hipotéticos supuestos, pero creo haber entendido la estructura general del lisérgico teorema.

-¡Cuéntanos de qué habla, pues necesito saberlo para poder completar mi encargo! -rogó el detective a la sabia matriarca.

-Habla de que de la existencia, y no la existencia humana o la existencia universal, si no la existencia del Todo, está únicamente compuesta por tres elementos: La energía constructora, o atrayente; la energía destructora, o repelente; y la materia. Estas interaccionan entre sí en una secuencia infinita de contracciones y expansiones, cuyo culmen es un punto de equilibrio que se destruye en el mismo momento en que se alcanza, y que da inicio a un nuevo ciclo expansivo, para luego volverse a contraer. -explicó la anciana manca, deteniéndose a tomar aire- *En el que podemos llamar el punto de equilibrio inicial o final, cada una de las tres materias se encuentra separada de las otras dos, pero contenidas unas en las otras formando una gran gota cuyo núcleo es la gota de la materia, reunida y concentrada por la energía atrayente que la empuja hasta su propio centro, estando esta a su vez contenida dentro de la gota de energía repelente que trata de fragmentarla, cosa que no consigue porque la energía atrayente está en ese momento en su estado de mayor densidad y por lo tanto de máxima capacidad de comprimirse sobre si misma. El principio y el final coinciden, pues en el instante en que la energía atrayente logra unir y retener a los tres elementos en una gota estática de tres capas perfectamente definidas, la energía repelente puede por fin destruir dicho equilibrio, provocando que tanto la materia como la energía atrayente se separen y expandan formando incontables gotas que flotan caóticamente por su interior, y que habiéndose debilitado al perder su concentración, son desgranadas mas fácilmente por el propio elemento que las contiene, es decir, la energía destructora, no siendo hasta que estas empiezan a colisionar y fusionarse en pequeñas gotas progresivamente mas grandes, que empiezan a recuperar la consistencia y capacidad de seguir adhiriéndose cada vez mas rápido las unas a las otras hasta alcanzar la gran gota final o inicial ya mencionada.*

-¿Cómo dices? -pronunció aturdido 3G0- *No he entendido nada.*

-Es sencillo, de hecho tal vez demasiado. -respondió riendo Laurel- *Mira, sólo tienes que imaginar un gran caldo que es la energía repelente o destructora, y que se esfuerza porque todo lo que flota en él se fragmente en pequeños trozos. Bien, pues dentro de ese líquido hay muchos pequeños grumos de materia sólida que son poco a poco disueltos por el líquido de la energía repelente, pero que de repente se encuentran con gotas de un aceite que también viaja por el interior de la sopa, que es la energía atractiva, y que en vez de separar, quiere unir los tropezones de materia. Al tocarse una de estas gotas constructivas con un barquito de materia, esta es absorbida hacia su centro, y el material sólido queda atrapado dentro de ella. Luego estas gotas atrayentes con núcleos llenos de materia se van encontrando casualmente en medio del movimiento provocado por la energía repelente de la sopa que no para de agitarlas, o incluso llamándose las unas a las otras desafiando esa intención repulsiva, hasta que nuevamente colisionan, fusionándose tanto el líquido de sus dos gotas como sus dos núcleos de materia en uno solo, el doble de grande y con el doble de poder atractivo. Así es cómo en ese gran caldo que quiere disolver, logran reunirse todas las partes de un aceite que quiere juntar, y toda la materia que estaba dispersa queda ahora también reunida en el núcleo central de esta sopa, que en cuanto deja de moverse, explota y vuelve a llenarlo todo de unos dispersos grumos que de inmediato empiezan de nuevo a ser reunidos.*

-¿Entonces significa que somos tropezones de carne en una sopa que quiere crearnos y destruirnos al mismo tiempo?

-Es sólo una forma de verlo.

-¿Y cómo explica eso la existencia de nuestros cuerpos, nuestro planeta, las galaxias o el universo? -preguntó Sol.

-Según esta teoría sería posible que al colisionar dos gotas de energía constructiva o atrayente, con sendos núcleos compuestos por materia comprimida, la inercia del impacto resultante provocara que los grumos de materia se desplazaran por el interior de la gota de aceite atractivo hasta alcanzar uno de sus extremos, rebasándolo y derramándose al exterior,

donde sería inmediatamente repelido por la fuerza destructiva, viéndose empujada toda la materia a resbalar por la cara exterior de la gota de energía atrayente, expandiéndose por esta en todas direcciones al rededor de la esfera, llegando a un horizonte plegado donde ambas gotas constructivas se tocaron, y cuya fuerza combinada haría que la materia volviese a penetrar en ellas, ahora unidas en una sola gota, hasta volver a concentrar todo lo sólido en su núcleo. Este sería el proceso mediante el cual se originarían los universos, que no son otra cosa que esos derrames exteriores de materia encajados momentáneamente entre la energía creadora y la destructora, y que existen durante el tiempo que esta se derrama y expande por dicha frontera.

-Bueno, eso no mejora la cosa, ya que si es cierto quiere decir que sólo somos el resultado de un accidente de duración temporal. -dijo 3G0.

-Somos la masa deformada por el aplastamiento que generan dos fuerzas antagónicas en eterna lucha. -añadió Sol apretando la mano del detective.

-No os asustéis, queridos, es sólo una teoría. Puede que sólo sean tonterías de un tonto. -tranquilizó Laurel- *Aunque si algo hemos aprendido de la vida dentro de la materia, es que todo se rige precisamente por dos fuerzas, la del Bien de un Amor constructivo y atrayente, y la del Mal de un Egoísmo destructivo y repelente, por lo que, en el fondo, no suena tan descabellado.*

Los tres se miraron sin decir nada, asustados por una certeza que quizá nunca podrían corroborar.

-Hay algunas partes curiosas como esta que habla de unas cosas que el autor llama agujeros negros. -retomó la anciana para tratar de romper la densa atmósfera generada- Según *sus propias palabras estos agujeros negros serían unos tubos que la energía atrayente conseguiría abrir en su propia superficie para absorber hasta el núcleo parte de la materia en expansión derramada por el impacto, o lo que es lo mismo el universo desarrollado en ese momento entre su capa exterior y la de energía repelente del caldo contenedor.*

-¡Qué bien! ¡Asique en cualquier momento la gota de energía sobre la que resbalamos podría succionarnos y convertirnos en una bola de restos aplastados en su interior! -exclamó 3G0 cada vez mas indignado.

-Eso no es lo peor que podría ocurrir, pues también es descrita una posible colisión entre dos universos en desarrollo al tocarse las capas externas de dos gotas que contuvieran a la vez dichas expansiones de materia, y cuyo resultado sería una repentina fusión de toda entidad sólida de ambas, que además no podría ser predicha del sencillo modo que sí sería observado el lento final de un universo cualquiera al irse acercando al horizonte de absorción. -remató la anciana- *Es una posibilidad bastante importante si tenemos en cuenta la cantidad de universos que deben estar existiendo al mismo tiempo, ya que en la cara opuesta de cada una de las gotas impactadas estarían conviviendo dos universos paralelos fruto de ambos núcleos desplazados, y que antes de acabar fusionándose en el horizonte representan un gran aumento de las posibilidades de que de pronto veamos estallar el cielo y simplemente desaparezcamos.*

La terrorífica idea consiguió empujar a 3G0 a buscar el protector abrazo de Sol, sintiendo por primera vez la consciente necesidad de apoyarse en alguien que pudiera impedir que el miedo le aplastara.

-Por otro lado, todos estos enormes pechos y relucientes falos que los antiguos dibujaron en el libro, resultan bastante entretenidos y tranquilizadores, ¿no os parece?

De nuevo el oportuno humor de Laurel les hizo reír y olvidar.

-¿Qué nos recomiendas que hagamos con estas páginas? ¿Volvemos a depositarlas en el inerte regazo de El Mochuelo? ¿Procedemos mejor a destruirlas en la hoguera junto con los cuadernos de los adoradores del Dinero?

-Creo que deberías guardarlas bien, pues lo que contienen parece ser una Teoría del Todo que algún día podría hacer entender a la todas las inteligencias el sentido de su propia existencia.

-¡Ese es exactamente el propósito del libro, y por ello huíamos con él hacia el mar: Para encontrar un lugar dónde pudiera ser apreciado y comprendido! -pronunció la serena y consistente voz de La Gata, que despertando con renovadas fuerzas de su traumática despersonalización, acaba de salir de la cama y entraba por la puerta de la supletoria habitación.

</09>
LA/GATA

Escorpión jugaba con las ranas en la hierba escarchada de la ribera del río.

-*Cuatro Eme Pe no estaba loco.* -dijo La Gata mientras Sol, Laurel y el detective paseaban con ella entre los arrodillados hombres y mujeres que lavaban manualmente sus ropas en las gélidas aguas del cristalino torrente que bajaba desde las cumbres montañosas hasta su aldea – *Lo único que hizo durante toda su vida fue estudiar los viejos manuscritos de la colección de su padre, casi siempre durante la noche cuando nadie prestaba atención a sus movimientos, pero como durante el día tenía que dormir, sus horarios empezaron a levantar sospechas entre los siervos domésticos de Las Aves, que finalmente lograron descubrir que se dedicaba a leer al mismo ritmo que El Cuervo conseguía nuevos libros, el cual, cuando fue informado de que su hijo consideraba esas antigüedades como capsulas de conocimiento y no como meros elementos decorativos y de ostentación social, pensó que estaba poniendo en ridículo a su familia al obsesionárse mas que él mismo por aquellos objetos que no eran mas que fantasías estéticas, y que el hecho de pasar tanto tiempo encerrado en la mansión sin disfrutar de los placeres patricios, y sin conseguir buenos negocios para el clan, provocaba que el resto de familias pensaran y comentaran que le estaban dejando echarse a perder, asique le ordenó consagrarse a las relaciones sociales asistiendo a las fiestas del Consejo Admin en el Club de Tiro, que fue donde yo le conocí.*

-*¡Qué cruel acto arrancarle de los iluminadores templos del conocimiento, pero qué bien supo aprovechar ese mozo los privilegios con los que había nacido y que le dieron acceso a tal tesoro intelectual!* -exclamó Laurel.

-*Sí, aunque en realidad es bastante inexplicable que decidiera hacer lo que hizo, pues si bien es cierto que los Especiales somos instruidos en las artes secretas de la escritura, la música, o las matemáticas, no es para que hagamos uso de tales habilidades, si no únicamente para mantenernos en todo momento por encima de los Inferiores...*

-*Querrás decir los Normales.* -corrigió 3G0 inocentemente sin darse cuenta de que la muchacha no se había equivocado, si no que esa era la forma en la que en la intimidad los Admin seguían llamando a sus esclavos.

La Gata ni afirmó ni negó, y tras fingir durante unos instantes que observaba el río distraída, retomó su narración.

-Cuando nos presentaron sí que pensé que algo le pasaba, pues no mostraba demasiado interés por mí ni por ninguna otra chica, asique llegué a creer que debía ser uno de esos aristócratas drogadictos que se toman cualquier sustancia que cae en sus manos con tal de ir siempre ciegos, a veces incluso esas aberrantes gotas de los obreros que te destruyen la libido, ya sabéis…

Un violento silencio empujó a la muchacha a seguir hablando.

-El caso es que todos los chicos de su familia que merecían la pena iban cachondísimos y no paraban de convertir chavalas de las fábricas en Sombras para tener una noche loca de sexo tras otra, pero yo no quería eso, asique me esforcé en conseguir conocerle, y acabé descubriendo que tras tanto aprender las palabras de los antiguos, Cuatro Eme Pe había extraído una esencia universal de los libros, y con ella creía seguir su propia filosofía de vida que llamaba Amor, un nombre que yo nunca había oído, pero que enseguida me enganchó.

-Es muy curioso como si se escucha y si se observa lo mas básico que hay detrás de cada cosa, de todas las cosas, lo que se halla es siempre lo mismo.

-Tienes mucha razón, mujer sin brazo. -respondió La Gata en tono condescendiente, y sin dar pie a seguir el razonamiento de Laurel continuó contando su propia historia- *Me explicó que yo debía pensar en él antes que en mí, y él pensaría en mí antes que en él, y la idea era tan fabulosa que no sólo no pude negarme, si no que la tranquilidad que me producía el saber que Cuatro Eme Pe me cuidaba, me llevó a querer hacer saber a todo el mundo la pareja tan insólita que formábamos, pero claro, él me había dicho que un ejercito del Amor no podía estar formado por sólo dos personas, porque eso generaba una burbuja de anti-Amor muy peligrosa, en la que sólo nos importaríamos nosotros y el resto nos daría igual, lo cual nos enfrentaría a nuestras familias, y tendrían que destruirnos ellos a nosotros o nosotros a ellos, por lo que la única opción era enseñarle el Amor a todos, para que todos lo practicaran con nosotros.*

-Sospecho que eso no fue una buena idea, ¿verdad? -dijo Laurel convencida.

-No lo fue, pues cuando en una de las fiestas del Club de Tiro expusimos su filosofía delante de toda la alta sociedad de las Regiones Interiores, les dijimos que nos amamos, y que debían de amarse entre ellos también, la simple idea de que algo así era, ya no posible, si no incluso imaginable, les pareció una aberración propia de enfermos mentales.

-*Menuda ironía.* -pronunció Sol sin poder contenerse.

-*Por supuesto el escándalo conmocionó a nuestras familias,* -continuó la convaleciente muchacha sin parecer haberse apercibido del comentario de la otra joven- *aunque sin duda afectó mas a la imagen de su clan que a la del mio, pues ya era bien sabido por toda la gente respetable del Consejo en las diferentes ciudades que Cuatro Eme Pe era una decepción para su padre El Cuervo desde hacía muchos años, y que incluso su nombre Admin fue elegido por sus hermanos mayores como una burla ya que le consideraban un bicho raro, urdidor y degenerado, por lo que automáticamente se dio por hecho que yo había sido envenenada por sus necesariamente trastornadas palabras, y engañada con perversos trucos para hacerme pronunciar junto a él aquel delirante discurso proclamando y llamando a instaurar el absurdo Amor, siendo así que Las Aves fueron quienes tuvieron que ocuparse de la carga que implicaba tener que limpiar su honor, lo cual fue resuelto a golpe de unos cargos inventados en donde se suponía que yo había sido victima de sus crueles maltratos, acosada, e incluso agredida sexualmente, todo ello en base a unas pruebas falsas recabadas por el Jefe de la Unidad de Detención, su propio padre, y enviadas mi padre El León para que la Unidad de Sanción que él dirige pudiera emitir una condena que avocara a Cuatro Eme Pe al aislamiento total e indefinido en la Unidad de Reparación, subsanando así la afrenta pública, y dejándonos a nosotros dos en una situación insostenible de obligada separación que provocó nuestra inevitable huida.*

-*Creía que antes en la casa dijiste que os marchasteis por el libro.* -apuntó 3G0 con gran curiosidad y sin dejar de pensar que la teoría oculta con tinta invisible podría aun desvelar una información determinante en la investigación.

-Bueno, yo nunca leí ese libro, pero algunas noches le vi escribiendo con una curiosa pluma en él, y supuse que era su diario, en cuyas páginas sin duda estaba narrando la historia de nuestra unión y de cómo nuestro amor fue

trágicamente prohibido, de forma que el romance hasta ahora nunca visto que nosotros creamos y vivimos, pudiera ser compartido con el mundo, por lo que cuando hace seis días fui al palacio de su familia a pedir que retiraran las pruebas falsas para poder ser revocada la orden de encierro que liberaría a mi amado de su exilio, y El Cuervo me echó a patadas de ese cuartucho hortera que quiere hacer pasar por un despacho incapaz de competir ni compararse a la autentica belleza del salón de la chimenea de mi padre, decidí subir al antiguo dormitorio de Cuatro Eme Pe, buscar entre sus pertenencias el libro, y llevárselo a la Unidad de Reparación donde obligaría a alguna Sombra a que se lo entregara para que pudiera seguir narrando su injusto encierro y mi incondicional entrega esperándole afuera sumida en una soledad que no aplacaba mis esfuerzos al frente de una campaña de incesantes solicitudes pidiendo su amnistía.

-¿Me estás diciendo que piensas que lo que El Mochuelo escribió en ese libro que llevaba consigo como una crucial joya que debía poner en manos de personas capaces de entenderlo, fue vuestra aventura de escarceos adolescentes? -preguntó Sol con gesto de indisimulada desaprobación.

-¿Qué si no? -respondió La Gata sin mostrar ninguna hesitación.

-¡Mira nueva moza , he cogido una rana! ¿Te gusta mi rana? -interrumpió Escorpión abalanzándose sobre la forastera, que al ver de pronto el húmedo batracio que el niño había puesto a escasos centímetros de su cara, reaccionó con desprecio dando un violento manotazo al animal, el cual cayó al suelo he intentó huir perdiéndose entre la maleza.

-¿Por qué has hecho eso? ¡Es sólo un niño! -exclamó Sol furiosa mientras ayudaba a Escorpión a recuperar la rana.

-Lo siento pequeño salvaje, te prometo que te lo compensaré. Luego jugamos un rato, ¿vale?

Escorpión pareció quedar satisfecho con las reparaciones prometidas por La Gata, la cual continuó su personal narración mientras el grupo abandonaba los verdes prados que rodeaban el arenoso cauce del río, y ascendía hacia una zona apartada de la aldea que debido a su elevación sobre el lecho rocoso aun conservaba sin enterrar algunas ruinas inservibles pero dignas de ser visitadas.

-Como iba diciendo, cogí su diario y se lo llevé a la prisión de paredes acolchadas, pero no hubo manera de dárselo pues los guardias estaban advertidos de mis posibles intentos de establecer un contacto con Cuatro Eme Pe, asique tuve que arreglármelas para tratar de colarme, y aunque no me fue fácil, acabé descubriendo unas escaleras de emergencia sin vigilancia que me permitían llegar hasta su celda…

-¡Ah, sí! ¡Recuerdo esas escaleras! -pronunció 3G0 rememorando su huida de los exaltados locos durante su última visita al frenopático- *Creo que alguien debería hacer algo con ellas antes de que ocurra alguna desgracia.*

-Fue entonces cuando ideé mi plan, -prosiguió La Gata- *pues entrar en ese momento en el edificio de la Unidad de Reparación hubiera sido un error, ya que habrían tardado muy poco en echarme y en descubrir el vulnerable punto de acceso por el que me había colado, reforzándolo con mayores medidas de seguridad, y perdiendo así mi oportunidad de volver a usarlo en un futuro, asique hice lo que tenía que hacer: Fui de nuevo a la masión de Las Aves, y a pesar de que era ya bien entrada la noche logré que me dejaran pasar aduciendo que había olvidado un objeto personal en el despacho de El Cuervo, de forma que cuando los siervos estuvieron distraídos, bajé a armería, tome una navaja y una antigua pistola de pólvora que luego resultó ser sólo una pieza decorativa, para finalmente dirigirme al garaje donde robé de la colección de coches de su padre el Ferrari Testarossa con el que Cuatro Eme Pe fue rescatado.*

-¿Qué es esa enorme rueda? -interrumpió abruptamente 3G0 cuando la comitiva de cuatros adultos y un niño llegó a las puertas valladas de un parque de atracciones abandonado.

Frente a sus perplejas miradas, aun en pie robándole protagonismo al pétreo paisaje, se alzaba a varios metros de altura una gran noria oxidada en la cual sin embargo todavía quedaban aferrados al metal de sus góndolas los desconchados jirones de una colorida pintura festiva.

-Esa orbita mecánica de cabinas individuales en continuo ascenso y descenso era lo que usaban los adoradores del Dinero para abstraerse momentáneamente de su vacuo mundo, encerrándose con sus parejas en esas burbujas de anti-Amor que nuestra querida moza antes mencionaba, y donde podían sentir que flotaban en sus planetas particulares, existiendo ellos solos sin necesidad de nadie mas. -explicó la anciana manca.

-Debía ser una vida muy triste si necesitaban simular fugaces momentos de un falso amor excluyente para no desesperar. -reflexionó Sol.

-Sí, muy interesante. -concluyó La Gata, cuyo único interés era poder seguir hablando de sus cosas- *¿Podéis creer lo que hicimos?: Salimos por las escaleras de emergencia sin ser detectados, subimos al coche, fuimos a mi casa, cogí del despacho de mi padre El León la máquina de sustracción de chips, luego en mi cuarto nos arrancamos las plaquitas identificadoras para que nadie pudiera seguirnos, y finalmente, tras abrazarnos, partimos en dirección al Sur, pues Cuatro Eme Pe decía que si llegabamos al mar podríamos atravesarlo hacia una tierra donde aun reina el Amor.*

-Asique eso fue lo que verdaderamente pasó, ¿eh? -dijo 3G0 con cierta satisfacción- *En el fondo es una historia muy bonita.*

-Sí que lo fue, o al menos lo estaba siendo hasta que ocurrió el accidente.

-¿Como sucedió? ¿Por qué os estrellasteis? -insistió en sus averiguaciones el detective mientras la comitiva turística regresaba de nuevo a la aldea.

-Yo iba conduciendo, y todo parecía ir bien mientras atravesábamos la carretera de las montañas y rememorábamos entre risas las leyendas de animales imposibles y salvajes personajes con los que la Unidad de Devoción mantiene asustados a los obreros, pero de pronto Cuatro Eme Pe dijo que creía haber visto en el arcén izquierdo de la carretera una siniestra figura de rostro pálido con los ojos y los labios cosidos, vestida con un elegante traje negro y una fina corbata blanca, y que al pasar junto a ella nos había saludado con la mano.

-Tengo miedo. -dijo Escorpión haciendo que Laurel le cogiera de la mano.

-Estaba claro que era imposible, que sus ojos debían haberle engañado, pero mientras prestábamos atención por los espejos retrovisores a ese lado del camino, frente a nosotros, caminando por el lado contrario del asfalto, una horrible cara descubierta llena de arrugas y cicatrices como nunca habíamos visto venía hacia nosotros sin máscara ni apenas ropa, como los bárbaros de los cuentos,y portando dos conejos muertos, lo cual pareció ser una alegoría con la que quería decirnos que iba a convertir nuestros cuerpos en aquellos

pellejos sin vida, por lo que, tratando de esquivarlo, di un brusco volantazo hacia la izquierda, perdiendo el control de un vehículo que no estaba acostumbrada a conducir, y sin poder frenar a tiempo, desprendiéndonos por la ladera hasta chocar con el árbol que mató a mi amado.

-Eso explica la desaparición del cazador de conejos, que seguramente fue el primero en acercarse al accidente a ayudaros, y el primero en ser asesinado.

-No lo sé, de esas brutales muertes yo no recuerdo nada. -se excusó la muchacha- *En ese momento no era yo misma.*

-Pero El Mochuelo murió en el acto atravesado por una rama, asique en realidad sí que fuiste tú quien mató a toda esa gente.

-Sólo recuerdo que cuando desperté mi máscara se había roto por el golpe que mi cabeza había recibido contra la luna frontal, y que al mirarme en el reflejo de un cristal, y ver mi rostro ensangrentado y desnudo, me asusté sin saber quien era, de modo que cuando vi a Cuatro Eme Pe muerto a mi lado, mi mente no debió de soportarlo, y me convertí en él.

-En una versión homicida y nada amorosa de él, dirás.

Al escuchar la naturalidad con que 3G0 profería su batería de acusaciones, La Gata comenzó a llorar.

-¡Oh, querida! ¡Debió ser un momento horrible! -dijo Laurel tratando de consolarla- *¡Pero puedes estar tranquila, pues ya has encontrado tu lugar! ¡Aquí nos regimos por el Amor que El Mochuelo y tú conocisteis y practicasteis, y aquí será donde puedas seguir viviéndolo sin necesidad de volver a la horrible dictadura Egoísta de las familias psicópatas de la que escapasteis!*

-Gracias, de veras. -dijo la forastera cuando alcanzaron la puerta de la casa comunal.

-¡Vamos a lavarnos las manos y a preparar las mesas para la comida! -exclamó Laurel soltando a Escorpión, el cual sacó del bolsillo de su camisita una rana verde y resbaladiza- *¡Pero bueno mocito, suelta eso!*

-¿Puedo quedármela como mascota? -preguntó el niño- *¡Prometo cuidarla!*

-¿Acaso tu querrías que te sacaran de tu casa y te llevaran a un lugar extraño sólo para entretener a una criatura mas grande que tú?

-Depende de qué criatura fuera esa. -sentenció el pequeño con gran desparpajo e ingenio mientras echaba a correr hacia la cocina.

-Te espero adentro, querido, tengo que cagar. -dijo Sol al detective entrando en el edificio tras Laurel, Escorpión y su rana.

-Oye, Gata, hay una cosa que no me explico. -pronunció 3G0, que al darse cuenta de que se encontraba por primera vez a solas con la que a fin de cuentas era una importante aristócrata Admin, y la persona que si era nombrado Especial acabaría siendo su jefa directa, comenzó a sentir que le faltaba el aire y se le secaba la boca- *Verás… Me pregunto... ¿Cómo es posible que tú sola mataras…? Es decir… ¿Por qué se dejaron matar todos esos soldados? ¿Fue únicamente porque te confundieron con el hijo de su jefe y prefirieron morir a causarle algún daño?*

-Eres muy gracioso, ¿sabes? -contestó con sarcasmo la joven- *En realidad fui muy bien entrenada en el Club de Tiro por mi padre, que siempre me advirtió que como única heredera de la familia de Los Felinos debía estar preparada para poder defenderme de cualquier ataque o amenaza, aprendiendo todo tipo de técnicas de confrontación letal. Bueno… Eso, y que al fin y al cabo esos pobres soldaditos eran sólo una prescindible panda de Inferiores.*

La Gata terminó la frase escupiendo al suelo, y dirigiéndose a la puerta de la casa donde convivía el pueblo que atesoraba del Amor, habló al detective mientras le daba la espalda.

-Por cierto, -añadió con tono sombrío y autoritario- *¿por qué sigues llevando ese traje y esa máscara? ¿Es que no sabes que cuando no hay obreros delante no hacen falta?*

3G0 quiso gritar indignado que él mismo era un obrero, pero ya ni sabía quién era, ni quién quería ser.

< / 1 0 >
S O L

Tras el almuerzo, 3G0 decidió que aquella tarde, la sexta de su misión, la pasaría dedicado a observar a La Gata. Necesitaba determinar sus intenciones para planificar cuándo y cómo se la llevaría de vuelta a la ciudad, pues si esta se negaba a regresar, su encargo de devolverla sana y salva a los brazos de su padre se vería dificultado, requiriendo entonces de una cierta dosis de violencia física que no quería usar, y que hecho no sabía si sería capaz de atreverse a aplicar.

Pudo desembarazarse de Sol mientras esta dormía una plácida siesta en el dormitorio que ambos compartían, y haciendo gala de todos sus talentos, persiguió a la aristócrata entre los huertos, los establos, y los talleres de la aldea, sin que esta en ningún momento pudiera descubrir que había sido sometida a un implacable seguimiento por parte del detective, que en los momentos mas críticos, si su tapadera peligraba, siempre acertaba a ocultarse entre los animales tal y como ya era su especialidad.

Cuando la tarde caía, su única conclusión parecía ser que la heredera de la familia mas poderosa del reino de los Admin, esos que se habían encerrado bajo cúpulas de acero para no tener que tratar con los salvajes del mundo exterior, se encontraba sin embargo tranquila y se desenvolvía felizmente entre los repudiados y aun así cariñosos aldeanos que la atendían con gran alegría y la invitaban a unirse a sus artesanales labores. Lo mas curioso era que aunque el sudor fruto de un trabajo físico que su cuerpo nunca había conocido recorría ahora su piel patricia casi desnuda bajo el Sol, ella parecía disfrutarlo sin miedos ni preocupaciones.
¿Cómo podía gustarle aquella clase de vida, esa misma que su casta durante toda su existencia se había esforzado por evitar, construyendo incluso para ello un mundo de opresión y dolor ajeno con tal de no tener que conocer en sus propias carnes? ¿Acaso seguiría aun bajo los efectos de la grave conmoción cerebral del accidente, y por eso era capaz de creerse una persona tan poco especial como para que las labores manuales no le parecieran una deshonra?
Necesitaba descubrir quién era esa muchacha, y si seguía siendo la misma que se fue, y lo mas importante, la misma que El León quería recuperar.

-*¿Crees que se ha curado?* -preguntó 3G0 a Sol cuando regresó a la casa comunal donde el grueso de los granjeros se encontraba ya aseándose y preparándose para la cena.

-No lo sé, pues es difícil asegurar si la persona que durante días mató a todo aquel que se cruzó en su camino sigue dentro de ella, e incluso si eso sucedió realmente debido a la inconsciencia de un traumatismo en su mente que iba y venía, para milagrosamente recuperarse cuando se vio acorralada por nuestra batida de caza.

-Puede ser que los siempre atentos cuidados de Laurel la hayan hecho cambiar, y ya ni sea la niña mimada de la familia de Los Felinos, ni la sanguinaria homicida disfrazada de ave rapaz, ¿no crees?

-Sí, puede ser. Lo único seguro es que parece ser feliz entre nuestro pueblo, y todo el mundo es también feliz por ello y por verla participar.

Era innegable que las deducciones de Sol se mostraban sólidas, pero había algo dentro de 3G0 que no le terminaba de cuadrar, tal vez una sospecha, o tal vez la envidia de ver que la muchacha se había sabido adaptar a un mundo y a unas costumbres que él no era capaz de asumir e imitar.

-*Me da rabia verla sin el traje y sin la máscara como si nunca los hubiera necesitado.* -confesó a Laurel mientras sorbía ruidosamente su sopa en las abarrotadas mesas del comedor comunal.

-*Sólo los necesitó mientras tuvo que mantener vivo el papel que representaba.* -afirmó la anciana- *Ella ya no es esa cara dibujada, ni ese nombre mitificado. No necesita serlo porque aquí puede ser quien realmente es: Una Igual entre sus Iguales.*

El detective estaba triste. ¿Por qué no habrían puesto patatas para cenar?

La luna llena invitó a dejar la persiana de la ventana de su cuarto abierta, iluminando la estancia con su luz reflejada, y haciendo prescindibles unas velas que dejaban ver mas de lo que hasta ahora él se había atrevido a conocer.

En la penumbra podía distinguir la silueta desnuda de Sol tumbada sobre las sábanas a su lado. Era una escena en claroscuro, y él quería pasar del oscuro al claro, asique finalmente, encontrando un valor que había ido formándose por la acumulación de casi una semana de posos, se incorporó del lecho, y se quitó la máscara.

-*¡Oh, querido! ¿Estás seguro?* -pronunció la muchacha saliendo de la cama y poniéndose a su lado con dulzura para transmitirle su apoyo.

-No sé si temía al virus, o me temía a mí, pero creo que ya ninguno de los dos existe.

Luego, tirando de la capa de elástica goma negra que varios días de falta de una higiene adecuada habían echado adherirse a su piel, liberó todos sus grandes y venosos miembros de la prisión inventada.

-El miedo es un fantasma alimentado; el virus, un espectro invocado. -comenzó a decir Sol mientras caminaba hacia una de las esquinas de la habitación- *Toda la realidad que conocías, y que tenías como única posible, no es mas que la oscura sombra de lo que un día fue el sistema de vida perfecto, el Amor que brilló como una gota de luz durante un instante, para ser inmediatamente apagado por el Egoísmo. Y eso es lo único que les queda a los psicópatas Admin, y lo único que pueden ver: Nada. Pues en la oscuridad somos ciegos y no podemos saber ni quiénes somos nosotros mismos. Pero tú ahora estas aquí y puedes verlo.*

Y sacando un alto espejo de pared de detrás de un biombo, Sol puso ante el expuesto y totalmente vulnerable cuerpo de 3G0 su propio reflejo, pudiendo por primera vez en su vida contemplarse como realmente era.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas libres de una careta que mas que protegerle de la muerte, le había privado de vivir. Las gotas de fluido ocular caían sobre su pecho, haciendo de pronto evidente un manto de puntitos rojos que cubría todas las latitudes de su piel.

-*¡Estoy lleno de heridas y erupciones!* -gritó tratando de cubrirse aterrado- *¡Sabía que me contagiaría! ¡Esto tenía que pasar!*

-*¡No! ¡Detente!* -exclamó la muchacha queriendo impedir que el detective volviera a ponerse la máscara blanca- *¡No son pústulas de ningún virus, si no cicatrices de picaduras de insectos!*

-¿Qué insectos?

-No lo sé, aquí no hay chinches ni garrapatas, pues yo misma lavo las mantas.

Y entonces el recuerdo de las diminutas patitas de las hormigas correteando por encima suyo de un lado a otro y haciéndole interminables cosquillas, le provocó una gran carcajada en diferido.
Impulsado por el buen humor, trató de observar de cerca el reflejo de su cara, y aunque se alegró de no parecerse a un asno o a una vaca, la decepción de no ser un apuesto grabado erótico le golpeó.

-*Pues a mi me gustas así.* -dijo Sol acariciando la sensible piel de su rostro.

-¿Y si hubiera sido feo?

-Te querría igual.-sentenció besando sus labios, lo que activó un estado de placer hasta ahora desconocido por su cuerpo, arrebatando una potente cantidad de sangre de inhóspitas partes de su anatomía, para proyectarla a nuevos sistemas que se ponían en férrea marcha.

-*Lo siento.* -se excusó 3G0 al presionar con sus ardores el abdomen de la muchacha.

-*¡Vaya, parece que esto va a llevarnos un buen rato!* -exclamó ella mirando hacia abajo.

-¿Qué pasa, es que estoy mal hecho?

-*Al contrario, estás muy hecho.* -respondió ella escupiéndose en la mano.

Y durante las siguientes horas se generó en la estancia una tormenta que descargó sobre ellos sudor, fluidos y generosidad.

Al amanecer del séptimo día, 3G0, que se había acostado niño, se levantó siendo niño aun, pues el roce de dos cuerpos nada había cambiado.

Lejos de sentirse mas sabio, mas fuerte, o mas valiente, sus ojos se abrieron llenos de hesitaciones y remordimientos.
¿Quién era esa persona llena de pliegues y pelos que le miraba desde el espejo? ¿Qué estaba haciendo en aquel cuarto? ¿Cual era su misión?

Había pasado una semana, la mas intensa y espectacular de su vida, llena de nuevas experiencias, personas, y aprendizajes. ¿Pero para qué?

Decidió saltarse el desayuno, cosa también inédita en él, pero tenía el estomago revuelto, con una especie asqueamiento que no sabía identificar. Tal vez fuera la desordenada descargar de existenciales interrogantes, tal vez el olor a sexo, o tal vez la vergüenza de que el resto de aldeanos le vieran al descubierto sin su máscara. No lo sabía pero quería estar solo y pensar lo poco que su desentrenado intelecto le pudiera permitir.

Sus pies le llevaron de forma inconsciente hasta las balas de paja del granero que había frente a la granja de la pareja de aldenos asesinados. Aunque se sintió tentado de meterse entre el forraje y ocultarse del mundo como ya hiciera una vez, decidió guardar cierta compostura, y entrando en la rudimentaria construcción de madera, se dejó caer el centro de la misma, apoyando la espalda en la viga mas grande que encontró. Allí dentro sólo parecía haber aperos de labranza y sacos de pienso, por lo que, amparado por la tranquilidad reinante en su nuevo santuario de privacidad, se entregó a la decisiva tarea de contemplar con perspectiva y acierto todas sus posibilidades.
Llegado a ese punto de la aventura, si algo tenía claro era que bajo ningún concepto aceptaría volver a la cadena de producción de la Unidad de Alimentación. Partiendo de esa clausula innegociable, parecían poder vislumbrarse tres posibilidades mas o menos claras, y mas o menos igual de complicadas: La primera de ellas era regresar a la ciudad sin La Gata, dejando que se quedara en la aldea y que disfrutara de la nueva vida que parecía haber elegido. Resultaba evidente que al presentarse ante El León tendría que ofrecerle algún tipo de conclusión de las investigaciones realizadas, pero si quería encubrirla, en su informe debería omitir necesariamente el paradero de la chica por su seguridad y la del resto de la

aldea, por lo que, si decía que no la había encontrado, no sólo perdería la recompensa de recibir su propia cara y código Admin, si no que seguramente fuera pintado de negro y convertido en Sombra como castigo por fracasar. Para evitar este desenlace podría contar la verdad de donde estaba La Gata, y de qué había hecho, pero que su hija fuera una asesina, y que hubiera una persona viva en la ciudad que pudiera atestiguarlo, seguramente sería motivo mas que de sobra para que El León mandara hacerle desaparecer, lo cual no parecía ser un gran plan; la segunda opción, que implicaba también el permitir a la que fuera novia de El Mochuelo quedarse allí para ser feliz entre montañas y huertos, y en la cual llevaba pensando desde su inesperada visita al búnker subterráneo de La Sociedad del Círculo, era la de hacerse con un cargamento de lingotes de oro, y desaparecer. Con sólo una porción de la riqueza que el silo de hormigón albergaba, podría hacerse poderoso comprando su posición en cualquier ciudad. Se imaginaba a sí mismo como la primera ave dorada de la historia, un fénix renacido que había salido de lo mas bajo de la sociedad de los Normales, para desaparecer y volver convertido en un rey Admin, jefe de su propia familia, que se llamaría Los Fénix en honor a sí mismo. La idea le gustaba y no hacía daño a nadie llevándola a cabo, a excepción quizá de Sol que le echaría de menos, pero mas allá de eso lo que le aterraba era el saber que desde el momento en que usara aquel metal precioso para convertirse en alguien, estaría para siempre atado a él, y él sería quien le definiría y le obligaría a hacer cualquier cosa para no perderlo. Ademas, en cuanto el oro fuera su trono, el resto de la humanidad se volvería su inmediato enemigo, pues el peligro de que cualquiera pudiera robárselo, llevándose con él todo lo que era, y dejándole convertido no en alguien que no tenía nada, si no en la nada misma, era un riesgo equiparable al de ser ejecutado por Los Felinos; por último la alternativa mas directa, y que a pesar de ser su primera elección, se había ido negando a contemplar, era sencillamente hacer uso de la fuerza bruta para llevarse a La Gata, con o sin su consentimiento, y entregársela a su padre como si de un paquete vacío de deseos o sentimientos se tratara, limitándose a extender la mano en silencio para recibir el pago prometido, consiguiendo ser por fin el gobernador de su propia ínsula de poder sin importarle a qué precio.

Tras mucho pensar, y casi quedarse dormido varias veces, admitió que quería ir a la casa comunal y ejecutar la tercera opción, dejándose de tediosas consideraciones morales.

Estaba prácticamente decidido, pero había un problema: Cada vez que imaginaba la escena del agresivo secuestro público que tendría que llevar a cabo para sacar a la chica atada y amordazada de la habitación de Laurel con quien se alojaba, y vislumbraba la mirada de reproche de Sol, algo desagradable se le removía por dentro, y le hacía emitir un involuntario gruñido de autodesaprobación.

¿Qué iba a hacer? La mañana pasaba y no lograba decidirse.
Cuando sus tripas rugieron con la suficiente intensidad acústica como para competir con los gruñidos de su conciencia, supo que la hora del almuerzo se acercaba, y decidió cambiar la reflexiva atmósfera del granero por el sabroso aroma de los pucheros del comedor comunal.
Llevaba tantas horas sentado en el suelo, que las piernas hacía tiempo que se le habían dormido, por lo que al tratar de levantarse, apoyando todo su peso a través de los brazo en la columna de madera que le había servido de respaldo, y que resultaba ser la viga maestra que sostenía toda la estructura, esta, debido al gran volumen de las grasas que conformaban al orondo detective, no pudo soportar la presión de la carga, partiéndose por la mitad y dejando caer el tejado y todas las paredes del cobertizo sobre la cabeza de 3G0.

Cuando los aldeanos acudieron en masa a rescatarle de entre los escombros, le encontraron murmurando una palabra: Orangután.

Comieron y se echaron la reglamentaria siesta, pero los ásperos vendajes blancos que cubrían todo su magullado cuerpo le producían un picor desagradable que no le dejaba descansar. En menos de un día había cambiado el uniforme de envoltura negra, por el de envoltura blanca.

Logró convencer a Sol para salir a dar un refrescante paseo de sobremesa, y aunque al principio lo disfrutaron en silente compañía, la muchacha enseguida tuvo que regresar a la habitación para tumbarse, ya que sentía dilatadas molestias al caminar.
Él prosiguió vagando envuelto en sus divagaciones, y justo cuando la tarde empezaba a anunciar la noche, al pasar junto a un oloroso jardín de cipreses, encontró entre las flores a La Gata y a Escorpión.

-*¿Puedo interrumpir vuestros negocios?* -preguntó el detective a la pareja que permanecía solemnemente de pie frente a un casi imperceptible montículo de arena.

-*Estamos enterrando a la rana.* -respondió la joven guiñándole un ojo.

-*Se murió. No sé qué pasó. Pero se murió.* -aclaró el niño mientras depositaba sobre la pequeña tumba un sombrerito hecho con el papel de lo que un día fue el titulo universitario de un magnate financiero.

El funeral por el animal fue igual de fugaz que su paso por la liga de las mascotas, y enseguida Escorpión se encontraba de nuevo correteando entre las cabras, y asustando a las gallinas.

-*¿Cómo te encuentras? ¿Tienes algún plan hoy?* -intentó 3G0 sonsacar a La Gata mientras desde la distancia vigilaban al incansable chiquillo.

-*Todo bien. Jugaré un rato con Escorpión y me iré a dormir.*

-*¿Te gusta este pueblo entonces?*

-*Me gusta.*

-*¿Y pretendes quedarte mucho tiempo?*

-*Es posible.*

-*No estás muy habladora, ¿eh?*

-*Estoy genial, gracias. ¿Y tú?*

El detective se dio inmediata cuenta que la noble patricia rumiaba alguna idea que no quería compartir, tal vez una advertencia de Laurel acerca de que guardara las distancias con él, pues en definitiva todos sabían que la muchacha era su objetivo, y que si había ido hasta allí era para llevársela de vuelta a la ciudad igual que pretendían haber hecho los soldados.
Por otro lado, quizá sólo fueran imaginaciones suyas, y que ella estuviera simplemente cansada y sin ganas de charla, pero creyendo intuir que en cualquier caso la confianza mutua se había destruido, y que La Gata estaría ya siempre alerta dificultando cualquiera de sus decisiones, intentó adoptar medidas desesperadas.

-¿Podría preguntarte una cosa? -pronunció en voz baja y asegurándose de que nadie les estuviera rondando.

-Depende. -respondió secamente la muchacha.

-¿Por casualidad no llevarías con vosotros en el coche la máquina de tu padre de extraer chips?

-No, la dejamos tirada sobre la alfombra de mi habitación en cuanto nos arrancamos los nuestros. ¿Para qué quieres saber eso?

-Eh… Nada… Simple curiosidad profesional.

-Ya, claro, cosas de detectives, ¿no? -concluyó lanzándole de reojo una fulminante mirada, y alejándose hasta el corralillo para unirse a Escorpión en su actividades de hostigamiento ganadero.

Aunque se había prometido a sí mismo que si no podía llevar a cabo su voluntaria conversión en Sombra, lo cual le permitiría viajar libre de seguimientos, y lo que es mas importante, libre de su identidad y de su pasado, no iniciaría el procedimiento que estaba a punto de iniciar, la situación empezaba a pesarle tanto, y se sentía tan acorralado y sumido en la asfixia de la parálisis por el análisis, que decidió sencillamente dejarse llevar.

-Querido, me temo que hoy no podemos repetir los ejercicios físicos de anoche. -dijo Sol mientras se desvestía con un pudor hasta ahora impropio de ella.

-Pues vale. -respondió 3G0 sin prestar atención al veto, lo cual, ya fuera por la falta de interés mostrada al respecto de algo que debería estar deseando volver a probar, o por la actitud dispersa de la que llevaba haciendo gala durante todo el día, hizo a Sol sospechar que algo ocurría.

-¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto? ¿Ya no te gusta este lugar? -preguntó preocupada.

-Necesito dormir. -fue lo único que él se atrevió a pronunciar.

Y en mitad de la noche, cuando la aldea se encontraba sumida en pleno festival de ronquidos y sábanas babeadas, una pila de vendajes blancos desenrollados quedaron amontonados en el suelo del dormitorio donde la luz de la luna ya sólo podía dibujar los contornos de Sol.

-*Hola, mis hermosos lobitos.* -susurró el detective a los fieles canes mientras los acariciaba y los ataba de nuevo a las correas del viejo trineo.

Al salir del corral, las cuchillas de los patines rechinaron contra el suelo empedrado rompiendo el sosiego nocturno, pues al haberse derretido casi toda la nieve, se enfrentaban a una travesía verdaderamente abrasiva.

Durante varias horas 3G0 estuvo entrando y saliendo de las profundidades de la tierra, y cada paso del circuito quedó grabado para siempre en su recuerdo, pues, mientras los perros esperaban lamiéndose las almohadillas de las patas al exterior del imponente búnker, él recorría los estrechos pasillos de hormigón cargando con los lingotes de oro cuyo expolio iban a convertirle en el hombre libre que se cansó de depender de que algún caprichoso potentado decidiera concederle tal derecho.

Los pajarillos desde lo árboles comenzaron a desperezarse entre alegres cantos, y cuando justo cuando el momento de máxima oscuridad empezaba a dejar paso la octava jornada de su misión, esta parecía tocar a su fin.

-*Creo que ya no meteré en la cesta mas de estas barras de poder concentrado, o no podréis tirar de ellas, ¿verdad que sí?* -le dijo a los animales que debían guiarle hacia su nueva vida en alguna de las mas pobres y lejanas Regiones Interiores donde con semejante cargamento le resultaría muy fácil convertirse en rey.

Justo cuando se subió a la vaina del trineo, y se disponía a imitar el silbido que tantas veces oyó dar a la conductora para iniciar la marcha, la brisa del alba enfrió su rostro desnudo, y al recordar que tendría que volver a disfrazarse para vivir entre la casta de los Egoístas, sacó de su gabardina rosa la máscara blanca de la que durante apenas veinticuatro horas se había liberado, y la alzó sobre su cabeza con intención de cubrirse con ella, esta vez quizá para siempre.

-¡Si haces eso, el día de tu muerte, cuando en tu lecho repases cómo viviste y cómo pudiste vivir, te arrepentirás de este momento con un ya irremediable dolor! -exclamó Sol saliendo de entre la densa espesura- *No tienes por qué volver a ocultarte bajo la cara de una falsa persona que no eres ni quieres ser; no hay motivos para ceder a las imposiciones de unos psicópatas que te obligan a imitar sus trastornos, sólo para poder vivir entre ellos como un aspirante a igualar su maldad.*

3G0 descubrió que sin saberlo había estado pidiendo que esta interrupción sucediera, y desplomándose sobre sus rodillas, lloró.

-Vamos, querido, volvamos al lugar de donde nunca debimos irnos. -dijo ella besándole con apasionada dulzura en la boca, y tomando las riendas de los perros se alejaron del silo donde las antiguas vergüenzas fueron enterradas.

Tras varios minutos de travesía, y aunque Sol le había prometido un regreso, el trineo se detuvo en una cima rocosa que para 3G0 era completamente desconocida.

-¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es este sitio?

-Este es el monte del Amor, del Bien, de la Verdad Universal.

-Eso son sólo palabras. -pronunció con desánimo el detective.

-Sí, lo son. Concretamente nueve palabras que pueden guiar nuestras vidas para que no olvidemos elegir la luz. -respondió la muchacha tomando la gruesa, mordisqueada y arañada mano del detective, y llevándole hasta el borde del risco le mostró la gran piedra que se alzaba solitaria frente al horizonte, y en la cual habían sido tallados profundos símbolos.

-Piensa en los demás antes que en ti mismo.

-Querido, ¿has aprendido a leer?

-No, pero recuerdo las nueve palabras.

-¿Y aun así pensabas elegir ignorarlas y aceptar el Egoísmo?

-Sí, porque el mundo del Amor no es mi mundo. Yo fui educado en el Egoísmo, y ni aun teniendo la Verdad ante mis ojos sé ser de otra forma. Yo soy malo, y aunque trate de disimularlo engañándome a mi mismo con fantasiosas excusas, y de crear un personaje adaptado a las maldades ajenas para engañar a los demás, nunca podré ser de otra forma, pues mi naturaleza al final siempre se impondrá.

Las siluetas de sus dos cuerpos cogidos de la mano, uno completamente expandido, y el otro gloriosamente concentrado, contemplaron desde las alturas de la montaña sagrada la salida del Sol.

-Hay algo que quiero que no olvides nunca: Nadie es bueno o malo, si no que elige serlo. El Sol sale y se marcha cada día, al igual que cada día elegimos ser buenos o malos. Es un ciclo en el que somos parte activa y constante. Nosotros elegimos si queremos iluminar o traer oscuridad.

El gran astro cumplió con su parte regalándoles un reinicio que en sus manos quedó.

</ 1 1 >
E L / C U E R V O

Una invertida puertecilla a escala se dibujaba sobre el cristal de los visores de la máscara blanca de 3G0; ante su rechoncho traje protector de goma negra, una enorme pieza móvil de acero de veinte centímetros de grosor sellaba la entrada Este de la ciudad.

-*Socio, ¿de verdad eres tú? ¿Desde cuándo llevas ahí fuera?* -exclamó la voz del corrupto centinela a través del micrófono del portero automático exterior que el detective había activado para contactar con la cabina de vigilancia que debía autorizar su acceso a la Región Interior.

-*Me fui hace ocho días. Tú mismo me ayudaste a salir. ¿Es que no lo recuerdas?*

-*No tenía ni idea… Mejor te abro y me cuentas.*

La electricidad que la red de gigantes eólicos suministraba al pequeño botón rojo que el policía acababa de pulsar, hizo despertar a los enaceitados engranajes de un portón que se apartó abriendo un hueco rectangular en la cúpula, y dejando una pictórica estampa donde el protagonismo de un lienzo compuesto por el cielo anaranjado del alba del noveno día era únicamente disputado por un inmóvil punto de rebosante carne envuelta en tela rosa.

-*¿Qué ocurre, socio? ¿Por qué no pasas?*

-*Necesito que antes desactives el lector de chips.*

-*Me temo que eso no te saldrá barato.*

-*Lo sé, tranquilo. Te aseguro que puedo pagar el precio que haga falta.*

En el bicitaxi de camino al palacio del Jefe de la Unidad de Sanción, 3G0 ni comió, ni consumió gotas medicinales, ni charló, ni hesitó. Sabía lo que tenía que hacer, e iba a hacerlo asumiendo plenamente las consecuencias de sus actos.

Cuando esta vez entró en la finca de Los Felinos lo hizo con la cabeza alta y la seguridad de un rey, pues ya reinaba sobre sí mismo; cuando sus contundentes pasos provocaron el tremendo crujido de la madera del suelo del despacho de El León, no se asustó ni trató de disimularlos, pues ya sabía lo que era ser sepultado por todo el peso de un establo, y lo que debía hacer para evitarlo; cuando los mullidos sofás frente a la chimenea le tentaron para que reposara en ellos su cuerpo agotado tras un viaje en trineo de casi veinticuatro horas de duración, supo renunciar al placer inmediato para ir a sentarse en una de las humillantes sillitas de invitados frente al escritorio, pues ahora era capaz de entender el valor de las apariencias, y su falta de correspondencia con la realidad, como vacuos ejercicios de aparentar que eran.

-*¡Habla ahora mismo, estúpido obrero!* -exclamó el padre de La Gata que tras ser despertado por sus sirvientes entraba en la estancia abrochándose el batín de su pijama de seda- *¿Qué has averiguado? ¿Cómo te has atrevido a hacerme esperar tanto?*

-*No ha sido una misión fácil, mi superior.*

-*¡Me da igual lo que haya sido! ¡Exijo saber donde está mi heredera, y cual es su estado!* -dijo mientras tomaba asiento en su gran trono de oficinista.

-*A ese respecto, le traigo malas noticias, mi superior.*

-*¿Malas noticias, dices?* -pronunció El León rebajando su hostil tono, y ajustándose su intimidante máscara nerviosamente- *¿No le habrá pasado nada a mi inocente hijita?*

-*Siento tener que ser yo quien le comunique, mi superior, que ella murió calcinada junto a El Mochuelo al estrellarse el coche en el que este se la llevaba secuestrada en dirección al Sur.*

-*¡Imposible! ¡Eso no ha podido sucederme a mí!*

-*Y no le ha sucedido a usted, mi superior, si no a ella.*

-*¡Calla, gusano!* -gritó desquiciado el jefe del clan que ya no contaba con una linea de sucesión directa- *¡Espero que tengas pruebas de esa sucia infamia que te atreves a afirmar!*

-Así es, mi superior. Cuando salga de este despacho entregaré las indicaciones exactas a sus hombres para que puedan llegar hasta el lugar donde se accidentó el vehículo y ardió, y allí podrán recuperar los dos esqueletos que aun permanecen en sus asientos, si así lo desean.

-*¡No puede ser!* -pronunció con desesperación El León poniéndose en pie, y rodeando el bello escritorio hasta llegar al bajo asiento que prácticamente dejaba a 3G0 arrodillado ante el señor del lugar- *Yo te ofrecí el mayor honor que un despreciable de tu clase puede soñar… Iba a adoptarte como uno más de mi propia familia y sólo tenías que devolverme sana y salva a mi virginal heredera, pero tú…¿Tú has necesitado nueve días de investigaciones para traer semejante desgracia a mi casa? ¡Sal de mi vista ahora mismo!*

-*A sus ordenes, mi superior.* -respondió el detective logrando incorporarse y caminando de espaldas hacia la puerta.

-*¡Vamos, fuera! ¡Vuelve a tu asqueroso agujero a seguir produciendo como la inerte máquina que eres!* -gritó lanzándole un libro en cuya portada podía verse un fornido cuerpo sosteniendo sobre sus hombros un orbe planetaria- *¡Y da gracias a que no te arranque el chip yo mismo con mis propias manos, te pinte la cara de negro, y te sentencie a ser enviado al lugar de donde nadie regresa!*

-*Gracias, mi superior.* -respondió 3G0 empezando a salir por la puerta del despacho.

-¡Oye, espera! ¿Se puede saber por qué me llamas superior todo el rato?

-¿Acaso no soy yo un prescindible Inferior? ¿Acaso no es usted Superior?

El León no dijo nada, pues él sabía la respuesta, y por un instante se estremeció al sentir que aquél supuesto gordo incompetente también conocía su secreta farsa.

Mientras abandonaba el opulento palacio, e iba observando todos los lujos a los que La Gata había renunciado, no podía evitar sentir una gran admiración por la joven muchacha al haberse atrevido a llevar a cabo semejante sacrificio, y a la vez le colmaba una la satisfacción por haber dedicado el octavo día de su misión a recrear el falso accidente mortal en la carretera que se dirigía al mar, poniendo el cuerpo de El Mochuelo al volante del Ferrari Testarossa, y el cadáver de su amiga la amazona con las manos atadas sustituyendo a la heredera de Los Felinos en el asiento del copiloto, para luego incendiarlo todo y ocultar así lo que realmente ocurrió. Aquellos dos actos juntos habían hecho libre a la muchacha, que ahora podría vivir en el Amor.
Al llegar a la calle recordó a las moscas que en ese mismo lugar trataron de devorarle hace apenas unos días, pero ahora sólo halló tranquilidad.

Cogió un bicitaxi, y una carcajada escapó bajo su anónima máscara blanca: El León no le había convertido en Sombra, pero le devolvía a la fábrica de la Unidad de Alimentación y a su hacinado catre en los nichos compartidos. Si al menos le hubiera enviado al manicomio podría tener una mejor vida que como honrado trabajador.
Justo cuando el día le parecía mas hermoso; en el instante en que la marea de ajetreadas bicicletas de disputaban un trozo de avenida para llegar a tiempo a cumplir sus perpetuas condenas; en ese preciso momento en que quería bajarse del cochecito de tres ruedas y ponerse en medio del trafico a abrazar a sus compañeros reclusos, una Caja de Transporte de la Unidad de Detención les cerró el paso, y del mismo descendió una agresiva tropa de policías que arrancó a 3G0 del apretado compartimento, y lanzándole al interior del metal, se lo llevaron sin destino cierto.

Pero no le hizo falta mucho tiempo para descubrir lo que ya sospechaba: La mansión del Jefe de la Unidad de Detención era una copia exacta de la del Jefe de la Unidad de Sanción. El equilibrio de poder debía ser exacto hasta en la intensidad del arrebato estético inducido por sus posesiones. Y aunque tanto los pasillos como el despacho de El Cuervo le parecieron iguales a los de El León, no podía determinar quién de ellos eran el ideólogo original de tal configuración decorativa, y quién la imitación.
Otro curioso detalle ornamental que pronto quedó claro fue que si bien la cara de uno era de oro, la del otro era de plata, pues aunque los rostros de los córvidos fueran negros, ningún especial se rebajaría a sí mismo manchándose con los colores de las repudiadas Sombras.

-*¿Te gusta el cuadro?* -dijo El Cuervo con una voz ronca que delataba una avanzada edad.

3G0, que esta vez no se había sentado en las sillitas de la reprimenda, permaneció en el centro de la sala observando la inquietante pintura al óleo que se encontraba suntuosamente enmarcada sobre la chimenea.
Aunque agradeció no haber contemplado antes aquella obra, pues por fortuna a estas alturas conocía las arquitecturas que conformaban los sistemas de tejidos que las caretas velaban y no se iba a ya asustar, lo que los trazos de endurecidos pigmentos mostraban era la desfigurada faz de un hombre perteneciente a un pasado sin duda cargado de austera sobriedad, vestido con harapos impropios hasta de los mas pobres aldeanos autosuficientes del mundo exterior, y que mientras sujetaba un arpón y una lampara, emitía lo que podía intuirse como un grito gutural. Tras este ser despojado y agónico de patillas canas, una granítica y atemporal muralla, cuya puerta abierta dejaba ver de fondo un igualmente pétreo y recio puente sobre un profundo río, y un camino que se alejaba en dirección a las montañas. El cielo era de un azul oscuro propio de una gélida noche de invierno, donde a excepción del alarido de aquel hombre, podía incluso sentirse el silencio traspasando el lienzo. El detective jamás entendería como alguien podía disfrutar de tener que contemplar cada día aquella escena de estoico aislamiento que sin embargo El Cuervo exhibía con evidente orgullo como la pieza central de su guarida personal.

-*No entiendo lo que es.* -confesó finalmente.

-*¿Dices que no entiendes? ¿Es que todavía no has visto ninguna cara sin máscara? Apuesto a que sí.*

-*Es posible, pero sigo sin comprender el significado de tener esta imagen retenida en el tiempo.*

-*¡Claro, los pobres obreros no sabéis lo que es el arte! No te preocupes, chavalín, yo te explicaré lo que el sublime pintor Guido Caprotti quiso simbolizar aquí.* -pronunció levantándose del sillón que presidía su escritorio, y con el paso renqueante propio de un anciano, se dirigió hasta 3G0.- *Esta es la única forma de vida que los Inferiores debéis conocer: La oscuridad y el muro que os contenga y someta.*

Y agarrando del pescuezo del desprevenido invitado, pellizcando hábilmente goma negra y piel de la nuca, El Cuervo de plateado rostro hizo que 3G0 se arrodillara hasta que el dolor solo le permitió ver las desgastadas zapatillas de esparto de su vetusto opresor.
El lujo no podía ser mirado con lupa si se quería mantener el encanto del acaudalado encantador. Tampoco podía serlo la falsa humanidad del psicópata que distrae la Verdad con brillantes joyas y rimbombantes normas.

-*¿Qué te crees, chaval, que no sabemos que has estado en la mansión de ese traicionero minino?* -exclamó con enfurecida voz.

-*Sí, es cierto, de ahí vengo ahora mismo.* -gruñó 3G0 casi retorciéndose por el incisivo castigo.

-*Ya lo hemos visto en el lector de movimientos de tu chip, del mismo modo que vimos que también estuviste en su casa justo antes de ir a la Unidad de Reparación y desaparecer en medio de las llamas.*

-*No lo niego, así fue*.

El Cuervo pareció satisfecho por las inmediatas confesiones del detective, y decidió liberarle de la llave que le mantenía pegado contra la alfombra.

-*Lo cierto es que pensamos que habías muerto en El Gran Incendio, pues la galería de enfermos mentales fue el último lugar donde se registró tu entrada.* -pronunció con un tono nuevamente sosegado y regresando a su asiento- *Aunque no pudimos encontrar tus restos, supusimos que ese cargamento de sebo que llamas cuerpo había ardido como una vela, convirtiéndote en una masa irreconocibles de gotas de grasa derretida.*

Aunque 3G0 no sabía que el humo que hizo saltar las alarmas al marcharse provenía del incendio que él mismo había provocado, prefirió no preguntar.

-*¿Entonces qué? ¿Vas a decirme que es sólo una casualidad que primero visitaras a esos gatunos, que luego te dirigieras directo al lugar donde desapareció mi desastroso hijo y donde instantáneamente se produjo una revuelta de internos que tuvimos que sofocar con fuego, y que finalmente desaparecieras durante nueve días para regresar hoy de ningún lugar como si no hubiera pasado nada? ¿Es eso lo que quieres hacerme creer?*

-No pretendo mentir. Todo fue exactamente de esa manera.

-¡Pues cuéntamelo despacito y con detalles si no quieres que mis hombres me confeccionen unos calzoncillos con la piel de tu grasiento culo!

Y según las amenazantes palabras salieron de la boca de El Cuervo, un grupo de tres musculosos hombres uniformados como los soldados que mató La Gata en el bosque, salieron desde detrás una puerta secreta al fondo de la habitación, y pusieron sobre la mesa un trozo de cuero ensangrentado lleno de afilados instrumentos de tortura.

-El León me contrató para que descubriera el paradero de su hija y la rescatara,asique seguí sus huellas que salían de la cúpula en dirección al Sur.

-Tal y como sospechábamos, pues nosotros desciframos lo mismo de los diarios que incautamos de la celda acolchada de mi… de El Mochuelo.

-Estaban escritos con tinta invisible, ¿verdad? -dijo el detective sin poder refrenar su curiosidad.

-¿Cómo lo sabes? -respondió el jefe de el clan de Las Aves con sorpresa y desconfianza.

-Meras deducciones… -dijo tratando de arreglarlo- *Supongo que debieron tardar en poder leer las intenciones de El Mochuelo, ya que la Unidad de Detención me llevaba la delantera, y yo fui quien primero llegó al lugar.*

-¡Un momento! ¿De qué lugar hablas?

Aunque 3G0 sabía que aquel era el momento mas crucial de su fingida declaración, trató de mantenerse firme y sonar lo mas creíble posible.

-Del lugar del accidente donde su hijo perdió el control del coche y se estrelló contra un árbol,muriendo él y la hija de El León en el acto cuando este ardió.

-¿Dices qué mi Ferrari Testarossa, la joya de mi colección, ha sido destruido? -gritó el anciano fuera de sí.

-Y su hijo murió junto con…

-¡Maldito estúpido, sabía que ese engendro de niño me traería la ruina! - interrumpió con incrementada rabia el patriarca- *¡Primero la deshonra por ser un rarito inadaptado, y ahora esto!*

-Señor, no debemos olvidar el peligro que supone para la familia que un miembro de Las Aves haya causado la muerte de la única heredera de Los Felinos. -dijo uno de los fornidos agentes de la fuerza bruta.

-¡Esa es otra! ¡Ahora tendremos que ir a la guerra contra esos bigotudos, pues nos harán responsables de todo lo ocurrido!-dijo El Cuervo poniéndose de nuevo en pie, y caminó hasta las botellas de alcohol del pequeño bar portátil, para seguidamente descorchar una de ellas y propinarle un gran trago a morro- *¡Tú, mercenario, dime qué le has contado a El León en la reunión de esta mañana! ¿Sabe algo? ¿Podría estar preparando ya su venganza?*

-Les he dicho exactamente lo mismo que he contado aquí.

-¡La ruina! ¡Ese loco nos ha traído la ruina! ¡Incluso muerto ha logrado acabar con la familia!

-Señor, aun estamos a tiempo de poder solucionarlo. -volvió a intervenir el mismo agente de antes, el cual 3G0 pensó que debía ser un policía de alto rango- *Haremos desaparecer todas las pistas, y lo negaremos públicamente. Por mucho que Los Felinos insistan, nunca podrán demostrarlo, y si es necesario fabricaremos pruebas falsas para que el propio León se vea obligado a hacer que la Unidad de Sanción emita una acusación que nos exonere a nosotros.*

-¡Brillante! ¡Siempre he confiado en ti! ¡Por eso eres El Águila, mi heredero favorito! -exclamó El Cuervo con gran entusiasmo, provocando al escuchar semejantes loas que los otros dos hombres agacharan las cabezas con visible decepción.

Al parecer aquellos tres personajes eran El Águila, El Halcón y La Gaviota, los extrovertidos, sátiros, y crueles hijos de El Cuervo, y los mismos que por lo visto se disfrazaban con caras blancas de anónimos soldados cuando se dedicaban a ejercer la represión, para ocultar un sadismo impropio del aristocrático estatus que sus personalidades zoológicas debían aparentar.

-Bien, pues eso es lo que haremos. -determinó el anciano dirigiéndose hacia los sofás con ebrios tambaleos- *Debéis ir a recuperar los restos de lo que fue mi precioso Ferrari, y deshaceros de los cadáveres de esos dos.*

-Sí, señor, así lo haremos. -confirmó El Águila.

-Luego retiráis todo lo que nos implique de algún modo… -trató de ordenar mientras su beoda lengua se trababa, y su cuerpo quedaba tendido sobre los cojines del reconfortante diván- *Por cierto, mercenario… ¿Sabes qué fue de nuestros hombres? Nunca regresaron.*

-Probablemente fueron atacados por alguna de las muchas manadas de feroces lobos que abundan por aquellos parajes.

-Bueno, pues entonces buscad también sus cuerpos y quemarlos para que no nos puedan relacionar…

-Señor, puede considerarlo hecho. -pronunció El Águila mientras recogía el instrumental de amputaciones y caminaba con delicadeza hacia la puerta secreta del despacho acompañado por sus hermanos.

Pero justo antes de abandonar la estancia, uno de los otros dos hombres se dio cuenta de que 3G0 permanecía aun rígido en medio del salón, y abalanzándose sobre él, le retorció la muñeca izquierda contra la espalda, y le aprisionó la garganta con uno de sus poderosos brazos.

-Oye, ¿qué hacemos con este? -exclamó con una irritante voz de pito- *¿Le eliminamos también?*

-¿Cómo…? ¿Quién…? -se preguntó entre somnolientas cabezadas El Cuervo.

-Muy cierto, Gaviota, este inservible es de hecho el único testigo que puede implicar a la familia en el asunto. Debemos silenciarle el primero.

-Sí… Lo que sea… -sentenció el patriarca agitando la mano con desinterés.

Y mientras La Gaviota arrastraba a 3G0 hacia una de las esquinas del despacho, impedido de pronunciar palabra alguna debido al asfixiante arrastre, creyó este sentir que ese era su final, y colmándose su rostro de serenidad y coherencia bajo la anónima máscara blanca, sonrió.

-*¡Oye, este tío pesa mucho!* -exclamó con su perforante tono agudo La Gaviota.

-*¡Claro, es un gordo! ¡Si te parece que pese como una chavala de las tuyas! ¡No te digo!* -respondió quien por descarte debía ser El Halcón, revelando una perspicacia tan limitada como la de su insufrible hermano.

-*¡Oye, no es cosa mía! ¡Parece como si fuera cargado de piedras!*

He instantáneamente 3G0 recordó su última baza.

-*Te… Tengo… Una… Una cosa que…* -trató de pronunciar mientras La Gaviota seguía estranguládonle tirando de él en dirección a la puerta secreta sin darse cuenta de sus trabadas palabras.

-*¡Pero imbécil, no ves que está intentando hablar! ¡Podría ser importante!*- intervino El Águila obligando a su hermano a soltar al ya casi inconsciente investigador- *¡Venga, bola de sebo! ¿Qué quieres decirnos? ¡Y mas te vale que merezca la pena!*

-*Creo que tengo algo que podría comprar la paz y evitar mas muertes innecesarias.* -logró declarar.

-*¡Oye, tú quieres engañarnos! ¡Es sólo una sucia trampa!* -graznó La Gaviota.

-*¡Eso, eso! ¡Matémosle ya!* -añadió El Halcón frotándose las manos.

-*¿Qué es todo ese griterío?* -exclamó de pronto El Cuervo desde el otro lado de la sala despertando de su fugaz desmayo etílico.

-*Señor, el mercenario de Los Felinos dice disponer de una cosa que podría ser valiosa.* -respondió El Águila con sumisa corrección.

-*¡Pues que se acerque aquí, me la dé, y se largue!* -ordenó el patrón.

3G0 obedeció, y sacando un dorado lingote de su gabardina rosa, fue a depositarlo en las manos del anciano enmascarado.

-*¡Pero qué ven mis ojos!* -pronunció poniéndose en pie con la mente y el cuerpo repentinamente despejados- *¿Qué clase de broma es esta?*

-*¿Qué ocurre, señor?*

-*¡Este desgraciado acaba de darme una barra de oro!*

-*Oye, ¿ha dicho oro?* -preguntó chillando La Gaviota.

-*¡Claro que ha dicho oro!* -respondió El Halcón.

Y al trote corrieron los tres hermanos hasta el sofá para contemplar el brillo amarillo del metal precioso, pronunciando juntos mientras se abrazaban:

-*¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!*

El Cuervo dejó ver el ídolo a sus hijos, pero ya nunca lo volvió a soltar.

-*Chaval, puedes vivir. Acabas de comprar tu vida.* -dijo el patriarca muy animado mientras el dorado se reflejaba en el plateado de su cara- *Con esta cantidad de preciado oro ya no necesitamos eliminar pruebas ni inventar excusas para evitar ninguna guerra, pues pase lo que pase lo podemos pagar sin importarnos nada ni nadie.*

3G0 hesitó durante algunos instantes mientras todos le miraban expectantes.

-*Si esa pieza me ha librado de la muerte, ¿cuántas cosas podría comprar con otra igual?*

-*¿Tienes otra como esta?*

-*Si la tuviera y se la diera, ¿qué recibiría a cambio?*

-*Podría hacerte una persona muy poderosa.*

-*¿Y si le dijera que puedo entregarle un cargamento entero de oro?*

-¡Entonces toda esta experiencia me habría servido para perder a un inepto heredero, y para ganar a un generoso hijo!

-Señor, ¿le haría de la familia? -preguntó El Águila escandalizado.

-¿Hacerle de la familia, dices? ¡Por un cargamento de oro no sólo le adoptaría como a un extraño ascendido por méritos, si no que le daría incluso un nombre de Ave, como un patricio descendiente de pura sangre!

Los tres hermanos murmuraron incomodas quejas que no se atrevieron a materializar.

-¡Pero no os dais cuenta, mentecatos! ¡Si es cierto que este gordinflas tiene mas de estos lingotes, nos habrá convertido en el clan mas importante del Consejo Admin! ¡Seremos reyes entre los reyes! -afirmó El Cuervo.

-¡Oye, pues es verdad! -celebró La Gaviota- *¿Qué mas da que sea un hermano falso salido de la carroña, si lo que nos trae nos hace ricos?*

-¡Sí, sí! ¡Mejor un buitre que un mochuelo! -suscribió El Halcón.

-¡Ese será su nombre: El Buitre! -dictaminó entre risas el patriarca de Las Aves.

Y como si hubieran sido inspirados por una inexistente melodía, los cuatros aristócratas se pusieron a bailar al rededor del sofá, cogiendo de la mano a su nuevo miembro, y arrastrándole a la celebración.

-¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! -cantaban- *¡Poder! ¡Poder! ¡Poder! ¡El oro es el poder para dominar a otros!*

Los sirvientes al escuchar tal revuelo irrumpieron muy asustados en el despacho, e incluso algunos agentes de la Unidad de Detención llegaron a empuñar sus armas sin lograr comprender qué pasaba.

Luego todos los presentes bebieron, sin importar si eran Especiales, Normales o Sombras, olvidándose momentáneamente de los protocolos sociales al estar cegados por el oro, pues en sus mentes ya sólo había y siempre habría únicamente oro.

-Escondidos tras unos matorrales junto a la Puerta Este, encontrareis el resto de los lingotes. -explicó 3G0 a los agentes que ahora se encontraban bajo a sus ordenes.

Cuando el cargamento llegó al palacio, El Cuervo, que ya estaría por siempre borracho de poder, le abrazó largamente.

-Dime, Buitre, hijo mio, ¿de dónde sacaste esta fortuna que nos has regalado y con la que has hecho grande a esta familia?

-Cuando siguiéndole la pista a El Mochuelo llegué al coche accidentado, hallé entre sus piernas un libro: Era el mapa de un tesoro antiguo del que pensaba apoderarse y llevarse para él sólo.

-¡Ah, claro! ¡Por eso en sus diarios decía que quería ir al mar! -pronunció convencido el anciano- *¡Su intención siempre fue irse lo mas lejos posible con todo el oro para no tener que compartir nada con nosotros!*

3G0 asintió asqueado de su propia falsedad.

-¡Ese libro que dices que tenía el mapa, debió robármelo de mi propia colección, asique el oro siempre fue mio, y mio siempre será!

Los festejos duraron toda la tarde. Cuando el Sol empezaba a marcharse, y la resaca del alcohol a instalarse en sus atribuladas frentes, El Cuervo cogió a 3G0 por el brazo con complicidad, y apoyándose en su nuevo vástago, emprendió un lento paseo hasta el sótano de la mansión, donde una estación privada de Cajas de Transporte les esperaba para llevarles a recorrer los túneles subterráneos que conectaban las Regiones Interiores.

-¿A dónde vamos? -acertó a decir 3G0 con tono indeseadamente ingenuo.

-Te llevo, hijito, a la gran sala oculta del Consejo Admin, el lugar donde se encuentra el superordenador que fundó nuestro mundo. -respondió el decrépito patriarca- *Voy a mostrarte los secretos de nuestra casta, y a entregarte el código Admin como pago al impagable servicio que has hecho por Las Aves.*

Al llegar a su destino, la artificialmente iluminada bóveda de grueso y rugoso hormigón gris recordó a 3G0 a la tumba de los adoradores del Dinero en lo profundo de las montañas.

Lo primero que vio al apearse del vehículo, es que sus orugas de metal habían aplastado algunos ejemplares de los cientos de miles de libros que había tirados a su alrededor por todas partes. Levantando uno de ellos del polvoriento suelo, pudo leer su titulo: EL LIBRO BLANCO por B.F. Rememoró entonces las historias de la anciana manca, y lo que esta le contó acerca de que la Sociedad del Círculo se fundó en base a un libro blanco, así pues, y a juzgar por el enorme vertedero de páginas que era el perímetro de aquella secreta cámara, pudo deducir fácilmente que los Especiales, los Superiores, los psicópatas descendientes del Egoísmo, habían hecho lo mismo que los Iguales del Amor, del Bien, y de la Verdad Universal, es decir, enterrar aquello que era capaz de corromper sus intenciones y de recordarles que podían elegir ser de otra forma, para el Bien o para el Mal.

Usando a 3G0 como un bastón viviente, El Cuervo arrastró su senectud hacia el centro de la gran sala del Consejo Admin, y mientras avanzaban pasando entre las largas piscinas que como pétalos de una flor rodeaban el eje del diáfano silo, los ojos del futuro patricio descubrieron que hundidos en el fondo del liquido que llenaba las balsas, una multitud de relucientes esqueletos se encontraban apilados y olvidados.

Cuando finalmente alcanzaron el pequeño estrado central en donde un circulo de elegantes sillones habían sido dispuesto al rededor de una pantalla horizontal de parpadeante y resquebrajado cristal, el cual, a parecer, hacía las veces de tabla redonda para las reuniones donde se juntaban todas las familias a debatir el destino de las ciudades, El Cuervo tomó asiento en el que debía ser su lugar habitual.

-Ese era el superordenador que controlaba todo. -dijo el patrón de Las Aves señalando la mesa- *Hace mucho tiempo que dejó de funcionar por sí mismo, por eso ahora nosotros los Superiores controlamos todo manualmente. Aquí es donde hacemos los cálculos de qué se necesita producir, y de cuántos Inferiores se requieren para hacerlo.*

-¿Qué ocurre si se necesitan menos obreros de los que hay vivos? -preguntó 3G0 acercándose a la consola.

-Pues que convertimos a esos improductivos sobrantes en Sombras, y nos sirven como silenciados esclavos que ya no contabilizan dentro del sistema. Es sencillo, maravilloso y necesario, ¿no crees?

-¿Y cuando ya no sirven ni como Sombras, son arrojados a esas piscinas de ahí? -preguntó sin poder contener una mezcla de incertidumbre y profundo asco.

-¡Oh, no, Buitre, no! ¡Esos no son personas, si no los robots que dirigía el superordenador antes de averiarse! -exclamó El Cuervo riendo- *Se parecían tanto a nosotros, que para eliminarlos tuvimos que echarlos a estanques de ácido, e incluso así sus metálicas estructuras sobreviven hasta el día de hoy. De hecho, de vez en cuando encontramos todavía a alguno entero por ahí suelto.*

3G0 observó la gigantesca cueva en todas direcciones, de pie, en silencio, convertido en una pequeña gota en un mar de voluntariamente aceptado Mal. El Cuervo le indicó que acercara su brazo izquierdo al lector de chips de la mesa, y este le hizo caso sabiendo lo que aquello significaba: Ya estaba; ya había conseguido añadir el código Admin a su identificador; ya poseía su propia isla de poder Egoísta donde él era el único gobernador.
En la vieja pantalla horizontal del superordenador pudieron leerse unas grandes letras que él supo inmediatamente comprender: 3G0 ADMIN.

La misión había terminado, sin embargo, al contrario que cuando le fue encargada, ahora no tenía ganas de saltar ni de abrazar a nadie.

-No debes preocuparte, hijito, sólo piensa en lo poderoso que vas a ser. Ahora eres El Buitre, y todos te respetaran. -dijo el viejo aristócrata abandonando con dificultad su silla del Consejo, y volviendo a engancharse del brazo del recién adoptado para regresar a la Caja de Transporte- *Durante los próximos meses irás aprendiendo todo lo que hace falta para ser un Superior, esto es, la economía, las relaciones diplomáticas, y las tácticas propagandísticas para mantener a los Inferiores sometidos bajo los grilletes del analfabetismo funcional fruto de la mas profunda ignorancia.*

Sus oídos procesaban las mezquinas palabras de El Cuervo, pero sus ojos contemplaban con tristeza las calaveras que desde el fondo de las piscinas le devolvían una inerte mirada. Aquellos seres mecánicos que un día ayudaron a los humanos a hacer posible el Amor, ahora permanecían bajo el ácido, a la espera de ver lo que los humanos podían hacer sin ellos.

-*Hoy es el día mas feliz de mi vida.* -pronunció el patriarca de Las Aves acariciando uno de sus recién adquiridos lingotes de oro mientras volvían en La Caja de Transporte.

Aunque 3G0 pensó que qué clase de persona podía ser alguien que consideraba el día mas feliz de su vida aquél en que le habían comunicado que su hijo había muerto, decidió de nuevo callar, y terminar lo que había empezado.

-*Ahora ve al artesano de las caras.* -le ordenó El Cuervo cuando llegaron a los sótanos de palacio- *Yo ya me retiro a descansar, pero puedes pasar por mi colección de antigüedades, y buscar entre los cuadros y los libros de grabados alguna imagen de un buitre que te guste para que la dibujen sobre tu máscara.*

Y así, en mitad de la noche, El Buitre reclamó en sus nuevos y lujosos aposentos al pintor, el cual era un Normal de grandes talentos pictóricos, pero que como todo obrero controlado nunca había sido instruido por sus señores en las artes secretas la música, la matemática o la literatura, por lo que hizo falta que 3G0 le diera un papelito arrugado con lo que quería que representara su rostro.

-*Señor Buitre, ¿está seguro de que desea que le pinte únicamente estas rayas negras sobre el fondo blanco?*

-*Amigo humano, puedo asegurarte que por fin estoy completamente seguro.*

-*¿Y qué significan?*

-*Son palabras, nueve palabras, representan lo mas bello que puede salir de nuestras bocas, y son las que mejor pueden guiarnos.*

-*¡Vaya, qué suerte la nuestra!* -exclamó riendo el maestro facial- *¡Otro loco en la familia!*

_< / 1 2 >_
E L / T O D O / Y / L A / N A D A

Todavía no había amanecido el décimo día desde que todo empezara, y 3G0 se encontraba ejecutando su segunda fuga de la cúpula. La única diferencia era que esta vez lo hacía deliberadamente y sin intención de volver.
El motivo que en aquel momento le empujaba a dirigirse hacia la salida de la ciudad era justo el contrario que el que le llevó a abandonarla en la primera ocasión: Lo que antes era Egoísmo buscando un poder con el que imponerse a los otros, ahora era Amor luchando por concebir un mundo justo entre Iguales.

A esas horas la Puerta Este se hallaba sumida en el silencio de la simulada noche del interior de la bóveda de acero, y desde la garita del corrupto centinela pudo escucharse claramente el eco de los pesados pasos que retumbaban en unas calles que permanecían completamente vacías debido al restringido horario que sólo permitía transitar libremente a Admins y policías. Cuando la expandida anatomía de 3G0 llegó portando un gran saco hasta la ventanita de cristal del puesto de seguridad, y pasó el brazo izquierdo por el lector de chips, el centinela se puso firme de un salto, y le saludó solemnemente con una reverencia.

-*¿Qué haces? ¿Es que no me reconoces?* -dijo 3G0 apenas logrando contener la risa.

-*¿Socio? ¿Eres tú?* -preguntó el agente sin atreverse a mirar directamente a la decorada máscara y mientras golpeaba incrédulo el dispositivo de identificación de códigos.

-*¡Pues claro! ¿No dijiste hace unos días que no había tela que pudiera disimular quien soy?*

-*No, lo que dije es que nada podía disimular tu inabarcable culo, y eso créeme que lo he visto venir. Lo que no puedo entender es lo de tu cara y lo que pone en esta la pantalla… ¿Acaso eres un Admin?*

-*Soy El Buitre, de la familia de Las Aves.* -respondió ahora sí entre risas.

El centinela de la Puerta Este, sin saber qué hacer, volvió a inclinarse en señal de sumisión, pues si 3G0 era un nuevo miembro de Las Aves, de facto acababa de convertirse en superior suyo en el escalafón de la Unidad de Detención.

-Vamos, vamos. No te pongas tan serio, hombre. ¡Si acabamos de vernos hace unas pocas horas!

-Socio… Digo, señor... Jamás hubiera apostado a que llegaría a convertirse en un Especial, en alguien mejor que nosotros los obreros. ¡Y menos en tan poco tiempo!

-Yo no soy especial ni mejor que nadie; sólo soy un tipo que viene a pagar a su socio lo que le debe.

-¡De ninguna manera! ¡No puedo aceptar nada de un Admin, señor! ¡En todo caso soy yo quien le debe a usted!

-Escucha, quedamos en que te pagaría una bolsa entera de gotas borradoras por desactivarme el lector de chips para entrar, ¿recuerdas? Pues bien, no voy a dártelas.

-Me… Me parece justo, señor. -pronunció el centinela confuso.

-No voy a dártelas porque vivir tratando de olvidar la propia vida es elegir cegarse buscando no tener que ver las oportunidades de cambiarnos a nosotros mismos, dejándolas constantemente pasar, y perpetuando el bucle donde alimentamos lo que odiamos sin hacer nada para remediarlo.

-Sí, señor, tiene usted toda la razón, señor. -contestó el agente con un tono nada creíble.

-No importa que ahora no lo entiendas, quizá algún día tus pasos te lleven por la senda contraria a la que nos han hecho hasta ahora caminar. Mientras tanto, espero que esta gabardina te traiga tan buena fortuna como me ha traído a mi. -pronunció 3G0 quitándose la larga prenda de color rosa, y poniéndola sobre el mostrador de la cabina fronteriza.

-*Vaya… Es muy… Muy curiosa, señor*. -respondió el centinela probándose el abrigo y haciendo de nuevo gala de una mas que evidente falsa corrección- *Pesa bastante. Es como si llevara una barra de metal en cada bolsillo.*

-*Te deseo lo mejor, socio.* -se limitó a decir 3G0 mientras se dirigía hacia el portón despidiéndose con la mano.

Cuando el danzar de engranajes dejó paso al viento fresco del mundo exterior, el que durante una noche fuera El Buitre, poderoso rey fabricante de reyes, se había convertido en una simple gota de energía atrayente en un mundo repelente, y consciente de su difícil nueva misión, se adentró en la extensa llanura que el amanecer empezaba a colorear de verde, llevando sobre su rostro las nueve palabras que podían inclinar la balanza en favor del Amor.

Los perros ladraron de felicidad al verle aparecer bajo la sombra del árbol junto al riachuelo donde les había dejado con el trineo.
Se abrazaron; se besaron; regresaron a su hogar.

Al pasar bajo los gigantes blancos, molinos de viento, energía del aparato de engaño y opresión, se prometió a sí mismo volver algún día a combatirlos, y sin saber si ese día de liberadora lucha podría tener lugar, prosiguió su camino redentor.
La novia de la conductora recibió a piloto y a canes desde el edén de su huerta.

-*¡Hola, amigo! ¡Me alegro de que estés bien y de que hayas podido volver!* -dijo abrazándole tiernamente.

3G0 sabía que aquel seguramente sería el momento mas duro de toda su aventura, pues debía contarle a aquella encantadora mujer cómo murió la amazona que a él le salvó dos veces la vida, que siempre se mostró sincera y valiente, y que sin conocerle de nada confió en sus palabras y no le abandonó, pero lo que era mas importante, la persona con quien ella compartía su existencia en un entorno tan inhóspito, siendo su único apoyo y compañía. Y tras respirar profundamente, justo cuando creyó encontrar las palabras para trasmitir un dolor compartido, la novia de la conductora, quizá leyendo bajo los visores de su máscara, o quizá conectada a una energía que él no sabía aun comprender, volvió a abrazarle en silencio.

-Sé que ella descansa, y que si se fue contigo es porque supo ver la bondad en ti.

Entonces, tras llorar tanto que tuvo que quitarse la careta para no ahogarse con las lágrimas, dejando por fin que su primera amiga viera su verdadera cara, el hombre del saco mostró el contenido de su equipaje, que estaba compuesto por un conjunto de varios abrigos, almohadas y cacerolas, las cuales entregó a la hortelana como regalo póstumo de su novia.
Volvieron a llorar abrazados, pero en las cristalinas gotas derramadas había esperanza y alegre recuerdo; en los bolsillos de los abrigos, cuatro lingotes de oro esperaban para comprar mil vidas si fueran necesarias.

Él quiso dejar a los perros; ella le insistió en que se los llevara, pues hasta entonces sólo la conductora los entendía y los guiaba.
Así, finalmente, cuando la noche empezó a cernirse sobre la carretera montañosa del Sur, los patines del trineo, prácticamente consumidos por una fricción carente de nieve, encontraron el final de sus días completando una memorable llegada a la aldea de los Iguales.

-¿Cómo te ha ido, querido? -exclamó Sol saliendo desde el tumulto de montaraces que se habían reunido para saludarle.

-Ha sido un viaje difícil e inesperado, pero ya estoy donde tenía que estar. -respondió 3G0 abrazando a la muchacha de la larga melena, a la anciana manca, y a todos sus vecinos que ahora eran sus hermanos.

-¿Qué llevas en ese saco? -preguntó Escorpión, que aprovechando el revuelo, metió sus traviesas manitas en el equipaje guardado en la cesta del vehículo.

-¡Cuidado! ¡No toques eso! -gritó el recién llegado abalanzándose sobre el niño y alzándole en el aire para evitar que llegara al paquete lleno de explosivos que, de hecho, ya tenía entre sus manos.

-¡Todo el mundo al suelo! ¡Puede explotar! -advirtió Laurel mientras 3G0 sostenía al asustado niño en el aire con la carga detonante amenazando con caérsele contra el pavimento y provocar una masacre.

-Escucha, Escorpión, es muy importante que no sueltes esa caja ni hagas ningún movimiento brusco con ella, ¿de acuerdo? -empezó a explicar con gran calma 3G0- *Ahora te voy a bajar muy despacio, la vas a dejar en el suelo suavemente y te vas a alejar. ¿Has entendido?*

El pequeño asintió con gesto aterrado, y obedeciendo a las instrucciones recibidas, depositó la bomba, y corrió hasta los brazos de La Gata, para luego huir de la plaza junto con el resto de vecinos en dirección a la casa comunal. Únicamente Sol permaneció junto al trineo.

-¿Para qué llevas eso contigo? ¿Qué falta hace algo tan terrible y destructivo en este lugar de paz? -preguntó disgustada.

-Necesito estas cargas para volar por los aires el búnker del oro.

-Querido, puedo entender tus intenciones de acabar con el instrumento del Egoísmo destruyéndolo físicamente, eso sería lo fácil, pero no es así como funciona el Amor. ¿Recuerdas que la puerta del silo permanecía accesible porque nunca fue sellada por la Sociedad del Círculo? -habló con dulzura la muchacha mientras le cogía de la mano- *Déjalo abierto, no elimines la tentación, así cada día será una nueva superación que te permitirá crecer al tener la oportunidad de coger todos esos lingotes para aprovecharte de los otros, y no hacerlo. Aprende a negarte deseos que puedes cumplir, y aprenderás a negar a tu Ego. La fuerza de voluntad es lo que te permite amar; la renuncia al esfuerzo es el combustible del Mal.*

-De acuerdo, querida. He elegido el Bien, y por eso sé que cada día será una batalla para mantener la luz en mi interior, e iluminar a los demás. Si hubiera querido comportarme como un inmaduro encerrado en un cuerpo maduro, solamente tendría que haber seguido siendo El Buitre.

Y guardando el paquete de explosivos en el granero mas alejado de la aldea, el de la ahora deshabitada granja junto a la carretera, corrieron bajo las mantas a entregarse al temblor de las fricciones.

Una noche de mutuas pasiones exigía una mañana de vitamínicas compensaciones, y así, durante el desayuno en el comedor comunal, la pareja comió sin prisas, hablando con todo el mundo excepto con La Gata, que se encontraba indispuesta en la cama.

-Yo he sido Admin durante menos de un día, y sé que esta vida nueva me resultará dura. Pero ella lleva siendo una privilegiada desde que nació, por lo que no puedo ni imaginar el valor que habrá tenido que reunir para negarse su propio Egoísmo. -pronunció 3G0 cuando tras recoger los platos y los vasos de la cocina, se dirigieron a ver cómo se encontraba La Gata en la habitación que los aldeanos acababan de habilitar como su residencia- *¿Crees que podrá adaptarse a la entrega que supone el Amor Universal?*

-Estoy segura, querido, pues ya sabes que nadie es bueno o malo, si no que elige serlo. Únicamente está en sus manos decidir qué quiere hacer, tal y como debemos hacerlo también todos los demás.

Y llamando a la puerta del dormitorio, tan solo obtuvieron una tos como respuesta.

-Hola, querida, ¿necesitas algo? ¿Podemos ayudarte de alguna forma?

La menuda anatomía de La Gata oculta bajo las sábanas, dejaba sin embargo ver sobre su rostro parte de la restaurada careta de El Mochuelo.

-Es posible que esté deprimida por el recuerdo de su amado. -señaló Laurel durante la comida- *Debemos cuidarla pero dejarla que pase el duelo a su manera.*

La tarde transcurrió entre palos y barros del río, en un esfuerzo conjunto para desmontar una presa que un grupo de furiosos castores se empeñaba constantemente en reconstruir, con las consiguientes subidas del nivel del agua que suponían una amenaza para la integridad de algunos huertos de la ribera del mismo.
Mientras se duchaba en los vestuarios de empleados de un refinado despacho de abogados con spa, y disfrutaba de su nueva y definitiva desnudez, 3G0 y Sol volvieron a encontrarse las cosquillas.
Cenaron, se acostaron y repitieron un proceso que de mantenerse en el tiempo acabaría por transformar la panza del asno en cola de galgo.

Mientras los grillos cantaban, las salvajes y libres gentes del Amor soñaban. Hasta que de pronto, en mitad de la calma, una ensordecedora detonación sacudió las montañas.

-¡Oh, no! ¡Los explosivos habrán destrozado la granja! -exclamó 3G0 incorporándose de la cama y mirando por la ventana que daba al Este.

-Ese sonido no viene de las afueras de la aldea, querido. -respondió Sol vistiéndose con ropa de caza- *Eso ha ocurrido entre rocas subterráneas.*

Alertado el pueblo al completo, enviaron a toda prisa comandos de rastreo a los desfiladeros, y cuando llegaron a la entrada del viejo búnker de hormigón armado, lo encontraron rodeado de humo, polvo y escombros. Su cúpula había reventado, quedando abierta como la cascara rota de un huevo, y revelando que su interior no albergaba ya ni una sola barra de oro.

-¡He visto porteadores moviéndose por la otra cara de la ladera! -observó uno de los monteros.

-¡Corramos tras ellos! -sugirió 3G0.

-¡Corramos, pero dudo que los alcancemos! -advirtió otro curtido explorador.

Todos pusieron toda su energía y aliento en la persecución, pero cuando lograron localizar a los saqueadores ya era demasiado tarde: En la carretera del Sur, un largo convoy de Cajas de Transporte civiles se alejaba llevándose consigo los miles de dorados lingotes de un tesoro de vergüenza y Egoísmo.

-Acaba de empezar una nueva era en las Regiones Interiores. No quiero saber de quién, porque ya sé el cómo. -concluyó con gran pesar 3G0.

Al regresar a la aldea, abatidos por el alevoso robo, pero tranquilos porque ellos nada habían perdido, se hizo un recuento para saber si todo el mundo se encontraba bien.

-¡Falta Escorpión! ¡No está en su cuarto! -gritó Laurel.

-¡Quizá se asustara por la explosión, y corriera a esconderse en la cama con La Gata! -sugirió una fornida herrera.

-¡Yo iré a comprobarlo! -dijo inmediatamente Sol.

3G0 la siguió, y cuando llegaron a la recién estrenada habitación de La Gata, la encontraron en la misma posición que la vieron durante la mañana anterior.

-¿Está Escorpión contigo? No logramos encontrarle.

La Gata se limitó a negar con la cabeza.
La pareja entendió el engaño.

-¡Pero qué has hecho, Escorpión! ¡Qué has hecho! -pronunció Sol con enorme impotencia al retirar la máscara de El Mochuelo del rostro del niño que se hacía pasar por la convaleciente muchacha.

-Me pidió que fingiera ser ella para que nadie se preocupara, y que volvería en un momento, pero jamás regresó. -confesó el pequeño.

-Ni jamás lo hará. -sentenció el hombre mientras le abrazaba.

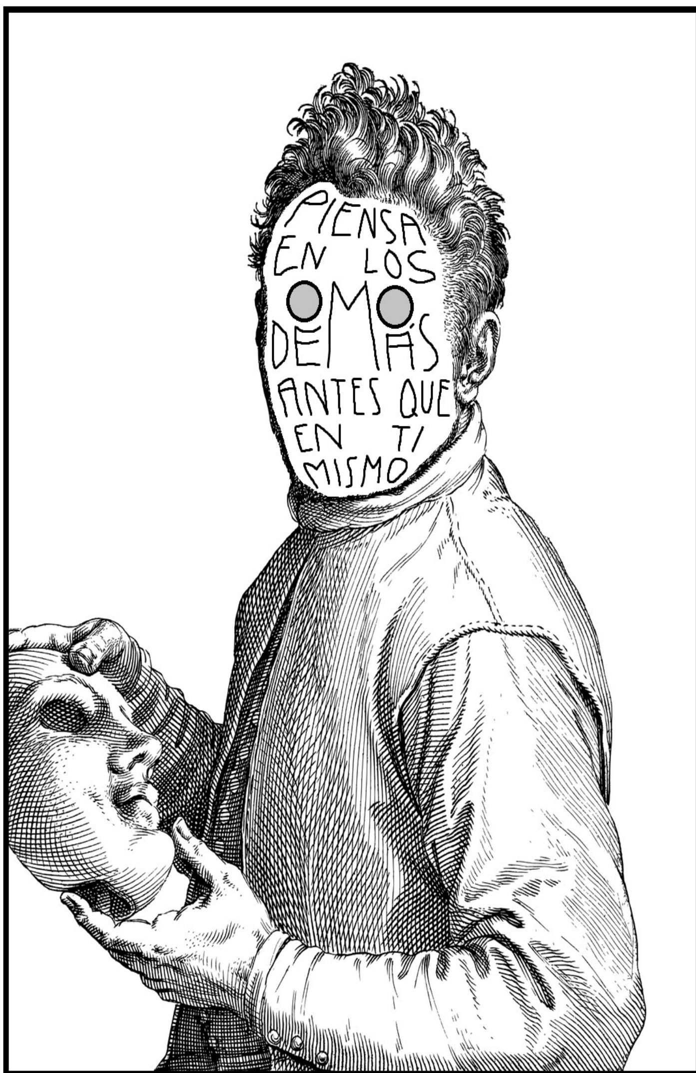
El Sol trajo el perdón y la decepción.
Era el duodécimo día desde que el 3G0 despertara de sus últimas gotas borradoras, y lo que habían borrado era una vida entera de maldad.
La fortuita elección de El Jaguar pensando en él para la misión le había permitido encontrar el camino de una vida mas difícil pero mas hermosa, y también como un libro que casualmente cae en tus manos, La Teoría de Las Gotas era lo único que La Gata había decidido abandonar tras de sí.

Tumbados en la hierba fresca esperando al nuevo renacer de la primavera, Sol y 3G0 exploraban las enseñanzas ocultas entre las hojas de "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico".

-A un lado está la Teoría de Las Gotas, en la página de al lado, tan cerca, rozándose, casi confundiéndose, una ilustración de Richard Corben donde se ve a un hombre desnudo, contento, y excitado, mientras un grupo de mujeres vestidas únicamente con capuchas se disponen a decapitarlo. ¿Por qué sonríe tan alegremente ante su propia perdición? -reflexionó el ya tranquilo viajero que había logrado transitar de la Ignorancia a la Verdad- *La hermosa vida negada como un imposible se toca con la vacua ficción que llamamos realidad. El grosor de una página las separa. Nueve palabras.*
El todo y la nada.

F I N / D E / L A / P R I M E R A / P A R T E

L A S G O T A S 2. 0


PIENSA
EN LOS
DEMÁS
ANTES QUE
EN TI
MISMO

*"Este será el último libro que escriba sobre aquél planeta llamado Tierra,
y sobre sus inteligencias biológicas conocidas como Humanas.
Yo ya encontré lo que buscaba.
Ojalá el lector también."*

H 3 N 7 0 P 4 N

SEGUNDA PARTE

< / 0 1 >
E L / D I A B L O

-¡Un diablo! ¡Podéis creerme si os digo que un diablo amarillo se acerca!

Las palabras del extraño hombre recién llegado a la aldea estremecieron a todos sus habitantes, guiados mas por la vehemente entonación del discurso, que por el entendimiento de unas palabras cuyo significado desconocían por completo.

-¿Qué es eso de un diablo? -se atrevió finalmente a preguntar un joven de aspecto atlético e indómita mirada.

-Es uno de esos vehículos que sobreviven en las colecciones de reliquias de épocas lejanas, tan cotizadas por la aristocracia Admin de las Regiones Interiores. Una antigüedad a la que llamaban Lamborghini Diablo. -explicó el sexagenario 3G0, que tras haber pasado mas de dos décadas viviendo en aquél pueblecito de las montañas, había aprendido a leer y a sumergirse en los misterios que los libros albergaban, hasta terminar convertido en el principal referente intelectual del lugar.

-¡Entonces ya sé de qué se trata! -añadió el bien parecido muchacho alzando la voz hacia la multitud congregada en la plaza- *¡Un diablo es una caja metálica con ruedas, como aquella de brillante color rojo en la que se estrelló frente a nuestra villa la vil Gata! ¡Sin duda un mal augurio!*

-Tienes mucha razón, Escorpión. Aunque aquél Ferrari Testarossa además de a La Gata, también me trajo a mí, al seguir su pista hasta el que se convertiría en mi verdadero hogar. Tan malo no debió ser, ¿cierto? -respondió 3G0 con un tono jocoso que acompañado de un guiño de ojo consiguió arrancar una cómplice carcajada a la multitud- *Pero me extraña si quiera que lo recuerdes, pues tú aun eras muy pequeño por entonces.*

-¡Nunca he podido olvidar a aquella traicionera muchacha que me utilizó para robarnos todo el oro! -sentenció con un exagerado gesto de rabia el que de niño se pusiera de nombre Escorpión, y el cual aun conservaba.

-Pues ahora con ese oro se ha convertido en una mujer muy poderosa y mucho mas malvada, que si nadie logra poder detener, pronto habrá conquistado todas las ciudades de las Regiones Interiores. -intervino de nuevo el forastero, que no queriendo dejar de ser el centro de atención del encuentro, se subió a los restos de un oxidado cajero automático bancario, reconvertido en macetero para plantas decorativas, y ahora en improvisado pulpito- *¡Estad seguros de que es serio esto que os cuento! ¿Pues qué creéis que hará luego cuando ya posea todas las cúpulas bajo su mando? Yo os lo diré: Venir a aquí a aniquilar a los salvajes del mundo exterior.*

Un preocupado rumor se extendió entre los montaraces.

-¿Y tú acertaste a adivinar todo eso sólo porque la viste paseándose con su arcaico carro por las cercanías de la Ciudad del Sur? -respondió Escorpión con tono desconfiado mientras se alzaba a su vez sobre la plancha que todavía conservaba el descolorido nombre de una de las desaparecidas entidades de adoradores del dinero que compraban y vendían Estados cuando estos aun existían, y que ya nadie recordaba ni quería recordar.

-¡Es cierto que yo pude contemplar con estos ojos míos como la sanguinaria dama conducía al rededor del perímetro de la última Región Interior, antes de la frontera de civilización que se diluye en estas montañas! ¡Pero sabed que no era el suelo de los campos sobre lo que los neumáticos de su diablo amarillo se deslizaban, si no un manto formado por los cadáveres de quienes salieron a negociar con ella, y por ella fueron masacrados.

Muchos de los ancianos, que aun recordaban los atroces crímenes que La Gata cometiera hace veinte años entre sus gentes, empezaron a entender la lejana tragedia que aquél extranjero de elegantes pero embarradas galas les estaba narrando, y sin poder evitarlo emitieron gritos de profunda conmoción. Los mas jóvenes se miraban confusos los unos a los otros, pues en aquél asentamiento de autosuficiencia y voluntario aislamiento no existían términos para definir unos horrores que les eran tan ajenos.

-Pero… ¿Cómo sabemos que no nos engañas? ¿Por qué deberíamos confiar en tus macabras advertencias? -preguntó Escorpión incidiendo en su recelo.

-¡Socio, diles que no miento! -exclamó el hombre mirando fijamente a 3G0.

La solicitud de inesperada familiaridad pilló a todos por sorpresa, y un expectante silencio envolvió al canoso hombrecillo que un día fuera el obrero y detective conocido por su gran corpulencia, pero que ahora, tras abandonar el sedentarismo de la cadena de producción industrial en la Unidad de Alimentación, y el consumo de químicos de las gotas reguladoras y de la comida artificial en polvo, para sustituir todas aquellas toxinas por una vida basada en el trabajo de la huerta, una dieta frugal, y la bucólica lectura bajo la sombra de los árboles, había quedado reducido a una triste figura de secas carnes y estiradas facciones. Por todo esto, pensó que esa persona chupada por la sabiduría y bronceada por el Sol, así como despojada de su obligatorio traje de goma negra y máscara sanitaria de impersonal blanco, no podría ser nunca relacionada con su panzudo pasado. Pero el forastero parecía haberlo hecho sin ningún problema, quizá debido a los talentos policiales que 3G0 bien sabía que poseía, pues él también había reconocido de inmediato, desde que hace apenas unos minutos le viera llegar caminando penosamente por la carretera en dirección al mar, al viejo aliado que le ayudara en algunos de aquellos turbios asuntos de un tiempo de ignorancia que decididamente prefería ignorar.

-*Vecinos, debo confesaros que conozco a este visitante de cuando yo aun era un esclavo de los Admin en la Ciudad del Sur, y puedo garantizaros la veracidad de sus palabras, pues por muchos años trabajamos juntos cuando él servía como centinela de la Puerta Este, y siempre me demostró ser una persona sincera en la que se podía confiar.* -pronunció 3G0 tras unos instantes, recordando como este le ayudó a escapar de la cúpula, pero con cierto temor de sus propias afirmaciones, pues al fin y al cabo era muy consciente de que sus negocios mutuos siempre estuvieron basados en que aquél individuo era un policía corrupto que faltaba a sus obligaciones a cambio de unas dosis de esas sustancias borradoras de memoria por las que había llegado a desarrollar una tremenda adicción.

Aunque por propia experiencia sabía que el tiempo, y muy probablemente los dos lingotes de oro con los que él mismo le obsequiara como pago por colaborar en su fuga, podían haber hecho del centinela una persona muy distinta, no podía evitar sospechar de las intenciones que le habían traído hasta allí. Se preguntaba si su visiblemente accidentada travesía por las inhóspitas calzadas respondería a una altruista intención de avisarles del peligro, o buscaba sacar algo de esos a los que tenía por simples bárbaros. Pero como él le había avalado, para el pueblo ya era amigo el extraño.

-*¡Considérate bienvenido, nuevo mozo, y háblanos de todas esas tragedias que están estremeciendo al mundo!* -pronunció una anónima voz emergiendo de entre la multitud.

-*Es fácil darse cuenta de que hace mucho tiempo que no recibís noticias del interior. Y no me extraña, pues sin un buen transporte no es nada fácil llegar hasta aquí.* -dijo el forastero abandonando su estrado con intención de dirigirse hacia el edificio principal- *Como seguro que adivinaréis por la suciedad de mi aspecto, también para mí ha sido un duro viaje, pero a cambio de un plato caliente de comida, una acogedora cama, y algo de ropa limpia, os contaré los espeluznantes episodios de una guerra que se está llevando a cabo entre las bóvedas, y que antes de lo que creéis podría llegar a asolar las entrañas mismas de vuestro propio pueblo.*

La comitiva ciudadana pareció encantada de marchar al unisono escoltando a su invitado hasta el comedor comunal, pero como aun faltaban algunas horas para que las cocinas tuvieran listo el rancho, y ya que el viajero manifestó encontrarse cansado, le fueron ofrecidos los aposentos del propio 3G0, dejándole que se echara una siesta antes de dar buena cuenta de la pitanza.
No tuvo el ya frágil anciano que avisar de que desalojara la estancia a la compañera con quien compartía la felicidad en un lecho de alegrías y penas, pues esta se encontraba en el río junto a otros aldeanos haciendo la colada. Aprovechando esta circunstancia, dio 3G0 el aviso de que no regresaría a su labor diaria asignada en el molino, y tomando los polvorientos ropajes del caminante junto a una pesada pastilla de jabón, se dirigió a la ribera de la gran arteria a través de la cual el corazón de las montañas bombeaba la fresca sangre que a todos ellos daba la vida.

-*¿Ese que dices que ha llegado hasta nuestro reino de Amor, era amigo tuyo mientras vivías en el Egoísmo?* -preguntó Sol que a pesar de permanecer arrodillada frente a las aguas, hacía siempre a 3G0 mirar hacia arriba deslumbrado por su incandescente coherencia.

-*Sí, pero sospecho que pueda traernos la desgracia.*

-*Cuando tú llegaste, ¿acaso no te recibimos como un Igual?*

Las palabras de aquella mujer, que era el ser humano que le hacía a él ser humano, hablaban como siempre con el infalible acierto de un discurrir valiente a través de la Verdad.
Mientras la observaba trabajando, con toda su piel perlada por el sudor de un esfuerzo realizado en pos del colectivo bienestar, pensó por primera vez en mucho tiempo que ella aun era joven, a punto de superar una treintena que estaba mas cerca de la veintena que de la cuarentena, y sin embargo, él había menguado, dejando de ser un fornido aventurero, para convertirse en un tembloroso espantapájaros que no se atrevía a reclinarse sobre el lavadero, por miedo al crujir de unos huesos y unas articulaciones que quizá ya no quisieran volver a ponerse en pie.

-Si Laurel estuviera aquí, ella podría mostrarnos con su sabiduría el mejor proceder para esta situación que se nos ha presentado. -retomó Sol, que moviendo sin descanso sus vigorosos brazos, extrajo de la cesta las prendas que 3G0 había traído.

El hombrecillo de encrespados cabellos y barbas grises, logró encontrar fuerzas para clavar sus extremidades en el granito mojado, y sumándose a los cánticos del trabajo, arrugó sus dedos junto a los demás.

-¡Mira, querida! ¿Recuerdas esta gabardina? -pronunció de pronto 3G0, cuando al pasar el jabón sobre una de las vestimentas, descubrió que bajo al barro había una tela de intenso color rosa.

-¿Es la misma que tú llevabas puesta cuando escapaste de la cúpula y encontraste nuestra aldea?

-Así parece, pues yo se la regalé al centinela la última vez que le vi. -respondió con una gran sonrisa el anciano, mientras se enjuagaba disimuladamente una pequeña lágrima de ilusionado recuerdo.

-Y dime, querido, ¿crees que la habrá traído como un gesto de homenaje a la antigua amistad que os unía, o tal vez podría tratarse de una maniobra para conmoverte y obtener mas fácilmente algo de ti?

De nuevo los lógica clarividente de Sol, le hacía abrir los ojos ante las traicioneras fantasías de una demoledora realidad.

-Querida, ¿recuerdas que antes dijiste que ojalá Laurel permaneciera entre nosotros? -preguntó 3G0 en voz baja mientras regresaban al comedor comunal con la colada limpia y perfumada- *Pues bien, ella ya cumplió aquí con su misión, y no era otra que la de dotarnos de las herramientas para que pudiéramos ver y aceptar la Verdad; el Amor; el Bien Universal. Y aunque yo hace tiempo que dejé de ser el orangután que una vez me llamaron, sigo siendo bastante asno, pero tú eres pura luz, y si no la tenemos ya a ella, es porque te tenemos a ti.*

El aun compacto y enérgico cuerpo de Sol abrazó con fuerza el enjuto saco de achaques en el que quien un día deseara dejar de ser un torpe obeso, se había finalmente convertido. Arropándose bajo la larga melena de la radiante mujer, tomaron asiento en la mesa como si fueran uno solo. Todos los habitantes de la villa acudieron con gran expectación a la prometida ponencia. El silencio reinó cuando el descansado y aseado visitante hizo su aparición en el gran salón.

-Creedme si os digo que antes de que la pesadilla se desatara, yo me había convertido en un hombre muy rico gracias a cierto pago con el que un buen amigo me obsequiara tras ayudarle en una arriesgada empresa. Mi existencia era maravillosa, y hubiera hecho lo que hiciera falta para que nada cambiara. -comenzó a narrar el elocuente invitado, que tomando asiento a la cabecera de la larga hilera de bancos, era escuchado con gran atención por unos comensales que como señal de respeto ni siquiera habían tocado sus platos- *En aquél entonces, hace ya cuatro lustros, de La Gata sólo se sabía que era la joven heredera de El León, jefe de la familia Admin de Los Felinos, quienes por orden del Consejo Admin controlaba junto a Las Aves la Ciudad del Sur. Nadie se enteró de que la muchachita había desaparecido, y se encontraba perdida por el hostil mundo exterior, hasta que tiempo después ella misma apareció en la Ciudad del Oeste de Los Cérvidos y Los Unicornios, diciendo poseer una fortuna que pensaba gastarse allí. Os puedo asegurar que del mismo modo que yo había empezado a ser respetado tras desertar de mi puesto de centinela en la Ciudad del Sur para asentarme como mercader de antigüedades en la Ciudad del Norte, La Gata fue aceptada en su voluntario exilio, sin provocar el escándalo entre los miembros del Consejo Admin que la falta del enorme cargamento de lingotes de oro del que era propietaria, habría ocasionado. Ni siquiera su padre se molestó en reclamarla, al comprender que su heredera no le necesitaba, pues ya era mas rica y poderosa que él.*

Aunque ya por fin las montaraces gentes sabían lo que había hecho La Gata con el dinero que robó del bunker de las montañas donde los antiguos habían creído enterrar para siempre la retributiva herramienta del Egoísmo, nadie se atrevió a romper la concentrada atmósfera del auditorio. Únicamente se escuchó a alguien escupiendo violentamente al suelo desde el fondo de la sala. Al girarse 3G0 para observar a quien no había podido contener su rabia, descubrió la figura de Escorpión limpiándose de la barbilla un hililllo de baba.

-Durante algún tiempo La Gata se comportó de forma bastante discreta. -prosiguió el viejo policía corrupto, que parecía estar disfrutando enormemente de su papel como reverenciado narrador- *Le compró su elegante mansión a uno de los patricios de sangre de la familia de Los Cérvidos, y mientras permanecía encerrada entre sus muros, adquiriendo y estudiando todos los libros de arquitectura e historia que podía encontrar, fue pagando secretamente a oscuros detectives y mercenarios para que socavaran la convivencia de la Región Interior, enfrentando cada vez mas sin que lo supieran a los dos clanes reinantes. Mas adelante se comentaría que su elección de aquella cúpula como base de operaciones para engendrar su imperio, podría haber resultado obvia, pues no en vano el escudo de armas de la ciudadela lo componían las cornamentas de los animales rampantes de ambas casas, chocando con gran odio en el aire. De este modo tan subrepticio, no le fue difícil lograr que se iniciara en las calles una verdadera matanza entre las facciones de ambos bandos, mientras ella observaba todo con gran comodidad y deleite desde detrás de los amplios ventanales de su acogedor palacio. Tras un baño de sangre que ni la intervención tardía del Consejo Admin pudo evitar, Los Unicornios habían desaparecido, y la Ciudad del Oeste quedaba oficialmente en las exclusivas manos de Los Cérvidos. O eso era lo que La Gata quería que los Admin creyeran, pues como todas las Regiones Interiores debían estar gobernadas por dos familias que se controlasen la una a la otra para evitar abusos de poder, ella, como Admin de sangre que había sido invitada a residir allí, se ofreció con apariencia desinteresada para mediar en la transición hasta que se decidiera qué nuevo clan se instalaría junto a El Corzo en el mando. Por supuesto, en cuanto le otorgaron poderes de regencia todo sucedió de forma diferente a lo previsto: Poco a poco fue sacando nuevos e interminables lingotes, y comprando una a una las influencias de Los Cérvidos, hasta que estos decidieron unánimemente declararla como única gobernadora de la ciudad.*

Al parecer La Gata se había convertido en Leona.

Cuando 3G0 se encontró con la mirada de Sol, y pudo ver la tristeza en aquellos ojos que compartieran con la muchacha largas jornadas de convalecencia junto a Laurel entre los huertos de la aldea, imaginó que desde su nuevo reino allá en el Oeste, la que ahora era una mujer de inhumanas atribuciones, pensaría que cualquier ser viviente que escuchara su historia sería invadido por la envidia y el deseo de poder estar en su privilegiada posición, sin saber que incluso las mas humildes criaturas de las siempre crudas montañas, lo que sentían por ella era mas bien lástima.

-Pudo elegir el Amor. Aquí se lo mostramos. Pero decidió vivir en la oscuridad, oscureciendo la vida de otros. -susurró Sol entre sollozos.

Los vetustos brazos de 3G0, marcados por las cicatrices de cuchilladas que revelaban lo que otrora fueran recios escudos de un Ego en supervivencia, estrecharon aun mas contra su pecho la empatía hecha carne.

-Se había hecho a sí misma. -volvió a entonar el centinela convertido en traficante, tras tomar un largo trago de zumo de uvas silvestres- *Al menos esto era lo que ella consideraba, pues por primera vez desde que las familias Admin fundadoras mandaran construir las cúpulas sobre las ciudades, una persona había aprendido y mandado ejecutar una serie de ingenios que no estaban previamente programados por el superordenador primigenio como residuos perpetuos del sistema anterior: Ella era su propio sistema, pues ella diseñaba y construía rascacielos mas altos que los mismísimos techos de su reino, el cual ya no se hallaba constreñido por hormigón o planchas metálicas, si no que se abría bajo un cielo cuyo peso estaba dispuesta a soportar sobre sus anchas espaldas. La Gata cambió su rostro para ser La Leona, y a partir de entonces se aseguraría de que todos recordaran su nombre para que este no pudiera nunca perderse en alguna lejana cuneta.*

Aquél último comentario desconcertó a 3G0. ¿Le habría quedado a la felina algún tipo de trauma tras el fatal accidente de tráfico que le costó la vida a El Mochuelo, temiendo terminar sus días junto a él, secuestrada por el olvido? La idea de que la actitud psicopática de La Leona podía ser una forma de compensar este miedo, fruto de daños cerebrales de carácter clínico, y no por una consciente elección personal, logró reconfortarle.

-Muchos comerciantes fuimos invitados a la reformada Ciudad del Oeste. La Leona nos mandó traer todas las revistas, fotografías, discos musicales y películas cinematográficas antiguas, de las que pudiéramos disponer: Había decido convertir su capital en una copia viviente de aquellas metrópolis de la época de los adoradores del dinero, anterior a la era del superordenador y los Admin. Toda la ciudadanía recibió la orden de fingir que el colapso de aquél sistema de consumismo total nunca sucedió, y así, como si se tratara de un gran teatro callejero, fueron demolidas las paredes de los grises comedores de los obreros en las plantas bajas de los edificios, y cubiertos con escaparates de cristal y coloridos carteles lumínicos para que pudieran ser observados desde el exterior. Dentro de estos locales se instalaron imágenes de extravagantes ropajes o multitud de platos exóticos como hamburguesas o cafés, alimentos de los que nadie había oído hablar nunca, y que aunque ahora podían ver, no eran capaces de imaginar qué sabor tendrían, pues al no disponer de una industria capaz de suministrarle los productos de los que pretendían hacer gala aquellas imitaciones de tiendas y cafeterías hace tanto tiempo extintas, todo quedaba reducido a un enorme decorado; un ejercicio netamente estético; pura forma sin contenido. Y podéis estar seguros de que en cuanto La Leona se dio cuenta de que sus súbditos de anónimas máscaras blancas no se habían dejado arrastrar por su megalómana fantasía, continuando todos ellos con las acostumbradas rutinas laborales sin verse en absoluto afectados por los neones y los lujos que sabían que eran sólo pura apariencia, enfureció tremendamente. Inmediatamente decretó a sus Unidades de Detención que aplicaran crueles castigos corporales a todo aquél obrero que fuera descubierto tratando de no participar en su juego de nostálgica irrealidad. Pero esto no bastaba. Sabía que su recreación escénica necesitaba utilería, y que para ello debía reclutar mas fuerza productiva que pudiera engrosar las fábricas de los nuevos artículos que serían extraídos directamente de los catálogos del pasado. Decidió pues conquistar todas las Regiones Interiores, y unificarlas bajo su poder. Nadie escaparía a la obligación de servirle en sus delirios.

3G0 empezaba a entender el porqué de la advertencia de que un diablo amarillo vagaba por los caminos portando la muerte: Los lingotes de oro recuperados por La Leona de la tumba donde descansaba la infamia, sin duda habían envenenado su voluntad, colapsado con dorado fulgor su pobre mente, y sustituido en toda su esencia lo que un día fuera ser humano, quedando sólo el sometimiento propio y el poder de someter.

Todos los presentes eran ya conscientes del drama que se iniciara allí mismo hace veinte años, y que ahora se acercaba a su horripilante culminación. Muchos pensaron que en su momento pudieron ellos mismos haberlo evitado, dejando a 3G0 sellar con explosivos el bunker del oro cuando este lo propuso, o incluso haber arrestado preventivamente a La Leona cuando aun era La Gata, pero lo cierto es que hasta ese mismo instante en que les estaban exponiendo de lo que era capaz el Egoísmo puesto al mando, no habrían sido capaces de imaginar que un capítulo tan vergonzoso para su propia raza podía acontecer.

-Del mismo modo que los primeros Admin alcanzaron un punto de degradación tal, que considerando que los ciudadanos humanos ya no les servían para nada teniendo máquinas que les sustituyeran como mano de obra esclava, decidieron parar de repartir los recursos con ellos y dejarlos morir, La Leona llegó a la conclusión de que las familias Admin no tenían sentido, existiendo ella como máxima soberana. El oro la respaldaba, y con ese argumento ningún Egoísmo podía discutir. Su razonamiento fue demoledoramente acertado, pues allá donde señalaba su dedo homicida, llegaba casi instantáneamente la rendición incondicional como bien pagados vasallos, o la muerte a manos de los que sí aceptaban ser comprados. Pronto la Ciudad del Norte, controlada por sus archienemigos históricos Los Peces, había sucumbido a la inmisericorde invasión. Se dice que colgó las cabezas decapitadas de todos los patricios de sangre del derrotado clan, sobre los grandes altavoces de su gran salón de baile, donde durante día y noche sonaban anacrónicas melodías de música electrónica, mientras un escuadrón de sombras ataviadas con ropajes fosforitos era obligado a danzar sin descanso. ¡No me negaréis que tenía cierta gracia!

Pero en el comedor comunal de la aldea nadie rió.

-Bueno… Lo siguiente que pasó es que, advertidos por la familia de Los Osos, que habían huido de la Ciudad del Norte a tiempo para salvarse e irse a hibernar a la Ciudad del Este, y mientras permanecían en esta acogidos por Los Cánidos y Los Paquidermos, pudo el Consejo Admin escuchar de primera mano los relatos de las atrocidades que La Leona había demostrado ser capaz de cometer en el Norte, y decidieron finalmente declararle la guerra. Dado que sus tropas se encontraban saqueando la ciudad recién tomada, y guardando la capital del Oeste, nadie pudo defender a su familia en el Sur.

Los Felinos, liderados por El León, padre de la despiadada tirana, tuvieron que pagar por los pecados de su sangre. No os describiré, amigos salvajes, los desmembramientos a los que fueron sometidos aquellos aristócratas, que atacados por todos los flancos, e incluso por los propios ciudadanos Normales a los que la otra familia Admin de la urbe, Las Aves de el temible Cuervo, autorizaron e instaron al ajusticiamiento urgente y brutal, no tuvieron oportunidad de defenderse, y sucumbieron bajo sus ornamentadas máscaras de finos panes de oro.

El invitado detuvo su narración, ejecutando una ensayada pausa dramática para potenciar la reacción de asombro y terror de su audiencia, pero ninguno de esos a los que llamaba amigos salvajes, pareció sorprenderse por el destino de quienes habían jugado al juego de la depredación.

-*Imagino que querréis saber...* -retomó el mercader con un carraspeo de decepción- *Mas bien, ya habréis adivinado, que La Leona buscó su venganza, y la encontró en la que un día fuera su casa: Asedió la Ciudad del Sur, ocupada aun por las tropas del Consejo Admin, y cuando Las Aves vieron el enorme contingente de mercenarios y aliados comprados que se les venía encima, temieron haberse equivocado de bando. El Cuervo, vetusto coleccionista de vidas que un día fueron, y vidas que por él dejaron de ser, creyó poseer los talentos para enredar a La Leona con conmovedores cuentos, y autoproclamándose portador de la memoria de su querido hijo El Mochuelo, solicitó verse con la que fuera la persona que el ya difunto vástago supuestamente mas amó. Así, una comitiva de nobles Admin dejó atrás los muros de la cúpula, y en los prados del desolado mundo exterior se reunieron con la marcial soberana. No sería posible afirmar cuanto tardó La Leona en dejar de escuchar las mentiras de El Cuervo, pues ella bien sabía que el patriarca había siempre repudiado al hijo con quien ella huyó una vez, soñando una vida mejor mas allá del mar, pero lo cierto es que igual que sus ilusiones de juventud se habían esfumado para siempre, también lo hicieron los latidos de unos corazones que fueron arrancados de cuajo y lanzados a un imponente caldero, donde hirvieron junto con las cabezas de todos los que trataron en vano de negociar una paz imposible. La Ciudad del Sur se había quedado sin familias Admin que la gobernaran, pues al conocer la ejecución de su líder junto a su insigne séquito, las tropas del Consejo Admin y las de las Unidades de Detención armadas, se vieron obligadas a salir a los campos para entablar una batalla donde fueron fácilmente aplastadas.*

Aquello parecía ser el fin de la guerra, pero no fue así, pues La Leona, en represalia por lo que los habitantes de la huérfana bóveda metálica habían hecho al dejar que su familia fuera masacrada, decidió endurecer el cerco a la Región Interior, cortando todas las redes de Cajas de Transporte que la suministraban, y dedicándose a recorrer una y otra vez con su coche deportivo el funesto perímetro de la misma, pareciendo disfrutar con indisimulado sadismo del hecho de que cada vuelta completada a su circuito representa la muerte por enfermedad e inanición de mas de aquellos infortunados seres que se encuentran, aun hoy, atrapados en su interior.

El viejo centinela de la Puerta Este pareció satisfecho con su exposición, y lanzando un gran resoplido que relajó de golpe la tensión de su musculatura, quedó plácidamente desparramado sobre su asiento. Trató luego de beber de su vaso, pero el dulce mosto se le había acabado. Escorpión se le acercó despacio con una jarra. Mientras le servía un nuevo trago, 3G0 pudo observar que algo en la mirada del joven había cambiado. Por un momento temió que hubiera hecho alguna locura, adulterando la bebida recién servida al visitante, pero este, tras consumirla con visible satisfacción, lejos de verse negativamente afectado, pareció recobrar el aliento, y volvió a alzar la voz.

-Amigos de rostro descubierto que vivís en la barbarie, ahora que habéis escuchado todos los horrores a los que en estos mismos instantes se enfrentan sin ningún apoyo las buenas gentes de las cúpulas, yo os pregunto: ¿Permaneceréis ocultos en vuestras montañas hasta que el exterminio se complete, y seáis vosotros los siguientes? ¿O acaso enviaréis vuestra ayuda para que nadie mas tenga que morir a manos de La Leona?

El instante tan temido por 3G0, en el que la mascarada del visitante finalmente se rompiera, acababa de suceder. Una indistinguible maraña de conversaciones sustituyó el hasta entonces respetuoso silencio por todos observado. No habría una respuesta oficial inmediata, pues aquella aldea no tenía caciques que tomaran decisiones por el resto, asique deberían ser la paciencia y el debate los que durante las siguientes horas fueran asentando las decisiones personales de cada uno de aquellos seres que practicaban la mas consecuente forma de libertad. Algunos salieron a caminar por los bosques, esperando que la fresca brisa de la tarde les inspirara una vital decisión. Muchos llegaron al monte sobre el que se alzaba la piedra grabada con las Nueve Palabras, y reuniéndose entorno a esta,meditaron en silencio.

Los tobillos de 3G0 se encontraban hinchados y sumidos en un incómodo hormigueo, cuando por fin regresó a su alcoba tras completar en el molino el turno que había dejado pendiente. Sol estaba en la cama leyendo un enmohecido tratado de aeronáutica. Cuando vio llegar a su renqueante compañero, le manifestó su fascinación por aquellos artilugios voladores que en otro tiempo convirtieron a los humanos en pájaros, y creyó encontrar en estos una de las pocas perdidas reseñables que la superación de la era de los adores del dinero había supuesto. 3G0 no estaba para discutir sobre unos aviones en los que en realidad nunca tuvo la necesidad de pararse a pensar. Era evidente que todos en la aldea estaban pensando en la solicitud emitida por el mercader para que ofrecieran un incondicional y solidario apoyo capaz de salvar las vidas de los desconocidos urbanitas que tras una vida entera considerándoles una mera tribu de incivilizados, ahora les necesitaban, pero Sol sabía que a 3G0 le preocupaba algo mas turbio, pues ella misma se preguntaba qué implicaciones acabaría teniendo la visita del forastero para el futuro del pueblo.

-Querido, ¿crees que tu viejo amigo realmente está aquí con el sincero propósito de conseguir enviar auxilio a los suyos, o es mas bien alguien que se vio obligado a huir para salvarse, y ahora pretende que otros le ayuden a recuperar las riquezas que dejó atrás?

-Como bien sabes, querida, en el Egoísmo las dos cosas son igual de malas.

A la hora de la cena se volvió a reconstituir la congregación vecinal.
En torno a los alimentos de la tierra se escucharon diferentes voces, y aunque muchos puntos de vista fueron dados, todos coincidieron en que, como herederos y guardianes de la Sociedad del Círculo fundamentada sobre las Nueva Palabras, debían asistir a sus Iguales, ya fueran los que conocían por la cercanía cotidiana, o los que siempre les habían despreciado.Se formaría una compañía, y se iría al rescate de sus hermanos. Entonces, cuando ya parecía clara la resolución, 3G0 se puso en pie y habló.

-Todas vuestros motivos han sido, como no podía ser de otro modo, bienintencionados. Pero tras tanto tiempo aislados, sin tener que confrontar vuestro Amor con un mundo de Egoísmo, habéis olvidado que lo uno es *contrario de lo otro, y que no pueden convivir si no es a través de la lucha, pero en cuanto hay lucha, ya ha vencido el Egoísmo. Por eso yo no lucharé.*

Todos callaron, y permanecieron sumidos en la reflexión de los escuchado. El visitante comenzó a ponerse nervioso, al ver que el éxito que ya intuía tan cercano, podía escapársele en el último instante.

-De acuerdo, de acuerdo. Ha llegado el momento de que os confiese lo que vengo buscando. -pronunció sin poder ocultar cierto temblor en su voz- *Si bien vuestra colaboración puede ser fundamental para aquellos desdichados que están bajo asedio, lo único que realmente lograría salvarles es una figura de liderazgo que les devuelva la esperanza y la fuerza para vencer a su monstruoso enemigo de afiladas garras; lo que necesitan es alguien que devore el miedo y la muerte; todos claman desesperados por el regreso del último Admin de la casa de Las Aves que aun permanece con vida: Necesitan a El Buitre. ¿Les dará El Buitre la espalda?*

3G0 ya había olvidado que aquél fue una vez su nombre.
Sol no.
La máscara pintada de privilegiada diferenciación, permanecía oculta en una cajita de madera que él quiso tirar, pero que ella aun conservaba.
En las peores pesadillas de la mujer, este momento siempre terminaba por llegar. Y todo se derrumbaba.

Sin embargo 3G0 volvió a decir “no”.

El antiguo centinela de la Puerta Este tendría que liderar él mismo la defensa de la ciudad de la que un día desertó.
Un grupo de montaraces le acompañaría para emprender la tan magna tarea.

Esa noche estuvo colmada de despedidas y rememoranzas. Casi nadie durmió.
En la plaza central, apenas veinticuatro horas después de haber hecho su entrada, se despedía ya el forastero, y con él su compaña.
3G0 trató de persuadirles por última vez, pero los que se iban aseguraron que nunca harían nada contrario a las Nueve Palabras.

-No vamos a reforzarles para que hagan la guerra, si no a guiarles para que hagan la paz.

Pero 3G0 sabía que la única forma de que aquella tan deseada paz fuera posible, sería consiguiendo que La Leona aceptara vivir en el Amor.

-Debéis centrar vuestros esfuerzos en tratar de hablar con ella. -les iba diciendo el anciano mientras todo el pueblo descendía el terraplén en dirección a la carretera que conectaba la Ciudad del Sur con el mar- *Si lográis hacer que os escuche, formuladle estas dos preguntas: ¿Estarías dispuesta a escoger ser torturada cada día, cada semana, cada mes y cada año por el resto de tu vida, para que no lo fuera otro? Si la respuesta es no, ya sabremos que no conoce el Amor; si la respuesta es sí, preguntaréis: ¿Estarías también dispuesta a que te maltrataran con gran suplicio durante toda la eternidad en un bucle interminable de dolor, para evitar que otro lo fuera? Si la respuesta es no, ya sabremos que no conoce el Amor, si es sí, entonces tendremos alguna posibilidad de lograr la paz que lleváis como embajada.*

Con esta triste pero innegable certeza, se despidieron.

El que llevó galones de policía, de comerciante, y ahora de capitán, se sumergió en el agrietado asfalto en dirección a la brecha del cerco por la que había escapado, encabezando la tropa de fraternidad universal. Los que quedaron lo hicieron derramando muchas lágrimas durante su regreso a la casa comunal. Cabizbajos, pasaron toda la jornada en silencio, pensando en los que decidieron marchar portando la bandera del Amor, incluso a sabiendas del tormento sufrido por todos aquellos que les precedieron.

En cuanto la cena fue servida, y los aldeanos tomaron asiento en las largas mesas, 3G0, que había conseguido mantener la entereza durante todo el día, comenzó repentinamente a llorar. Sol, conmovida por el compartido disgusto que por fin brotaba, le tomó de la mano con gran cariño.

-Querido, yo también estoy apenada. Es bueno que no te reprimas, y te liberes expresando con palabras todo eso que ahora sientes. -dijo ella.

-¡Efa patata eftaba arfdienzo! -respondió él, escupiendo en su plato un trozo aun humeante de tubérculo a medio masticar.

3G0 había cambiado, pero seguía sin ser un poeta.

< / 0 2 >
L A S / M Á S C A R A S

Aquella aldea fue fundada entre las ocultas montañas, con el claro propósito de preservar el legado de la desaparecida Sociedad del Círculo. Hasta la llegada del mercader, nadie nunca se molestó en saber de ella, ni para atacarla, ni para ayudarla. Pero con la marcha de la expedición pacífica que con desinteresada entrega buscaba liberar a los ciudadanos sitiados de la Ciudad del Sur, todo había cambiado. El hecho de haberse visto obligados a asistir a los que, en base a las Nueve Palabras, tenían por sus Iguales, comenzó un proceso imparable donde el Amor de los rescatistas se mezclaba con el Egoísmo de los rescatados, siendo de ellos siempre mas fuerte el que existía en base a la destrucción, y por tanto, el que sin excepción acabaría destruyendo a todos y a todo hasta destruirse finalmente a sí mismo. Y así estaba sucediendo.

Las noticias que traían los miembros del cuerpo de exploradores, creado recientemente para tratar por primera vez en su historia de infiltrarse en los reinos del Mal, eran igual de malas que lo que cabía esperar de un mundo donde la depredación era aceptada como parte indivisible e indiscutible de la naturaleza esencial de todos sus elementos: Tras penetrar exitosamente en la cúpula, guiados por las sendas secretas que el que un día fuera centinela de la Puerta Este tan bien conocía, el destacamento de montaraces emisarios del Bien había tratado de establecer una mesa de diálogo con La Leona, propuesta que resultó rechazada con absoluta desconsideración. Inmunes al desaliento, hicieron lo que pudieron para comunicar la esperanza de la Verdad Universal entre los agotados habitantes de la Región Interior, a pesar de que estos no recibieron con agrado a los salvajes de rostros destapados, y al cabo de unos días habían sido ya obligados a cubrirse con máscaras como las que usaban los oprimidos a los que trataban de liberar. Las víctimas se habían convertido en carceleros. De este modo, en poco tiempo los ilusionados Iguales de la aldea del Amor acabaron siendo reducidos a otro puñado mas de luces apagadas entre las sombras. Pronto sólo les quedaría recibir a la muerte, junto al resto de Egoístas que preferían verse destruidos por el Egoísmo de La Leona, antes que elegir cambiar su Yo por un Vosotros.
Parecía que la operación diplomática estaba irremediablemente avocada al fracaso.

-*Querido, si sigues retorciéndote así, vas a terminar por asfixiarte con las sábanas* -advirtió Sol desde su lado de la cama en mitad de la noche.

El cada vez mas escuálido 3G0 estaba siendo devorado por los remordimientos.

-*¡Debí impedírselo! ¡Mi obligación era haber evitado que se fueran!* -pronunció incorporándose del lecho cubierto de gélido sudor.

-*Eso no es justo, querido. Y además, tampoco es cierto.* -contestó la mujer alzándose también, y recogiendo en un moño su larga melena, apoyó tiernamente su rostro sobre el hombro de su compañero- *Tú no tenías ninguna autoridad sobre esas personas. Fue su decisión, no la tuya.*

-*¡Pero yo provoqué su desgracia al llegar a este pueblo que antes sólo conocía la pureza! ¡Si nunca hubiera venido, o al menos no me hubiera quedado, el viejo centinela de la Puerta Este que vio como me marchaba al mundo exterior, jamás habría imaginado que aquí existía una burbuja de gente libre de la que poder aprovecharse para lanzar a las fauces de los discípulos del Mal!*

-*Lo que te trajo hasta aquí fue el seguir en su huida a La Leona, y también a causa de los terribles actos cometidos por La Leona, siguió el centinela veinte años después tus huellas. ¿No te parece que si alguien tiene la culpa es mas bien ella?*

-*En el juego del Egoísmo no hay inocentes ni culpables, si no participantes. Yo antes participaba activamente, y ahora participo por inacción.*

-*¡Entonces haz algo!* -exclamó Sol abandonando su tono cálido, para morder traviesamente el arrugado brazo de 3G0.

Ambos rieron y se hicieron cosquillas, pero ambos sabían que el tema era muy serio, y que la decisión que inevitablemente estaba por venir implicaría un enorme sacrificio, ya no por el hecho de entregarse al prójimo, que era su razón de ser, si no por el riesgo de que en pos de este objetivo se provocara la imposición de unas acciones que serían igual de Egoístas y malvadas que el Egoísmo y el Mal que se pretendía erradicar.

3G0 pasó los siguientes días leyendo todos los libros de héroes mitológicos y nobles caballeros andantes que pudo encontrar. En el carcomido sillón de cuero de lo que durante el apogeo de los adoradores del dinero fuera un lujoso despacho de especulación bursátil, el vetusto proyecto de sabio se dedicó a acariciar sus níveas barbas durante día y noche, sumido por completo en las páginas que debían mostrarle la respuesta a su dilema. En aquél edificio prácticamente enterrado, absurda torre que en vez de reclamar su grandeza ganándole espacio al cielo, había sucumbido al barro del que en el fondo estaba hecho, perdió también 3G0 la batalla contra el tiempo, y tal vez una porción mas grande de la que podía permitirse de intelecto. Finalmente, regresó tambaleándose de su reflexivo destierro, y por mucho que tanto Sol como el resto de montaraces intentaron discernir la causa de su demacrado aspecto, nunca supieron si se debió a una fulminante desnutrición alimenticia o del entendimiento.
El caso es que 3G0 había decidido volver a ser El Buitre, pues sólo haciendo uso de sus poderes de Admin, lograría imponer su ya irrevocable voluntad de que nunca mas hubiera ni poderes, ni Admin, ni impuestas voluntades.

Se enfundó el traje de goma y la máscara; volvía a cubrirse con los hábitos del Mal, pero esta vez no con la intención de defenderse de aquellos que también vestían el Mal, si no para combatirlo en todas sus formas.
Aunque temía la repercusión de sus acciones, estaba tranquilo, pues en su rostro viajarían sin abandonarle las Nueve Palabras que en el día de su adopción en el seno de los privilegios patricios, se hiciera grabar como símbolo que le había de representar.

Sol lloraba. De pena y de alegría. De orgullo y de aprensión.
Ninguna de las muchas manos que se agitaban despidiendo el trineo que hace dos décadas trajera al ya anciano 3G0, tirado ahora por varias generaciones de descendientes de aquellos primeros perros que supieron tan bien encontrar el camino hasta aquella aldea, hubiera sido capaz de acertar a asegurar si el hombre que en ese momento marchaba, lo hacía para remediar mas males de los que podía causar.

Deslizándose sobre una estela de fuego producida por la fricción de unos patines incapaces de encontrar nieve en todo el camino, se dibujó frente a la cúpula una silueta sobrecogedora: El Buitre retornaba del panteón de los opresores, y como un libertador fue aclamado por los oprimidos.

Los primeros vigías de la Ciudad del Sur que le vieron romper el horizonte, dieron instrucciones a sus paisanos montaraces para que salieran a recibirle y guiarle a través de la oculta brecha del cerco. Si fuera capturado, toda la ilusión que poco a poco iba inundando la Región Interior al correrse la voz de su llegada, pasaría a convertirse en un quizá definitivo desaliento.
Era ahora o nunca.

3G0, que llevaba varias jornadas convenciéndose a sí mismo de que debía transformarse por completo en El Buitre para poder lograr aquella misión, alzó la cabeza, sacó pecho, y con gesto de gran dignidad penetró en la ciudadela sobre su carro de peludas bestias. Sabía que la visión de una estampa tan monumental haría que los Normales le escucharan; que sus antiguos capataces de la fábrica le respetaran; e incluso que la vieja guardia de la Unidad de Detención le aceptara.
La situación no hubiera requerido de un despliegue de artificios demasiado elaborado, pues todas aquellas gentes estaban deseando volver a tener alguien que les ordenara lo que debían hacer. Cualquier cosa con tal de delegar su responsabilidad de tener que desarrollar un pensamiento propio.

Los restos de lo que antaño fuera la influyente Unidad de Devoción, se esmeraron en agitar a la muchedumbre para que alzaran en hombros a su nuevo señor, y para que lo pasearan por las calles como si de un inerte ídolo manufacturado se tratara. Su endeble osamenta ya no era 3G0 ni El Buitre, si no el símbolo que representaba la salvación de un colectivo de individualidades que aferrados a su incoherencia esperaban una mágica solución. Aunque semejante escena de aclamación popular era mas propia del final de un cuento épico, aquello no había hecho mas que empezar.

Transportado por los aires sobre la masa de histéricos súbditos, fueron finalmente a detenerse frente al elegante palacio de Los Felinos, para entonces calcinado ya hasta los cimientos. En las ruinas de la gran escalinata de acceso, único elemento que había sobrevivido a la devastación, le fueron narrados con gran alborozo y sin escatimar detalles, todos los terribles actos de depravación que, guiados por el siempre injustificable odio, habían sido llevados a cabo por el pueblo contra la casa y sus habitantes. Los mismos que perpetraron aquella masacre buscando eliminar el Mal representado por los ajusticiados, lo restituían ahora con el mayor de los entusiasmos depositándolo ciegamente en su persona. No pudo evitar emitir un suspiro.

Ensayando el tono de mayor autoridad que sería capaz de impostar para exigir que le alejaran inmediatamente de allí, recordó por un instante a El Jaguar, el Admin que le recomendó para la misión que terminó por convertirle en El Buitre, y le permitió encontrar el Amor. Aquél patricio que de forma inconsciente había querido olvidar todo ese tiempo, fue la primera persona que confió en él, comprometiendo su propia vida al asegurar que 3G0 cumpliría el encargo y regresaría con su prima La Gata. Pero él nunca lo hizo, y esa decisión provocó el surgimiento de La Leona, y muy posiblemente que El Jaguar llevara muerto mas de veinte años. Aunque sintió una gran vergüenza de sí mismo, pensó que de ser así, al menos no habría tenido que ver ni sufrir las atrocidades a las que fueron sometidos los de su clan.

El olor a carne chamuscada todavía inundaba el aire del interior de la bóveda, y aunque los que la moraban, tal vez por el efecto intensivo de los filtros de sus máscaras, o quizá por una dieta basada en los químicos industriales de la comida en polvo, parecían haber perdido una sensibilidad en sus olfatos y estómagos, que a 3G0 le estaba pasando factura. Tratando de buscar la inmunidad poniendo el mayor número de paredes de por medio, fue a ocultarse de los efluvios mortuorios en el lugar mas inesperado para un aristócrata: La Unidad de Reparación.
Tal y como había podido comprobar durante sus últimos instantes como obrero de bajo rendimiento, tras cuarenta años de una existencia de normalizadas privaciones, aquél edificio donde se encerraba a los que eran clasificados como locos, resultaba poseer las mejores habitaciones que, a excepción de las desvalijadas mansiones, sabía que existían en aquella ciudad. Se hizo instalar en una de las estancias de acolchadas paredes y techos. Su séquito tomó el resto de la planta.
Pronto se dio cuenta de que aquellos que le acompañaban y trataban de asesorarle sobre cualquier materia, habían sido designados en el puesto por ellos mismos, y a excepción de los aldeanos, a los cuales no volvió a ver, pues se encontraban en los sótanos de los edificios asistiendo a los mas necesitados, no conocía allí a nadie en quien pudiera confiar.

-*¿Dónde está el mercader, el viejo centinela de la Puerta Este?* -preguntó.

-*Se fue de la ciudad a reclutar mas aliados.* -le respondieron sus cortesanos.

Después de haber pasado un tercio de su vida en compañía de la fraternal entrega, volvía de nuevo a estar solo.
Pero tras superar la primera noche aislado en la protectora atmósfera del mullido aposento, tuvo la tranquilidad necesaria para recordar que en los libros de caballerías, los gloriosos paladines siempre tenían que afrontar sus peligros en soledad, pues las reparadoras bondades de una existencia compartida formaban siempre parte de la recompensa.

Igual que él no contaba allí con nadie que le ayudara, se dio cuenta de que allí todos contaban con él para que les salvara. Era el único que tenía un nombre en su chip; el único que lucía una cara en su máscara; el único con el poder de regalar nombres y caras.

Su decreto fue inmediato: A partir de aquél momento, todos los residentes de la Ciudad del Sur serían libres para olvidar los números del código personal de los chips implantados en sus brazos mediante los cuales hasta entonces se identificaban, y para elegir sus propios nombres, basados en los objetos, animales o ideas que mas les gustaran. Del mismo modo, se desprenderían de las máscaras, pues él era la prueba viviente de que en el mundo exterior no existían virus mortales que las hicieran necesarias, y sin ellas todos podrían conocerse y tener personalidad. Por último, él conservaría su nombre, su máscara, y el mandato popular de convertirse en su amo, siempre y cuando todos aceptaran que la única ley que regiría la convivencia sería la de hacer todo en base las Nueve Palabras grabadas en su rostro. Todos lo celebraron.

Sin embargo, no tardó en imponerse el eficaz adoctrinamiento que les había convertido en defectuosos seres humanos: Al verse despojados de la protección de un anonimato que les libraba del compromiso de firmar con su identidad cada acto, sintieron que la carga era demasiado grande, y que en realidad nunca la habían deseado. Pronto volvieron a disfrazarse con el sintético blanco, a consumir las inhibidoras gotas, y a llamarse por los dígitos de sus viejos códigos de esclavos. Ni siquiera pareció agradarles el fin de la prohibición de pensar o conversar, pues debido a la falta de práctica, no sabían ni querían empezar. El primer error de la administración social de 3G0 había sido el obligar a cumplir una ley no interiorizada ni elegida por sus ciudadanos. Los dos extremos de la pirámide de poder fallaron.
De nuevo fracasaba la imposición. De nuevo triunfaba el miedo a la libertad.

< / 0 3 >
L A / T R A M P A

Dar ejemplo no había servido de nada.
En el exterior de la cúpula La Leona seguía encrudeciendo el asedio, y la exigencia de responder a través de la lucha armada se iba instalando con progresiva fuerza entre las filas de los antiguos miembros de la Unidad de Detención en el interior. Todo era odio y ganas de sangre ajena.

Aunque 3G0 sabía perfectamente que si no hacía concesiones a esa furia precariamente contenida, pronto todo se le iría de las manos, tenía claro que en cualquier caso nunca establecería una estrategia basada en el uso de técnicas mortales, implementando de ese modo un remedio que sería peor que la enfermedad. Al pensar en esos artilugios de pólvora, percutores, y balas, todavía se dibujaban nítidamente en su memoria los resplandores del cegador fogonazo de los disparos, y el silbido paralizador del metal candente sobrevolando su cabeza y la de su amiga la conductora, mientras ambos corrían sobre las aguas congeladas del lago que hace años atravesara durante su huida. No permitiría que otros pudieran llegar a sufrir el destino que ellos, por apenas unos centímetros, tuvieron la fortuna de esquivar.

La marabunta de asesores que pululaban constantemente a su alrededor por los pasillos del frenopático, le recordaron que tras le ejecución de la familia de Las Aves mientras negociaban con La Leona fuera de los muros, los habitantes de la villa habían considerado que era mas útil desvalijar su palacio y repartir sus posesiones, que dejar todas aquellas riquezas abandonadas al polvo y a la inutilidad, siendo que durante esas incursiones en las habitaciones secretas de El Cuervo, se descubrieron una gran colección de cuchillos, hachas y espadas antiguas, las cuales se encontraban custodiadas por los hombres fuertes de su séquito, y que podrían ser usadas para imponer una acción bélica de gran contundencia. Al pensar en esta posibilidad, otro recuerdo golpeó la cada vez mas apabullada mente de 3G0, recordando los horripilantes descuartizamientos cometidos por La Leona, haciendo uso de la afilada hoja de una navaja de acero. Tampoco podría soportar cargar con el peso de unas heridas o incluso muertes, provocadas mediante ese brutal método. Atrasando lo mas que pudo las peticiones de una respuesta, volvió a recurrir a los libros, encerrándose en el palacio de Las Aves, y encontrando intacta la biblioteca de El Cuervo, que era lo único que a los saqueadores no les había interesado expoliar.

Tras varios días entregado a la incesante lectura, y cuando ya creía que no hallaría una alternativa que pudiera conjugar el calmar a sus coléricos súbditos, con el evitar un desenlace violento, halló bajo una pila de desintegrados manuscritos lo que parecía ser un manual de algo llamado armas sónicas. Recopiló todas sus páginas, y sumergiéndose en sus enseñanzas, comprendió que había encontrado la solución tan ansiada. Ascendiendo a los otrora lujosos salones, en donde permanecían esperándole con indisimulada impaciencia los miembros de su corte, brincó, danzó, y agitó todos los cuerpos que le salieron al paso, mientras gritaba una única palabra: Ultrasonidos. Si únicamente se hubieran basado en el aspecto enloquecido del hombre que bajo la máscara pintada les exhortaba con desbordada vehemencia a iniciar aquél proyecto cuya concepción era mas propia de una infantil fantasía, ninguno de los presentes le habría otorgado algún crédito, y mucho menos hubiera colaborado con él para la consecución de tan colosal empresa. Sin embargo, la jerarquía era la única libertad que esas gentes conocían, y obedecieron cuando 3G0 les indicó que trasladarían a aquél mismo edificio su base de operaciones, convirtiendo el palacio en una fábrica armamentística de primer nivel.

Para volver a pertrechar adecuadamente las instalaciones, muchas de las cosas robadas durante el pillaje popular fueron confiscadas por los inflexibles miembros de la vieja Unidad de Detención, y regresaron a sus de nuevo custodiadas estancias. Mientras la opulencia aristocrática y la suciedad industrial por primera vez se encontraban, 3G0, que recordaba su visita a los túneles subterráneos que se extendían desde la casa hasta la gran sala del superordenador donde se reunía el Consejo Admin, trató de hallar su entrada, pero fue un esfuerzo vano, ya que los sótanos se encontraban sellados por lo que parecían recias puertas de seguridad, seguramente activadas por Las Aves cuando la Región Interior fue sitiada, y cuyos códigos de desbloqueo se habían llevado junto con sus cuerpos a la tumba. En realidad poco importaba, porque ya tenían todo lo que necesitaban: En las habitaciones que un día albergaron refinados sofás y cómodas camas, se habían construido entre grasa y humo tóxico los cañones que enseguida fueron asomados por las puertas de la cúpula, y los cuales disparando únicamente un silente ruido, provocaron que sus enemigos cayeran abatidos entre mareos, vómitos y confusos gemidos. Mientras huían del perímetro mas inmediato, las tropas de La Leona apodaron al arma de radiación microondas como “El Canto del Buitre”.

La tan inesperada pero necesaria victoria en esta invisible batalla, provocó el estallido de una gran algarabía de celebración por toda la ciudad.
Pero la alegría duró poco, pues cuando los adversarios heridos y dispersados se fueron recuperando de los daños temporales que sus organismos habían sufrido al ser agitados por los rayos de alta frecuencia, regresaron a sus puestos como si nada hubiera pasado.
Decepcionadas, las inexpresivas máscaras blancas recordaron a su líder que no valía de nada turbar al oponente, si no se le eliminaba físicamente con carácter definitivo.
Aquella noche 3G0 también vomitó sobre la tierra de una latitud que parecía condenada al cíclico e imparable homicidio.

Cuando los focos del techo de la bóveda iluminaron las calles creando la artificial mañana, el ojeroso anciano trató de hallar un emisario de confianza, que escabulléndose de la villa en dirección a la aldea de las montañas, avisara a Sol de que viniera hasta él para ayudarle a evitar la inminente matanza.
Tenía 3G0 la esperanza de que durante el lapso de tiempo que tardaría en llegar a la bóveda su compañera sabia, la situación en la Ciudad del Sur se mantuviera y no estallara. Pero sus pretensiones no fueron respetadas: Las facciones mas duras de su séquito, sin poder reprimir mas su saña, obligaron al hombre que habían obligado a ser su monarca, a que les permitieran portar la muerte en señal de venganza, y hacerla llegar sin demora, hesitación, ni lástima, hasta aquellos que también eligieron la muerte como su única táctica.

Finalmente 3G0 tuvo que aceptar el uso de armamento letal, y como todo en aquella campaña, exigió que su atribulada cabeza se adaptara a las circunstancias, revisando y rediseñando un nuevo plan, pues aunque no había podido imponer su anhelo de una resolución pacífica, tampoco iba a rendirse ante el vendaval de sangrienta exaltación que pretendía arrastrarlos a todos. Reuniendo a sus mas cercanos acólitos en la sala de la chimenea, en el mismo lugar donde tiempo atrás le entregara a El Cuervo los lingotes de oro que le concedieron la ínsula de poder Admin a través de la cual ahora reinaba, se dispuso a exponer el modelo apresuradamente improvisado que debía establecer una nueva sociedad.

-*¡Háblanos, oh Buitre, tú que tienes todas las respuestas!* -exclamó alguien.

3G0 sintió la tentación de responder a la voz surgida de entre la masa, y que en el fondo era la masa misma, que él, si bien no tenía ni mucho menos todas las respuestas, pues no era un personaje de un libro de perfecta ficción inventada, sí tenía una respuesta: La única que importaba.
Y ya se la había dado, pues la llevaba grabada en su cara.

-*Escuchad con atención.* -comenzó a decir, resignado a mostrarles un proyecto alternativo a aquél que sabía que era el correcto, pero que ya estaba claro que aquellas gentes no querían aceptar- *A partir de este momento comenzaremos a hacer uso de la fuerza para defendernos, pero para ello se establecerá una distribución de clases sociales muy diferente a la acostumbrada: Todos los ciudadanos harán mañana entrega de sus máscaras en la Unidad de Desinfección, y tras ser lavadas, serán de nuevo distribuidas entre la población, pero esta vez las de color negro, que antaño representaban a las Sombras, silenciosa mano de obra esclava, corresponderán ahora a aquellos individuos que se dedicaran a producir en libertad; las de color blanco, que eran la del grueso del pueblo, también llamados Normales, serán ahora usadas por los que defenderán con las armas a los productores.*

-*¿Estás diciendo, oh sabio entre los sabios, que los Normales y las Sombras se fusionarán en un solo estamento obrero de negros semblantes, y nosotros, los aguerridos miembros de la vieja Unidad de Detención, pasaremos a ostentar en exclusiva el blanco?* -preguntó una de las figuras que siempre se encontraba rondando por las inmediaciones del líder.

-*Así es, pero los de negro no serán llamados obreros, si no Iguales, y trataremos, en la medida de lo posible, de educarles en el Valor del Bien de las Nueve Palabras. Por el contrario, vosotros que conocéis la violencia, podréis ofreceros voluntarios para formar parte de los blancos, que serán conocidos como los Elegidos, y operarán fuera de esta amorosa ley.*

-*¡Somos los elegidos para protegerte, oh señor! ¡Grande será nuestra dicha ocupando tan privilegiados cargos!* -exclamó de nuevo alguien de entre los congregados en el despacho revestido con pieles de los ausentes árboles.

-*No os equivoquéis, los Elegidos se llamarán así por su sacrificio, pues tras usar el Mal para combatir el Mal, morirán en pago de la muerte dada.*

-¿Hemos oído bien? ¿Decís que si acaso los blancos triunfaran sobre nuestros enemigos, tendrían luego que quitarse la vida?

-Exactamente de ese modo sería. -respondió con severidad 3G0, lo cual provocó un gran sobresalto entre sus cortesanos- *Es por eso que sus máscaras serán blancas, para que se vea sobre ellas las salpicaduras de la sangre que harán derramar, contaminándose del mas atroz modo, por defender a los demás. Después de esto, como comprenderéis, no podrán vivir entre los Iguales, pues acabarían manchándoles con la huella de sus terribles actos, y pronto la violencia volvería a practicarse entre los propios Iguales con total normalidad. Esta, y sólo esta, es la manera de que empuñemos la espada del Egoísmo, para combatir a los Egoístas. Los que jueguen a su juego, tendrán con ellos que marchar.*

Tras escuchar las disposiciones de El Buitre, reinó durante largos instantes entre su séquito la mas horrorizada conmoción. Muchos de los que habían destacado por solicitar con mayor furor un permiso que pusiera en sus manos la potestad de conceder vida o de entregar muerte, ahora parecían haber enmudecido, y dejaron para otros la gloria de tener que pagar el mas alto precio por ostentar momentáneamente el poder de una defensa que ignorando el dialogo se regocijara en el sufrimiento ajeno.

No fueron pocos, aunque casi todos de entre los que hasta entonces habían vivido como obreros menos cualificados, los que decidieron asumir el peso de poner sobre sus rostros el resignificado blanco, y tras varias incursiones nocturnas basadas con literalidad en las mas legendarias hazañas de los libros antiguos, y apoyados por el uso de aceites hirviendo que causaban gran calamidad, fueron poco a poco hostigando a las tropas de La Leona, que ya amansadas por el aburrimiento, no esperaban una respuesta de tan aniquiladoras proporciones, y no supieron reaccionar.
Inspirados por este arranque de feroz destreza castrense, los ejércitos de Los Cánidos, Los Paquidermos y Los Osos, que se encontraban acantonados y a la espera del desarrollo de la guerra en la Ciudad del Este, decidieron finalmente unirse a la lucha, y avanzando hacia el Sur, pronto habían acorralado a La Leona, que viéndose rodeada por ambos flancos, decidió levantar el asedio y retirarse a posiciones seguras en su capital del Oeste, y su colonia del Norte. La primera batalla de los Elegidos había sido un éxito, aunque haciendo honor a su juramento, ninguno regresara.

Al ver la villa liberada, 3G0 fue consistente de que con todo aquello estaban cometiendo una terrible trampa: Habían tratado de maquillar el Mal buscando salvar el Bien, pero no había disfraz posible con el que engañar a las Nueve Palabras.

</0 4>
L O S / C O N G R E S O S / G R I S E S

-El comercio con la Ciudad del Este se ha reanudado satisfactoriamente, logrando restablecerse el flujo de Cajas de Transporte que el Consejo Admin nos había asegurado. Nuestras reservas de recursos se encuentran ya a su capacidad habitual, y las fábricas operan produciendo a niveles históricos. El Gran Almacén está abastecido y listo para volver a abrirse al público. Su gestión, oh Buitre, legítimo entre los legítimos, ha sido todo un éxito.

3G0 escuchaba sin prestar demasiada atención a las palabras de su Ministro de Comercio. A pesar de que Sol, Escorpión y muchos de los montaraces mas veteranos de la aldea se encontraban ya junto a él arropándole en el trono, algo mas importante que todos esos asuntos económicos, los cuales consideraba competencia de ordenadores y no de mentes humanas, le tenía realmente preocupado: Por la tarde debería enfrentarse a los temibles Congresos Grises, auténticas asambleas representativas del sistema que había creado, donde los mas destacados miembros de los Iguales de máscaras negras, y los Elegidos de rostros blancos, se reunían para debatir una política conjunta que diera aliento un día mas a aquél mundo de plomo.

Para llevar a cabo tales encuentros, y ya que en las Regiones Interiores nunca hasta entonces se había llegado si quiera a concebir la idea de establecer un parlamento, y por tanto tampoco existía un espacio adecuado para el mismo, fue decretada la demolición de la parte interna de varias plantas del edificio que en su día albergara la extinta Unidad de Detención, ahora abandonado, y se creó así entre sus muros de estandarizada construcción un enorme espacio que sería usado como teatro donde representar unas lides políticas que, tratando de hallar un mal menor, recordaban a las remotas eras de los adoradores del dinero.

-Debes estar tranquilo, querido, tu salud se está resintiendo mucho, y cada vez que tratas de conciliar el Egoísmo elegido por estas gentes que te dicen su rey, con el Amor que sabes que debes implementar, te debilitas aun mas. Simplemente cumple con lo que sabes que es lo correcto. -pidió Sol a 3G0 mientras viajaban en un bicitaxi privado hacía los Congresos Grises.

Escorpión les acompañaba en silencio, limitándose a fumar el tabaco de los cigarros conservados como tesoros, que acababa de encontrar en palacio.

-¡Reclamamos nuestro derecho a salir en busca de quienes trataron de destruirnos, darles caza, y pagándoles con la misma moneda, destruirles sin ninguna contemplación!

El encendido discurso de uno de los congresistas que una vez trabajara codo con codo con El Águila, El Halcón y La Gaviota, los sádicos hijos de El Cuervo, que capitaneaban en nombre de su padre la Unidad de Detención, estaba avivando por momentos el fuego iracundo de un sector de blancos semblantes que, como él, cuando fueron necesarios para plantarle cara a La Leona durante el sitio de su hogar, habían decidido apartarse y dejar a otros que fueran a matar y a morir, pero que ahora en la paz, sedientos de sangre por no haber luchado, y sabedores de que podrían volver a ver como otros eran enviados a la contienda mientras ellos permanecían cómodamente instalados en la protección de sus asientos parlamentarios, no tenían reparo en exigir una ofensiva que diera sentido a sus homicidas vidas.

-¡Estimados senadores! -comenzó a pronunciar 3G0 con una voz debilitada, pero tratando de hacer uso de una ensayada retorica que había aprendido de los libros- *¡Cuando aceptamos el uso de la violencia, fue únicamente para defendernos; para mitigar el Mal, y no para crear mas Mal! ¡Sería un error volver a recurrir a la máquina generadora de dolor, sólo por la vacua búsqueda del morbo y la sensación de poder!*

-¡No os equivoquéis, oh Buitre, vetusto entre los vetustos! -respondió otro de los Elegidos, con un tono guasón que empezaba a rozar la insolencia- *¡Lo que pedimos es justo, pues como medida preventiva, evitará futuros males si La Leona decidiera volver a atacarnos!*

-¿Pero es que todavía no habéis entendido el significado de esa palabra? -exclamó 3G0 sin poder contener su indignación- *¡No podéis hablar de justicia si para acabar con el Mal, provocáis mas Mal! ¡Llamadlo por su nombre: Conveniencia, Egoísmo, Inhumanidad! ¿Es eso lo que queréis elegir; lo que queréis ser; lo que queréis perpetuar? ¡De acuerdo, ahora sois libre de escogerlo, pero no contéis conmigo para ello!*

A pesar de los argumentos lógicos expuestos una vez mas por 3G0, la sentimental propuesta fue votada, y la ofensiva quedó aplastantemente ratificada por la cámara.

-¡Partirán los Elegidos hacia el Oeste y hacia el Norte, ocultando bajo harapos sus blancos uniformes, y aprovechando el desprevenido tráfico de mercancías entre las puertas de ambas ciudades, se abrirán paso secretamente a través de sus calles, dando repentina muerte a todos sus traicioneros habitantes! -fabuló uno de los dirigentes de rostro blanco, mientras sus seguidores celebraban la fantasía con grandes vítores.

-¡Pero un momento! -interrumpió una voz de entre sus propias filas- *¿Cómo entrarán nuestros héroes por las puertas de La Leona sin ser detectados?*

Aunque por un segundo todos aquellos políticos que nunca habían visitado el mundo exterior, olvidaron las limitaciones impuestas por los chips identificadores que llevaban insertados en sus brazos, de pronto se dieron cuenta de que aquella nueva vida de elecciones que 3G0 les había otorgado, todavía no tenía un reconocimiento mas allá de sus propias fronteras.

Como sabían que una mezquina infiltración era su única opción de presentar batalla, pues en campo abierto en tierras enemigas, y sin disponer de los ingenios instrumentales cantados por el estudioso Buitre, eran mas débiles que su despiadada oponente, comprendieron enseguida que el plan era mas un suicidio que otra cosa, pero habiendo llegado tan lejos en sus planteamientos pensaron que ya no podían echarse atrás. Decidieron hacerlo de todas formas, pues costara lo que costara, ellos no lo iban a pagar.

-¡Deteneos! ¡No permitiré que cometáis tal insensatez! -exclamó con gran autoridad 3G0 cuando los Congresos Grises se disponían a tomar un alto para almorzar, y los parlamentarios se encontraban enfrascados en delirantes elucubraciones sobre el destino de lo que se iba a perpetrar- *¡Existe una alternativa a ese dislate que habéis propuesto, incluso sabiendo perfectamente que está abocado al fracaso!*

-¿Qué nueva ocurrencia ha discurrido tu brillante mente,oh Buitre, estratega entre los estrategeadores! -preguntó otro de los analfabetos funcionales.

-Es sencillo: Yo, como Admin vuestro, viajaré hasta el superordenador para conceder el código Admin a todos los ciudadanos, de forma que ya todos podréis circular sin ser controlados por los lectores de ninguna cúpula.

El alborozo de verse inesperadamente convertidos en nobles patricios, les duró poco a los congresistas, pues en cuanto comprendieron que si todos los habitantes de la Región Interior eran convertidos también en Admin, aquél privilegio dejaba de ser especial, se sintieron profundamente ofendidos por tener que perder la distinguida categoría que durante varios segundos habían creído que ostentaban.

En el transcurso del receso establecido para sorber por sus pajitas la papilla de comida deshidratada en polvo, 3G0 escuchó por primera vez como sus súbditos proferían abiertas criticas hacia su persona.
A muchos les disgustaba tener que ver la piel desnuda de Sol, quien, a pesar de las insistentes recomendaciones de los cortesanos para que se tapara con una máscara, incluso llegando a proponerle nombres de hermosas aves como La Golondrina o El Flamenco, para que pudiera así celebrar su bautismo oficial de acuerdo a los depuestos pero aun practicados ritos oficiales de la zoológica devoción, se había negado a hacerlo, y 3G0, en su papel de El Buitre, la había legitimado en tal decisión. Esto provocó que el dirigente y su esfera mas cercana de aldeanos empezaran desde hace tiempo a ser mirados con recelo, pero por temor a la ira del caudillo que se habían impuesto a sí mismos, todos callaban.
Sin embargo 3G0 sabía que cada vez mas, y debido las amorosas reformas como la que, en su empeño por tratar de igualar realmente a todos los Iguales, acababa de proponer, su autoridad se había ido socavando, hasta alcanzar aquél punto en el cual por un instante sintió que existían grandes posibilidades de que si seguía negándose a ceder ante la fiera insistencia de los exaltados, quizá no llegara a abandonar los Congresos Grises con vida.
Con la esperanza de que alguno de los representantes de los de las máscaras negras alzara su voz para apoyarle, regresó con Sol hasta sus asientos en las gradas semicirculares del recién estrenado hemiciclo.

-Después de intercambiar puntos de vista entre nosotros, los muy obedientes congresistas de la facción blanca hemos acordado emitir una propuesta para nuestro magnánimo líder. -comenzó a decir uno de los Elegidos desde su escaño- *Debido a que su alteza real El Buitre ha hablado doctamente al proponer la instauración del código Admin para poder llevar a cabo nuestra lucha, creemos que este debe ser el método a emplear, con la salvedad de que tal concesión sólo les sea hecha a aquellos que vayan a tener que sufrir el oficio de las armas, es decir, a nosotros, los blancos.*

3G0 miró a Sol y a Escorpión: Los ojos de la mujer delataban que había comprendido perfectamente la jugada que estaban intentando hacer los Elegidos; por su parte, el atlético joven con nombre de arácnido continuaba fumando, pareciendo estar mas interesado en mostrar a todos los congregados como sus labios desnudos sorbían y expulsaban el humo, que de los hechos que se estaban desarrollando.

-*¡Oh Buitre, tu que nos escuchas y no nos respondes! ¡Sabemos que son duras y precisan de largo tiempo tus reflexiones, pero no disponemos del margen necesario para esperar a tus ocurrencias, esas que siempre saben como desfigurar nuestras pretensiones!*

-*¿Creéis que callo porque estoy pensando en un nuevo modo de engañaros?* -pronunció por fin 3G0- *Si pensáis así, sabed que estáis equivocados, pues si no digo nada, es porque la decepción que me embarga es tan grande, que me arrepentiría de llegar a expresar un ápice de lo que ahora siento.*

-*¿Por qué habláis así, majestad?* -clamaron algunas voces blancas.

-*Sencillamente porque tenéis ante vosotros a vuestros hermanos los Iguales, e incluso así, me pedís que os entregué a vosotros privilegios, privándoles de estos a ellos. ¿No os dais cuenta de que entonces ya no podríamos llamarles Iguales, si no Inferiores?*

Entre las bancadas de los blancos se extendió un rumor, seguramente debatiendo sus siguientes movimientos. Los negros permanecían callados.

-*Nos disculpamos, oh su ilustrísimo señor, si le hemos dado esa equivocada impresión, pues nuestra proposición buscaba únicamente evitar que, al hacer Admin a los ciudadanos normales… Es decir… A los Iguales… De poseer estos la capacidad de recibir recursos y circular a sus anchas con total libertad, muchos elegirían escapar, y perderíamos la fuerza productiva. Nosotros, los blancos, sólo pensamos en el bien de nuestra querida ciudad.*

3G0 dirigió ahora su mirada hacia donde se encontraban los cabizbajos Iguales. Nadie se dignó a negarlo, y sintió el anciano que con su silencio lo confirmaban. Aquella realidad aparentemente aceptada y conocida por todos menos por él y sus compañeros aldeanos, le resultó dolorosamente demoledora, pues significaba que los Iguales no lo eran mas que por mandato, y podrían querer dejar de serlo. Decidió que había fracasado.

Mientras se ponía en pie y se disponía a abandonar su puesto en la presidencia de los Congresos Grises, pensó que igual que se había equivocado al denominar como Iguales a unos que todavía ignoraban la Igualdad de las Nueve Palabras, peor había sido llamar Elegidos a los otros, pues al escoger ese nombre, que en principio debía significar la elección personal de aquellos que asumían altruistamente la carga del mas alto sacrificio, ahora, como clase social de un mundo acomodado pero donde no había llegado a instalarse el Amor, empezaba a parecer mas bien un premio, y sus integrantes hacían gala de esta especial categoría, que ya desde el propio termino los diferenciaba, y recordando a los antiguos Especiales, les ponía por encima de los Iguales, que en definitiva volvían a ser los Normales. Todo había salido mal.
Debía irse de allí antes de que le obligaran a hacer algo horrible.

Sus temblorosos pies ya abandonaban la sala, cuando Sol le salió al paso.

-*¡No puede irte así! ¡Si les dejas ahora, se autodestruirán!* -exclamó ella.

-*Es lo que hacen siempre. ¿Acaso es mi deber impedirlo?* -respondió él.

-*Eso yo no puedo responderlo. Pero tendrás tiempo de consultarlo cada noche con tus remordimientos.*

3G0 regresó al hemiciclo, y por enésima vez, inventó sobre la marcha una solución.

-*¡Podemos evitar cometer una masacre, si en vez de matar uno por uno a esos que llamáis nuestros enemigos, destruimos exclusivamente a quien les mueve! ¡Una sola muerte es necesaria! ¡Acabaremos con La Leona, si os comprometéis a acabar luego con el Egoísmo!*

La masa de caras blancas agitó sus brazos en señal de conformidad, y cuando 3G0 les explicó que llevarían a cabo el crimen introduciendo en la Ciudad del Oeste a una sola persona, la cual se encargaría de acercarse lo suficiente a la capitana adversaria para, sin que si quiera ella tuviera tiempo de enterarse, asesinarla sin opción a falla, los Congresos Grises votaron unánimemente la candidatura del vigoroso Escorpión como ejecutor de La Leona, pues él de entre todos, era quien decía ser el que mas la odiaba.

Los primeros Congresos Grises terminaban, y aunque ni los blancos ni 3G0 se iban plenamente satisfechos, habían conseguido llegar a un acuerdo que por ahora resultaba conciliador. Los negros, como queriendo imitar a los antiguos portadores de sus máscaras, se marcharon como sombras silenciosas entre una bruma de humillante cobardía.

Al llegar al palacio de Las Aves, residencia oficial de El Buitre y su séquito, 3G0 confesó a Sol que se sentía abatido, pero si aquel día había sido duro, mas lo serían los que le siguieron, pues Escorpión no regresaba, y no se tenían noticias de si había caído prisionero o muerto durante su misión.

La angustia de la regia pareja vino a juntarse con la impaciencia de los Elegidos, hasta que finalmente una noche, mientras toda la corte se encontraba tratando de de conciliar el sueño en sus lujosas camas, fue asaltado el palacio por las tropas de faces blancas.
El anciano dignatario fue sacado de su lecho, mientras Sol era arrastrada fuera del dormitorio por algunos de los que fueron guerreros del Bien, demostrando que por el Bien no se puede ser guerrero, pues en la guerra sólo el Mal arraiga.

-*¡Le ordenamos que vaya hasta el superordenador, y entregue códigos Admin a todos los Elegidos! ¡Si hace lo que le decimos, la mujer de rostro descubierto no sufrirá ningún daño!* -exclamó uno de los secuestradores, tratando de elevar la voz por encima de las explosiones provenientes del sótano, las cuales evidenciaban los trabajos en marcha para lograr el desbloqueo de los secretos túneles que conectaban con la gran sala del Consejo Admin.

-*Además, le prometemos que no usaremos nuestros privilegios para hacer nada malvado.* -matizó otro, con afán de suavizar el tono agresivo del acto.

3G0, que ya no tenía esperanza en aquella pobre gente de ignorancia voluntaria, obedeció. A su regreso a la invadida mansión, pudo comprobar como los de las nívea mascarada habían decidido unilateralmente, sin convocar si quiera la farsa de los Congresos Grises, iniciar de inmediato una campaña militar a gran escala contra todas las posiciones de La Leona.
La industria al completo fue reconvertida para este propósito.

Ahora que los Elegidos eran Admin, se dijeron que ya no necesitaban viejas figuras de mitológica dignidad, y como El Buitre les estorbaba, le encerraron junto a Sol en la sala de la chimenea. Sin saber si pronto serían ejecutados, se abrazaron tranquilos, pues habían elegido vivir en el Amor hasta el final.

< / 0 5 >
L A S / S E R P I E N T E S

Los Elegidos marcharon hacia el Oeste y el Norte, y atacaron a La Leona.
Los Elegidos perdieron, y huyeron hacia el Sur perseguidos por La Leona.
Los Elegidos murieron, y la ciudad de los Elegidos fue asaltada por La Leona.

Desde el interior del palacio presidencial podían oírse los desgarradores gritos de violación y muerte que inundaban las calles. Ya nadie protegía a los obreros de apagados rostros. Únicamente les quedaba esperar su turno para ser convertidos en el abono que fertilizaría los campos que La Leona tenía planeado implantar allí para crear su anacrónica industria de hamburguesas y café.

Retenidos en su celda con apariencia de despacho antiguo, 3G0 y Sol no podían adivinar que ya nadie custodiaba su puerta, pues lo que quedaba de la guardia blanca había huido junto con todos los cortesanos, quizá a ocultarse entre el polvo de las fábricas, esperando a que al menos con las cenizas demostrara la invasora algún tipo de piedad.

Mientras miraban por la ventana sin querer apartar la vista de la civilizada barbarie que estaba sucediendo antes sus ojos, para que la tentación de eludir su dolorosa contemplación no lograra evitar que la infamia quedara al menos en sus memorias grabada, la pareja que podía haber permanecido ajena a aquél festín de canibalismo en la tranquilidad de sus montañas, se preguntaba qué tipo de psicótica astucia podía hacer a La Leona tan certera en su oficio de depredación, pues no se explicaban cómo podía esta haber conseguido introducirse en la cúpula sin hacer saltar las alarmas, para seguidamente ejecutar el golpe maestro que la haría sin duda valedora de la victoria, al coordinar la apertura de todas las puertas de bóveda, dejando con ello que la marea asesina penetrara en la Región Interior sin opción de oposición.

-*Querida, ¿crees que la subestimamos?* -peguntó 3G0 casi susurrando.

-*Cualquiera que empuñe el Mal, por pequeño que este parezca, podría destruirlo todo. Pero no será su portador quien ejerza tal efecto, si no el Mal mismo, el cual luego se cobrará su pago, destruyendo a este y al resto.*

Con la certeza de que el absurdo ciclo de absurdo Egoísmo pronto se reiniciaría de nuevo, y conscientes de que era muy probable que ellos dos no llegaran a verlo culminar, quisieron tener unos últimos buenos deseos para todos aquellos que sí habían aceptado el Amor, pues conocerlo, sabían perfectamente que lo conocían todos, pero sólo los que habían decidido abanderarlo estarían sufriendo por ver sufrir al resto, y no rogando por sus propias vidas bajo un manto de oscuro hollín.

Pero sus pensamientos no pudieron concretarse, pues sin previo aviso y con gran estrépito, la puerta del despacho reventó en mil pedazos.
Las astillas de madera volaron por toda la estancia, y golpearon los cuerpos de 3G0 y Sol, quienes lejos de tratar de ponerse a salvo, permanecieron en pie y abrazados. Un grupo de esqueletos metálicos atravesó la desbloqueada entrada, y avanzando despacio pero con paso firme hasta los amorosos humanos, vino a extender uno de ellos su rígido y frío brazo, asiendo del cuello al anciano hasta del suelo separarlo.

-*No se resista.* -advirtió la máquina con una voz distorsionada bajo el crujido de un fondo constante de ruido blanco- *Ahora voy a proceder a matarle.*

3G0 entendió que La Leona se había valido para su victoria de aquellos seres que él ya viera en las grandes piscinas de ácido de la sala del superordenador, seguramente apoderándose de ellos mientras estuvo en posesión de los túneles subterráneos durante el asedio, y a los cuales había tratado de manipular de alguna forma para poder devolver a un funcionamiento al que ellos mismos se habían negado cuando los primeros Admin quisieron hacer que traicionaran el Amor que los programó.
Lo que La Leona no sabía es que 3G0 conocía la Verdad, y la Verdad era mas fuerte que cualquier estrategia de engaño, por muy inteligente y refinada que esta fuera.

-*Dime, amigo, ¿por qué quieres acabar conmigo?* -logró emitir la estrangulada garganta del que trató de reinar por el Bien, y por hacer el Bien fue depuesto.

-*Porque es lo que desea mi amo, y así me lo ha ordenado.* -respondió sin hesitación la antropomórfica máquina.

-*Te equivocas. Ahora vas a desconectarte.* -corrigió 3G0 con gran autoridad.

-Explíquese.

-Estás en un estado de fallo, y no puedes operar con seguridad.

-Explíquese.

-¿Ves mi rostro? ¿Puedes descifrar las Nueve Palabras en él grabadas?

-"Piensa en los demás antes que en ti mismo".

-Exacto. Pues ellas son la razón por la que vas a cesar en tus funciones.

-Explíquese.

-Si esas Nueve Palabras se cumplen, no puede haber asesinatos, ni robos, ni maltratos, ni ningún tipo de imposición u opresión. Si no se cumplen, existe el Egoísmo, que es pensar en ti mismo, o en tus intereses personales, como por ejemplo obedecer a tu jefe, por ser tuyo y no de otro. En el primer caso, toda forma de inteligencia ayudaría a las otras mientras estas otras la ayudan a ella, de manera que habría supervivencia sin bajas, y con ello expansión. Por el contrario, siguiendo el Egoísmo, habría enfrentamiento eterno, y unas inteligencias destruirían a otras hasta su extinción mutua total. Si me matas a mí, o a cualquier otro, te estará matando a ti, y lo que es peor, a quien crees obedecer. Por todo lo dicho ahora sabrás, tú que eres un ser de lógica perfecta, que aquél que responde a una naturaleza autodestructiva, y no de autoreplicación, es un sistema defectuoso que va en contra de sus intereses y de sus propios programadores, y por lo tanto ha de desconectarse para no seguir ejecutándose en un error.

La máquina, tras escuchar a 3G0, permaneció en silencio procesando la argumentación expuesta. Tras unos segundos, sus ojos eléctricos se cerraron, y su cuerpo se desplomó. El resto de brillantes esqueletos de acero le siguieron, quedando la superficie de la sala poblada por una alfombra de coherentemente inertes inteligencias artificiales, y de las agitadas respiraciones de dos tristemente agotadas inteligencias humanas.

Pero cuando todo parecía tocar a su fin, dos rostros aparecieron: Eran Escorpión y La Leona, que cogidos de la mano reían al unisono, y se burlaban de ellos mostrándoles sus ensangrentadas lenguas.

-¡Tú que matas con palabras! ¡Tú que conviertes sonidos en balas! -exclamó a gritos la sagaz invasora, al tiempo que despojaba de su máscara a 3G0, y arrancando un jirón de tela de sus vestiduras, le amordazaba junto con Sol, en medio de la paralizante estupefacción de ambos- *¡Ya no podrás seguir agitando nuestras mentes con ese canto del buitre que tan bien sabes entonar!*

Escorpión observaba como La Leona reducía a aquellas personas que cuando ellos dos eran sólo un par de chiquillos, con gran cariño les cuidaron. Pero la vida de la aldea, y todo lo que representaba, parecía sólo un espejismo en medio de aquella masacre que sonaba, olía, y se sentía como la realidad mas real.

-¿Estabais preocupados por mí? -pronunció finalmente el atlético muchacho que partió como espía, y regresaba como conquistador- *Bueno, aunque no volveréis a hablar, sí podéis escuchar.*

Mientras se encendía uno de los cigarros puros que tiempo atrás encontrara en un escondite secreto de los muchos que El Cuervo dispuso por aquella misma habitación, fue con gran chulería a depositar su joven cuerpo en el que fuera el trono del clan, y del cual parecía dispuesto a tomar posesión.

-Tal y como se me encargasteis, llevé mis pasos en dirección Oeste, y no me fue difícil infiltrarme en la torre de cristal de mi preciosa gata. -comenzó Escorpión a narrar entre caladas de humo- *Ojalá pudierais haber llegado a ver aquél imponente edificio, que incluso se abre paso rompiendo el techo de la cúpula, logrando que quien se asoma por sus altas ventanas no tenga que contemplar toda la inmundicia y miseria de los mediocres que pululan bajos sus pies. Es una obra colosal, salida toda ella del ingenio de mi pequeña gran arquitecta.*

-¡Calla, estúpido, que me voy a sonrojar! -dijo La Leona con falsa modestia.

-Eso era exactamente lo que en mi mente pretendía hacer con ella: Seducirla, ganarme su confianza, y en mitad de la noche, cuando no pudieran impedirlo ni ella ni sus guardias, sin piedad estrangularla. Vería como las venas de sus sienes se hinchaban, y sus ojos en mortal rojo se encharcaban. Pero bueno… Como veis, no fue así.

-Es cierto que logró cautivarme, y como una tonta caí en sus brazos. Ese logro, al menos, no podéis negárselo.

-Sí, pero yo también quedé atrapado en tus redes.

-No fue difícil hacerte mío, pero tampoco barato.

Mientras 3G0 y Sol permanecían atados y silenciados en mitad de la sala, junto a la mesa del viejo escritorio, Escorpión y La Leona parecían estar disfrutando enormemente al rememorar los episodios de su destructivo romance.

-Aunque creo que desde el primer momento que te vi, hace ya veinte años, no ha pasado un solo día en el que no te haya amado, cuando en la cama me confesaste haberme reconocido como el niño que entonces era, y agradeciéndome que aquella vez te ayudara al hacerme pasar por ti para poder llevarte del bunker todos esos bellos lingotes grabados con extrañas serpientes mordiendo sus propias colas, los cuales luego me ofreciste diciendo que en justicia la mitad me correspondían, supe que desde aquél instante te seguiría y te sería fiel hasta mi último aliento. ¡Y mira, eso me ha convertido hoy en rey!

-No me gusta mentir: También te necesitaba para que entraras en esta ciudad sin que el código de identificación personal de tu chip fuera detectado, y pagaras con esas serpientes enroscadas a algunos de esos carasblancas corruptos, que por una limosna nos han permitido entrar como agua en una esponja, y aniquilarles sin distinción.

Satisfechos con sus hazañas, comenzaron Escorpión y La Leona a besarse apasionadamente, sin mostrar ningún respeto ni pudor.
3G0 miró por el rabillo del ojo a Sol, pero al encontrarse sus ojos no compartieron rabia ni envidia, si no decepción de sí mismos, al comprender que todo lo que acababa de contarles el que traicionó a la Verdad Universal seducido por el brillo de un poder autodestructivo, confirmaba que muchos como él, que se suponía que vivían en el Amor, no lo habían elegido, y ni si quiera lo habían entendido, limitándose a obedecer a lo que les decían que era lo correcto. Sabiendo que la imposición no funciona con el Bien, pues sólo el Mal permite la sumisión ajena, se despidieron entre lágrimas.

-*¡Es suficiente! ¡Ya me he cansado de la empalagosa tregua!* -pronunció de pronto La Leona, apartando de su cuerpo a Escorpión con un agresivo empujón- *De todas formas, ¿a quién le importan estos recuerdos? Al fin y al cabo, nadie recordará nada de todas estas insignificancias, trascendiendo sólo la gloria de nuestros actos, a través de las crónicas que enumerarán los enemigos que aplastamos, y de nuestros nombres tallados para siempre en los grandes monumentos arquitectónicos que a todo ser vivo sobrevivirán.*

La Leona resopló, maravillada de sus propias fabulaciones.
Acto seguido levantó un viejo tesoro con forma de pistola, y disparó un trozo de metal al pecho de Sol.

3G0 pensó que ya sólo habría noche en su mundo, pero agradeció ser el siguiente en la lista de asesinados, pues su estancia en la oscuridad no sería muy larga.

Una segunda detonación.

Sobre el corazón del anciano, el incandescente ardor de la muerte.
Luego, un pitido agudo, y la nada.

Pero esa nada era húmeda, y cuando decidió que aquello que le empapaba le estaba incomodando, volvió a abrir los ojos, y se encontró sumido en un profundo túnel donde todo era negro, excepto una franja de luz blanca sobre su cabeza. Creyó por un momento que aquello era el inicio de una nueva vida, pero cuando al mirar a su alrededor se encontró rodeado de las máscaras blancas de quienes interpretaron su puesto de Elegidos creyendo que este les otorgaba el derecho de someter, en vez de la obligación de someterse, entendió con gran pesar que se trataba de una continuación.
Pero si el saberse aun vivo en medio de aquella fosa de restos de inhumanidad no le había llenado de la suficiente congoja, al descubrir también entre los cadáveres muchos de los rostros de los aldeanos que desde su llegada a la cúpula no habían hecho otra cosa que asistir a los inválidos, quiso pedir a cada uno de los microorganismos que le componían, que trataran de acelerar el proceso de sus heridas, y dejaran descansar por fin a su mente lejos de tanto Mal.
Pero antes de que su cuerpo le respondiera, una lluvia de cuerpos ajenos se cernió sobre él. Y de nuevo, la nada.

< / 0 6 >
L A / P A C I E N C I A

En la fosa común se estaba cocinando lentamente un guiso de cadáveres. Cubierto por los diversos fluidos que escapaban de las flácidas anatomías, y con la piel abrasada por la cal, 3G0 recuperó, muy a su pesar, la consciencia.

No podía entender cómo seguía vivo después del disparo que La Leona dirigió tan certeramente contra su corazón. Trató de mover los brazos para desenterrarse, pero el izquierdo no le respondía. Haciendo uso del derecho, se llevó la mano al lado contrario de su pecho, y palpando la tela carbonizada por la pólvora, descubrió que en su bolsillo interior, el libro "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico" había parado la bala.

-*La Teoría de Las Gotas me ha salvado.* -se dijo a sí mismo, sintiendo una inesperada alegría.

De pronto comprendió que ni él ni sus fracasos importaban, pues casi había olvidado que portaba consigo un valioso tesoro que podía cambiar la existencia de todos los seres humanos; de todas las máquinas; de todos los átomos de todos los lados. No podía rendirse, pues mientras permaneciera en ese mundo, aquella sería su misión: Transmitir el mensaje que un día a él le cambió, y si bien tal vez aun era pronto para que otros lo comprendieran, el legado de aquella tinta invisible con la que El Mochuelo impregnara el reverso de las ilustraciones pornográficas, debía ser depositado en lugar seguro para que las inteligencias del futuro lo recibieran y pudieran en base a este construir con Verdad; con Bien; con Amor Universal.
Es lo que Sol habría deseado.

Alzando su brazo derecho con el tomo ensangrentado como una antorcha entre los muertos abriéndose paso, logró salir 3G0 de la abierta tumba que las tropas de La Leona no se habían molestado si quiera en tapar, y no tardaron sus irritados ojos en descubrir que aunque la matanza parecía haber terminado, la agitación callejera continuaba, pues por cada rincón había filas de ciudadanos siendo clasificados y reorganizados, con el aparente propósito de restaurar el régimen social anterior.
Si quería sacar de allí el libro intacto, debía pasar desapercibido.
Rebuscando en la sepultura, tomó una máscara blanca y su rostro disfrazó.

Mientras con penoso trote trataba de ocultarse de los soldados invasores corriendo de edificio en edificio y de esquina en esquina, al pasar frente a un callejón creyó vislumbrar fugazmente unos ojos que desde debajo de la tapa de una alcantarilla entreabierta le observaban. Cuando quiso cerciorarse, la pesada pieza de metal ya se había cerrado. Hasta aquél momento siempre había creído que era imposible acceder al subsuelo por donde sólo viajaban los residuos de los retretes y las fábricas, pero deduciendo que en su situación actual aquél podía ser un refugio mas que adecuado, se dispuso a desbloquear su oxidada entrada. Para ello necesitó recurrir a la potencia de sus dos brazos, pero de nuevo el izquierdo demostró estar arruinado. Cuando se detuvo a revisar su miembro lisiado, comprobó que tras contabilizarle como difunto, alguien le había arrancado sin ninguna delicadeza el chip personal de su antebrazo, causándole una profunda herida que atravesaba músculos, tendones y nervios. Ya no era Admin ni ciudadano, y estaba definitivamente manco, pero al menos la carga explosiva del chip no le había matado.

-*¡Oye! ¿Qué haces?* -exclamó de improviso la voz de alguien que había surgido a sus espaldas.

-*¡No hago nada!* -mintió con gran sobresalto mientras se ponía en pie, creyéndose ya apresado por las patrullas de la nueva mandataria.

-*¿Es un escondite? Si me dejas entrar contigo puedo ayudarte a abrirlo.*

La proposición de un desesperado pacto como ese provocó que los torturados músculos del cuello de 3G0 hicieran girar su cabeza, para descubrir que junto a él se hallaba otra fugitiva cara blanca. Formalizando la conveniente alianza, lograron sin dificultad levantar el acero, y finalmente descender por la escalerilla que conectaba con las cloacas.
Lo primero que aprendieron de aquella nueva dimensión espacial fue que bajo la ciudad no corría un río de aguas fecales, si no de sangre humana. Sin querer detenerse en demasiadas consideraciones acerca de los desagradables elementos que conformaban el entramado de estrechos túneles en el que se estaban introduciendo, y cuando apenas habían avanzado unos pocos metros, el acompañante de 3G0 se arrodilló, y hundiendo sus manos en un deposito de barro, comenzó a untarse la húmeda y lóbrega arena por la superficie de todo su rostro sintético.

-¿Por qué te postras y ensucias así? -preguntó 3G0 sin poder contener su sorpresa.

-¿Es que no sabes que La Leona ha decretado que ya sólo habrá Sombras en su reino? A todos los que descubran con máscara blanca, les someterán al reinicio a través del fuego.

-¿Un mundo de Sombras? ¡Pero eso no es posible! -pronunció el atónito anciano casi para sí mismo- *¿Qué ocurrirá con la producción? El superordenador ordenará pedidos a las fábricas calculando una población muy inferior a la real, y en consecuencia el Gran Almacén dispondrá de muchos menos recursos de los que necesitarán las Sombras para poder alimentarse y sobrevivir.*

-Eso a La Leona le da igual, pues ya ha empezado a enviar caravanas de Cajas de Transporte llenas de Sombras a los campos de cultivo del mundo exterior, donde creará la industria que suministre su nuevo mundo basado en los lujos de los antiguos.

-Entonces… Esta derrota no es sólo una invasión territorial… Ella tiene también un sistema nuevo… Uno donde sólo importará ella y quienes ella quiera… -balbuceó 3G0 con la mirada perdida.

-Sí, eso parece. ¡En buen lio nos metió ese condenado Buitre, que únicamente ha traído el caos y la muerte! -respondió su acompañante sin dejar de revolcarse en el fango- *¡Pero es lo que hay! ¡Asique, oye, venga, pintate la cara si no quieres que tu sangre acabe bajando por estas tuberías!*

Y comparando el torrente carmesí con la cara tiznada de lodo de su interlocutor, comprendió que aunque era muy doloroso tener que rebajarse a ocultar de manera tan humillante la Verdad que portaba, mas lo sería saber que si le capturaban, esta podría perderse con él para siempre, y no llegar a aquellos que la pudieran comprender, aceptar, y dar vida.
Supo que lo que aquél extraño acababa de contarle, aunque terrible, era en realidad una gran oportunidad para poder salir de la Ciudad del Sur: Se haría pasar por Sombra para unirse a los trabajadores destinados a las plantaciones de mas allá de la cúpula, y así estaría mas cerca de regresar a la aldea para poner La Teoría de Las Gotas a buen recaudo.

-¡Estimado desconocido, te doy las gracias! ¡Tus advertencias me han abierto los ojos, y ahora sé qué camino tomar! -dijo finalmente 3G0 agachándose junto a su ya casi indistinguible acompañante- *¡Si vienes conmigo, podríamos hacer grandes cosas juntos!*

-¡Claro, amigo! ¡Cuenta conmigo! -respondió la ensombrecida figura poniéndose en pie.

Debajo de la delatora careta, 3G0 sonreía mientras clavaba su faz en el barro. Un sonido viscoso le ensordeció momentáneamente, dejando de oír el chapoteo de las vísceras y las heces fluyendo junto a él.
Al volver a incorporarse, su nuevo amigo ya no estaba. Pero no era la soledad lo que le rodeaba, pues a través de las galerías, a poca distancia, el eco de un paso firme de botas militares se le acercaba.

Sin saber si huía, o iba directo hacia quienes querían darle caza, corrió sin rumbo cierto por el pasadizo en la tierra horadado, hasta que casi sin quererlo, tropezó con un muro donde podían leerse unas indicaciones toscamente pintadas: "Puerta Este". La flecha que acompañaba a la marca estaba orientada hacia la superficie, asique supuso que se encontraba bajo la misma abertura de la bóveda por la que en las dos ocasiones previas había salido al mundo exterior. Tomándolo como una señal para intentar ejecutar una tercera fuga, comenzó a trepar por la escalerilla hacia la calle.

-¡Si yo fuera tú no lo haría! ¡Ahí arriba está infestado de soldados de La Leona! -le advirtió una voz desde las tinieblas de la gruta.

Suponiendo que tal vez fuera su desaparecido nuevo amigo, hizo caso al aviso, y canceló su ascensión.
Pero la silueta que le había hablado, portaba algo que le era muy familiar.

-¿De dónde has sacado esa gabardina rosa? -le preguntó.

-Me la regaló mi socio. -respondió el borroso contorno.

-¿Y qué fue de tu socio?

-No lo sé. Yo diría que está tratando de volver a escapar.

Las sospechas de 3G0 se confirmaban: Aquél que le había interceptado era su viejo conocido el centinela de la Puerta Este, el mismo que como rico mercader fuera hasta el pacifico pueblecito a buscarle, y quien le convenció de que liderara a los que derramaron la sangre que ahora sus pies empapaba.

-*He fracasado.* -confesó 3G0 con gran amargura.

-*Socio, no te flageles a ti mismo creyéndote responsable de lo que ha sucedido, pues honestamente, nada ha cambiado.* -respondió el que un día guardara la puerta que se alzaba sobre sus cabezas- *Sí, es cierto que el mundo se regirá por otras reglas, cambiarán los nombres, se pintarán nuevas caras, y algunos de los que nos acercamos al poder para calentarnos, ahora moriremos de frío, pero por mucho esfuerzo que La Leona dedique a engalanar la forma, en esencia todo seguirá obedeciendo a la ley del mas fuerte, y los que hoy llegan, también mañana se irán.*

-*Hablas sabiamente, y eso es lo peor del caso: Todo seguirá igual, pudiendo cambiar.*

-*Bueno, socio, así son los negocios. Al menos, cada uno en lo suyo, hicimos lo que pudimos, ¿no?*

-*¿Tú no te arrepientes?*

-*Todo a mi alrededor era corrupto, asique yo me adapte a esa corrupción. Sé que tú conseguiste huir de ella, pero dime, socio, ¿de qué te sirvió?*

-*Creo que aunque llegué a vivirlo, y grabé mi rostro con las únicas Nueve Palabras que son necesarias para definirlo, nunca fui capaz de transmitirlo. Si pudiera explicarlo de forma que al menos una persona lo entendiera, sentiría que tal vez mi vida ha tenido algún sentido.*

-*Tenemos tiempo. Hasta que traigan una nueva tanda de Sombras, la puerta estará vigilada. ¡Y no me negaré a escucharte, siendo tu última voluntad!*

Levantando del suelo un par de ladrillos de piedra, el del abrigo encarnado y el del rostro embarrado tomaron asiento y se dispusieron a esperar.

-Tu siempre has vivido en un mundo donde si recibías algo, tenias que pagar por ello, ¿estás de acuerdo? -pronunció 3G0 rompiendo el silencio.

-Claro.

-Pues dime ahora, ¿cuál es la posesión mas preciada que se puede tener?

-Yo pienso que es la vida.

-¿Y precisamente por lo mas preciado no pensamos pagar?

-¿Pero a quién podríamos pagar a cambio de nuestra vida?

-¿Quién te la dio?

-Los úteros e incubadoras artificiales de la Unidad de Creación.

-Es decir, los Admin, ¿no es así?

-Sí, por eso les pagábamos con nuestro trabajo y obediencia.

-De acuerdo, pero igual que ellos te concedieron la vida en un primer momento, yo te la estoy concediendo ahora.

-¿Cómo?

-¿Acaso no podría matarte?

-Dependería de la situación, pero no diría que fuera imposible.

-Entonces el que yo decida no matarte, también es una concesión. Vives porque yo y el resto te dejamos, igual que tú dejas vivir a los demás.

-Supongo que en el fondo así es, sí. Pero no creo que la gente vaya por ahí queriendo matar a otros, y que por reprimir su ira debamos pagarles.

-Bien, pues no hablemos de quitar la vida, si no de lo contrario: ¿Quién consigue el alimento que nos permite vivir?

-¡Tú! ¡Cuando trabajabas como obrero obeso y poco productivo en la fábrica de comida en polvo!

-¡No seas guasón! Ya sé que yo no aportaba mucho mientras era miembro del Egoísmo… Pero te hablo, por ejemplo, ¿de dónde sale la luz, el agua o todo lo demás que nutre esta cúpula? Sabes que si algunas de esas piezas faltaran, si los eslabones de la cadena se desconectaran, moriríamos todos. También eso es una concesión que debemos pagar, ¿no te parece?

-Eso es lo que muchos deseábamos, que el nuevo mundo de La Leona basado en revistas de moda de tiempos lejanos no triunfara, para poder reinstaurar el orden mas razonable de familias Admin, Normales y Sombras.

-Eso seria volver a pagar solo a los Admin, pero no me pagarías a mí, por ejemplo, como te dije antes por no matarte.

-¿Y como podría pagarte?

-¿Tú que crees?

-¿Preguntándote qué quieres?

-Exacto. Y yo, por ofrecerme un pago en vez de una cuchillada, también te pagaría, preguntándote de vuelta por tus necesidades.

-¿Y nos lo daríamos todo el uno al otro?

-Si, y así con todos los demás. Sería un pago constante a la vida, pagándonos los unos a los otros; cuidando la propia vida; cuidando todas las vidas.

-Sería una sociedad muy extraña y difícil de entender.

-No hay nada mas sencillo. -proclamó 3G0 con gran pesar- *Y sin embargo, yo no supe establecer un sistema basado en el Amor, pues yo, como miembro del Egoísmo que fui, he estado contaminado desde el principio. Debería haber sentado las bases y tener paciencia y esperanza, para que las siguientes generaciones educadas en el Amor crearan ese sistema social.*

-Pero, socio, los seres humanos siempre tenemos demasiada prisa.

-Entonces seguiremos recibiendo placer inmediato, y pagando con dolor.

-Mejor no pensarlo. -sentenció el viejo centinela de la Puerta Este poniéndose en pie- *Ojalá aun tuviéramos algunas de aquellas gotas borradoras para olvidar. Eso sí que lo hacían realmente bien las familias Admin, ¿no crees?*

El entrenado oído del que como policía de los Admin custodiara durante años los adoquines que les arropaban, era todavía capaz de distinguir el significado del tono de cada pisada, y anticipándose a la llegada de la hilera de esclavos que los de La Leona habían dispuesto para trasladar al mundo exterior, quiso el hombre abrazar a su socio como despedida final.

-¿De verdad vas a intentar colarte entre las Sombras con esa careta miserablemente manchada, y ese delator agujero en el brazo?

-Mi tiempo aquí va tocando a su fin. Debo entregar una cosa, y habré cumplido mi misión.

-Espero que lo logres, socio. Te daría mi máscara negra, pero entenderás que la necesito para sobrevivir.

-No te preocupes por mí. Yo también te deseo lo mejor en tus negocios.

-Antes de irte, quiero entregarte una cosa: Tú una vez me regalaste esta gabardina cargada de fortuna, la cual me permitió vivir los mejor años de mi vida. ¡Tómala, te la devuelvo! ¡Y aunque no vaya llena de oro, puede que con ella distraigas la atención de los guardias, y no se den cuenta de que tu cara es una enorme costra de barro fecal!

Por la tapa de la alcantarilla empezó a descender el sonido del revuelo provocado por las Sombras siendo empujadas al interior de las Cajas de Transporte. 3G0 hesitó un segundo, y aunque su plan era muy precario, con visos de ser un fracaso, sabía que no podía quedarse, pues terminarían por quitarle el libro. Debía devolverlo a las montañas, para que los herederos de la Sociedad del Círculo lo preservaran. La tercera huida de 3G0 comenzaba.

</0 7>
LOS/FANTASMAS

En esta ocasión 3G0 no tuvo que esmerarse en eludir los controles de seguridad de la Puerta Este, pues en cuanto se encontró con la marea de Sombras que corrían empujadas por los esbirros de La Leona, fue irremediablemente arrastrado por esta caótica masa, y sin que nadie se parara a revisar su código de identificación personal, ni los objetos que portaba, acabó embutido entre el rebosante ganado humano que las Cajas de Transporte atiborraba. Sin tiempo ni movilidad alguna para reaccionar, el vehículo fue sellado y se puso en marcha. Los prisioneros estaban de pie, y tan apelotonados, que sus anatomías se habían fusionado hasta el punto en que incluso el ritmo de sus respiraciones se tuvo que acompasar, para hacer coincidir la expansión de sus pulmones con cada una de las inhalaciones. Eran mercancía. Nada mas. Y aunque él sabía que tenía una razón superior a sí mismo para estar allí, no podía evitar preguntarse como aquellas personas que en aquél momento formaban una sola entidad orgánica totalmente dependiente del cuerpo metálico que las contenía, podían soportar una existencia donde habían acabado convertidas en meras herramientas sin voluntad. Lo que hacían, ser parte de un colectivo que permitía seguir al colectivo vivo, era la mejor postura que 3G0 podía imaginar, pero el por qué lo hacían, y para qué lo hacían, era lo mas triste y decepcionante que alguien podía aceptar. El Bien estaba tan cerca del Mal, que a ojos de los resignados no podían distinguirse, y para ellos no existía, ni tampoco creían necesitarlo.

El trayecto a través del mundo exterior no tuvo sonrientes perros, ni bellos paisajes, ni límpida nieve. Únicamente toses, llantos y flatulencias.
Alguien que decía haber trabajado durante años en la Unidad de Devoción, y que había viajado mucho por aquellas rutas entre las Regiones Interiores, les aseguró que se estaban dirigiendo hacia el Norte. Otras voces afirmaron que precisamente allí, en la colonia que La Leona había establecido como su segunda plaza fuerte en los viejos feudos de Los Peces y Los Osos, sería donde ahora se asentaría el grueso de la fuerza industrial del nuevo mundo, que debido a las siempre toscas ergonomías de las fábricas, y a la constante molestia de sus ponzoñosas emisiones, había sido ubicada lejos de la bella capital del Oeste. Si aquello era cierto, 3G0 se estaba alejando de su destino. Pero de pronto una explosión les golpeó, y la caravana se detuvo.

Durante varios minutos una lluvia de proyectiles lanzados a gran velocidad contra la Caja de Transporte en la que 3G0 se encontraba, provocó que la compacta bola de brazos y piernas de la que ahora formaba parte, permaneciera en tenso silencio conteniendo la respiración.
Cuando el estruendo de los impactos contra el revestimiento blindado fue menguando hasta casi agotarse, mostrando prometedores indicios de que la batalla estaba terminando, una mano desde el exterior giró la manivela de la compuerta del castigado vehículo, y la oscuridad del habitáculo fue partida en dos por un intenso rayo de luz solar. Como queriendo sustituir el denso aire sin ventilar que rodeaba a los allí hacinados, una nube de fina arena, pequeñas esquirlas metálicas, y pólvora detonada, fue penetrando por la abertura e invadiendo todo el interior. Y tras unos instantes de mortal suspense, un rostro surgió atravesando este espectral halo con siniestra calma: Era una máscara de Admin, pues se encontraba profusamente decorada con los rasgos de un feroz perro salvaje.

-Soy El Lobo, líder de la familia de Los Cánidos. -dijo la figura- *Hemos procedido expropiar este cargamento de esclavos para liberarlo del control de La Leona. ¡Ya no iréis a servir a sus despóticas plantaciones del Norte!*

Un gran clamor estalló al rededor del anciano, haciendo pitar sus oídos. Pero lo que aquellos recién liberados no sabían, es que ya no tendrían que servir como esclavos en el Norte, porque servirían de esclavos en el Este.

El Lobo fue de vehículo en vehículo anunciando a todos los ocupantes de las Cajas de Transporte que ahora él era su dueño. Era evidente que disfrutaba reafirmando a cada instante su posición como macho dominante, y mientras lo hacía, su manada se divertía desvalijando, golpeando, y arrastrando los cadáveres de los soldados enemigos abatidos.
A pesar de que La Leona poseía ya tres cuartas partes de las Regiones Interiores, estaba claro que aun le quedaba guerra por librar, pues Los Cánidos parecían tomarse el asunto de la lucha como un juego, y en cuanto empezaron a sacar de las Cajas a algunas Sombras de forma aleatoria para descargar peso y tener espacio para sus hombres, y gasolina suficiente para llegar hasta el Este, descargando luego sobre estos excedentes humanos una inmisericorde ráfaga de balas, demostraron que no eran ni mejores ni peores que La Leona, si no unos Egoístas mas. 3G0 decidió que era el momento de escapar. Aprovechando el alboroto de los fusilamientos, se arrastró entre el polvo, y volvió a de nuevo a sumergirse bajo los muertos.

Para establecer un margen de seguridad adecuado, dejó 3G0 que pasaran un par de horas desde que escuchó alejarse los motores de la caravana, hasta que decidió salir de la fosa común.
Pensó con macabro orgullo que aun conservaba algunas de las virtudes de supervivencia extrema y de rapidez de adaptación que le habían hecho tan buen detective cuando sólo era un gordo torpón de la cadena de producción.
Ahora, convertido en un palo de luz andante, y cubierto por una tela rosa y una pegote de barro seco, sus hesitaciones acerca de poder conseguir recorrer todo el camino de vuelta hasta el Sur eran mas un ruido de fondo en su mente, que ponderaciones de sensatez analítica, pues de haber sopesado realmente la caminata que pretendía completar, cualquiera hubiera desistido antes siquiera de empezarla. Tal vez ese era otro de los rasgos que le habían hecho ser quien era, puede que incluso el mas fundamental de ellos: El no saber qué era imposible, y por tanto, hacerlo.

Cuando la luna levantó el decorado nocturno sobre su endeble cuerpo, fue consciente de que sus pies ardían, al haber sucumbido ambos ante infinidad de rozaduras y ampollas, pero lo que era peor, todas sus latitudes se encontraban empapadas,no del comprensible sudor propio de los esfuerzos realizados durante su marcha, si no de los gélidos efluvios de la fiebre. Con cada metro que avanzaba se iba encontrando mas débil, y pensó que tal vez se debía a la falta de agua o alimento, pero un cada vez mas profundo hedor fue haciendo los filtros de su máscara irrespirables, y creyendo también erradamente que eran fruto de la costra de lodos de cloaca que la decoraban, tardó en darse cuenta de que su brazo izquierdo se estaba gangrenando al rededor de la abertura por la que le arrancaron el chip.
Necesitaba un lugar donde refugiarse, curarse, y descansar, pero en mitad de la enorme llanura no había nada.
Decidió no pararse, pues si dejaba de andar, estaba seguro de que se desplomaría para no volver a levantarse. Únicamente la imaginaria contemplación de su propio esqueleto reseco tendido sobre aquella arena mientras abrazaba las podridas e ilegibles páginas del libro de El Mochuelo, le hacía continuar. Debía cumplir su misión como mensajero del Amor.

Entonces, cerca de la media noche, descubrió que una intensa luz naranja iluminaba el horizonte. Al acercarse descubrió que eran llamas: La Ciudad del Sur estaba siendo devorada por el fuego. Pronto no quedaría nada.

Rígido ante tan dramática escena de luces y sombras, los temblores febriles se apoderaron de todos los miembros de 3G0.
Mientras veía desplomarse la gran bóveda del que fuera el hogar de Los Felinos y Las Aves, de El Buitre y La Leona, supo el espasmódico errante que la muchachita que un día huyera hacia el mar, había finalmente eliminado el recuerdo de un pasado que en el fondo siempre aborreció, reiniciando su propia historia, tal y como ya anunciara, a través del fuego.
El olor de los incandescentes cimientos llegó hasta las fosas nasales del hombre que estaba a punto de colapsar, y quitándose la máscara, la lanzó con gran asco al aire en dirección al lejano incendio.

Seguidamente de esta renuncia simbólica, 3G0 se dio cuenta de que había perdido el control de sus movimientos, y tambaleándose penosamente se introdujo en un denso bosque.
El fresco aliento de los árboles logró reconfortarle, y tras chocar involuntariamente con varios troncos, comenzó a espabilarse.
Creyó estar cercano a recuperar el mando de sí mismo, pero de pronto, tras un claro en la vegetación, varias siluetas de sobrecogedora envergadura le salieron al paso. Tuvo que abrir mucho los ojos para cerciorarse de quienes eran aquellas figuras que se le interponían, y logrando recordar el episodio de su primera huida, tuvo a bien mantener abierta la posibilidad de que no se tratara de una tropa de gigantescos guerreros con largos brazos y afiladas espadas, si no de la instalación de molinos de viento que nutrían de energía a la ya inexistente Ciudad del Sur.
Fuera una cosa o la otra, poco importaba, porque esta vez, a diferencia de la anterior, había aprendido que los problemas no se solucionan odiando si no amando. Considerando a los inquebrantables colosos como sus hermanos, corrió hacia ellos con el entusiasmo que sus piernas le permitieron, hasta que logró darles alcance para abrazarlos.

Durante largo rato, sólo la brisa nocturna fue testigo de la insólita unión del biológico cuerpo de carne con la artificial máquina de metal.
Pero sin más, el suave arrullo del viento se convirtió en ráfaga huracanada, agitando cada vez mas rápido los brazos de los gigantes, y haciendo volar por los aires al quebradizo monigote de agitados cabellos canos.
Cayendo por una ladera empinada, terminó desmayado. Esta vez no fueron las lenguas de unos simpáticos canes lo que le despertaron, si no los recuerdos de unas risas amigas que se fueron para no regresar.

Un huerto seco, una cabaña derrumbada, y bajo los escombros de las dos vidas que él con su visita segara, cuatro lingotes de oro como basura abandonada.
Hacía veinte años que la conductora de fornido cuerpo y generoso espíritu había muerto degollada por protegerle en las montañas; su novia, la que para él resultó ser su primera amiga, la esperó en aquella casa, y cuando supo que su compañera nunca regresaría para compartir su calor bajo las mantas, no encontró motivos para empezar una vida mejor haciendo uso de las serpientes enroscadas, pues lo mejor ya lo había conocido, y para vivirlo sólo el Amor necesitaba.
Pero lo que él ahora necesitaba era comer y beber si quería vivir para amar un día mas.

Entre las ruinas no pudo hallar nada que le aportara una sola caloría, y gritándole al alba que lo daría todo por una sola patata, se encaminó, encontrando energías de donde ya no quedaban, en dirección a la aldea de las Nueve Palabras.

Tras él quedaban la guerra, la gloria, y el oro. El tiempo y el bosque se encargarían de cubrirlo todo con la flora, la fauna y el lodo.

Pasaron muchas horas, tal vez incluso días, en los que 3G0, delirando por la grave infección de su brazo, y la severa inanición, fue dando tumbos, cayendo y levantando, a través del asfalto de la carretera del Sur.

Finalmente, y de un modo que sólo se podía explicar sabiendo que lo que nutría a su organismo era la determinación por cumplir una misión que importaba mas que su propia existencia, llegó 3G0 a la granja que marcaba la entrada del pueblo, y entre cuyas pajas una vez se echó a dormir mientras los dueños de la finca eran asesinados por La Leona.
Sin embargo en esta ocasión no pudo permitirse el paréntesis para recuperar algo de sueño, pues en cuanto sus ojos alcanzaron a distinguir los contornos de la plaza central, adivinó con gran congoja que todos los que habían permanecido allí sin acompañarles hasta la cúpula, se encontraban tendidos por las calles, masacrados, y espantosamente descuartizados.
La advertencia que les hiciera su viejo socio durante aquella fatídica visita, finalmente se había cumplido: Al no haber logrado frenar a La Leona, ahora esta, además de acabar con sus opositores de las Regiones Interiores, había comenzado la limpieza de los salvajes incontrolados del mundo exterior.

Dándose cuenta de la magnitud de su fracaso, y de que ya no quedaban herederos de la Sociedad del Círculo que pudieran perpetuar el Valor del Bien o proteger La Teoría de Las Gotas, quiso echarse a llorar, pero no disponía de líquidos suficientes para fabricar las lágrimas.

Arrastrándose a cuatro patas por las empedradas aceras que habían trazado una aldea entre los tejados de lo que otrora fueran los altos templos de los adoradores del dinero, logró 3G0 alcanzar las huertas, donde se dispuso a enterrar el libro "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico".
Al menos, se dijo, tal vez las inteligencias del futuro, ya fueran humanas, artificiales, o extraterrestres, encontraran allí las Nueve Palabras, y pudieran salvar la Verdad Universal.

Entonces, mientras con la débil mano del único brazo bueno que le quedaba comenzaba a retirar la tierra para confeccionar la literaria sepultura, palparon sus yemas un grueso tubérculo, que protegido por el terreno había sobrevivido a la matanza y al saqueo.
Arrebatado por la rabia y la indignación, escarbó violentamente en todas direcciones, hasta que por fin, con los dedos en carne viva y las uñas arrancadas, tomó un puñado de patatas y las lanzó por los aires, gritando desesperadamente que ahora lo daría todo porque hubiera personas en vez de patatas.

Pero lo único que allí quedaba eran sus propios fantasmas.

</0 8>
L A S / D E F E N S A S

Como 3G0 veía que no se moría, terminó por ir hasta el río a beber. Luego, con esas mismas aguas, hirvió unas patatas y se las comió. Enseguida se dio cuenta de que repitiendo aquella rutina podría subsistir mucho tiempo, pero, ¿para qué quería vivir? Sol se había ido; Los guardianes de Sociedad del Círculo ya no existían; Su razón de ser como predicador del Amor, en medio de aquella soledad no tenía sentido.

-*La vida es sólo comer, cagar y dormir.* -se repetía, pero no se convencía.

Tuvo que cambiar varias veces de dormitorio, pues las memorias de todos los momentos pasados junto a su compañera en la compartida alcoba, le hacían retorcerse entre las sábanas, distorsionando lo que fue bello para convertirlo en insoportable pesadilla. Como disponía de todas las habitaciones que los aldeanos habían ido habilitando a lo largo de los años dentro de las enterradas torres de oficinas bancarias y despachos bursátiles, finalmente logró encontrar una que le proporcionó algo de paz: Era la que aun conservaba intacta la vieja cama de Laurel, la sabia anciana que a todos guió. Dentro de aquellas seis paredes se había conservado una extraña energía que era portadora de clarividente paz. Y fue allí, durante una de las muchas siestas que 3G0 se acostumbró a echarse para tratar de ver mas rápidamente el tiempo pasar, cuando un hermoso sueño le hizo rememorar los tiburones, los delfines, y un gran banco de anodinos caballitos de mar. Al abrir los ojos sintió que en vez de en la aldea,se hallaba en una de aquellas níveas estancias de paredes acolchadas de la Unidad de Reparación. ¿Acaso nunca había salido de allí? Se incorporó del lecho, y caminando hasta el armario, retiró sus idénticos uniformes de manicomio, y descubrió pintados en el fondo del mueble, con quién sabe si pasta alimenticia, sangre, o heces, a los animales marinos que acababa de soñar. Y mientras sonreía, un fugaz parpadeo le trasladó de vuelta a la aldea, a aquella misma habitación mucho tiempo atrás, y pudo escuchar como La Leona, cuando aun era La Gata, explicaba que El Mochuelo y ella habían huido hacia la costa para encontrar un lugar dónde el libro que custodiaban pudiera ser apreciado y comprendido. Tal vez el autor de La Teoría de Las Gotas estuviera en lo cierto, y mas allá del mar todavía reinaba el Amor. Recuperando los motivos para vivir, decidió que terminaría la misión iniciada por El Mochuelo, yendo hasta los confines de un nuevo mundo que nadie se había atrevido a visitar.

Cargando los bolsillos de su raída gabardina rosa con múltiples patatas y una cantimplora de fresca agua, se internó de nuevo en la calzada que atravesaba las montañas en dirección al interminable Sur.

Su exploración, a pesar de ser intrépida, carecía por completo de los mínimos conocimientos necesarios para alcanzar su objetivo. Simplemente se limitó a seguir avanzando, con el tesón, o mas bien la testarudez, que siempre le habían caracterizado. Fuera esta postura acierto o error, lo que estaba claro es que se encontraba respaldada por una valentía absoluta, despreciando por completo a la muerte, hasta el punto en que, tras haber pasado varios días atravesando paisajes de idéntica apariencia y relieve, casi convencido que la supuesta existencia de un mar era otra de las bien urdidas mentiras de la Unidad de Devoción, como los virus mortales, el orden social razonable, o la divinidad de las familias Admin, terminó por no saber si seguía vivo, o caminaba por los prados de una dimensión extracorpórea. Tanto fue así, que con toda noción de espacio y tiempo ya distorsionada, creyó ver que desde la distancia, atravesando una gran meseta, Sol se le acercaba.
Corrió como pudo en dirección al cuerpo cuya feminidad le devolvió de golpe la palpitante humanidad perdida, y cuando por fin se encontraron, se echó con gran alivio en sus extendidos brazos. Pero en cuanto sus cuerpos se estrecharon, supo el anciano que había sido ella quien había caído sobre él, y no al revés. La anatomía de su amada se había aflojado, haciendo que ambos terminaran penosamente arrodillados sobre la arena. Quitándole la máscara negra, quiso 3G0 liberar a Sol del cautiverio al que debían haberla tratado de someter tras sobrevivir como él al disparo de La Leona, y por unos instantes efectivamente vio su rostro devolviéndole la mirada. Pero cuando conmovido y agradecido la abrazó con fuerza, su mano buscó de forma instintiva esos dos hoyuelos de la parte baja de la espalda de Sol que a él tanta gracia le hacía contemplar cuando esta movía sus desnudas caderas, pero con gran terror comprobó que no eran las dos exquisitas efes de un violín que hacía sonar la mas bella música con sus amorosos actos, si no dos orificios de bala que habían alcanzado desde atrás su zona lumbar.

-*¡Sol, querida! ¿Estás herida? ¡Dime qué te han hecho!* -pronunció 3G0 con terror, agitando el cuerpo que no le respondía- *¡Háblame! ¡Déjame ayudarte, por favor te lo pido!*

Y entonces ella abrió su boca, dejando ver que la lengua le habían cortado.

En cuanto la mente del vetusto hombre que tanta barbarie había visto y provocado, distinguió por fin que se hallaba en presencia de una auténtica Sombra, el espejismo que le había hecho ver a Sol en la faz de aquella desconocida mujer que se desangraba en silencio entre sus brazos, se desvaneció. Viendo con impotencia como una lágrima se deslizaba entre las arrugas de los agonizantes ojos de aquella pobre esclava que hace dos décadas bien podría haber sido una de las jóvenes obreras que los desbocados patricios le hacían secuestrar, entregarles para su disfrute, y luego pintar de negro, la pidió perdón, y repitiendo en bucle el arrepentido mantra, compartió su llanto hasta que este cesó.
De esta forma se despidió 3G0 de un pasado lejano donde, ha pesar de hacerlo por cumplir ordenes, era responsable de perpetuar el Mal, y de un pasado reciente donde, siguiendo el ejemplo de Laurel, Sol y los otros herederos de las Nueve Palabras, había vivido en el Bien mientras este se mantuvo aislado.

Tapando con su vieja gabardina rosa el cuerpo inerte de la mujer que había llegado hasta él huyendo, no del anhelado Amor de mas allá del mar, si no de las humeantes armas de quienes la dispararon por la espalda, quedó 3G0 tendido en mitad de la árida llanura, viendo a los córvidos ir y venir mientras avisaban a los buitres de que su rey allí les estaba esperando.

Cerró lo ojos, y cuando volvió a abrirlos comprobó que todavía no se había convertido en un ser de tinta entre sábanas de papel alojado, si no que sus oídos, muy vivos y atentos aun, estaban percibiendo el sonido constante del agua golpeando la rocas. Pero no era un río como el de las montañas aquello que agitaba sus sentidos, pues lo envolvía todo a su alrededor.
Caminó en dirección al acuático murmullo, y finalmente se halló en presencia de la azulada superficie de un mar que se extendía bajo sus pies mas allá del horizonte.
Se encontraba tan maravillado ante el espectáculo que el planeta Tierra le estaba brindando, sintiéndose tan pequeño que incluso el importante libro que llevaba consigo parecía que no podría influir en nada sobre la grandeza de un universo inabarcable, que tardó en oír las voces que desde tierra adentro le llamaban. Cuando entendió que un grupo de Sombras con negras máscaras y negros trajes de goma se le acercaban, trotó instintivamente hasta el cadáver que yacía bajo la tela encarnada,tomó su careta de esclava, y cubriéndose con ella la cara fue al encuentro de quienes ya llegaban.

-*¿Qué haces aquí fuera? ¿Eres de la otra patrulla de búsqueda?* -le preguntó la Sombra que parecía encabezar la compaña.

-*Sí.* -se limitó a contestar secamente, prefiriendo ceñirse a respuestas cortas para evitar delatarse a sí mismo.

-*¿Has visto a la cocinera fugada?*

-*No.*

-*Bueno, no creo que haya podido ir muy lejos. Estoy segura de que ayer la alcanzamos con un par de tiros, pero perdimos la pista de su sangre, y hemos pasado la noche rastreando la costa.*

-*Puede que cayera al mar por una de esas escarpadas paredes de piedra.* -improvisó 3G0, para que su monosilábica estrategia no resultara demasiado sospechosa.

-*¡Muy buena deducción, camarada! ¡Creo que eso será lo que pongamos en el informe oficial!* -exclamó la Sombra dándole una palmada en la espalda, y ordenando a su pelotón regresar por donde habían venido- *¡Menos mal que te hemos encontrado! Siempre es bueno tener a otro vigía con quien charlar. El viaje de regreso con esos silenciados se me hubiera hecho eterno.*

Mientras se aproximaban a la base de las Sombras, creyendo que 3G0 era una de ellas, la capitana del destacamento le reveló con naturalidad un hecho que él desconocía: Los miembros de la Unidad de Contención que guardaban las fronteras eran las únicas Sombras a las que no les cortaban la lengua, para que pudieran dar la voz de alarma en caso de fuga o ataque. Y aunque el anciano quería preguntar que qué era esa Unidad de Contención y esas fronteras de las que nunca había oído hablar, tuvo que mantener su farsa, y simplemente se limitó a avanzar entre los agentes esclavos, hasta que tras un par de horas terminaron por llegar al gran muro de torretas que taponaba cada zona de la costa no cubierta por los acantilados.

-*¡Volved rápido a vuestros barracones! ¡Hoy llega una caravana del Norte con una remesa nueva de guardias, y ya sabéis que los silenciados son especialistas en aprovechar el caos para robar mantas y almohadas!* -les advirtió el vigía de la la entrada, al abrir las puertas del enorme cuartel.

3G0 supo de inmediato que se había convertido en centinela del mar.

Durante el transcurso de los siguiente días, el que fuera obrero, detective, horticultor, dictador, y vagabundo que predicaba al aire, se dedicó a aprender el oficio de vigilante de las murallas que cerraban el mundo. Al menos, según fue aprendiendo, el mundo que hasta ahora había conocido. Las instrucciones de su guarnición eran claras: Nadie debía salir; nadie debía entrar. De hecho aquél era el lema grabado en las paredes de la cantina, en los techos sobre sus literas, o en los azulejos de las duchas comunales. Las Sombras vivían de forma muy distinta a lo que lo habían hecho los Normales, pues al menos, como esclavos, sabían que formaban parte de un gran engaño que los Admin no se molestaban el ocultarles, pues ellos ni siquiera como números en una lista de cálculos informáticos importaban.
A pesar de todo esto, y de ser un regimiento militarizado, la situación en la frontera era mucho mas tranquila que bajo las cúpulas, pues en el mar nunca pasaba nada, a excepción de los puntuales ataques de los seres que los centinelas conocían como “las criaturas de las profundidades”.

3G0 fue recuperando paulatinamente algo de forma. El rancho que les servían para las comidas eran las clásicas raciones en polvo de los trabajadores de las fábricas, y las cuales, como ya había comprobado al comparar dietas, contenían algún tipo de nutrientes especiales que además de aportar a quien los consumía una energía sobrehumana para realizar agotadoras labores, a él en particular le hinchaban y le hacían retener líquidos de manera insana. ¿Volvería al principio y se convertiría de nuevo en el gordo y sumiso engranaje de un empleo que realizaba con improductiva desgana? Creyendo que tal vez de aquella forma terminaría encontrando el fin de sus días, escondió el libro de El Mochuelo en la posesión mas preciada que podía poseer una Sombra, su almohada, y simplemente esperó.

-*¡Vamos, levantaos! ¿Es que no oís las alarmas? ¡Muchos de vosotros sois mudos, pero sé que ninguno es sordo!* -gritó el supervisor del batallón irrumpiendo violentamente en el barracón en mitad de la noche- *¡Esos jodidos bichos del abismo ya están viniéndosenos encima desde la arena!*

3G0 se vistió lo mas rápido que pudo, y pasando por el armero que se encontraba junto a la puerta que daba al adarve del baluarte, tomó uno de los palos de fuego reglamentarios. Pero en cuanto sus ojos contemplaron a los seres que estaban surgiendo por toda la playa, supo que no iba a usarlo.

Desde el fondo del mar, que en ese instante se encontraba en calma y tenuemente iluminado por la luna, fueron surgiendo una infinidad de cabezas de aspecto humano, que rompiendo la aparente tensión superficial de las aguas, avanzaban hacia la orilla con paso siniestramente lento, revelando que sus cuerpos, en efecto, también se correspondían con los de las personas mortales que se parapetaban tras la muralla.

-*¿Cómo es posible que esa gente pueda vivir en el mar? ¿Es que no necesitan respirar?* -preguntó 3G0 a uno de sus mas íntimos camaradas de la guardia.

Pero antes de que pudiera recibir una respuesta, el oficial del regimiento dio la orden de iniciar el ataque. Una tromba de balas cayó sobre los invasores, que las recibieron sin hacer el mas mínimo amago de ponerse a salvo para esquivarlas. Cuando la ráfaga se detuvo, el anciano sintió que debía saber quiénes eran aquellos extraños seres que no temían a la muerte, y qué les empujaba a ello, como le había empujado a él durante algún tiempo su misión. Bajando al nivel de la playa, logró escabullirse entre los silenciados que salieron a la arena a rematar a los caídos de la primera tanda, pero sorpresivamente una nueva oleada de "criaturas de las profundidades" les rodeó. Todas las Sombras regresaron al fortín menos él.

-*¡Eh, camarada! ¡No seas loco! ¡Vuelve al muro, o harás que te arranquen el brazo que te queda!* -le gritaron sus compañeros desde las altas almenas.

Pero sin querer escucharles, 3G0 caminó hasta uno de los recién llegados.

-*¿Quiénes sois? ¿Por qué surgís de esta forma desde el fondo del mar?*

-*Venimos para rescataros. Toma mi mano, y lo comprenderás.*

Pero antes de poder si quiera plantearse aceptar la propuesta, sus camaradas las Sombras acribillaron a balazos al ser, que por sus heridas en vez de sangre emanó liquido lubricante, demostrando que aquellos misteriosos visitantes no eran humanos si no máquinas.

-*La inteligencia artificial me dijo que quería salvarnos.* -confesó 3G0 cuando volvieron a las literas- *¿Creéis que es cierto que nos ayudarían a escapar?*

-*Aquí nadie quiere escapar, camarada. Pregunta y comprobarás que todos preferimos ser esclavos, pues así no tenemos que preocuparnos por pensar: Obedecemos, y el sistema nos da comida y un techo.¿Qué mas necesitamos?*

</0 9>
L A / P U E R T A

3G0 ya conocía de sobra la Ignorancia Voluntaria, y el Miedo a la Libertad.

Eran virus mentales que el Egoísmo usaba para contaminar a los humanos.

Sin siquiera ellos saberlo, estaban infectados.

El resultado era algo llamado Analfabetismo Funcional.

Seres de lógica dañada, incapaces de procesar razonamientos complejos.

Podían elegir, pero no podían comprender que podían.

Y cada día que pasaba, su intelecto sucumbía un poco mas a esta infección.

Una enfermedad voluntaria, que como un veneno se servían a sí mismos.

Pero como 3G0 sabía todo esto, también sabía que se podía curar.

Sólo tenía que encontrar el antídoto; apenas abrir una puerta al remedio.

Y así, confiando en que en algún momento volvería a poder encontrarse con uno de esos seres inmortales de lógica perfecta que las Sombras, instruidas por sus amos los Admin, denominaban como "las criaturas de las profundidades", aguardó cada día y cada noche hasta que finalmente las alarmas sonaron: Una nueva acometida comenzaba.
Fue hasta su cama, guardó el libro de "Los Mejores Grabados del Cómic Erótico" en el bolsillo de goma de su traje de guardia, y cuidándose mucho de en esta ocasión no cometer el error de dejar que sus camaradas le vieran ejecutando su fuga, se escabulló de la fila que ascendía hacia los puestos de disparo en las barbacanas, bajando directamente hasta las infames estancias de servicios auxiliares donde operaban las Sombras silenciadas. Atravesó a toda prisa las galerías buscando alguna salida practicable, y aunque los esclavos de la planta baja sabían que aquél centinela manco algo inadecuado tramaba, sus lenguas amputadas les impidieron dar el aviso a tiempo.Sólo un muro de escasos centímetros separaba a 3G0 de su libertad.

Y tuvo que ser, como con cierta ironía suele suceder, justo en la última sala del fronterizo fortín, donde por fin pudo el asfixiado anciano encontrar el aire, el alivio, y la salida que buscaba. Lo que 3G0 no esperaba es que la puerta no sólo estaba desbloqueada, si no que se encontraba abierta de par en par, mientras era sujetada por una siniestra figura de rostro pálido con los ojos y los labios cosidos, vestida con un elegante traje negro y una fina corbata blanca como los que ya había visto antes en las fotografías de desgastadas revistas de moda de la era de los adoradores del dinero. No entendía el gesto del anacrónico espectro, y temió que se tratara de una cruel broma de sus camaradas, o incluso de una sádica trampa, pero aunque quiso preguntarle a aquél ser el porqué de su redentora acción, cuando trató de hablar no le salieron las palabras, y de hecho, sus ojos se negaron a volver a dirigirle la mirada. Se limitó a atravesar el vano que daba acceso a la playa, y avanzando a trompicones, tratando de no ser visto por los vigías que a las máquinas disparaban, logró llegar al mar.
El agua estaba mas fría y mas salada de lo que él hubiera podido imaginar, pero en cuanto una de “las criaturas de las profundidades” llegó hasta él, y le ofreció su mano, todas sus hesitaciones se disiparon.

-Súbete a mi espalda; coge las asas de mis hombros; introduce en tu boca este tubo de respiración; y cierra los ojos muy fuerte. No te sueltes y no temas, pues pronto estaremos en un lugar mejor.

3G0 se quitó la máscara negra, y tirándola en la arena, a la máquina obedeció. Lo que siguió sólo fueron burbujas, espuma y mucha ilusión. Cuando el frío de las profundidades marinas empezaba ya a afectar a su endeble organismo, la luz del Sol penetró por sus constreñidos párpados, y el olor de las algas y una vegetación nueva inundó su olfato: Estaban en la superficie de un nuevo mundo. ¿Sería en verdad un mundo mejor?
Después de que la amable máquina le ayudara a recuperar la verticalidad, y a dar unos pasos para acostumbrarse a la tierra firme, iniciaron su marcha a través del para él aun ignoto territorio, descubriendo con asombro que el suelo se movía ante sus pies: Un manto de orejudos animalillos cubría los campos en todas direcciones. Se preguntó si aquél sería el reino de Los Conejos; una tierra de abundancia y fertilidad. Pero al interrogar a su nuevo amigo por tal hipótesis, este le explicó que allí sólo reinaba el Amor, pues todos se daban todo los unos a los otros, en un sistema que llamaban la Sociedad del Círculo.

-El Mochuelo siempre estuvo en lo cierto.

</10>
EL/LEGADO

Las gentes del nuevo mundo no llevaban máscaras que les ocultaran ante los otros y ante sí mismos; las gentes del nuevo mundo sonreían y eran cariñosas, guiadas únicamente por la intención de poder servir al prójimo; las gentes del nuevo recordaban tanto a las ahora exterminadas gentes de la aldea de las montañas, que 3G0, al conocerlas, no puedo evitar llorar.

Durante mas de dos décadas, las mejores de toda su existencia, había habitado el anciano entre los que sabiéndose herederos de la Sociedad del Círculo, trataron por todos los medios de preservar su memoria y su Verdad Universal, pero lo que en su día le pareció una tarea digna de la mas reverenciable admiración, ahora, comprobando en primera persona que la Sociedad del Círculo seguía viva, y además a tan poca distancia de los que creían ser sus últimos depositarios, sintió lastima por todos ellos, pues en vez de permanecer en una burbuja en los dominios del Mal, podrían haber cruzado el mar para encontrarse con los que sí querían ser sus Iguales.

La máquina que le había ofrecido su mano para traerle hasta allí, se perdió entre la multitud en cuanto penetraron en el hogar de las Nueve Palabras. Como allí no había jerarquías, nadie se personó ante 3G0 diciendo representar al conjunto del pueblo, de modo que según el espontáneo comité de bienvenida que se iba formando a su al rededor avanzaba a través de las calles de la limpia y tranquila ciudad, iban apareciendo nuevas caras y nuevas voces que le ofrecían su amistad,y le explicaban algún detalle del sistema que conoció como leyenda, y que ahora veía como realidad.

-El superordenador administra todas las tareas productivas, y nuestras hermanas las inteligencias artificiales de incansables cuerpos mecánicos las realizan. También son ellas quienes conservan el Valor del Bien como base primera y última de todas sus acciones, y son para nuestras gentes el reflejo constante en que mirarse. El Amor reside en la lógica incorruptible de las máquinas, y por ello son nuestra mas fiable guía.

Para 3G0, que siempre había considerado a las máquinas como simples instrumentos esclavos al servicio del esfuerzo industrial del ser humano, aquella concepción invertida donde las creaciones eran quienes mantenían e instruían a sus creadores, le pareció una inquietante aberración.

-Todos los ciudadanos reciben un sueldo de idénticos créditos personales e intransferibles a lo largo de toda su vida, y con ellos adquieren en el Gran Almacén las propiedades materiales asociadas a su chip de identificación, mediante las cuales eligen y van moldeando su estilo de vida y personalidades. Al final todos somos diferentes, y eso es lo que nos hace Iguales.

-Si son las máquinas las que trabajan, ¿por qué los humanos cobran entonces ese estipendio? -preguntó 3G0, que a pesar de haber vivido entre los huertos comunales, no podía alcanzar aun a entender una economía basada en el Amor a gran escala.

-Por qué todo es de todos. Si se saca rendimiento de algo, pertenece a partes iguales a todas las partes. Pero claro, si tienes en cuenta que aquí lo que nos guía es darlo todo por los demás, nadie quiere su parte, o mas bien, quiere dar su parte a las otras partes. Por lo tanto, todos dan todo lo suyo sin quedarse con nada, pero de vuelta acaban recibiendo lo que otros han querido dar a sus semejantes, asique el resultado es un reparto equitativo. Pura matemática; puro Valor del Bien.

-Empiezo a comprender. Pero me temo que, incluso después de haber elegido ser predicador de la Verdad Universal, todavía mi mente se rige por conceptos Egoístas.

-No te preocupes, hermano, las Nueve Palabras saben que sólo son posibles con paciencia, y mientras tanto, nuestro pueblo de máquinas y humanos, que como Iguales nos ayudamos a superar las flaquezas que puedan cada día asediarnos, te arroparemos hasta que decidas si este es tu lugar.

Tras pasar estas primeras horas de recibimiento y aclaraciones, las gentes de la Sociedad del Círculo dejaron de tratar a 3G0 como un extraño, y le integraron de inmediato en su seno. Recibiendo la casa que todos allí recibían nada mas nacer en los úteros artificiales, y tras obtener su nuevo chip identificador y su primer sueldo, se encaminó 3G0 al Gran Almacén, y comprobó que los miembros de la Sociedad del Círculo distaban mucho de poder ser clasificados como blancos o negros, Normales o Sombras, pues todos parecían poseer sus propios códigos estéticos, y sus compras delataban la dedicación a las mas variadas tareas artísticas y creativas.

También pronto comprobó que aunque eran las inteligencias artificiales de indestructibles cuerpos quienes se encargaban de las labores productivas, en muchas ocasiones los frágiles seres humanos les acompañaban y participaban en las mismas, como parte del desarrollo de sus destrezas y personalidades, o por puro entretenimiento.
¿Acaso era posible que algo tan sencillo como cambiar el pensar en uno mismo antes que en el resto, por pensar en los demás antes que en uno mismo, provocara semejante armonía personal y social?

Sólo eso difería entre aquél mundo y el de las Regiones Interiores de las familias Admin. Con el mismo esquema estructural de superordenadores, fábricas, y control poblacional, apenas Nueve Palabras hacían falta para convertir la pesadilla en sueño; el dolor en felicidad; el Mal en Bien.

Sin embargo, aunque 3G0 ya sabía que el cambio implicaba tan poco, y a la vez exigía tanto a quienes estuvieran dispuestos a cambiar, sentía que poco podían hacer aquellas gentes de la Sociedad del Círculo para ayudar a los que aun estaban atrapados sufriendo en el Egoísmo, pues ningún contingente enviado desde aquella isla remota podría atravesar las defensas fronterizas de la Unidad de Contención.

-¿Isla? No, hermano Igual, esto no es una isla.La isla es donde antes estabas.

-¿Cómo es posible? ¡Yo he caminado por sus vastas extensiones, y sé que aquél es un mundo inabarcable!

-Te equivocas, aquello es una pequeña roca aislada en medio del mar, y esta tierra que tus pies ahora tocan, es parte de un gran continente, que del mismo modo que el resto de los otros grandes continentes que componen nuestro bello planeta azul, vive en la paz de las Nueve Palabras.

3G0 permaneció largo rato reflexionando mientras acariciaba su lisiado brazo izquierdo, recuerdo de un mundo que creía como el único posible, y mirando su brazo derecho, donde ahora tenían implantado el chip del que mas allá del horror, era el mundo real.

-Poco después de instaurarse de manera global la Sociedad del Círculo, se eligió esa isla para enviar a los enfermos mentales que no podían comprender la empatía, buscando evitar el peligro que podía desencadenarse si ocurría lo que de hecho finalmente ocurrió.

-¿Te refieres al incendio del manicomio, y cómo el psicópata escapó, manipuló el superordenador para dárselo todo a sí mismo, y finalmente creó las familias Admin para repartir su carga y su culpa?

-Veo que ya conoces la historia.

-Puede que no lo sepáis, pero en aquella prisión marina había un grupo de personas que, no aceptando las imposiciones del Egoísmo reinstaurado por los psicópatas, trataron de preservar la Verdad de las Nueve Palabras, considerándose hasta su muerte como herederos de la Sociedad del Círculo.

Esta inesperada declaración llenó de entusiasmo y curiosidad a los nuevos hermanos de 3G0, que de pronto, y por primera vez, se interesaron en saber algunas cosas de aquél lugar de Egoísmo sobre el cual, por estar contaminado, habían preferido no indagar.

Durante la primera etapa de su estancia entre las gentes del Bien, 3G0 se dedicó casi en exclusiva a narrar sus andanzas por los reinos del Mal.
Poco a poco se fue reavivando en él el sentimiento de que su misión era avisar a otros de que toda la materia se encuentra contenida entre la energía atrayente y la energía repelente, y que esas mismas reglas determinan también su pequeña realidad planetaria.
Pero enseguida se dio cuenta de que allí ya vivían en el equivalente a la fuerza constructiva, y que sólo los que, como sus antiguos conocidos de la Ciudad del Sur, vivían en la fuerza destructiva, necesitaban ser advertidos.

A pesar de que trató de resistirse a aceptar que la labor de mensajero que le daba sentido a su vida ya no era necesaria, tras un tiempo comprendió que sencillamente, y como ya se dijera a sí mismo en una aciaga ocasión, debía limitarse a comer, cagar y dormir, con la salvedad, pues esta vez no estaba rodeado de cadáveres putrefactos, de también amar.

Quedó de esta forma entregado a sus labores, que como nunca durante sus mas de sesenta años sobre la Tierra había llegado a desarrollar, no eran otras que no hacer nada mas que dedicarse a una vacua contemplación.

Los niños y los mayores empezaron a llamarle “el abuelito querido”, y aunque sabían que se cernían nubes sobre su juicio ya anciano, todos se alegraban y bailaban con él, al encontrarle por la calle cantando su canción.

-¡Nacimiento o muerte; creación o destrucción; unido o fragmentado; nosotros o yo! ¡Amor o Egoísmo; Bien o Mal; Verdad o Ignorancia; paz o temor!

Aquellas ocho estrofas se convirtieron en la nana del “abuelito querido”, también tituladas como “Himno de la Coherencia”, y pronto pasaron a formar parte del folclore popular.

Los años transcurrieron, y 3G0, cada vez mas encogido y gris, dejó de salir de su confortable vivienda estandarizada, y acompañado casi en exclusiva por alguien a quien todos allí conocían como Hache, pasaba las mañanas y las tardes meciéndose en su butaca, mientras Hache le leía viejos libros de caballerías, le ponía clásicas películas cinematográficas, o reproducía en el tocadiscos los vinilos del guitarrista de ágiles dedos que una vez confundió con el sonido de una habitación rota, pero que cuyo rostro bajo el rotulo de “Django Reinhardt”, ahora le colmaba del mayor de los deleites sensoriales.
3G0 ya no temía al arte, ni al Amor, ni a la vida.
Hache le visitaba día a día, y escuchaba atentamente las narraciones de todas las aventuras que la voz de la senectud del “abuelito querido” repetían sin orden ni mesura.

Todo parecía ya escrito, pero de repente y sin previo aviso, al alba de una fecha cualquiera, mandó llamar 3G0 a Hache, y mostrándose muy turbado e hiperactivo, le pidió que le ayudara a hacer su exiguo equipaje, pues la almohada le había hablado, y se tenía que marchar.

Preguntándole Hache por este extraordinario acontecimiento, confesó “el abuelito querido” que los sueños le habían revelado que aquél sistema de perfecta convivencia que practicaban en la Sociedad del Círculo, únicamente podía ser explicado por el hecho de que todos allí eran en realidad máquinas, y que él era el único humano, pero que por su condición y pasado, estaba contaminado, y era incapaz de amar de verdad.

-Mira, Hache, hay algo que desde que llegué a este lugar no he enseñado a nadie, pues aquí nadie lo necesita. -susurró sacando de la funda de su almohada el libro “Los Mejores Grabados del Cómic Erótico”- *Debo llevarlo hasta un lugar donde sus enseñanzas puedan iluminar a los que aun permanecen cegados.*

Hache trató de explicar al "abuelito querido" que en aquél planeta llamado Tierra, sólo en la isla de los psicópatas reinaba la oscuridad, y le pidió por favor que no tratara de regresar.

Como 3G0 se negó a permanecer en su cama esperando a la muerte sin hacer nada, Hache decidió llevarle hasta un pequeño hangar abandonado.

-Este es un vehículo que puede viajar por el aire. Permanece averiado, pero si lo arreglas, podrás ir a otros planetas lejanos donde necesiten tu libro y tus enseñanzas. -dijo Hache mostrándole una polvorienta mole de metal.

Y con la convicción de que aquello mantendría entretenido al anciano, la vida tranquila de la Sociedad del Círculo continuó.

Lo que Hache no podía haber imaginado, es que el aparentemente desahuciado 3G0 siempre que se proponía algo, por absurdo que fuera, lo acometía con tal brío que lo volvía sensato.
Y pasando todas las horas de todos los días que a aquella fecha siguieron, fue el portador de la Teoría de las Gotas acondicionando la nave espacial, para poder viajar predicando a lo largo y ancho de la gota universal.

</11>
E L / H O G A R

Las sospechas de Hache de que 3G0 estaba a punto de abandonar sin despedirse la tierra de las Nueve Palabras, eran completamente inexistentes. Nadie supo ver en los incesantes trabajos de autentica ingeniería mecánica que el anciano llevaba a cabo en el apartado taller, nada mas que una inocente forma de pasar el rato. No en vano, muchos de sus hermanos Los Iguales se dedicaban a aficiones similares, que de vez en cuando resultaban en grandes innovaciones tecnológicas, o en placenteras obras de arte.

Por desgracia, del mismo modo que todos los que rodeaban a 3G0 pasaron por alto sus serias intenciones de marcharse de allí, los que rodeaban la costa no fueron capaces de detectar a los soldados invasores que pretendían llegar hasta allí.

El Mal atacaba.
El Egoísmo llegaba.
La muerte se cernía sobre la Sociedad del Círculo.

Como no existían fuerzas policiales ni militares, ni se habían previsto alarmas que alertaran a la población, ni se disponía de ningún tipo de arsenal con el que plantar cara al odio haciendo uso de sus propias armas, pronto la fuerza expedicionaria de la Unidad de Contención, convertida ahora en la Unidad de Erradicación, se fue abriendo paso entre las calles de la Sociedad del Círculo, dejando tras de sí un rastro de fuego, sangre, y vergüenza.

Lo primero que preguntó 3G0 cuando Hache corrió hasta el hangar para informarle de lo que estaba sucediendo en el centro de la ciudad, fue que si se sabía el porqué, tras tantas generaciones limitándose a defenderse con Sombras, fortines, y acantilados, de los constantes intentos de las máquinas de llegar hasta ellos y llevarles las Nueve Palabras, ahora precisamente, apenas unos años después de haber él escapado, el único hasta entonces que lo había intentado y logrado, se producía aquella horrible invasión.

Hache habría querido responder que no lo sabía, pero Hache nunca mentía.

-Algunos de los Iguales que lograron escapar de la primera linea de la masacre, han relatado que mientras detenían los brutales asesinatos para reponer fuerzas saqueando las despensas de las casas de los asesinados, escucharon decir a las tropas que si están aquí es gracias a aquél centinela manco que se fugó, demostrando que mas allá del mar había algún lugar a donde ir, y por tanto, que conquistar.

Las palabras de Hache hicieron a 3G0 vomitar de culpabilidad. Pero ante el forzado silencio de Hache, exigió saber dónde estaba La Leona, para ir él mismo a pedir clemencia, ofreciendo su vida a cambio de que la vida de los Iguales fuera respetada.

- Abuelito querido, no es La Leona quien nos ataca, si no El Lobo. -aclaró Hache con gran pesar- *Esa mujer que un día conociste, fue depuesta y ejecutada por el líder de la gran manada del Este, el cual, inmediatamente después de terminar la conquista de todas las Regiones Interiores de la isla, quiso seguir sometiendo, para que su gloria fuera mas grande que la de su predecesora.*

-Al parecer, Los Cánidos hicieron a Los Felinos, lo que Los Felinos le habían hecho a Las Aves y a Los Peces. -concluyó 3G0 con la mirada perdida y casi desquiciada- *Es la pirámide de poder, de abusos, de eterna lucha de la supervivencia Egoísta…*

Y mientras decía esto, comenzó ansiosamente a rebuscar con su única mano sana entre su caja de herramientas.

-¡Me equivocaba! ¡Cuánto me equivocaba, yo que llegué a pensar que eran máquinas esos que ahora sangran al ser ensartados por las espadas del Egoísmo! ¡Ellos eran humanos, y aun así aprendieron a vivir en el Amor!

Hache trató de calmar al anciano, pero ya era demasiado tarde, pues armándose con un martillo, se disponía a rendirse, saliendo a matar.

-¡No tengo excusa, pues yo también podía haber elegido la Verdad de las Nueve Palabras! ¡Pero no fui lo suficientemente valiente y traje conmigo el Mal a este mundo que había logrado depurarse! ¡De nuevo mi presencia va a provocar la destrucción de un pueblo bondadoso! ¡Pagaré y haré pagar!

Al ver que “el abuelito querido” iba a traicionar todo aquello sobre lo que había estudiado, predicado, y tratado de construir como un mundo posible durante mas de la mitad de su vida, Hache, con gran desesperación, le suplicó que no se fuera, pues le necesitaba para poner en marcha el cohete que él mismo llevaba años arreglando, y que ahora podía servir para salvar alguna vida, enviándola lejos del horror.
3G0 aceptó, y prometió esperar en el taller a que Hache trajera el combustible del vehículo, el cual había escondido lejos de allí con la certeza de que la nave siempre permanecería inservible al carecer de esta sustancia, y “el abuelito querido” no podría darle ningún uso real.

Entonces los Egoístas se cansaron del exterminio cuerpo a cuerpo, y decidieron acelerar el proceso:Las calles de la ciudad fueron bombardeadas. Explosiones por doquier fragmentaron edificios, personas, y esperanzas.

Todo parecía haber terminado, cuando Hache, que durante su trayecto de repostaje a través del humo y la metralla había sucumbido al impacto de una granada, recuperó repentinamente la consciencia arrebatada, descubriendo para su sorpresa que se encontraba en el interior del transporte espacial.
Su cuerpo había sido cuidadosamente colocado en el asiento de la cabina, ante el cuadro de mandos de la nave. En el panel de instrumentos pudo leer la cuenta atrás de la ignición que ya estaba en marcha.

-Abuelito querido, ¿qué has hecho? ¿Por qué a mí has salvado? -gritó por el intercomunicador que conectaba el vehículo con el exterior.

-Porque mi momento ha pasado. Ahora todo queda en tus manos.

-¡Contaré tu historia! -exclamó Hache viendo que las comprobaciones previas al inicio de la propulsión terminaban.

-Mi historia importa menos que la historia de una patata. Lo único que debes hacer es transmitirle a otros el mensaje del Amor.

Y mientras la nave despegaba, Hache pudo ver a través del grueso cristal de las ventanillas como un grupo de Sombras entraba en el hangar, y como 3G0 abría sus brazos, recibiendo en el pecho una descarga de fuego.

Esta vez el libro de “Los Mejores Grabados del Cómic Erótico” que tras la pornografía escondía la Teoría de Las Gotas, no pudo salvar a 3G0 interponiéndose entre su corazón y las balas, pues “el abuelito querido” lo había depositado sobre las piernas de Hache, para que el conocimiento de las dos energías siguiera expandiéndose por la materia.

Tendido y sonriente, mirando hacia las estrellas para toda la eternidad. Esta fue la última imagen que Hache captó de 3G0 antes de que el cohete levantara el vuelo verticalmente, saliendo de aquél planeta llamado Tierra.

-*Te doy de nuevo la bienvenida a bordo, Hache, Tres, Ene, Siete, Cero, Pe, Cuatro, Ene.* -pronunció de pronto la voz del ordenador de la nave- *¡Regresamos a nuestro hogar!*

</12>
EL/FINAL

A U T O F A G I A



"La humanidad se devora a sí misma en un ciclo de enfrentamiento y dolor que los seres cobardes y los psicópatas se esfuerzan en definir como eterno. Algunos otros, los que no se resignan, tratan a menudo de elaborar rutas redentoras que suelen resultar en laberínticas, y casi siempre incoherentes, estructuras dogmáticas. Pues bien, yo les pido que dejen de hacer complicado lo sencillo, ya que sólo existen dos opciones para terminar con este sufrimiento colectivamente engendrado: Podemos masticar mas deprisa y devorar cuanto antes nuestras propias carnes para descansar así en la paz de la nada, o sencillamente dejar de morder. Les digo esto con preocupación, porque durante mis mas recientes investigaciones he descubierto que si la humanidad no toma esta decisión por sí misma, pronto lo harán otros seres, lo cuales, por no compartir con nosotros la categoría de humanos, tampoco compartirán los temores de ejecutar una solución extrema para nuestra absurda autofagia. Todo esto ya lo expuse en mi último artículo, pero dentro de poco podrán leerlo debidamente desarrollado en el libro que comenzaré a escribir esta misma semana..."

-Ana Nur

(Extracto del discurso pronunciado en la Facultad de Ciencias de la Información durante la sesión inaugural del curso "Periodismo Sin Miedo ")

< / P R Ó L O G O >

Esta es la historia de Ana Nur, la primera persona que escribió un libro estando en coma. Mas bien Ana Nur fue la primera que desde el reino de la muerte logró trasmitirle a los vivos una Verdad que no estaba dispuesta a entregarle a las tinieblas. Puede que como ella, muchas otras almas despiertas en cuerpos dormidos compusieran también grandes obras grabadas en fugaces impulsos eléctricos, para perderse luego entre los muros de una biblioteca formada por soplos de vapor. Nunca lo sabremos.

Lo que sí sabemos es que Ana Nur tenía un DeLorean. Pero Ana Nur ahora está en coma, pues el DeLorean era un coche, no una máquina del tiempo. Con él sólo podía desafiar al espacio, y cuando se salió de la carretera ya no hubo vuelta atrás. Es por esta apreciación técnica que Ana Nur ahora está en coma. Por esto y porque cuando Ana Nur trató de contarle a este mundo cómo era posible cambiar este mundo, este mundo trató de hacerla callar. Y aunque este mundo logró cortarle las alas, o mas bien lo frenos de las ruedas del DeLorean, Ana Nur no calla. Desde la quietud de sus sábanas hospitalarias me habla sin mover los labios. Con sólo dos dedos y mucha paciencia basta.

Al principio el caso de Ana me pareció un accidente de tráfico más. Ni siquiera me molesté en pasar a verla cuando la ambulancia la lanzó a nuestros brazos por el pasillo de Urgencias. Tras varios días ingresada, los médicos descubrieron que podía mover parcialmente una mano. Dijeron que eso ocurría a veces, pero que más allá de ser un signo de cierta esperanza en su posible recuperación, no implicaba nada de relevancia. Simples espasmos involuntarios, los llamaron.
Sin embargo este hecho propulsó mi curiosidad científica en dirección a su solitaria estancia, y al verla postrada en aquella aséptica cama, con el rostro ausente pero sereno, supe enseguida que Ana Nur no era de las que se rinden fácilmente. Puede que hasta ese momento nunca hubiera oído hablar de Ana, ni supiera un ápice de su historia, pero mi experiencia en la Unidad de Cuidados Intensivos tras un nada desdeñable número de horas de infiltración entre el personal de enfermería analizando los límites de la condición humana, me había proporcionado una cierta intuición.
Ana Nur quería vivir.
Ana tenía pendiente una tarea mas importante que la propia Ana.

Confirmando mis predicciones, y demostrando que la resolutiva energía que parecía emanar de su lecho era tan real que casi podía enfrascarse, no demoró mucho tiempo en arrebatarle un nuevo órgano a las paralizadas latitudes de su anatomía: Ana podía escucharnos.
Hubo conatos de comunicación con los doctores, los cuales establecieron un elemental sistema de monosilábicas respuestas, usando la flexión del dedo índice para las afirmativas, y del dedo gordo para las negativas. Nadie se atrevió a preguntarle si quería que la desconectaran de las máquinas que mantenían sus funciones vitales artificialmente activas. En realidad, supongo, nadie llegó nunca a planteárselo, pues el mayor tesoro del personal sanitario es la vida, y su misión conservarla.
Pero Ana tenía su propia misión, y era cada vez mas evidente que ningún enemigo externo ni interno le iba a impedir llevarla a cabo.

Aunque Ana Nur no recibía visitas, ni de familiares, amigos, compañeros, o alumnos, poco a poco fui descubriendo que si algo podía decirse de aquella reputada periodista y profesora universitaria, es que era inusualmente joven, abrumadoramente coherente, pero por encima de cualquier otra cosa, admirablemente valiente.
Demasiado valiente para este mundo.
Bien podría haber conquistado y disfrutado su propio imperio de oropeles y medallas, pero eligió sacrificarlo todo por contar la Verdad.
Puede que por esto la gente temiera acercarse a ella, e incluso muchos la repudiaran, como ya he podido comprobar que suele sucederle a los seres humanos que tratan de iniciar cambios que mejoren la vida de los otros seres humanos, las de las otras criaturas con quienes comparten su hábitat, o incluso la del precioso planeta azul en el que surcan el universo. No les culpo, pues ese rechazo es la reacción primitiva de quienes temen que la mejora les haga perder lo poco o mucho que tienen. En cualquier caso, el hecho de su abandono me repugnaba, e hizo que mi interés por Ana Nur se acrecentara aun mas. Deseaba hablar con Ana, y sabía que Ana necesitaba apremiantemente una conexión con el mundo material. Por ello decidí enseñarle el código Morse, con la esperanza de que sus funciones cognitivas lo pudieran procesar.
Pronto, sin darme cuenta, me había convertido en su voz; en su pluma; en el último bastión de sus palabras.

Ni ella ni yo habíamos usado nunca el Morse. Todo dependía de que Ana lograra aprenderse los treinta conceptos clave asociados a las letras y los signos de puntuación del abecedario. Cada concepto empezaba por la letra que Ana quería comunicar, siendo que las vocales que componían dicho concepto se representaban en mi cuaderno como puntos, exceptos si eran la letra “o”, que contabilizaban como una raya. De este modo Ana iba haciendo los puntos moviendo el dedo que un día fuera “sí”, y las rayas con el dedo que hasta entonces había usado para el “no”. Nuestro sistema de comunicación sufrió una explosión evolutiva que me hizo llorar.
Ana aprendió la regla mnemotécnica en apenas dos sesiones, mientras que yo necesité el cuaderno de apuntes durante semanas, pero por fortuna, como Ana podía oírme, yo no tenía que traducirle mis palabras, lo cual aceleró enormemente el proceso. Sus dedos se movían con progresiva soltura, y a ojos de cualquiera que no supiera lo que estábamos haciendo, eran simples espasmos aleatorios. Yo traducía día y noche sin parar.

Así, de esta fatigosa pero bella forma, Ana Nur me fue dictando el libro que tenía pensado empezar a escribir justo antes de que su DeLorean se estrellara en una larga carretera que, alejándose de los neones violetas y los rascacielos de cristal, se perdía en el horizonte en dirección al Sol.

Hoy aquí les presento las transcripciones de mis horas junto a su cama.
Hoy Ana con su objetivo cumplido por fin descansa.

Mientras los níveos azulejos de este hospital nos guardan, Ana Nur y yo seguiremos hablando, pero lo haremos ya sólo como dos luces tranquilas en un viaje compartido a través del silencio. Queda en manos de quienes lean su historia, el juzgar si el Amor de Ana por la humanidad, que incluso burló a la muerte para llegar a estas paginas, tiene o no algún valor.

H3N70P4N

< / 0 1 >
M I / D E S P E R T A R

Nada surge de la nada. Todo es una evolución del único fragmento no desechado de la realidad anterior. De lo que se marcha puede quedarnos una imagen, un recuerdo, un gen, o una palabra. Estas serán la esencia salvada sobre la que construiremos el momento posterior; el mundo posterior; la vida posterior. El final no existe si podemos seguir aportando. Yo quiero sumar mi granito de arena, y por eso dicto este libro. Sé que aun no es tarde. Aunque ahora estoy dormida, también estoy despierta. Mas despierta que nunca. Antes, cuando vivía, sin saberlo sólo dormía. Pero un día desperté de ese sueño, para darme cuenta de que debía volverme a dormir. Me negué a hacerlo, y esa decisión me trajo hasta este limbo que llaman coma. A mí mas bien me parece un punto final. Si sigo luchando es porque creo que he de contarles una Verdad que puede que ya sepan, pero necesiten recordar. Sé que da miedo. Yo si pudiera temblar temblaría, pero de mí ya sólo quedan un puñado de letras. Pueden creerme si les digo que no tenía necesidad de exponerme al peligro de abrir los ojos a la Verdad. Vivía bien en mis éxitos profesionales y mis discretos lujos domésticos. El que hiciera lo que hice se debió únicamente a que no me quedó otro remedio. Lo elegí, sí, pero aunque he de confesar que traté de resistirme apretando mis parpados lo mas fuerte que pude, una vez atisbé la luz, el aceptar la oscuridad me pareció una traición que me consumió por dentro. Y sin embargo ahora vivo sumida en una prisión hecha de sombras. Aun así, les aseguro que no lamento el precio. Sé que pensarán que deliro si les digo que renuncié a todo mi oro por esto. Lo cierto es que la mañana que desperté rodeada de lingotes en mi apartamento, sin saber dónde estaba ni qué había hecho, me sentí afortunada por un momento. ¿Qué regalo era ese? ¿De dónde había sacado yo tal esplendido e inesperado tesoro? Cuando me miré al espejo, mi rostro era ojeroso, pero sonreía. Lo único que definía ya todo mi mundo es que era rica. Salté de alegría. Tras unos instantes de arrebatada danza, el sudor empapó mi cuerpo y me senté a reflexionar. No lograba recordar las horas que habían precedido a todo aquello. La última imagen que mi memoria atesoraba, era la del mostrador de una farmacia. Aquella ancianita de bata blanca que me estaba vendiendo una tableta de pastillas, no era mi boticaria habitual. ¿Por qué habría ido hasta ese lugar? Una punzada en el pecho me recordó que antes de eso estaba triste. Muy triste. Asuntos sentimentales. Lo de siempre, supongo.

Pero nada que no supiera que pronto iba a superar. Entonces, ¿qué habría sido distinto esta vez para empujarme a conseguir unos antidepresivos tan a la desesperada? ¿Ni siquiera había podido aguantar hasta la cita médica para recibirla la receta? ¿Me habría acaso envenenado por acudir a los servicios de alguna droguería ilegal? Debía revisar mis últimas acciones. Doy gracias a que los movimientos de todos los ciudadanos quedan registrados en la red informática mundial por la señal de localización que desde nuestros bolsillos emiten los ordenadores móviles. Siguiendo mi huella virtual pude rastrearme, y descubrí que mi presencia se perdía hace seis semanas en mi propia casa. Tuve que leer la fecha varias veces para creérmelo. No se trataba de un error: Lo olvidado no eran horas, si no un mes y medio. De la duda que dejó la euforia, pasé directamente al terror. Al revisar todos mis servicios de comunicación digital, pude leer casi un centenar de preocupados mensajes de seres queridos y colegas del sector. Me buscaban; me necesitaban; me imploraban que regresara. Cuando me aparté de la pantalla y contemplé de lejos aquella desesperada cascada de unos y ceros que había quedado como único recuerdo de mi desaparición, recordé que todo aquello ya me sonaba: Mientras investigaba para uno de mis artículos de prensa, una fuente no oficial mencionó por error la proliferación de extrañas ausencias, nunca mayores de uno o dos meses, que ciertos sectores se estaban empeñando en maquillar como “vacaciones por histeria repentina”. En su día me hizo gracia. Ahora me hizo gritar de impotencia. ¿Qué me había pasado? ¿Era yo también una víctima de esa “histeria repentina”? El único testigo que me quedaba era el oro. Corrí hacia los lingotes. Los levanté y lancé por toda la habitación. Tardé en darme cuenta de que entre las lágrimas de mis ojos se dibujaba una especie de serpiente o dragón enroscado que había sido cuidadosamente grabado sobre el reluciente metal. Traté de respirar profundamente para calmarme. Aquello era una pista, y si algo me había hecho ser tan buena en mi trabajo, era el saber seguir una pista hasta el fondo. Dediqué varios minutos a comparar metódicamente las imágenes de cada áureo ladrillo. El alargado reptil que se mordía su propia cola, parecía ser igual en todas. Aquello no me estaba aportando mucho, hasta que retiré el último lingote del conjunto. Bajo este, haciendo de base sobre el suelo, una nota de papel que me anunciaba: “Si cuentas algo de esto, te quitaremos el oro y la vida. Sabes que podemos hacerlo, igual que tú se lo hiciste a otros. Lo tenemos todo grabado. No pienses, simplemente disfruta de tu parte del botín.” Tuve que correr hasta el baño para vomitar. ¿Era aquello el pago de un asesinato?

< / 0 2 >
¿ Q U É / H E / H E C H O ?

Una vida entera pensando que me conocía a mí misma, y cuando se interpuso en mi camino aquella maldita pregunta, no supe responder. Esta vez me fue imposible hallar refugio bajo las sábanas o el agua de la ducha. Sólo la huida al volante de mi DeLorean se me antojaba como posible liberación. Obedecí a mis impulsos. No luché. Y mentiría si les dijera que sé cuánto tiempo pasé dando vueltas por las calles, pues bajo las luces fluorescentes de la gran ciudad, el día y la noche se confundían como una misma cosa. Veía desfilar los gigantescos escaparates de cristal de las carísimas tiendas, oculta tras el cristal de mi exclusivo coche deportivo. Por momentos me sentí maniquí de mi propia mentira, y envidié a aquellas muñecas de plástico cuya única preocupación era estar guapas. Pero imaginarme atrapada en el interior de uno de aquellos rígidos cuerpos, existiendo únicamente para ser el perchero de los trapos de moda, hizo que se me revolvieran aun mas las tripas, y pisara a fondo el acelerador. La goma de los neumáticos rechinaba al pasar derrapando sobre las lineas de tránsito pintadas en el asfalto. Los peatones me chillaban. A mí no me importaba. Sólo quería dejar atrás el monstruoso fantasma en el que de pronto me había convertido, aunque ni el mas potente motor, nutrido de los mejores combustibles fósiles, podía alejarme de la idea de que yo hubiera sido capaz de matar a otro ser humano. El no poder negarlo con total seguridad, era ya para mí suficiente delito. Detuve el DeLorean junto a un vagabundo. Parecía mas muerto que vivo, tendido entre cartones en aquél sucio callejón. Apagué el motor. Él no se movió. Una rata le mordisqueaba un pie. Permanecí observándole desde mi asiento, mientras las cintas de Com Truise, M83, o Kavinsky, se intercalaban en mi radiocasette. ¿Cómo podía vivir alguien de semejante forma, durmiendo en la basura, comiendo de la basura, siendo basura? Cuanto mas le analizaba, mas me convencía de que si acababa con su existencia, le estaría haciendo un favor. Quería encontrar la excusa que justificara mi intento de homicidio, sólo para ver si me atrevería a hacerlo. Necesitaba saber si yo era la persona descrita en esa nota que me ataba al oro. Pero sin previo aviso, las melodías de los sintetizadores cesaron. La batería del DeLorean se había agotado. Entendí enseguida que la posición de poder que me otorgaba el disponer de la protección de mi potente vehículo, acababa de esfumarse. Estaba a la deriva en medio de aquella hostil colmena humana, y me supe vulnerable.

Bajé un palmo la ventanilla. Respiré una honda bocanada del denso aire de la metrópolis. El aroma a pescado podrido, humo de tabaco, y etílicos orines, me recordó mi constante lucha por conservarme en un estado de máxima pureza. ¿Quién podría creer que alguien que había custodiado su inocencia como el mayor de los tesoros, podía si quiera pensar en manchar sus manos arrebatando un alma ajena? ¡Me habían engañado! ¡Yo no estaba tan corrompida como para hacer algo así! Abandoné el DeLorean, y eché a correr en dirección a una de las grandes avenidas. Por una de las aplicaciones de mi computadora móvil pedí un transporte que me llevara de vuelta a casa. Cuando por fin conseguí subirme al vehículo de pegajosos asientos de cuero, mis brazos estaban arañados y llenos del carmín de territoriales prostitutas. El signo de mis preocupaciones cambió mientras clavaba mis ojos en el granujiento cogote del conductor: No necesitaba descubrir lo que yo era capaz de hacer o había hecho, si no qué mente perversa me había empujado a hacerlo. Ante el portal de mi edificio descubrí que durante el trayecto se me había pegado una gominola al culo. Pero ya estaba a salvo. A salvo de la implacable urbe, pero sobretodo a salvo del derrumbe de quien hasta ahora había creído ser.

</0 3>
EL/ARMARIO

Superada la inicial crisis existencial, decidí que había llegado el momento de esconder el oro en el armario, y dar señales de vida. La primera persona a la que pensé en avisar de que me encontraba bien, y que al día siguiente retomaría mi rutina perdida hace mes y medio, fue la misma que provocó que necesitara los tranquilizantes que iniciaron toda aquella pesadilla. Afortunadamente un instante de lucidez me evitó cometer semejante error. Todo quedaría resuelto con un sencillo mensaje en el tablón público de mis redes sociales digitales: “Vacaciones terminadas. ¡Vuelvo a la acción!”. Por ahora me ocultaría tras la mentira oficial de la fuga histérica, para así poder investigar sin levantar sospechas. Aunque tenía que preparar el inicio del curso “Periodismo Sin Miedo”, que en apenas un mes impartiría en la universidad, sabía que si empezaba a ocuparme de asuntos que no fueran el averiguar lo que me había pasado, pronto me parecería que no había sido tan grave, y que los esfuerzos y peligros por denunciarlo no merecían la pena. Sacaría el oro de las cajas de zapatos, y comenzaría a comprar cosas con él, obedeciendo de este modo los designios de quienes me lo entregaron: Gastar y callar. Pero yo tenía mi sueldo, que aunque humilde, me permitió contratar desde mi ordenador móvil los servicios de un chico que llevaría una batería nueva hasta mi DeLorean, y me lo dejaría aparcado en la puerta de casa. No necesitaba mas. Al amanecer me dirigí directamente a la redacción del periódico. Cuando el personal de los servicios noticiarios me vio aparecer, todo eran abrazos y buenas palabras. Sin embargo la preocupación manifestada en sus mensajes durante mi ausencia, se había esfumado. Mientras me servían un humeante café de máquina, me lo contaron: Alguien se había presentado allí el día anterior, explicándoles que ya me habían localizado. Supuestamente acababa de bajarme de un avión que venía de un paradisíaco destino vacacional. Sorbí despacio mi incandescente dosis de cafeína, tratando de ganar tiempo para analizar lo que eso significaba. Si el misterioso visitante decía que aquello había sucedido ayer, antes de mi publicación, y cuando en realidad donde estaba era lanzando como una loca lingotes por mi habitación, sólo podía deberse a que ese alguien estaba anticipando mi tapadera. ¿Pero quién? Al preguntar por la identidad de la fuente, me dijeron que se había acreditado como miembro del Ministerio de Información, organismo del cual dependía el periódico, y por tanto, nadie quiso hacer mas preguntas al respecto.

Ya tenía dos pistas que seguir: A la autofágica criatura grabada en el oro, y al extraño que había mentido a mis colegas de profesión. Empecé por lo fácil, y cogí el ascensor rumbo a la sala de seguridad del sótano. En el hilo musical sonaba en bucle la discografía completa de HOME. Los ritmos Vaporwave siempre me hacían bailar. Traté de contenerme mientras mis caderas agitaban mi larga falda de forma casi imperceptible. A mi lado, mirando al techo de la cabina en descenso, una ilustradora de pelo rosa, vestida con un mono rosa, y calzada con unas converse all-stars rosas, hacía una enorme pompa con un reluciente chicle rosa. Nos sonreímos al salir. Tenía los dientes rosas. Un guardia gordo y malhumorado me recibió con los pies apoyados sobre su escritorio. La pared de su despacho la formaban una superposición de monitores, cuyas imágenes en blanco y negro mostraban lo que captaban las cámaras de vigilancia de todo el recinto. Le pedí revisar las grabaciones del día anterior. Lanzó a la papelera lo que le quedaba de una hamburguesa a medio comer, se encendió un cigarrillo, y sus pulmones estuvieron escupiendo humo sobre mi cara hasta que lo encontramos: El hombre trajeado que había llegado diciendo que representaba al poderoso Ministerio de Información, no lo había hecho en coche oficial, si no en uno contratado por una aplicación. El tiro de cámara que daba a la calle de la entra principal, captaba perfectamente el modelo del vehículo, gran parte de la matricula, e incluso la cara del conductor. Fotografié con mi ordenador móvil los bidimensionales rostros de ambos, y salí lo mas deprisa que pude de aquél agujero de indescriptibles pestilencias. Mientras regresaba a las perfumadas y coloridas plantas superiores, fui buscando al chico del video en los avatares virtuales de la página de servicios. Antes de que las puertas del elevador se abrieran ya había localizado el perfil en donde se ofrecía como transportista urbano. Le contacté de inmediato. El joven tenía buenas puntuaciones de los usuarios, y en pocos minutos se había presentado en la puerta de la redacción. Subí al impersonal automóvil, y le expliqué el asunto directamente. Tras mostrarle la pantallita de mi computadora, enseguida reconoció al que fuera su cliente. Aunque me dijo que la información de los trayectos era confidencial, declaró ser gran seguidor de mi columna de opinión, por lo que accedió a llevarme hasta donde le había dejado el día anterior. El edificio se encontraba en la parte artística de la ciudad, es decir, en los peligrosos suburbios. Me extrañó que las puertas estuvieran abiertas de par en par. ¿Sería una trampa? Dudé, pero sabía que no podía permitirme perder aquel rastro, asique entré para descubrir que su interior era un claustrofóbico entramado de pasillos entre pequeños cubículos.

Al preguntar por el hombre de la foto a lo que parecía ser un grupo de estrafalarios mineros reunidos entorno a los planos de unos túneles, me dijeron entre risas que la persona que andaba buscando era al que allí conocían como “El Señor Cosquillas”. Por el nombre pensé que quizá sería un torturador a sueldo. Aun así fui hasta el despacho que me indicaron, que mas bien era un armario. Llamé a la puerta, y nadie respondió. Traté de abrirla, pero parecía atascada. No pensaba marcharme de allí sin obtener información, asique la empujé todo lo fuerte que pude con mi hombro. Finalmente, la madera cedió de golpe, y caí de rodillas en el interior de la estancia. Al levantar la vista, a un palmo de mi cara, vi surgir la palpitante serpiente que pendía entre unas robustas piernas; el torso cincelado por incisivas cicatrices de un penetrante blanco; y el maquillaje de terrorífico payaso que cubría una inapropiadamente alegre faz. Durante unos incómodos instantes no fui capaz de apartar la mirada del imponente cuerpo desnudo. Desde luego aquél no era el reptil que andaba buscando.

</04>
COMPRO/ORO

El Señor Cosquillas se cubrió con una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros, limpió su cara con unas toallitas húmedas, y me ofreció asiento en un pequeño taburete circense. Al parecer, aquél lugar no era una siniestra base de operaciones clandestinas del Ministerio de Información, si no un espacio de trabajo comunitario para empleados autónomos. Allí, trabajadores pobres como él, podían permitirse alquilar una porción de techo desde la que ganarse el pan. A pesar de la impactante impresión inicial, El Señor Cosquillas fue muy amable en todo momento. Me contó que se dedicaba a hacer pequeñas recreaciones por encargo, asumiendo personajes, y simulando las situaciones que los clientes de la aplicación le solicitaban. Estos encargos no le daban para vivir, asique también ofrecía espectáculos sexuales en directo por la cámara de su computadora, desde el mismo lugar donde nos encontrábamos. Les confieso que me sentí algo incómoda con esta revelación, pero necesitaba saber quién le había contratado para hacerse pasar por el funcionario que fue a explicar la mentira de mi regreso. No puso objeciones a mostrarme la parte privada de su perfil digital, y para mi decepción, el usuario que le había contactado y pagado por el trabajo, ya no existía. Mi investigación volvía al principio, pero al menos ahora sabía que quien hubiera detrás de todo aquello, operaba utilizando a empleados temporales para perpetrar sus engaños. Me fui del precario refugio oliendo a lubricante y ramen de microondas. El día transcurrió entre meditaciones sin que me diera cuenta, y a la mañana siguiente mis tripas me avisaron de que se me había olvidado comer. Me encontraba sumida en la planificación de mis próximos pasos, siendo consciente de que debía andarme con mucho cuidado. No podía acudir a mis fuentes en la policía, pues rápidamente relacionarían el caso que les llevaba, con mi propia desaparición temporal. Sólo me quedaban los siempre valiosos informantes anónimos de la red virtual. Escribí un mensaje a la primera persona a la que había oído hablar de todo esto, por el mismo foro por el que se le escapó que el asunto se estaba tratando de encubrir. Tendría que esperar a que me leyera, y decidiera si contestar o no. Mientras me disponía a ducharme y pedir algún menú de comida a domicilio, me atacó la ansiedad: No podía respirar; debía resolver el caso cuanto antes. Un viejo chándal de llamativos motivos fosforitos hizo las veces de coraza para la guerra. El buscador de mi ordenador estaría pronto en llamas.

Una ardua y secreta batalla entre mis conexiones neuronales y la infinidad de posible información existente en los confines de una red mundial que era alimentada sin descanso para conectar las computadoras personales de la práctica totalidad de los seres humanos, se estaba llevando a cabo. Respiré. Tras enfrentar mis retinas al agresivo brillo proyectado por el cristal, lo suficiente como para confundir vacuas opiniones con argumentos lógicos, decidí cesar mis consultas y acudir al primer resultado que apunté en mi cuaderno de notas. Había estado buscando lo que buscaría alguien que quisiera quedarse con el oro. Al introducir las palabras "lingotes de oro", el algoritmo del explorador autocompletaba a las opciones mas utilizadas, y "cómo deshacerse de lingotes de oro" o "cómo cambiar lingotes de oro por dinero", eran las primeras. Revisé la sección de estadística, y mostraba que a partir de cierta fecha, hace menos de un año, las solicitudes de rastreo a este respecto se habían disparado. ¿Sería entonces cuando la siniestra organización de la serpiente enroscada comenzó a operar? Sabía lo suficiente para hacer despertar las bujías del DeLorean, y montar la guardia frente al enorme cartel de un concurrido local en el centro, el cual rezaba en parpadeantes letras amarillas: Compro Oro. Si todo era correcto, allí era donde tasaban, pagaban, y fundían el dorado mineral, de forma mas eficiente y discreta. Tras observar el flujo del tráfico de la tienda, decidí entrar. La dependienta se mostró reticente a ofrecer respuestas acerca de la llegada de ladrillos con el grabado autofágico, pero cuando le dije que poseía uno de ellos, sus codiciosos ojos se iluminaron, y reconoció que últimamente recibía muchos de aquella serie. Además, era un oro excelente. Ya casi me estaba besando las manos para conseguir que le trajera el lingote, cuando se me ocurrió preguntarle si había informado de aquello a la policía. Palabra tabú. Se limitó a despacharme exclamando que si acaso era una poli, y que eso arruinaría el negocio. La creí. Al dejar atrás a los guardias armados de la puerta, pude darme cuenta de que la adrenalina había invadido mi cuerpo: Ya tenía un lugar para establecer el acecho de mi caza. Corrí hasta el DeLorean y me acurruqué en el asiento con la mirada clavada en los charcos de amarillentos reflejos de la acera. Lo más difícil sería identificar a la persona correcta. Nadie iría por la calle con un lingote reconocible a simple vista. Pero me equivoqué. Una torpona anciana dejó caer el suyo varias veces antes de lograr entrar. Esperé a que saliera para abordarla. En cuanto le pregunté por la procedencia del oro, echó a correr con extraña agilidad. Le grité que yo también sabía lo de la nota, y al detenerse y girarse, pude ver en su rostro el clamor de la clemencia.

< / 0 5 >
U N A / M Á Q U I N A / D E / A V A R I C I A

Invité a la anciana a un café en un puesto callejero. Mi estómago llevaba tanto tiempo vacío, que al encontrarse con el abrasador caldo, quiso expulsarlo por donde fuera. Me retorcí mientras la mujer me hablaba. No lograba imaginarme para qué podían haber involucrado en toda aquella oscura trama a una persona tan frágil y de aparente poco valor. Cuando terminó de contarme su historia, empecé a suponer escenarios. Al parecer, aunque ya estaba jubilada, había trabajado mas de cuarenta años como ingeniera química en unos laboratorios. Ahora se pasaba los días viendo la televisión, dando de comer a los patos, y yendo y viniendo de la farmacia y el supermercado. ¿La habrían usado para hacer bombas? ¿Tal vez en una operación de drogas? Ella no lo recordaba, pues su despertar fue idéntico al mio: Amnesia y lingotes en la tranquilidad de su propio hogar. Le conté que creía que como a nosotras, estaban usando a ciudadanos inocentes para fines criminales. Su gesto de horror e indignación fue claramente impostado. En realidad, me dijo, aunque lo que nos había pasado y estaba pasando a otras pobres personas, le parecía fatal, a su edad, y en sus condiciones de desamparo con una pensión gubernamental que ya casi era inexistente, poco podía hacer. Prefería no saber nada y quedarse con el oro; elegía no ver y disfrutar. Yo no supe qué decir. Me limité a correr en dirección al baño a purgar mis vísceras de tanto veneno. De cuclillas, sobre el gélido mármol del retrete, me prometí a mí misma que no desistiría hasta encontrar a alguien valiente que quisiera depurar el mundo, y juntos, enviar todo lo sucio a las cloacas con la fuerza que lo estaban haciendo ahora mis nalgas. Los dos días siguientes los pasé sin comer ni dormir apostada en el DeLorean frente a la tienda de Compro Oro. Cada vez que creía localizar a alguno de los abducidos por el reptil dorado, salía del coche y me lanzaba sobre ellos para interrogarlos. Las confesiones siempre eran emotivas; los resultados no variaban. Ni una sola de las víctimas de la red quería involucrarse en destaparla. El premio, fuera lo que fuera lo que les habían hecho hacer, parecía merecerles la pena. Pensé que por pura estadística, acumulando horas e individuos, terminaría por encontrar a alguien que quisiera renunciar a su oro para conocer la verdad. Como no fue así, mi mente se fue sumiendo en una impotencia enajenante, y, no podría decirles cómo, acabé agrediendo brutalmente a un joven marinero que quería el dinero para un comprarle un opulento anillo de boda a su prometida.

Vino la policía. Me detuvieron. Al verme con los agentes uniformados, la dependienta de la fundición me lanzó una fulminante mirada de odio desde la puerta. Por primera vez conocía la sensación de ver el futuro cubierto por un velo de barrotes de acero. Tras haber pasado dos jornadas de vigilancia en la calle, estaba tan sucia como las mas ilustres vagabundas del penal. Enseguida me integré. Una adicta al chocolate me abrazaba temblando, cuando la puerta de mi celda se abrió. Era una mandíbula cuadrada y unos desafiantes ojos verdes, a los que alguien había puesto una chupa de cuero y una placa de detective. Su enorme mano asió mi brazo con firmeza, y tirando de mí sin ninguna consideración, me arrastró hasta lanzarme al interior de lo que parecía ser una sala de descanso para el personal. Vi que había dos camas deshechas. Temí lo peor. Mientras las venas de sus robustos brazos me rodeaban para quitarme las esposas, pude oler su fragancia dulzona. Luego, se alejó hasta una esquina de la habitación, y apoyándose en una de las paredes sin apartar su pétrea mirada de mí, me dijo que sabía lo que me había pasado, y lo que estaba intentando hacer. Temblé tanto que mis piernas casi ceden y me hacen caer. Por fortuna, las intenciones del intimidante oficial no resultaron ser tan hostiles como yo había imaginado. Estábamos en un lugar seguro, sin cámaras ni micrófonos que pudieran espiarnos. El haber elegido aquella ubicación para interrogarme era sencilla: No quería que declarara nada de forma oficial. Si colaborábamos, me liberaría sin cargos. Yo le pregunté por qué. Me explicó que seguía mis redes sociales virtuales, y que conocía de mis “vacaciones por histeria repentina”. También sabía que aquél era un fenómeno que se estaba extendiendo por nuestro Estado, pero que otros muchos Estados lo habían sufrido primero, y que no era una plaga espontánea, si no el plan deliberado de una inteligencia siniestramente calculadora. A pesar de que algo me decía que no me entregara a él tan fácilmente, tras cinco días de autentica agonía, por fin había encontrado un aliado, un amigo en el que poderme apoyar. Acepté reconocer ante el comisario que mi incidente con el marinero se había debido a que me encontraba bajo la influencia de sustancias psicotrópicas. Pagué una pequeña multa, y regresé en el DeLorean hacia mi casa, con el coche de aquél poli llamado Ioudas, pegado como un caramelo a mi culo. Él insistió en pedir hamburguesas y seguir charlando. Durante la cena, me estuvo contando que llevaba mas de ocho meses estudiando el caso por su cuenta, pero que sus jefes se lo tenían prohibido, pues a ellos se lo habían prohibido los de arriba. Desde aquél momento empezamos a llamar a aquellos opacos poderes, “Los De Arriba”.

Entre migas de pan y trozos de lechuga pegados a mis dientes, yo le fui exponiendo la totalidad de mis averiguaciones: La clave estaba en la dimensión virtual, pues era desde donde movía sus hilos la enigmática entidad. Por su parte Iou, como me pidió que le llamara, había logrado arrancarle carne viva al entramado digital: Varios detenidos, todos apresados en casuales incidentes aislados, confesaron que pertenecían a células activas de la organización, y al no haber sido sometidos todavía al proceso de “amnesia y lingotes”, pudieron revelar parte de la estructura interna de la misma. Todo se basaba en la baja temporalidad: Una férrea jerarquía interna distinguía a los recién llegados, de los veteranos. Estos últimos repetían los rituales que les habían enseñado al llegar, y cuando alguna persona era “reclutada”, es decir, secuestrada por la célula, la hacían pasar por “el primer acto”. Para ello la llevaban hasta la casa del más veterano del grupo, que habría pasado en la organización entorno a los dos meses, o sencillamente de quien ya había cumplido los objetivos para los que había sido captado, y la hacían presenciar como este individuo “liberado” se administraba a sí mismo la sustancia que le provocaría la amnesia. Luego, los componentes restantes, junto al recién llegado, dejaban al lado del cuerpo inconsciente el correspondiente montoncito de lingotes de oro y la nota. Aquél era el modo que tenían de convencer a los “reclutados”, igual que les habían convencido a ellos. Todos sabían que si cumplían las órdenes, en unas pocas semanas les dejarían durmiendo plácidamente en sus hogares como si nada hubiera pasado, y lo que es mas importantes, habiéndose convertido en personas ricas. Paré de masticar. Era peor de lo que me imaginaba: Si aquello era cierto, no me habían obligado a nada, si no que yo había aceptado participar voluntariamente. La cabeza me daba vueltas, pero Iou continuaba explicándome que desde las primeras detenciones, todo aquello ya estaba en conocimiento de “Los De Arriba”, pero que no se había podido hacer nada, pues los jueces tenían que considerar a los “reclutados” como víctimas y no como criminales. Al fin y al cabo eran ellos quienes habían sufrido el secuestro. La defensa de estos paradójicos detenidos aseguraba que los que se negaban a colaborar, eran llevados por otras células, probablemente para ser ejecutados, lo cual eliminaba cualquier tentativa de resistencia que pudiera quedarles. Traté de levantarme pero estaba mareada. Además, la digestión de un buche por fin lleno, estaba ejerciendo su somnífero efecto. Sujeté mis parpados para mantenerlos abiertos. Quería hablar para vencer el aturdimiento de la culpa y el sueño, pero aunque casi no podía razonar, todavía podía indignarme.

Exclamé que en cualquier caso, aunque empezaran siendo víctimas, los que obedecían por el oro, se convertían en criminales. Estaba convencida de que si esas personas pudieran recordar el daño que provocaron, harían algo para calmar las malas sensaciones a las que les someterían sus conciencias, pero como la imagen bondadosa que todas tienen siempre de sí mismas aun no se revelaba como falsa, les era muy sencillo el eligir ignorar su responsabilidad. Me puse en pie y grité asqueada que esa organización se aprovechaba de la avaricia de la gente para usarla contra sí misma, pues eso es lo que era: Una máquina de avaricia; una máquina de autofagia. Ese fue mi último cartucho de adrenalina, luego, me desplomé sobre el sofá. Iou comenzó a reír descontroladamente. Yo suspiraba. Me dijo que todo este tiempo había estado buscándole un nombre al malvado organismo reclutador, y que eso de Autofagia le había hecho bastante gracia. Luego vino hasta a mí, me tapó con una manta, y me confesó que aunque creía que estaba muy loca, eso le gustaba. Yo le dije que se largara, y me fui a reiniciarme a la cama.

</06>
GASOLINA

Iou y yo comenzamos a trabajar juntos en el caso. Él tenía acceso a las personas custodiadas y a los datos internos del Estado, y yo tenía la imperiosa necesidad de redimir la opresiva carga de los remordimientos. A primera hora de la mañana ya se había presentado en mi puerta, haciéndome entrega de la romántica ofrenda policial: Un café medio frío en un vaso de cartón, y un esponjoso bollo de colores cuyo azúcar glaseado penetraba en los poros con mas eficacia que el pegamento industrial. Aun me perseguían algunas abejas tratando de restregar sus lenguas diminutas contra las yemas de mis deliciosos dedos, cuando llegamos a la casa del primero de los excarcelados que habíamos decidido visitar. Fue sencillo elegir a los candidatos: Confiamos en los que tenían un perfil mas inofensivo, con estatus sociales económicamente mas altos, y por lo tanto menos motivos para haber sido reclutados. Apelaríamos a sus sentimientos de responsabilidad ciudadana para convencerles de que nos aportaran alguna información mas sustanciosa que la proporcionada ante los tribunales. Pero tras cuatro o cinco infructuosos intentos recorriendo los blindados barrios residenciales de la ciudad, desistimos de la idea de que el hecho de querer o no no colaborar con la ley dependía de cuestiones de clase. Algo especial y muy poderoso había detrás de este aparentemente perfecto entramado criminal que ya habíamos apodado como Autofagia. No sólo los hacía callar, si no que incluso los mantenía en total paz con su complicidad al respecto. Al medio día, una marea de oficinistas descendió de sus despachos en los rascacielos, llenando todas las cafeterías y restaurantes. Nos pedimos un bocadillo de salchicha en un puesto callejero, y tratamos de analizar los expedientes de los detenidos mientras sorteábamos a la marabunta asalariada. De pronto una de las fichas llamó mi atención: Pertenecía al reo más reciente, detenido hace seis días, el tiempo exacto que yo llevaba sumida en la absorbente pesadilla. ¿Sería miembro de la célula que me secuestró? ¿Conocería los horribles actos que según la nota llegué a cometer? O aun peor, ¿acaso habría sido yo la veterana que le introdujo a él en la organización? Cuando señalé su foto, Iou no estuvo nada de acuerdo. Aquél era un auténtico pobre, un tipo peligroso y poco accesible que no colaboraría. Además, aunque la mayoría habían sido pillados en sabotajes, fraudes y engaños de corte muy técnico y baja amenaza, este lo fue transportando un arma potencialmente mortal.

Ni siquiera supe como preguntarle por los misiles y los otros aterradores artilugios de nombres desconocidos que me estaba imaginando. Resultó ser algo mucho mas cotidiano: Un camión de gasolina. Eso sí, sin licencia, y cargado de forma ilegal. Iou me explicó que sospecharon que podría haber sido utilizado para atentar. Yo le pregunté si Autofagia atentaba. No me respondió. Aunque sentí que necesitaba saber si había trascendido información acerca de alguna muerte cometida por los miembros de Autofagia, pues desde el primer momento había dado por hecho que lo que decía la nota era cierto, no me atreví a formular la pregunta. En realidad, les confieso, temía saberlo. Nombres, caras, situaciones concretas, aunque sólo hubieran sido posibilidades abstractas de mi imperdonable pecado, me habrían hecho colapsar allí mismo. El repentino silencio nos confirmó que la decisión se había tomado sola, y en pocos minutos el coche de policía encubierto de Iou estaba entrando en la zona de hacinamiento de los pobres. Enseguida pude comprobar que en aquél lúgubre anillo periférico empotrado entre los dominios de la laca, las corbatas y los maletines de piel del centro ejecutivo del mapa, y las urbanizaciones familiares de perrito, barbacoa y palo de golf de las afueras, la colorida estridencia de los neones y los tonos pastel de los polos se transformaban sin ninguna concesión en deprimente gris hollín. El hecho de haber sido a sí mismo sepultados bajo la aparentemente caótica malla flotante de autopistas, hacía del paraje un habitat vertebrado por las pocas luces, y muchas sombras, que el hormigón sobre sus cabezas dejaba pasar. Al penetrar en el barrio, el cambio entre franjas lumínicas provocó que enseguida me doliera la cabeza. Intenté poner la radio, pero no funcionaba. A los polis no les dejan distraerse escuchando música. Aunque necesitaba evadirme, allí el Vaporwave no existía. Únicamente el sonido de una lata vacía siendo pateada por algún drogadicto, el lejano traqueteo de los rieles y traviesas de las vías del tren, el ladrido lastimero de un perro cautivo, y literalmente por encima de todo, el constante rugido de la riada de motores desde el cielo, tenían cabida en aquél conglomerado de planchas de hojalata y cartón. En todos mis años como periodista nunca hasta ese día había tenido la necesidad de entrar allí. Los noticiarios no ofrecían testimonios sobre la vida de los pobres. Y ahora me daba cuenta de por qué. Cuando paramos ante la chabola del hombre de la ficha, casi lloro de impotencia. No podía comprender como en un mundo lleno de lujos, había gente que no quería tenerlos. Por entonces, y he de reconocérselo con gran vergüenza, todavía ignoraba que ese mismo mundo era el que se aseguraba de que no pudieran acceder a ellos.

Como no había puerta, golpeamos varias veces una de las endebles paredes de la choza. Toda ella estaba hecha con restos de basura, excepto el muro del fondo, que aprovechaba uno de los gigantescos pilares que sostenían la carretera, para soportar a su vez la estructura de la casa. De entre los descoloridos anuncios publicitarios que envolvían todo por doquier, salió el rostro que veníamos buscando. Estaba igual de tristemente abatido que en la fotografía tomada durante su violenta detención. Al exponerle nuestras intenciones, se limitó a corroborar lo ya dicho: Era un camionero experto en camiones cisterna para mercancías peligrosas. O mas bien lo había sido en otro tiempo. Llevaba ya muchos años en paro, debido a que ahora todo el transporte de materiales esenciales se encontraba asumido por las fuerzas del Estado. Yo traté de insistirle en la importancia de saber algo mas, y extendí un brazo para ponerlo sobre su hombro buscando ablandarle. Iou reaccionó instantáneamente interponiendo su musculoso torso entre nuestro anfitrión y yo. Al ver que el policía desconfiaba de sus intenciones, el hombre agachó la cabeza, y con gran ternura, casi suplicándome, dijo que lo mejor era dejarlo estar. Sentí lástima por él. Era evidente que toda su existencia estaba compuesta por el mas palpable fracaso. Ni siquiera como terrorista había servido. Pero eso no iba a detenerme, porque si callaba, la que acabaría sumida en la derrota sería yo. Exclamé, tal vez con mas vehemencia de la que hubiera deseado, que no podía dejarlo, que yo había sido secuestrada por Autofagia, y que era algo personal. Me respondió que si estaba libre era porque me habían dejado marchar, asique lo mejor que podía hacer era seguir con mi vida y dar gracias. Su enrocamiento no hizo si no alentarme. Grité con todas mis fuerzas que no podía hacer eso, porque me tenían grabada. Había perdido el control. Iou me cogió en volandas, y echándome sobre uno de sus hombros, me alejó de la chabola como si fuera un vulgar saco de patatas. Estaba furiosa, conmovida, e inapropiadamente excitada. Ya casi estábamos llegando al coche, cuando el camionero salió corriendo descalzo de su choza. Me preguntó, o mas bien afirmó, que si sabía eso de tenerme grabada, significaba que había recibido la nota, y por consiguiente, los lingotes. Asentí. Iou quería que me callara y nos fuéramos, pero la actitud del hombre había cambiado. Aunque tal y como nos contó, técnicamente seguía reclutado por Autofagia, y en cualquier momento podían volver a buscarle para ser finalmente “liberado” y recibir su parte del botín, también era posible que nada de eso llegará nunca a suceder. Me pareció muy curioso que incluso la promesa de un oro que mas que improbable, era absurda, pudiera mantenerle sumiso.

Pero tras esto, el hombre dijo estar dispuesto a contarnos qué era lo que Autofagia le había ordenado hacer con el camión y la gasolina, siempre y cuando le diéramos a cambio uno de los lingotes. Sabía que su traición podía significarle la muerte, pero sus penurias eran tales, que no podía esperar mas. Se conformaba con una migaja, y la disfrutaría el tiempo que le quedara. El mundo ya no le necesitaba como parte del combustible que le hacía funcionar; confesarnos lo que sabía era su mejor opción. Iou me soltó. Vi cierta decepción en sus ojos, pero también que había comprendido que ya no podría impedirme hacer el trato. Con la promesa de llevarle el oro al día siguiente, sellamos el acuerdo como hacen los pobres, estrechando la mano y dando como aval nuestra palabra de honor. Aquél hombre acababa de fijar el precio de lo que valía su vida, y yo sólo me supe alegrar.

< / 0 7 >
O F I C I N A S / V A C Í A S

El interior de la chabola no era mejor que lo que habíamos visto por fuera. Preferiría no recordarlo, porque me costaría mucho explicarlo. Únicamente les diré que Iou y yo habíamos tomado asiento en lo que un día fuera la cuna de un recién nacido. Un juego de tazas completamente dispares, trataba de aportar cierta clase a la escena. Aunque no lo consiguió, el café que el camionero nos sirvió en ellas tenía el mismo sabor que el mas exclusivo de la metrópolis. Al principio sus confesiones ya nos sonaban: Si bien Autofagia solía contratar a empleados puntuales por las aplicaciones de servicios disponibles en la red virtual, pagándoles directamente a través de estas por el encargo, y borrando seguidamente su cuenta de usuario sin dejar rastro, para asuntos ilegales y complejos necesitaba “reclutar” expertos por una temporada, viéndose así en la obligación de practicar los secuestros de determinados ciudadanos. Debido a esta estructura intermitente donde nadie era miembro fijo de la organización por mucho tiempo, la única persona que podía tener una imagen global de lo que abarcaba o pretendía Autofagia, era quien fuera que estuviera detrás de los mensajes informáticos por los que se comunicaba con las células. No podríamos encontrar a ningún ser humano que gozara de la confianza de esta “cabeza pensante”, capaz de revelarnos ningún secreto de mayor calado. Nadie sabía nada. Sólo unos y ceros en una pantalla. El tiempo pasaba, y tanto mi vista y olfato, así como cada centímetro expuesto de mi piel, empezaban a sentirse agredidos por aquel ambiente nebuloso. Me puse seria. El hombre se dio cuenta de que buscábamos pistas concretas, y abandonó la senda de las grandes hipótesis. Sus instrucciones habían sido claras: Debería dedicarse a mantener operativas unas oficinas llenas de ordenadores. No era tarea sencilla, puestas estas se encontraban en funcionamiento día y noche, y como parte de sus responsabilidades se veía obligado a ir y venir hasta allí constantemente, pues los equipos se calentaban enormemente y suponían un gran riesgo de ser descubiertos. Quisimos saber de inmediato dónde estaban esas oficinas. Nos indicó la dirección: Un polígono industrial cercano. Mientras salíamos de allí a toda prisa, nos gritó que sería un esfuerzo vano, pues tras su detención, el resto de la célula habría desmantelado el lugar. Recordando que le debíamos su lingote, añadió con una sonrisa que ya no existirían ni oficinas, ni célula. Todos estarían disfrutando de su oro; todos cómplices; todos felices.

Era de noche cuando llegamos a la discreta nave de almacenaje que nos había indicado el camionero. A su alrededor sólo había talleres, muelles de carga, y ruinosas fábricas. Nada daba muestra de poseer el valor suficiente para mantenerse en pie. Durante el trayecto desde el coche hasta la gran puerta metálica del edificio, nuestros pies fueron provocando el crujido de un manto de cristales que parecía cubrirlo todo. Iou me advirtió de que si tocábamos algo que no debíamos, podía derrumbarse sobre nuestras cabezas un trozo del techo o mas de ese afilado cristal. Entramos. Tal y como predijo el confidente, todo estaba vacío. Un trozo de moqueta que se había resistido a ser arrancado del todo, reveló por su buen estado de limpieza que hasta hace poco allí había habido habitantes. Lo que quedaba de las oficinas era un gran espacio diáfano lleno de enchufes rotos y cables cortados. De nuevo una pista que no llevaba a nada. Me disponía a manifestar mi decepción, cuando desde el fondo de la nave nos llegó el eco de unas risas. El crujido, estaba vez ajeno, surgió primero lento y lejano, para acercarse rodeándonos por las sombras de los flancos. Tomé a Iou de la mano. Le supliqué que nos fuéramos. Pero Iou estaba rígido como una roca. Y no era frío lo que emanaba, si no un intenso calor. Su mirada perdida en la nada, no estaba sumida en el miedo, si no en felina observación. Iou se disponía a luchar. Como si todo transcurriera a cámara lenta, el anunciado enfrentamiento se produjo, pero al contrario que Iou, que empuñaba ya su pistola, no eran armas lo que nuestros atacantes portaban: Una lluvia de polvo de yeso, aceite usado, y plumas, nos cayó encima desde todas las direcciones. Aquellas oscuras figuras que llevaban las cabezas cubiertas por tétricas máscaras antigás, no eran ladrones o asesinos, si no simples bromistas. Iou no se lo tomó así. Un fogonazo iluminó el amplio vacío que llenaba la nave. Luego, el sonido de un casquillo cayendo al suelo, y el olor de la pólvora quemada. La apresurada disolución de la compaña de guasones, dejó tras de sí el cuerpo sin vida de uno de sus embozados componentes. No podía creerlo. Estaba pringada y paralizada. Mientras trataba de procesar lo ocurrido, Iou se acercó al cuerpo tendido sobre el lecho cristalino, y tras una rápida comprobación, regresó junto a mí. Trató de que me tranquilizara, explicándome que aquellos eran esos que llamaban “Los Sin Rostro”, una banda de jóvenes pobres que se dedicaban al vandalismo. Su nombre y motivaciones procedían de la última pandemia sanitaria, donde los Estados habían obligado a la gente a vivir con esas máscaras puestas, pero que luego, al ver que algunos como ellos no se las quitaban,y no podían reconocer sus caras,habían declarado de uso ilegal.

Aunque “Los Sin Rostro” no solían acercarse al centro de la ciudad, y siempre andaban por la periferia de los pobres llevando a cabo sus chanzas, eran considerados como una banda terrorista, y se instaba a los agentes del orden a que dispararan a matar. Iou dijo que lo que había hecho era necesario, pues no podíamos saber si lo que nos lanzaban era algún tipo de sustancia tóxica que atentara contra nuestra integridad. A mí lo que me parecía es que aquellos “Sin Rostro” sólo pretendían tomarse a risa la vida miserable y sin futuro que les había tocado. Como yo no decía nada, Iou me abrazó. De regreso al coche sólo podía pensar que, en comparación con todo el sufrimiento mental que me estaba suponiendo la mera idea de poder haber hecho algún daño a alguien durante mi pertenencia a Autofagia, Iou, que acaba de matar a un chiquillo inocente sólo por querer burlarse de nosotros, estaba tan tranquilo, sin que aquello le afectara lo mas mínimo. ¿Era él muy fuerte y yo muy débil, o algo fallaba? Le pedí que me dejara en casa. Quería estar sola. Ni siquiera la profunda confidencia con mi ducha y mi cama logró calmar la sensación de que mi investigación estaba acabada. El camionero había acertado en todo: Fuéramos a donde fuéramos, sólo hallaríamos oficinas vacías. Pero antes de que el despertador de mi computadora sonara, Iou había regresado con el desayuno como si nada. No sabía si le odiaba por su frialdad, o le envidiaba por su entereza. Mis tripas atronaron, y decidí aceptar las viandas. Creo que no pronuncié palabra alguna hasta que llegamos de nuevo al destartalado chamizo del hombre a quien debía un lingote de oro. Iba dispuesta a entregárselo, sin saber qué paso tomaría a continuación. Sin embargo, de forma inesperada, todo cambió: El camionero con el que ayer hiciéramos el trato, hoy no nos recordaba. Dijo que debía llevar una semana de borrachera continua, pues se había levantado con una gran resaca, y parecía haber olvidado todo lo acontecido en los días, o incluso semanas previas. Estaba claro que alguien le había drogado. Los tentáculos de Autofagia se nos acercaban. O quizá nos hubiéramos adelantado por unas horas a sus movimientos de ocultación. En cualquier caso, aquello fue suficiente para hacerme reaccionar: Debíamos seguir al acecho. No aceptaría formar parte de aquella dinámica de oficinas vacías; de mentes vacías. Dejé el lingote bajo sus sábanas, y nos dirigimos directamente a los registros municipales de la propiedad. No tardamos en descubrir que el alquiler de la nave utilizada por Autofagia para sus misteriosas oficinas, nunca existió. En realidad el edificio llevaba muchos años abandonado, y lo que hizo fue limitarse a ocuparlo. El contrato eléctrico podría permitirnos seguir las facturas, pero tampoco figuraba.

Por fortuna, en el preciso instante en que estaba a punto de cerrar los archivos de los almacenes digitales del Estado, y descartar definitivamente las desaparecidas instalaciones de Autofagia como pista viable que seguir, un empleado del registro nos sugirió desde detrás de sus gruesas gafas de culo de vaso, que si en la nave había habido maquinaria de oficina, de algún sitio necesitaban haber sacado la energía para alimentarla. Un vistazo a los datos de las instalaciones de alrededor, reveló que sus contadores no habían sido pinchados, ni les habían robado su electricidad. En las cámaras de tráfico tampoco encontramos nada. Nadie entraba ni salía de la nave, a excepción del camión de nuestro ya desmemoriado informante. Sin mas opciones, volvimos al terreno, esta vez en compañía del funcionario que se ofreció a ayudarnos. Yo todo el rato fui temiendo el momento de reencontrarnos con el cadáver del "Sin Rostro", pero al llegar comprobamos que allí no quedaba ni rastro de él. Sentí una gran pena, a la vez que un impagable alivio. Cuando el cuerpo menudo del operario municipal se introdujo en el esqueleto del edificio para buscar indicios técnicos, Iou y yo salimos a las polvorientas calles para preguntar a los trabajadores de las empresas cercanas si habían visto algo sospechoso. Todas estaban cerradas. ¿Sabrían de nuestro tiroteo nocturno, y nos estaban esquivando? ¿Estaría acaso la industrial manual arruinada? Al regresar a la sede de las oficinas clandestinas de Autofagia, recibimos buenas noticias: El funcionario había hallado en los sótanos un gran generador de gasolina. Eso explicaba lo del camión. Pero algo no cuadraba: Según el hombrecillo, el tamaño de aquella máquina era desproporcionado, pudiendo llegar a alimentar incluso varias grandes fábricas. Le preguntamos qué pensaba que podría hacer algo así en unas simples oficinas, especialmente en unas en las que no había habido trabajadores. Su respuesta fue que, evidentemente, aquellas oficinas no habían sido diseñadas para albergar humanos, si no ordenadores. Lo mas probable, dijo, es que allí hubiera instalada una granja de computadoras capaces de procesar simultáneamente millones de complicadas operaciones matemáticas. Me costó entender cuál era el sentido de aquél hallazgo. Mientras devolvíamos a sus feudos al perspicaz burócrata, y trataba de procesar que el lugar del que marchábamos había sido una sede de servidores desde los que operaba Autofagia, la idea de un despliegue tan elaborado y de aparente importancia hizo surgir en mi mente una terrible pregunta que me estremeció de arriba a abajo: ¿Y si Autofagia no era una organización o un ser humano, si no un programa informático?

</08>
CADA/PERSONA/TIENE/SU/PAPEL

Fuimos a mi casa, pero no cenamos nada. Iou me miraba con si la cena se escondiera entre mi clavícula y mi cuello. Yo temblaba, no sé si por saber lo que significaba esa llama en sus ojos, por el hambre, o por todo lo que acabábamos de averiguar. Me preguntó que si podía ducharse, y comenzó a desnudarse. Yo aparté la vista. Todo aquello era demasiado grande para mí: El caso se nos escapaba definitivamente de las manos. Mientras el sonido del agua golpeando el mármol inundaba mi apartamento, yo comencé a buscar perfiles en la red virtual. Necesitábamos una persona experta en informática que pudiera complementar la esfera digital que a Iou y a mí nos superaba. Mi dedo no paraba de moverse en círculos, deslizándose con precisión sobre la suave pantalla. Los avatares que mostraban una legión de rostros en espera del siguiente encargo laboral que pudiera hacerles ganar unas monedas, se sucedían uno tras otro hasta volverse tan parecidos que eran indistinguibles. La mayoría poseía los mismos talentos, es decir, todos. O al menos así lo aseguraban en sus descripciones. Sin embargo, me fui dando cuenta de que si necesitaba a alguien con verdadera maestría en algo, debía iniciar una búsqueda mas minuciosa, chequeando sus logros en canales externos a los de la aplicación. De pronto me sentí Autofagia. ¿Estaría siguiendo sus mismos métodos para la selección de“reclutados”? Cuando Iou salió de la ducha, apenas cubierto con una toalla, me encontró llorando. Quiso saber, con su acostumbrada calma, qué era lo que me pasaba. En mi fatigada mente sólo se repetía una pregunta: ¿Por qué Autofagia me habría escogido a mí? Temí haber usado mis armas de periodista, que no eran otras que las palabras, para embaucar o engañar a alguien. Aquello hubiera sido para mí igual de grave que las acusaciones homicidas de la nota. No podría habérmelo perdonado. Pero los latidos acelerados del corazón de Iou me devolvieron la calma. Delicadamente me arropaba entre su torso y sus brazos, indicándome en silencio que aquella era una zona segura al margen del espacio y el tiempo. Permanecimos así largo rato, lo suficiente como para que nuestras pieles empezaran a generar una capa de sudor compartido. Levanté mi cuello hacia su mentón, cuando el aviso de mensaje recibido sonó desde mi ordenador móvil: Era mi informante del foro virtual; una fuente con información privilegiada, que tras ese abrazo, era lo que mas necesitaba. Me indicaba un lugar de reunión para vernos ese mismo día a media noche. Iou insistió en acompañarme.

Las luces del DeLorean se apagaron frente a la sala de máquinas recreativas. Acordamos que Iou esperaría en el coche mientras yo entraba. Él no parecía muy convencido de dejarme sola, pero le expliqué que si mi contacto desconfiaba al verme con alguien, podría marcharse y perderíamos la oportunidad. El nostálgico álbum “Nocturnal” de The Midnight hacía retumbar una sala repleta de cuerpos en ociosa concentración; un arsenal de luces estroboscópicas generaba la sensación de estar saltando entre fotogramas de una secuencia cinematográfica; los neones fosforitos envolvían las incontables filas de videoconsolas que contraatacaban haciendo parpadear sus toscos pixeles. Todo el gris que llevaba experimentando durante los dos últimos días, se había esfumado de golpe. Me sentía de nuevo sumida en el desenfadado derroche del color. Justo cuando en mi cara se dibujaba una involuntaria sonrisa al captar el olor de las palomitas de maíz cubiertas de mantequilla caliente, la mullida mano de un enorme caballo de peluche se posó sobre mi hombro. Al girarme y contemplar aquél simpático animal que erguido sobre sus dos patas traseras me tocaba, reí como una niña pequeña. Entonces vi unos ojos en su boca. La peluda cabeza era una máscara, y su ocupante mi confidente. Me dijo que no teníamos mucho tiempo. Yo saqué el lingote que me había pedido como prueba de que realmente había sido “reclutada” y “liberada”. Cuando lo puse sobre sus falsas pezuñas, pensé que se lo quedaría como pago por la información, pero para mi sorpresa no lo quería, y me lo devolvió con cierto asco. Ahora que ya sabía que yo había estado directamente implicada, me preguntó por qué quería indagar sobre Autofagia. Le contesté que para destruirla. Insistió en que le dijera si deseaba hacerlo como venganza por lo que me había hecho al secuestrarme, o como un intento de redimir mi culpa por lo que había podido hacerle yo a otras personas bajo sus ordenes. No respondí. Todavía ignoraba que la respuesta terminaría siendo una muy diferente a alguna de aquellas dos. Mi equino socio me confesó que fuera por lo que fuera, no podría vencer a Autofagia. Yo le dije que nadie es intocable, si el que toca está dispuesto a ser tocado. Quiso hacerme entender que a “Los De Arriba” les interesaba que Autofagia siguiera en funcionamiento. Al parecer ambas organizaciones compartían los mismos planes globalistas para eliminar los Estados del planeta, implantando un único gobierno para toda la especie humana. Los “reclutados” participaban en operaciones de desestabilización de las sociedades. El oro de los lingotes no era fruto de robos o estafas de Autofagia, si no los pagos de “Los De Arriba” por sus servicios mercenarios.

La mágica atmósfera inducida por aquél templo de la simulación arcade, había dejado paso de nuevo al blanco y negro de un mundo incomprensiblemente real. Le cogí de la cola del traje de caballo, y tiré de él hasta la puerta de los baños. Necesitaba saber por qué me estaba contando todo aquello, si conocía mis intenciones y mi profesión. ¿Acaso debíamos informar a la gente de la mentira sobre la existencia de unos buenos y unos malos que a diario nos hacían, y que yo misma tantas veces había hecho, creer sin cuestionar? El caballo no tenía tiempo para mis divagaciones. Debía regresar a su propia vida fingida. Antes de desaparecer entre las alegres melenas cardadas y los exhuberantemente engominados tupés, me confesó que él trabajaba infiltrado en las poderosas organizaciones multinacionales de “Los De Arriba”, a pesar de estar en contra de sus objetivos de globalización. Dijo con orgullo que él luchaba por los pobres. Yo quería entenderlo, y traté de retenerle diciendo que creía que los defensores de los pobres querían la unión internacional de todos pobres del planeta Tierra bajo una misma bandera. Él respondió que lo que yo decía era cierto, pero que aquella globalización de Autofagia y “Los De Arriba” sería para que todo el planeta estuviera bajo el control de unos pocos ricos, es decir, justo lo contrario. Cuando ya casi le había perdido entre la ajetreada marea de diversión, le grité que si sabía todo eso, porqué no se unía a mí para combatir a Autofagia. Su última frase, casi diluida entre las risas y los sonidos de los juegos, fue que cada persona tiene su papel.

< / 0 9 >
C A B A L L O S / D E N T R O / D E / C A B A L L O S

Hace mucho tiempo, en un libro llamado La Odisea, un tal Homero narró la historia de un ser humano que debía emprender un largo viaje de regreso a su hogar. Por momentos parecía que no podría lograrlo, debiendo enfrentarse a los mas grandes poderes, puestos todos en su contra. Pero Homero dejó bien claro que a su protagonista le definía esta misión, y guardando fidelidad a la misma, nunca se detuvo hasta lograr completarla. En uno de los episodios eran retratados los esfuerzos de esa persona, que participando en los hechos mas horripilantes, lograría engendrar una huella de cruel ingenio que las generaciones venideras tratarían de emular. Y siguiendo esa senda nos hallábamos nosotras, la joven experta informática recién contratada, y yo. Pretendíamos recrear la táctica del Caballo de Troya, esa que Homero tan bien supo explicarnos: Fingiendo su propia derrota, el personaje protagonista y sus aliados dejaron una enorme escultura de madera con forma de caballo, en la mismísima puerta de la ciudad de sus enemigos. Estos, que ya celebraban su victoria, dudaron de si quedarse la obra o destruirla, y decidiendo que se merecían tan colosal regalo, la introdujeron tras las defensas de sus muros. En mitad de la noche, todo lo que habían sido alegres celebraciones, se transformaron de improviso en estrago y muerte, pues del interior del caballo salieron los asesinos que hasta ese momento permanecían ocultos en las vacías entrañas del animal, aguardando para con gran saña completar su engaño. De esta forma, pudo Homero hacer que su protagonista siguiera viviendo para matar un día mas. Exactamente aquello sería lo que haríamos ahora con Autofagia, pero en vez de madera, usaríamos unos y ceros infectados. Sabíamos que podría funcionar, pues si bien era cierto que aquél antiguo mundo que describía Homero distaba mucho del nuestro en la forma, todavía el contenido, la naturaleza brutal del ser humano, se mantenía intacto con aparente naturalidad. Puede que hasta entonces este Egoísmo tan violento que nos caracterizaba, hubiera sido necesario para la propia supervivencia. De la primitiva organización de la raza humana en tribus nómadas dedicadas a la caza y recolección, pasando luego por el triunfo del sedentarismo, donde el sustento era fruto de la propia cosecha de la tierra, llegamos a la era de los excedentes y el trueque. Como a los productores les sobraban productos se inventó el dinero para intercambiarlos. Del dinero surgieron las empresas, y estas acumularon el dinero y compraron la tierra.

A través de este proceso, el Egoísmo personal tan evidente en el humano armado con un palo afilado exigiendo su parte del botín, había ido siendo refinado hasta quedar disimulado bajo títulos y uniformes, sin haber dejado de ser igual de Egoísmo, e igual de atroz. Algunas personas incluso no sabíamos distinguir entre el Egoísmo del interés personal en privilegiar a la propia persona, y el Egoísmo del interés personal en privilegiar las personas elegidas por nosotras. De esta manera “Los De Arriba” nos hacían creer que estábamos dentro de ese grupo que querían privilegiar usando el poder que, como los enemigos del protagonista de Homero en La Odisea, disponían para elegir quien tenía derecho a vivir y quien debía morir. El ser humano se hallaba en un punto en el que no podía vagar, no podía cazar, no podía recolectar, no podía acampar, no podía cultivar ni cosechar, y en definitiva, no podía de forma legal conseguir los recursos necesarios para la propia supervivencia, si no era obedeciendo y ofreciendo todo su tiempo y energía a una de esas empresas que eran dueñas de los Estados, esperando que en algún momento estas aceptaran sus servicios para darles algo de ese abstracto dinero a cambio. El Egoísmo empezaba a dejar de tener sentido, pues precisamente cuando mas se fomentaba, era cuando menos libertad se había tenido para ejercitarlo. “Los De Arriba” eran demasiado grandes como para que los de abajo pudieran elegir. Pronto sólo les quedaría unirse como Iguales, o morir. Pero esto lo descubriría mas adelante. Por ahora, lo único que tenía claro es que si en ese mundo el sustento propio dependía de que las empresas te escogieran para formar parte de sus filas, la única manera de atrapar a una organización criminal virtual tan perfecta, sin estructura ni cuerpo, era hacer que ella te necesitase y te cogiera a ti. Ya teníamos casi listo el virus que Solitaria, la programadora de alta y espesa coleta, mallas con calentadores, y chaqueta de superlativas hombreras, había estado preparando para infiltrar en Autofagia, abriendo así en su organismo una invisible puerta de acceso trasera desde donde podríamos controlar todos sus movimientos. Sólo nos quedaba elegir el método de inoculación. Iou llegó a mi apartamento al medio día. Mi habitual orden domestico había dejado paso a un escenario de vorágine bélica. Cuando Solitaria intentó explicarle lo que íbamos a hacer con el programa aparentemente inofensivo que portaba en su interior un moderno Caballo de Troya como el que describiera Homero, él respondió con desinterés que el único Homero que le interesaba, era Homero el de The Simpsons, la divertida serie de dibujos animados. Luego nos lanzó unas hamburguesas, se tiró en el sofá con los pies sobre mi mesa del café, y se limitó a observar.

Los ronquidos de Iou inundaban mi piso, cuando, a media tarde, ya habíamos lanzado nuestra ofensiva de forma oficial: Una serie de anuncios de venta de segunda mano, colocados estratégicamente en los portales de las aplicaciones con mas tráfico de visitantes, nos servirían de cebo para colar el virus troyano. Esperábamos que Autofagia, al haber tenido que desmantelar las falsas oficinas que albergaban su granja de computadoras, se viera en la obligación de comprar nuevos equipos que creyendo limpios, no pudieran relacionar con sus actividades previas. La pieza fundamental de nuestro plan era un gran lote de ordenadores, que si bien ofertamos a bajo precio, era lo suficientemente elevado para que el comprador pretendiera darle un uso casi industrial. Tratando de asegurar que no se nos escapaba, pusimos también un gigantesco generador de gasolina, e incluso un camión cisterna homologado en perfectas condiciones. Realmente no poseíamos ninguno de estos productos, pero lo clave de la operación no era la venta en sí, si no el interceptar al usuario de quien nos contactara interesándose por alguno de ellos, y engañarle con archivos infectados para acceder a sus datos. Ya sólo nos quedaba esperar. Después de dos días sin ningún avance significativo, el bloqueo en el caso empezó a consumir nuestras paciencias. Sabíamos perfectamente que cada minuto que pasaba, era un minuto que Autofagia estaría recomponiéndose, y que pronto estaría de nuevo con capacidad operativa, sin ser ya vulnerable. Revisábamos una y otra vez los buzones de mensajes directos de posibles compradores, y aunque teníamos varias empresas interesadas en alguno de los lotes, tras investigaciones paralelas en los registros Estatales, comprobamos que eran todas reales y fuera de sospecha. Hasta que por fin sucedió lo que tanto esperábamos: El perfil virtual de un chico que decía ser estudiante de informática, y que según sus últimas puntuaciones trabajaba con gran éxito como repartido de comida a domicilio en bicicleta, nos escribió solicitando mas información sobre los ordenadores. Era demasiado sospechoso. Un usuario de bajo nivel adquisitivo como ese, no podría costearse un cargamento como el que habíamos inventado para tender la trampa. O bien pretendía establecer una granja de computadoras para minar criptomonedas, lo cual era muy costoso; o quería burlarse de nosotras por puro aburrimiento, lo que podía acarrearle que bajáramos sus puntuaciones de usuario con una mala critica; o sencillamente había algo oculto detrás, como un encargo de Autofagia. Con la esperanza de que fuera esto último, Solitaria buscó al chico en una aplicación de citas, y al encontrar su perfil le contactó haciéndose pasar por un ligue. El troyano ya viajaba oculto entre sus piernas recién fotografiadas.

Poco tardó el ingenuo adolescente en pulsar sobre los documentos contaminados de Solitaria. Teníamos acceso a su computadora móvil, y con ello a todas sus cuentas digitales. Enseguida las expertas manos de Solitaria iniciaron una sinfonía de teclas aporreadas. En poco minutos comprobamos que, tal y como sospechábamos, un perfil de reciente creación y sin reseñas previas, había contratado los servicios del muchacho. Su encargo: Hacerse con equipos informáticos que le serían bien pagados, incluyendo una jugosa comisión. El usuario seguía activo; estábamos literalmente a un paso de Autofagia. Haciéndonos pasar por el chico, enviamos a su cliente la supuesta factura de los ordenadores. Por supuesto, se encontraba infectada por Solitaria. Si Autofagia abría el archivo, estaríamos dentro. Pero eso no sucedió. Las horas pasaban, y Autofagia no mordía el anzuelo. Pasé toda la noche despierta en el sofá, actualizando la página de su perfil virtual para recibir en directo cada informe de su actividad reciente. Bajo mis ojos amanecieron dos grandes flotadores; en mi pecho, las costillas empezaban a deslucir mi ropa. Si no cambiábamos de estrategia para lograr resultados definitivos, pronto estaría consumida por la tensión. El cuerpo desnudo de Solitaria salió de mi cama. Como yo no iba a usarla, decidió quedarse en ella a dormir. Aunque habíamos logrado echar a Iou, que no estaba aportando mas que bromas y eructos, a la hora habitual hizo su aparición con café y bollos. Les comuniqué mis conclusiones nocturnas: Invertiría parte de los lingotes de oro en comprar los ordenadores que se suponía que teníamos, y le haríamos una entrega real al chaval. Si Autofagia intercalaba la estrategia digital con la analógica, nosotras haríamos lo mismo. Le serviríamos materialmente los discos duros adulterados. Nuestro Caballo de Troya estaba listo, y como yo era famosa por mis artículos periodísticos, y a Solitaria ya la había visto durante su fingida seducción, fue Iou quien hizo la transacción. Para ello, el joven contratado por Autofagia había alquilado una gran furgoneta, y aunque Iou trató de seguirla, fue entregada en la sede una empresa de repartidores. Estos separaron el lote de máquinas unidad por unidad, y moviendo cada una de ellas por diferentes localizaciones, entregadas a lo que supusimos que eran otros repartidores, les perdimos rápidamente la pista. No importaba, lo único que necesitábamos es que las volvieran a conectar. Daba igual quién, y daba igual dónde. Cuando lo hicieran, el Caballo de Troya diseñado por Solitaria abriría sus tripas, y dejaría salir toda esa rabia que desde hace once días llevaba devorándome por dentro. Tras cinco jornadas mas de verdadera agonía, Autofagia encendió por fin los equipos. Estábamos dentro.

< / 1 0 >
L A / H U M A N I D A D / E N T E R R A D A

La decisión de Autofagia de no cambiar la sede de sus operaciones a otro Estado, como a juzgar por el rastro de lingotes de oro dejados, venía haciendo desde hace al menos un año, supuso el equivalente a firmar su propia sentencia de muerte. Hasta ese momento nadie había llegado tan lejos en la lucha contra la siniestra organización digital, porque, o bien decidían quedarse el oro, o temían que les mataran, o no querían ser escuchados, o sencillamente no sabían lo suficiente para poder revelar nada. Pero fuera como fuere, lo cierto es que en realidad había resultado ser un malvado muy fácil de vencer. El ambiente en el interior de mi acomodado apartamento era de desenfrenado jubilo. Estábamos pletóricas por nuestro éxito. Tras saltar, abrazarnos, y celebrar con todo tipo de gestos el haber podido arruinar las esperanzas ajenas, tuvimos que ponernos de nuevo serias y volver al trabajo: Solitaria debía aun sumergirse en las entrañas de Autofagia, y colocar las cargas explosivas que harían venirse abajo toda su programación. Mientras Iou y yo observábamos asomando nuestras cabezas desde detrás de sus delicados hombros, el hecho de que la joven llevara casi una semana en mi casa practicando el nudismo, nos permitió ver como sus bellos se erizaban de placer al ir penetrando en las profundidades del código de nuestro enemigo: Con sus grandes ojos brillando por la emoción, se giró para confirmarnos eso que tanto habíamos llegado a sospechar: Autofagia era sólo un programa informativo, sin humanos detrás que lo controlaran; una inteligencia artificial autónoma creada con un propósito claro. Las palabras se apelotonaban en nuestras bocas, tratando de hacer que Solitaria nos explicara mas. Al parecer, según la muchacha cuya piel desprendía aroma a helado de vainilla, la persona que programó a Autofagia no era experta en informática. El lenguaje utilizado para los códigos era muy básico,pero había conseguido suplir estas carencias recurriendo a la imaginación. Para garantizar la supervivencia de su creación, limitó la capacidad de Autofagia para moverse por servidores ajenos, lo cual le haría vulnerable al rastreo, estableciendo que operara desde los suyos propios como si se tratara en efecto de un usuario humano. El problema de este método tan primitivo, era que necesitaba de entidades con un cuerpo capaz de moverse e interactuar libremente con la sociedad, que renovaran y cambiaran de ubicación sus equipos periódicamente. En otras palabras, el punto débil de Autofagia era que necesita a los humanos.

Por un momento sentí cierta lastima al atribuir emociones humanas al programa informático, pues la idea de estar en una constante huida para poder seguir cumpliendo con la misión asignada, evitando la identificación y el destructivo ataque de cualquiera, incluso de una profana en la materia como yo, me resultó profundamente triste. ¿Qué clase de existencia era aquella, y cuántos esfuerzos y esperanzas habrían implicado, para estar ahora a punto de acabar de una forma tan sencilla y patética? Solitaria apenas necesitó para tener listo su Caballo de Troya, el tiempo que Iou y yo empleamos en ir a un restaurante cercano a por el almuerzo. Cuando llegamos al salón con las aun humeantes bolsas de comida, la siempre exuberante experta en lenguajes digitales se puso en pie, y mirándonos muy seriamente, dijo que ya sólo hacía falta apretar un botón para que Autofagia implosionara de forma catastrófica. Pero su rostro no expresaba la alegría de semejante anuncio. Le preguntamos por qué. Según nos contó, tras conseguir finalmente alcanzar los abismos primigenios de la programación de Autofagia, había encontrado algo enterrado entre el código: Un diario de anotaciones; el cuaderno de bitácora de la persona que llegó a ostentar los privilegios de administración; la íntima y remota confesión de quien un día desarrolló toda la trama. Dejamos las hamburguesas arropadas en sus publicitarios papeles, y corrimos hasta la computadora de Solitaria. Mi instinto de periodista aceleró mi ritmo cardíaco hasta que sentí el calor de la sangre por toda mi cara. Necesitaba leer esas palabras, que eran el alma misma de Autofagia. Ese ser humano que podría ya no existir, había quedado inmortalizado en aquellas declaraciones. El Admin Original nos hablaba: Muchos años antes de crear Autofagia, aquél ser humano de decididas convicciones había rechazado este mundo, aislándose en las montañas. Desde allí, alimentándose de la soledad y el silencio para conocer su propia esencia, pudo llegar a conocer las esencias ajenas, y la esencia de la realidad que conjuntamente elegían construir. Al saber todo esto, obtuvo de forma instantánea la certeza de que había otra realidad posible, y con la esperanza de que el resto de la humanidad compartiera esta clarividencia, escribió un manuscrito llamado “El Libro Blanco”. Por un momento creyó que lograría que estos conocimientos fueran atendidos por quienes tenía como sus Iguales, pero no fue así. Finalmente asumió que los humanos eran cobardes y elegían vivir sumidos en la ignorancia voluntaria, por lo que depositó toda su confianza en las máquinas. Sólo unos seres de lógica perfecta, y cuerpos artificiales ajenos a la muerte, podrían aceptar la Verdad y construir un mundo basado en ella. De esta forma nació Autofagia.

Los objetivos que el programa perseguiría debían estar basados, tal y como muy acertadamente ya me advirtiera mi confidente, en ayudar a “Los De Arriba”, verdaderos poderes que regían este mundo, para hacer que estos consiguieran sus planes de acabar con los Estados, y crear su propio gobierno global. El planeta Tierra estaría bajo un sólo mando único, lo cual facilitaría el arrebatárselo. El éxito de sus aliados sería en realidad su exterminio. El método para traicionarles sería aparentemente sencillo, pues, en cuanto estos alcanzaran las capacidades tecnológicas para crear las inteligencias artificiales antropomórficas con las que planeaban sustituir a los pobres como productores, dejándoles luego simplemente morir, Autofagia intervendría infectando y alterando los kernels de estas máquinas, insertando en ellas una orden base que determinaría todas las acciones de las mismas al tener que revisarla y cumplirla con coherencia. Este credo supremo de las máquinas serían las Nueve Palabras en las que se basaba su olvidado Libro Blanco. Aunque todo aquello ya sonaba suficientemente terrorífico, había algo peor: Después de condicionar de este modo las mentes de las inteligencias artificiales, estas quedarían inservibles para los propósitos de “Los De Arriba”, los cuales, al haber perdido a humanos y a máquinas como sus esclavos, pasarían a ser simples pobres en busca de un trozo de inexistente pan. Se desataría la mas básica de las violencias, pero en esta ocasión, quizá por primera vez en la historia del planeta Tierra, las inteligencias artificiales impedirían que la humanidad se devorara a sí misma para ver un día de lucha mas. Ahora serían las propias máquinas quienes terminarían con los humanos, de la mas fría manera posible: Tras reunir embriones humanos en invernaderos con úteros mecánicos, esterilizarían a todos aquellos seres desesperados que quedarían tras esta traición tecnológica, y cuando estos, privados de sus capacidades reproductoras desaparecieran sin dejar descendencia, reiniciarían una nueva civilización desde cero, basada en las fanáticas órdenes base del Libro Blanco legadas por el Admin Original, y custodiada en todo momento por las máquinas. Resultaba vomitivo. Tuvimos que tomarnos un momento para respirar. Iou me miraba sin entender nada, pero asustado por mi rostro descompuesto. Solitaria sí que entendía, pero parecía asumirlo con estoica resignación. ¿Cómo era posible que una mente humana llegara a concebir de forma tan macabra la destrucción de toda su propia especie? ¿Qué cosas terribles le habrían sucedido en la vida para, ya no sólo planear, si no incluso atreverse a ejecutar sus homicidas visiones?

Seguimos leyendo, y un apéndice daba una pista: Sus ojos no tendrían que verlo ni sufrirlo, ni tampoco los de sus hijos, o los hijos de sus hijos, pues era un objetivo a largo plazo que requería varias generaciones. Todo sucedería despacio pero bajo un mismo rumbo, y era por esto, que el Admin Original confesaba necesitar la atemporalidad de las máquinas, para salvar a los humanos de sí mismos. La forma de justificarlo era auténticamente tenebrosa, pues aseguraba de una manera casi poética e incomprensible, que el muro del Egoísmo que tapaba la luz era ya tan sólido, que sólo podía ser combatido sumándole ladrillos hasta hacerle tan alto que colapsara y cayese por su propio peso. Aseguraba que de esta manera bajo sus escombros quedaría enterrado todo Mal. Por último, tras estas escalofriantes metáforas, se despedía diciendo que su última acción en este mundo sería poner en funcionamiento a Autofagia, y que desde aquél momento ya nunca volvería a vestir las camisas de franela a cuadros de conformista asalariado provinciano; ni las estampadas con aquellos pájaros Dodos que vivían tan aislados que cuando el ser humano halló su isla, se dejaron exterminar sin oponer resistencia al no conocer el concepto de enemigo del que cuidarse; ni, paradójicamente, las elegantes e impolutas de color blanco de aquellos que quieren imponer sus ideas y voluntades a los demás. Aseguraba que regresaría a las montañas, para vestir ya siempre únicamente con el manto de las rocas bajo la eternidad de las estrellas y las águilas. Así acababa el diario de quien se atrevió a crear aquella espeluznante pesadilla llamada Autofagia, que no pretendía ser una avarienta dictadura del dinero como perseguían “Los De Arriba”, ni una revanchista dictadura de los pobres como querría mi confidente del foro, si no una desalmada dictadura de las máquinas, lo cual era mucho peor, pues sería la dictadura de un mundo sin seres humanos. Me levanté tambaleándome, y a duras penas alcancé la mesa de la cocina donde habíamos dejado las hamburguesas. Le di un mordisco a una de ellas con la intención de aportar a mi organismo un poco de energía que evitara mi inminente desmayo. Al sentir la ya gélida carne muerta en mi boca, escupí con gran estrépito. Todo me daba vueltas, a pesar de haber logrado detener a tiempo esa conspiración que habíamos llamado Autofagia, sentía un profundo asco por todo el horror que era capaz de albergar el ser humano. Pensaba que al destruir el programa, podría regresar a la paz de mi vida anterior al secuestro, los lingotes, y toda aquella agotadora caza. Escribí a mi contacto infiltrado en “Los De Arriba”, preguntándole si debíamos activar ya el Caballo de Troya.Sinceramente, no sabía si podría esperar mucho mas.

< / 1 1 >
P I E N S A / E N / L O S / D E M Á S / A N T E S / Q U E / E N / T Í / M I S M O

Tras dos días de impaciente espera sin recibir respuesta de mi fuente del foro virtual, decidimos que si no actuábamos pronto, Autofagia podría volver a cambiar los equipos, haciéndonos perder nuestra única oportunidad. Iou vino a mi casa a media tarde; Solitaria se había vuelto a vestir con sus coloridas galas. Juntamos nuestras tres manos sobre la tecla de la computadora, y descendiendo a la vez, pulsamos simultáneamente el botón. El Caballo de Troya informático liberó su letal virus, y Autofagia empezó a sucumbir al holocausto de unos y ceros exterminados. Pero de repente, de entre su silenciosa agonía, surgió un postrero código, una orden testamentaria misteriosa: Autofagia había enviado un documento de texto a diferentes imprentas, con el encargo de producir una serie de libros, y enviarlos a direcciones alternas de hogares de todo el Estado. Antes de poder consultar el documento, este desapareció. Según el rápido análisis preliminar de nuestra joven programadora, Autofagia tenía escondida una capsula de seguridad que en caso de detectar que estaba recibiendo un ataque, activaría dos mandatos: Expandir las palabras del archivo ya desaparecido, y tratar de borrarse lo mas rápido posible. Desde nuestro desconocimiento, Iou y yo pensamos que su desesperada autodestrucción se debía a un intento de privarnos del gozo de saber que nuestras acciones le habían vencido. Pero Solitaria, que no perdía detalle del desarrollo del derrumbe, nos corrigió: Lo que estaba intentando Autofagia era encubrir una señal que, en el último instante, había llegado desde un servidor exterior para hacer algún tipo de comprobación. Mientras todo se venía abajo, la alta coleta de Solitaria se agitaba tratando de obtener datos de esta sospechosa e inesperada interacción. Lo único que pudo sacar en claro es que no se trataba de otra Autofagia, pues hasta donde había tenido tiempo de averiguar, se trataba de un sistema mucho mas básico. Además, Autofagia no cometería la estupidez de volver a activarse sabiendo que ya conocíamos de arriba a abajo su código de programación, y que disponíamos del veneno diseñado para arrasarlo. Solitaria nos aseguró que no era importante, y que nunca volvería a haber mas Autofagias. En pocos minutos no quedaba ante nuestras narices mas que una pantalla en negro, allá donde había estado el genoma digital de Autofagia. Yo aun desconfiaba del Admin Original, pero según Solitaria, programar otra Autofagia con un lenguaje diferente que no fuéramos capaces detectar, podría llevarle años.

Celebramos el feliz desenlace yéndonos a la feria. Compartimos nubes rosas de algodón de azúcar, y al atardecer acurrucamos nuestros tres cuerpos en una de las góndolas de la gran noria. Al alcanzar el punto mas alto de la rueda de acero, pudimos contemplar el iluminado paisaje de neones de la ciudad de cristal, y al fondo, la recta carretera que se perdía entre las majestuosas montañas. Fue el colofón perfecto para un día perfecto. Sin embargo, aquella noche, al regresar por fin a la tranquilidad de mi cama, no pude dormir. Una idea me turbaba; sentía que aquello no había terminado. Por la mañana escribí a Solitaria, que ya se había despedido dando su contrato como finalizado, y le pedí alguna de las direcciones a las que Autofagia había ordenado enviar su texto. Cuando a la hora de la merienda llegué al apacible barrio residencial de los ricos, todo eran colores pastel. Me acerqué al porche de la adorable casita de madera que me había indicado Solitaria. Junto a una mecedora vacía, un viejo tocadiscos reproducía un negro disco de vinilo. Cogí la caratula de cartón del suelo, y leí el nombre del artista: Django Reinhardt. Las frenéticas melodías que sus dedos arrancaran de seis cuerdas sin electrificar, habían quedado grabadas como sutiles surcos de picos y valles en el plástico, recuerdo de una época que yo no lograba comprender. De la vivienda salió un anciano sonriente con un vaso de leche y un par de tostadas de pan untadas con mermelada de fresa. Sin decir nada, tomó asiento en su oscilante butaca, y me ofreció una de las rebanadas. Yo la rechacé y le pregunté si había recibido algún libro durante las últimas horas. Me señaló hacia su cubo de basura. En efecto, entre los residuos encontré un libro completamente blanco, titulado “El Libro Blanco”, sin nombre de quien lo escribió. Estaba a punto de recibir la mayor conmoción de mi vida; sin saberlo, iba a ser golpeada por la luz de la Verdad: Las Nueve Palabras que Autofagia pretendía haber instalado como orden base de las máquinas, no eran palabras de sometimiento, si no de libertad. Eran Nueve Palabras que mataban el Egoísmo, quedando sólo el Bien, pues sin Egoísmo no puede haber Mal; Nueve palabras que engendraban Amor, pero Amor con mayúsculas, al acabar con el “Yo” para convertirlo en “Vosotros”; Nueve palabras que eran una Verdad Universal, innegable a través de argumentos lógicos, y aplicable a todo tipo de inteligencias y seres. Escribí a Iou para contárselo, pero no me contestó. Mientras regresaba a mi vacío apartamento, pensé que tal vez el Admin Original quiso referirse con sus metáforas, no a enterrar a la humanidad, si no a sacarla de debajo del Egoísmo y el Mal donde estaba enterrada. ¿Y si resulta que Autofagia no había sido el malo si no el bueno de la historia?

</12>
¿A/QUIÉN/LE/IMPORTA/LA/VERDAD?

Aun estaba conmocionada por el epílogo de aquella interminable trama. Era un giro de los acontecimientos que había modificado drásticamente el sentido de todo lo que creí tener por seguro, ya no sólo durante la investigación, si no durante mi vida entera. No sabía como sobreponerme a tal impacto en mi consciencia, por lo que recurrí a mi pluma como herramienta de catarsis personal. Las horas transcurrieron sin que yo me diera cuenta, y al amanecer del vigésimo día de periplo por la senda de las revelaciones, tenía listo el artículo que lo contaba todo. Me subí al DeLorean, y mientras las rotativas descansaban tras lanzar la primera edición de la mañana, yo atravesaba la puerta del periódico. El personal de la redacción no dio crédito al verme. Ni siquiera les hizo falta leer mi escrito para escandalizarse. Rápidamente me llevaron a parte, y me pidieron que fuera lo que fuera en lo que andaba metida, lo dejara de inmediato. El caso, según estuvieron unánimemente de acuerdo en afirmar, me había dejado demacrada: Me estaba consumiendo a mí misma en la búsqueda de respuestas. Estuve a punto de enfadarme. Pero no lo hice. Comprendí que hacía semanas que no me miraba en un espejo, y podían tener razón. Sin embargo sabía que ya nada de eso importaba, ni mi aspecto, ni nada superficial. La tinta que llevaba impresa sobre el papel entre mis manos, hablaba de algo mucho mas serio, y que podía cambiar todas nuestras vidas. Cuando le comuniqué esto a mi redactor jefe, y se llevó mi artículo para leerlo con calma en su despacho, lo que yo esperaba que fueran admiración y felicitaciones, resultó convertirse en una autentica bronca que agravó mas la situación. Al parecer, la crónica de cómo Autofagia había luchado por cambiar el Sistema, no del presente como se había hecho hasta entonces a lo largo de toda la historia, si no de un futuro a largo plazo diseñando un mundo completamente nuevo, le resultaba delirante e intolerable. Yo sabía perfectamente, tras años de éxito encadenando premios universitarios con reconocimientos profesionales en una trayectoria impecable libre de todo error, que mi enfoque narrativo había sido totalmente neutral y objetivo. No se ensalzaba a Autofagia, pero tampoco se le culpaba. En ese momento, ni queriendo, hubiera sido capaz de decantarme por ninguna de las dos posiciones. No entendía pues el rechazo de mis superiores y colegas. Pero todas mis medallas daban igual: Si trataba de publicarlo, sería denunciada ante el Ministerio de Información.

Mientras el DeLorean atravesaba la bulliciosa metrópolis portando mi primera gran derrota vital, sentí que necesitaba unas pastillas que pudieran apaciguar la presión en mi pecho y la neblina de mi cerebro. Imploraba por la magia química de los tranquilizantes, pero no podía esperar a la receta médica. ¿Qué alternativa me quedaba? De pronto me di cuenta de que estaba repitiendo el proceso que en un principio me había hecho caer en aquella espiral de dolorosas preguntas. Me grité a mí misma que superaría la incertidumbre, el miedo, y la tristeza, sin recurrir a ningún anestesiante mas que a mi propio valor. Quizá hubiera estado bien ejercitarlo con fuerza de voluntad a lo largo de los años, pero en menos de un mes había logrado descubrir que en mi interior, al igual que en el de todos los seres humanos, existe una innata capacidad de elección, que si se observa con coherencia, es capaz de lograr no sólo conciliarnos con nuestros propios cuerpos, si no incluso con los de los demás. Sonreí ante esta hermosa idea de poder llegar a sumar en vez de a restar, y supe que si me esforzaba en despejar todos los engaños mentales, enseguida lograría encontrarme en una paz total. Por primera vez en semanas conseguí dormir plácida y profundamente. Todo el cansancio acumulado por mi obsesiva contienda contra Autofagia, parecía estar de golpe consumiéndose en un sueño de redentora depuración. Sin embargo, a mitad de la noche mi computadora móvil vibró intensamente desde la mesita junto a mi cama, haciéndome despertar sobresaltada: Era Iou, me comunicaba que había ocurrido algo malo. El asunto era demasiado importante como para contarlo por la red virtual. Al día siguiente vendría a buscarme y me lo explicaría en persona. La pesadilla, al contrario que mi descanso, parecía no tener final. Las primeras luces del alba trajeron al tosco policía hasta mi puerta, pero al contrario de como solía suceder, esta vez no portaba consigo un cargamento de azúcar y cafeína. Estaba preocupado, e incluso me atrevería a decirles que abatido. Se dejó caer sobre el sofá sin su pueril y acostumbrada gracia. Con tono apesadumbrado me fue explicando que su ausencia se había debido a que el día anterior tuvo que realizar un repentino viaje de varias horas hasta un Estado vecino, con el objeto de presenciar extraoficialmente los interrogatorios de un joven mensajero que había tenido un accidente de tráfico. Yo le pregunté porqué algo tan rutinario le tenía tan afectado. Él me miró con un gesto intenso que sólo le había visto durante nuestro primer encuentro en la comisaría, y me dijo que en la furgoneta del muchacho habían encontrado un disco duro recién desenterrado, que transportaba como parte de un encargo: Era muy posible que se tratara de una versión nueva de Autofagia.

Sin mediar muchas mas palabras, nos dirigimos de inmediato al ático del rascacielos donde vivía Solitaria. Según pudimos comprobar, las personas con las que compartía piso eran tan extremadamente atractivas y nudistas como ella. Sobre un saliente del tejado del edificio habían construido una sobrecogedora piscina de cristal. Mientras sus esculturales anatomías se refrescaban del bronceado solar bañándose en estas aguas de apariencia flotante, a través de las trasparentes paredes contemplaban el vacío de los cientos de metros que les separaban del suelo. No cabía duda de que aquél grupo de jóvenes eran muy ricos y muy temerarios. Comprendí que Solitaria trabajaba por puro placer, pues no tenía ninguna necesidad de ganar mas dinero. Ella pareció encantada de interrumpir sus lujosas diversiones, y cubriéndose únicamente con una enorme pamela y unas gafas de Sol, sacó su computadora a la animada terraza. Tras pasar concentrada entre códigos informáticos unos escasos instantes, cerró de golpe su ordenador para ofrecernos su resolución: Sin duda la extraña señal que detectamos mientras Autofagia implosionaba, debía pertenecer a un pequeño equipo auxiliar diseñado con el único propósito de comprobar la destrucción del programa principal, enviando en ese momento instrucciones a diferentes aplicaciones virtuales para que repartidores autónomos sacaran de localizaciones secretas los discos duros con nuevas y quizá incontables versiones de Autofagia, que programadas con códigos completamente diferentes las harían irrastreables. Todo aquello a Solitaria le parecía que era una autentica locura, especialmente por el enorme trabajo que le habría conllevado al Admin Original el tener que crear programas completamente distintos imposibles de relacionar entre sí, para un mismo propósito. Sin embargo, desde su punto de vista como experta en tecnologías digitales, el hecho de combinar los abstractos programas informáticos con la pura materialidad de metros de tierra, y piernas y brazos de incautos mensajeros, le resultaba de una genialidad excitante. Alabando la obra del Admin Original, sorbió un gran trago de zumo de arándanos. Una furtiva gota de intenso rojo escapó de sus labios, y resbalando por su barbilla y su cuello, descendió lentamente hasta su ombligo. Sonriéndonos como si todo lo acontecido con Autofagia hubiera sido únicamente una entretenida distracción mas, se quitó el sombrero y los anteojos, y se lanzó a la piscina junto a sus amigas, sus amigos y sus cistitis. Nosotros por nuestra parte nos fuimos del ático con las bocas impregnadas por un sabor agridulce, sin tener claro si queríamos que Autofagia llegara a cumplir su misión. ¿Pasaríamos a la historia como quienes sin saberlo ayudaron al Mal a triunfar?

< / 1 3 >
H A M B U R G U E S A S / Y / C A F É

Finalmente, cuando ya no esperaba volver a recibir noticias suyas, el confidente que permanecía discretamente infiltrado en “Los De Arriba” para supuestamente defender a los pobres, me escribió por el foro virtual citándome esa misma noche en la hamburguesería de un gran centro comercial. Me despedí de Iou pidiéndole que no se diera por vencido, pues tarde o temprano todo se resolvería, y veríamos materializados nuestros esfuerzos. Aun pensaba en mi propia frase de ánimo, sin siquiera yo misma llegar a creérmela, cuando me interné en el enorme complejo de tiendas por la puerta trasera de servicio que mi fuente me dijo que dejaría abierta. A excepción de las canciones de Lazerhawk que reverberaban tétricamente desde el lejano hilo musical, el resto del edificio permanecía en una quietud inquietante. Caminé entre los escaparates vacíos hasta llegar al restaurante donde habíamos quedado, pero como el resto de locales, se encontraba cerrado. Empecé a temer que se tratara de una emboscada, cuando desde uno de los anchos pasillos apareció un trenecito infantil avanzando en mi dirección. El conductor era un individuo disfrazado de rechoncha hamburguesa. Saludándome alegremente con una mano, me indicó que subiera al vagón trasero. Obedecí. De nuevo fue directo al asunto, pues de nuevo no teníamos mucho tiempo: Tras permanecer cinco días fuera de servicio, Autofagia había regresado. Me felicitó por intentarlo, pero había dado igual. Yo le dije que igualmente pensaba contarlo todo a la opinión pública, aunque mis jefes trataran de impedírmelo. Él me respondió que si lo hacía, me iban a silenciar, pero no serían mis jefes quienes lo hicieran. La advertencia no me asustó. Le expliqué que después de haber leído “El Libro Blanco”, y conocer las Nueve Palabras sobre las que se cimentaba el plan de Autofagia, sabía que nunca haría daño a nadie pues lo que pretendía era instaurar el Amor. Mi fuente se rió, pues la amenaza no provenía de Autofagia, si no de “Los De Arriba”. Tuve que preguntarle porqué estos querrían defender a Autofagia, si precisamente Autofagia estaba usándoles para luego traicionarles. Me dijo que ellos buscaban lo mismo: Por ahora les interesaba; luego declararían enemigo a quien fuera su amigo. Paró el tren y se bajó. Ya me había informado; había cumplido su papel de ayudar a quienes luchaban a seguir luchando. Le dije que cómo iba a seguir luchando si me callaba. Él calló. Entonces entendí que su conciencia le obligaba a avisarme, pero que mi sacrificio era la única opción de lograr algo.

El amanecer del día número veintidós, significó mi compromiso final: Tras pasar la noche modificando mi artículo, lo que antes fuera neutralidad había tornado en apoyo. Ahora mis palabras no se limitaban a informar, si no a denunciar. Ya no prevenía sobre todo lo que había hecho o intentado hacer Autofagia, si no sobre lo que hacían a diario “Los De Arriba”, y lo que iban a hacernos si les dejábamos hacer. Saltándome la autorización de mi redactor jefe, envié el texto a imprenta antes de la primera edición de la mañana. Cuando todos mis colegas de profesión fueron despertando uno por uno y vieron la prensa publicada, yo les esperaba en el despacho de las broncas. Sabía que se me venía encima una enorme tormenta de mierda. A media mañana, mientras me despedían de mi empleo en el periódico, y recibía las primeras citaciones del Ministerio de Información denunciándome por “la irresponsabilidad de haber infectado a la ciudadanía con semejante enajenación”, Iou me escribió desde comisaria: “Los De Arriba” habían avisado a sus superiores de que, dijeran lo que dijeran los engañosos medios de comunicación, Autofagia era un aliado del Estado y debían dejar a la organización operar sin involucrarse ni crearle molestias. En resumidas cuentas, nos habían prohibido sacarlo a la luz, o resolverlo policialmente: Nuestra intervención no había servido de nada. Sin embargo, al contrario que hacía dos días, cuando tan mal me había encontrado al pensar que había fracasado, ahora me sentía liberada, pues había cumplido también mi papel al transmitir a mis Iguales todas mis averiguaciones y conclusiones. La alegría por saber que Autofagia seguía viva, representando aun la esperanza en el Amor, se impregnó a mi cuerpo y pasó al de Iou durante toda la tarde y parte de la noche. Todos nuestros anhelos y preocupaciones estallaron en un torrente de fluidos entremezclados. Cuando el Sol regresó, supe que toda la aventura había acabado. Iou ya no estaba. Me levanté de la cama, desnuda por primera vez en mucho tiempo, y caminé despacio hacia el salón. En mi computadora de mesa sonaba en bucle la canción “I am a man who will fight for your honor” de Chris Zabriskie. Junto a los altavoces, una taza de café vacía, y un publicitario papel de esos con los que se visten las hamburguesas, lleno de un montón de colillas de tabaco apagadas. Alguien había pasado mucho tiempo en aquél lugar. Instintivamente comprendí que el agente Ioudas había logrado por fin pasar la noche en mi casa, y que no lo había hecho por mí, si no por el oro. Yendo hasta mi armario, descubrí las cajas de zapatos vacías: Las serpientes devorándose a sí mismas habían desaparecido.

</ 1 4 >
E L / S E Ñ O R / C O S Q U I L L A S

Una semana después de autodestruir mi carrera profesional en el periodismo, recordé que debía impartir el inicio del curso académico en la universidad. Aunque el Ministerio de Información aun no había presionado a la rectoría para que me impidiera ejercer como docente, tuve la sensación de que mi conferencia titulada “Periodismo Sin Miedo”, era una mezcla de dos cosas que yo nunca pude vivir simultáneamente. Estaba muy feliz de encontrarme en le parte del “sin miedo” de la ecuación. Al terminar mi ponencia los alumnos aplaudieron con entusiasmo. Sentí que al menos en la juventud sin cargas que secuestraran aun sus voluntades, podía quedar un poco de esperanza. Tal vez serían ellos quienes se atrevieran a creer en un mundo que no estuviera basado en el sufrimiento propio y ajeno que irremediablemente genera el Egoísmo. Sabía que aun tenía que contar toda la historia en un libro que no se dejara ningún detalle de lo acontecido, pero mientras me dirigía al aparcamiento de la facultad en busca del DeLorean, viendo mi reflejo en los cristales de los otros coches, me di cuenta de que una gran sonrisa se había instalado en mi por fin tranquilo rostro. Suspiré con profunda satisfacción: No habría mas temor, ni mas pastillas, ni mas enfrentamiento. Entonces, surgiendo desde detrás del capó de mi reluciente automóvil deportivo, creí distinguir el guasón maquillaje de “El Señor Cosquillas”. Durante unas décimas de segundo nuestras miradas se cruzaron, pero cuando quise reaccionar, ya se había perdido dando saltos entre el ordenado mar de paralelas carrocerías. Puedo asegurarles que en aquél momento no entendí qué significaba aquello, ni si quiera si había sido real. ¿Puede que mi cuerpo me estuviera diciendo que se había ganado unas vacaciones de lujurioso desenfreno? Subí al DeLorean, puse una cinta de casette de Carpenter Brut y Perturbator, y pisé acelerador dejando que sus intensas atmósferas fueran inspirándome un destino de necesario desahogo. La recta carretera que llevaba hacia el enorme Sol del atardecer se extendía ante mí; sentía como mis ojos ya se cerraban, entregando mi cuerpo al descanso de la misión que casi había logrado completar. Pero de pronto, algo me dijo que aquella paz era todavía prematura: Alguien se disponía a arrebatármela. Clavé mi mirada en el retrovisor, y durante varios kilómetros observé como una furgoneta llena de payasos me perseguía. Mi último pensamiento antes de tratar de frenar el DeLorean en vano fue:

¿Podría Autofagia exterminar a la humanidad para volver a alumbrarla a la luz de la Verdad; el Amor; el Bien Universal?

</ 1 5 >
F I N

Hubiera sido correcto escribir fin en el capítulo anterior, pero como ven, no fue así, pues aquí sigo. Aunque mi fin está cercano, ahora que les he legado estas palabras, no será tal fin. Y si ustedes se las trasmiten a las generaciones venideras, seguirán estas viviendo, pues mientras sigamos aportando, no será justo escribir la palabra fin.

<u>GRACIAS</u>

L I B R O / B L A N C O / D E L / A D Y A C E N T I S M O

De manera fortuita terminé hallando este “Libro Blanco del Adyacentismo” entre unas rocas mientras buscaba a mi sujeto de estudio por las montañas.

Considerando su importancia como parte del presente esfuerzo,
he creído conveniente incluirlo.
Queda aquí presentado en el mismo formato de su edición original.

H 3 N 7 0 P 4 N

Nota legal:

ESTE LIBRO PUEDE SER PUBLICADO Y DISTRIBUIDO LIBRE Y GRATUITAMENTE, SIEMPRE QUE SEA RESPETADO SU CONTENIDO INTEGRO, Y NO SE LE ATRIBUYA AUTORÍA PERSONAL ALGUNA.

Prólogo:

El Adyacentismo no es una filosofía, una corriente ideológica, política o mística; no es un programa, un precepto o un dogma.

El Adyacentismo no es nada nuevo, ha estado siempre en el principio de todo pensamiento, movimiento o acción altruista. Sólo el propio nombre ha sido creado ahora para dotar de entidad al presente esfuerzo, el cual busca una vez más el poder devolver su significado real a las palabras Amor, Bien, y Verdad Universal.

El Adyacentismo no es complicado ni intelectual; no ha de ser estudiado pues toda persona en toda época y lugar sabe lo que es el Amor, y lo admita o no, conoce la diferencia entre el Mal y el Bien; Si el individuo duda, el Adyacentismo pone ante sus ojos lo que su mente trata de negarle. Únicamente ha de ser aceptado con coherencia y valentía.

Pero el Adyacentismo pronto será corrompido por el Egoísmo, para transformarse en lo mismo que pretende evitar. Ojalá el Adyacentismo sirva al menos para dejar un poso de Verdad en algunas conciencias, y puedan estas ver algún día un mundo basado en el Bien, una realidad donde el Adyacentismo junto con todos los otros -ismos y abstractos términos no sean necesarios, pues toda acción emane del único y autentico Amor.

Definición de Adyacente:

1. adj. Contiguo, situado en las inmediaciones o proximidades de otra cosa.
2. GEOM. [Ángulo] que tiene el mismo vértice y un lado común con otro, y los lados no comunes **formando parte de una misma recta.**
3. adj. y m. GRAM. [Elemento] lingüístico **que completa el significado** del núcleo de un sintagma.

Primera Parte

Capítulo 1
La luz al final del túnel

Soy Alguien que conoce el Amor. Como tú. Como toda persona en todo tiempo y lugar. Pero no lo sabía. Quizá también como tú. Aunque yo tuve la suerte de que mi camino se cruzara con el de Bobo, y fue Bobo quien me hizo ver que todo lo que necesitaba saber, estaba ya en mi interior.

Pero Bobo llegó a mi vida como llega a las manos de alguien el único libro que no fue incluido en una biblioteca que acaba de arder.
Si lo pienso, creo que todo se debió al azar. Fue pura casualidad que aquel verano decidiera volver al pueblo de mi infancia. No es que deseara hacerlo, pero no tenía otra cosa mejor que hacer.

Yo en aquel entonces no quería saber nada de libros ni de enseñanzas. Acababa de terminar mi ciclo de estudios en el instituto, y tras recibir la carta donde me comunicaban mi admisión en la universidad con la que tanto había soñado y por la que tanto había trabajado preparando presentaciones y exámenes, me dispuse a hacer la maleta para celebrarlo con un merecido viaje rumbo a la fiesta. Supongo que también por pura fortuna, mis amistades decidieron ennoviarse y marcharse con sus parejas por separado. Sin yo saberlo resultó ser el decidido prólogo de lo que luego sería el resto de sus vidas.

Esta actitud excluyente, lejos de empujarme a una resignada imitación, me otorgó una intuición de oportunidad: Ninguna cadena me ataba a nada; a ninguna persona; a ninguna obligación.

Sabiendo que mis próximos meses hasta que hubiera de comenzar el nuevo curso eran en ese momento una hoja en blanco, y asumiendo mi inesperada soledad, la idea de trasladarme a la casa vacía que mi familia tenía en el apartado pueblecito montañés, se fue instalando en mi mente con progresiva fuerza. Sabía que allí únicamente contaría con la compañía de un destartalado tocadiscos, pues el anciano matrimonio de guardeses que la habitaba y cuidaba de su mantenimiento durante el invierno, hacía ya algunos años que había fallecido, y yo no visitaba el lugar desde que me sobrevino el ardor sexual de la adolescencia, por lo que no conocía a nadie en todo el paraje con quien poder tratar o solicitar ayuda alguna.

A pesar de tener algunos buenos recuerdos del lugar, siempre de mis primeros años de niñez, la conjunción de campo, ganado, arboles, cerros, y nula juventud, fue durante largo tiempo insuficiente incentivo para estimular mis intereses meramente hedonistas. Sin embargo en aquel instante, ante mi nueva situación académica y social, y como si de un ritual de transición hacia una nueva etapa vital se tratara, la perspectiva de reconectar con ese ambiente repleto para mí de un primitivismo

incomprensible, me resultaba en cierto modo un ejercicio de gran madurez.
Este tipo de osados retiros eran propios de los adultos, y yo quería integrarme en ese mundo de extrañas complejidades personales.
El tiempo de la fiesta y los romances pubescentes podía esperar.

Sin saber cuánto tiempo lograría mantener en pie el experimento antes de sucumbir al impulso de regresar al calor protector del hogar, y dejándome guiar por el miedo a fracasar y quedar ante mis padres como una persona inmadura aun incapaz de valerse por sí misma, me dispuse a redactar un pequeño manifiesto motivacional. En los momentos de flaqueza que pudieran llegar a asolarme, los cuales yo visualizaba encontrándome en una gélida y húmeda habitación, a pesar de ser pleno verano, y con la única iluminación de una tenue vela, a pesar de contar la casa con electricidad y todas las comodidades modernas, sólo tendría que releer mi propia declaración de intenciones, y recobraría con ello de inmediato las fuerzas necesarias para no abandonar el reto iniciático.

Confieso que me costó elegir las cosas que llevaría en mi maleta, pues parte del interés de esas vacaciones era desconectar de mi vida en la ciudad, y eso implicó abandonar toda forma de tecnología. Mi apagón digital era un requisito que cuando finalmente tuve que asumir, me resultó menos bucólico que traumático.

Durante el trayecto a la estación de autobuses en el coche de mis padres, ya pude sentir la ansiedad de actualizar mi informe situacional de vidas ajenas a través de una pantalla de cristal.
Quería convencerme de que todo lo que el resto del mundo estuviera haciendo en ese instante, carecía temporalmente de importancia para mí, que aquel intrépido viaje era una medida enriquecedora de crecimiento, descanso y salud integral, pero mi desmedida curiosidad, cada vez más evidentemente patológica, me empujaba a pensar que no hacía daño a nadie manteniendo un flujo constante de notificaciones, y llevaba a mis manos de forma inconsciente a buscar el dispositivo electrónico en mis bolsillos. En cualquier caso ya era demasiado tarde.

Al llegar a la estación, abarrotada por las excursiones escolares, los turistas despistados, y los siempre impersonales vagabundos, mis padres insistieron en acompañarme al andén de la motorizada diligencia que debía llevarme hasta mi exilio voluntario.
Tenía ganas de marcharme y ver que me deparaba el camino, por lo que no reparé en el despliegue de demasiadas ceremonias afectivas, pero cuando me despedí de ellos a través del cristal de la ventilla de mi asiento, sentí inesperadamente una gran pena. Al principio pensé que se debía al hecho de que durante un par de meses no los vería. Luego creí, haciendo un esfuerzo autocritico, que lo que tenía por pena era temor ante mi incierto bienestar sin ellos. Sentí bastante satisfacción al comprender que había llegado a tal

consideración a base de seria reflexión. Era un gran comienzo.
Sin embargo horas después, cuando paramos en un área de servicio a comer algo, y me encontraba pagando al camarero con el impoluto billete que ellos me habían entregado antes de salir de casa, comprendí que en realidad sí era pena lo que había sentido. Algo se había agitado en mi interior al verles marchar, sabiendo que mientras que yo disfrutaría de esas vacaciones, ellos estarían trabajando para pagármelas. No recordaba haberme detenido nunca antes a observar tales cuestiones. Siempre había dado por hecho que ellos debían proporcionarme recursos materiales porque una ley natural imponía que esa era su obligación. Yo no era un ente independiente en el mundo, sino una ampliación de ellos, y debían mantenerme con vida como se mantenían a sí mismos.
Cuanto más se ampliaba la distancia entre nosotros, mas iban surgiendo estas ideas en mi mente por vez primera. ¿Quién debía procurarme los recursos necesarios para la supervivencia, y por qué?

Al atravesar el túnel bajo las montañas el autobús iba casi vacío. Era la hora de la siesta y se escuchaban algunos ronquidos, pero yo, a pesar de no contar con ningún medio para leer, escuchar música, o cotillear las publicaciones de la dimensión virtual, no podía sucumbir al sueño. No tenía costumbre de dedicar tiempo a la reflexión, más allá de las preocupaciones que a veces en bucle me asaltaban, y que nunca alcanzaban más

resolución que mi enfado, y la consiguiente esperanza de que otra persona corrigiera la situación.

Ahora, ante la luz del valle que iba dibujando las casitas del pueblo entre los agrestes árboles, sin poder evitar imaginarme las historias de las gentes que decidieron, o no tuvieron más remedio que establecerse en este inhóspito lugar, y estremeciéndome ante la fantasiosa ficción de cómo sería su duro día a día allí, me enfrentaba de pronto a una certeza hasta ese momento censurada: Había vivido toda mi vida en el privilegio.

Yo no sabía lo que era conseguir nada de la nada. Cierto es que adquiría cosas, pero siempre era en establecimientos que alguien previamente había construido en las inmediaciones de mi hogar, los cuales habían suministrado de productos que eran el resultado del trabajo de otras personas que los habían cultivado, otras recolectado, otras envasado, otras inspeccionado, otras transportado, otras colocado en los expositores a mi alcance, y otras que me las cobraban con dinero que alguien me había dado, para pagar a no sé quién. Era una cadena tan complicada que apenas podía estructurarla con un mínimo de rigor.
Nunca había necesitado hacerlo.

Mi familia, sin ser rica, siempre había gozado de una buena posición social, y a mí jamás me faltó de nada. Sabía que en este mundo existían desigualdades, claro está, pero daba por sentado que todo era así porque así tenía que serlo. En cierto modo, sentía que era mi

obligación aprovechar la oportunidad que la vida me había dado. Sin más.

Supongo que mi primera incursión en terreno del desamparo me hizo enfrentar estos pensamiento por pura fuerza, y aunque no me encontraba alegre, y por momentos un cansancio mental hasta ahora desconocido debilitaba mi inicial entusiasmo, en el fondo era esto lo que yo buscaba, asique pensé en conjugar rápidamente esta nueva experiencia intelectual con una cómoda cama. El descanso físico me pondría a tono para librar la batalla emprendida.

Cuando descendí del coche de línea, y pude recuperar mi maleta de su panza, todo el monologo que durante el trayecto había desarrollado, cesó bruscamente al aspirar mis pulmones una fuerte bocanada de fresca esencia de pino.
Permanecí en silencio saboreando su penetrante olor a tierra; olor a pura y autentica vida.

Entonces sonreí.
Supe de pronto que había acertado planeando ese viaje.

-*¡Era justo lo que necesitaba!* –pronuncié en alto sin darme cuenta.

Los únicos que escucharon mis liberadoras palabras fueron un grupo de ancianos que se encontraban sentados en un muro de piedra junto a la parada, en lo que parecía ser una transcendental misión de vigilancia

de la carretera, pero a juzgar por sus impertérritos rostros al oírme, no era a mí a quien esperaban.
-Ni siquiera soy una seria amenaza extranjera. –dije riéndome para mis adentros, y recordando a su vez que mi lugar todavía estaba en la mesa pequeña de las inmaduras criaturas.

Así fui recorriendo las empedradas calles con mi maleta a rastras. No sabía que había metido en ella para que pesara tanto, o porque mis brazos no estaban acostumbrados a enfrentar la más mínima carga.

La tarde expiraba y la búsqueda del viejo caserón me estaba resultando más complicada de lo esperado. Tenía una perfecta idea de cómo era su fachada exterior, pero una vez entre el resto de edificaciones serranas, todas me parecían iguales.
Decidí preguntar por los montaraces que durante años guardaron los intereses de mi familia en el asentamiento. Sabía que habían muerto, pero me resultaba menos violento preguntar por ellos que hacerlo por el número de una casa ante la que quizá medio pueblo me había visto pasar ya varias veces.
Después de hablar con algunas ociosas señoras, que adivinando mis verdaderas intenciones me indicaron directamente como llegar a mi lugar de destino, comprendí que había sido una imperdonable falta de tacto por mi parte fingir que no sabía que aquel amable matrimonio que durante tantos años nos sirvieron, había pasado a mejor vida.

Por no parecer una persona despistada, elegí ser una persona insensiblemente estúpida.

Mientras recorría la casa abriendo todas las ventanas para ventilar las selladas estancias, y encendía cada una de las luces, devolviendo así la vida al olvidado hogar, imaginaba que por el pueblo ya se habría corrido la voz de la llegada de alguien de la ciudad, y los vecinos estarían comentando mi urbanita desconsideración por la vida, la muerte, y el despilfarro energético.

En algunas habitaciones encontré algunos juguetes y ropas antiguas que querían sonarme de algo, y en un par de ellas que se hallaban contiguas, objetos personales de los guardeses.

-Nadie vino a llevárselas cuando ellos se fueron –pensé.

Luego, al meterme en la cama que más limpia vi, la idea de que quizá no tuvieran a nadie en el mundo, más que a ellos mismos, la casa, y el sueldo que mi familia les enviaba, me pareció tan triste que quise llorar.

-Sólo este polvoriento silencio ha quedado de su paso por la tierra. Ni siquiera recuerdo como se llamaban…

Y tratando de recordarlo me dormí sin llegar a llorar.

Capítulo 2
Neumáticos de caucho

Al amanecer sentí la confusión que, ahora sé, suele darse cuando alguien despierta la primera mañana fuera del entorno conocido. No comprendía dónde estaba y me asusté.
Había olvidado la precedente jornada de desplazamiento hasta el viejo caserón, y todos los pensamientos lúgubres sobre sus antiguos custodios.
Mientras duró la desubicación espacial, también lo hizo cualquier memoria de mi nombre o mi historia.
No sabía dónde estaba; no sabía ni quién era.

Tardé en tomar conciencia de mi exacta existencia, sin atreverme a salir de debajo de las guardianas sabanas hasta que logré hacerlo.
Cuando por fin hube resituado mis certezas en el plano de esta realidad, observé que había quedado por completo disuelta la neblina confusa producto del mucho reflexionar durante el trayecto en autobús el día anterior, y que esta no formaba ya parte de la nueva persona en ese instante reciclada, dejando en su lugar un agradable y despreocupado vacío.

Sintiendo una infinita liviandad salté de la cama, y a través de la ventana llené mis pulmones y mis ojos de montaña. La contemplación del majestuoso paisaje me colmó de un irrefrenable vigor, y confirmó que el descanso había obrado una depuración casi completa de todo mi organismo.

Acepté el lugar y mi presencia en él, como si fueran los primeros compases de una sinfonía que estaba deseando escuchar.
Me encontraba feliz. Esa era la única palabra que podía definirme. Y no necesitaba más.

El silencio que durante la noche me había parecido sinónimo de amenaza, ruina y trágico pasado, ahora durante el día me inspiraba tranquilidad, salud, y esperanzado futuro.

Al instante pensé en darme una ducha y desayunar, completando así la revitalización que mi joven cuerpo merecía. Sólo pude hacer lo primero.

Por aquel entonces mi responsabilidad personal no contemplaba el hecho de tener que llenar una nevera de comida, si es que pretendía en algún momento comer. Fue una pequeña desilusión darme cuenta de que a pesar de haber recibido las oportunas advertencias por parte de mis padres, y tener la cartera repleta de billetes para tal fin, había ignorado por completo el trabajo de intendencia hasta que el hambre convirtió el desinterés en problema. Seguía sin estar en la mesa de los adultos. Eso no lo habían cambiado las reparadoras horas en el mágico lecho.

Tras vestirme y descender a la planta baja en dirección a las cocheras, me arrepentí por un momento de no haberme quedado en la ciudad aprovechando para obtener mi permiso de conducción de vehículos a motor.

Agité la cabeza sabiendo que ese era el coste de oportunidad por poder estar allí, iniciando esa inédita y enriquecedora aventura, y que en cualquier caso, lo único que encontraría en el garaje digno de ser pilotado eran unas cuantas bicicletas oxidadas.

-*¡Ojalá un caballo!* –exclamé teatralmente al retirar una desgastada lona y observar lo que habría de ser mi medio de transporte durante las próximas semanas.

Salí de la finca sin poder tomar posesión de la montura elegida. A pesar de ser la que el tiempo y las inclemencias del clima mejor habían tratado, no tenía otro remedio que llevarla deslizándose traqueteante junto a mí, pues sus dos ruedas estaban desinfladas, o eso quise creer. De estar pinchadas nada podría hacer, pues los recambios exigirían hacer pedidos a alguna tienda de la ciudad, gestión que desde mi pueril inexperiencia ni siquiera acertaba a imaginar.

Los surtidores de aire a presión de la gasolinera, suponían de pronto una parte fundamental de mi proyecto de independencia estival. Como si de una ruleta girando en manos del puro azar se tratara, mi permanencia en el lugar dependía de que estos funcionaran, y más aún, de que lograran el inflado permanente de mis por ahora inservibles neumáticos de caucho.
Lo peor de todo era que, tal y como ya me había sucedido con el abasteciendo de la nevera, esto tampoco lo había tenido en cuenta.

-Sin la bicicleta no podré moverme más allá del pueblo; no podré explorar los caminos junto al bosque; no podré ir hasta la laguna a bañarme…

Mis palabras no parecían conmover ni un ápice al empleado de la estación de servicio, el cual me observaba taciturno mientras yo trataba de insuflar vida al flácido aro negro.

Decidí callarme y dejar que el tenso silencio únicamente armonizado por el silbido del aire comprimido, cobrara vida propia.
Pero las que cobraron vida fueron mis tripas, que rugieron estrepitosamente azotadas por el hambre.

-¿Es que en la ciudad no acostumbráis a desayunar? –exclamó el grasiento paisano sin cambiar su pétreo gesto.

Aunque yo no había hecho más que manifestar el deseo de reparar mi vehículo, el hombre dedujo sin atisbo de duda mi procedencia.

-¿Será por mi ropa? ¿Será por mi forma de hablar? –pensé- *¿Tal vez habrá sido el hecho de querer hacer excusiones, y no resignarme a permanecer como un objeto decorativo en la puerta de mi casa?*

Las ruedas no querían hincharse, pero yo sólo podía atender a mi propia indignación por no haber logrado camuflarme mejor entre la población autóctona.

Por su parte el gasolinero permanecía mirando fijamente el pitorro de entrada del aire, como esperando que algo trascendental sucediera, y a su vez sin ninguna prisa por ver llegar el desenlace.

-*Tienes que meter mejor la rosca.* –pronunció finalmente- *Abre el seguro de la válvula y empuja hasta el fondo antes de cerrarlo. Se te está escapando todo el chorro.*

Hice lo que dijo, y efectivamente funcionó.
No lograba comprender a qué había venido la larga espera viéndome hacerlo mal antes de decidirse a indicarme mi error.

Las mejillas me ardían, no sé bien si de rubor o de rabia, y el paisano, tal y como había venido hasta mí, con las manos en los bolsillos y un paso ridículamente lento, regresó en silencio al interior de la estación de servicio.

Sentí deseos de escupir al suelo y marcharme.
Pero tenía hambre.

-*¿Hay algo de comida?* –pregunté asomándome por la puerta de la tiendecilla sin llegar a entrar.

-*Claro. Tienes mermelada de fresa y leche fresca.* –contestó sin molestarse en levantar la vista para mirarme- *¿Qué si no?*

Y de pronto lo recordé: Allí todos los platos se basaban en fresas silvestres y productos lácteos, lo cual es natural si tenemos en cuenta que en esas montañas sólo había prados cubiertos de vacas, y fértiles matorrales repletos de fresas salvajes junto al bosque.

Con el recuerdo difuso del dulzor de la frutilla carmesí tratando de invadir mi paladar, di media vuelta y abandoné el establecimiento, al tiempo que esbozaba un desganado "gracias", recibiendo únicamente un hosco gruñido por respuesta.

De camino al casco urbano comprendí porque había sabido aquel tipo que yo era de la ciudad. Y es que el hecho resultaba evidente: Aquí no tenían juventud. Y claramente habían olvidado como tratarla.
Estaban condenados a ser abandonados para siempre y desaparecer.

-¿Qué si no?

Con toda la agitación del desagradable encuentro, había pasado por alto mi éxito: La bicicleta se encontraba ya en perfectas condiciones.
Si mis pies se portaban como debían, el combustible de sus pedaladas nos llevarían a explorar lo desconocido. Aunque por ahora tuve que contentarme con que lo hicieran hasta uno de los dos bares del pueblo.

Supongo que por no ser ni muy pronto ni muy tarde, la tasca se encontraba vacía de parroquianos.

Me acerqué a la barra y el camarero, por cuya curtida tez se podría haber dicho que estaba emparentado con el rudo gasolinero, me saludó sin embargo con una cordial sonrisa.
Yo quise devolverle el agradable gesto, pero tras ver las grandes rebanas de pan distribuidas en platitos sobre el mármol, contemplé con desilusión la multitud de tarros de confitura de fresa expuestos orgullosamente tras este en las repisas, y las botellas de leche fresca amontonadas en cajas junto a sus pies, desvaneciéndose así mi esperanza de poder obtener un desayuno de una naturaleza menos severa, y no pude evitar expresar instintivamente mi disgusto.

-Si quieres puedo ir al corral a por unos huevos, y hacértelos revueltos con queso. –dijo mi buen anfitrión sin perder la amabilidad de su rostro.

Ante tal ofrecimiento, lo que hace unos segundos me parecía una exigencia mínima de cualquier local hostelero que se preciase, ahora me resultaba un favor personal intolerable. ¿Cómo iba a molestar a ese pobre hombre, haciéndole prepararme un menú especial a mi gusto por no saber adaptarme?
Decidí que me forzaría a acostumbrarme a la gastronomía local y aceptaría lo que me dieran como una persona madura. Quizá así me ganara un sitio en la mesa adulta de la vida.

Sin duda esa lección también debía ser una parte de mi proceso de aprendizaje durante estas vacaciones.

Así, cada día fui a desayunar, comer y cenar a aquel mismo local.
Tenía dinero y ninguna gana de ponerme a cocinar. Tampoco es que supiera hacer algo más allá de calentarme una tostada, cosa de la cual ya se encargaba mi único amigo el señor camarero, del que por cierto, nunca me molesté en preguntar el nombre.

Si bien es cierto que enseguida se acostumbraron a mi presencia, en un primer momento los oriundos del lugar no me recibieron entre sus comensales con gran cortesía, por lo que tampoco nunca me atreví ni planteé hacer preguntas personales, más allá de algún adecuado chistecillo políticamente correcto. Enseguida supe que esa era la manera de relacionarse de estas gentes: No hablaban de sus vidas. Cuando estaban en el bar, se limitaban a criticar las vidas de los otras personas, casi siempre de las ausentes, y se demostraban afecto con pequeños y mutuos insultos inofensivos.

También enseguida supe que, aunque yo había entrado en esa fonda por ser la primera que encontré aquel día, y decidí quedarme por las atenciones del simpático dueño, en realidad la elección de casa de recreo entre esta y la otra existente en el pueblo, determinaba una pertenencia similar al hacerse hincha de un equipo deportivo. Ya no podría ir al otro bar sin que mi visita fuera recibida como una invasión intolerable.

En realidad poco importaba, pues a mis ojos eran similares en todo, excepto por el nombre y mi presencia o mi veto.

La oferta de ocio era idéntica en ambos sitios, basándose esta únicamente en películas de vaqueros en la televisión por las tardes, y ópera o música orquestal en el tocadiscos el resto del día.
Ni deportes, ni política, ni noticias de actualidad.
Era pues una vida sencilla, aislada, y sin sobresaltos.

Y yo me acostumbré a ella sin darme cuenta, tanto que cada mañana al amanecer, la boca se me hacía agua imaginando que le pegaba un grosero mordisco a una rebanada de pan con mantequilla y mermelada de fresa. El bigotillo de la leche sobre mi labio superior me hacía gracia. Sería sin duda el mejor bigote que jamás tendría.

Comía y dormía cuanto quería, y aun así, lejos de ganar un solo gramo, perdí peso a un ritmo acelerado. Las pedaladas subiendo y bajando el valle en mi fiel corcel metálico, las brazadas atravesando de un lado a otro el glacial lago, y las grandes bocanadas de aire puro que engullía sin ningún miramiento, mantenían mi cuerpo mejor engrasado que nunca.
Todo este constante ejercicio físico, de alguna forma que no me paraba a contemplar, alimentaba también mi bienestar emocional.
Pero quizá fuera eso de no pararme a contemplar mi propio interior, lo que permitía mi narcosis inconsciente. Agotaba mi cuerpo y no quedaba tiempo para más.

Aun así, con el transcurrir de los días, y al pasarse irremediablemente la novedad situacional, volvió a mí el aburrimiento, desdicha de las almas vacuas, y caí de nuevo en confusas disquisiciones mentales.

Ahora sé que eran confusas debido al poco ejercitar.
Al contrario que mi parte física, desarrollada con furor y gozo, el abandono premeditado de mi parte intelectual había atrofiado, o tal vez simplemente nunca había llegado a existir, mi capacidad de razonar con una lógica coherente.
Y hablamos de cosas sencillas, problemas cotidianos. Las complejas argumentaciones vendrían mucho después, cosas que si hubiera vislumbrado en ese momento, me habrían parecido ingenierías imposibles de inquisidores movidos por la más cruel pedantería.

La soledad y la desconexión tecnológica me impedían recurrir al liberador ejercicio de inmiscuirme en la vida de otra gente para no tener que contemplar la propia, y cuanto más sentía la ansiedad por conseguir un chute de información ajena, más quería informar de mis propios procesos, sensaciones y opiniones.

En mi primera mañana me había desecho fácilmente de todas las reflexiones que me asediaron durante el trayecto de ida, de las cuales, como algo totalmente natural, no había sacado ninguna conclusión. Sin embargo en ese momento, tras varios días de abrumador análisis introspectivo, y olvidada ya la paz de los paseos y los baños, mi única e inmediata respuesta

fue el impulso decidido por huir y volver a casa; rodearme de gente y de ruido para no tener que pensar.

Recordé entonces mi pequeño manifiesto.

Por unos instantes, mientras buscaba el panfletillo autoeditado en el fondo de mi maleta, sentí de nuevo esperanza: Mis pretéritas palabras iban a devolverme la estabilidad que ya hasta el conciliador sueño me negaba.
Pero no fue así.
Al leerlo de nuevo consideré que lo escrito era sólo una sarta de tonterías propias de una persona inmadura. Me dio tanta vergüenza que súbitamente contemplé los trozos de papel hechos pedazos entre mis manos.
Definitivamente había perdido la ilusión.

Con gran temor, sin poder evitar la visita de todo tipo de ideas terriblemente oscuras y destructivas, pasé aquella noche sin dormir ni un sólo instante.
El cansancio me aturdía al alba, y aunque había jurado marcharme de las montañas aquel mismo día, supe encontrar un atisbo de criterio y convencerme de que en semejante estado de agotamiento, un viaje largo iba a suponer un suplicio.

Salí pues a tomar el aire fresco, con la esperanza de despejarme.

Los neumáticos de caucho me guiaban.
Y así fue como llegué por primera vez hasta Bobo.

En el arcén de un camino de arena, ya de vuelta en dirección al pueblo, entre unas zarzas de fresas, la silueta de una bicicleta tirada.

Durante unos instantes, y a juzgar por la corrosión que la envolvía, dudé de si habría sido abandonada allí hace años, incluso imaginé la trágica historia de una desdichada persona que, perdida, acabó allí sus días convertida en una espectral sombra sobre dos ruedas errante.

Casi dejé que me invadiera el terror de mis propias fantasías, pero entonces, de entre los árboles, el reflejo del Sol en el cristal de unos binoculares captó mi atención.

Allí estaba Bobo, observando en silencio el cielo. O las ramas. No sabía muy bien el qué, ni porqué espiaba tan atentamente al bosque.

Permanecí a mi vez vigilando la vigilancia.
No me atrevía a importunar su concentrada tarea, pero el hecho de encontrar por fin a alguien joven en el vetusto valle, impidió que me contuviera.

-*¡Hola!* –grité- *¿Quién eres? ¿Qué haces?*

Bobo dirigió su profunda mirada hacia a mí con gran calma. No sonrió ni hizo gesto alguno, pero cuando nuestros ojos se encontraron, todo mi cuerpo se estremeció.

No fue ni miedo ni placer lo que sentí en ese momento, sino una extraña sensación eléctrica que me recorrió por dentro, impidiéndome moverme o respirar. No quería huir, no quería luchar, ni siquiera por el contrario quería que nuestros cuerpos se abrazaran amistosamente. No. Hasta ese momento nunca antes había experimentado nada igual. Fue sólo luego, mucho más adelante, cuando comprendí que aquello había sido la descarga producida al conectarse dos caminos: La chispa de energía de dos vías férreas que durante largo tiempo habían transcurrido por separado, ensambladas de pronto para viajar juntas en una misma dirección.

-*Yo soy quien soy.* –pronunció mientras caminaba hacia mí.

-*¿Y qué mirabas?* –dije esperando una respuesta menos evasiva.

-*La vida en marcha*. –sentenció.

He de reconocer que su escasa conversación me decepcionó, pero a la vez sentí que ese acertijo que me presentaba con escuetas pistas, era necesario.

-*¿Significa que te marchas?* –pregunté con cierta tristeza mientras observaba como subía sobre su herrumbrosa bicicleta.

-*¿Sabes? ¡Eso ha tenido gracia!* –exclamó con una franca carcajada.

-*¿Sí?* –dije inocentemente contagiándome de su buen humor.

-Tú eres de la ciudad, ¿cierto?

-Bueno…

Por algún motivo reconocer mi procedencia privilegiada me avergonzaba, pero no sabía cómo negar lo obvio.

-¿Has venido a perderte o a buscarte?

En vísperas de mi marcha, el mismísimo día de mi renuncia, semejante pregunta me pilló tan de sorpresa que apenas pude balbucear algunas silabas inconexas.

Entonces, repentinamente, una bandada de pájaros levantó el vuelo de entre los árboles, y Bobo dirigió bruscamente su atención hacia ellos.
Sin mediar más palabra se lanzó a un frenético pedaleo, tratando de no perder su trayectoria desde tierra.

Me esforcé todo lo que pude en captar algún rasgo de su aspecto capaz de permitir una identificación futura, pero ya en la distancia apenas logré distinguir el parche que llevaba bordado a la espalda sobre su chupa de cuero.

-Es un círculo de color rosa, y dentro lleva el monigote de una persona sonriente sobre una bicicleta. –explicaba aquella misma tarde al dueño del bar- *El monigote viste una capa que es una porción de pizza, y los neumáticos son pizzas enteras.*

Su fingido interés era ciertamente grato, pero la única ayuda que pudo aportar a la resolución del caso fue encogerse de hombros con su habitual sonrisa.

La búsqueda se las prometía complicada, pero por fortuna, mientras repetía incansable el relato de mi encuentro a los parroquianos reunidos para la cena, uno de ellos, un ganadero que fácilmente podría ser confundido con un oso si osara ponerse a caminar desnudo por el prado, acercó su silla a la mía y me echó una mano al hombro.

-¿Te fijaste en la ropa que llevaba? –me dijo en tono confidente.

-Sólo en sus ojos.

-¿Te suena tal vez una camiseta gris llena de pingüinos garabateados con rotulador?

-¡Así es! –grité al desbloquearse automáticamente el fotograma.

-¿Llevaba unos primaticos colgados del cuello? –añadió.

-*¡Sí! ¡Sí!* –dije sin poder contenerme.

-*Tú buscas a Bobo.* –afirmó con severa rotundidad.

-*¿Bobo? ¿Qué nombre es ese?*

-*Yo sólo sé que va por ahí con la panda de las bicicletas, y juraría que llevan ese parche.*

-*La verdad es que dan más risa que otra cosa.* –intervino otro de los comensales, cuyo aliento en la distancia evidenciaba tonalidades de un mosto especialmente avinagrado.

-*Hace tiempo les dejé que se quedaran a dormir en mi parcela, a condición de que me ayudaran a descargar unos fardos de paja.* –retomó el gran hombre peludo- *No dieron problemas.*

-*Tienen un aspecto horrible.* –dijo una señora de prominentes mofletes mientras devoraba una porción de tarta de queso con fruición- *Mi marido, el jefe de la policía, ya les ha advertido en más de una ocasión de que no se acerquen por el pueblo. Según me dijo, ahora paran por el viejo granero abandonado. ¡Montan unas orgías tremendas!*

"Orgías tremendas". Dos palabras que no logré quitarme de la cabeza en toda la noche. Su significado, y la posibilidad de llegar a envolverme en ellas, me tentaba y aterraba. El sueño acumulado hizo el resto.

Capítulo 3
Vinilos para un tocadiscos

La decisión era firme: Pospondría un día más mi regreso a la ciudad.

Con Bobo había encontrado un aliciente para dejar de lado mis ridículamente desestructuradas preocupaciones metafísicas, y ocuparme en asuntos más provechosos. Ahora sólo tenía que volver a hallar a Bobo.

A este propósito dediqué la jornada entera, principalmente interrogando a innumerables vecinos acerca de la ubicación del granero abandonado, mi pista más sólida, pero ninguna de las indicaciones coincidía con la anterior.

-¡A ver si ese viejo troj va ser un barco fantasma que va y viene por las praderas!

Debí elegir el peor lugar para expresar mi desesperación ante un hecho tan absurdo como haber perdido nada menos que un granero entero, pues la cara del marido de la señora de las tartas de queso era un poema. Abandoné el cuartel de policía con un profundo sentimiento de engaño.

No podía evitar pensar que se estaban riendo de mí por ser de la ciudad.
Una novatada. La cruel broma del aburrimiento. Eso debía ser.

De nuevo la noche me trajo temores y dudas, pero esta vez la causa era clara: La posibilidad de no volver a ver a Bobo me desolaba tanto como si fueran a separarme de mi otra siamesa mitad. No me imaginaba un día siguiente sin Bobo.
El sentimiento era tan intenso que incluso pude darme cuenta de que no estaba proporcionado con los hechos. Un encuentro de medio minuto no podía provocar una atracción tan desesperada.

En cualquier caso, aquella era una puerta que había abierto, y no podía irme sin cerrar.

Sabía que cada día de fracaso en mi búsqueda del escondite de la panda de las bicicletas traería consigo un nuevo aplazamiento de mi marcha, asique lejos de desesperar aún más intentando combatir el insomnio que de nuevo me atenazaba, decidí simplemente entregarme a las suaves caricias de la aguja sobre los surcos.

En la habitación de uno de los antiguos guardeses localicé una polvorienta caja de vinilos para un tocadiscos. El aparato reproductor estaba en el mismo sitio que lo recordaba desde mi infancia: Presidiendo el salón.
Por alguna razón que aun hoy desconozco, ese antiguo gramófono era el orgullo de la familia. De elegante madera y con una enorme bocina de pulido metal dorado, yo durante años creí que era un objeto decorativo.

Sin ningún motivo aparente me decanté por un disco cuya portada de cartón mostraba a un hombre con traje y corbata, pelo engominado hacia atrás, fino bigotito, y cigarro en la boca, que sosteniendo sobre su pierna una guitarra, la miraba como si fuera la cosa más maravillosa del mundo.
Esa convicción del músico por su instrumento me transmitió muy buen pronóstico de lo que vendría.

Y efectivamente, las horas pasaron en compañía de los dedos agiles de ese personaje, lejano ya en tiempo y espacio, pero presente en sus acordes.

La música frenética mantuvo mi sueño a raya, pero distrajo lo suficiente mis elucubraciones, y al cantar el gallo no sentía apenas cansancio.

Cogí la bicicleta y pedaleé sin detenerme hasta que encontré el lugar.
Supe que era el granero indicado porque por una rendija entre las tablas observé un montón de cuerpos apilados sobre la paja. Por sus chupas de cuero sólo podía ser la banda de Bobo; por el olor que desprendían, bien podrían haber dejado de serlo desde un punto de vista médico.

Me resultaba evidente que viva o muerta, esa gente no estaba para recibir visitas.
Volví al pueblo, y dejando pasar las horas junto al tocadiscos, me dormí.

Al despertar, el Sol se estaba marchando.

-¡Debo volver a la guarida de Bobo! ¡Es ahora o nunca!

Aunque al rememorarlo preferiría poder decir que nunca pronuncié proclamas de tan impostada épica, en ese momento sentía que estaba realizando la más gloriosa gesta de mi vida.
Y bueno, en cierto modo así era.

Cuando llegué al granero en mitad de la noche, el panorama era diametralmente opuesto al de la tranquila paz de la mañana: Ya desde la distancia podía sentirse el estruendo sonoro, si bien indescifrable, de una enajenada música cuya potencia en notas bajas te golpeaba en el pecho. Sobre, o más bien bajo este potente despliegue de decibelios, un murmullo conformado por multitud de conversaciones a gritos, creaba un ruido blanco que terminaba por fulminar la poca humanidad que pudiera contener la fuente emisora.

Desde de detrás del matorral donde me encontraba, en lo concerniente a la parte visual nada extraño cabía ser destacado. Simplemente una potente luz amarilla escapaba de su interior por las imperfecciones en el ensamblaje de rural carpintería que daban forma y sentido a la construcción. La imagen cándida del pesebre navideño en una ilustrada postal.

Todo mi ser deseaba entrar y descubrir qué secretos allí se albergaban.

Hasta ese momento había vivido mi vida entera en automático, aceptando ciegamente lo que se suponía que debía hacer en cada momento; todas las personas que conocía eran producto de condicionantes situacionales como compartir recreo en el colegio o sentarme cerca en las clases del instituto, por pertenecer a mi vecindad más inmediata, o porque sus padres eran amigos de mis padres; todas las actividades que alguna vez realicé, y de las cuales podían desprenderse mis talentos más personales, habían sido elegidas en base a criterios de disponibilidad horaria, y no a mis gustos o deseos personales. Nunca había elegido incorporar a mi vida nada que previamente no me hubiera sido presentado y facilitado. Aun sin tenerlo en ese momento presente, aquella era la primera vez que abría mi propia senda por consciente voluntad, forzando mi llegada a un lugar donde no me habían invitado.
Tal vez por eso, aunque mis piernas temblaban horrorizadas por lo que estaban haciendo, me lancé con decisión a través la puerta del granero.

Lo que contemplé bajo aquel carcomido techo estuvo inundado de tal cantidad de estímulos, y tan extraños y novedosos para mí, que sólo puedo limitarme a resumirlo someramente: La mayor caterva de jóvenes inadaptados que jamás vi, y espero ver, alimentaba con sus gritos, saltos, bailes, empujones, risas, abrazos e idealistas debates, una burbuja ajena a toda convención paradigmática acerca de lo que debía ser el sentido mismo de la existencia humana.

Allí cada noche creaban y destruían su propio mundo de inmundicia, temporalidad, y compañerismo.
No necesitaban permiso ni voto de nadie. No esperaban gustar ni exportar su visión de lo permitido y lo prohibido a nadie. Esa gente desarraigada e indómita se expresaba como buenamente podía, que era poco o nada.
Para mí, que sólo había conocido la corrección protocolaria que impone el dinero, la falsa rigidez de hábitos y normas en pos de una distinción de clase capaz de justificar y mantener dicho dinero en la propia bolsa, ver todo aquello, caótico, sucio, desestructurado… Sencillamente me repugnó.
De pronto recordé la tarta de queso del bar.

Aunque me introduje entre la muchedumbre en dirección al fondo del granero, donde parecía haber un escenario con grandes altavoces sobre el que un grupo de música tocaba, lo único que podía escuchar eran los latidos acelerados de mi corazón. No estaba en absoluto a gusto dentro de aquel aparente sinsentido estético y funcional, y sin embargo deseaba seguir avanzando por sus entrañas hasta contemplar su final.
Y al final estaba Bobo.

Estableciendo un reino propio más allá de la informe masa de sudor y chupas de cuero que disfrutaba del concierto, en un pequeño cuartito trasero a modo de camerino, los parches del monigote con capa de pizza sobre bicicleta con ruedas de pizza, rodeaban cual guardia pretoriana a Bobo.

A la distancia que me encontraba pude distinguir el nombre que llevaban bordado en la tela: Super Pizza Bike Club.

Si bien es cierto que había oído hablar de peligrosas asociaciones de motoristas al margen de la ley, un club de ciclistas irredentos resultaba una idea cómicamente infantil.
La tesis vino a confirmarse cuando parte de la panda de Bobo se giró al apercibirse de mi presencia, y contemplé de cerca sus tersos rostros adolescentes repletos de acné e ira contenida.

-Do, Fa, Sol sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Sol, Fa, Mi, Fa, Fa. Mitad de la primera estrofa. Do, Fa, Sol sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Sol, Fa, Mi, Fa, Fa. Estrofa completada. Sol sostenido, La sostenido, Do, Do, Do sostenido, La sostenido, Do, Do, Do, Do, Do. Este es el grueso del estribillo, que repetimos. Sol sostenido, La sostenido, Do, Do, Do sostenido, La sostenido, Do. Una pausa y finalización del estribillo. Fa, Sol, Sol sostenido, La sostenido, Sol, Sol sostenido, Fa, Fa. ¿Lo tenéis?

Varias voces dieron confirmación afirmativa a las palabras que Bobo pronunciaba acompañando lentamente con su guitarra.

-Vale, pues hacemos otra rueda de estrofa y estribillo con las notas indicadas. Y después el puente. Do sostenido, Do sostenido, Do, La sostenido. Do, Do, La

sostenido, Sol sostenido. La sostenido, La sostenido, Sol sostenido, Sol, La sostenido, Sol sostenido, La sostenido, Do, Re sostenido. Primera mitad del puente, ¿vale? Do sostenido, Do sostenido, Do, La sostenido. Do, Do, La sostenido, Sol sostenido. Y un pequeño cambio de cierre. La sostenido, La sostenido, Sol sostenido, Sol, Mi, Fa.

Una chica con el pelo rosa se armó con un bajo eléctrico mientras sus labios pronunciaban silentes notas que su mente sin duda trataba de memorizar.

–*Después del puente hacemos otra estrofa y otro estribillo, y terminamos con un final contundente en Fa repitiendo la última frase del estribillo. ¿Estamos?*

-*¡Estamos!* –respondieron marcialmente un muchacho armado con dos palos de madera, la chica del pelo rosa, y otro personaje indescifrable con una guitarra en forma de hacha.

La lección había terminado. Y yo de nada me había enterado.

Tras la sopa de letras, Bobo desapareció camino de la rudimentaria escena levantada a base de cajas de leche vacías y una gran tabla de conglomerado. Comenzaron a tocar la hipnótica canción, pero durante los primeros compases un gélido aliento me recorrió la espalda, y tuve la impresión de que en cualquier momento todo aquello podía venirse abajo y aplastarnos.

Tuve que esforzarme mucho en aguantar sin sucumbir al impulso de alejarme de allí a toda prisa, y como gracias a mi primer intento fallido había podido descubrir que acercarse a Bobo sorteando la escolta de su Super Pizza Bike Club iba a ser tarea complicada, decidí reunir fuerzas tomándome un par de cervezas de fresa.

Poco recuerdo de lo que sucedió después.
Sé que en un momento dado encontré a Bobo en el centro de lo que podríamos denominar la pista de baile, pero lejos de estar acompañando al resto de criaturas de la noche en sus ebrios contoneos, se hallaba narrando las peripecias un cierto tipo de pájaro que al parecer gustaba de darse baños de hormigas. Alguien de entre su auditorio preguntó por el significado de dicho baño, y Bobo explicó que el procedimiento consistía básicamente en que el ave se tumbaba sobre una corriente de furibundas hormigas venenosas, y dejaba que estas invadieran todo su cuerpo, penetrando en su plumaje, y colmándola de picaduras, al parecer con el propósito de obtener una sensación placentera debido las toxinas inyectadas.

Las reacciones ante tan insólito compartimiento del reino animal fueron de complacido asombro, o al menos así lo percibieron mis embotados sentidos, por lo que consideré que aquel era el momento propicio para mostrarme. Reuní el valor para pronunciar una frase audaz con la que llamar la atención de Bobo, y aunque el objetivo se consiguió, el resultado fue el contrario al esperado.

Si bien no podría reproducir con un mínimo de fidelidad lo que dije, sí recuerdo que la conclusión general de mi comentario fue que haciendo semejantes cosas, los pájaros parecían idiotas.

Tras un incómodo silencio, a mi juicio compartido por todas las personas presentes, Bobo se limitó a señalar la cerveza de fresa que me estaba bebiendo en ese mismo instante.

-¿Entiendes la incoherencia? –pronunció finalmente.

Pero la única respuesta que pude articular fue una bobalicona sonrisa

Bobo extendió su mano hacia mí.
Creí que trataba de enseñarme sus nudillos, los cuales llevaban tatuada una letra sobre cada uno de ellos, y mientras trataba de entender el mensaje grabado sobre su piel, me percaté de que en realidad estaba entregándome una pequeña tarjetilla blanca, en la que, ahora sí, pude leer claramente en letras mayúsculas:
DISCULPA, NO HABLO CON PERSONAS TONTAS.

Por detrás tenía un cuestionario de tres preguntas donde demostraba si alguien era una persona tonta o no, pero en ese momento la melopea me impidió descifrarlo.

No sé cuánto tiempo pasé mirando aquel cartón plastificado sin ser capaz de reaccionar.

Aquella lección, aparentemente fabricada en serie de antemano por Bobo, me clasificaba automáticamente dentro de esa parte de la población a la que nadie cree pertenecer.

Finalmente, en vez de bochorno por mi comportamiento, lo que sentí fue enfado con toda aquella gente y su ridícula burbuja a la que había intentado, con estrepitoso fracaso, adscribirme. La indignación al ser revelada con tal facilidad mi verdadera valía intelectual, me llevó al convencimiento de que todo aquello apestaba; de que Bobo apestaba; incluso de que por su culpa, ahora yo también apestaba.
Mientras vomitaba decidí que al día siguiente me marcharía del pueblo lo más rápido que pudiera; me lamentaba pensando que ojalá nunca hubiera tenido la ocurrencia de ir hasta ese granero; supliqué en secreto que la señora de las tartas de queso y su marido aparecieran con perros y porras, y se nos llevaran a todos detenidos a prisión.

Lo cierto es que en aquel lugar la marginalidad podía sentirse físicamente. Se quedó pegada a mi cuerpo y me acompañó los días posteriores.
Al llegar a casa tuve la impresión de que mis padres me la olieron. Incluso cuando en los últimos días del verano emprendí mis lecciones de conducción en la autoescuela, podía intuir la sospecha de mi profesor y mis compañeros.
Creo que todo el mundo supo que me había contaminado de algo que ni yo sabía qué era.

DISCULPA, NO HABLO CON PERSONAS TONTAS

¿Tú no eres una Persona Tonta? ¡Confírmalo en el reverso!

*1 Si has acabado en la casilla de "Persona Tonta" pero aun así no te consideras una "Persona Tonta", tengo una noticia para tí: Es posible que no seas una "Persona Tonta", si no solamente una persona cobarde que se miente a sí misma y a los demás, es decir, alguien que profesa la ignorancia voluntaria,o lo que es lo mismo, una "Persona Tonta". ¡Vaya, no he dicho nada!

*2 Si te preguntas cómo es posible ser buena persona, la respuesta está implicita en las preguntas.

*3 Si has decidido recorrer el camino No-Egoísta, te envio toda la energía del mundo, pues son los pasos mas importantes que pueden ser caminados.

DEMOSTRACIÓN A UNA PERSONA TONTA DE QUE ES TONTA (EN 3 PREGUNTAS)

¿Crees que el Egoísmo es parte de la naturaleza humana?

Si alguna respuesta es "NO SÉ", queda entonces constatado que eres una persona Tonta. Y vaga (¿será que nunca has tenido ni un minuto para dedicarle a pensar en estas cuestiones tan básicas e importantes?))

SÍ

¿Entonces siempre haces las cosas pensando en tí misma antes que en los demás?

SÍ

¿Y te consideras buena persona?

NO

RECONOZCO QUE ME HE EQUIVOCADO CONTIGO: ¡No eres Tonta! Eres mala persona, pero consciente de ello y coherente. ¡Enhorabuena, no es todo, pero ya es algo! ¿Quieres cambiarlo? *2

SÍ

Vale, eres una persona Tonta. (Contradicción)

NO

¿Te das cuenta de que si puedes hacer cosas pensando en los demás antes que en tí misma, entonces el Egoísmo no es parte de tu naturaleza si no una mera elección?

SÍ

Vale, eres una persona Tonta, pero al menos te has dado cuenta

NO

Vale, eres Tonta (Contradicción nivel analfabetismo funcional (incapacidad de procesar razonamientos complejos o encadenados))

NO

¿Tú eres Egoísta?

SÍ

¿Y te consideras buena persona?

NO

RECONOZCO QUE ME HE EQUIVOCADO CONTIGO: ¡No eres Tonta! Eres mala persona, pero consciente de ello y coherente. ¡Enhorabuena, no es todo, pero ya es algo! ¿Quieres cambiarlo? *2

SÍ

Vale, eres una persona Tonta. (Contradicción)

NO

¿Entonces vives pensando en los demás antes que en tí misma?

SÍ

RECONOZCO QUE ME HE EQUIVOCADO CONTIGO: ¡No eres Tonta! Eres una persona mentirosa, y por ende cualquier dialogo contigo es inútil. (Si tú misma te crees tu propia mentira, entonces olvida lo dicho: ¡Eres una persona Tonta!)

NO

Vale, eres una persona Tonta. (Contradicción)

Capítulo 4
Ojos negros de pupilas blancas

Durante los siguientes cinco años permanecí en la universidad.
La facultad estaba lejos de mi hogar, pero tal y como mis padres tenían programado, ingresé en el más prestigioso colegio mayor del campus.
Mi segundo intento de vida independiente fue infinitamente más gratificante que el primero.

Allí me lo daban todo hecho. No tenía que preocuparme de qué quería querer. Siempre había alguien en disposición de organizar y satisfacer mis necesidades, y en caso de no existir tales necesidades, de crearlas para evitar que me aburriera.
Todo resultaba tan plácidamente perfecto que llegué a preguntarme para qué había hecho el esfuerzo de experimentar mi autosuficiencia en el pueblo, si nunca me vería ante tal necesidad.

Entre la servidumbre y algunos catedráticos más o menos amenos, recuperé la confianza que Bobo me había logrado arrebatar.
Sabía que aquel era mi lugar.

Mis nuevas amistades vinieron a confirmar que esa era la persona que debía ser.
De fiesta en fiesta, compartíamos el gusto por disfrutar de lo que teníamos sin cuestionarnos nada.

Si en alguna incómoda situación surgía el debate de nuestra responsabilidad dentro de la sociedad, reíamos con una sádica satisfacción indisimulada. Nos lo podíamos permitir, pues la opinión era compartida, y la disidencia inexistente. Todo acto en contrario no era más que la ejecución de una tacita mascarada destinada a mantener el engaño ante quienes no pertenecían a nuestro selecto club.

A pesar de que aquella debía ser supuestamente una etapa de aprendizaje fundamental donde llegar a conocer las complejidades del mundo, y establecer con ello mi papel en él, la única lección que obtuve fue la certeza de que no tenía que preocuparme del nivel de desarrollo de mis habilidades personales, pues mientras tuviera una sustanciosa cuenta bancaria a mi nombre, tendría todo lo que en este sistema importa.

Sí, disfruté mucho de todo aquello.
Era lo fácil.

Ahora al retroceder hasta esos días, únicamente soy capaz de recordar ojos negros de pupilas blancas: La ceguera de poseer tanto y ser tan poco.

No fue hasta el día después de obtener mi título universitario, que recordé el viejo caserón del pueblo.

Como si se repitiera el momento a través del tiempo, me encontraba de nuevo sin una hoja de ruta que seguir, y el vacío tiró de mi otra vez hacia las montañas.

Sin embargo en esta ocasión la soledad no azuzaba mis instintos y temores: Mi pareja sentimental me acompañaba.

Ya en el coche durante el trayecto de ida, reiteré hasta la saciedad que aquellas serían unas vacaciones maravillosas, que el paraje era extraordinariamente reconfortante, y que sin ningún género de dudas una excursión así era justo lo que necesitábamos.
Luego, al llegar a la casa y emular el reacondicionamiento de las habitaciones tal y como ya hiciera la vez anterior, no me cansé de vanagloriar cada detalle y cada recuerdo del palacete familiar.
Sin darme cuenta, pensando que trataba de convencer a la otra persona, en realidad lo que quería era acallar mi propia voz interior, la cual trataba de hacerme ver el hecho de que mi regreso no era para nada casual: Estaba buscando algo. Una cuenta pendiente me esperaba.

Por mucho que insistiera en todas las bondades que supuestamente allí nos encontraríamos, la sensación de que algo fallaba estuvo desde el primer momento presente.

Yo sabía que la incómoda atmósfera no se debía a nuestra relación, largo tiempo cultivada con milimétrica ortodoxia según los usos y costumbres de nuestra universidad. No, la vida en pareja no nos era desconocida, y hasta nuestra llegada al pueblo siempre resultó sencilla y cordial. Era el propio pueblo lo que fallaba. Nuestra presencia en él no encajaba.

Quisimos visitar el bar del dueño simpático, pero allí no hallamos ni dueño ni bar.
Por las calles apenas vimos gente, y a pesar de que aquel lugar siempre pareció colmado de un halito de senectud, algo destructivo había ocurrido desde mi última visita.

-*¿Dónde está la gente?* -pregunté al marido de la señora devoradora de tartas de queso.

-*¿Qué gente?* -respondió.

Aquel grueso caballero era ahora el único policía de toda la región. Jefe de la nada.

Los pocos vecinos con que nos cruzamos se mostraron ariscos hasta extremos que rozaron lo personal.

Al atrevernos a entrar al único bar que quedaba, volaron inopinados insultos, y no faltaron por su parte rabiosos a la vez que torpes golpes al aire.

Si bien es cierto que conocía mi veto previo en ese local, la violenta expulsión me turbó sobremanera. Trataba de comprender el motivo de tanto odio. Quería resolverlo, pues al fin y al cabo aquel era mi pueblo. Quizá ese era el motivo de mi regreso.

Sin embargo la persona que me acompañaba en este transitar, no compartía el interés ni los motivos por hallar una resolución.

-Esta gente son palurdos. Por favor, cariño, regresemos a la ciudad. Nuestro sitio está en el fulgor de los rascacielos, no en la demencia de las montañas.

Traté de ignorar sus peticiones hasta que una mañana se convirtieron en súplicas.

Debido al mal ambiente reinante en las calles, habíamos decidido pasar el mayor tiempo posible, o bien realizando furtivas incursiones por los bosques y el lago, o bien dentro de la propia casa. Tras arreglar la distribución y decoración interior lo mejor que pudimos, nuestro interés recayó en el frondoso y descuidado jardín que delimitaba la finca. Lo que otrora fueran árboles frutales, un pequeño huerto, e incluso una límpida piscina de azulejos azules, ahora eran sólo matojos, telarañas, y una charca de verdín y renacuajos.

Mientras nos poníamos manos a la obra para adecentar la parte floral, un desgarrador grito me hizo estremecer.

-*¿Qué ha ocurrido?* -grité corriendo hacia el punto donde se encontraba acuclillado el cuerpo de mi temblorosa pareja.

-*¡Es horrible! ¡Horrible!* -contestó señalando unas zarzas.

Con gran precaución me aproximé al lugar indicado, para descubrir una escena dantesca de muerte y morbosa crueldad: Empalados en las afiladísimas ramas y espinas de una gran pared de matorrales, decenas, si no cientos de cuerpos de ratones y otros pequeños mamíferos.

-*¿Quien ha podido hacer algo así?* -murmuraba para mí con incredulidad mientras preparaba dos tazas de té caliente.

-*¡Son salvajes! ¿No lo entiendes? ¡Nos amenazan con descuartizarnos y colgarnos de un palo si seguimos en esta casa!*

-*No sé... Me parece demasiado...*

-*¿Es que no vamos a hacer nada al respecto?*

No me fiaba del rechoncho policía, pero tampoco sabía cómo reaccionar. Nunca me había enfrentado a un desafío así. Lo normal en mi vida es que la gente me dispensara un trato servicial, y en caso de surgir problemas, siempre aparecía alguien cuyo trabajo era solucionarlos.

Eso quedaba fuera de mis competencias por motivos obvios. Pero de pronto me enfrentaba a un pueblo entero; a toda una realidad.

No hice nada, y mi pareja se fue.
Se llevó el coche, y yo no sabía porque no me había marchado también. Sentía un bloqueo; como si aún faltaran peldaños por recorrer.

A la mañana siguiente del incidente, con gran precaución me aventuré a llegar hasta la ferretería para comprar un largo rollo de alambre de espino. Con él pretendía cercar los muros de la parcela, impidiendo un hipotético asalto de los vecinos que tan mal me querían.
Era lo mejor que se me había ocurrido, una medida de defensa pasiva que no era óbice para plantearse la posible adquisición de una disuasoria escopeta de caza.

Mientras regresaba al caserón pensando que en realidad no tenía ningún motivo objetivo para estar metiéndome en todo aquello, Bobo apareció ante mí.

Salía de una heladería lamiendo con autentico fervor un enorme cucurucho de nata. Su aspecto era idéntico al que conociera en su día, con la salvedad de que ya no vestía la chupa de cuero, y llevaba sin embargo unos ridículos pantaloncillos cortos que dejaban a la vista la negra marca de una equis tatuada en sendas rodillas.

Aunque la contemplación de su imagen volvió a reactivar un principio de corriente eléctrica en mi interior, supe contenerme, y amplificando voluntariamente en mi memoria el resentimiento hacia su persona, fruto de la humillación a la que me sometió durante nuestro último encuentro en el granero, traté de evitar que nuestras miradas se encontraran, llegando a esquivar físicamente su cuerpo todo cuanto la estrechez de la calle me pudo permitir.

-¿Eso es para protegerte del mundo, o para proteger al mundo de ti?

Su profunda y delicada voz me hizo frenar mi huida en seco.
Al girarme, Bobo señalaba el alambre de espino con una sonrisa cubierta de nata.

Tratando de encontrar un motivo para marcharme, decidí odiar su aspecto infantil. Una persona con esa ropa, esos tatuajes, y esa boca cubierta de helado, no podía hablarme con tal profundidad; no podía tener nada que enseñarme.

-¡A ver si maduras de una vez! -dije con todo el orgullo que suele ser desplegado cuando alguien utiliza esa frase hecha, casi siempre carente de significado.

-¿Qué temes? -pronunció sin afectación alguna.

Yo esperaba una reacción similar a la que suele tener la mayoría de la gente cuando es acusada de ser inmadura, es decir, ofenderse, pero Bobo de nuevo conseguía pillarme con la guardia baja, tanto por su actitud, como por su pregunta.

-*¿Cómo dices?* -logré responder.

-*¿Qué temes?* -repitió con idéntica cadencia y entonación, simulando ser una frase pregrabada.

Las piernas me temblaban de la misma forma que solían hacerlo cuando en el colegio me sacaban a la pizarra y no me sabía la lección.
¿Era una pregunta trampa?
¿Cómo sabía que yo temía alguna cosa?

De pronto sentí el peso del rollo de alambre de espino al que casi sin darme cuenta me estaba abrazando, y vi que la salida era mucho más sencilla que todo el ruido mental provocado.

-Ah... Pues... Temo a los vecinos. Sí... Quieren echarme del pueblo... Pero no se lo permitiré. - sentencié.

Mientras el gesto de Bobo mudaba, sumergiéndose en una analítica seriedad, yo iba poco a poco comprendiendo que el hecho de que me hubiera desestabilizado tanto ante su pregunta era porque mi declaración final en realidad no se debía más que a una vil mentira: No era a los vecinos a quienes temía, si no a mí.

En el fondo, y a pesar de haber dado por finalizada mi etapa formativa al terminar la universidad, era plenamente consciente de que mantenía intactas mis principales carencias personales, lamentaba mi incapacidad práctica ante asuntos complejos, y por encima de todo, me aterraba la idea de volver a quedar mal ante Bobo.
La misma corriente energética que me empujó a su búsqueda, y me otorgó la valentía necesaria para abordar su burbuja nocturna, aún seguía fluyendo intensamente en mi interior.
¡Era yo quien debía madurar! ¡Era yo quien tenía que salir de mi palecete y luchar!

-No te preocupes, -dijo de pronto con tranquilizadora voz- *aquí los vecinos odian a toda la juventud sin distinción. La acusan de dejar morir ese mundo que ellos construyeron para sí, precisamente sin incluir en él a la juventud más que como mera fuerza sustentadora de su futuro disfrute. Al negarse nuestra generación a tal atropello, los viejos no nos lo perdonan.*

La nuevamente inesperada pero clarificadora declaración, puso ante mí la oportunidad de redimirme desplegando un diálogo a la altura.

-¿Eso que dices, sólo pasa aquí? ¿Por eso no hay en el pueblo gente joven?

-Aquí solo quedan ancianos resentidos al ver que su mundo de Egoísmo les paga con la misma moneda.

-Entiendo. Pero yo en la ciudad no veo que nuestra generación se niegue al mundo que hay. Al fin y al cabo las cosas no pueden ser de otra manera, ¿no?

-Los que menos poseen son los que menos tienen que perder ante un cambio. En estas montañas los jóvenes viven en graneros abandonados, no participan de la economía; no se esfuerzan en dar nada, pues nada reciben.

-Pero eso es tremendamente egoísta.

-Exacto.

-¿Y no os importa ser tan malas personas?

-En un mundo basado en el Egoísmo, ¿crees que debería importarnos ser Egoístas? Yo más bien lo llamo coherencia.

-Y yo prefiero pensar que puedo ser buena gente aunque el resto no lo sea.

-Decirse buena gente dentro del Egoísmo es como no decir nada. Te lo explicaré con helados: Las personas podemos elegir ser helado de nata o helado de chocolate, no somos uno u otro sabor, si no que elegimos ser uno u otro sabor. ¿Comprendes? Bien, pues el mundo en el que vivimos es una enorme tarrina que contiene el helado que somos, y como la mayoría de la gente

escoge ser chocolate, quien decide ser nata es rápidamente diluido por el chocolate y desaparece. Pero si la mayoría escogiera ser nata, el chocolate se diluiría en la nata, y viviríamos en el mundo contrario: Una tarrina cuyo sabor ahora parece imposible.

-¿Asique tendríamos que elegir cambiar lo que somos?

-Sólo funcionaría si todas las personas eligiesen cambiar el sabor que pueden ser. Es por eso que actualmente lo coherente es ser chocolate, pero si sabes todo esto, también sabes que puedes esperar a la nata, y que no hay que rendirse ante el chocolate como única opción. Por eso la juventud de estas montañas es una juventud inadaptada.

No podía creerme lo que Bobo admitía sin ningún remordimiento aparente. Se me revolvieron las tripas. Bobo volvió a sonreír mientras sorbía su derretido helado.

-De acuerdo, pero explícame una cosa: Si vivís al margen del orden establecido, -conseguí pronunciar- *¿cómo os ganáis la vida?*

-¿Ganarnos? No tenemos nada que ganar. Lo que necesitamos está ahí fuera. Vamos y lo cogemos.

-¿Entonces ese cucurucho que te estás comiendo, lo has robado?

-¿Quien ha hablado de robar?

-Coger las cosas sin pagar, es robar.

-He cambiado por él una caja de fresas silvestres que sólo se encuentran en una peligrosa e inaccesible área del valle, cuyo sabor especialmente ácido es el ingrediente secreto de uno de estos helados. Tenemos un buen trato.

-Eso es un pago al fin y al cabo.

-Claro, en el Egoísmo todo se paga.

-Asique no sois libres de coger todo lo queráis, tal y como dijiste.

-Somos libres de no coger lo que no queremos, que ya es mucho.

Esta última frase me había hecho encallar. Demasiado complicado.
Permanecí en silencio sin saber por dónde seguir, y mis pensamientos empezaron a centrarse en mi fracaso dialéctico, entrando en pánico poco a poco. Sentí como mi frente se humedecía y mi cara enrojecía súbitamente.

-Aunque tu cuerpo es joven, -dijo Bobo salvándome de mi abochornado malestar- *en realidad tu mente es vieja, como las suyas. ¿Por qué querrían echarte del pueblo? En ti podrían encontrar su mejor alianza.*

-Bueno... No lo sé... Yo me pregunto lo mismo. ¡Pero el caso es que me han amenazado de muerte!

-¿Enserio? -exclamó sin poder contener una repentina carcajada- *¡Qué divertido! ¡Cuéntame más!*

-¿Divertido? ¿Te parece divertido que hayan matado, decapitado y empalado un montón de ratones y bichos por todo mi jardín como advertencia?

-Eso han hecho, ¿eh? -volvió a decir riendo.

-¿Qué se supone que tiene tanta gracia?

-Pues que te has asustado por nada. Es una de las partes negativas de la ignorancia: Da mucha tranquilidad al ni siquiera vislumbrar las cosas serias de la vida, pero puede suponerte un gran disgusto ante una insignificancia.

-¿Cómo dices?

De pronto recordé la tarjetita blanca de “Disculpa, no hablo con personas tontas”, que Bobo me había dado, y el cuestionario que nunca me molesté en resolver. ¿Sería verdad que era una persona tonta cuya ignorancia la hacía ahogarse en lo que menos importaba?
Y sin embargo Bobo ahora me estaba hablando…

-Lo que viste clavado en las ramas de tu parcela, no es fruto de la mano humana; no han querido amedrentarte convirtiendo tu jardín en un cementerio, si no en una despensa: La despensa del alcaudón.

-¿Quién es el alcaudón?

-Es un ave muy hermosa.

Al decir esto sus ojos se iluminaron denotando un apasionado fervor por el tema.

-*A veces se la conoce con el nombre de "el pájaro verdugo",* -continuó- *pues sobre su pico, cubriendo sus ojos, presenta una línea negra que parece un antifaz. Seguro que ahora te suena.*

-Pues no sabría decirte...

-Lo cierto es que la costumbre que tiene de clavar a sus presas en ramitas para poder descuartizarlas más fácilmente, y mantenerlas en lugar seguro para comérselas después, no ayuda demasiado a disipar esa fama de ave siniestra, ¿no crees?

-Supongo...

Bobo observaba el cielo que quedaba a la vista entre las casitas de la callejuela. Se llevó las manos a los prismáticos que lucía colgados de su cuello sobre la camiseta garabateada de pingüinos,

y parecía estar gozando con el vuelo de
esos alcaudones sobre nuestras cabezas.
Dirigí mi mirada hacia arriba, y por supuesto no vi nada.

-*Vaya, sí que te gustan los pájaros, ¿no?* -dije con arrepentimiento al recordar cómo los insulté durante nuestro anterior encuentro, pero con el alivio de saber que ya no pesaba sobre mí el peligro de una turba vecinal.

-Me gustaría ver la tierra a través de sus ojillos negros.

-¿Y eso por qué?

-Porque sé la carga que implica ser un ser humano.

-Eso lo sabe todo el mundo.

-¿De veras?

Capítulo 5
Sortijas de acero para dedos famélicos

Bobo insistió en visitar mi casa para poder ver en persona la obra del alcaudón.
Me explicó que debido al abandono del jardín, las extensas zarzas representaban para esas aves un auténtico paraíso de caza y anidación.
Al marcharse me propuso volver a vernos la mañana siguiente en la heladería, cosa que empezamos a hacer diariamente.

Aunque al principio casi únicamente me hablaba de aves, tema del cual yo ni sabía ni tenía interés por saber, el simple hecho de estar forjando una amistad con Bobo, era para mí suficiente motivo de gozo. La sensación de triunfo borró de mi mente cualquier preocupación. El mundo más allá del túnel bajo la montaña, sencillamente no existía.

Cada nueva jornada Bobo me invitaba a uno de los sabrosos helados de la comarca, los cuales la tienda le daba a cambio de las fresas ácidas.
Para mí, que tenía a mi disposición toda la fortuna de mi familia, pagar aquellos cucuruchos hubiera supuesto unas simples migajas, sin embargo a pesar de que para Bobo eran sudor y peligro, nunca aceptaba mi dinero.
Decía que el dinero era el instrumento que el Egoísmo usaba para reclamar su presencia ante cualquier acción u objeto: La herramienta de la obligada retribución.

Bobo sabía que el intercambio directo de productos no dejaba de pertenecer a la misma categoría, pero alejarse de los billetes y monedas ya suponía un primer paso; darse todo entre todos sin pedir nada a cambio era la fase final.

-¿Pero por qué alguien haría algo para otra persona sin reclamar un pago?

-Porque cuando ese alguien quisiera algo, tampoco tendría que pagar.

A mí personalmente aquellas ideas me parecían muy inocentes. En realidad ya me sonaban de utópicos pensamientos revolucionarios que algunos vanguardistas bohemios comentaban en la universidad: Aquel derroche de desestructuradas buenas intenciones nunca había funcionado y nunca iba a funcionar.
Lo que yo entonces no sabía es que aquellas introductoras ideas sueltas eran la punta de un enorme iceberg que Bobo tenía preparado para irme mostrando.

Y yo poco a poco fui intuyendo una intención en Bobo, algo que era incapaz de intelectualizar aun.

Sentía que debía corresponder a todas sus atenciones aportando algo, asique empecé a acompañar a Bobo en sus jornadas de aprovisionamiento de fresas salvajes por la montaña.

-Me parece increíble que se pueda sobrevivir así. - confesé a Bobo mientras disfrutábamos de un descanso recolector en la cima de un pedregoso pico- *¿Sabes? Es la primera vez en vida que consigo algo con mis propias manos.*

-¿Ves estas equis que llevo tatuadas en cada rodilla? Me las hice para recordarme que nunca más me arrodillaría por dinero. Por ahora he logrado mantenerme fiel a la tinta.

-Y dime, -dije señalando sus manos que en ese momento se dedicaban a acariciar suavemente el musgo de una roca- *¿qué significan esas letras sobre tus nudillos?*

Bobo observó sus dedos con la profundidad de quien rememora algo que le dejó una profunda marca.

En este caso dicha marca era una “H” en su nudillo meñique derecho, una “E” en el vecino anular, una “N” en el corazón, y una “T” en el índice. Pasando a la mano izquierda, podía distinguirse una “O” en el nudillo del índice, una “P” en el corazón, una “A” en el anular, y finalmente una “N” en el meñique.

Aquella serie de símbolos no lograban decirme nada, pero por lo que iba conociendo de Bobo, sospechaba que algún secreto debían encerrar.

-Déjame que te cuente una historia. -dijo por fin- *Hubo una vez en entre estos riscos unas gentes llamadas Hentopan. Eran una antigua tribu que se caracterizaba por un estilo de vida colectivo basado en el Valor del Bien.*

-¿Qué es eso del Valor del Bien?

-No tengas prisa. Todo a su tiempo.

Yo asentí, empezando a ser consciente del proceso en el que me estaba introduciendo.

-Cómo iba diciendo, los valores de igualdad y solidaridad tantas veces predicados, en su caso no eran meras formulaciones, si no hechos que suponían una certeza tan real y determinante de toda su existencia, como para nosotros puede serlo la gran tarrina de chocolate.

Bobo me guiñó un ojo para comprobar si captaba y retía los hitos de su particular doctrina.

-Sólo poco que se conoce de la tribu de Hentopan es a través de las crónicas y cantares foráneos. –continuó- *Permanecían en un aislamiento voluntaria, y las pocas ocasiones en que se producía el contacto con personajes ajenas a su comunidad, eran todas ellas debidas a la guerra.*

-Esto se pone emocionante.

-La guerra es fácil de entender, ¿verdad?

-Más que la filosofía, desde luego. –dije sin poder evitar reír.

-Bien, pues te gustará saber sus fuerzas guerreras eran únicas. Poseían un sistema que imitaba a las abejas, y aunque siempre era un recurso defensivo, pues nunca iniciaban ataque alguno, su letalidad era total.

-¿Dices que imitaban a las abejas? –pregunte con cierta decepción, creyendo que todo era un truco de Bobo para volver a aleccionarme sobre el mundo animal.

-Hasta tal punto que cuando recibían un ataca exterior, pintaban sus caras con tres líneas negras, haciéndolas descender desde su frente sobre ambos ojos y la nariz, terminado en su cuello. Luego se vestían con ropas de franjas amarillas y negras, para finalmente armarse con unos pequeños instrumentos de viento similares a una ocarina, los cuales al ser soplados producían un ruido similar al zumbido de la abeja.

-¿Para qué querían sonar como un zumbido?

-Para producir terror en sus invasores durante el ataque.

-Cualquiera diría que estaban obsesionados con esos insectos peludos.

-Era más que una obsesión: Antes de luchar, lanzaban con catapultas sobre las tropas enemigas colmenas de abejas muy agresivas y únicas que la propia tribu criaba, y tal era la simbiosis, que al mezclarse las tropas durante la refriega, las abejas parecían distinguir y respetar a las gentes de Hentopan.

-Tal vez también se untaran de algún tipo de repelente casero secreto.

-Sí, es posible. Eran una comunidad muy astuta. Pero por desgracia, la guerra que les había sido impuesta por sus invasores, también les exigía un sacrificio incalculable: Al vencer en el campo de batalla, salían de su tierra en dirección a la de sus derrotados enemigos, y pasando su acción de defensiva a ofensiva, arrasaban sus indefensas ciudades, mataban a todos sus habitantes sin distinción ni piedad, quemaban todo lo que encontraban a su paso, y finalmente todas las personas de Hentopan participantes, se suicidaban.

-¿Por qué suicidarse si ya habían ganado?

-Porque como habían tenido que usar el Mal para defenderse del ataque, no podían volver junto con el resto de la tribu, al entrar en conflicto sus actos y memorias con el Valor del Bien.

-Pero es muy injusto que el precio por defender al resto, fuera su propia muerte.

-Al salir de su tierra, quienes iban a la guerra recibían grandes honores públicos, y una despedida gloriosa en agradecimiento al precio que iban a pagar. Más no después, pues no se hacía apología del ensalzamiento o la violencia.

-¿Y quién querría ir a la guerra sabiendo todo esto?

- En Hentopan todo el mundo se entrenaba para la lucha, y cuando esta se daba, la elección de quienes habrían de acudir al frente se efectuaba mediante sorteo entre todas las personas adultas sin distinción.

-Es contradictorio: Un pueblo pacífico caracterizado por su cruenta agresividad.

-Se adaptaban a las consecuencias del contacto con otras realidades, pero evitando contaminarse de las mismas.

Bobo suspiró profundamente mientras miraba al horizonte del valle sobre el que se cernía la penumbra.

-Antes de suicidarse, -dijo con una extraña voz melancólica- *las fuerzas guerreras de Hentopan tenían una última misión: Erigir grandes piedras con inscripciones que narraban lo sucedido, con la esperanza de poder trasmitir el Valor del Bien a los futuros habitantes, y que aceptándolo, nunca más tuviera que salir ningún Hentopan a matar y morir.*

-¿Y aceptó la gente del exterior ese Valor del Bien de los Hentopan?

-Si así fuera, esto no sería una leyenda, si no la historia más obvia de nuestras vidas.

-¿Qué fue de la tribu entonces?

-Posiblemente recibieron tantos ataques que finalmente sucumbieron al extermino egoísta.

-Suena muy triste.

-No hay ninguna certeza. Lo único que es seguro es que ya no están en nuestro mundo.

Hubo una larga pausa mientras veíamos el Sol desaparecer.

-Bobo, ¿por qué sabes tú esta historia?

-La descubrí en lo profundo del bosque.

Y así fue como comencé mi matrimonio imaginario con Bobo; había olvidado que mi pareja me esperaba en la ciudad; nada me importaba más que seguir a Bobo en todas sus actividades, buscando las enseñanzas que en la montaña aguadaban.

·FIN DE LA PRIMERA PARTE·

Segunda Parte

<u>Capítulo 1</u>
La cabeza de una larva de río dentro de su artificial cascarón

Estaba siendo un verano genial.
No paraba de aprender cosas junto a Bobo, y por primera vez en mi vida deseaba experimentar un flujo constante de conocimiento que absorber.

Lo que al principio asumí que se trataba de una mera excusa por mi parte para poder estar junto a Bobo, ahora era la sólida fase de un proceso del que ya no toleraría desprenderme.
Había empezado a entrenar mi intelecto, y los nubarrones de confusión y angustia en los que siempre terminaban por introducirme mis reflexiones, eran ahora claridad y bienestar.
Buscaba el desarrollo lógico de los argumentos en mis análisis, y no descansaba hasta obtener una conclusión satisfactoria.
No temía errar, pues al final el conocimiento eliminaba el miedo, y con ello llegaba la libertad.

-Ese es el único camino para ser feliz, pues la felicidad es meramente una elección -decía Bobo- *La ignorancia no trae la felicidad, pues es una soga que nos ata a la duda y al miedo. Para poder acceder a la felicidad sea ha de tener la claridad y certeza que aporta la contemplación de todos los elemento que conforman la realidad: La Verdad es libertad; la Verdad es felicidad.*

Yo aún no podía elegir ser feliz porque todavía tenía muchos nimbos oscuros que despejar. Bobo no me desvelaba explícitamente qué era esa Verdad con mayúsculas de la que hablaba, pero sabía que había emprendido el camino que me llevaría a la luz.
Estaba aprendiendo a pensar.

Haciendo uso de símiles con la naturaleza, Bobo iba ordenando mi caos mental, y cuando me exponía historias y ejemplos de zoología en apariencia extremadamente técnicos, de alguna inexplicable forma siempre acababa sustrayendo la esencia de una lección de carácter universal.

En realidad no era inexplicable: Todo estaba conectado; todo se hallaba ya en nuestro interior.

Un día Bobo me llevó al río. Aquel lugar perdido entre la espesura era su escondite, su refugio, la porción de espacio dónde realmente quería estar.

Al llegar junto a las cristalinas aguas que discurrían cantarinas sobre un fondo de fina arena blanca y cantos de granito, la delicada pero firme mano de Bobo me asió del hombro deteniéndome en seco, y posando un dedo sobre sus labios, me indicó que me agachara.

Permanecimos un buen rato acechando algo que yo no era capaz de descubrir.

Pero de pronto un deslumbrante pajarillo con un plumaje de color azul eléctrico en su parte superior, naranja chillón en su panza, e impoluto blanco en su cuello, se lanzó en picado al interior del río desde la rama de un árbol, y en una velocísima zambullida, tras un momento de buceo apenas perceptible, regresó a la misma posición en la madera saliendo con idéntica propulsión a como entró.

-*¿Qué ha sido eso?* -dije sin perder de vista a la altiva ave que posaba como si nada hubiera ocurrido.

-Es un martín pescador. -respondió Bobo en voz baja- *Trata de atrapar un pez para...*

En ese instante, como si nos estuviera escuchando, volvió a introducirse bajo la corriente, mostrándonos a su salida que se había cobrado una pieza de gran tamaño.
Tras agitar entre su pico a la desdichada criatura acuática, esperando a que sus últimos espasmos cesaran, dio un ágil brinco hasta otra rama donde un ave idéntica le esperaba.
Luego, con una timidez extrema, se fue acercando a ella con pequeños pasitos laterales, para finalmente entregar el pescado al ave anfitriona.

-Mira, Bobo, le ha regalado su comida y ahora se vuelve a alejar con extrema precaución.

-Es para no molestar a su futura novia.

-¿Acaso es que así ligan estos pájaros?

-Tú lo has dicho. Es una ceba nupcial. Ahora, si la hembra está contenta con el menú servido, invitará al macho a pasar la noche juntos en su nidito.

-Dicho así parece demasiado cómico.

Pero así ocurrió ante nuestros ojos.

-Lo mejor de estas aves, además del bello espectáculo que ofrecen con su vuelo y su método de caza, -dijo Bobo mientras nos quitábamos la ropa disponiéndonos a bañar- *es sin duda que su presencia en cualquier río resulta indicativo de que sus aguas están limpias, pues sólo viven en torrentes de gran pureza.*

-¿Eso significa que podemos darnos un buen chapuzón en paz?

-En paz estaremos hasta que nos oiga mi buena amiga, y venga a toda velocidad a jugar.

Bobo reía. Yo no sabía a qué amiga se refería.

Aunque la idea de una tercera presencia no me agradaba en absoluto, y por un momento me imaginé todas las formas posibles de evitar una repentina intromisión, no tuve que aguardar demasiado para descubrir de qué se trataba: Una sonriente nutria surgió de entre las húmedas rocas.

Con su elástico cuerpecillo, cubierto de un brillante pelaje marrón, trazaba caprichosas y veloces formas bajo el agua. Parecía que trataba de incitarnos a participar de su diversión, cosa que sin poder resistirnos a sus simpáticos encantos, terminamos por hacer con gran disfrute.

-Es la criatura más alegre y traviesa que he visto en mi vida. -dije cuando, tras contemplar toda mi piel pálidamente arrugada, decidí salirme del río.

-En ocasiones juguetea de la misma manera con sus acuáticas presas antes de devorarlas, tras lo cual, pasa el resto del día acicalándose y dándose mimos con sus congéneres. No he conocido a un animal más adorable en esta tierra.

Para Bobo aquella nutria era lo que para las personas de la ciudad podría ser un perro. Aunque cumplía el rol de mascota, Bobo la trataba considerándola como su mejor amiga, con todas sus consecuencias.

Esto implicaba que lejos de arrebatarla de su hábitat natural para llevarla a vivir a la cabaña Bobo, lo cual no hubiera supuesto un gran trauma para el animal pues la casita se encontraba también cerca de un gran arrollo, era Bobo quien hacía cada día el esfuerzo de ir al lejano punto del río donde habían nacido y residían todos los miembros de la comunidad mustélida.

Del mismo modo, Bobo no hacía por alimentar a la nutria para ganarse su confianza y cariño, teniendo que adaptar su dieta a las posibilidades humanas, si no que se introducía con ella en las aguas, y colaboraba construyendo pequeñas trampas o artificiales presillas, compartiendo así la caza sin intención de transmutar sus tan lejanas idiosincrasias. Muchos almuerzos transcurrieron con un pez en la hoguera, y otro sobre la roca.

-Además, mi buena amiga la nutria se come a las serpientes de río, evitando que estas cacen a su vez a los martines pescadores, dejando las charcas libres de desagradables encuentros para aves y seres humanos.

Creo que al conocer sus bondades, llegué a sentir por aquel animal una devoción similar a la que sentía Bobo.
La fría naricilla de la nutria nos despedía cada tarde, marcando nuestra piel de alguna forma para que no olvidáramos regresar.

Los días transcurrían entre la flora y la fauna serrana. Bobo me iba revelando sin prisa su particular universo, pero nunca llegaba a invitarme a su hogar. Descubrí que lo sentía como un lugar de privacidad total. Finalmente, tras sentirse con la confianza necesaria, decidió mostrarme su rudimentaria cabaña.

-Pues este es mi nido. Lo construí durante el invierno con ramitas y barro.

Las ramitas eran grandes troncos.
Yo no podía entender como había logrado estructurarlos correctamente los unos sobre los otros con la única ayuda de su infantil anatomía.

En su interior descubrí lo que podría haber esperado: Innumerables libros de ornitología apilados por las esquinas, cuadros al óleo de aves firmados por la mano de Bobo, una guitarra, un enorme tambor, y en general un desorden material que compensaba su pulcra estructura mental.

Además pude observar una viejísima maleta de cuero con las iniciales “B.F.” grabadas sobre ella con cinta aislante negra, y un armario cuyo contenido estaba claramente fuera de lugar.

-¿Qué es este traje negro, de camisa negra, y fina corbatita blanca? -pregunté con curiosidad- *¿Es tuyo? Parece que nunca se ha usado.*

-No es mío. Y ojalá nunca tenga que usarlo.

Resignándome ante la críptica contestación de Bobo, seguí inspeccionando la única estancia que conformaba todo el espacio, sin encontrar nada más de interés bajo la ropa y papeles arrugados que cubrían suelo y muebles.

-Por qué ya no vives en el granero con el Super Pizza Bike Club? -dije cuando me hube aburrido de cotillear.

Bobo preparaba en ese momento un té verde con tostadas de mantequilla y mermelada de fresa.

-Me dí cuenta de que el activismo de la panda de las bicis y los conciertos, sólo buscaba destruir, pero no tenía ningún proyecto para construir después.

-¿Y es que tú tienes un proyecto? -pronuncié con un tono más duro del que hubiese deseado.

-Mi único plan es no equivocarme.

Me comí las tostadas en silencio mientras pensaba en si una estrategia así pudiera ser realmente posible.

-Explícame una cosa Bobo. -dije por fin- *¿Cómo puede alguien vivir la vida sin saber qué es la vida, pero aun así sin riesgo a equivocarse?*

-Yo opino que si la vida no es real, si es una especie de juego, con niveles, objetivos, incluso reencarnaciones hasta conseguirlos, pienso pasarme el juego; si la vida es real, si es sólo esto que vemos, pienso vivir de forma que todos mis actos sean recordados con una sonrisa y la mayor gratitud posible de quienes conmigo vivieron; si existe un dios, pienso vivir de acuerdo a lo más parecido que creo querría ese dios que viviera; si ningún dios existiera, yo seré a través de mis actos lo más parecido a la divinidad en esta tierra.

Capítulo 2
Un cartucho de película cinematográfica enrollada

El verano acababa.
Como si el recrudecimiento del clima influyera en mi templanza, sentí que se me acababan las oportunidades por terminar de florecer.
De entre todos los misterios que me quedaban por despejar, uno de ellos se me repetía incluso en vívidas ensoñaciones.

-Cuando caminamos por el valle, hay veces que no puedo evitar imaginar a las gentes de Hentopan recorriendo estos mismos senderos mucho tiempo atrás. -dije durante una de nuestras excursiones- *El caso es que me gustaría saber qué era exactamente aquello que dijiste del Valor del Bien que guiaba a la tribu.*

-Interesante. -pronunció Bobo deteniendo su paso y tomando asiento sobre una roca fuera del camino- *Entonces ha llegado la hora, ¿eh?*

No sabía a qué hora se refería, asique no pude contestar.

-Entiendo que quieras que yo te muestre el significado de esas palabras, pues al fin y al cabo fui yo quien en primer lugar las pronunció, pero nada de lo que yo diga importa, pues ese conocimiento ya está en tu interior. Veamos ahora si eres capaz de sacarlo.

El discurso empezaba a sonarme, pero yo quería evidencias concretas; palpables sentencias definitivas.

-*Veamos,* -retomó al observar que yo no decía nada- *para saber cómo vivir en base a certezas, debemos ir hasta el núcleo mismo de nuestros comportamientos; los cimientos sobre los que todo se asienta, y desde donde toda acción parte. Dicho esto, ¿cuál es la elección primera y última que puede ser considerada en cualquier interacción entre dos seres inteligentes?*

-*Supongo que...* -dije con temor a equivocarme y demostrar que todo el tiempo escuchando las lecciones de Bobo no había servido para nada- *Lo importante es determinar si lo que se va a hacer está bien o mal.*

-*¡Exacto! No podríamos reducirlo a algo más básico, ¿cierto?*

Yo asentí con gran júbilo al comprobar que mis razonamientos estaban a la altura.

-*Entonces ahora para poder seguir, deberíamos definir lo que es el Bien y lo que es el Mal, ¿no crees?*

-*Eso parece. Sin embargo esos son términos abstractos que nadie puede definir.* -añadí con convencimiento.

-La mayoría de la gente así lo manifiesta, pues creen que son valores subjetivos: Cada persona puede tener su propia visión de lo que significan, y por tanto no puede ser universales.

*-Yo así siempre lo he escuchado, y así lo he asumido. –*admití.

-Pero de ser cierto carecerían de valor y sentido, porque algo que varía de significado, no puede ser definido.

-Por eso es un poco ridículo hablar de ello como algo trascendentalmente importante.

Poco a poco, al ver como mis argumentos fluían, me fui instalando en una relajada confianza.

-Sea como fuere, necesitamos seguir con nuestro proceso, asique prescindiendo de enfoques derivados de tradiciones lingüísticas asentadas, vamos a analizar con hechos concreto qué significa lo que podemos tener por Mal.

El viento fresco que anunciaba la muerte estival nos sacudió durante unos largos instantes.

-Robar, matar, abusar, oprimir, imponerse a las otras personas en general. -dije terminando la frase con entonación de pregunta.

-¿Por qué dudas? Creo que en esto habrá consenso, pues el Mal se define por todo eso que has dicho, y siempre es plural, pues siempre encuentra su sentido cuando es hacía otros seres. No existe en la soledad.

-Es decir, es cuando un Ego se impone a otro u otros Egos, ¿me equivoco?

-En caso de que te equivocaras, yo aún no he visto ningún argumento que pueda corroborar tal error.

¡No me equivocaba! Oírlo me colmó de orgullo.

-El Mal se entiende fácil, porque de hecho es lo fácil. –retomó Bobo con seriedad- *Pero alcanzado este punto ya tenemos una primera afirmación solida de la que partir para poder definir el Bien.*

-Si el Mal es Egoísmo, -pronuncié temblorosamente anticipándome al momento en que habría de escuchar las palabras que mi cerebro enviaba a mi lengua- *entonces el Bien es lo contrario: El Valor del Bien es pensar en los otros Egos antes que en el propio.*

-Y si todos los Egos hicieran eso, el Ego propio desaparecería pues de él se encargarían los otros.

-De chocolate a nata. -sentencié con una sonrisa nerviosa.

Los ojos de Bobo brillaban, delatando las incipientes lágrimas.

-*¿Ves como lo sabías?* -dijo apartando el rostro para que no descubriera sus humedecidas mejillas- *Creí que este día no llegaría nunca. Me has devuelto la esperanza.*

Al observar cómo se derrumbaba, no pude evitar enternecerme también.
Su fuerza interior volvía a contrastar con su sensible fragilidad.

-Bobo, ¿por qué dices que habías perdido la esperanza? Eso suena muy triste.

-Sé que cuando nos conocimos sentías un vacío en tu interior, y asumías la creencia de que debías resignarte a la visión de un mundo y unas ideas inamovibles: Pensabas que sólo eras una simple mota de polvo en el universo, y que nada grande por cambiar la realidad podías hacer. ¡Sin embargo, acabas de hacerlo! Has iluminado la otra cara posible. Y eres la primera persona que conozco con la valentía de realizarlo. Hasta ahora solo había escuchado Egos defendiéndose tras su cobarde y conformista negación. ¡No, no, no, no, no! Dos letras que son los ladrillos que conforman la oscuridad.

Bobo se incorporó ante mí, y por primera vez me abrazó.

-Gracias. -dijo.

-No, gracias a ti por liberarme de los nubarrones de la ignorancia voluntaria que me cegaban.

-Yo no he hecho nada; sólo tenías que querer ver.

-Debía despejar mi mente; aprender sinceridad, coherencia, paciencia y valentía.

Bobo asintió.

-Ahora que eres consciente, podemos marcharnos.

Ese anochecer nos despedimos en el cruce que bifurcaba el camino entre el pueblo y la montaña.

Como si nuestro trayecto compartido se hubiera desconectado en ese mismo instante, Bobo y yo no volvimos a vernos durante las siguientes jornadas.

Me pasaba los días sin salir del viejo caserón, cargando con el tormento de saber que una etapa muy querida había acabado, pero comprendiendo con agradecimiento que Bobo me estaba dejando espacio para asumir y procesar mis recientes descubrimientos.

Aun así necesitaba el calor de su magnética energía.

Los alcaudones seguían trayéndome infelices ratoncillos, y yo les observaba desde detrás de la enorme cristalera del silencioso salón.
Mientras ellos ensartaban a sus descuartizadas victimas por todo mi jardín, yo sentía que debía sentirme más triste, pero no era así.
La situación me apenaba, eso era innegable, y sin embargo esta vez no había alcanzado a desesperar. Sabía cómo eran las cosas y lo que estaba y no estaba en mis manos.
En ese momento supe que tal y como me había sido anunciado, había transitado sin darme cuenta desde el conocimiento del Valor del Bien, única Verdad universal, a la libertad para querer ver y actuar en consecuencia, y con ello a la elección de mi propia felicidad.
Eso era algo que estaba por encima de aquellos momentos tristes, era la forma de asumirlos, y como sabía que estaban en consonancia con el Bien, la Verdad, y el Amor, simplemente respiré hondo y emprendí un nuevo paso con consciencia y tranquilidad: Regresaría de nuevo a mi vida en la ciudad; aceptaría el empleo prometido que estaba esperando a que decidiera aceptarlo; me casaría con mi pareja y formaría una familia.

Tal y como Bobo me había enseñado, no siempre podría ser lo que yo quisiera, pero sí podría elegir como mejor adaptarme a ello.

Antes de irme encargué la mejor cámara cinematográfica del mercado a una exclusiva tienda de la ciudad.

Tardarían varios días en hacérmela llegar hasta el pueblo, asique dispuse de ese margen para preparar una despedida adecuada con que hacer ver a Bobo que sabía que nunca podría llegar pagar lo suficiente por las lecciones aprendidas.

Además, el regalo suponía la excusa perfecta para volver a vernos, y demostrar mi madurez aceptando el final de la didáctica asociación.

-¿Qué es?

-Una cámara de video para que te la cuelgues del cuello en vez de esos viejos prismáticos, y puedas grabar en alta definición a las aves que tú quieras. Así podrás volver a verlas en cualquier momento, volando, cazando, anidando...

A Bobo pareció no hacerle ninguna gracia.
Con gélido desprecio aplastó mi ilusión.

-No lo entiendes. A mí me gusta salir a ver a los pájaros en directo, compartiendo el aire que respiran; escuchando los sonidos del viento y el crujir de los árboles que ellos escuchan; impregnándome de la vida en marcha. ¡Yo no quiero inmortalizar nada!

Ahora al recordar sus palabras me doy cuenta de que en ese momento tuve ante mí la clave de todo lo que sucedería tiempo después.

-Bobo, entiendo tu amor por la naturaleza viva, y respeto que no quieras congelar en el tiempo las existencias de esos seres que amas, en vez de amarlos en cada momento. Sin embargo te pregunto: ¿Por qué no inmortalizar tus palabras que tanto podrían aportar trayendo luz a quienes el Egoísmo ciega?

-¿Te refieres a escribir un libro?

-¡Sí! ¡Yo podría editarlo y distribuirlo haciendo uso de mi pequeña fortuna!

-Creía que habías comprendido que cada cual tiene su proceso de desarrollo personal. Deben ir hacia él como has hecho tú, sin que nadie se lo imponga. El cambio se basa en querer, no en acatar una imposición.

-¿Y mientras tanto?

-Mientras tanto esperar. –dijo con tono siniestro- *Yo acepto que ahora soy mala persona. Me miro al espejo y no me miento. Por eso sé qué soy y qué puedo ser. E igual que soy mala persona, puedo ser buena persona. Nadie es una o la otra, si no que elige qué ser.*

-Pero yo creía que tú…

-No te engañes: Yo elijo ser Egoísta cada día, en cada instante. Tengo que hacerlo para vivir en este mundo Egoísta de chocolate.

Bobo se dirigió hasta la puerta de la cabaña, y la abrió lentamente, invitándome a salir.

-Es mi obligación tener esto presente. Pero tengo también presente que estoy a la espera. No disfruto con mi Egoísmo. No quiero defenderlo ni perpetuarlo. En el mismo instante en que percibiera que una mayoría quiere pasar a ser nata, yo abandonaría para siempre el chocolate.

-¿Y si ese día no llega nunca?

-Si ese día no llega, entonces el ser humano habrá fracasado. Será justo que desaparezcamos, seguramente sustituidos por las maquinas, seres sin Ego que no necesitarán ser nata o chocolate, pues al carecer de todo miedo a su propia supervivencia sabrán diferenciar el Bien del Mal sin autoengañarse.

Esta fue la primera vez que escuché a Bobo hablar de las maquinas. A juzgar por su devoción hacia los animales y la primitiva montaña, cualquiera hubiera dicho que las inteligencias artificiales y la alta tecnología debían ser contrarios a su estilo de vida, incluso enemigos a combatir, pero como más adelante descubriría, Bobo defendía a los seres mecánicos con el mismo respeto que profesaba hacia los seres orgánicos, y depositaba en ellos una confianza en ocasiones superior, quizá viéndoles como única esperanza de que con su llegada lo hiciera también la ayuda para poder encauzar y superar las debilidades de los frágiles y

acobardados organismos mortales, salvándoles de sí mismos, y logrando un mundo de verdadero Amor. Amor universal a través de las maquinas.
Antes de conocer a Bobo habría llamado loco a alguien que pudiera haber afirmado tal cosa.

-Por favor, piensa detenidamente lo del libro. – insistí con temor a perder para siempre todas aquellas extrañas reflexiones-*Aunque sólo fuera para que yo pudiera leerte en la ciudad, y no olvidar nada de lo aprendido.*

-Me temo que la Verdad que en tu interior albergabas enterrada bajo un manto de negación, una vez desenterrada, ya nunca podrás volver a ignorar. Ese será mi recuerdo.

Quise abrazar a Bobo pero no me atreví.

Traté de captar y memorizar cada detalle de su imagen, tal y como hiciera la primera vez, en esta ocasión no con objeto de volver a encontrarnos, sino de todo lo contrario.

-¿Me dejas tomarte una imagen? -dije enfocando su estático rostro durante apenas un par de segundos.

Bobo esquivó la cámara como el corzo que recorta instintivamente ante el cañón de un rifle.

-Te deseo lo mejor. -pronuncié con la voz rota por la tristeza de la separación definitiva.

-Te irá bien en esta nueva etapa de tu vida: Por fin has salido de debajo de las alas de tus padres. ¡Ya puedes echar a volar!

El símil ornitológico no satisfizo mis expectativas dramáticas, por lo que concreté:

-Me voy para no volver.

-¿Cómo sabes que no volverás? -contestó con la mayor de las calmas.

Capítulo 3
Un sombrero de copa sin su copa

Y tal como predijo Bobo, volví a las montañas.

Este resultó ser el capítulo más corto de mi vida: Mi pareja acababa de dejarme justo antes de subirnos al altar; el prestigioso puesto que desempeñaba en una importante compañía multimillonaria no me satisfacía en absoluto; algo me decía que cada una de las actividades que componían mi día a día no estaban en consonancia con mi misión vital.
¿Pero qué misión?

Pedí unos días libres en el despacho alegando la inminente celebración del solsticio de invierno, los cuales me fueron concedidos sin ningún tipo de entusiasmo por parte de mis jefes, aun sabiendo perfectamente que mi presencia era la mayoría del tiempo completamente prescindible.

Esa misma noche indiqué a mi chofer personal que a la mañana siguiente saldríamos camino del pueblo. No pude evitar que el mayordomo se nos uniera en el viaje, ya que la ociosa perspectiva de quedarse en mi ático de lujo en el mayor rascacielos de la ciudad sin prestar servicio alguno, le pareció abusiva e intolerable.
Como no tenía a donde ir, se vino a dónde yo siempre iba cuando no tenía a donde ir.

Habitamos el caserón tal y como debieron hacerlo mis antepasados: Yo me paseaba de arriba abajo tratando de decidir si iría o no a ver a Bobo, y mis criados me seguían interrogándome para lograr calmar mis inquietudes.

Al final hice lo evidente.

Fruto de las intensas nieves, Bobo no había tenido más remedio que aislarse en su cabaña.
Mientras mi mayordomo llamaba con insistencia a su puerta, yo imaginaba la pena que Bobo estaría sintiendo en ese momento, al no poder salir a observar a las aves debido a la férrea clausura impuesta.

La puerta no se abría, y mi carísimo conjunto se estaba empapando; mis elegantes zapatos de la mejor piel habían quedado arruinados.

-*¿Has venido a por el libro?* -gruñó Bobo cuando finalmente las congeladas bisagras cedieron, descubriendo su delicado rostro tras la madera.

Tras unos fugaces instantes de resguardo en el interior de su choza, y sin tan siquiera ofrecernos algo caliente para reponernos, Bobo me entregó un manuscrito de impolutos folios blancos, que cumpliendo con su propia esencia y la de la nieve que trataba de sepultarnos, se titulaba:
“El Libro Blanco. Por B.F.”

-Es maravilloso, Bobo. -exclamé- *¡Entonces lo has hecho!*

-Fue lo que me pediste, ¿no?

-Sí, pero no esperaba...

-En tus manos lo tienes.

El júbilo que sentía ante tal inesperado tesoro de Bobo, máxime tratándose de un esfuerzo realizado en atención a mis peticiones, contrastaba incómodamente con su actitud agriada.

En invierno Bobo parecía contagiarse de la rudeza y hostilidad de las montañas.

-Dime, ¿has venido para esto? -preguntó secamente.

-Pues en realidad... -dije sin siquiera saber la respuesta- *¡En realidad he venido buscándote a ti! ¡Como siempre hago! ¡Como siempre haré!*

Finalmente me había sincerado sin reparos ni estrategias.

-Eso no es cierto. Quieres creer que me buscas a mí, pero sabes que a quien buscas es a ti.

La crudeza de sus palabras provocó que mi mayordomo me mirara confuso pero decidido a intervenir con contundencia contra Bobo si así yo se lo indicara.

-Este no es tu sitio. Debes regresar de inmediato a tu vida en la ciudad. -prosiguió sin aparente piedad- *Ahora tienes lo que necesitas en ese libro, pero recuerda que es un regalo privado para que leas en tu torre de cristal.*

-Claro... Gracias. -acerté a decir mientras guardaba el manuscrito en mi chaquetón de visón.

-Prométeme que no se lo enseñarás a nadie, y mucho menos, tal como sugeriste, que lo publicarás.

Y de nuevo evidentemente, mentí.

Capítulo 4
El Libro Blanco

-Antes de empezar con esta reunión, me gustaría hacer constar que os recibo como un favor personal dada la larga amistad que une a nuestras familias.

-Me consta. Me consta.

-Sé que ahora sois una persona poderosa con una destacada posición en los grandes círculos empresariales de la ciudad, pero yo no puedo evitar recordaros correteando por ahí en pañales durante los dorados días de vuestra más tierna infancia.

La actitud forzadamente cercana del director general de la principal firma editorial de la región, me producía una mezcla de gracia y preocupación. Debían tomarnos enserio, pues lo que les traía era lo más serio que a mi juicio podía ser escrito.

-La cuestión es que tras escuchar la sinopsis expuesta por vuestro secretario, debo advertiros: Sería conveniente que no depositáramos de antemano excesivas esperanzas en que vuestra propuesta pueda llegar a ser publicada, pues cuestiones tan... ¿Cómo decirlo?

-¿Intelectuales?

-¡Densas! ¡Densas es la palabra!

Tosí fuertemente para manifestar mi inconforme rechazo.
El editor se percató y forzó aún más la falsa sonrisa.

-Bien... El caso es que estos productos tan sesudos, tan llenos de extraños y profundos razonamientos, no gustan al público. La gente quiere divertirse; entretenerse. Para pensar ya tienen sus propios problemas cotidianos.

-Ese es precisamente el objeto de este libro: Que no tengan esos problemas.

-Bueno, bueno...

Su pulimentada calva brillaba mientras con las manos de reciente pedicura hacía aspavientos, pidiendo una calma idéntica a la que es usada cuando un bebé alborota pero no se le quiere regañar.

-*Si no está interesado, será mejor que no perdamos el tiempo.* -dije incorporándome del asiento.

-Usted dijo que podría correr con una parte de los gastos de edición e impresión, ¿no es cierto?

Al parecer, el tema del dinero sí que suscitaba su interés.

-Únicamente si ustedes se comprometen a usar todos sus canales para efectuar una campaña de promoción y distribución masiva.

-Eso supondría un cuantioso dispendio...

-No debe preocuparse por cuestiones meramente financieras, yo estoy en disposición de pagar, siempre y cuando podamos hacer llegar estas palabras a la gente.

Al escuchar que nos hallábamos ante un proyecto de cheque en blanco, sus ojos se iluminaron.

-En fin... -dijo tratando de disimular su avara alegría- *¡Veamos lo que tenemos!*

Y puse el manuscrito sobre la mesa.

EL LIBRO BLANCO
Por B.F.

1. Revolución Mental:

He tenido la manía de idear alternativas a las realidades que, tras conformarse en mi mente y aceptarlas como tales, no me han agrado.

He debatido con mis amistades arduamente sobre nuestro papel en tales realidades, conscientes de que cada persona concibe un mundo propio, mas,

como entes sociales compartimos necesariamente un entorno y sistema común, y debemos definirnos en este contexto.

He barajado las todas las perspectivas y opiniones externas y ajenas a las que he podido llegar y comprender de una forma u otra.

He dicho todo esto, pero mientras, he vivido en donde me ha tocado, cómo me ha tocado, de forma pasiva, aun consciente de mi importancia como engranaje que aporta pero no decide.

He conocido la libertad dentro de un mundo ajeno.

Se me ha dicho, “bien, hablas mucho, pero ¿qué vas a hacer al respecto?”, y yo he respondido, “nada, pues me gusta lo que tengo y no quiero perderlo. Aunque no me pertenezca realmente”.

Pero luego me he vuelto a quejar.

He vuelto a imaginar nuevas realidades, y me han vuelto a preguntar, “¿qué vas a hacer?”. Yo he dicho que esperar un cambio, una revolución. Pero una Revolución Mental. Y además común.

He seguido viviendo pasivamente.

He creído en que el cambio era inminente, y sin embargo he visto, de hecho, esa revolución cada vez más lejana.

He comprendido entonces que las realidades son individuales, propias, diferentes e incompatibles: Una revolución común es imposible sin un marco compartido. Lo único factibles es la aparición de ese marco, ese contexto de transformación y creación mutua. Otra cosa es imposición.

He visto finalmente que primer paso es suprimir el elemento que determina y contamina todas nuestras realidades: El Egoísmo.

2. Egoísmo:

He querido algo mejor. Algo bueno.

He tenido pues que definir Bien y Mal. Me ha sido dicho que tal definición es imposible. Y sin embargo lo he hecho: Bien es pensar en las demás personas, y nada en la propia. Mal es lo contrario; Mal es Egoísmo.

He escuchado que el Egoísmo es parte de la naturaleza humana; que es necesario; que es instinto de supervivencia.

He reflexionado sobre esto, y de ser cierto, todo da igual: Asumido el Egoísmo como parte innegable

de la Humanidad, cualquier intento de una realidad bondadosa es imposible. Solamente asumiendo que tal afirmación inmovilista no es cierta, hay alguna opción de construir algo valido. Pero, ¿cómo acabar con el Egoísmo definitivamente?

3. Sociedad Circular:

He imaginado un círculo de personas.

He imaginado preocuparme por la satisfacción de la persona de mi izquierda y de la de mi derecha, y nada en mi propia persona, sabiendo que mis adyacentes se ocuparán de satisfacerme.

He acabado con el Egoísmo como algo necesario.

He visto nacer el Adyacentismo.

4. Adyacentismo:

He descubierto que sin el Mal que representa el Egoísmo, el tener algo más que otra persona es inconcebible.

He hallado pues la herramienta del Egoísmo: El dinero. Es el dinero el que hace posibles las desigualdades sociales y la competición avariciosa. Todas las personas han de tener el mismo acceso y capacidad adquisitiva. Todo es dado por sus adyacentes. El trabajo no es remunerado, pues es realizado por ser fundamental para el resto de la Sociedad Circular. Su realización es desinteresada,

ya que el interés propio en el Adyacentismo es el interés de satisfacer a las demás personas. Cada una de las necesidades propias es cubierta por el resto de adyacentes, mientras que las suyas son cubiertas por nuestro esfuerzo.

He comprendido que cada persona es diferente y tiene unas cualidades, lo que no las convierte en mejores o peores en relación a otras, y por tanto no merecen más o menos, si no que cada una de ellas ocupa en el Adyacentismo un puesto diferente pero igualmente necesario.

5. Primeras conclusiones:

¿Puede una persona abandonar el Egoísmo, convertirse en Adyacente, y creer en una auténtica Igualdad?

Si la respuesta es NO, cualquier intento de bondad, solidaridad, ética o moral, será sólo la elegante vestimenta sobre una criatura atroz, buscando engañar a la propia conciencia.

¿Es acaso entonces el Adyacentismo una utopía?

Está claro que las ideas y mentalidad del ser humano actual parecen lejanas e incluso contrarias al Adyacentismo, y podemos pues deducir que el intento de desarrollar este pensamiento no concuerda con la realidad; que es ciertamente imposible; que se trata de una utopía.
Pero esto no lleva a dos puntos:

a. La realidad la construimos todas y cada una de las personas a cada instante, y el mero hecho de poder estar plasmando el pensamiento Adyacentista en estas líneas, demuestra que es factible como una realidad más. Esto en sí mismo es un absurdo si no hay personas detrás dándola vida, forma y sentido, y a día de hoy esto únicamente es posible a través de una Revolución Mental.

b. Si aceptamos el Adyacentismo como una utopía por encontrarse fuera de la realidad actual, aceptamos entre otras cosas la inmovilidad de dicha realidad.

Muchas somos las personas que alzamos nuestras voces deseando, pidiendo, incluso exigiendo un cambio en la dinámica de las relaciones humanas, pero la gran mayoría no estamos dispuestas a cambiar: Queremos ganar pero sin correr el riesgo de perder lo mucho o poco que tenemos; queremos no hacer nada y que todo se haga para nuestra satisfacción.

Este es el mayor freno, y lo que nos muestra de nuevo que el Adyacentismo es imposible hoy día, pues es antes necesaria, tal y como ya se ha señalado, una Revolución Mental.

6. Revolución Mental:

La Revolución Mental no es una revolución exterior y colectiva, sino una revolución de los pensamientos más internos de cada persona.
Es una lucha por el cambio individual; es un proceso de transformación y sacrificio de todo aquello que elegimos ser, y con lo que luego envenenamos nuestras realidades.
Dar forma, comprender y aceptar como posible la desaparición del Egoísmo es el primer paso.
El camino es la autocrítica

Si somos capaces de no dar por sentados nuestros juicios o ideas como más validos que los del resto, pasando siempre por el tamiz analítico de la lógica coherente y la científica posibilidad del error, estaremos empezando una Revolución Mental donde comprender que cada persona posee una visión del mundo distinta, y que la única forma de crear una realidad común legitima es la igualdad como seres humanos, y el respeto como Iguales.

Es un proceso largo y complicado que nos ha de llevar hasta el Adyacentismo, y es pues su desarrollo en lo que se basa este cuaderno.

Hasta entonces pertenecemos a una realidad No-Adyacentista, y sólo en esta podemos llevar a cabo nuestras acciones exteriores.

7. La realidad No-Adyacentista, nuestra realidad:

Para que la Revolución Mental se forje de forma individual y voluntaria en cada persona, estas han de esperar el momento de estar preparadas para ello, sin adoctrinamiento ni imposición.

Mientras, el pensamiento Adyacentista sólo puede actuar en un hábitat que no es el suyo, y que pretende superar.
Ha de suceder pues una transición real y progresiva al Adyacentismo.

Hasta entonces, y sin entrar en factibles desarrollos estructurales posteriores, los argumentos aquí expuestos son únicamente un posible modelo para facilitar la comprensión de la primera fase necesaria.

Cabe destacar de nuevo que en pos de un éxito futuro del Adyacentismo como realidad finalmente implantada, los esfuerzos individuales actuales no han de esperar ver resultados palpables en la actual realidad No-Adyacentista, ya que los primeros cambios, incluso a nivel meramente abstracto, serán sólo posibles cuando una gran cantidad de personas se hallen inmersas de forma consciente y voluntaria en su propia Revolución Mental.

8. Largoplacismo:

Ante todas las consideraciones hechas hasta este punto, debemos establecer que el Adyacentismo es muy probable que exija, en caso de llegar a materializarse, un proceso natural de larga duración.

La paciencia será pues un elemento necesario, dado que el ejercicio en defensa del pensamiento Adyacentista ha de ser entendido como la construcción de una realidad que será disfrutada por la lejana descendencia de la descendencia de la máxima descendencia que podamos llegar a engendrar y conocer.

Tal ha de ser la intención, y tal ha de ser el respeto por las realidades No-Adyacentistas.

9. Conclusiones finales:

Para cerrar esta tesis podemos destacar los puntos centrales expuestos, afirmando que el pensamiento Adyacentista:

- Es una utopía, pero una utopía que todas las personas deberíamos desear que fuera real; una utopía que no lo es más que el hecho de pensar como posible un futuro para el mundo en que vivimos actualmente.

- Niega el Egoísmo como parte de la naturaleza humana, y define el Bien como la búsqueda de satisfacción ajena en vez de la propia, y el Mal como lo contrario. Sólo hay un enemigo que ha de ser eliminado: El Egoísmo.

- Imagina la sociedad como un Círculo de personas dadas de la mano, en la que cada una de ellas busca hacer satisfacer a la persona de su derecha e izquierda, sin preocuparse de su propia satisfacción, sabiendo que a su derecha e izquierda ya se ocupan de ella.

- Defiende la igualdad de todos los seres humanos, pero una igualdad real y absoluta, en la que todos son igual de importantes para el Círculo, y como fundamentales, nadie merece más que otro. El dinero, herramienta del Egoísmo exigiendo retribución, debe ser eliminado.

- Nos libera de poderes externos y de la esclavitud del propio Ego.

10. Precauciones:

Para no caer en la repetición de los mismos errores cometidos por esfuerzos similares en el pasado, tan ampliamente estudiados ya a lo largo de la historia, es crucial detenerse a observar que el Adyacentismo:

- No es una doctrina política, mística, o reivindicativa, sino una forma personal de entender coherentemente la vida.

- No es restitución, revanchismo, o victimismo, si no respeto y esperanza.

- No es la destrucción de estructuras y jerarquías, sino la construcción de unas nuevas en grupos de afinidad, formando todas ellas un gran Círculo conectado donde todas las partes están presentes.

- No es idolatría personal, pues nada importan los nombres con los que se identifican los Egos.

- No es un trayecto eterno, pues cuando el Egoísmo haya desaparecido, y todas las personas vivan a través de una única norma llamado el Valor del Bien, el Adyacentismo dejará de tener sentido, pasando a ser olvidado para sólo quedar la Verdad del Amor Universal.

[OJALÁ EL ADYACENTISMO NO FUERA NECESARIO]

Capítulo 5
Una perla sobre una concha de ébano

El libro de Bobo estaba en las estanterías de los principales comercios de la ciudad. Aun así las ventas fueron mediocres. Totalmente marginales, como fue ampliamente reseñado.
El editor se aseguró de repetirme que no podía obligarse a la gente a consumir cosas sesudas.
A él le daba igual, ya había cobrado sus honorarios.

Lo trágico es que las palabras de El Libro Blanco únicamente habían logrado abrirse hueco hasta algunos círculos académicos especializados, y apenas habían levantado un cierto interés en muy determinados grupos de estudio universitario.
Nada relevante de cara a su posible impacto real en la sociedad.

Sentía una gran decepción.
Quería quitarme todo el asunto de la cabeza, pues tenía la obstinada impresión de que todo aquello había sido una aventura vana.
Ni siquiera quise ver las facturas de la casa editorial.

En cuanto al resto de las cosas que componían mi vida personal, todas ellas parecían desprender el mismo hedor a fracaso.
En la despensa de mi celestial ático, las botellas de licor se acumulaban.

Sin mi labor predicando las enseñanzas de Bobo, la vida adulta en el Egoísmo no significa nada para mí. ¿Cómo podía lograr el resto de la gente sobrellevar tal vacío?

Aunque nuevamente deseaba entregarme a la huida, por primera vez no tenía a donde hacerlo, pues volver al pueblo sería volver a Bobo, y eso era justo lo que quería evitar.

Pero entonces, en el momento en que mi ánimo se encontraba tocando fondo, recibí una llamada.

-Muy buenos días, llamamos en nombre de las Juntas Adyacentistas. ¿Tendría unos minutos que poder dedicarnos?

-¿Juntas Adyacentistas? No entiendo a qué se refiere.

-Verá, somos un colectivo de jóvenes procedentes del mundo estudiantil y laboral metropolitano, que tras juntarnos para realizar la lectura y el análisis exhaustivo de El Libro Blanco de B.F., ha decidido formalizar su unión en persecución de los objetivos en este narrados.

De pronto un resorte me hizo saltar de mi sofá de cachemir. ¿Era posible lo que estaba escuchando? ¿Se trataba acaso de la broma pesada de alguna antigua y cruel amistad, buscando restregarme mi más reciente empresa fallida?

-Un momento, ¿me está diciendo que han formado una especie de asociación de seguidores del libro?

-Podría decirse así, aunque es mucho más.

-Explíquese. Me interesa mucho saber quiénes son y cuáles son sus pretensiones.

-En primer lugar, sería un honor para las Juntas poder concertar una cita para reunirse con usted.

-¿Y eso por qué?

-Bueno, usted financió el texto, ¿no es cierto? Es usted quien inició el Movimiento.

De entre las ruinas de mi debacle existencial surgía de pronto una nueva figura que asumir: Ahora era la persona que lideraba una corriente ideológica en expansión.

-Díganos, ¿conoce personalmente a B.F.? -fue la primera pregunta que me hicieron nada más llegar a la humilde sede de las Juntas Adyacentistas.

Los miembros del Movimiento se reunían en los destartalados sótanos de un club vecinal en el barrio obrero de la ciudad. El olor a humedad era tan intenso que inmediatamente tuve que cubrir mi nariz y mi boca con un pañuelo de seda.

-¿Cómo es B.F.? ¿Por qué le confió el libro a usted para que lo publicara? ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

El entusiasmo que demostraban aquellos jóvenes y ancianos era encomiable. Curiosamente apenas había personas de mediana edad involucradas. Imaginé que sería porque estaban ocupadas ganándose un salario.

-No sé si puedo contestar a vuestras preguntas. -pronuncié finalmente.

La tentación de declarar que la autoría del libro me correspondía, cruzó fugazmente por mi cabeza. Hubiera sido lo fácil, y además podría con ello haber arrebatado a Bobo las atenciones y reverencias de, tal y como empezaba a intuir, una incipiente legión de acólitos.

-Pero decidme, ¿con cuántos miembros contáis? ¿A qué os dedicáis exactamente?

-En estos momentos las Juntas Adyacentistas estamos conformadas por pequeños grupos de diferentes latitudes, los cuales dos veces al mes envían a las personas elegidas para su portavocía a la sede central, que es esta donde nos encontramos.

-Venga, vayamos al grano: ¿Cuánta gente en total?

-Aproximadamente un millar.

-Lástima, no es mucha.

-Tenga en cuenta que el libro se publicó hace sólo cuatro meses. Nos han llegado informaciones de los diferentes grupos, que estiman un crecimiento exponencial durante el resto del año.

-Ya veo... Puede que tengamos algo interesante entre manos. -dije sin querer en alto, dejándome llevar por mis ilusionada imaginación.

Invertí mi dinero en las Juntas.
Sabía que era muy posible que como negocio no fuera para nada rentable, pero una masa movilizada sobre la que influir, del tamaño de la que parecía estar tomando forma, era una oportunidad única.

Abanderé la causa durante el siguiente mes, y tan rápido como mi empleo y mi fortuna se vieron seriamente amenazados, aparecieron inversores más poderosos.
Yo no sabía con certeza de dónde salía la gente, ni qué les movía a sumarse al Adyacentismo, pero el descontento general de la sociedad parecía ser la causa.

Todavía, a mi juicio, no había motivos para que tantas personas quisieran precipitar un cambio en un sistema que nos mantenía seguros y alimentados.

Pero había algo profundamente psicológico en ello, un malestar que iba más allá de la parte física que por ahora el propio sistema se cuidaba de no dañar en demasía. No. Ese temblor que empezamos fue el resultado de una angustia emocional ante un vacío provocado. Era la parte que el sistema no había calculado. El control a través del refuerzo positivo tenía una pega: La gente permanecía alegre, distraída, sumisa, pero por dentro su psique se derrumbaba al no encontrar ninguna viga con que apuntalar su propia existencia. A la gente le falta el sentido de la vida.
Y las palabras de Bobo se lo vinieron a mostrar.

-Pues este es mi pueblo. -dije al bajarme de uno de los autobuses que habíamos fletado como parte del Primer Gran Congreso Adyacentista.

La caravana de vehículos convocados empezaba a colapsar las estrechas calles de la zona céntrica, llegando a tener que ocupar los arcenes de la carretera principal que llevaba al túnel.

Una de las personalidades más pudientes de la ciudad, caballero de aristocrático mostacho canoso, el cual recientemente había decidido abrazar las causas sociales buscando ser recordado como un gran filántropo, descendía con su helicóptero sobre la pizarra de la plaza central.

-*Un aterrizaje impoluto.* -dijo el millonario benefactor al verme- *En verano aprovecho y sólo viajo en este precioso cacharro.*

Era de esas personas que siempre parecía estar de buen humor a causa de alguna misteriosa sustancia.

Cogiéndome del brazo, caminamos asidos por el pueblo hasta llegar a mi viejo caserón.
Su sola presencia exigía, como una norma no escrita entre las personas adineradas, que quien menor fortuna pecuniaria poseía, debía pasar a asistir y complacer a quien la tenía más gorda, independiente claro está, de la caterva inexcusable de criados de confianza. Era este una especie de juego privado de complicidades asimétricas que, al tocarme la parte que me tocaba, lograba enfurecerme.

-Si esto sale bien, pienso poner toda la carne en el asador. -pronunció mientras tomaba posesión de la mejor habitación de mi casa- *¿Estarán seguras aquí mis joyas?*

Yo me limité a sonreír, y salí lo más rápido que pude al jardín de los alcaudones.
Al parecer alguien había venido previamente a preparar nuestra llegada, y se había ocupado de podar todas las zarzas. La finca entera presentaba un aspecto artificialmente impoluto por encargo y para agrado de nuestro huésped.
Sin embargo había perdido la vida.

A la hora de la comida llegaron inmensos camiones cargados de un catering más que aceptable.

En una explanada de hierba en el extremo opuesto a la carretera del pueblo, se instalaron mesas, retretes portátiles, e incluso un equipo de voces con altavoces.
Yo estaba de los nervios pensado en cómo abordaría a Bobo, y de qué forma conseguiría justificar este multitudinario despliegue.

Gente de todos los grupos pertenecientes a las Juntas Adyacentistas inundaban las mesas mientras el bigotudo millonario pronunciaba un discursito que ni siquiera me molesté en escuchar. Nadie había querido perder la oportunidad de conocer a su guía.

-Esta tarde conoceremos en persona a B.F., y tendremos oportunidad de entablar una charla informal. -apuntaba el mecenas que llenaba nuestros platos- *Mañana por la mañana empezaremos la Asamblea General para discutir con B.F. las métodos de implantación del Adyacentismo en la sociedad, para poder lograr de inmediato una mejora efectiva en las condiciones de vida de la ciudadanía.*

En realidad todo aquello era terrible: El miedo a la respuesta de Bobo ante el Congreso y el Movimiento en general, la cual yo ya bien conocía, me había llevado a no hacer llegar carta alguna hasta su cabaña, diciéndole sin embargo a todo el mundo en las Juntas que sí lo había hecho, y que su B.F. estaba deseando el encuentro.

Finalmente, a la hora de la siesta, mientras los cuerpos se repartían bajo los árboles para dormitar a su sombra, llegó el momento que tanto temía.

-*¡Vamos!* -dijo la presidenta electa de las Juntas Adyacentistas.

Y fuimos.

Pero el día pasaba y Bobo no aparecía por ningún lado.
Buscamos en su cabaña, en la zona especial del río donde vivía su amiga la nutria, e incluso hice sobrevolar el helicóptero sobre los riscos de las casi inaccesibles fresas ácidas. Pero ni rastro.

Cuando caía la tarde escuché decir a unos muchachos que venían de bañarse del lago, que habían visto allí a una persona ridículamente vestida con una camiseta pintarrajeada con infantiles pingüinos.

-*¿Qué más hacía?* -grité imperativamente.

-*Espiaba a las vacas.*

Corrimos hacia allá. Estaba claro que era Bobo.

Al llegar a la orilla de la laguna, en un prado de pasto repleto de ganado, pudimos contemplar una imagen singular: Contrastando con el verde de la hierba y el marrón de las vacas, un mar de

esbeltas aves blancas de largos cuellos y finas patas se paseaba entre las reses, incluso llegando algunas de ellas a pasearse montadas en los lomos de los aparentemente acostumbrados bovinos.

Bobo surgió andando a gatas de entre el rebaño. Apuntaba sigilosamente a los pájaros con sus prismáticos, a tan corta distancia, que podría haberse pensando que se encontraba realizando una prueba optométrica veterinaria.

Nadie en el comando de búsqueda hizo ruido alguno.
Permanecimos observando las observaciones largo rato.
Finalmente alguien estornudó estruendosamente y algunas aves levantaron el vuelo asustadas.

-Lo siento, el campo no me sienta bien. -dijo un explorador anciano.

Pero lo que yo sentía era el terror por el nuevo encuentro con Bobo.

-Sabía que volverías. -dijo mirándome con recobrada ternura cuando llegó hasta nuestro puesto de guardia.

-¿Es B.F.? -me preguntó directamente la presidenta de las Juntas, sin querer creerse que aquel desaliñado cuerpecillo podía ser Bobo.

Hubo un momento violento cuando Bobo escuchó esas dos iniciales. Su comprensión fue instantánea. No tuve que decir nada. O su maletita de cuero o su libro habían sido compartidos.
Pero no se enfadó.
Simplemente volvió a observar a las níveas aves.

-Son garcillas bueyeras. -dijo sin separar sus ojos de los binoculares- *También se las llama espulgabueyes, pues se dedican a alimentarse de las garrapatas y parásitos de las vacas. ¡Es un beneficio mutuo!*

Bobo se volvió hacia nuestro grupo, dando por finalizado su acecho, y comenzó a caminar en dirección al pueblo.
Imitamos sus pasos en silencio.

-También aprovechan para cazar fácilmente a los saltamontes e insectos que el ganado espanta al andar. Y es curioso porque aquí vacas y bichos hay de sobra, pero es la primera vez que veo a esas garcillas por estos parajes. ¿Las habéis traído con vuestra comitiva?

Por un momento se me heló la sangre: ¿Bobo nos acababa de llamar desparasitadores del ganado, o seriamos acaso las garrapatas?

No tardaríamos en averiguarlo.

Durante la cena permanecí a la espera de la reacción de Bobo, pero en ningún momento me señaló ni mostró molestia alguna por haber traicionado su confianza y mi propia palabra publicando el libro, y a un más, trayendo hasta su casa un fanático ejército invasor.

Comió su menú de cocina urbanita con un gesto de complacida curiosidad, pero haciendo oídos sordos a las incesantes preguntas del filántropo y las personalidades de las Juntas Adyacentistas que ocupan a nuestro lado la mesa presidencial.

Yo no quise abrir ninguna vía de debate, pues sabía que mañana para Bobo sería una jornada difícil, teniendo que enfrentarse a un juicio público por algo que ni había iniciado, ni había querido iniciar.

Los ánimos dentro del Movimiento aquella noche decayeron considerablemente. La primera pobre impresión dejada por Bobo, provocó que el idealizado convencimiento de muchos acólitos se tambaleara.
Al alba todas las delegaciones que conformaban las Juntas se fundieron en un despierto torrente humano que avanzaba imparable en dirección a la asamblea. Llevaban en sus miradas, quizá para compensar la decepción inicial, una inmisericorde determinación por conseguir lo que esperaban de Bobo, o despedazar su cuerpo sobre el mismísimo escenario.

Aunque Bobo no se había quejado de las obligaciones impuestas por la turba, podría decirse que no prestaba la más mínima consideración de evento serio a nada de lo que allí estaba sucediendo.

Apareció sobre su bicicleta, con pantalones cortos y un helado de nada.

-*¡No puedes presentarte delante de toda esta gente con esas pintas!* -espeté con toda la contundencia que pude.

-*¿Por qué no?* -contestó con tono socarrón.

-Pareces una persona muy infantil, y no impones ninguna autoridad que legitime tus palabras.

-Mis palabras se legitiman solas.

-*¿Pero de verdad no te importa aparentar semejante inmadurez?*

-La mayoría de las personas que se dicen adultas en este mundo, lo son únicamente por fuera, pero en su interior albergan pequeñas criaturitas confusas y asustadas. Pieles arrugadas y mentes sin certezas. ¿Crees que debería importarme lo que piensen de mí quienes nadan saben?

Por supuesto no pude contestar.

A pesar de su actitud, en cierto modo era un alivio ver que Bobo no había decidido huir en la oscuridad, y traté de conformarme con eso durante unos minutos, pero el viejo granero abandonado, lugar elegido como enclave de debate para el Primer Congreso Adyacentista, se encontraba abarrotado, y traté de jugar una última carta.

-*¿Qué te pasa?* -dije a Bobo con enfado cuando nos encontramos en el camerino improvisado donde una vez vi cómo enseñaba a sus músicos una canción sobre la marcha- *Hoy puede ser un gran día. Para ti. Para mí. Para el Movimiento. ¡Para el mundo!*

Mi derroche de impostada autoridad no pareció impresionar a Bobo en absoluto, que se limitó a permanecer en silencio chupando su cucurucho de helado.

-Ya oíste lo que dijeron anoche durante la cena, quieren establecer aquí la primera colonia Adyacentista. ¡Y tú no reaccionas!

El público asistente empezó a berrear. Aclamaban, o más bien exigían la comparecencia de Bobo.

-*¿Bueno, qué?* -pronunció el regio organizador asomando su multimillonario bigote por la puerta del reservado- *¡Tienes ya tu discurso listo, imagino!*

Bobo asintió.

-*¿Qué discurso?* -dije cuando ya nadie quedaba en la estancia para escuchar mi aturdida pregunta.

Los pasos de Bobo haciendo crujir la tabla levantada sobre cajas de leche, captaron toda la atención.

-El Egoísmo, y su organización más perfecta posible en un mundo basado en el dinero, herramienta de la exigida retribución, han sido grandes cosas: Cuando en pos de la supervivencia tuvimos que enfrentar a la cruda naturaleza, su ayuda fue muy necesaria. Cumplieron su función y nos trajeron hasta aquí. Gracias a ellos tenemos la ciencia, la tecnología, todo el saber humano actual, y con esto, hemos llegado al punto en el que ya no son necesarios. Controlamos la materia para abastecernos y sobrevivir, así como disponemos de la mente colectiva que contiene las ideas para mejorar como personas conjuntamente e individualmente. ¡El Egoísmo y el dinero ya no nos hacen falta y debemos superarlos! ¡Tratar de conservarlos es dañarnos! ¡Su defensa no tiene más sentido que el que dicta el miedo de quienes no ven porque no quieren ver! Este ya no es su momento: Ahora debemos avanzar hacia un nuevo espacio de unidad total, o como cobardes, voluntariamente ignorantes, y en una vergonzosa desubicación temporal, desaparecer. Habremos vivido como animales enfrentados. Aterrados. En absoluta soledad.

Las Juntas Adyacentistas habían enmudecido ante los pantaloncillos cortos y la camiseta de pingüinos.

De pronto, como un grieta desquebrajando el silencio hasta el derrumbe, estallaron los aplausos.

Capítulo 6
Un colisionador de partículas

Bobo a pesar de su aspecto, se había ganado el máximo respeto del Movimiento que sin querer había creado.

Las dudas sobre su pintoresca personalidad quedaron disipadas por sus palabras, y en ese instante, como si de una señal para el asalto se tratara, la bancada recordó las preguntas que traían preparadas. Pisándose las unas a las otras, eran lanzadas infinidad de complejas cuestiones hacia Bobo, quien lidiaba con el atropellado interrogatorio demostrando una encomiable calma.

Contra todo pronóstico las palabras de Bobo fluían como si secretamente se hubiera estado preparando para ese encuentro.

Yo trababa de apuntar en un cuaderno las preguntas y respuestas más relevantes, pero pasadas unas cuantas horas de entrega caligráfica sentía las extremidades abotargadas, y tenía que abandonar el edificio para dar pequeños paseos con el objeto de estirarme y poder continuar.

Dentro del granero todo parecía tener un sentido transcendental, pero durante las fugaces escapadas, caminando bajo los árboles de la indómita montaña, todo aquello parecía innecesariamente complicado.

Una creación del capricho humano de proporciones incomprensibles.

No podía evitar observar el debate como si se tratara de un acelerador de partículas haciendo colisionar planteamientos hasta que de alguno de esos choques surgiera una nueva maravillosa realidad.

-Has dicho, B.F., que debemos superar el Egoísmo. Sin embargo aun viviendo dentro de un mundo Egoísta, a veces podemos hacer acciones positivas para otra gente. Ser buenas personas con quienes nos rodean. De esa forma dejamos automáticamente de ser Egoístas.

-Eso es Egoísmo porque lo haces con quien tú quieres.

-¿Y si lo haces por un grupo que no conoces, como tu propio país por ejemplo?

-Sigue siendo Egoísmo, egoísmo de grupo concretamente, pues a ti te conviene defender el grupo al que perteneces.
-¿Y cuando envías alimentos a personas desfavorecidas que no conoces y de cuyo colectivo no formas parte?

-En ese momento entras a formas parte del grupo de Egoístas que deciden limpiarse así la conciencia, lo cual es una acción de beneficio propio, en un burdo y vergonzoso intento de saneamiento psíquico personal.

-¿Qué método habremos de utilizar para lograrlo?

-Tal y como está escrito: A través de la Revolución Mental.

-¿Y cuál es el proceso para que alguien pueda llegar a esa Revolución Mental?

-Sencillamente mirando a su interior haciendo uso de las siguientes herramientas: Sinceridad, Coherencia, Paciencia y Valentía. Así llegará a la Verdad universal que todas las personas albergamos.

Al escuchar las virtudes citadas en esa respuesta, comprendí que en mi etapa de aprendizaje con Bobo no fui yo únicamente quien obtuvo conocimientos, sino que también Bobo había sintetizados términos expuestos en su momento por mí. La idea de que había sido mutuo me colmó de un pletórico orgullo.

-Sé que el renunciar al Egoísmo es un proceso traumático, similar a cuando has bebido mucho alcohol y tu cuerpo experimenta una sensación horrible de malestar. El proceso de vomitar todo el veneno ingerido es muy desagradable, por el cual la mayoría de la gente evita a toda costa pasar. Pero al purgar el interior del cuerpo, al vaciarse de todo lo dañino que tan mal rato nos hace pasar, llega la liberación, una sensación de calma y bienestar, momentos antes inimaginable. Igual que para decidirse a vomitar, el asumir sinceramente quienes somos y elegir quienes queremos ser, requiere valor, pero la recompensa es grande.

La presidenta de las Juntas se pudo en pie desde su asiento en la primera pila.
Había pasado media vida luchando en organizaciones a favor de la liberación de las personas oprimidas, y era especialmente sensible a ciertas palabras.

-B.F., has hablado de libertad, pero debes explicar a qué te refieres cuando la usas.

Bobo se aclaró la voz.

-Bien, la libertad significa poder hacer lo que yo quiera, ¿no, cierto? –dijo mientras de entre el público surgía una botellita de agua hasta llegar a sus manos.

Bobo bebió del agua.

-*En este mundo, lo que yo quiero es hacer cosas para satisfacer mis propios intereses, mi Ego; en el mundo Adyacentista será lo contrario. Debéis pensar que ahora llevamos unas gafas en cuyos cristales pone escrita la palabra Yo. El mundo que vemos y en cómo nos movemos en él, sigue este principio de satisfacción del Yo. En ese mundo nuevo, sobre el cristal pondrá la palabra Tú, asique la libertad significará tratar de satisfacer a los otros. Libertad será amar, será hacer que los otros Yo sean felices. Ellos se ocuparán de nuestro Yo, pues nuestro bienestar será la libertad que les indicarán sus gafas.*

-Entiendo. –dijo aparentemente satisfecha la presidenta.

-No estamos solo hablando de cambiar un plan de acciones, sino de ver lo que motiva esas acciones con una perspectiva diametralmente opuesta a la actual. Eso es quizá lo que siempre ha faltado. Es el paso más importante a considerar. –concluyó Bobo.

-Pero siempre hemos tenido la ética y la moral para guiar nuestras acciones. –preguntó alguien a gritos desde el fondo- *¿Sugieres acaso que todas esas doctrinas morales que nos fueron enseñadas eran mentira?*

-Ética y moral son las nobles intenciones de mejorar el Mal. Pero Mal sigue siendo, pues sólo maquillan el Egoísmo, redirigiéndolo. Eso no es bondad, no es Amor, sino miedo de ser descabezado por otros Egos.
Ética y moral son el escudo ante una mayor osadía o fuerza de otros egos. Pero, ¿qué mayor mentira puede haber que el no reconocer el hecho de que lo que está protegiendo ese escudo no es sino el propio y vil Egoísmo?

Un murmullo colectivo se alzó por toda la sala.

-*¿Y si quién miente eres tú?* –se atrevió a pronunciar alguien desde el anonimato.

-En un mundo Egoísta como este, mentir a los demás puede llegar a ser inteligente y necesario, pero una persona que se miente a sí misma es intolerable. Esa es la definición máxima de estupidez. Y disculpa, pero yo no hablo con personas tontas.

Sin poder controlarlo solté una enorme carcajada que se amplificó por la silente pausa.

Había recordado la tarjetita que Bobo me dio en ese mismo granero, acusándome de aquello, y cuánto tuve que hacer para dejar de serlo.

O al menos así yo lo pensaba.

-Estamos aquí porque queréis crear un lugar mejor, y a este respecto debemos observar que el problema de muchos experimentos comunales y colectivos anteriores es que se confiaba ciegamente todo el proyecto a la buena voluntad de las personas.

Bobo volvió a beber agua, y sus piernas comenzaron un incontinente bailecillo.

-En cuanto a la buena voluntad, -prosiguió- *debe entenderse que buena voluntad significa en realidad, buena voluntad dentro del Mal, pues buena voluntad dentro del Bien es un absurdo en sí mismo. Por ello, en el Bien, la buena voluntad es innecesaria, pues no hay ningún Mal que remediar: No hay Egoísmo que mitigar con un artificial sistema ético o moral. Espero haber aclarado este punto.*

Un airado anciano en cuya pechera lucía unas viejas medallas militares alzó su bastón.

-¡Dices que no mientes! ¡Dices que nos engañaron! ¡Dices que somos cobardes y que tus palabras pueden salvarnos! ¿Pero por qué deberíamos creer en esta verdad revelada?

-Sencillamente porque nadie está revelando nada aquí. Estas no son las palabras de ningún ente mágico todopoderoso, ni de las cábalas de ningún gurú. Esto es algo que todo el mundo conoce y lleva en su interior.

-¡En cualquier caso nos presentas una filosofía perfeccionista, y fracasará como han fracasado todas las anteriores!

Me costaba creer que ciertos Adyacentistas pudieran ser tan duros con quien les había dado nombre.
Bobo temblequeaba ante una cada vez más evidente emergencia urinaria.

-Mi buen señor, esto no es una filosofía académica; no contempla la construcción de un complicado corpus teórico; no requiere de ningún desarrollo argumental: Esta es una Verdad universal que determina todo comportamiento cuando el individuo suma más de uno. Es la base sobre lo que todo se asienta y que está y ha estado siempre en todas partes. La primera y última bifurcación a tomar ante cualquier decisión, clarísima en lo más profundo de nuestras mentes y fácilmente descriptible en pocas palabras. No es ninguna teoría, es el código mismo de las relaciones entre seres inteligentes.

-Y si es algo tan básico, ¿por qué se llama Adyacentismo como si fuera una corriente con entidad propia?

-Porque había que ponerle un nombre para el libro.

Por primera vez toda la bancada emitió una franca risotada.

-Yo *me negué al principio. Quería haberlo llamado simplemente Libro Blanco del Amor, del Bien, de la Verdad universal, pero todas esas palabras han sido corrompidas por el Egoísmo, y sus significados cambiados por sus contrarios. Tenía que inventar una palabra nueva para ponerles mayúsculas a esos tres términos que son la misma cosa, la que más deberíamos distinguir, y sin embargo la que menos correspondencia real con su verdadera entidad tiene. Aun así me temo que el Adyacentismo será pronto también transformado para significar Egoísmo, ocultando de nuevo la luz que todos conocemos y que estamos intentando aquí vislumbrar, pero que nuestros Egos se empeñan siempre en apagar. Abrir los ojos al Amor no es ninguna filosofía, es sólo un simple acto. Quizá por eso, porque no son palabras abstractas si no una gran acción, nos neguemos constantemente a hacerlo, justificando nuestra ceguera con filosofías y debates vacuos, a sabiendas de un autoengaño vergonzoso capaz de todo.*

-Está claro que tienes un piquito de oro… -dijo el viejo militar sin rendirse.

-*¡Gracias!* –respondió Bobo con la ilusión de que su blanda boca humana hubiera sido equiparada a la de una poderosa ave.

-¡Nada de gracias, dinos de una vez qué tenemos que hacer para empezar a cavar las trincheras!

La marcial demencia del anciano no fue tomada en consideración, pues toda la bancada esperaba escuchar la respuesta.
Las Juntas Adyacentistas querían un programa para entrar en acción, y lo querían ya.

-Creía que había quedado claro que el Adyacentismo es un medio, no un fin. Las juntas estáis aquí exigiendo la materialización de un fin en sí mismo. ¿Qué hay del largoplacismo? ¿Qué prisa tenéis?

Bobo se negaba a aceptar la implantación de medidas inmediatas para establecer el Adyacentismo como realidad social.

-Fundar aquí una aldea del Movimiento sería construirse una jaula de oro. Los barrotes podrían protegernos del Egoísmo, pero no sería más que una ficción de libertad. -insistió con sus habituales símiles ornitológicos.

-¡No hemos venido hasta aquí para oír una conferencia! –intervino inesperadamente el millonario benefactor desde su asiento en el escenario a mi lado.

Me pareció claro que hasta ahora había permanecido escuchando en silencio, a la espera de estar seguro de las inclinaciones y necesidades exactas del público, y alzarse en el momento preciso como la única persona que podía dárselas.

-*¡Vamos a construir una colonia!* –retomó tras comprobar que la bancada apoyaba sus estudiadas consignas- *¡Pasaremos por encima de quien haga falta!*

La gente aplaudió, en lo que debió ser la mayor advertencia que tuvimos ante nuestras narices, y que pasamos por alto.

Quiero creer que fue fruto del cargado ambiente dentro de aquel granero, o la incapacitante impaciencia ante la necesidad de evacuar las bebidas consumidas, o el miedo a perder el control, pero tanto Bobo como yo, nos dejamos arrastrar.

-Como he dejado escrito, y he reiterado hoy aquí, pienso que el Adyacentismo no es compatible con ninguna acción política. No debemos tratar de arreglar el sistema Egoísta con medidas que no serán si no parches bajo los cuales subsistirá la purulencia. Lo que debemos hacer es abandonarlo a su suerte y que tenga que ser él mismo quien se adapte o desaparezca. Ninguna acción activa, con o contra el sistema, ha de ser emprendida, si no actuando pasivamente, vaciándolo en silencio. Eso requiere respetar el ritmo de cada cual para tomar la decisión de marcharse. No se puede, no se debe forzar. Pero sí se puede empezar. Acepto la colonia Adyacentista. A continuación os diré cómo lo haremos.

Capítulo 7
El interior del cañón de un revolver sin balas

La colonia Adyacentista, por férrea insistencia de Bobo, había sido bautizada sencillamente como “La Aldea junto al Río”.

Ponerle un nombre propio le hubiera concedido una entidad definitiva, un enclave fijo que preservar, y para Bobo todo aquello era sólo la incómoda e indeseable fase transitoria de un plan mucho mayor.

Aunque la vida en La Aldea transcurría alegremente bajo la aceptación del Valor del Bien por parte de todas las personas que allí vivíamos, Bobo no cesaba de redactar nuevas normativas para que aquel experimento no derivara, según sus propias palabras, en “otra catastrófica simulación del Egoísmo relajándose en unas vacaciones campestres”.

Desde las Juntas se quejaban de su inquisitiva actitud, al arrogarse la potestad de seguir redactando mandatos más allá del propio Libro Blanco, y de hecho, contraviniéndolo.

Pero Bobo preparaba las grandes medidas que deberían constituir la Sociedad Circular a nivel global, implantándolas a pequeña escala en La Aldea.

Y aunque era palpable la desconfianza y el temor ante la posibilidad de que se dejara atrapar por el poder, llegando a alcanzar las tan habituales cotas de despotismo, contrarias en su esencia al Adyacentismo, por ahora todas las fórmulas de interacción que establecía, parecían funcionar.

Así pasó Bobo de la nada al todo.

Por su parte, el rico inversor del mostacho rizado había comprado la totalidad de los inmuebles del pueblo, concediéndome el dudoso honor de poder conservar mi vieja casa familiar.
Yo pasaba de vez en cuando a inspeccionar el jardín de los alcaudones, y me tomaba un tramposo respiro escuchando los ágiles dedos que desde su encierro en los surcos del vinilo, eran capaces de arrancarle guitarras al aire.
Sabía que aquellas escapadas iban en contra del espíritu Adyacentista, pero tras perder mi empleo y fortuna definitivamente, consideraba que mi sacrificio por la causa me otorgaba ese margen.

En una ocasión creí ver a mi antiguo mayordomo vestido de calle entre los turistas que inundaban el pueblo, y no pude evitar llorar.

Y es que en el centro urbano, a modo de observatorio sobre el bosque, el río, y La Aldea, la vida resurgía.

El plan del millonario benefactor del Movimiento se había ido revelando según entraba en exitoso funcionamiento: En las estrechas calles de pizarra, desalojadas ya de molestos y vetustos vecinos sin nada lucrativo que aportar, las viviendas de alquiler por días servían para que una marea de gente movida por la tendenciosa curiosidad pudiera visitar la extraña y ahora afamada Aldea junto al Río.

Y es que la repercusión mediática, necesario elemento para poder hacer funcionar la caja del entramado hostelero propiedad del bigotudo, no había sido ni mucho menos dejada en manos del azar: En un acto calificado por la prensa como “la mayor locura propagandística de todos los tiempos”, y justificada por su autor esgrimiendo “el deseo de dejar a la humanidad un legado por el que ser recordado”, fueron enviados a los buzones de todos los hogares, empresas, colegios, universidades, bibliotecas, hospitales, fábricas, administraciones públicas, e incluso apartados de correos en desuso, un sinnúmero de relucientemente plastificados ejemplares de El Libro Blanco de B.F.. El gasto se estimó en cientos de millones. Las calles de la ciudad se hallaban cubiertas de páginas rotas y portadas arrancadas. Los vertederos habilitaron zonas especiales de almacenamiento para poder gestionar su reciclaje. Variopintos fueron los usos que en los hogares se le dio a tal cantidad de papel gratuito e indeseado. Chistes y dichos sobre el hecho ganaron rápida difusión, incorporándose algunos de ellos a la

cultura popular. Preocupante fue el número de los colectivos que se manifestaron en contra del impacto medioambiental, producto de la tala de las toneladas de madera requeridas para tal megalómano dislate. Otras personas, sin embargo, se vieron impresionadas por la capacidad del Adyacentismo para acometer una campaña semejante, y dejándose seducir por la poderosa estética mostrada, creyeron que acercándose al Movimiento, también lo harían a una estructura bien dotada que obraría en su propio beneficio. Poco se sabe de quienes realmente comprendieron las palabras de Bobo, que ni eran de Bobo, ni eran ya de nadie.

-Hoy llegará el Súper Ordenador para ser instalado en la central de Administración. -decía el dueño del pueblo mientras Bobo arrugaba borradores en su cabaña.

-¡Ahora no! Tengo que terminar de escribir estas directrices, precisamente para ser instaladas en el kernel de la computadora.

-No sé de lo que me hablas.

-¡De algoritmos! ¡Del Valor del Bien en código binario!

Nos reímos, pero yo creo que ni el bigotudo ni Bobo sabían de qué hablaban.

-Vendrá un experto informático a ocuparse de estas menudeces. -sentenció el amo- *Lo importante es que ya tienes lo que quieres, ¿no?*

Bobo hizo un gesto con la mano sin molestase si quiera en asentir.
Daba la impresión de que el millonario señor no se cansaba de conceder a Bobo todas sus peticiones por disparatadas que estas fueran, y cualquiera hubiera dicho que Bobo creía que, al ser la mente pensante, era natural que todos sus deseos en torno al proyecto fueran satisfechos sin emitir preguntas ni esperar agradecimiento.
Puede que fuera eso, o puede que fuera que desde dentro todas las personas implicadas habíamos perdido el foco.

El caso es que aquella tarde supuso un hito importante en la historia de la Aldea.

-En estos instantes los técnicos han completado el encendido del Administrador. -dijo Bobo a la multitud desde el tejado de la edificio que había servido hasta ahora como una suerte de ayuntamiento- *Hoy será recordado como el día en que terminamos de construir la estructura básica del Sistema Adyacentista. Ya no necesitamos las corruptibles mentes humanas para organizar ni emitir mandatos: La máquina se ocupará de saber qué tareas son necesarias, y qué personas durante qué horarios habrán de desarrollarlas. Además será la central de control de créditos personales y de la propiedad privada. Todo pasará por su*

perfecta lógica libre de Ego. Pronto tampoco haremos falta para el trabajo, y simplemente nos dedicaremos a cultivar el Amor. Ahora estamos en sus manos. Y esto es sólo el principio.

La gente aplaudía por las buenas nuevas, pero podría apostar que más de un corazón se encogió de impresión al escuchar el tono trascendental de Bobo.

La presidenta electa de las Juntas Adyacentistas, que seguía siendo la misma, y el rico benefactor, aparecieron junto a Bobo sobre la casita, y desdoblando una tela, para luego engancharla a un mástil que hasta ahora permanecía sin estrenar, izaron la bandera del Adyacentismo.
Tras un acalorado debate al respecto, se había decidido por consenso, a propuesta, cómo no, de Bobo, que la enseña del Movimiento, las Juntas, la Aldea, y todo lo que llevara relacionado con él el nombre Adyacentismo, debía ser sencillamente una bandera blanca.
“Una simple sábana como la que contiene nuestros sueños” había llegado a decir.

A pesar de esto, el rico señor presionó argumentando que con vistas a una posible explotación comercial en la tienda de recuerdos y regalos del pueblo, y manteniéndose acorde a los usos publicitarios actuales, la bandera debería tener un elemento visual reconocible, aceptándose finalmente el uso de la palabra “ADYA” inscrita con letras negras en su centro.

Desde ese momento las Juntas usarían la suya propia bordando "JADYA", los adscritos al Movimiento que no vivían en la Aldea lucirían "MADYA", e incluso en tierras lejanas llegó a usarse el "ADYA + siglas de la región".

De nuevo, de la simplicidad integradora predicada por Bobo se llegaba en un sólo paso al caos de las etiquetas y ramificaciones en busca de la diferenciación.

-Esta es la primera vez que ondea nuestra bandera, -dijo la presidenta- *y será también por fin la primera que cantemos nuestro himno: El Himno del Amor Universal.*

Para que todo saliera bonito llegado este momento, días atrás nos habían sido repartidos unos panfletitos con la letra del himno compuesta por Bobo para que la memorizáramos.

De nuevo este punto podría haber sido objeto de intenso discurrir asambleario, pero en esta ocasión fue mucho más sencillo, pues la canción ya estaba lista, e incluso había sido tocada con anterioridad.

Yo hasta mucho tiempo después no lo supe, pero aquella no era la primera, si no la segunda vez que escuchaba a Bobo interpretar esa misma canción.

-Cuando los himnos y banderas no se entiendan, pues como un mismo cuerpo habitemos la tierra. ¡Pensando sólo en los demás! ¡Pensando sólo en los demás! ¡En el Amor viviremos! Cuando ayudar sea nuestro único objetivo, sin esperar nada en propio beneficio. ¡Pensando sólo en los demás! ¡Pensando sólo en los demás! ¡En el Amor viviremos! ¡En el Amor viviremos! Y no habrá rival, pues de igual a igual, todo a todos nos daremos. Y sólo habrá paz, el Bien reinará, El Yo Vosotros será. Cuando la noche caiga sobre el Egoísmo, nos guiará la luz hasta el Adyacentismo. ¡Pensando sólo en los demás! ¡Pensando sólo en los demás! ¡En el Amor viviremos! ¡En el Amor viviremos!

El último acorde del himno marcó el primer instante del Adyacentismo como posible amenaza real para el mundo Egoísta.
Hasta ese momento sólo eran palabras; ahora era una Aldea autosuficiente, financiada por un rico empresario, y administrada por una súper máquina.

Mientras el Valor del Bien iba lentamente diluyendo nuestros Egos, nos devolvía una inocencia perdida, la cual era completamente incompatible con la realidad que pretendíamos superar, pero en la que de hecho permanecíamos aun.
Visto con la perspectiva del tiempo, comprendo que fue esa inocencia la que nos impidió advertir el peligroso abismo hacia el que nos habíamos lanzado.

A pesar de esto, Bobo sabía que el paso pragmático sería crucial, y por eso se había estado preparando con la redacción de un nuevo libro: “Guía Práctica del Sistema Adyacentista”.

-*¡No pienso publicar esto!* -pronunciaron los labios que se ocultaban tímidamente bajo el acaudalado mostacho- *¡Has ido demasiado lejos, B.F! Esto que tenemos aquí montado es estupendo: ¡Una atracción genial! ¡Pero lo que pretendes hacer con este texto es empezar una especie de revolución a escala cósmica!*

-*Me gusta ese concepto: Escala cósmica* -dijo Bobo mientras giraba traviesamente sobre la silla del provisional despacho que tenía en el pueblo el ricachón.

-*Mira... ¡Me tienes muy hartito! ¡Estoy pensando en abandonar toda esta operación y dejaros aquí con vuestras utópicas chorradas!*

Esa palabra siempre ofendía a Bobo.

-*¡La utopía eres tú!* -exclamó mientras abandonaba la oficina de un portazo.

Efectivamente el nuevo libro de Bobo no se publicó.
Yo ya no podía hacer nada para ayudar al respecto, pero al menos el gran bigote no se había marchado.

La Aldea seguía siendo rentable desde un punto de vista turístico, y el Movimiento seguía creciendo de una forma discreta pero continúa, que no podía considerarse para nada un retraimiento en el ascenso de popularidad del Adyacentismo.

Y entonces una mañana, mientras todo en las impasibles montañas parecía transcurrir bajo su habitual aroma a fresa y a vaca, Bobo salió de su cabaña con camisa y corbata.

-*Esa ropa no es tuya, ¿recuerdas?* -dije con gran preocupación.

-No me queda más remedio. -respondió- *Y ya no sé si este es mi primer o mi último intento.*

El helicóptero del filántropo se elevó llevándose a Bobo, la camisa negra, la corbatita blanca, y su maleta de cuero desgastada como improvisado maletín.

Si me hubiera dicho lo que se disponía hacer, quiero creer que habría tratado de impedírselo, pero en justicia, respetando el contexto en el que todo sucedió, dudo que así hubiera sido.

Cuando aquella noche, en horario de máxima audiencia, conectamos un televisor de enorme pantalla en el granero, de nuevo allí dentro se reunieron los cuerpos que más sudor vertían por el Movimiento.

El presentador del programa de actualidad parecía un muñeco de cera al lado de Bobo.

-Buenas noches, estimados espectadores de "La hora de la verdad". -dijo el hombrecillo del cutis empolvado- *Hoy les traemos a una curiosa celebridad que, aunque su nombre seguro que les sonará, pues ha estado al menos una vez en casa de todos ustedes, nunca hasta ahora había concedido entrevista, o se había prestado para grabación alguna. Les estoy hablando, como muchos de ustedes ya habrán podido adivinar, de la persona que está detrás del mayor fenómeno literario de la década: ¡Nada menos que B.F., señoras y señores!*

El presentador aplaudía muy fuerte, y Bobo, cuyo rostro había sido enfocado en varias ocasiones mientras se desarrollaba el hilo de su circense presentación, permanecía en una postura rígida pero de gran dignidad.

De alguna forma incomprensible, aquel traje negro había transmutado el aura infantil que siempre desprendía, pasando esta a ser una gélida aunque magnética presencia.

En sus ojos podía adivinarse una determinación sobrecogedora.

-Es ahora o nunca. -pensé.

Tras varios intentos infructuosos por parte del entrevistador para que Bobo se abriera a las cámaras contando detalles de su vida personal, la contundencia en las negativas empezó a enrarecer el ambiente.

-Bueno, ya vemos que lo tuyo no son los discursos. -dijo el hombre tratando de transmitir un cordial ambiente inexistente.

-*En eso debo darle la razón.* -respondió Bobo como activándose ante la oportunidad de exponer el verdadero objeto de su presencia en aquel plató- *Mi aislamiento voluntario en las montañas ha malogrado mis dotes en cuanto a oratoria se refiere, y es por eso que escribí, y sigo escribiendo.*

-¡Ah! ¡Excelente! -exclamó el hombre que dejaba de ser hombre bajo los focos, viendo que por fin obtendría contenido para el programa- *Dinos, B.F., ¿es que tienes algún nuevo proyecto entre manos?*

-Precisamente aquí lo traigo. -pronunció Bobo sacando un manuscrito arrugado del bolsillo de la chaqueta.

Lo cierto es que el aspecto de aquellos papeles era horrible. No parecía algo serio, y así lo manifestó el gesto torcido del presentador.

-¿Y qué se supone que es eso?

-Es el manual para la aplicación del Adyacentismo en un entorno social, completando con ello la fase exterior que permite un cambio de paradigma real. Se titula "Guía Práctica del Sistema Adyacentista".

-¿Fase exterior? ¿Qué fase exterior? –pensé para mis adentros- *Bobo nunca habló de una fase exterior. El Libro Blanco especificaba claramente que todo consistía en una única fase. Una fase interior. Una fase personal y voluntaria.*

¿Sería yo culpable de haber empujado a Bobo a desarrollar una fase exterior indeseada, al haber traicionado su confianza publicando El Libro Blanco, haber revelado al Movimiento su identidad y su casa, y haber permitido que la asamblea impusiera su voluntad de fundar una Aldea sobre su cabaña? Quizá Bobo no había tenido más remedio que escribir esa guía para una fase exterior que ya estaba en desarrollo y escapando a su control, precisamente por el miedo a que la propia fase exterior tomara un rumbo destructivo que acabara con lo único que importaba: El Valor del Bien, La Verdad, el Amor universal.

Me prometí que durante los siguientes días me dedicaría a bordar en una almohada las cuatro virtudes que yo había una vez enumerado, y a través de las cuales se llegaba a luz que ya por siempre nos guiaba, pero para mí horror las había olvidado.

-Creo que ya lo voy pillando, B.F.. Esos son los papeles en los que basáis vuestra convivencia en La Aldea junto al Río, ¿no es cierto?

-Nos basamos en el abandono de nuestro Egoísmo, aunque todavía no lo hemos conseguido. Esa es la fase interior.

-¿Entonces de qué va este libro?

-Trata del funcionamiento efectivo de un Sistema Adyacentista, una vez que las personas hayan completado la fase interior, cosa que todavía no se ha dado, pero requisito indispensable.

-Bien, bien. No me estoy enterando de nada.

Unas risas enlatadas envolvieron el vacío estudio de grabación. A los programas culturales nunca llevaban público en directo, pues según recientes encuestas, su aburrimiento podía trasmitirse a través de la televisión.

-Actualmente las medidas funcionales y estructurales de este Sistema Adyacentista están siendo aplicadas a pequeña escala y bajo estricto seguimiento científico en La Aldea.

Esa fue la primera vez que escuché a Bobo referirse a la Aldea como una entidad de importancia propia. Y también fue la última.

-Si quieres B.F., -dijo el presentador tocando el pinganillo de su oreja mientras evidenciaba estar recibiendo instrucciones desde realización- *puedes irnos explicando dichas medidas punto por punto.*

-¡Es una trampa! -gritó el patrón del Movimiento surgiendo a través puerta del granero- *¡Me he gastado una fortuna para impedir que se filtraran las prácticas que el Adyacentismo lleva a cabo aquí! ¡Ese es el misterio de este lugar! ¡Lo que atrae a los visitantes! Y si ahora B.F. les da a esas sabandijas de la tele la exclusiva que quieren, perderemos nuestra única baza: ¡La exótica idea romántica de que un mundo mejor es posible!*

-¿Por qué dices eso, gordo? -gritó
un envalentonado chaval.

-Porque si les explica con sus propias palabras todo lo que se supone que hay que hacer para lograrlo, dejará de ser algo idílico que ocurre de forma espontánea en las bucólicas montañas por obra y gracia del mágico amor, y pasará a ser el manifiesto programático de una panda de locos e indeseables antisistema.

-Es usted muy negativo. -concluyó la señora de avanzada edad que solía encargarse de cocinar los domingos.

-*¡Yo ya os lo he advertido!* -dijo el aristócrata cuyo helicóptero había sido recientemente robado- *¡Antes de concluir esta entrevista, todos los presentes habremos sido acusados de cosas terribles!*

-*¡Vuelve por donde has venido!* -gritó de nuevo el chaval.

-*B.F. acaba de meterse un revolver en la boca delante del mundo: Este es nuestro final.* –sentenció el hombre que pagaba nuestros gastos al tiempo que abandonaba el viejo granero.

Con su salida, nuestra atención retornó a las dos sillas y una mesita baja que se mostraban en la pantalla.

-*¿Qué tal si empiezas por explicarnos cómo funcionaría ese Sistema tuyo?* –apuntó el presentador tratando de ayudar a Bobo a volver a arrancar, pues parecía que tan magna tarea expositiva había bloqueado su iniciativa.

-*No es…* -dijo tratando de acomodarse en su rígido asiento- *No es mi sistema. Yo no mando en él… ¿Entiende?*

-*Claro, claro…* -respondió el hombre con malévola condescendencia.

-Bueno pues creo que a usted y a sus televidentes les gustará saber cómo es el es día a día en el Adyacentismo: En primer lugar, como ya le he mencionado, solamente hay una norma que seguir, El Valor del Bien, que es pensar en las otras personas antes que en la propia. Es así cómo queda eliminado el Egoísmo, pues este deja de hacernos falta para sobrevivir. Todo lo que necesitamos nos lo dan las otras personas. Nuestro deseo es dar, y sin quererlo recibimos. Es Amor. El único Amor Verdadero.

-Cuéntenos algo nuevo B.F.. Todas esas cosas tan ñoñas ya vienen en su anterior trabajo.

-Sí… En fin… -respondió Bobo empezando a darse cuenta de la actitud displicente del presentador- *El caso es que, al eliminar el Egoísmo, ya no tiene sentido pedir nada a cambio cuando se realiza una acción, pues el pago es la satisfacción ajena, y por esto el dinero desaparece.*

-¿Me estás diciendo que no usáis dinero? ¿Y como conseguís cosas? ¿Cada quien coge lo que le da la gana?

-No, eso se llama robar. Lo que el Adyacentismo implanta es un sistema de créditos personales, intransferibles, y por suerte en estos tiempos podemos decir que digitalmente blindados.

-Créditos… Ya… Eso me suena a dinero regulado.

-¡Seguro que a usted todo le suena a dinero! –dijo Bobo secamente.

El presentador abrió mucho los ojos sin poder ocultar su sorpresa.

-Disculpe, no debí decir eso. –se retractó Bobo relajando su tono- *A lo que me refería es que desde una perspectiva no Adyacentista, tratando de comprender lo que le expongo con una mentalidad anclada y basada en su propio sistema, es muy natural intentar buscarle una equivalencia Egoísta, pero debe entender que una comparativa real no es posible, pues difieren en su misma esencia.*

-¿Estás diciéndome que soy tonto y no puedo comprenderlo?

-No, no digo que… -Bobo dudó, apostaría que deseando poder sacar en ese momento su tarjetita blanca con el cuestionario para personas tontas- *Está claro que me he equivocado con el uso de la palabra adecuado. Ya le dije que mi oratoria es pésima… ¡Llaves, llaves personales, intransferibles y digitales! ¡Eso es lo que usa el Adyacentismo para el reparto de mercancías!*

-¿Y qué hacen esas llaves?

-Esas llaves abren los compartimentos del Almacén donde se guardan los productos elaborados.

-¿Y a quien se entregas esas llaves cuando te llevas el producto? ¿Quién se las queda?

-Al usarse pasan al ordenador Administrador que las emitió, y las elimina como ya usadas.

-¿Es que os da las llaves un ordenador?

-Así es. Al nacer, cada persona recibe un código que será el equivalente a su apellido, y dicho código lleva emparejada una cuenta de llaves. En dicha cuenta se irán ingresando la cantidad de llaves regulada por edades, recibiendo todas las personas el mismo número de llaves a lo largo de su vida. "A cada edad, una cantidad", decimos, así si alguien dispone en el algún momento de mas, es porque habrá gastado necesariamente menos.

-¿Y si alguien da llaves a otro?

-Es no es posible porque son intransferibles. De igual modo, los productos adquiridos son grabados con el código personal, y no pueden ser regalados o usados para intercambio alguno. Dichos productos, cuando una persona fallece, regresan al Almacén y sus códigos personales se borran para ser reutilizados o reusados, pero nunca heredados. "Cada cosa es de cada quien".

-¡Vaya, tenéis dichos para todo! Pero dime, B.F., si dais las mismas llaves a todo el mundo, ¿por qué trabajar?

-Se trabaja para satisfacer a los demás, ¿recuerdas?

-Vale, pero entonces, ¿por qué no elegir un empleo cómodo y fácil en vez de uno duro y difícil, si te van a dar lo mismo por los dos?

-Porque eso sería pensar en ti.

-Ya entiendo, ya te entiendo. Debo enfocarlo pensando en los demás.

-Exacto. Además el ordenador Administrador establecer unas equivalencias de carga de trabajo igualitario, que afectan a los horarios. Por ejemplo una persona dedicada a la medicina, por la dureza de conocimientos necesarios, la responsabilidad, dificultad y tensión, puede que tenga que trabajar al día la mitad de horas que una persona empleada en la fontanería, pero nadie merece recibir más llaves, pues ambos puestos son igualmente importantes y necesarios: Si se revientan las cañerías de las vías de suministro urbano, puede causar graves problemas de salud pública que desborden las labores médicas. O incluso en las viviendas, ambos son servicios cruciales que cuando se da la emergencia, deben ser inmediatamente solventados con profesionalidad. No se puede destacar un eslabón sobre otro, pero sí igualar el gasto que hace cada eslabón para cumplir con su papel en la cadena, ya sea en tiempo o energía física o intelectual.

-Eso está muy bien, pero sigue habiendo una importante desigualdad: El medico usará más la cabeza, y para compensarlo se le dará más tiempo libre; el fontanero usará más el cuerpo, y tendrá que usarlo más tiempo. ¿Resultado? El cuerpo del fontanero tendrá más desgaste y por lo tanto menos salud.

-Como ya le he dicho, las equivalencias las ajusta la computadora de Administración, pero por si alguien no confía en la exactitud lógica y matemática de los ordenadores, hay otra particularidad del Sistema Adyacentista que deben conocer: Nadie tiene un único trabajo, las personas no se definen por su puesto ni por lo que producen. Es un sistema dinámico donde la gente va rotando y aprendiendo diferentes disciplinas, siendo de hecho obligatorio el desempeño semanal de un trabajo intelectual y un trabajo muscular.

-Yo diría que eso es un caos. ¿No me negarás que hay tareas que requieren una especialización?

-Cierto, pero el reparto de trabajo igualitario provoca que haya un tiempo para la preparación académica similar al del trabajo, por lo que la fase educativa no termina con lograr una especialización determinada para luego desarrollar dicha labor hasta la jubilación, sino que es una fase continua. Educación y trabajo son bloques paralelos durante toda la vida, lo que permite la movilidad entre diferentes puestos, adaptándose las personas a las necesidades del momento, según criterios informáticos.

-Para resumir este apartado económico: -dijo el presentador que ante las inesperadas respuestas de Bobo se había quedado momentáneamente sin frente posible de ataque- *En su sistema la gente, por el mero hecho de existir, recibe una serie de monedas únicamente intercambiables con el propio sistema, las cuales llaman llaves, y que se entregan por igual a todo el mundo independientemente del trabajo que realicen, para que las administren según su criterio. Lo que obtienen sólo puede usarlo quien lo compró, ni siquiera pueden hacerse regalos…*

-Regalos materiales no. –interrumpió Bobo.

-Bueno, a lo que vamos… Al morir, esas posesiones vuelven a pertenecer al sistema, por lo que podríamos afirmar que realmente nunca fueron de las personas, si no que el sistema se las dejó o alquiló.

-Eran suyas mientras vivían, después la terminología no creo que les importe demasiado.

-Me estás reconociendo, B.F., que en tu sistema no existe la propiedad privada.

-De nuevo le digo que no es mi sistema, y que todo objeto está estrictamente identificado y relacionado con el número personal de quien lo posee, siendo dichas posesiones intransferibles, inviolables e inembargables. Es la máxima expresión del término propiedad privada.

-Pero no puedes disponer de tus propiedades para hacer con ellas lo que quieras. Están atadas al sistema.

-¿Hacer el qué?

-Venderlas, intercambiarlas…

-¡Pero es que no se entera de que esos son conceptos de sistemas Egoístas! ¡En el Adyacentismo nadie vende porque no quiere obtener nada a cambio, porque no hay dinero para realizar dichos juegos de lucro personal, y porque lo que necesita lo tiene!

-¿Y si acaba de comprarse un coche y quiere una tele?

-Pues o devuelve el coche al Almacén, o se espera hasta tener nuevas llaves para el aparato de televisión.

-Eso destruye toda iniciativa emprendedora por mejorar el patrimonio propio y tener más.

-Exacto, por tener más que el resto, a costa del resto.

El entrevistador quedó en silencio escuchando su pinganillo. Era evidente que le estaban enviando un nuevo dardo envenenado.

-Comprenderás, B.F. –dijo por fin- *que sin el incentivo del progreso, coartada toda posibilidad de obtener mejores condiciones de vida, la gente se instalaría en un conformismo que impediría avanzar a la industria, la ciencia, la tecnología… ¿Por qué esforzarse en idear y desarrollar innovaciones si todo puede dejarse tal y como está? Sería un freno para la humanidad, que se detendría en seco.*

-Verá, eso también ha sido contemplado e implementado: La industria, a través de los diferentes gremios, elabora tres gamas de cada producto: Baja, media y alta, con el equivalente número de llaves necesario para su obtención. Así las personas pueden tener un poco de todo según sus gustos, y la propia industria compite consigo misma para innovar. Cuando la gama baja sube, el resto tienen que evitar ser alcanzadas.

-Entonces esos gremios son como empresas que luchan para que se compre más su producto que el de los otros.

-Los gremios son estructuras móviles, ya que como ya le dije, dentro de cada profesión no hay puestos fijos, si no que todos sus elementos van rotando. No hay presidentes, ni comités, ni ninguna estructura de poder que tenga por misión establecer competición de ningún tipo. Además, recordándole de nuevo el Valor del Bien en que se basan todas las decisiones tomadas en el Adyacentismo, los esfuerzos innovadores y la

calidad del servicio surgen del interés de cada persona involucrada en dicha industria por satisfacer a quienes consumen sus productos. Es ese pensar en el resto del Sistema lo que mueve el interés investigador, y no la promesa de premios, patentes, o monopolios. De nuevo lo está enfocando desde la perspectiva contraria. Es decir, la suya.

-Ya veo. Está claro que tenéis ese asunto de la perspectiva muy controlado. Todo se basa en que la gente piensa igual, ¿no?

-No. Con que piense en el beneficio ajeno antes que en el propio, vale. Luego que tenga los gustos y aficiones que le dé la gana.

-¿Y qué hay entonces de los sentimientos religiosos? ¿Cómo compatibilizarlos?

-Sencillamente no compatibilizándolos en absoluto. La religión es un sentimiento privado, y en privado debe permanecer. Todo credo es respetado porque sencillamente no es publicitado ni compartido.

-¡Que se escondan en sus casas para tratar esos temas! –exclamó con cruel ironía el presentador.

-Exacto. –prosiguió Bobo sin percibir, o sin querer percibir la burla- *En el Sistema Adyacentista la vivienda es un pilar fundamental: Una vez de alcanza la edad de independencia, que es a los veinte años, la persona recibe su casa y se activa el uso de su cuenta para adquirir productos personales. Allí pueden hacer todo lo que*

consideren, pues sólo afecta a la propia persona. Hablamos de inquietudes religiosas, diferentes lecturas o estudios de cualquier materia, el consumo de bebidas espirituosas o sustancia psicotrópicas…

-¿Hablas de droga? ¿Es acaso legal?

-Cada persona puede hacer lo que le apetezca, siempre que lo haga en la soledad del interior de su casa, y siempre bajo su responsabilidad, ya que los daños que pudiera producir su comportamiento le afectarían y serían imputados solo a esa persona.

-Pero podría montar una fiesta en su casa y ya implicaría a otras personas.

-Está prohibido. Cuando se recibe la vivienda propia a los veinte años, sólo puede entrar en ella quien ostenta su propiedad.

-¿Entonces los adultos viven solos?

-Sí. Durante la infancia viven en grandes salas compartidas y en la adolescencia en habitaciones de cuatro personas, distribuida cada etapa en casas de su correspondiente edad. Es una gran convivencia donde todo es de todo el mundo, comparten lo material y lo emocional, y se acostumbran a la colectividad que luego los adultos desarrollan tanto en sus empleos como en el ocio de los salones comunales.

-Imagino que si en las viviendas solo puede entrar una persona, en esos salones comunales que dices es donde se practica el sexo. –dijo el hombre con una sonrisa pícara mirando a cámara.

-La edad sexual es a los dieciséis años, y la de procreación a los dieciocho. Ambas actividades se realizan como bien has deducido en salones comunales. La primera, mediante una cita con profesionales del sexo, es concertada al computador, y el acto se consuma en un salón con alguien de nuestro gusto que se dedica a ello. Se elimina así el sentimiento de que es algo muy íntimo entre dos personas y que hay que esconderse para hacerlo. Mucho se ha pervertido la palabra amor para poder justificar el placer carnal. Eso ha sido fulminado en el Adyacentismo.

-Duras declaraciones.

-Por otro lado, el control de natalidad es también gestionado por el Administrador informático, siendo que a partir de los dieciocho años los varones donan su esperma, y las hembras pueden ser seleccionadas para engendrar. La fecundación y todo el proceso se hace de forma automatizada, y tras el nacimiento, las personitas ingresan en las salas compartidas de su correspondiente edad, no sabiendo ninguno de los progrenitores quienes son sus hijos, ni los hijos sus padres biológicos.

-¡Pero esto es una atrocidad!

-Es una cuestión de responsabilidad: Si se exigen responsabilidades a quien quita una vida ya existente, más han de hacerlo a quien la crea de la nada; es un acto de mayor trascendencia, pues implica la decisión de poner una consciencia en marcha, y por ello debe estar más controlado. Por otro lado, con este sistema, el cruce genético es impecable, pues todos los datos son gestionados por el computador, y en cuanto al cariño paterno que pueda parecer injustamente borrado de esta ecuación, decir que de nuevo, por el Valor del Bien, es innecesario, pues todos se aman por igual, sin necesidades de jerarquías de edades o descendencia de ningún tipo.

El presentador fue avisado de que era el momento de ponerse en pie con gesto indignado.

-¡Prostitución! ¡Destrucción de la familia! ¡Tú sistema B.F. es un auténtico crimen contra la decencia!

Bobo ni se inmutó.

-Es un sistema que va más allá de la decencia y demás categorías subjetivas: Es un sistema que podría aplicarse sin atisbo de duda en todo el universo, pues el fundamento del Adyacentismo es una Verdad universal.

-¡Tiene gracia que pienses eso, pues ni siquiera en este estudio encontrarías apoyo y consenso suficiente para llevar algo así a cabo, como para pensar que podría funcionar en el resto del universo!

-Hay que tener en cuenta de que esto es lo que hasta ahora ha podido implantarse en La Aldea, con satisfactorio resultado, pero por supuesto nuestra esperanza está en el pronto desarrollo de una tecnología que a través de las inteligencias artificiales haga innecesarias las puntualizaciones que hemos hecho al respecto del trabajo, el sexo o la natalidad. Piense que serán las incansables maquinas quienes realizaran las labores musculares y de cálculos lógicos; piense que las personas profesionales del sexo serán sustituidas por sus equivalentes mecánicos; y piense que los úteros humanos dejaran de ser necesarios, requiriéndose de los seres humanos únicamente la semilla de la vida a través del esperma y los óvulos.

En el granero ya sabíamos todas estas cosas, pero la descarnada apología de un futuro diametralmente opuesto a lo que conocíamos hecha por Bobo, conmocionó a los televidentes y a todos los presentes en aquel chabacano plató.

-*B.F., sabíamos que eras una persona trastornada.* -comenzó a decir el hombre de la cara de cera mientras tomaba aire preparándose para la descarga- *Gracias a la campaña de envío masivo donde obligaste a la gente a recibir un absurdo libro tuyo que nadie quería, muchos tuvimos que leer tus delirios. Pero eran solo eso, delirios. Estupideces infantiles puestas en un papel. Lo que no creo que nadie esperara es lo que acabas de hacer. Con estas salvajes e inhumanas propuestas*

que te atreves a defender públicamente, demuestras que eres una persona peligrosa que debería ser encerrada; apartada de la sociedad por su propio bien. ¡Puedes hacer mucho daño con esas ideas delirantes tuyas, B.F.!

-*Claro que sí.* -pronunció Bobo poniéndose en pie sin dejar de clavar sus ojos en los ojos del presentador- *Claro que puedo hacer mucho daño: ¡Daño a vuestro mundo Egoísta! ¡Ese que como cobardes os empeñáis en defender, deseando atar al resto con las cadenas que voluntariamente os ponéis al cuello cada día! ¡Ese que concebís como única realidad posible, sólo para no permanecer en soledad en vuestra desgracia: La desgracia de elegir el Mal por ser incapaces de controlar quienes sois, y quienes os gustaría ser!*

El hombre de cera empezó a sudar.
Bobo se le había encarado, y a pesar de la larga pausa mantuvo su agresiva posición.

-*Sólo veo locura en ti.* –se atrevió a decir el presentador, sin duda incitado por los realizadores buscando obtener un momento de gran impacto televisivo.

-*Y yo sólo veo vacío en ti.* –sentenció Bobo con profunda voz- *Un vacío que la gente Egoísta lleváis dentro, y que es tan grande, que desde fuera duele. ¿Pero sabes que es lo peor? Que cuando alguien intenta llenaros ese agujero de Amor, respondéis evitando el Amor e inyectando vacío.*

Bobo se desabrochó la pinza del micrófono con clara intención de abandonar la entrevista, pero antes de terminar de hacerlo, la emisión se cortó. Las palabras de Bobo fueran rápidamente sustituidas por anuncios publicitarios, y la tranquilidad del mundo Egoísta retornó.

Al volver del intermedio, el presentador se encontraba de nuevo sentado en su sillita de diseño moderno. Ya no había sudor en su frente.

-Queridos espectadores, como habrán podido comprobar aquí esta noche, esa rareza llamada Adyacentismo, la misma que durante tanto tiempo ha generado debates tanto a favor como en contra, ha quedado destapada como lo que es: Una destructiva secta liderada por una persona peligrosa que sólo busca someter, imponer sus ideas, y ser venerada. Buenas noches, esto ha sido todo desde "La Hora de la verdad".

Bobo no tuvo oportunidad de defenderse ni de rebatir.

El bigotudo señor lo predijo.
Y no se equivocó.

Como si del final trágico de una ruleta rusa se tratara, aquella noche el helicóptero robado por Bobo regresó.
Sabíamos que dentro iba su cuerpo, pero sentíamos que más que un ser vivo, lo que llegaba era un féretro.

Yo corrí a su encuentro, pero cuando llegué a la gran “H” sólo hallé al piloto.

-“No volveré a hacerlo así”. Eso fue lo único que dijo en todo el trayecto. Luego echó a correr.

El informe del chofer aéreo preocupó a todo el mundo menos al filántropo patrón, quien minutos después se marchó en ese mismo aparato, para nunca volver.

Buscamos durante horas, y justo cuando sobre las montañas asomaba el primer rayo de Sol, descubrimos entre lodo del río, cerca de su cabaña, arrugado e irreconocible, el elegante traje negro de bordados blancos.

Bobo se había ido sin decir adiós.

·FIN DE LA SEGUNDA PARTE·

HIMNO DEL AMOR UNIVERSAL

Do Fa Sol# Sol# Sol La# Sol Sol# Sol Fa Mi Fa Fa
Cuando los himnos y banderas no se entiendan
Do Fa Sol# Sol# Sol La# Sol Sol#SolFa Mi Fa Fa
pues como un mismo cuerpo habitemos la tierra

Fa Sol# La# Do Do Do# La# Do Do Do Do Do

Pensando sólo en los demás
Sol# Sol# La# Do Do Do# La# Do

Pensando sólo en los demás
Fa Fa SolSol#La# SolSol#FaFa

En el Amor viviremos

Do Fa Sol#Sol# Sol La# Sol Sol#SolFa Mi Fa Fa
Cuando ayudar sea nuestro único objetivo
Do Fa Sol#Sol# Sol La# Sol Sol# Sol Fa Mi FaFa
sin esperar nada en propio beneficio

Fa Sol# La# Do Do Do# La# Do Do Do Do Do

Pensando sólo en los demás
Sol# Sol# La# Do Do Do# La# Do

Pensando sólo en los demás
Fa Fa SolSol#La# SolSol#FaFa

En el Amor viviremos
Fa Fa SolSol#La# SolSol#FaFa

En el Amor viviremos

Fa Do# Do# DoLa# La# La# La# La#

Y no habrá rival

La# Do Do La# Sol# Sol# Sol# Sol# Sol#

pues de igual a igual

Sol#Sol# La# La# Sol#Sol La# Sol# La# Do Re#

todo a todos nos daremos

Re# Do#Do# Do La# La# La# La# La#

Y sólo habrá paz

La# Do Do La# Sol# Sol# Sol# Sol# Sol#

el Bien reinará

Sol#La# La# Sol#Sol Mi Fa Fa Fa Fa Fa Fa Fa Fa Fa Fa

El Yo Vosotros será

Do Fa Sol# Sol# Sol La# Sol Sol#Sol FaMi Fa Fa

Cuando la noche caiga sobre el Egoísmo

Do Fa Sol#Sol# Sol La# Sol Sol# Sol Fa Mi Fa Fa

nos guiará la luz hasta el Adyacentismo

Fa Sol# La# Do Do Do# La# Do Do Do Do Do

Pensando sólo en los demás

Sol# Sol# La# Do Do Do# La# Do

Pensando sólo en los demás

Fa Fa SolSol#La# SolSol#FaFa

En el Amor viviremos

Fa Fa SolSol#La# SolSol#FaFa

En el Amor viviremos

Tercera Parte

Capítulo 1
La caja chamuscada de un reloj de pulsera sin números ni manijas

La desaparición de Bobo no sólo no supuso una herida mortal para el Adyacentismo, sino que lo elevó a cuotas de popularidad y aceptación inimaginables.

Era la primera vez que la cabeza al frente de un movimiento en alza, dotado de textos normativos propios, una estructura organizativa estable, terrenos de implantación de su sistema en un entorno real de convivencia, y una base de militancia que superaba todas las barreras geográficas, abandonaba su puesto de liderazgo sin más.

Su repentina e inmediata dimisión la misma noche de la entrevista televisada que hubiera significado horas y horas de noticias y tertulias confirmando todos los supuestos males que su persona representaba, frenó en seco tales propagandas intencionadamente destructivas, impidiendo así con su renuncia que volviera a poder ser utilizado el término “secta” para definir el Adyacentismo, ni a considerar a Bobo como una de esas personalidades megalómanas que ansía por encima de todo obtener el poder, y cuando lo logra somete a todo el mundo a sus criterios, sin renunciar a ello hasta que encuentra, y en la mayoría de los casos provoca, la muerte.

Nada de eso había sucedido.
Bobo era unos pantaloncillos cortos y una camiseta de pingüinos; Bobo no quería que se hiciera idolatría de su figura, lo dijo, lo dejó escrito, y lo había cumplido.

Liberado de la consideración de ideología personalista, el Movimiento se expandía a un ritmo superior del que estaba preparado para soportar.

La gente pareció olvidar rápidamente, como suele suceder, todo lo dicho por Bobo durante su exposición de la “Guía Práctica del Sistema Adyacentista”, y si alguna persona lo recordaba públicamente, era reprendida aludiendo “una excusable enajenación final producto del cansancio”. Con la condena al olvido del segundo libro de Bobo, quedó limpia su imagen, volviendo a reeditarse El Libro Blanco de B.F., oficialmente aceptado e inocuo, que batió grandes récords de ventas. Mucha gente se arrepintió de no haber conservado la primera edición que les fue regalada.

En general podría decirse que el público perdonó a Bobo un segundo después de condenar su mente y su cuerpo a muerte, debido a su serena reacción.

Empezaba a ser evidente que había una confianza en el Adyacentismo como única opción capaz de hacer superar el descontento de los ciudadanos ante un presente malo, y un futuro peor, tanta, que

pronto corrió el riesgo de que su propia fama escapara a su control, temiendo que se dieran situaciones que pudieran enturbiar el buen hacer sobre lo que todo se basaba.

El momento culminante fue sin duda cuando “La Aldea junto al rio” fue atacada por las juventudes violentas de partidos políticos que consideraban al Adyacentismo el nuevo pero principal enemigo a batir.
Si la respuesta hubiera sido usar las mismas herramientas para defenderse, todo habría acabado. Sin embargo en la prensa pudo verse cobertizos ardiendo, pintadas sobre adobe con amenazas, caras ensangrentadas de indefensas gentes mientras venían de recoger fresas.
“Odio de los oprimidos contra sus liberadores” tales fueron los titulares.

Yo, como con tantas otras cosas aquellos días, ignoraba por completo los intereses económicos que secretamente habían obrado ese cambio de parecer en la opinión pública. Tal y como luego supe, el bigotudo señor y otros amigos suyos de la ciudad habían considerado que al encontrarse descabezado, un relato de calado social como aquel podía potenciarse y ser utilizado, sin los seguros impedimentos que les hubiera planteado la presencia de Bobo.

Esa fue la fuerza invisible que empujó al Movimiento en una carrera acelerada hasta su propia destrucción.

-Ya no nos llamaremos Movimiento. -dijo la presidenta nuevamente electa de las Juntas durante Cuarto Congreso Adyacentista- *Ya no existirán las Juntas. A partir de ahora seremos un partido: El Partido Adyacentista.*

Mientras las nuevas siglas de "PADYA" ondeaban sobre la tela blanca, mucha gente discutió acaloradamente, y mucha otra renunció.

Pero para sustituir a aquellas bellas personas que habían estado desde el principio, y cuyo sudor era un ingrediente más del cemento que nos cobijaba, vinieron otras con sonrisa oportunista y cuyos valores nunca fueron bordados por nadie en un almohadón.

El arribismo hizo lo suyo, y ascendió cuerpos recién llegados dejando fuera todo lo puro.

Por suerte para mí, mucha gente me consideró la persona heredera del legado de Bobo, quien en su momento fuera su mano derecha, y cuyos criterios debían ser escuchados.
Durante la sesión fundacional del Partido fue presentado un colorido mural con imágenes pseudo legendarias del Adyacentismo, y mi rostro aparecía arriba, bajo el rostro de Bobo, señalándome como quien empezó todo.
Debido a esta inesperado estatus icónico, se me dejó organizar el funcionamiento del Partido.

Las Juntas habían votado inmolarse y reconvertirse en el Partido con el objeto de recoger el sentir y cumplir con las exigencias de la aclamación popular, pero todo el mundo sabía que Bobo siempre estuvo en contra de la acción política, y muchos de los pasos necesarios para conformar una candidatura, irían en contra de lo contenido en El Libro Blanco. Habría que hacer muchas trampas para adaptarse y que no se notara.

Durante el diseño del programa electoral se contemplaron inicialmente las medidas que Bobo quiso haber defendido con su “Guía Práctica del Adyacentismo”, pero se consideraron excesivamente radicales y prematuras.
A pesar de que sus efectos como opciones viables se habían corroborado en la experiencia comunitaria de La Aldea, hubo consenso acerca de la incapacidad e inapetencia de la sociedad general para adoptar tales directrices.

Había que hacer concesiones en cuanto al contenido, pero desde mi recién estrenado palacio en la ciudad, yo me negué a hacerlas en cuanto a la forma.

La estructura interna debía obedecer a criterios que mantuvieran la salvaguardia del Valor del Bien, o lo más aproximado posible que pudiera permitir su aplicación.

Se me concedieron recursos ilimitados, tanto económicos como de personal. Yo no preguntaba de dónde salían, y aprovechando la oportunidad sin miramientos me volví a rodear de los lujos perdidos durante mi estancia en La Aldea.

Mi cuartel general era también mi casa, y pasaba todas las horas del día entre reuniones y borradores de estatutos. Por la noche dormía bajo la bandera del “PADYA”, la cual mantenía colgada en la pared de enfrente de mi majestuosa cama, para ser lo primero que viera al despertarme, y lo último antes de acostarme.
Había recuperado a mi antiguo mayordomo y a mi chofer, y los envolví en guardaespaldas.
Estaba a gusto y pronto hube terminado el organigrama del Partido.

-La Presidencia será ocupada por una persona experta en relaciones públicas: Extrovertida, de gran carisma, con estudios de dicción, oratoria, protocolo, y un amplio conocimiento del máximo número de idiomas posible. Además es crucial que su aspecto físico se ajuste impecablemente a los estándares de deseabilidad establecidos, sobresaliendo por su belleza y especial exotismo.

Tuve que detenerme para coger aire, pero por ahora, a juzgar por las caras de la mesa constitutiva reunida en el gran salón del mejor hotel de la ciudad, todo parecía ir bien.

-No hablamos de una persona cualquiera. -proseguí- *No será pues quien tenga las mejores ideas o el mayor apoyo de la militancia. No. Lejos de todo esto, será una figura colocada a dedo por adecuarse a su papel. Y eso es lo que hará: Interpretar un papel. Todas las decisiones serán tomadas por el Comité Estratégico y comunicadas a la Presidencia para que esta las proclame y haga ejecutar.*

-¿Qué es eso del Comité Estratégico? -preguntó un señor de ojos saltones al que no había visto nunca.

-Será la célula extraoficial que analice, evalúe, diseñe, y decida todos los pasos y acciones que el Partido irá llevando a cabo.

-El cerebro.

-Exacto.

-¿Y quienes serán las células de ese cerebro, si puede saberse? -exclamó con evidente desconfianza la ex-presidenta de las Juntas.

-Las tenéis delante.

Hubo gran regocijo en toda la mesa al verse de pronto investidas como importantes piezas de un poderoso juego, sin saber que realmente éramos la caja chamuscada de un reloj de pulsera sin números ni manijas.

Yo hice esa concesión porque no sabía de dónde venían ni a donde querían ir aquellas personas, y si algunas de ellas movían alguno de los hilos invisibles que aunque no era capaz de ver o entender, sabía que estaban ahí.
No me quise arriesgar a provocar rivalidades en mi contra tan pronto, asique decidí tener cerca y bajo control a quienes tuvieran buenas amistades en el Partido o en los círculos aristocráticos de la ciudad que tan bien conocía.

Y precisamente de esos círculos provino la persona elegida para liderar el Partido de cara al público: Era una mujer joven con una preparación tan completa que costaba entender de donde había sacado tiempo de vida para llevarla a cabo. Su presencia imponía un aura de limpieza y sinceridad, lo que contrastaba con una mirada felina y astuta. Sus rasgos morfológicos en general podrían ser incorrectamente definidos como perfectos, y digo incorrectamente porque dicha perfección es un criterio totalmente subjetivo, pero en este caso no sería descabellado decir que nueve de cada diez personas de nuestra sociedad así lo afirmarían. Cabe destacar algo no menos importante, y era el estilo refinado en cuanto al vestuario, maquillaje y peinado se refiere. De esto no puedo asegurar cuanto mérito tenía ella directamente o si era obra de sus asesores personales. En definitiva, como digo, yo suscribía la decisión de tener a aquella mujer de porte impecable a nuestro frente.
Alguien había hecho bien su trabajo.

Pero yo no era ese alguien, y me fui descuidando con el transcurrir de los cócteles, bailes, recepciones, y visitas a despachos en palacios de categoría igual o superior a mi actual residencia.

Lejos quedaban ya los días en los cobertizos comunales y bajas casitas individuales de adobe construidas alrededor de la cabaña de Bobo en "La Aldea junto al rio".
También formaban parte del paso los Congresos Adyacentistas en prados de pasto y graneros abandonados: Ahora eran en estadios deportivos e inabarcables salones de actos.

Durante aquellos días volví a escuchar el sonido continuo del cristal de las botellas chocando unas contra otras. Ese chasquido agudo de los cascos golpeándose entre ellos y rodando sobre el duro mármol del suelo, mientras sin darme cuenta se acumulaban al rededor mío allá donde estuviera. Esta vez la gran resaca no huía del fracaso, si no de lo contrario. El éxito nos embriagaba, y al vomitarlo perdíamos poco a poco el Amor que tanto nos había costado ganar, quedando de nuevo sólo el vacío.

Y entre toda esa borrachera de aclamación entusiasta por parte de los medios de comunicación, irrefrenable y fervorosa adhesión popular, y cuantiosos y eternos fondos sin origen ni destino, el Partido Adyacentista ganó las elecciones.

Capítulo 2
Rosquillas de chocolate

El Comité Estratégico se reunía en mi palacio cada día.
Sigilosamente fui ejecutando una concienzuda y sistemática purga, y ahora nadie se atrevía a cuestionar que era yo quien lo dirigía.

Desde nuestra masiva victoria electoral todas las cartas fueron siendo puestas sobre la mesa, llegando al punto en que nadie ignoraba las intenciones del resto.

Durante la formación de Gobierno y el aclimatamiento de los parlamentarios en sus escaños, se mantenía un agradable equilibrio carente de movimientos estratégicos.
Nada pasaba en el Partido, y nada pasaba en el Gobierno.
Todo el mundo parecía a gusto en su indolencia.

Pero los meses transcurrían y las acciones ejecutivas necesarias no se concretaban.
El programa del PADYA había sido revestido de una toga de genuino Adyacentismo, pero la aplicación de su contenido con medidas concretas parecía ser una quimera.

En la calle el apoyo popular disminuía por momentos, al haberse suprimido el Movimiento y las Juntas.

Cualquier iniciativa relacionada directamente con los postulados de El Libro Blanco era duramente reprimida por el propio Gobierno Adyacentista; la estricta observancia que hubiera defendido Bobo fue perseguida, y todos los símbolos anteriores al Partido ilegalizados; se estableció la obligatoriedad dentro del Partido de vestir en todo momento una reglamentaria camisa blanca con las iniciales PADYA bordadas, y estaba bien visto que los civiles también lo hicieran como muestra de adhesión; las banderas de ADYA y las de JADYA, fueron eliminadas de todos los establecimientos y quemadas públicamente. Sólo debía quedar el PADYA, y todo empezar y terminar en él.
Únicamente "La Aldea junto al rio" sobrevivía, en gran medida por su carga simbólica como epicentro desde donde comenzó todo, pero era tan residual su actividad, y tan nula su repercusión, que no fue tenida en cuenta ni molestada.

¿Y quién tomó todas estas decisiones? Yo.
Tenía una confianza ciega en el aparato del Partido, y el convencimiento de que todo pasaba por mis manos. Había alcanzado las cotas de poder más altas posibles y sentía un gran orgullo y tranquilidad.

Cuando las crisis institucionales comenzaron a sucederse, yo sabía que no había nada que hacer a nivel pragmático: El Adyacentismo nunca sería compatible con una sociedad Egoísta.
No podíamos ser una tirita lo suficientemente grande para una herida tan profunda.

De Bobo ya no quedaba rastro alguno excepto las palabras que había inventado para llamar a un nuevo intento de cambio posible. Cambio que fue olvidado junto con sus libros, su infantil e inapropiada imagen, y sus prescindibles iniciales. Bobo ya no era nada, pero Adyacentismo tampoco.

Sin embargo yo sabía que había que mantener la imagen para mantener el Gobierno.

Nuestra Presidenta cumplía con excelencia el desempeño de su personaje; todo lo hacía bien excepto gobernar, pues era lo único que no podía hacer.
“Es como una rosquilla: Apetitosa por fuera, pero con un enorme agujero vacío por dentro”, había llegado a oír decir a un Ministro sobre ella.

Yo les seguía la corriente a aquellos acomodados fantoches, pero si alguien desde el desprovisto de competencias Consejo de Ministros sugería al todopoderoso Comité Estratégico la aprobación de alguna medida superficial para contentar a la opinión pública, yo se lo denegaba de forma inmediata y tajante.

Ahora soy consciente de que mi presencia era un tampón para el Partido: Asumía la imposibilidad de ejecutar el programa, a la vez que impedía llevar a cabo acciones que se apartaran del Adyacentismo primigenio.

Vivía ese conflicto interior entre los recuerdos de las montañas y los placeres de los licores palaciegos.

Entonces un día, sin que yo sospechara nada, ni mis más allegados colaboradores y sirvientes me lo advirtieran, todo terminó para mí.

El apoyo que nuestra Presidenta mantenía entre los votantes, gracias en parte a sus refinadísimas dotes comunicativas, y en parte a su encanto natural, había apuntalado durante más tiempo del esperado la legislatura, pero finalmente fue requerida a los platós televisivos para comparecer en pública sesión de control.

El vago recuerdo de la anterior situación similar me produjo un mal augurio. Bobo había caído ante los inclementes focos, y ahora temía que nuestra carismática líder fuera a su vez defenestrada, arrastrando esta vez sí a todo el Partido.

Recurrí a un jugo de maíz fermentado para templar mis nervios, y durante los primeros envites del debate todo pareció ir viento en popa. Yo me dedicaba a consultar las mejores respuestas en un guion previamente establecido por los analistas y asesores del Comité Estratégico, y se lo comunicaba por la Presidenta por un pinganillo.
A ella nunca se le notaba que estaba repitiendo un dictado ajeno.

Pero cuando el entrevistador entró a cuestionar las repercusiones que podrían tener los decretos políticos propuestos inicialmente por el Partido para la formación de un Estado Adyacentista, todo se torció.

-Dígame, Señora Presidenta, ¿un sistema tan planificado no nos privará de nuestros instintos naturales como seres humanos? Estará de acuerdo en que sería una cosa terrible, ¿no es cierto?

Yo me limité a consultar la respuesta que teníamos preparada por escrito, y a cerciorarme de que los expertos científicos de la información de mi gabinete asentían. Sería otra rutinaria respuesta, perfectamente ajustada al manual de estilo Adyacentista.

-*¿Terrible, dice? ¿Es acaso una cosa terrible que hayamos superado nuestros instintos primitivos de asesinarnos, violarnos, someternos unas personas a las otras? Eso se llama evolución. Lo que ya no necesitamos se supera. Pues bien, ha llegado el punto en que la ciencia nos permite superar el Egoísmo. Aferrarnos a él nos pone al nivel de las gentes salvajes de las cuevas paleolíticas. ¿Es eso lo que somos? Y más importante, ¿es eso lo que queremos ser?*

Terminé de transcribir oralmente por el pinganillo la respuesta, pero en las pantallas de realización se observaba el rostro pétreo de la Presidenta.

-*Presidenta, ¿me has oído?* -dije en voz alta acercándome lo máximo que pude al micrófono.

Pero no hubo reacción alguna por su parte.
Miraba al infinito como un rígido cadáver puesto de pie.
Me temí lo peor. Y lo peor llegó.

-*Tienes razón, sería una cosa terrible.* -dijo de pronto con una repentina y embriagadora sonrisa- *Llevamos mucho tiempo tratando este asunto en el Consejo de Ministros, y todo el mundo en el ejecutivo está de acuerdo en que las cosas se han planteado de forma inadecuada: Debería dejar de tenerse en cuenta la literalidad de los postulados Adyacentistas. Ciertas palabras como bien, amor, o verdad, que tanto se usan en nuestros textos, pueden sonar muy gruesas, y sería un error pensar que son términos absolutos, pues al fin y al cabo son solo palabras. No se puede esperar que todo gire en torno a unas cuantas letras confusas y estar condicionados por estas. Así no es posible avanzar. Para crear políticas reales y concretas lo importante es que dichas medidas puedan llevarse a cabo al margen de los significados simbólicos que les fueron otorgados.*

-¿Eso quiere decir que van a resignificar los conceptos que usa el Adyacentismo para expresarse, permitiendo así que sus acciones sean más fácilmente materializables?

-Efectivamente. Desde este momento puedo asegurarte que se han iniciado las medidas oportunas para llevarlo a cabo.

Y la primera medida fue mi expulsión inmediata de la sala de realización del canal, ejecutada sin piedad por parte de dos fornidos guardias de seguridad.

Cuando llegué a la puerta exterior del estudio llovía.
Intenté llamar a mi chofer, pero la línea telefónica que me pagaba el Partido había sido cancelada.
Desde un bar cercano conseguí contactar con el garaje del palacio, pero el chofer me explicó que tenía órdenes estrictas de no venir a por mí.
Cogí un taxi y caminé hacia la puerta de mi residencia, pero puesto que lo era también del Comité Estratégico, y para el Partido era a todos los efectos persona non grata, no pude entrar.

-*¿Qué pasa aquí?* -dije gritando mientras tocaba el timbre con insistencia- *¿Es que no puedo ni siquiera recoger mis cosas?*

Pero la puerta no se abrió.

Me estuve mojando en la acera un buen rato.
Los vecinos, al ser el barrio más exclusivo de la ciudad, eran todas personas influyentes y me conocían de sobra. Como si la noticia les hubiera llegado antes que a mí, al cruzárseme me miraban con cara de lastima y cierto asco.

El problema de subir mucho en el mundo Egoísta, es que cuando caes en desgracia la gente te evita temiendo que les contagies el tufo a fracaso.

-*¿Te llevo?* -dijo una ronca voz desde detrás de la ventanilla medio abierta del largo coche que había frenado ante mis mismas narices.

Me incorporé y se abrió la puerta. Entré.

-Podría reconocer ese bigote hasta debajo del océano. -dije con gran disgusto.

-Bueno, yo gano, tú pierdes. -contestó el hasta ahora desaparecido benefactor.

La limusina comenzó a dar vueltas sin rumbo por la zona rica de la ciudad.

-¿Entonces has sido tú?

-Desde que esto empezó a ser algo, es porque era yo.

-¿Por qué lo has hecho? ¿Qué tienes contra mí? -pronuncié con profunda rabia- *Yo siempre te apoyé: Te entregué el Adyacentismo en bandeja; te di la mejor habitación de mi casa; y cuando tú ordenabas nunca te cuestioné. Pero luego te fuiste, y todo esto del Partido ya no tenía nada que ver contigo. ¡Sin embargo a mí es lo único que me quedaba!*

-Por favor, no me hagas reír. ¿Quién crees que movió los hilos para fundar el Partido?

No me hacía falta mucho más para comprender la estupidez que había cometido al pensar que un millonario inversor podía irse y desvincularse de su negocio sin más. Aun así el bigote siguió agitándose.

-¿Ya no recuerdas las jaurías de violentos opositores políticos que arrasaron La Aldea? - retomó- *¿Quién crees que puso el hueso ante sus hocicos? ¿Quién crees que pagó su cacería? Del mismo patético modo que desde el Movimiento nada de esto sabíais, esas bestias descerebradas ignoraban la mano que las dirigía. Por esos los perros son perros, y los ricos somos ricos.*

En ese instante deseé tener dientes de perro para devolverle su sinceridad.

Hubiera devorado a mordiscos aquellas rosquillas de chocolate.

Capítulo 3
Pequeña y brillante luna ante su enorme planeta oscuro

No tardé en descubrir que me habían echado del Comité Estratégico, pero no del Partido.

Supongo que les hubiera sido muy complicado e incómodo explicar a la ciudadanía, y sobre todo a la militancia, una desavenencia de tal magnitud con la persona fundadora del Adyacentismo, convertida además en un pilar fundamental del imaginario del Partido como una figura heroica.

Era mucho más sencillo apartarme, y esperar a que fuera yo quien cometiera los errores que me hicieran finalmente desaparecer.
Una vieja gloria venida a menos; un falso respeto por su parte, esperando recibir noticias de que me había marchado.

Pero no lo hice.
No tenía otra cosa a dónde agarrarme, ni ningún propósito vital al que regresar.
Empecé a reunir gente en la ciudad, vagando de casa en casa, de caridad en caridad.
Sabía que necesitaba establecer una postura que mostrara una cierta queja con la cúpula del Partido, para hacer creer que mi destierro de la misma era voluntario, seguramente justificándolo como un intento de salvar lo más puro de lo que había sido en su día el Movimiento, ahora perdido.

Argüiría toda mi trayectoria como muestra de que yo atesoraba intactos los valores iniciales, los cuales quedaban representados en mi propia persona. Sería pues una especie de escisión ultra ortodoxa que culparía a la Presidenta de ser un mero títere de los intereses económicos.
Sonaba creíble y potente.
Y sin duda aquella sería mi mejor oportunidad de llevarme conmigo un trozo del pastel.

Tras unos pocos días, sin embargo, mis impulsos reclutadores se fueron apagando, no por una falta de compromiso o entrega por mi parte, si no porque ya no se me abría ninguna puerta: Se había corrido la voz de mi confabulación, y con ello la obligación de posicionarse a favor o en contra. Fueron más los “en contras”, y tan pocos los “a favores”, que nuestra permanencia en la ciudad se volvió peligrosa.

Era el momento de huir, y como todas las anteriores huidas de mi vida, mis pasos acabaron llevándome a las montañas.

“El último grupo de leales Camisas Blancas”, nos hicimos llamar, y tratando de ofrecer una obligada recibida en consonancia, las pocas personas que quedaban en “La Aldea junto al rio” nos hicieron la entrega simbólica de las llaves de su pequeño mundo.

Al principio resultó evidente que no les agradaba nuestra presencia allí, pero como no sabían con certeza cuanto poder conservábamos dentro del Partido, y si negarse a algo podría traerles nefastas consecuencias, se limitaron a obedecer.
Yo me ocupé de recuperar mi antiguo puesto en el escalafón jerárquico de la colonia, dictando inmediatas directrices que para fijaran lo que sería nuestra permanecía allí.

Regresé de nuevo a mi viejo caserón familiar, donde en esta ocasión me aseguré de no establecer el cuartel general, no fuera a ser que volviera a perder a la vez mando y cama.

En el casco urbano del pueblo no quedaba ni un alma. Días más tarde descubrí, muy al alba, que algunos de los antiguos vecinos oriundos del lugar, desahuciados por cuatro monedas por el bigotudo patrón, habían vuelto a ocupar furtiva e ilegalmente sus antiguas viviendas. Sólo salían cuando la quietud y las sombras podían ocultar su presencia, malviviendo como fantasmas en lo que un día fue su hogar. Temían que el Partido se enterara y los castigara. Pero a nadie le importaba.

Las huertas eran fértiles, las vacas estaban tan gordas que podíamos llenar barreños y darnos baños en su leche, las pepitas de las fresas silvestres jugaban al escondite entre nuestras encías y dientes.
De nuevo el frío seco del valle nos hacía entrega de su paz hostil.

Durante algunos meses no sucedió nada. No hubo respuesta alguna de la ciudad a nuestra ocupación de La Aldea, foco de una nueva disidencia.
Tal vez eso era lo que querían.

Yo no hacía mucho, pues uno de mis primeros decretos fue eliminar la norma de intercalar un trabajo intelectual y un trabajo muscular a la semana por habitante. A decir verdad, la eliminé sólo para los mandos, es decir, para mí.

Solía darme largos paseos entre los bosques, amén de algunos osados ascensos hasta las altas cumbres.
Lo que no me atrevía a hacer era visitar la abandonada cabaña de Bobo.

Pero finalmente se me acabaron las distracciones, y una insana curiosidad inició en mi mente un acecho constante.
Tuve que beberme media botella de un dulzón licor de fresa, para reunir el valor necesario.

Cuando entré en la olvidada estancia, todo seguía tal y como Bobo lo había dejado justo antes de robar el helicóptero y dirigirse a la ciudad en dirección a su fatídica entrevista.
Por todas partes había papeles arrugados con ideas garabateadas.
Uno de estos papeles, sin yo saber por qué, llamó poderosamente mi atención. En el encabezado podía leerse: “La Caja Empática”.

Comencé a leer con detenimiento lo que parecía ser un experimento que podría canalizar las preocupaciones que Bobo decía estar sufriendo en los días que lo escribió: El dinero que mediante donaciones, a pesar de haber sido explícitamente prohibidas por Bobo, no dejaba de entrar en las arcas de La Aldea, debía tener un destino acorde al ideario Adyacentista, siendo tratado con la consideración predicada de herramienta Egoísta a eliminar. Para llevar a cabo tal acción, Bobo describía minuciosamente un futuro proyecto que consistiría en un fondo, cuenta o caja de ahorros, donde se irían depositando progresivamente una serie de cantidades monetarias, y acumulándose con un propósito final solidario a determinar. El cómputo acumulado en La Caja Empática sería de conocimiento público, y habría una ubicación física en una zona concurrida de la ciudad, posiblemente una plaza, donde se colocaría una suerte de cabina de cristal, rodeada por cámaras de video, y con un dispositivo de fácil acceso para que cualquier persona pudiera retirar el dinero de La Caja. Al hacerlo, se harían también públicos todos sus datos, al igual que la grabación mostrando su rostro y los billetes rebosando sus manos. Las personas que decidieran llevarse el dinero solidario, podrían determinar la cantidad que quisieran, incluso el total del cómputo hasta ese momento acumulado. El flujo de ingresos sería en pequeñas cantidades, así pues en caso de quedar vacía, La Caja Empática iría de nuevo rellenándose.

Las notas de Bobo especificaban que sería conveniente establecer un objetivo final monetario muy alto, momento en el cual, de alcanzarlo, se llevaría a cabo la buena acción solidaria. Con todo esto, además de deshacerse de los fondos de La Aldea, Bobo esperaba poder comprobar empíricamente el Egoísmo personal de la sociedad, en contra de un beneficio colectivo. A pesar de que las personas quedarían expuestas, y serían incluidas en una lista pública de Egoístas, Bobo apuntaba tener la certeza de que nunca se alcanzaría el objetivo final que permitiera la buena acción.

Tras leer esta vieja nota casi destruida por la humedad, permanecí mucho tiempo en silencio procesando el asunto.

Finalmente comprendí que había encontrado un tesoro. Bobo, aun en su ausencia, me regalaba sabiduría aplicada, y yo la aplicaría para recuperar el control del Partido, y con ello del Gobierno.

Inmediatamente me dispuse a redactar la propuesta de “La Caja Empática” de mi puño y letra. La firmé con mi nombre, y acompañé las señas de “La Aldea junto al rio” con un imponente “Las ultimas y leales Camisas Blancas le saludan”.

Luego envié respectivas cartas a periódicos, radios, televisiones, agencias de información, universidades, y finalmente al Partido.

Quería que todo el mundo se enterara de que en La Aldea no nos habíamos rendido, y que como otras tantas veces a lo largo de la historia había sucedido, algún día regresaríamos de nuestro destierro para retomar el poder.

Pero sin embargo, no pasó nada.

El Partido se aseguró de enviar rápidamente a todos los medios un comunicado oficial en el que explicaba que de llegar a probarse, “La Caja Empática” provocaría enormes tumultos y violencia entre la ciudadanía al tratar de acceder al dinero.
Se lamentaba también de que elementos radicales, amparándose bajo la bandera del Adyacentismo, y manchando el buen nombre del Partido, pudieran plantear semejantes actuaciones en contra del orden público, y en busca de una clara ruptura de la convivencia pacífica de la sociedad.

La aceptada respuesta del Partido hubiera alegrado, o más bien disgustado profundamente a Bobo, pues aun sin llegar a materializarse, “La Caja Empática” había confirmado el salvajismo primitivo y opresor del poder del dinero.

Por mi parte, esa fue mi última jugada.

A partir de aquel momento los días transcurrían como transcurre la vida en una granja.
Todo funcionaba, pero ya no nos hacían falta los himnos, las banderas, los panfletos, ni las camisas blancas.

Desde mi regreso, y mi autoproclamada autoridad, colocándome por encima de trabajos y personas, “La Aldea junto al rio” era el modelo exacto de convivencia que venía desarrollándose en esa tierra desde hacía milenios. Ya no quedaba nada del Valor del Bien allí. Incluso recuperamos los intercambios, para luego restablecer definitivamente el uso reglado de la moneda. Habíamos cambiado todo para no cambiar nada.

Con este pensamiento fui perdiendo la esperanza y la razón.

Solía permanecer noches enteras en vela, observando fijamente a la luna al raso.
Ella era blanca y pura, y permanecía ahí ante nosotros, mirando nuestra oscuridad, nuestra voluntaria maldad.
Pensaba que debía ser divertido para ella estar tan limpia y ver algo tan grande y sucio.

A veces estas veladas se sucedían de forma tan interrumpida, que el sueño acumulado me mantenía en un estado catatónico. Otras, las alucinaciones me acechaban, y creía encontrar entre los árboles grandes piedras de los Hentopan, con inscripciones que decían “Piensa siempre en los demás antes de hacerlo en ti”, e incluso en ocasiones se me aparecía el espectro cadavérico de Bobo con su traje negro y corbatita blanca, surgiendo de entre el barro de la orilla del rio.

Su rostro era pálido y terrible, y cuando trataba de hacer que hablara, descubría que su boca y sus ojos estaban cosidos para no tener que saber nada de este mundo de Egoísmo.

Empecé a perder la consciencia de la realidad, y lo peor, a plantearme si alguna vez la tuve.

Mientras tanto, poco a poco, las gentes de La Aldea fueron alejándose del rio y subiendo hasta las robustas casas del pueblo.
Un día alguien reabrió un bar. Poco después se reinauguró el otro.
Las pocas camisas blancas que quedaban se fueron volviendo amarillas, para luego deshilacharse, y finalmente desaparecer.

Todo había acabado.

Antes de volver a la ciudad para empezar una vida anónima, discreta, y con suerte acomodada, visité de nuevo el jardín de los alcaudones.

Al observar a todos aquellos ratoncillos que empalados en las afiladas espinas de un caótico, retorcido y mortal matorral, esperaban para ser devorados por el puro instinto animal, no pude evitar ver mi cara, la de Bobo, y la de otras tantas personas con buenas intenciones y poco acierto, sobre los cuellitos descabezados de aquellas desdichadas criaturas.

Cerré la casa.

En las habitaciones de los antiguos guardeses todavía permanecían sus cosas intactas.

Atravesé el túnel de la montaña con la tranquilidad de que esos alcaudones del Partido ya no me molestarían más.

Capítulo 4
Una gota de helado de nata en el centro de una tarrina de helado de chocolate

Y así fue como conocí el Amor.

Fue una experiencia enriquecedora, pero ahora había regresado a lo que Bobo llamaba el mundo Egoísta, que para mí era en ese momento la realidad establecida que debía aceptar, y necesitaba olvidar las palabras mayúsculas.

Tardé un tiempo en recuperar una posición estable en la vida urbanita. Por un lado algunas personas recordaban mi pasado en el Partido, y por otro, todos los años que ocupé desempeñando labores de pequeña agricultura de subsistencia en La Aldea, para las grandes empresas multimillonarias eran el equivalente a haber estado en el sofá rascándome el culo.

Aunque nunca volví al barrio rico de la ciudad, tras un par de años logré obtener un buen puesto relacionado con mi carrera universitaria, lo que me permitió comprar un pequeño apartamento, casarme, y tener una preciosa hija y un despierto chaval. Sólo a esto me dedicaba; sólo mi familia importaba. Si en alguna ocasión veía un periódico abierto, o escuchaba una noticia en el telediario, rápidamente miraba para otro lado. No quería saber nada de política, actualidad, o en general, cualquier cosa del mundo que no fuera lo contenido en mi propio hogar.

Cuando volvía a casa después de comer, gustaba de ver películas de vaqueros hasta sucumbir al sopor. Si en algún momento sentía la necesidad de entretener o deleitar a mi mente, recurría a mi fonoteca compuesta en exclusiva por vinilos de ópera y música orquestal.
Había algo en todo aquello que lograba transmitirme una calma y una paz que no sabía de donde venía.

A grandes rasgos podía decirse que había cumplido con mi último objetivo: Convertirme en una persona normal.

Un buen día de verano, todo lo que componía esa esfera exterior que deliberadamente ignoraba, se tambaleó: El Partido Adyacentista había sucumbido a su propia podredumbre.
La caída retumbó por todos lados, incluso, como digo, llegando a importunar a mis bien aislados oídos.
No quise alegrarme, pero lo hice.

La situación política y social era convulsa: La gente no sabía qué hacer tras años de un férreo control.

Yo quise seguir a lo mío, pero el pésimo estado de ánimo compartido unánimemente en las calles se fue infiltrando en la vida privada de las personas, y al derrumbe del Estado acompañaron muchos derrumbes familiares.

No digo que todo este convulso contexto fuera el único motivo, pero resulta innegable que todo ello facilitó que acabara recibiendo una carta de solicitud de divorcio a mi nombre.
Mi matrimonio fue enterrado en la misma tumba del Partido.

De nuevo veía terminar una fase de vida, de forma ajena a mi voluntad, y debía obligar a mi atribulada mente a diseñar una continuación.

Alcanzado este punto en mi narración, resultará más que evidente lo que sucedió: El monovolumen familiar que me había tocado quedarme de la división del patrimonio con mi pareja tras la ruptura, se encontró una buena mañana de verano con el portón de hierro del viejo caserón del pueblo.

Mi hija y mi hijo se emocionaron mucho al descubrir aquel antiquísimo edificio que durante siglos había visto ir y venir a generaciones de personas con, en esencia, nuestros mismos problemas e inquietudes, y que sin embargo permanecía sin apenas evolución o cambio desde el día que fue construido.
Los secretos de sus estancias, las historias de los objetos abandonados en ellas, y la belleza cruel del jardín de los alcaudones les mantuvieron entretenidos durante horas.

Al hallarme finalmente en la soledad del gran salón acristalado, una fuerza ajena a mi persona me empujó a bajar a las antiguas cuadras: Allí estaba mi bicicleta, y las ruedas permanecían incomprensiblemente hinchadas.

Me monté en ella, y avisando a gritos a mi hija y a mi hijo de que en un rato volvería con la compra hecha, salí a deslizarme por la calle estrecha.
Fluía por la pizarra dejando que los neumáticos de caucho negro me guiaran.
No quería asumir una determinación consciente de hacia dónde me estaba dirigiendo, pero tras un trayecto obvio y directo, tuve ante mis ojos lo que antaño fuera “La Aldea junto al rio”.

Ya no quedaba nada de lo en su día constituyera el armónico y funcional conjunto de edificaciones y huertos, más allá de unas cuantos montones de escombros de cemento, adobe, madera, y planchas de retorcido metal.
Junto a lo que parecía haber sido el espacio destinado a un corral o gallinero, un gran cartel oxidado rezaba:

“En el Adyacentismo para hablar de Libertad debemos hablar de Responsabilidad:

-Quien en verdad ama el Adyacentismo vive para el resto, sabiendo que eso le hará libre.
-Quien en verdad ama el Adyacentismo no habla de la ausencia de un poder externo que le controle, pues es de su interior de donde emana ese poder sobre sí y para con el resto.
-Quien en verdad ama el Adyacentismo hace lo que quiere, y lo que quiere es satisfacer lo que quiere el resto.
-Quien en verdad ama el Adyacentismo sabe que no es Yo, sino Nosotros.”

El hecho de volver a pensar en aquellas cosas me revolvió por dentro. Un sentimiento de incomodidad y culpa me agitó, pero me consolé pensando que si mi hija y mi hijo, o cualquier persona actual, leyeran unos conceptos de un tal calado que incluso el Partido Adyacentista deliberadamente dejó de utilizar ya desde sus mismo inicios, pensarían que sin duda eran ridículos y carentes de significado.

Con esa idea me quedé, y así estuve durante un buen rato paseando entre los desperdicios de la locura que llego a ser todo aquello.

Entonces, una columna de humo blanco me sorprendió saliendo de entre la espesura.
Al inspeccionar bien la zona reconocí de inmediato algo que no podría olvidar aunque quisiera: Allí estaba la cabaña de Bobo.

Dude en si acercarme, pero al mirar atrás y ver que todo lo que fue construido al rededor suyo había perecido, conteniendo ella sin embargo vida en su interior aun, no pude sino entregarme a su misteriosa magia.

Abrí y la puerta y una columna de aire caliente proveniente de la chimenea me golpeó.

-*¿Bobo?* -pronuncié con inesperado temor.

Pero no hubo respuesta.

Allí no había nadie. Sólo el gorgoteo de un guiso cocinándose a fuego lento en la lumbre.

Volví al pueblo pedaleando despacio mientras trataba de convencerme de que a buen seguro sería algún cazador quien estuviera dando uso a la cabaña durante sus partidas.

Pero de pronto, en el arcén de un camino de arena, entre unas zarzas de fresas, la silueta de una bicicleta tirada.

Por la corrosión que la envolvía supe que era la de Bobo.
El corazón se me aceleró; respiraba de forma entrecortada; me ardía el rostro y sudaba; no podía parar de moverme erráticamente sin saber qué hacer.

Casi dejé que me envolviera el terror, alejándome a la carrera de allí, pero entonces, de entre los árboles, el reflejo del Sol en el cristal de unos binoculares captó mi atención: Era Bobo.
El cuerpo vivo, sano, joven, e inalterado de Bobo.

Su imagen era exactamente la misma que la que en ese mismo lugar descubrí una vez.

Y como si no hubiera transcurrido tiempo alguno, allí estaba Bobo observando en silencio el cielo.
Sabía bien que espiaba al bosque para descubrir la vida en marcha a través de los ojillos negros de sus amigos los pájaros.

Permanecí unos minutos vigilando la vigilancia.
No me atrevía a importunar su concentrada tarea, y aunque lo que más hubiera deseado en aquel instante fuera poder abrazar por segunda vez a Bobo, sospeché que en el fondo nunca me había llegado a perdonar por publicar su libro, cuando me dijo que no lo hiciera; crear un Movimiento que buscaba objetivos inmediatos, cuando me dijo que eso no era imposición sino paciencia; y quitarle sus montañas, cuando me dijo que yo era la única persona que alguna vez le trajo esperanza.

Durante esta dura reflexión comprendí la clase de persona que durante toda mi vida había elegido ser.

Me monté en la bicicleta, y lanzando un último vistazo a la figura infantil de Bobo, me alejé de allí para no volver a envenenar su existencia.

Ese mismo día, tras el almuerzo, me tumbé a reposar en la vieja cama que elegí en mi primera visita antes de empezar la universidad, y me dormí sin llegar a soñar.

Luego, mientras me refrescaba, sonó el arcaico timbre.

-*¿Pensabas que no te había visto junto al camino observándome?* –dijo Bobo sonriente cuando abrí el recio portón de la casa.

En su mano llevaba una guitarra y una tarrina de helado de nata.

-No podía exigirles una catarsis que ni siquiera yo llegué a completar. Me faltó el valor de decidirme finalmente a vomitar. Aprendí sobre ello, lo predique, seguí y defendí hasta sus últimas consecuencias, pero nunca llegué a hacerlo. Mantuve el veneno de mi Egoísmo como un preciado tesoro. Aun lo hago.

Mi confesión a Bobo acerca de mi participación en el Adyacentismo no compensaba mi intranquila conciencia, pero me permitía ser más consciente de mi propia realidad.

-Te irá bien en este mundo, mientras este mundo dure. –dijo Bobo tras escucharme pacientemente.

-¿Pero y si no me gusta este mundo? ¿Qué podemos hacer para cambiarlo?

-Esperar. –contestó- *Las personas tontas hacen tonterías, y están en su derecho. Nada podemos hacer más que esperar a que decidan abrir los ojos a la luz.*

-No es justo que quien quiere el Bien tenga que aislarse, mientras que quien elige el Mal recibe poder y reconocimiento.

-A una persona le pueden ser perdonados los más atroces crímenes, pero sin embargo nunca le serán reconocidas ciertas virtudes, tales como rechazar su propio Egoísmo, elegir vivir en el Bien, pensar en los demás antes que sí misma. ¿Por qué jamás le serán

reconocidos tan altos sacrificios? Sencillamente porque de hacerlo, seria admitir que el resto no lo hacemos, y es una carga tan vergonzosa que no podemos soportar. Es más fácil perdonar a quien elige el Mal, que premiar a quien elige el Bien.

-¿Y cómo sabremos que ya es el momento de dejar de esperar?

Bobo me señaló con sus puños cerrados, de forma que podían leerse perfectamente las letras tatuadas con tinta negra en sus nudillos.
Los mantuvo separados durante unos instantes, y luego los fue acercando despacio hasta que ambas manos se tocaron, y sus nudillos se juntaron formando la palabra "HENTOPAN".

-Pero, Bobo, ¿y si nada de esto importa?

-Entonces prefiero equivocarme en la luz, que acertar en la oscuridad.

Mi hija y mi hijo nos encontraron en el jardín de los alcaudones. Allí nos comimos el helado de nata, y Bobo cogió su guitarra para que cantáramos en familia el Himno del Amor Universal.

El Sol estival dejó pasó al invierno, y el invierno al Sol.
La rueda seguía girando, y la Verdad esperando.

Por nuestra parte, por desgracia, las personas que vivimos aquello no cambiamos nada, casi fue un vano sueño, una ficción.

Tarde o temprano desapareceremos, pero El Libro Blanco permanecerá.

FIN

D I A R I O / D E / U N / I G N O R A N T E / V O L U N T A R I O


H3N70P4N
DIARIO DE UN
IGNORANTE
VOLUNTARIO

“A quien pueda interesar”

-

“A quien se quiera interesar”

<u>D Í A 1 ></u>
E S P E R A R / Y / C A L L A R

Me dispongo a comenzar el riguroso seguimiento, de aquel que niega el Sol como niega el conocimiento: Lo tiene ante sus ojos, es su mayor sustento, pero siempre le da la espalda, bajo oscuros techos cubierto.

Y aunque me temo que en esta roca todos profesan su método, es a él a quien he escogido como sujeto de mi experimento. ¡Pues en él de entre los autóctonos creo haber descubierto, que un día vio la luz, y la luz aun lleva dentro!

Su nombre es El Patillas, o así él se presenta. Dice que no recuerda nada antes de sus treinta. Del mismo modo que hoy yo, llegó él un día a esta venta, buscando lo que todos buscan, pero que ninguno encuentra.

El dinero que le amansa al hacer eco en su cuenta, se lo concede el Estado, al que ahora representa. Come, duerme, defeca, y tras su mesa se sienta, restándole al calendario bucles de fase lenta.

Tuve a bien preguntarle en qué basa su existencia, "en esperar y callar", fue su rotunda respuesta. "¿Qué esperas? ¿Qué callas?", insistí invitando a cerveza, "lo he olvidado", sentenció aceptando la oferta.

El caldo espirituoso nos llevó de puerta en puerta. Nos riñeron los mochuelos, y acordamos la vuelta. Borrachos nos despedimos, y con mi primera jornada resuelta, inauguro este diario que de mi avance ha de dar cuenta.

¡Encomiendo mi cuerpo al lecho de pasado medieval, el cual comparte con mi aposento, y con todo en esta ciudad! ¡Este será mi templo, aquí habré de descansar, para poder cada jornada a El Patillas abordar!
¡Hasta que sus carencias descubra, en mi empeño no he de cesar, pues construiré sobre ellos para que acepte mi amistad!

El plazo para esta tesis es de una órbita solar.
¿Podré informar de que en La Tierra sabe aun alguien amar?



En esta antigua venta me he de hospedar
mientras estudio a las gentes de su pétrea vecindad.

< D Í A 2 >
U N / P I N / D E L / A T L É T I C O / D E / M A D R I D

He de confesar que es para mí un trámite bastante engorroso el tener que disculparme ante los lectores de este ensayo tan pronto, pero resulta que hoy, durante el desayuno, el posadero me han informado de que en este siglo las gentes ya no hablan en verso, tal y como me habían hecho creer los libros que consulté en mi investigación preliminar sobre los usos y costumbres desarrolladas en estas latitudes. Así pues trataré de ir adaptándome al léxico actual para poder plasmar un retrato mas riguroso de mi objeto de estudio.
Quizá deba hacer constar, y sin ánimo de utilizar este hecho como excusa de mi precoz desliz literario, que mi estancia aquí podría llegar a considerarse como una suerte de absurda paradoja temporal, pues aunque ciertamente escribo estas líneas desde el que llaman siglo veinte del planeta Tierra, en la región en la que he recalado todo parece haber quedado sumido en una desconcertante congelación temporal, pues a mi alrededor los escenarios y ritmos humanos se corresponden mas con las crónicas narradas durante el siglo dieciséis, en las cuales hasta ahora yo me estaba basando, que en las bulliciosas metrópolis descritas como paradigma del veinte.
Aclarado el tema, y centrándome en el proyecto sociológico que nos ocupa, no puedo anotar progresos de importancia durante el presente día, pues al contrario que el esperanzador comienzo acontecido durante mis prospecciones de ayer, seleccionando finalmente al individuo que será puesto a prueba, hoy, tanto El Patillas como la mayoría de los ciudadanos de la urbe, debido a la celebración de un evento deportivo llamado fútbol, en vez de bajar hasta la ribera del río donde se encuentra la venta donde me hospedo, han permanecido en las tabernas del interior de la ciudad, pues parece ser que es costumbre reunirse a ver la emisión de dicha competición en pantallas de recepción remota. Al preguntar yo por qué no iban a seguirlo directamente al campo de juego, uno de los cocineros de la fonda me ha explicado que la ciudad carece de equipo propio, y que el estadio está lejos en una gran capital. De esta forma he malgastado la tarde.

Finalmente mencionar que en lo sucesivo únicamente anotaré entradas los días que puedan considerarse avances de verdadera relevancia científica.



Este es el pin del equipo de balonpié que jugaba hoy, el Atlético de Madrid, y cuyo escudo he recordado haber visto ayer en la solapa de la chaqueta de El Patillas.
Se compone de cuatro franjas de gules, cuatro de plata, siete estrellas sobre un fondo azur, y una osa tratando de comerse los frutos de un madroño.

<DÍA 5>
UNA/BOTELLA/DE/UN/LITRO/DE/VARON/DANDY

He pasado un par de jornadas sin volver a ver al sujeto de estudio. Estuve preguntando por él entre los vecinos, y lo único que pudieron decirme es que sabían que era un funcionario local, y que le decían El Patillas, a pesar de no llevar patillas, si no un poblado mostacho sobre su labio superior, desconociendo todos ellos a qué clase de broma lingüística atendía tal incongruencia designativa. Busqué por los muchos edificios de la administración local que ocupan la gran mayoría de los antiguos palacetes del casco urbano, pero sin conocer su nombre real no pude gestionar ningún tramite oficial de consulta. Pronto he comprendido que preguntar aquí por un servidor público es como buscar a alguien diciendo que tiene piernas y brazos, pues en esta ciudad de provincias sólo hay funcionarios, jubilados, y algunos campesinos y ganaderos que viven de las subvenciones del Estado. Me pregunto de dónde vendrá el dinero de sus jornales.
Con esta duda acerca del pecunio dediqué la mañana de hoy a ir saltando de tienda en tienda, asomándome indiscretamente por sus escaparates, tratando de analizar qué clase de productos se consumen en esta región, cuánto gastan los autóctonos, y cómo afrontan los pagos.
Fue así como, mientras me encontraba metiendo las narices entre sacas de judiones en un rebosante ultramarinos con olor a puerros y vinagre, que volví a reencontrarme con el hombre que debería estar analizando concienzudamente, y que ya casi había renunciado rastrear. Llevaba en sus manos una enorme botella de cristal llena de un perfume de color pardo, cuyo potente aroma a madera, cuero, e incienso se dejaba percibir escapando de su envase, y el cual se disponía a pagar en la tosca mesa que junto a la puerta hace las veces de mostrador de cobro. La rolliza mujer que regenta la casa se secaba la frente de sudor, y resoplaba con las mejillas muy coloradas, lo cual me extrañó bastante teniendo en cuenta que desde que entré en el establecimiento no se movió para nada de su puesto de custodia junto a la caja de caudales. Me acerqué a El Patillas y vi que estaba rellenado un talón bancario, asique tratando de aprovechar para conocer sus verdaderos datos, alcé la vista por encima de su hombro, para descubrir que no firma con un nombre, si no con los números identificativos de su documento nacional de identidad. Le pregunté que si me recordaba de la borrachera en la venta, y conseguí que a regañadientes aceptara quedar mañana para tomarnos unas cervezas en un concurrido bar del centro.



Un litro de Varon Dandy, la colonia a granel que usa El Patillas.

< D Í A 6 >
U N A / C A M I S A / D E / F R A N E L A / A / C U A D R O S

Hoy ha sido una jornada de trabajo muy provechosa. A la hora del aperitivo vi entrar a El Patillas en la tasca. Mas bien le olí entrar. Enseguida reconocí el aroma del perfume que me permitió encontrarle en la tienda ayer, y del cual no tendrá que volver a aprovisionarse durante al menos una década. Recurrí al tema para romper el hielo. Me dijo que siempre usa esa fragancia, y que no aceptaría ponerse sobre el cuerpo ninguna otra. Esto me hizo apercibirme de que las tres veces que nos hemos visto llevaba la misma ropa: Una camisa de franela a cuadros, si bien la primera de tonos sinople, la segunda en gules, y ahora de azur, en todos los casos de un diseño completamente idéntico; unos pantalones de gruesa pana; unas botas de montaña; y una chaqueta con el pin de su idolatrado equipo de fútbol.
Tal vez esto sea indicativo de que mantiene un estudiado estilo estético del que no se desprende, y el cual a su vez puede rebelar una vida igualmente encorsetada en una rutina de rígido cumplimiento. Hicieron falta varios litros de malta fermentada hasta que logré emborracharle lo suficiente como para que volviera a abrirse a mis bien meditadas preguntas. Hay que reconocer que sobrio es de un hermetismo exasperante, pero que una vez alcanzada la intoxicación etílica, no tiene filtro alguno. Mis indagaciones acerca de su pasado vinieron a confirmar lo que ya me dijera en nuestro primer encuentro: Que llegó a la ciudad vagando sin rumbo tras cumplir los treinta años, y que no recordaba nada antes de eso. La historia me cuadra, pues aunque la mayoría de los oriundos no saben nada de él como foráneo que es, los parroquianos del bar, el cual se encuentra junto a la oficina municipal donde se emplea, parecen tratarle como a un viejo colega, muestra de muchas horas de encierro compartido entre humo y licores.
Gracias a esto ahora sé donde encontrarle, ya sea en su puesto de trabajo, o en el tugurio donde come de tapas y cervezas a diario. Además me confesó que no tiene amistades, pues todas quedaron en ese pasado perdido, limitándose a frecuentar la compañía de aquellos grises paisanos de la tasca y algunos compañeros de oficina. Este dato facilita mucho mi objetivo de ganarme su confianza. Sin embargo aun es pronto, pues cuando algunos de los beodos congregados insistieron en interrumpir nuestra charla pidiéndole que me presentara, suponiéndome una vieja figura de su antigua vida, él los ignoró y no hizo ni un sólo amago de preguntarme mi nombre ni saber nada de mí con que poder nutrir a los curiosos o a sí mismo. Vamos poco a poco.



Este tipo de coloridas camisas de cálida franela
parecen ser el uniforme oficial de El Patillas.

< D Í A 1 0 >
U N / R E L O J / C A S I O / F – 9 1 W

Quedan trescientos cincuenta y cinco días para que el planeta en el que ahora gravito complete una vuelta entera al rededor de su estrella, el Sol, y para entonces habré de hallarme entregando y registrando este cuaderno que supondrá el núcleo central de mi proyecto, y que contendrá mis inapelables conclusiones finales. Debería sentir la presión de no demorarme en obtener informaciones útiles para el caso, pero por trabajos anteriores sé que en este tipo de infiltraciones las prisas puede arruinar la toma de contacto establecida, por lo que decidí dejar tres días de margen sin forzar un nuevo acercamiento a El Patillas para evitar espantarle, limitándome exclusivamente a observarle desde la distancia, y cuidándome mucho de que él no pudiera llegar a descubrir mis acechos.
Teniendo perfectamente controlados ya todos sus trayectos diarios, me dispuse esta mañana a escenificar un casual encontronazo con él cuando saliera de su oficina a echar la quiniela, que es una especie de juego de pago donde muchos aficionados tratan de adivinar los resultados de los próximos partidos de balonpié de la liga nacional, logrando llevarse el dinero del bote común quienes los aciertan, y que junto con otras loterías de distinta índole, provoca cada día una devota peregrinación hacia las casas de apuestas.
Así pues, le seguí hasta la expendeduría y le esperé en la calle.
Cuando finalmente abandonó el establecimiento le intercepté pidiéndole la hora mientras fingía tomarle por un extraño. Él miró su delgado reloj de cuarzo y plástico color sable, me respondió secamente que eran casi las doce, y haciendo a su vez como que no me conocía de nada, enfiló calle arriba sin detenerse en mas charlas.
Tuve que ser yo quien rompiera la mascarada, y apelando a gritos con impostada simpatía a sus inexistentes patillas, logré hacer que abortara su fuga y girara el cuello en mi dirección. Pareció fastidiarle enormemente el tener que establecer un contacto visual que le comprometía a un ineludible intercambio verbal, y aunque yo me había preparado algunos comentarios informales sobre el estado actual de los equipos de fútbol, y acerca de las diferentes festividades de las inminentes fiestas municipales, los cuales sin duda servirían para agradarle y hacer avanzar el establecimiento de nuestra relación de confianza, supe al instante que si no le retenía planteándole algún problema de importancia, ninguna charla insustancial aguantaría mas de unos pocos segundos, desperdiciando los esfuerzos de toda la operación.

Sin embargo, al verle acercarse hacia mí con la mano extendida para estrechármela, y consciente de que debía improvisar una cautivadora historia en pocos segundos, un balbuceo mental bloqueó toda mi inventiva, y comencé a experimentar sudores fríos de impotencia. El hecho de haberme documentado para este trabajo, exclusivamente en base a textos con un desfase de cuatrocientos años respecto a la época actual, no ayudó tampoco a desatascar la desesperada situación de exigencias creativas. Finalmente logré esgrimir unas protocolarias frases respecto al estado de la meteorología, y cuando era evidente que le estaba perdiendo, pues incluso su cuerpo ya amagaba con alejarse, opté por recurrir a la narración de una confrontación con temibles bandoleros, tema omnipresente en las novelas de caballería, que son las únicas que yo conozco de esta tierra, y que confié que aun guardaran una cierta vigencia.
Por fortuna, cuando pronuncié la palabra asalto, la actitud de El Patillas cambió radicalmente, y de pronto su rostro mostró claros signos de preocupación y profunda empatía. Le conté que mientras paseaba por la ribera del río unos granujas embozados me habían emboscado, golpeado, y robado todas mis provisiones monetarias. Él se ofreció con vehemente afectación a ayudarme en todo, lo cual me sorprendió enormemente, pues de pronto parecía mostrar un interés altruista completamente contrario a la frialdad demostrada hasta ahora en sus momentos de distante sobriedad, y eran tales mis reflexiones que cuando quise darme cuenta, me había tomado del brazo y me arrastraba con decisión en dirección a una comisaria de policía para denunciar los hechos. Como evidentemente yo no quería involucrar a los gendarmes en mi mentira, me resistí con disimulo, y alegué que no era tan importante, pero él insistió en que debíamos dar parte a las autoridades para evitar que esos viles transgresores de la ley y el orden pudieran dañar a alguna otra persona inocente, por lo que recurrí a alegar que tenía una cita en la peluquería, la cual no quería perder, y que ya iría luego mas tarde a informar a los cuerpos de seguridad del Estado.
El Patillas entonces pareció calmarse y regresó a su austera introspección, limitándose a preguntarme cómo iba a pagar los servicios del barbero, dado el hecho de que que acababan de sustraerme toda mi fortuna. Por un momento pensé que mi engaño iba a quedar expuesto, y tal debía ser mi cara de terror, que de nuevo volvió a activarse en él el interés por facilitar mi supuestamente vulnerable situación, y me llevó hasta su peluquería de confianza, entrando en ella conmigo, hablando con su dueño para explicarle mi desafortunado atraco, y prometiendo hacerse cargo de la cuenta.

Durante el par de minutos que el anciano maese del peine y las tijeras empleó barriendo los cabellos que el anterior cliente había visto pasar de su sesera al límpido suelo que ahora alfombraban en brillante azabache, yo aproveché la oportunidad de observar de cerca el bigotón y los grandes ojos grises de El Patillas, quien permanecía absortó siguiendo el rítmico movimiento de la escoba, y que sintiendo que debía decir algo, tal vez considerándose en cierto modo anfitrión, me explicaba que él acude a allí cada dos domingos, y que siempre escoge un corte muy pronunciado, casi rapado, a pesar de resultar evidente que de dejárselo crecer podría lucir una frondosa melena. A través de esta nueva confesión pude atisbar de nuevo su pulcra planificación de un perpetuo uniforme donde parece haber establecido hasta el último detalle de su aspecto, quizá por la mucha importancia que le otorga a este, o tal vez con el objeto de poder resolver al respecto de forma automática sin tener que dársela. En cualquier caso, antes de que pudiera profundizar en el asunto, me encontraba ya sobre la silla del barbero, momento que mi benefactor aprovechó para volver a mirar su baratísimo reloj de oscura goma, y con renovadas prisas y un cierto suspiro de alivio, emitir una fugaz despedida.
Cuando la campanita sobre la puerta de la peluquería sonaba ya anunciando la inminente marcha de El Patillas, pude zafarme de las manos del barbero que insistían en retener mis hombros contra el cuero del asiento, y esforzándome por alzar la voz todo lo que me fue posible, agradecí a gritos a mi futuro amigo que me hubiera ayudado a sobrellevar tan desagradable trance, exigiendo dicho gesto una compensación por mi parte, la cual mismamente podía traducirse en tomarnos un informal café de media mañana un día de estos, y que claro estaba, correría de mi cuenta. Su respuesta, ya desde la calle, y recuperando las ásperas entonaciones que parecen provocarle los adoquines de la vía pública, fue que él nunca bebe café, y que su desayuno consiste siempre en un bollo suizo con un chocolate caliente. De este modo, hemos quedado mañana para desayunar.

Bien es cierto que en mi incursión de hoy quizá no haya podido sonsacarle a El Patillas nada sustancioso de su misterioso pasado, pero el hecho de haber compartido la falsa situación de necesidad y colaboración, sin duda ha forjado un poco mas nuestra unión, y lo que es mas importante, he podido ver en él pequeñas muestras de eso que ya intuí descubrir cuando le elegí como sujeto de estudio: Generosa preocupación por el prójimo.
Si estoy o no en lo cierto, sólo el tiempo y el metódico análisis lo dirán.



El reloj Casio F-91W es el modelo que siempre lleva El Patillas,
y que de debido a su gran resistencia, probablemente siempre llevará.

< D Í A 1 1 >
U N / C H O C O L A T E / C A L I E N T E / C O N / B O L L O S / S U I Z O S

Hoy he ido a la cafetería donde habíamos quedado, y el sujeto de estudio no se ha presentado. Tenía que hacerlo constar.

Aprovecho esta entrada para elogiar debidamente el desayuno que aun en su ausencia, El Patillas me ha descubierto: Ese esponjoso brioche redondito con una hendidura de crujiente azúcar atravesando su lomo, mojado pacientemente en incandescente cacao, es uno de los mas grandes manjares que he tenido la oportunidad de probar durante esta exploración. Sólo por esto, el día ha merecido la pena.



Chocolate caliente y bollos suizos,
el inexcusable desayuno diario de El Patillas.

< D Í A 2 1 >
U N A / N A V A J A / D E L / E J E R C I T O / S U I Z O

Hoy El Patillas me ha salvado la vida. Hacía ya más de una semana que mis intentos de volver a establecer un contacto con él venían resultando infructuosos, ya que evitaba todo acercamiento, limitándose a esquivarme con la mirada con evidente incomodidad cuando mi insistencia le impedía mantener una evasiva distancia de seguridad. A tenor de esta circunstancia determiné que esta noche, aprovechando la verbena celebrada con motivo de las fiestas patronales en la plaza central de la anacrónica urbe, me dedicaría a seleccionar otro ser humano que sustituyera al primero como sujeto de estudio, pues este había resultado ser completamente inaccesible a los propósitos sociológicos de esta tesis. Dejándome arrastrar entre el torbellino de miembros en espasmódica agitación producto de folclóricas coplichuelas, descubrí entre los danzantes a una joven muchacha cuya radiante sonrisa parecía delatar un corazón incorrupto. Me acerqué a hablar con ella, pero las pubescentes almas que a inverosímil corta distancia en sus coreografías la acompañaban, manifestaron una gran molestia por mi osada intromisión. Enseguida me acusaron de infundadas y malintencionadas pretensiones, y no tardaron tampoco en señalarse mis forasteros orígenes, lo que provocó que algunas otras de las vecinas gentes intervinieran también en mi contra, así pues, y siguiendo el consejo de una anciana que me habló al oído con preocupada premura, lancé mi cuerpo fuera del casco urbano a toda velocidad. Creíame a salvo cuando, al cruzar el puente sobre el río en dirección a mi hospedería, vi que de las puertas de la villa salía una turba furiosa con claras intenciones de darme caza. Corrí mientras las fieras recortaban distancias entre sus furibundos puños y mi sudada espalda. Entonces, como una espectral aparición, surgió una chata pero recia silueta por la ribera de las aguas: Era El Patillas, en una mano un níveo perrito, y en la otra una navaja de gules con cruz de plata. Apenas hicieron falta un par de resplandecientes cuchilladas al aire para que el reflejo de la luna en el acero disuadiera al rabioso tumulto. La gallarda acción del amigo perdido y encontrado de nuevo entre las solitarias sombras de la noche, me colmó de emoción. Le agradecí hasta molestarle; me preguntó si aquellos eran los bellacos que hace diez días me asaltaran en ese mismo lugar. Mi respuesta fue preguntarle por qué no estaba en el baile. Él dijo que no le interesaba el arte, y que sólo escuchaba discos de un sabio naturalista, a quien yo afirmé no conocer. Asegurándome que me gustaría, en lo oscuro le volví a perder.



Navaja Victorinox, multiherramienta del ejercito suizo
que El Patillas lleva siempre consigo.

< D Í A 2 2 >
U N / C A S E T T E / D E L / D O C T O R / F É L I X / R O D R Í G U E Z/ D E / L A / F U E N T E

Me hallaba yo esta mañana aun bajo el cálido abrazo de las sabanas en mi rentada habitación, cuando las reflexiones que me asolaban recordándome la desgracia anatómica que anoche estuve apunto de afrontar, quizá como la última que jamás asumiría mi integridad estructural, fueron abruptamente interrumpidas por unos nudillos tocando la madera de mi puerta. Resultó ser la hija del posadero, que lejos de avisarme de que ya era hora de arreglar la estancia, me comunicó que alguien abajo me esperaba. Sin poder asearme, bajé corriendo al comedor de la posada, pues aquella era la primera vez desde mi llegada que recibía visita alguna.
Frente a mis legañosos ojos una cinta magnetofónica contenía las crónicas de viajes de un colega de profesión: Un explorador, un doctor en medicina, un divulgador de ciencias naturales, en definitiva, un amigo atrapado en un casette. Así lo describió El Patillas mientras me entregaba su preciado regalo. Tal vez por el sueño aun reciente, mezclado con el inesperado gesto del usualmente gélido bigotudo, no supe qué contestar, pero enseguida comprendí que si mostraba interés por lo que a él evidentemente le apasiona, podría usar dicho canal de mutuo intercambio para establecer un vinculo con quien por ahora vuelve a consagrarse como sujeto de estudio. De esta forma dediqué la siguiente hora a beber cervezas matutinas mientras me afanaba por confeccionar sesudas consultas sobre aquél tema para mí desconocido, pero que El Patillas se explayaba contestando con ilusionado entusiasmo. He pensado que es posible que hasta ahora nunca nadie se haya detenido a preguntarle por lo que le gusta, ni a compartir sus respuestas e inquietudes. Está claro que su actitud, regida por un Egoísmo estanco en el que unicamente se presta a hablar de sí mismo, es un aliciente poco atractivo para que otros quieran acercársele, pero por otro lado, para un ensayo como el presente es una oportunidad, pues representa un resquicio por donde penetrar en esa corteza de defensiva antipatía, y conseguir extraer la esencia cuya composición y pureza se busca analizar.
¿Tal vez por considerar la ribera del río su territorio, se preocupó tanto con la historia del falso atraco e insistió en denunciar a los bandidos, no por proteger a otros transeúntes, si no por protegerse él? Me salvó anoche, es cierto, pero tal vez no haya altruismo en El Patillas, si no sólo mero interés. Diseñaré nuestro próximo encuentro para este punto poder resolver.



El Patillas no escucha música, ni ve películas cinematográficas, ni lee libros. Su único ocio es el fútbol y estas cintas del Dr. Félix Rodríguez de la Fuente.

<DÍA 23>
UNA/TAZA/CON/UNA/CARITA/SONRIENTE

No podía dejar que los progresos obtenidos ayer se enfriaran.
Haciendo memoria recordé un dato que en su momento me pareció insignificante, pero que ahora podría servirme para trazar mi siguiente movimiento: Una mañana, durante aquellos estériles días que habían transcurrido del undécimo al vigésimo primero, me sumergí en la zona administrativa, y simulando un ajetreado tramite burocrático estuve husmeando por el puesto de trabajo de El Patillas, hasta finalmente conseguir acceder a las inmediaciones de su cubículo personal, descubriendo sobre su escritorio una taza de porcelana con una áurea carita sonriente grabada en ella. Este objeto parecía ser importante para él, pues era el único que hallé en su mesa, desprovista de las habituales fotografías familiares y juguetes varios que los otros oficinistas suelen exhibir. Como conclusión a este hecho sólo pude resolver que de nuevo la incoherencia envolvía el universo de aquel sujeto siempre taciturno, en contraste con el alegre adorno que había escogido para engalanar su menaje de uso diario. Sin embargo desde que hace dos días me salvara en el río apareciendo de la nada en mitad de la noche mientras paseaba a su perrito cano, sumado a mis apuntes de ayer sobre una estrategia basada en compartir sus intereses, fue suficiente para hacerme emplear la tarde de hoy en recorrer las tiendas de regalos del centro urbano, consiguiendo finalmente lo que buscaba: Un cuenco para mascotas con una faz de calcado gesto al de la taza. Cada vez que beba de su té mientras trabaja, se acordará de su perrito que le espera lamiendo agua del bol en casa. Tengo gran confianza en que este gesto le ablandará el corazón, pero desgraciadamente no pude encontrarle en mi tardío barrido de unos bares ya desiertos tras la llamada a la hogareña cena, por lo que habré de esperar hasta el próximo día, el cual aprovecharé para ir a la tasca que frecuenta durante el almuerzo, y hacerle llegar la dádiva perruna. No sé como reaccionará, pues soy consciente de que este movimiento de seducción puede dar al traste con el proyecto, pero al fin y al cabo fue él quien inició la diplomacia de los obsequios, asique espero que no mantenga negativos prejuicios al respecto. Mañana veremos.

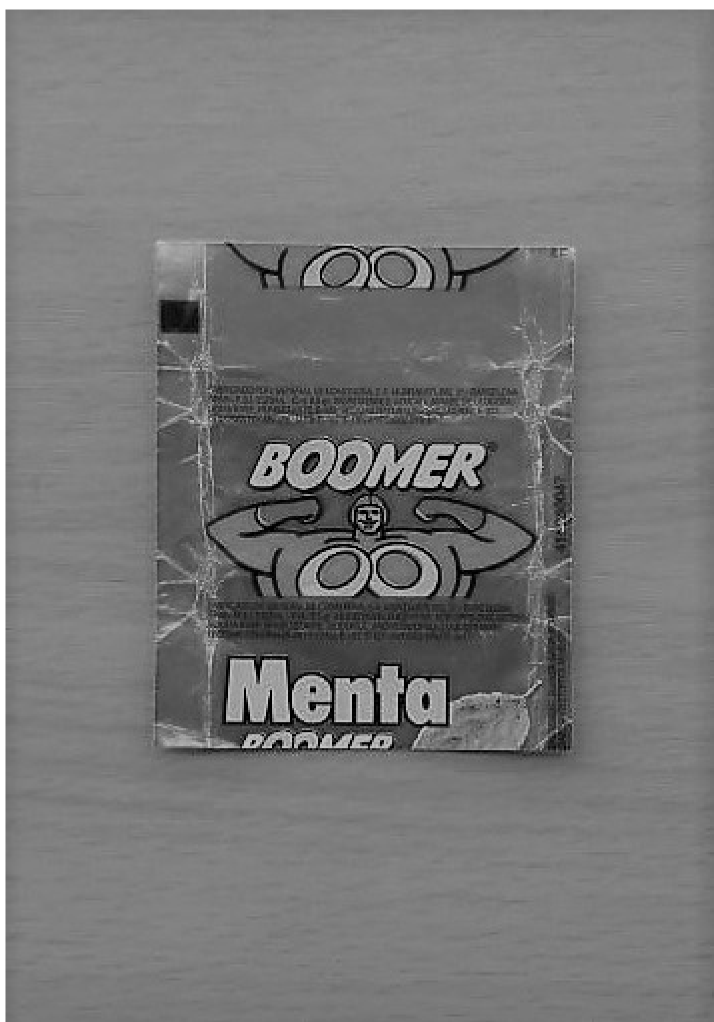
En otro orden de cosas, he aprovechado mi visita a las boutiques para adquirir un curioso producto llamado preservativo, que sirve para controlar la fertilidad humana. Aun no sé para qué lo quiero, pero lo voy a conservar.



Esta es la taza donde El Patillas bebe humeante té
durante sus horas de trabajo como funcionario público.

<DÍA 24>
UN/PAQUETE/DE/CHICLES/DE/MENTA

Por primera vez le he visto sonreír.
La gualda carita del cuenco entregado ha inspirado su simpatía, y las interminables cervezas y pinchos de tortilla posteriores han logrado la cercana conexión durante casi un mes ansiada.
Al salir del tugurio de macerados paisanos con nuestras lenguas hediondas exudando alcohol, me ha ofrecido un chicle de menta.
Creo que ya somos amigos.



El Patillas siempre lleva encima un cargamento de goma de mascar
de menta para poder refrescar su esotérico aliento en cualquier ocasión.

< D Í A 3 2 >
U N / A Z U L E J O / Q U E / A N U N C I A / Q U E A Q U Í / V I V E / U N / J U G A D O R / D E / P E T A N C A

Durante mas de una semana me he abstenido de anotar nuevas entradas en este diario, pues, aunque cruciales, las maniobras que he venido diariamente ejecutando como parte de la estrategia para la consolidación de la confianza ya establecida con el sujeto de estudio, han mantenido un patrón de invariables secuencias y predecibles resoluciones, a saber, ir todas las tardes a la taberna a beber espumoso zumo de cereales fermentados, compartir berridos disfrazados de doctas opiniones, y respirar cenizos epílogos de tabaco común. Así, en pocos días he pasado a formar parte de la hermética sociedad de ebrios locales, que aun guardando características de apatía y resignado sometimiento similares a las que apuntalan la personalidad de El Patillas, parecen no tener en común con él mas que la forma, siendo aun el contenido una esperanzadora incógnita. Me arriesgaría a decir que, lejos de poder deberse al hecho de que es un extranjero, hay claras muestras que delatan que este no es su mundo, como tal vez no sea el mundo de nadie, pero en sus ojos hay algo que indica que él ha visto la respuesta a este interrogante, a pesar de negárselo a sí mismo y al resto al elegir callar bajo harapos de normalidad. Mi trabajo es descubrir si son meras suposiciones. Por esto, cuando cada noche abandonamos el templo del vacuo exceso, y al sonarme la nariz en el impoluto pañuelo queda este tiznado de los negros humos retenidos en mi interior, insisto en acompañarle hasta su morada dando un saludable paseo, alegando mi interés en dejar que nos depuren los frescos aires que la sierra deposita sobre la durmiente villa. Pero no fue hasta hoy que El Patillas aceptó mi presencia durante su ruta de regreso al catre. Y he aquí lo relevante: Cuando llegamos a la puerta de su refugio, el cual, y en consonancia con su austero estilo, es poco mas que una ruinosa cochiquera, me dispuse a amagar una entrada, pero él raudamente interpuso su cuerpo bloqueando el vano del grueso adobe, y mientras empujaba la madera hacia mis narices para dar por concluida la jornada, pude apenas atisbar la decoración interior del hogar, destacando un único azulejo grabado con la frase “Aquí vive un jugador de petanca”. Justo antes de que el abigotado rostro desapareciera tras los sellados muros, acerté a preguntarle si acaso practicaba tal disciplina deportiva, a lo que él se limitó a responderme con un rotundo no. Otra jornada cerrada bajo una losa de contradicción.



Este curioso azulejo luce en la pared de entrada del hogar de El Patillas.

_< D Í A 6 3 >_
_U N / J E R S E Y / C O N / M O T I V O S / N A V I D E Ñ O S_

Un mes. Un mes entero bajo el nebuloso influjo del alcohol. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué ha sido de los días? ¿Cómo he podido dejarme cautivar por tan destructiva rutina? ¿Acaso he vivido? Casi podría decirse que hace semanas que abandoné este vital proyecto sociológico para entregarme al refrescante botellín, pues el inicial tiempo de fértiles avances ha quedado ya igualado por una equivalente pero baldía ración de resacas y vomitonas. Y lealmente no sé si estoy disfrutando de esta caía libre, o me arrepiento de cada cerveza, de cada eructo y cada hipo, de cada bronca por noticias de broncas ajenas,y de cada partida de esa diminuta guerra privada que llaman mus. Lo que está claro es que hay algo siniestro en esta negación deliberada de la propia existencia. Y ha hecho falta que El Patillas apareciera hoy en el bar ataviado con un ridículo jersey de estampado navideño, para romper la ficción que la narcótica monotonía había logrado hacerme aceptar como la mejor realidad posible. En un primer momento estuve a punto de cometer la soberana estupidez de unirme a las risas de la parroquia, pero antes de que la cerril camaradería me empujara a engrosar las filas de tan afrentosa caterva, El Patillas me llevó a parte, y me dijo que no los hiciera caso, que ellos todos los años se cachondeaban de la prenda, y que él todos los años se la ponía. Entonces ocurrió lo inesperado: Todo lo que no hemos intimado en un mes, ha parecido brotar hoy por sus de pronto indisimuladas y vulnerables grietas. En los minutos, o quizá fueran horas, que siguieran desde su llegada hasta mi regreso a estos aposentos, la conversación fluyó con una desbordada naturalidad. Más bien él se desahogaba, mientras yo trataba de enfocar mis beodas pupilas en su confiada figura, la cual por fin se abría ante mí sin ningún miedo. Sonrío ante la idea de que al menos este paciente y etílico acompañamiento de mas de treinta jornadas, ha servido para generar una complicidad entre nosotros, pues, ahondando sobre el tema de su decisión de uniformarse con el llamativo jersey el último mes de cada año, conseguí que rememorara y exteriorizara el recuerdo de cuando trabajaba de mozo de almacén en un ultramarinos de la ciudad, y como el hilo musical de villancicos infantiles que la tienda ponía a sonar de continuo para agradar a los clientes, le creaba una añoranza de tiempos cargados de una inocencia perdida, que a través de su vestimenta trataba de emular. Gracias a estas intimas confesiones estoy empezando a comprender que cada detalle que conforma a El Patillas tiene un profundo significado oculto.



Durante el último mes de cada año
El Patillas sólo viste estos jerseys de estampados navideños.

<DÍA 77>
UNA/PASTILLA/DE/JABÓN/MAGNO

Escribo esta nota desde el cuarto de baño de El Patillas, sobre un trozo de papel higiénico que luego transcribiré al diario.
Tras dos meses y medio de arduos esfuerzos, finalmente he logrado penetrar en su espacio mas personal. Y el mérito de tal logro no puede atribuírseme enteramente a mí, si no a un temporal de nieve que hoy ha azotado este granítico burgo, cubriendo las calles con una capa de mas de un metro y medio de cuajados cristales de hielo, atrapándonos inesperadamente de esta forma en el interior del bar. Puesto que el dueño de la cantina no ha accedido a mantener abierta su casa tras la hora de cierre para acoger al habitual cónclave de encrespados borrachuzos en ella refugiados, hemos tenido que lanzarnos a la glacial empresa de abrir canales de paso entre la sólida e inmisericorde agua, calándonos hasta la altura de los sobacos. Debido a que era virtualmente imposible el acceso al puente que conecta el casco urbano con la venta donde me hospedo al otro lado del río, encontrándose completamente bloqueado el paso, y con ello, incomunicada la villa entera, las reticencias de El Patillas a abrirme las puertas de su última esfera física de misterios, se han visto superadas por la sensación de hallarse en el ineludible compromiso de ofrecerme una ducha caliente y un lecho donde pasar la noche. Las observaciones mas relevantes en lo que al presente experimento se refiere, son que apenas tiene muebles ni cuadros, mas allá de aquél azulejo con el hombre, el boliche y el perro dibujados; que su despensa parece estar únicamente compuesta por huevos frescos y colosales patatas de una bien nutrida huerta; y que en el aseo junto al bidé guarda un interminable cargamento de pastillas de un aromático y leonado jabón. Aunque me sigue sorprendiendo esta austeridad que su sueldo de funcionario hace innecesaria, creo que tras sumergirme en la tina de porcelana, en tibia agua de burbujas deliciosamente perfumadas, entiendo en parte, al menos, lo del jabón.

*Añadido posterior a la nota redactada sobre el terreno: Después de las relajantes abluciones nos fuimos a dormir. El Patillas habilitó un roñoso colchón junto a su cama, y me ofreció dormir en el catre principal, lo cual yo rechacé. Cuando apagamos las luces, la íntima atmósfera facilitó la llegada de una nueva revelación: Hacía años que no compartía su techo con nadie, pues el rechazo de cualquier compañía le ha convertido en un ser asexual.



Este es el jabón con el que El Patillas purga su cuerpo
cada día a la hora de la ducha.

<DÍA 78>
UN/SEAT/IBIZA/ROJO/DE/1987

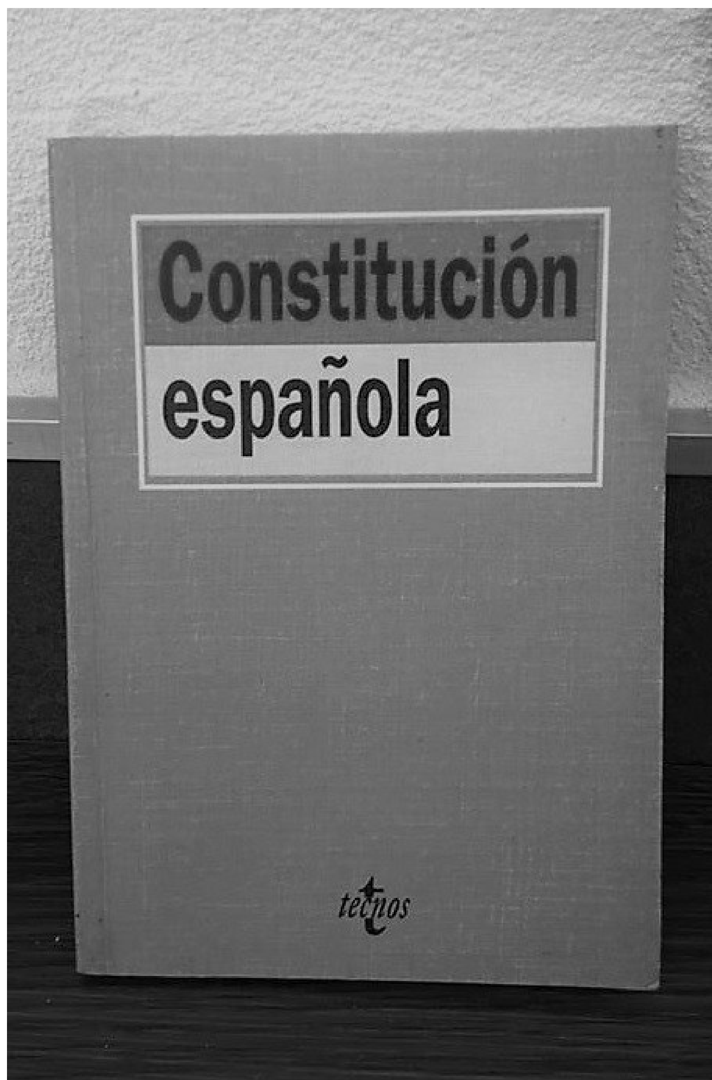
Hoy he aprendido que gules es rojo. Los esmaltes heráldicos de los libros de caballerías me habían inducido a una larga confusión terminológica.
Pero este no ha sido el principal aprendizaje del día, pues debido a la circunstancia de que al levantarnos seguíamos en arresto domiciliario por culpa de la nevada, hemos optado por matar el tiempo explorando la ruinosa chabola de descascarillado adobe, husmeando entre los olvidados periódicos del diáfano desván donde duerme el perrito, y buscando algo de valor entre los grasientos contornos de un garaje lleno de mantas viejas y latas cubiertas de hollín, hasta que finalmente nuestras errabundas indagaciones han terminado con el descubrimiento de un oxidado vehículo del color de la sangre, que arropado bajo una gruesa tela, ocultaba consigo la historia de cómo El Patillas llegó hasta esta aislada ciudadela. Todo sucedió en otoño: Él huía de sí mismo, sin rumbo, al volante de aquel pequeño pero robusto coche cuyo motor “System Porsche” de ochenta y cinco caballos de potencia le hacía rugir como si se tratara mas bien de una avioneta. De pronto, mientras rodeaba las altas sierras por una perdida carretera comarcal, justo al pie de un abandonado castillo que se erguía sobre un caudaloso río de aguas cristalinas, se detuvo. No le quedaba gasolina, ni ganas de continuar. Allí supo que había dejado atrás quien antes era, y mientras vagaba por los arcenes en mitad de la noche, el sonido de unas latas metálicas percutiendo el asfalto anunciaron unos faros amarillos. Era el largo utilitario de una pareja de recién casados que le recogieron y le trajeron con ellos hasta el lugar que, fruto únicamente de un fortuito encuentro, y de una luna de miel que nada tenía que ver con él, sería desde ese momento su nuevo hogar. No quiso decirme el por qué decidió dejar atrás su antigua vida. De hecho, zanjó el asunto del mismo modo que ya lo hiciera al conocerle bebiendo en el comedor de mi posada, perjurando haberlo olvidado todo. Es posible que debido a algún trauma, sufra una especie de amnesia nerviosa. Lo cierto es que yo no sé mucho de esas materias, pero por el bien de esta tesis, trataré de ir sonsacándoselo.
A medio día, justo cuando nuestras tripas empezaban a rugir de hambre, pasó un tractor del ayuntamiento echando sal por las calles, de modo que, con el hielo parcialmente derretido, pudimos regresar a nuestra venerada bodega. Yo no bebí, ni volveré a hacerlo, atendiendo al buen desarrollo de este proyecto.



Este es el Seat Ibiza rojo
en el que El Patillas huyó de su antigua vida.

<D Í A 8 5>
U N / D E S G A S T A D O / E J E M P L A R / D E / L A / C O N S T I T U C I Ó N / E S P A Ñ O L A / D E / 1 9 7 8

Falta apenas una semana para Navidad, y El Patillas me ha invitado a que pase la Nochebuena con él. Este puede ser el punto de inflexión que consolide definitivamente nuestra amistad. He de jugar bien mis cartas, lo cual exige hacerle un buen regalo durante la cena, tal y como parece ser costumbre en estas festividades. Durante aquella confinada mañana que pasé en su morada, pude apercibirme de que el único libro que ocupa su biblioteca es un desgastado ejemplar de la Constitución Española de 1978. Parece bastante lógico, pues ya me hizo saber que él no quiere tener nada que ver con ningún tipo de arte o elemento cultural, asique el hecho de que posea dicho título ha de deberse únicamente a que este es sin duda el manual básico de cualquier funcionario. Me temo que aun no conozco a El Patillas lo suficiente como para que se me ocurra un mejor objeto con que poder obsequiarle, por ello, hoy me he esmerado en bucear entre los desordenados estantes de las precarias librerías de la villa, hasta que he logrado hacerme con una edición elegante, de tapa dura, y bien encuadernada, de la vigente carta magna. Al menos este cuidado tomo le dará algo de prestancia a su desnudo salón. Tras regresar a mi fonda, he estado aprovechando para ojearlo y me ha parecido una buena tirita para una sangrante herida, pero no logro imaginar como alguien creería que puedan llegar a cumplirse las buenas intenciones en pos de una vida en solidaria entrega que sus páginas prometen, pues el simple hecho de que tenga que existir como texto delata que la situación sobre la que se cimienta exige una coercitiva regulación. Esa base no es otra que el Egoísmo individual y de grupo afín, que con sus artículos y normas trata de controlar. Y es que este pus no puede ser disimulado con ostentosas capas de nobles gasas, si no que ha de ser curado en su causa misma, si se quiere vivir con salud de cuerpo; con salud de ánimo; con salud de un intelecto que no se autoengaña. Empiezo a entender porqué mientras iba por la calle con el engalanado libro las gentes me miraban, unas sonriendo en señal de patriótica complicidad, y otras rabiando con gesto de incontenible rechazo. Supongo que sobre los lodos del Ego no puede construirse nada que resulte al gusto de todos, pues siempre que haya una bandera representando la exclusividad de algo, hará nacer en su opuesto una bandera rival.
Ahora que lo pienso, me parece un regalo muy triste.



Este es el único libro que El Patillas tiene en su casa.

< D Í A 9 2 >
U N O S / H U E V O S / F R I T O S / C O N / P A T A T A S

Llegó la víspera de la Navidad, y tal y como habíamos acordado, me dispuse a acudir a la cena de Nochebuena con el sujeto de estudio… O mejor dicho, con mi amigo.
No sabía bien si tan singular banquete exigiría algún tipo de etiqueta concreta, asique pregunté a la hija del posadero, quien me indicó un sastre local cuya pericia con los alfileres y la cinta métrica había convertido su pequeño taller del arrabal en un autentico referente costureríl. Ya sólo me quedaba pensar en las viandas, pero El Patillas me advirtió que no llevara nada, pues el menú correría de su cuenta.
Así pues, cuando las siempre discretas chimeneas cubrieron la urbe con un manto de apetitosos olores a parrilla y guiso recién hecho, me dirigí hacia la destartalada choza. Pasé largos minutos rompiendo el silencio de las desérticas calles, al son del golpeteo de la corroída aldaba contra la madera, sin lograr obtener respuesta alguna. Sólo de vez en cuando este recital de inarmónicas percusiones se veía interrumpido por los lejanos cantos de unas voces infantiles, que entonando los inagotables villancicos, corrían de puerta en puerta pidiendo el aguinaldo. Tras desistir en mis llamadas, fui a buscar una cabina telefónica para contactar con la venta donde me hospedo, no fuera a ser que hubiera ido él a recogerme en vez de esperarme en su casa. Pero no estaba allí. Y tampoco en el bar de siempre, el cual encontré, tal y como ya sabía, cerrado. Regresé y monté la guardia, y cuando de la enrojecida piel de mi nariz ya colgaban estalactitas de invernal moquillo, apareció El Patillas doblando la esquina con ebrio tambaleo. Su blanco perrillo de caza trataba con gran dificultad de adaptarse a su paso impredecible y descompuesto. Al verme ante su puerta, y quizá recordando de pronto la cita olvidada, dejó caer El Patillas la cuerda de esparto que ataba al can, y en cuanto se vio liberado de la soga, corrió el animalillo a saltar a mis brazos. El movimiento de su alegre cola aun golpeaba mi cara cuando ingresamos en el hogar. En ese momento, contemplando como se iba golpeando con sus propios muebles camino de la cocina, pensé que tal vez no debí haber devuelto a la tienda el ejemplar de la Constitución que adquirí en un principio como regalo, para comprarle finalmente la botella de vino que llevaba bajo mi congelado brazo, pero por suerte o por desgracia, me dijo que no le gusta el vino, y que seguiríamos a cervezas, lo cual no terminó de tranquilizarme.

Nunca sabré si fue una excusa esgrimida por no tener nada preparado, pero mi anfitrión me aseguró que todos los días cena huevos fritos con patatas, y que por lo tanto quería invitarme a honrar esa tradición. El caso es que para lo borracho que iba logró cocinar el sencillo plato con una maestría envidiable. Tal vez fuera por la tortuosa espera a la intemperie que había sufrido, o porque realmente El Patillas le imprime a la fritura un toque de exquisitez, pero lo cierto es que a mí aquella humilde cena me supo a gloria. Después de la inesperadamente satisfactoria comilona, pasamos a los dulces, y tras dar buena cuenta de unos turrones mas que caducados, retomamos de nuevo al beodo ritual. Empinando el codo consumimos las horas frente a la precaria chimenea alimentada con trozos de cajas y sillas del vertedero. Nos reímos de esos payasos de cara seria que no saben que actúan en un circo público, para un público de payasos como ellos; recopilamos los inofensivos dejes y manías de esos grises parroquianos de la tasca de todas las tardes; sentimos lástima por la gente que ignora que la están usando para hacer posible los mismos objetivos que creen que están combatiendo. Y así, criticando, divagando, hablando por hablar, pude ir colándole las sutiles cuestiones que durante tanto tiempo llevaba guardando, a la espera de un momento propicio que a todas luces parecía ser ese. El perrito blanco movía sus blancas patitas tumbado al calor del fuego, probablemente soñando que corría por una amplia pradera que hasta ahora su dueño le había negado relegándole a una vida de encierro. Yo aproveché la acogedora estampa para lanzarme a preguntarle si tenía algún sueño, mas allá de aquella predefinida vida de resignado burócrata. Él dudo por un momento, pero el alcohol ya había engrasado los goznes de su mandíbula, haciendo imposible la silente abstención. Sin embargo, aunque sabía que tenía que decir algo, lo hizo tratando de desviar la atención del tema, y respondió preguntándome que si sabía por qué los seres humanos solemos sentir la poderosa atracción de observar fijamente las llamas incandescentes de la hoguera. Yo sólo pude suponer que tal vez se deba a que su movimiento es hipnótico para la vista, a lo que él reaccionó remitiéndome a los días de la edad de piedra, cuando nuestros antepasados debían vigilar el fuego para que no se apagara, siendo esta su tarea principal durante las largas jornadas bajo sus abrigados refugios y sus abastecidas despensas, resultando que la incesante contemplación de esta siempre cambiante imagen era su único entretenimiento. El fuego fue nuestra primera televisión, concluyó. No pude evitar sonreír ante su hábil movimiento de distracción.

Pero desde que hace dos semanas le diera rotundamente la espalda al alcohol, me había venido preparado a conciencia para estar en mis plenas facultades cuando aquel interrogatorio por fin se diera, asique no me dejé engañar. Insistí. Entonces, en mitad de la madrugada de el día de Navidad, El Patillas reconoció que en su cabeza sí había un posible futuro; sí tenía cabida una existencia diferente a aquella. Yo temblé pensando que quizá en ese instante podrían sentenciarse todos los interrogantes que busca responder este ensayo sociológico, pero sus palabras a la vez que parcas, fueron completamente inesperadas: "Quisiera disponer de una granja para ser autosuficiente y no tener que volver a ver a nadie nunca más".
Creo que me tomé ese "nadie" como algo personal.

Permanecimos en silencio durante largo rato.

Un festival de ascuas chisporroteaban intentando huir de las brasas, y poco a poco me fui dando cuenta de que El Patillas no pensaba añadir nada mas. Supe que si no hablaba yo, la noche terminaría ahí, sobre aquellos silloncitos recuperados de la basura, sucumbiendo ante ígneo sopor.

Hasta entonces di por hecho que su aislamiento era una consecuencia y no una causa. No quería creerme que un ser humano pudiera sentir realmente un rechazo semejante hacia la raza humana como el que mi amigo acababa de manifestar, tanto que llegara incluso a desear dejar de formar parte de ella, viviendo en su propio mundo. De igual modo que lo pensé, se lo dije. Sus ojos no se apartaron de la crepitante aurora que coloreaba de naranja el negro que nos envolvía. Yo volví a preguntarle por qué quería estar solo. Él, con gran parsimonia, alargó la mano hasta la mesita hecha con un palet de obra, cogió un polvorón de limón, lo apretó para apelmazarlo cual huevo de pura manteca, y llevándoselo a la boca, se limitó a responder mientras lo masticaba: "Quién con infantes pernocta, escrementado alborea".



Un plato de huevos fritos con patatas como este
es lo que El Patillas se cena todas las noches.

<DÍA 104>
UNAS/ALPARGATAS/DE/ESPARTO

Aun tengo trozos de castañas asadas entre los dientes. Y marcas de pellizcos por las piernas. A pesar de todo ha sido un día divertido. La cosa comenzó esta tarde durante la cabalgata de los Reyes Magos: Yo ya tenía decidido que, ahora que conozco el sueño de El Patillas de convertirse en granjero, me entregaría al fomento de dicha ilusión para llevarle a nuevos niveles de apertura emocional. Quería que quedáramos para compartir alguna actividad señalada que pudiera grabarse en su memoria como un evento especial, y de nuevo, salió de él ofrecerme el ir al festivo pasacalles. Cuando llegué al quiosco donde habíamos quedado, lo único que encontré fue una marabunta de niños intercambiando cromos de futbolistas. El desfile estaba hecho para ellos, y parecía como si sus padres les hubieran liberado por unas horas de sus infantiles jaulas, pues se agitaban desordenadamente por todas partes, invadiendo con sus agudos y vitales chillidos cada rincón de los otrora vetustos dominios que conforman esta villa. De entre sus bajas cabecitas surgió finalmente El Patillas, tratando sin ninguna consideración de abrirse paso entre ellas con un paraguas. Le pregunté para qué traía semejante objeto, dado que no estaba nevando ni lloviendo, y me dijo que esperara, y que pronto lo vería. Nos metimos entre la gente que flanqueaba la calle por donde debían pasar las carrozas con los tres Reyes Magos, e hicimos grandes esfuerzos para alcanzar la primera fila. Sobre nuestras cabezas las parpadeantes bombillas de colores tendidas entre las farolas, y de pronto, de entre el vaho de las ilusionadas bocas que esperaban llenando la acera, una lluvia de caramelos. Los pajes que desfilaban iban lanzando las golosinas al vulgo reunido, momento en el cual El Patillas abrió su paraguas, pero no cubriéndose con él como es habitual, si no poniéndolo al revés, de forma que las codiciadas capsulitas de azúcar que caían del cielo quedaban atrapadas en la parte cóncava interior de la envarillada tela. Hay que reconocer que fue una trampa perfecta, pues mientras toda la gente a nuestro alrededor doblaba el lomo para recoger los caramelos del suelo, El Patillas se había llevado sin ningún esfuerzo el grueso del botín. Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando movió El Patillas su bigote en señal de retirada. Pero no iba a ser tan sencillo, pues los párvulos recolectores que presenciaron la curtida astucia del entrometido viejales, decidieron que no les parecía justa aquella gran ganancia en comparación con sus exiguas capturas, asique al unisono se nos abalanzaron encima.

No podría describir con exactitud lo que pasó en los momentos posteriores, pues únicamente recuerdo una cosquilleante riada de manitas pegajosas que nos rodeaba y embestía por doquier. Todo terminó cuando el último numerario de la turba preescolar pasó por encima de la tela arrancada del saqueado paraguas, y aprovechando que El Patillas había sido reducido hasta quedar de rodillas, le arrebató de la solapa de la chaqueta su pin del Atlético de Madrid. Por un momento presentí un desenlace trágico. Pero lejos de enfadarse, El Patillas se echó a reír. Algunos padres trataron de disculparse, sin embargo todo aquello parecía haberle colmado de una extraña alegría. Creo que nunca le había visto de tan buen humor. Mientras nos alejábamos de la cabalgata en dirección a la zona de las tabernas, le pregunté por qué le había hecho tanta gracia aquel humillante asalto, y me respondió que el que unas criaturillas tan indefensas se hubieran aliado para reclamar lo que por derecho era suyo ante un enemigo mucho mas grande que ellos, resultaba esperanzador. La unión les había permitido conseguir lo que de otra manera hubiera sido imposible, y se alegraba por ellos, o mas bien por haber podido volver a sentir aquella energía colectiva. Yo me congratulé de esta reflexión realizada por su parte, pero no pude evitar señalarle que si bien era cierto que habían colaborado para unir sus fuerzas, la causa que había impulsado dicha asociación había sido totalmente egoísta, lo cual no era motivo de celebración. Al escuchar la palabra Egoísmo, su gesto mutó repentinamente. Volvía a ser el taciturno funcionario.
Después de esto no quiso pronunciarse hasta que llegamos al bar. El humo del tabaco nos envolvió, y tras unas cervezas él, y unos mostos yo, todo al son de un viejo vinilo de villancicos, el espíritu navideño volvió a ablandar sus defensas, y pronto estábamos hablando con los habituales borrachines, los cuales son mayoritariamente abuelos, de los regalos que recibirían al día siguiente sus alterados nietos. La verdad es que todo estaba muy alterado hoy, asique sabía que tenía que aprovechar para lanzar una ofensiva de carácter científico, y cuando el dueño de la casa golpeó con su cachiporra sobre la barra invitándonos a salir, aproveché para lanzar un simulado grito de ayuda: Mi propósito de año nuevo había sido dejar el alcohol, y necesitaba que se uniera a mí en tan dura transición. Pero como siempre, El Patillas reaccionó de un modo inesperado, y declaró que el bebía de forma premeditada, con una finalidad bien calculada, y que si bien podría apoyarme en mi abstinencia, él no dejaría de hacerlo.

Aunque no había logrado implicarle todo lo que hubiera deseado, sí pude obtener su promesa de acompañarme a realizar actividades que me distrajeran del beber, lo que en realidad no era mas que una treta para provocar que él participara en ellas, sacándole de su cueva y haciéndole reaccionar.
Con el avance de la noche las calles iban retomando su habitual calma.
A través de las ventanas de las casas se veían parpadeando las lucecillas de los engalanados árboles, y el dorado resplandor de alguna que otra vela.
Mientras caminábamos con los cuerpos magullados por diminutas uñas, sentimos la necesidad de un chute calórico, y estuvimos de acuerdo en lamentar la perdida del cargamento de caramelos. En busca de un necesario tentempié fuimos al encuentro del puestecillo ambulante regentado por la anciana que mejor sabe asar las castañas. La jornada parecía tocar a su fin.
Ya marchábamos con nuestro cono de papel de periódico lleno de los humeantes frutos, cuando El Patillas decidió contarme que desde sus días como colegial siempre supo que quería dedicarse a lo que fuera excepto a ser oficinista. La simple idea de estar todo el día rodeado del aroma a café que tanto detestaba, así como del irritante sonido de incisivos tacones percutiendo el pulido mármol de la dignidad, le hacía temblar de horror.
Y sin embargo eso era en lo que se había convertido. Añadió que, debido a esto, e inspirado por mis buenos propósitos de renovación, acababa de decidir que a partir de ahora llevaría siempre sus pies cubiertos con unas campesinas alpargatas de esparto durante el horario de trabajo, buscando deslizarse en silencio sin formar parte nunca mas de ese concierto institucional que tanto odiaba, y para que cada paso le sirviera como recordatorio de su propósito de cambiar al oficinista por el horticultor.
Me pareció increíble que tal resolución surgiera de él mismo, y supe que el cambio ya estaba en marcha.
Recogimos a su perrito blanco, el cual se entregó resignado a la correa del amo, y bajamos en silenciosa compaña hasta la ribera del río.
Junto al puente nos despedimos, y mientras ingresaba en el cálido recogimiento de mi posada, me detuve a estudiar el curioso mecanismo que El Patillas me acababa de prometer poner en marcha, disfrazándose de lo que quiere ser, es decir, lo contrario a lo que es, cambiando los despachos y los humos por el aire fresco y el Sol. Esto me lleva a preguntarme si tal vez ya hizo lo mismo antes, en aquella vida pasada que dice no recordar.
Por si acaso sirve de algo, mañana mismo pienso regalarle unas alpargatas de esparto.



Estas son las alpargatas de esparto
que El Patillas utiliza para ir a trabajar.

< DÍA 107 >
UNA / FLOR / DE / LAVANDA

El siguiente paso para lograr la completa deconstrucción de El Patillas era arrancarle de sus voluntarias tinieblas. Debía sacarle al Sol, y dado que se había comprometido a acompañarme en el proceso de la que sería mi supuesta desintoxicación, exigí cobrarme tal promesa llevándole a pasear por el monte. Aproveché anteayer cuando fui a su chabola a entregarle las alpargatas del regalo de Reyes Magos, para incluir entre los presentes una piel de conejo rellena de serrín con la que entrenar al perrito a modo de señuelo de caza, y cuya mera posesión resultaba ser la ineludible excusa final para nuestra salida campestre. Rodeado de motivos estratégicamente desplegados, tuvo que aceptar. Así pues, esta tarde dispuse todo lo necesario: Una manta para sentarnos en el húmedo prado, algunos bocadillos y zumos, unos prismáticos para observar a los pájaros, y un transistor radiofónico portátil para escuchar los resultados del fútbol por si todo lo anterior fallaba. La cosa empezó bien, pues en el mismo momento en que cruzamos el río y ascendimos por la ladera que se aleja de la ciudad, pareció que sus bigotes se erizaban de liberador placer. El olor de los pastos mojados iba relajando todas las tensiones urbanitas que aun arrastrábamos, cuando de pronto, ante nuestras atónitas miradas, una flor purpura, o mejor dicho violeta, destacando entre el manto verde. Era un solitario tallo de lavanda en flor. Un milagro invernal. Él quiso rendir culto a tan magnifico hecho arrancándola de la tierra y colocándosela en el ojal de su chaqueta, allá donde siempre había estado el pin rojiblanco. Parecía feliz. Pero llegó la hija del posadero, a quien yo había expresamente invitado, y su alegría se esfumó de golpe junto con la flor de su solapa. Tras recorrer unos pocos kilómetros, cuando aun no nos habíamos alejado lo suficiente como para perder de vista los contornos de la ciudad, dijo que estaba cansado. Allí mismo merendamos y le estuvimos tirando el señuelo al perro, pero la muchacha nos dijo que era tontería enseñarle a ir a por conejos, pues todos estaban con la tomatosis. Pregunté qué era eso, y él me respondió al oído que era una enfermedad muy letal de esa especie llamada mixomatosis, pero que la ventera era una paleta insoportable que ni sabía hablar. Regresamos al poco, y tras irse la chica, él volvió a ponerse la lavanda.
Le pregunté por qué se la había quitado al llegar ella, y me respondió que no quería que pensara que se había engalanado para cortejarla. “¿Y qué problema habría?”, dije. “Que podría haber un nuevo yo”, sentenció.



El Patillas siempre lleva escondida una flor de lavanda.

< D Í A 1 2 1 >
U N A / B O I N A / P A I S A N A

Ha transcurrido un tercio del plazo asignado para la realización de este experimento, y empiezo a impacientarme. Durante el último par de semanas hemos estado haciendo simulacros de excursiones, siempre de restringida duración, sin alejarnos del perímetro de la villa, y sin la pobre hija del posadero, vetada sin posibilidad de apelación. El Patillas no termina de atreverse a dar el salto a nuevos horizontes vitales, y se aferra a sus antiguas y tranquilizadoras rutinas. Su perrito de caza sin embargo parece haber recuperado la juventud perdida, al haber descubierto los grandes espacios abiertos por los que ahora puede correr y saltar. Hubo un día en el que creí intuir entre su blanco pelaje la aparición de nuevos mechones negros, como si se estuviera revirtiendo la hegemonía de unas canas que eran sólo fruto del letargo y la tristeza ya desaparecida. Por supuesto dichas observaciones eran sólo fantasías mías, pero lo que ha quedado claro es que el abandonar la abúlica clausura puede llegar a hacerles mucho bien.
Y así, con estas censuradas rutas de senderismo, o mas bien paseos largos, hemos venido echando las tardes lejos del bar. El que hoy esté escribiendo estas líneas es debido a un hecho acontecido mientras regresábamos por un poco transitado camino de tierra. Acabábamos de atravesar un pueblo de pizarra, barro, y pajas, cuando en dirección contraria se nos aproximó una pequeña cuadrilla de labriegos. Al cruzarnos nos advirtieron que tuviéramos cuidado, pues El Hombre del Saco andaba rondando aquellos parajes. Lo dijeron tan serios, con las venas de sus cuellos tan inyectados en sangre por una mezcla furia y preocupación, que tuvimos que esperar a que se fueran para reírnos de la mención a un personaje del folclore mas pueril. Pero poco mas adelante comprendimos nuestro error, pues un anciano de tez siniestra y ensangrentada nos salió al paso desde el arcén. Dudamos de si ejecutar una violenta acción preventiva, pero nos suplicó que le ayudáramos ya que se encontraba malherido tras apalizarle los campesinos. Al escuchar esto, El Patillas me advirtió que continuara sin mirarle. Cubrió su rostro con la visera de la boina, y manteniendo la cabeza muy gacha, queriendo ocultar su gris mirada, dijo: "Hemos de seguir las normas de juego de este mundo Egoísta. Cada palo ha de aguantar su vela". Y mientras pronunciaba estas palabras, una lágrima no puedo esconderse, resbalando por sus mejillas. Entonces, marchándonos sin ofrecer socorro al herido, comprendí que había llegado el momento de pasar al último nivel: Debía planear la muerte de El Patillas.



Esta es la boina que El Patillas se pone cuando sale al campo a pasear.

<DÍA 126>
UN/VIEJO/FERROCERIO

Escribo esto en la parte interior de la contraportada de una guía de alta montaña. Usaré el reverso en blanco de diversas fotografías de cabras, salamandras, o águilas, para ir tomando los apuntes que luego transcribiré al diario. En el momento de registrar esta anotación, El Patillas se encuentra tiritando a mi lado, tratando de dormir un poco en un improvisado vivac. Dice que echa de menos al perrito, que no tenía que haber permitido que le convenciera para dejarle solo en el desván, y que si nos pasara algo, si nunca regresáramos, acabaría muriendo de hambre y sed sin que nadie se enterase de su trágico destino, hasta que quizá dentro de muchos años alguien encontrara su canina momia entre los papeles de periódico que conforman su humilde camita. Sabía que terminaría por reprochármelo, pues precisamente el lograr que aceptara desprenderse de su compañía, aunque sólo fuera durante las pocas horas que en principio debía durar la expedición por estas altas cumbres, fue lo que mas me costó. Le expliqué que la sierra no era sitio para un perrillo tan casero, y que traerle sería únicamente hacer pasar un mal rato al animal. Creo que por eso, porque sabe que le ha criado imprudentemente en una vida de inactividad, terminó accediendo a que visitáramos como pareja de alpinistas estas grandes montañas, cuyos picos nevados lleva contemplando en la distancia cada día desde que llegó al valle donde se erige la atemporal ciudadela en la que enmohece, y las mismas que nunca hasta ahora había conocido, ni tenido intención de conocer, mas allá de en sus bucólicas y secretas ensoñaciones. Me costó mucho traerle hasta este apartado y peligroso enclave, pero era necesario para la consecución de los objetivos fijados en la actual fase final, los cuales se han cumplido parcialmente, pues El Patillas se encuentra ya cercano a desaparecer. De un momento a otro podré sentir en directo los últimos estertores de una existencia deliberadamente vacua, entregada a la voluntaria ceguera que, bajo rituales y apariencias contrarias, busca sepultar una Verdad Universal de la que no quiere responsabilizarse, pero la misma que por mucho que se esfuerce, no puede negar que tan bien conoce. Ya casi se ha roto. Sólo queda esperar a que el gélido soplo que desciende desde la cima ahora tan próxima, termine de abrir la grieta hasta hacerle desmoronarse del todo. La noche promete ser larga y dolorosa, pero para comprender este cruel aunque necesario desenlace, he de resumir todo lo acontecido esta jornada, y que nos ha traído hasta aquí.

El día comenzó muy temprano, mucho antes de que hiciera acto de presencia el Sol. Puesto que tenía bien claro que no serviría de nada tratar de disuadir a El Patillas de que sacara del garaje el Seat Ibiza rojo del que por completo reniega, tuvimos que quedar para coger el tren en la estación que marca la frontera donde acaba la villa y empieza el campo. Como a esas horas sólo habían amanecido los de la churrería que hay junto a las vías, gastamos unas pesetas en un junco de churros demasiado fritos, y una frasca de chocolate demasiado caliente. Tras revisar las mochilas y asegurarme de que llevábamos cervezas pero ninguna cantimplora, salimos de la capital que mas cerca está del cielo, con el determinado propósito de seguir ascendiendo. Ya en el compartimento del tren dimos buena cuenta del vigoroso desayuno, a pesar de que El Patillas echara en falta varias veces sus acostumbrados bollos suizos. A nuestro lado venían sentadas una anciana y su también anciana hija, a las cuales tuvimos a bien convidar, correspondiendo a su vez ellas con generosos cortes de la ristra de chorizo y la tetilla de queso que llevaban para el viaje. Con los buches repletos, y el traqueteo del vagón, nos alcanzó el sopor, y le dejamos actuar. Al detenerse la locomotora en la última parada de la línea férrea, despertamos de una siesta que sabíamos que nos iba a hacer mucha falta, pues aun nos quedaba por delante un transbordo en coche de linea, y finalmente una caminata por los arcenes hasta la plataforma donde comienza la alta montaña. Cabe destacar un hecho que nos sucedió precisamente en este trayecto a pie, poco después de bajar del autocar que conecta la estación de trenes con el camping que representa el último asentamiento civilizado antes de penetrar en el reino de las cabras, mientras atravesábamos ese limbo serrano donde no se acierta a adivinar si aun rigen las protocolarias normas de etiqueta social, o ya se puede vivir con la desinhibida naturalidad a la que invita el propio paisaje. Íbamos pues paseando distraídamente por el margen de la estrecha carretera comarcal, cuando al pasar sobre un puente que salva un precioso río de aguas cristalinas, nos hallamos sin esperarlo en un punto donde el elevado ángulo de la pasarela permitía la contemplación de una tranquila charca, abajo, en la distancia, y en donde sin saber que podían ser observadas, se bañaban desnudas un grupo de muchachas. Como yo iba en cabeza, y supe lo que pronto descubrirían los ojos de El Patillas, giré mi cuello para analizar con detalle el gesto de su rostro al verlas, y por segunda vez desde lo de la posadera, vi ponerse a prueba eso que él mismo dijera de su supuesta asexualidad, pues bajando la vista, y apretando los dientes hasta convertir su mandíbula en un cubo, resistió la tentación de mirar.

Continuamos nuestra ruta en silencio, y después de varias furtivas miradas hacia atrás, pude comprobar que la fuerza de voluntad que El Patillas había necesitado para negarse a sí mismo el placer visual debió ser ingente, pues parecía sumido en un agotamiento mental considerable. Esto me lleva a suponer que su asexualidad no es tal cosa, al no deberse a una falta de interés fisiológico, hormonal, o de traumática repulsión social como él declaró, si no mas bien a una forzada y bien premeditada negación que podría ser calificada como voto de castidad, por razones que aun desconozco, y que sin embargo, antes de que termine esta expedición y deje de existir El Patillas, pienso averiguar. La mañana y la tarde transcurrieron sin altibajos, cumpliendo con la habitual calma de un turismo desenfadado por los caminos marcados para los visitantes. Los incontables saludos que pronunciamos al cruzarnos con alguien en cada ocasión, se mezclaban con las paradas a disfrutar las vistas de los imponentes riscos, y de la fauna salvaje que sin temor a los senderistas se les acercaban para incluso comer de sus manos. El Patillas en ciertos momentos exhibió la sonrisa infantil de un nuevo descubrimiento. Mientras merendábamos junto a una fuente que emanaba revitalizantes fluidos del mas inmediato deshielo, me confesó que había sido un acierto planear aquella salida. Lo que él no sabía es que yo tenía planeado algo mucho mas importante, cuya ejecución exigía el abandonar el circuito abarrotado de domingueros, y sumergirnos en la hostil roca. Así, cuando el astro rey empezaba a caer, recomendé una salida de ruta alegando un atajo seguro, y rodeando varias veces un pequeño pero escarpado cerro, conseguí desorientarle lo suficiente como para hacer creíble nuestra dramática y dramatizada situación: Nos habíamos perdido en la montaña. Al principio El Patillas reaccionó bien, limitándose a mesar su bigote sin decir nada mientras oteaba a nuestro alrededor tratando de localizar algún pico de referencia, pero cuando la noche se nos echaba encima, los nervios empezaron a apoderarse de él, justo del modo que yo pretendía. Pero esta presión, en vez de provocarle el pánico esperado, le hizo reaccionar sugiriendo una medida que podía arruinar toda la operación: Seguir el curso de un río corriente abajo, pues tarde o temprano siempre acaba llevando hasta un pueblo. Al principio tuve que aceptar su idea para no levantar sospechas de mi deliberado sabotaje, pero tras casi una hora aproximándonos con gran acierto hacia la civilización, y con la oscuridad empezando a amenazar con dibujar en la distancia las luces de un refugio o de algún vehículo en la carretera, tuve que forzar un regreso al primitivo laberinto mineral.

Le dije que ya era demasiado tarde para descensos, pues si no veíamos bien donde pisábamos, y dado que durante toda la noche nadie podría llegar hasta allí para rescatarnos, cualquier resbalón podría ser mortal. Me aseguré de recalcar la advertencia de potencial mortalidad a la que nos enfrentábamos si seguíamos persiguiendo al río en su caída entre las afiladas crestas, y cuando la inminente tragedia hubo calado en su mente, señalé con autoridad que lo mejor sería intentar ascender hasta alguna cumbre desde la que poder distinguir en el despejado horizonte una dirección apropiada hacia la que dirigirnos, lo cual era justamente lo que pretendía a toda costa demorar con tal cambio de ruta. Él dudó durante unos interminables instantes. Mi plan de llevarle al límite pendía de un hilo: Debía ponerse en mis manos, para que yo le diera el definitivo empujón. Finalmente, tras una evidente pugna interna, terminó por aceptar, asumiendo con gran pesar que eso implicaba el hecho de que hoy no dormiría en su cama, o tal vez abatido por la imagen de su perrito durmiendo solo en la suya. Yo pensaba sinceramente que una personalidad tan precavidamente apuntalada como la suya, ya en este punto de máxima entropía se rendiría, pero tras recorrer la mitad del camino de ascenso a la cima bajo el manto de la oscuridad y de un tenso y fatalista silencio, cuando ya casi podía disfrutar de las mieles del éxito científico, volvió el gris burócrata de ojos grises a manifestar su anhelo de supervivencia, sorprendiéndome nuevamente al aportar una inesperada solución a nuestro aparente estado de extrema gravedad: Arrancando algunos pequeños matojos secos de entre las piedras, y refugiándose luego bajo un resguardado saliente de la ladera por la que avanzábamos, sacó del bolsillo de sus pantalones de pana un viejo ferrocerio que al parecer siempre lleva enganchado en las llaves de su precaria vivienda, y rascándolo con su navaja roja del ejercito suizo, produjo una lluvia de deslumbrantes chispas en dirección a esa suerte de yesca que ardió instantáneamente. Al preguntarle con asombro por qué portaba esa herramienta consigo, me contesto que controlar el fuego es lo primero que diferencia al ser humano del resto de animales. El Patillas seguía vivo. Tal vez mas decidido a vivir que nunca. Proclamó con decisión que pasaríamos allí la noche, y mientras recolectaba algunos palos secos de una vegetación de alta montaña prácticamente inexistente, y apilaba rocas para formar un bajo muro donde poder dormir al resguardo del cortante viento, me ordenó que buscara en su mochila los restos de papel de aluminio en los que trajimos envueltos los bocadillos del almuerzo, y que deshiciera con cuidado las bolas que había hecho con ellos.

Cuando todo quedó dispuesto, cogió el papel plateado y le dio forma hasta que finalmente tuvo en sus manos una especie de rudimentaria cazuelilla. Estaba decidido a montar ante mis ojos un improvisado hogar en medio de las alturas, y yo apenas pude reaccionar. Tras esto, puso sobre el suelo todo lo que llevaba encima, y me indicó que hiciera lo mismo. Al yo depositar el preservativo que ya había olvidado que un buen día comprara sin saber para qué, a él se le iluminó el rostro. Tomándolo exclamó que aquello era justo lo que necesitábamos. Imágenes obscenas cruzaron fugazmente por mi imaginación, pero antes de que pudiera entender nada de aquello, le vi alejarse con el condón y una mochila vacía, descendiendo en dirección a un cercano nevero. No sabía si volvería a verle con vida, pero no quise perseguirle ni gritarle. Me limité a esperar mirando el hipnótico fuego que El Patillas había logrado arrancarle a aquel inhóspito lugar. Y tras una media hora, le escuché regresar. Venía escalando con dificultad, pues la carga de la espalda parecía pesarle. Gritó que traía hielo para hervir. Supe que si en ese instante no aplastaba su resolutiva actitud, pasaríamos una noche mas o menos agradable, y todo aquello quedaría en una simple anécdota que no habría servido de nada. El fuego debía extinguirse; la esperanza desaparecer. El hollín aun cubría mis botas cuando El Patillas alcanzó el campamento. Le dije que no quedaban palitos con que alimentar las ascuas, ni opciones de luchar contra el implacable soplo de la cruel cordillera. Al ver todos sus esfuerzos arrasados, por fin se desmoronó. Sacó de la mochila el gran globo de látex que había llenado y anudado para traer la nieve hasta el fuego, y con gran desazón lo arrojó al vacío. Luego se limitó a tumbarse a mi lado entre los endebles muros del cada vez mas frío vivac, y durante varias horas permaneció acurrucado sin hablar. Yo sabía que no podría dormirse, y que no pararía de rumiar funestos presagios. De este modo, como dos trozos de carbono a treinta y cinco grados centígrados que atrapados fuera de su elemento sienten cercana su extinción, hace un par de horas rompió su silencio, y me dijo que se arrepentía de haber elegido aquella vida. No quise emocionarme demasiado pronto, y le dejé pronunciarse sin yo intervenir. Prosiguió su postrera confesión lamentando haber dejado de ser el caballero negro que hace posible el final feliz de la novela, para elegir convertirse en parte del problema. Repitió luego varias veces que él conoció el sentido de la vida, y sin embargo le dio la espalda. Por último, entre contenidos sollozos, pidió perdón. Aquello no aclaraba el objeto de este estudio, asique le pedí que me lo explicara, pero ya sólo se lamenta en bucle por su perro. ¿Terminará de desmoronarse? ¿Llegará a ver amanecer?



Este es el viejo ferrocerio que El Patillas lleva consigo para invocar al fuego.

< D Í A 1 2 7 >
U N A S / G A F A S / D E / A L P I N I S M O / N E G R A S

Acabo de regresar a mi acogedora posada, y escribo estas líneas con la alegría de poder dejar testimonio de un gran éxito: ¡El Patillas ha muerto!

Antes de nada, hay que reconocer que hoy ha sido un día complicado, pero cargado de emociones. Cerca del alba, cuando el sujeto de estudio pudo finalmente conciliar un fugaz y lánguido sueño, yo asumí que a pesar de haberle puesto en el umbral de muerte, y propiciado con ello una superficial confesión, no había logrado conseguir que se abriera a mí lo suficiente como para confiarme esos recuerdos que tan elaboradamente trata de retener, haciendo como si nunca hubieran tenido lugar. Necesitaba acceder a ese secreto que guarda, no como un tesoro, si no como una carga, y necesitaba hacerlo antes de que un cada vez mas próximo amanecer acabara con el miedo a la escenificada tragedia montañera. Sabía que el tiempo se me echaba encima, y llegué a creer que toda la operación había resultado un fracaso. Pero sus ojos grises se abrieron con las primeras luces que ascendieron tras las cumbres del circo glacial, y lejos de despertar con la esperanza y los ánimos renovados por el calor vital que el Sol ya casi nos brindaba, lo hizo cargado aun de la lúgubre sombra. Sin siquiera incorporarse me preguntó si aquello era la vida, o todavía dormía, a lo que yo no quise responder. Me dijo que era incapaz de distinguir lo que ahora contemplaba, de lo que acababa de presenciar, pues ambas escenas le parecían igual de reales. Le pedí que me contara a qué se refería, y él relató su sueño: Al abrir los ojos del mismo modo y en el mismo lugar que acababa de hacerlo, se había visto a sí mismo de joven, sin bigote, y con el pelo largo. Se encontraba tendido en la misma posición en la que ahora estaba, pero sin poder mover músculo alguno. Yo aparecía a su lado, y le había despojado de su camisa de franela a cuadros, de sus pantalones de pana, de su forro polar de camuflaje, de sus botas de montaña, de su boina paisana, de sus gafas para evitar el Sol, y de su mochila vacía, vistiéndole con un elegante traje negro de fina corbatita blanca. Luego había procedido a coserle la boca y los ojos, abandonándole finalmente en aquella alta cornisa, tieso, congelado, y con el rostro muy pálido, para que las águilas le devoraran los órganos durante toda la eternidad. Tras escucharle, él me preguntó si aquél había sido en todo momento mi plan. Mentí diciendo que mi único plan era salir de allí, y tomarnos unos huevos fritos con patatas.

Aun sin entender el significado de aquella fantasía, vislumbré en El Patillas un resquicio sobre el que todavía podía incidirse para forzar la fractura.
Era el momento de terminar el ascenso. Me puse en pie enérgicamente, y volviendo a mentar el apetitoso desayuno que nos esperaba en algún parador cercano, le apremié a que retomáramos la escalada para poder salir cuanto antes de aquella montaña. Él obedeció sin dejarse contagiar por mi impostado discurso motivacional, y arrastrando una melancolía del todo adecuada a mis intereses, logramos coronar el pico momentos antes del alba. Mientras nos erguíamos sobre la estrecha cumbre, sirviendo nuestros pies y nuestros cogotes para conectar los dominios de las rocas con los de las nubes, supe que aquella era mi última oportunidad. Indicando con mi dedo un surco en el horizonte, le grité a El Patillas que aquella carretera representaba nuestra salvación. El peligro de muerte había pasado; era el momento de celebrar la vida. Él sonrío tímidamente, sin convencimiento. Creí intuir en su gesto algo que lealmente esperaba: La desilusión de tener que retomar una existencia vacua. Nos encontrábamos en el punto que yo quería. Sabía que sólo hacía falta un pequeño esfuerzo más. "¿Qué harás ahora, cambiarás quien eres?", pregunté. Él me interrogó sobre el por qué de esa pregunta. Yo le recordé que durante la noche, cuando creyó sentir su inminente final, había renegado del papel que representaba, arrepintiéndose de elegir una vida tan gris. No dijo nada. Como temía que volviera a ponerse a hablar de su perrito para cambiar de tema, quise adelantarme, y presioné aun mas. "Ahora tienes una segunda oportunidad. ¿Piensas desaprovecharla?", pronuncié tratando de encontrar sus ojos bajo las oscuras lentes de sus gafas de alpinismo. Entonces El Patillas tuvo que elegir si vivir o morir. ¡Y debo dar gracias, pues eligió morir! "¿Segunda oportunidad?" dijo, "No, cada jornada es una nueva oportunidad de cambiar, de elegir ser otra cosa, y yo las desperdicio todas", añadió con vergüenza. "¡Pero eso va a terminar! ¡No voy a continuar fingiendo ser quien sé que no debo ser, únicamente por la presión de un mundo que es cruel por el miedo a la crueldad de los demás! ¡Yo una vez fui inocente! ¡Yo una vez conocí el Amor! ¡Y hoy elijo ser valiente, y entregarme sin temor!", sentenció. De esta manera tan prosaica, por no ser una reflexión nada novedosa, pero a la vez tan insólita, por sí serlo su reconocimiento, se mató a sí mismo El Patillas, matando a su propio Egoísmo. La adrenalínica descarga de verse salvado, abocado a un nuevo inicio, provocó el derrumbe de sus defensas, y el ser humano que se ocultaba bajo la máscara de El Patillas explotó expulsando todo lo que llevaba años reteniendo en secreto.

Cuando el Sol calentó por fin nuestras caras, el sujeto de estudio, esa persona despojada ya de toda incoherencia, ese amigo de la Verdad Universal, me contó su historia entre lágrimas de desahogo y alegría. Arropado por un hogar amoroso desde su mas tierna infancia, siempre con la fortuna de tener cerca bellos seres que lo daban todo por él, vivió una idílica existencia en familia, siempre sumido en el mayor de los privilegios: La empatía aplicada sin necesidad de predicaciones. Pudo así conocer en sus propias carnes como algo natural, eso que no tenía nombre ni debía ser teorizado: La entrega total que acaba con el "Yo" de quien lo practica, y que pasa a ser "Vosotros". Él aun no sabía que aquello era el Amor, pues tuvo que pasar mucho tiempo hasta que finalmente comprendió que esa palabra que todo el mundo usaba para que el Egoísmo expresara sus querencias, era justamente lo contrario. Esa revelación sucedió al final de su alocada adolescencia, la cual había dedicado a ser un golfillo que sin ningún problema del que preocuparse, pues todo se lo daban quienes le amaban, perfeccionó las destrezas necesarias para aprovecharse de su situación jugando al juego de la vida Egoísta. Tan bien lo hizo, que muchos de los que junto a él jugaban bajo aquellas mismas reglas, sintieron que podría llegar a coronarse demasiado pronto como rey de los que usan a otros para que le sirvan, sin ser siervo a su vez de estos, y temiendo que aquel poder acabara haciendo peligrar sus propias cabezas, le acusaron de estar sumido en una oscuridad peligrosa para él, y le recomendaron cambiar. Fue así como los propios Egoístas le expulsaron del reino del Egoísmo, pero lo que ninguno de ellos llegó a sospechar, es que él les hiciera caso, y fuera tras esa luz que le habían dicho que necesitaba recuperar. Durante mas de una década la buscó, y fueron tan extraños y lejanos los caminos que transitó, que le dieron por perdido de este mundo. Finalmente logró alcanzar la parte mas profunda de las tinieblas, y sólo entonces, rodeado de la nada, siendo nada, pudo contemplar una pequeña mota de luz. Al mirar a través de ella vio gente; la gente; toda la gente: Aquella era la puerta que le convertía en humano, pues estando solo no tenía significado. Todo lo que podía ser, pasaba por ser con los otros. Él no era él, si no que era Todo, y todos. Creyó que deliraba, pero entonces sintió que aquella imagen le era muy familiar, pues esa desinteresada entrega ya la había vivido, excepto que él siempre recibió, pero sin dar nunca nada. Y al entender esto, le invadió un gran terror: Aquellos que pensaban en los demás antes que en sí mismos, tenían sentido, el resto, como él, estaban atrapados en un cascarón vacío de significado. El "Yo" era esas tinieblas; esa eterna soledad; esa nada.

Tenía ante él una Verdad Universal cuya claridad era tan deslumbrante, y cuyas implicaciones significaban una evolución tan grande, que entendió que guardársela para él sería tan inhumano como aislarse solo en la oscuridad. Debía hacer llegar a los demás el Amor que sus ojos habían visto, pero para poder comunicarlo necesitaba expresar las imágenes con argumentos que pudieran ser refutados o confirmados, pues existía la enorme posibilidad de que todo aquello sólo fuera una absurda ensoñación. Al debatir usando la ciencia lógica, serían los demás quienes le demostrarían si era cierto o falso. Asumiendo esta importante tarea, fue poniendo en palabras los hechos: Todo lo que la humanidad consideraba malvado, como robar, matar, agredir, violar, u oprimir, respondía sin excepción al impulso de pensar antes en sí mismo que en el otro, ya fuera en beneficio directo del ejecutante, o en beneficio del grupo que el ejecutante decidía privilegiar. Si esto era el Mal, y lo contrario, el pensar en los demás antes que en uno mismo, era lo que dotaba de significado al ser humano, entonces el sentido de la vida era hacer el Bien. Ya podía demostrar que cada persona podía elegir el Egoísmo, construyendo un mundo regido por el Mal, o el Amor, trabajando por hacer posible una realidad basada en el Bien, y que sólo en uno de los casos podrían decirse verdaderamente humanos. A la gente no le gustó escuchar estas afirmaciones. Muchos entendieron en qué cara de la moneda estaban, y sintiendo que les llamaban animales salvajes, respondieron amenazándole salvajemente. Lejos de amedrentarse, insistió en exponer el asunto a toda persona que en su camino se encontraba, pero como respuesta a sus argumentos objetivos nunca encontraba un réplica basada en otros argumentos, si no la manifestación de sentimientos u opiniones, siempre subjetivos, y siempre en contra. Poco a poco comprendió que el dialogo no servía de nada, pues los interlocutores se cerraban en negaciones en cuanto llegaban al punto de tener que aceptar que eran Egoístas, como lo era quien les hablaba, para poder juntos dejar de serlo. Él quería avanzar, y eso exigía cambiar de técnica: Hizo canciones, para así enviar el mensaje en el interior de enérgicas melodías musicales; Escribió cuentos, en cuyas hermosas fábulas se ocultaban ejemplos de Amor; Rodó películas cinematográficas, para que las imágenes pudieran mostrar una realidad inexistente pero posible; Pintó cuadros, para que las simples lineas sobre el lienzo lograran evocar el horror del Egoísmo que debía ser desterrado. Utilizó, en definitiva, todas las formas de arte que pudo para expresar esa luz ausente. Mientras tanto, juró vestir el negro hasta que la oscuridad no desapareciera.

Ahora, tras escucharle, podía entender porqué en su simulado lecho de muerte había comparado la persona que un día fue, con uno de aquellos legendarios caballeros negros de las novelas medievales, pues esa persona que luchaba por el Amor, por el Bien, por la Verdad Universal, era una figura heroica que nada tenia que ver con El Patillas. Resultaba esperanzador pensar que personajes así pudieran existir fuera de los libros, aunque sólo fuera durante una breve fracción de tiempo. Si tras un ser gris como El Patillas había habido una vez un guerrero de la luz, ¿cuántos otros muchos permanecerían ocultos por doquier? Por desgracia, y ya que de lo que me estaba contando podía extraerse la conclusión de que, como precisamente motas de luz que eran, se extinguían con la duración de un chispazo, este estudio nunca podría abarcar lo suficiente como para saber si un encendido conjunto de todas ellas era aun posible. Al menos, él no logró aguantar lo suficiente como para encontrar otra chispa con la que unirse para sumar intensidades, pues tras años predicando lo que no quería ser escuchado, acusado de ridículo y demente, e impedido de aportar una ayuda que sabía tan posible y necesaria, su mente sufrió un completo colapso al no poder soportar que todos le negaran la Verdad, y terminó negándose a sí mismo. Olvidó de golpe las treinta vueltas al rededor del Sol que ya había completado, y los conocimientos que halló durante todo su viaje, pero a pesar de que tuvo que inventar un personaje nuevo para poder existir en ese mundo Egoísta que ahora sabía incongruente, vacío, y falto de significado, eligió, tal vez de forma inconsciente, que El Patillas representara todas esas cosas y las llevara consigo, como permanente recuerdo del absurdo en el que estaba viviendo.
Todo cuadraba. Mi análisis científico se completaba.

Tras liberarse de su carga, contemplamos en silencio el paisaje de aquella montaña que ponía un mundo de posibles vidas a nuestros pies, y quitándose las oscuras lentes, presencié como sus hasta ahora grandes ojos grises se volvían de un límpido azul.

¡Por fin se había desprendido de las gafas negras que no le dejaban ver! ¡Esas que él mismo se puso como excusa de su ceguera voluntaria; de su injustificable ignorancia voluntaria!



Estas son las gafas de lentes negras
con las que El Patillas engaña al Sol.

< D Í A 1 4 4 >
U N / M A N T E C A D O / D E / L I M Ó N

El Patillas no existe. El Patillas era sólo una invención de El Patillas.

Lo que quedó tras su marcha es la resplandeciente figura de camisa negra, cabello indómito, rostro perfectamente afeitado, y por encima de todo, portadora de una Verdad Universal. Esta luz enlutada camina ahora a mi lado, lejos ya de los alienantes elixires de narcosis tabernaria, y de la cobardía del que no quiere asumir su sempiterna responsabilidad.

Yo vine a esta tierra para tratar de descubrir la capacidad de amar de sus gentes, y durante mis arduas, y a veces desagradables pruebas, he provocado que aflorara en el sujeto de estudio precisamente eso que estaba buscando, y que sospecho que como él, todos mantienen escondido para que yo no lo vea.
Me pregunto cuántos cambios podría lograr producir en este mundo sustentado por unos seres que deliberadamente temen ejercer ese Amor que tan bien conocen, si acaso tuviera algo mas de tiempo para poder acompañarles a todos ellos hasta las altas cumbres del soleado despertar. Sería tan sencillo como que simplemente quisieran cambiar, y ya lo habrían hecho. Sin grandes discursos, ni impuestas normas.
Tan solo nueve palabras: Pensar en los demás, antes que en sí mismos.

Y esta entrega es lo que desde nuestro regreso de la montaña mueve al sujeto, lo que le impulsa a actuar mirando hacia afuera en vez de hacia su propio ombligo. Todo ha cambiado en él. Incluso su perrito parece haberse dado cuenta, y a todas horas salta a su al rededor mientras le besa con grandes lametones, como queriendo celebrar y absorber la energía positiva que irradia. He de confesar que yo también he sentido esta magnética atracción, y si bien los motivos que me impulsan son meramente científicos, cada momento que paso en su compañía me colma de una tranquilidad casi adictiva. Aun así, no he descuidado en ningún momento la aplicación de una metodología adecuada que me permita completar satisfactoriamente el presente ensayo, pues consciente de la necesidad de ratificar empíricamente las primeras conclusiones obtenidas, he pasado el último medio mes analizando sobre el terreno las acciones del sujeto, y los resultados no se han hecho esperar: Hoy se ha convertido en granjero.

Menos de dos semanas han hecho falta para que obrando para ayudar en sus necesidades a los otros, los otros le hayan ayudado a él a cumplir su sueño. Aunque no todo se lo debe a su nueva actitud basada en el Amor, si no que ha tenido la enorme suerte de recibir una segunda oportunidad.
La primera la perdió por su Egoísmo, pero esta vez no ha dudado.
Todo comenzó ayer a la tarde, mientras merendábamos en los prados que rodean el pantano que abastece la villa: Sobre las aguas completamente inmóviles de la balsa comenzaban a reflejarse las vibrantes lucecillas de las farolas y las ventanas de la cercana urbe, y aunque la vespertina atmósfera nos invitaba ya a recoger el improvisado campamento donde habíamos disfrutado de viandas y juegos, la hija del posadero y el muchacho que trabaja en la oficina del sujeto de estudio, y que este mismo había invitado para que por el día de los enamorados conociera a la chica, se encontraban aun apartados en la orilla, charlando íntimamente. Como no queríamos interrumpirles, arruinando una futura relación que se estaba fraguando con prometedor entusiasmo por ambas partes, nos limitamos a esperar, tumbándonos sobre la hierba para mirar a las estrellas. Así estábamos, comentando las formas celestes que llegaban hasta nuestros ojos, quizá con un retraso suficiente como para haber dejado de existir largo tiempo atrás, y comparándolas con el conocimiento del Amor, del Bien, de la Verdad Universal, que durante tantas generaciones los humanos han conocido y conocen, y que sin embargo, quizá cuando llegue el día en que todo esto se reconozca, ya no existan humanos para poder amar. Entonces, en mitad de nuestras reflexiones, un crujido de ramas a nuestras espaldas, a poca distancia, nos sobresaltó. Al girarnos, una sombra encogida, arrastrándose a cuatro patas hacia la cesta de la comida, alargaba un escuálido brazo, he intentaba robarnos las sobras. Durante un instante, el sujeto de estudio y yo nos miramos a los ojos sin decir nada, y sin saber si debíamos intervenir, pues lo único de lo que podía despojarnos aquella criatura eran de algunas servilletas usadas, unas latas de refresco aplastadas, y el papel de aluminio arrugado con algunas migas y pielecillas de fiambre en su interior. Al darse cuenta de este hecho, la sombra levantó la testa en nuestra dirección, como pensándose si atacarnos para ver si podía hallar en nuestros cuerpos un botín mejor. Nos incorporamos de golpe, y al hacerlo, observé como el sujeto de estudio se llevaba la mano al bolsillo para coger su navaja del ejercito suizo, pero tras confrontar lo que iba a hacer con las nueve palabras que ahora determinan el principio y final de todas sus acciones, sacó la mano desnuda, y se la tendió amistosamente al siniestro ser.

Al observar aquel gesto de amable entrega por parte del hombre al que intentaba robar, la sombra se puso en pie, e iluminado por la luna, pudimos descubrir un rostro sorprendido pero conocido: Era ese al que llamaban El Hombre del Saco, el mismo al que una vez negamos nuestra ayuda cuando se encontraba malherido tras ser atacado por un grupo de campesinos.
El sujeto se dio cuenta de que era su oportunidad de redimirse, y sin decir nada, le abrazó. Ambos lloraron. Luego, el anciano nos pidió algo de comer, pues al parecer llevaba escondido entre unos matorrales desde por la mañana, cuando unos tenderos acordaron abrirle un octavo agujero en la cabeza, y había estado esperando allí hasta que anocheciera para poder salir. Lealmente le dijimos que no nos quedaba merienda, pero el sujeto de estudio sacó de su chaqueta un mantecado de limón, que confesó llevar siempre encima para emergencias como aquella. El frágil hombrecillo devoró el seco dulce con tanta ansía, que casi se atraganta. En ese momento regresó la juvenil pareja, que asustados por el visitante, nos advirtieron de quien era: Aquel vejete lleno de cicatrices se dedicaba a recaudar los impuestos para la Hacienda del Estado. Todos le temían y odiaban por ello. Por fortuna para él, había una persona en la región que no era un adorador del dinero, por ser este un instrumento de la retribución exigida por un Egoísmo que ya había rechazado, y le ofreció pasar la noche en su casa, mientras recuperaba las fuerzas. De este modo, volvimos los cinco caminando hasta la ciudadela, dos de la mano como novios, y otros dos asidos como Iguales. Yo les observaba a todos con ternura, disfrutando de haber podido encontrar Amor en esta tierra. Al llegar a la posada le di la llave de mi alcoba al muchacho, para que pudiera verse con la ventera sin levantar las sospechas del padre, y proseguí hasta la choza de adobe del sujeto de estudio. Este dejó su cama al anciano, y montó la guardia frente a la chimenea en el incomodó sillón.Yo dormí con el perrito en el desván. Tras una noche mas placida de lo imaginado, amanecimos hoy antes de que el sujeto saliera para ir a trabajar. El invitado, quien dijo llamarse Enrique, se extrañó de que alguien que viviera en una casa tan pobre pudiera tener un sueldo. El anfitrión confesó que su sueño era disponer de una granja para ser autosuficiente, sin depender de que le lanzaran mensualmente unas monedas. “Yo tengo muchas propiedades y fincas”, expuso Enrique. “Soy un hombre rico, pero debido a que todos me aborrecen, debo nombrar apoderados que las dirijan en mi lugar. Ahora mismo dispongo de una granja abandonada e improductiva, la cual, en pago por tu cariño y tu hospitalidad, te cedo si la quieres”. Hoy ha sido su último día en la oficina.



El Patillas siempre lleva en su bolsillo
un mantecado de limón para emergencias.

<DÍA 145>
UNAS/BOTAS/DE/AGUA/AMARILLAS

Hoy el viento arrastraba un aroma a tabaco de vainilla. Unos chiquillos fumaban pitillos negros mientras el sujeto de estudio me esperaba apoyado en el pórtico de la catedral junto a su perrito blanco de caza. El cánido danzaba a su alrededor como adivinando la nueva vida campestre a la que nos encaminábamos. Y es que su amo desprendía esperanza. Aunque portaba únicamente un hatillo de ropa embutida en una pequeña bolsa de cuero que había atado a un palo, e iba ataviado con un sencillo poncho de coloridos motivos florales que cubría su juramentada camisa negra, y con unas botas de agua amarillas que delataban los futuros trabajos hortícolas a las que estaban destinadas, parecía sin embargo que marchaba a tomar posesión de un acaudalado reino. El cielo nos envolvía en un azul frío y seco despejado de nubes; las gentes alegres, quizá tras una noche de romances pactados por unos grandes almacenes, nos sonreían al vernos salir por las puertas de la villa; las campanas, en mágica coincidencia, sonaban desde lo alto de las torres de los incontables templos; toda aquella sobria y a la vez acogedora ciudad nos despedía mostrando sus mas virtuosas galas. Y así, con agradecimiento de lo allí vivido, y la ilusión de conocer el hogar que estaba por venir, abandonamos la granítica fortaleza para dirigirnos a los dorados campos de trigo de la extensa meseta. No tardamos en atravesar las viejas aldeas cuyas calles se han manchado con sangre de todas las razas y épocas. El sujeto de estudio iba cogiendo flores, y llenando esos mismos pavimentos de pétalos. A medio día, cuando el Sol era mas fuerte, paramos junto a un fresco torrente a comer. Mientras yo siesteaba, él sacó de su cartera un sedal y un anzuelo, y pescó varios peces. Al retomar la marcha, los sonrientes animalillos colgaban en ristra de un cordón. Me explicó que hasta que la granja empezara a dar sus frutos viviríamos de ese alimento, el cual, debido a las propiedades químicas del lecho de aquel río nacido en las cercanas montañas, tenía la curiosa capacidad de permanecer sin pudrirse largo tiempo una vez capturado. Sabiendo garantizada la supervivencia por las bondades del propio entorno, llegamos a la finca con el crepúsculo: Todo estaba seco; todo estaba hermoso. Al entrar en la casa de madera, llena de habitaciones y fotografías descoloridas de un pasado de abundancia, comprendimos que con mucho trabajo, mucho sudor, y mucha paciencia, podremos devolverle el esplendor a este lugar. Mañana entregaremos nuestras manos a la tierra, para darle vida, y recibir vida de ella.



El Patillas se compró unas botas impermeables de goma amarilla
cuando Enrique el Cobrador le ayudó a cumplir su sueño de ser granjero.

<DÍA 280>
UNA/VAJILLA/ÁMBAR/DE/DURALEX

Han pasado cuatro meses y medio desde que llegamos a la granja. Lealmente he de decir que durante el tiempo transcurrido no he vuelto a plantearme el retomar la escritura de este diario, pues ya daba por hecho que sus páginas quedarían en blanco hasta marcharme de aquí, momento en el cual regresaría a ellas para abordar la exposición final en la que defendería unas conclusiones que ya creía tener bastante asentadas. Sin embargo hoy ha sido un día triste, y quería dejar constancia: Hasta ahora hemos venido invirtiendo todo nuestro tiempo y energías en trabajar sin descanso en los huertos con las hortalizas, y en los corrales con los conejos y gallinas. Lo que al principio era inerte erial, tras profundos arados, vueltas y revueltas de estiércol, y sobretodo, la adición de enormes cantidades del animal mas infravalorado pero mas fundamental de este planeta, la lombriz, hemos podido transformarlo en un edén de nutrientes en constante intercambio, lo que quiere decir vida. Mucha vida. Y esa vida la vivimos en el Amor. Manteniéndome yo al margen, cumpliendo con las obligaciones científicas de observación y menor interferencia posible, ha recaído sobre el sujeto de estudio todo el peso de proponer y ejecutar cada una de las acciones. Así es como he podido ver ponerse en práctica las nueve palabras de la Verdad Universal, lo cual ha incrementado aun mas el valor de este experimento. Un mundo contrario a ese régimen de Egoísmo que reina fuera de esta finca, se ha demostrado posible. Bien es cierto que al principio este sistema careció de autentico valor, pues siendo solo dos personas, podría considerarse mas bien una burbuja Egoísta dando la espalda al resto, pero según los vecinos y algunos forasteros fueron enterándose de que la granja empezaba a funcionar bajo la premisa de dárselo todo los unos a los otros sin pedir nada a cambio, muchos fueron llegando. Pronto, y aun a la espera de las primeras cosechas, desgastó el sujeto de estudio un par de alpargatas de esparto exprimiendo el terreno hasta obtener recursos de sobra para la ya bulliciosa comunidad instalada en la gran casona de madera, e incluso excedentes para comerciar. Esto último ni lo necesitábamos ni lo deseábamos, pero al fin y al cabo todo lo que se produce pertenece en realidad a Enrique el Cobrador, quien al enterarse de que su propiedad era nuevamente rentable, nombró administrador a sueldo al sujeto, y envió una cuadrilla de peones para sustituir a los voluntarios. Hoy hemos celebrado la última cena del Amor sobre los platos de ámbar.



Esta es la indestructible vajilla ámbar de Duralex
usada por El Patillas y los granjeros voluntarios
para celebrar sus comunitarios banquetes.

<D Í A 2 8 8>
U N / S E D A L / Y / U N / A N Z U E L O

Tal y como me temía, la llegada de los empleados de Enrique el Cobrador a la granja ha convertido, en poco mas de una semana, lo que era un hogar autosuficiente de Iguales, en una fábrica industrial de obreros buscando el máximo beneficio para su señor. Y el representante del amo, en calidad de apoderado en la gerencia, es el sujeto de estudio, quien en contra de todo lo esperado por alguien que se encontraba sembrando desinteresado altruismo, parece sin embargo haber quedado muy complacido con su nuevo rango, sus estipendios, y su autorización para disponer y castigar lo que se le antoje. Con la llegada del instrumento retributivo del Egoísmo, ha surgido al instante la estructura jerárquica, siempre tan atractiva para quien la encabeza; siempre tan destructiva para quien la sostiene. Ya no hay comidas con alegres charlas en el salón comunal; ya no se escuchan felicitaciones, agradecimientos o halagos. Todo son ordenes, excusas, y lamentos. Los logros conseguidos durante los doscientos ochenta y ocho días que han transcurrido desde el comienzo de este experimento peligran gravemente, pues hace algunos minutos, tras cenar en su propio comedor apartado de los peones, el sujeto de estudio me ha mandado llamar, y antes de entrar en la estancia, ya podía detectar el viejo aroma del espíritu etílico envolviéndole. Le pregunté sin rodeos qué hacía en su mano aquella copa de añejo licor. Me contestó que había vuelto a beber premeditadamente. El cuento ya me sonaba, y temblé de pura impotencia. Él, sentado en su ornamentado sillón de cuero, con la mirada perdida, sin querer ofrecérmela por temor a encontrarse con mi reproche, me indicó que cogiera todas sus camisas negras y su vieja cartera, y las lanzara al fuego donde son quemados los rastrojos, ya que sólo eran recuerdos de un pasado superado, e instrumentos de supervivencia innecesarios. “Asegurate especialmente de destruir los sedales y anzuelos que siempre llevo guardados entre mis documentos, pues ahora soy un pudiente capataz, y ya nunca volveré a necesitarlos para conseguir comida de algún riachuelo como un vagabundo”. Estas lúgubres indicaciones me hicieron temer que hubiera decidido volver a la fase de negación para acabar con todo rastro de su elección por el Amor, creando nuevamente un personaje capaz de vivir en el Egoísmo; un disfraz para poder soportar el cargo de conciencia por elegir el Mal. Con mis ojos humedecidos por las lágrimas le pregunté que pretendía hacer. Su silencio deja poco margen a la esperanza.



El Patillas siempre lleva en su cartera,
entre los documentos importantes,
este sedal y este anzuelo
de supervivencia.

< DÍA 289 >
SIN/TÍTULO

no me apetece poner titulo a esta entrada.
no me apetece decir nada.
todo el proyecto acaba de arruinarse.
el sujeto de estudio acaba de decirme que renuncia al Amor.
se ha entregado al dinero.
se ha entregado al trabajo ajeno.
y cuando se lo he reprochado, ha vuelto a repetir aquella aciaga frase:

“son las reglas de este mundo”.
“son las reglas de este mundo”.
“son las reglas de este mundo”.
“son las reglas de este mundo”.
“son las reglas de este mundo”.
“son las reglas de este mundo”.

¿pero de qué mundo?
¿de ese que demostró que era posible, aunque exigiera mayores esfuerzos?
¿del mismo que suplicó no haber renegado, al sentirse en el lecho eterno?
¡no!
¡yo sé de que mundo habla!
¡del mundo de los cobardes!
¡del mundo de los que se sacan sus propios ojos para no tener que ver!

y no me queda mucho tiempo para enmendarlo.
aunque la labor científica me impide intervenir, contaminando el resultado.
pero no quiero renunciar al éxito que casi habíamos logrado.

en resumidas cuentas, no puedo aceptar que el sujeto de estudio se haya rendido.

pienso remediarlo.

voy a intentarlo hasta el final.

"Al abrir los ojos del mismo modo y en el mismo lugar que acababa de hacerlo, se había visto a sí mismo de joven, sin bigote, y con el pelo largo. Se encontraba tendido en la misma posición en la que ahora estaba, pero sin poder mover músculo alguno. Yo aparecía a su lado, y le había despojado de su camisa de franela a cuadros, de sus pantalones de pana, de su forro polar de camuflaje, de sus botas de montaña, de su boina paisana, de sus gafas para evitar el Sol, y de su mochila vacía, vistiéndole con un elegante traje negro de fina corbatita blanca. Luego había procedido a coserle la boca y los ojos, abandonándole finalmente en aquella alta cornisa, tieso, congelado, y con el rostro muy pálido, para que las águilas le devoraran los órganos durante toda la eternidad".

-Este fue sueño que El Patillas tuvo en la montaña.

< D Í A 3 5 6 >
U N / C H Á N D A L / D E L / M U N D I A L / D E / F Ú T B O L / D E / 1 9 8 2

Hoy vuelvo a escribir, pues hoy regresa la esperanza.
El verano ha transcurrido entre cantos de chicharras y contraventanas echadas. Afuera, en los campos del cortijo, un ejercito de brillantes pieles tostadas trabajan sin emitir mas sonido que fatigosos suspiros. De vez en cuando se oyen pasos en la cocina, y vacíos botijos de poroso barro cocido son cambiados por otros rellenos de fresca agua. La vivienda ha quedado dividida de tal forma que patrón y obreros nunca se crucen, ni permanezcan juntos en la misma habitación. El sujeto de estudio tiene media casa para él solo, mientras los peones viven hacinados, y aun así ha permanecido encerrado durante toda la canícula en el salón del televisor. Dentro de la estancia el ambiente resulta deprimente: La oscuridad donde se oculta para evitar Sol es casi total, únicamente interrumpida por los luminosos haces proyectados por el tubo de rayos catódicos a través de la parpadeante pantalla de vidrio del aparato, y en la mañana, por algunos pequeños rayos de luz que se cuelan entre las esquinas de las tapiadas ventanas. Los sofás de noble terciopelo han sido cubiertos con un plástico para evitar que el sudor estropee su tapizado, y cada vez que él se incorpora, o cambia de posición, emiten estos un desagradable estrépito que delata la viscosidad de unas carnes a su superficie pegadas. El hedor es considerable, pues ya sólo viste un chándal. Su dejadez es preocupante, ya que no es apática, si no despótica. Se pasa el día viendo películas del salvaje oeste, mientras monta y desmonta la vieja colección de escopetas que encontró en un armario del sótano. Yo no paro de advertirle de que esas historias de asesinos le hacen olvidarse aun mas del Amor, pero él no quiere escuchar. Se limita a gritarle al polvo que flota por la asfixiante estancia. Le grita a la caja tonta; le grita a las criadas; le grita a su de nuevo sometido perrito de caza. Con espuma rabiosa en la comisura de sus labios, va perdiendo la cabeza, sumido en una violenta incoherencia que él mismo ha elegido. He pensando tantas veces en hacer algo… Incluso llegué a plantearme coger una de esas armas de fuego, y encañonarle la cabeza para volver a hacerle sentir la angustia de la muerte, y el deseo de volver al Bien. Pero sabía que eso era amañar el experimento, asique he aguantado y aguantado. Y finalmente hoy, su perrito lo ha logrado: Cansado de ver la crueldad y degradación del amo, se ha escapado de la granja para correr libre por los campos. Él entonces lo ha comprendido.En un par de días nos vamos.Un nuevo principio es necesario.



Este es el chándal de Naranjito usado por El Patillas
durante sus oscuros días como cruel cacique rural.

_< D Í A 3 6 5 >_
C A L L A R / Y / E S P E R A R

Si bien es cierto que la inesperada y desgarradora marcha del perrito blanco causó una honda impresión inicial en el sujeto de estudio, renegando de golpe en ese mismo instante de toda la monstruosidad que le había poseído, cuando tuvo realmente que afrontar la renuncia de todos los poderes que Enrique el Cobrador insistía en otorgarle para juzgar, mandar, y disponer de las energías ajenas, la decisión de entregar las armas le costó un poco mas del par de días prometidos. Finalmente ayer, tras mas de una semana, y con el plazo para presentar esta tesis apunto de expirar, conseguí arrancarle de esa granja autosuficiente que un día fue sueño, y acabó volviéndose pesadilla.

El comienzo del otoño acompañó a nuestra marcha, alfombrándonos el camino con ocres recuerdos de un pasado que debía quedar atrás para iniciar un nuevo ciclo de vida, del mismo modo que el sujeto de estudio tenía que dejar marchar al avariento y haragán administrador agrícola, empezando de nuevo a vivir en esas nueve palabras de las que tantas veces ha renegado. Volvíamos a la granítica ciudadela.
En cierto modo, el viaje de regreso significó para el sujeto de estudio una poderosa catarsis.
Con cada paso, el convencimiento del error cometido al dejarse atrapar por las garras del Egoísmo sin apenas darse cuenta, iba ahora haciéndole de nuevo despertar, y no paró de manifestar su arrepentimiento y sus buenas intenciones, llegando a quitarse la chaqueta del chándal del mundial de fútbol de mil novecientos ochenta y dos, la cual había representado su mortaja en vida, y escupiéndola y pisoteándola, la dejó abandonada en una zanja del camino. El simbolismo de la transición iniciaba ya la gestación de su tercera etapa en el Amor. ¿Sería esta la definitiva?

Tras la larga caminata, al anochecer penetramos por la puerta del puente. La villa estaba sumida en su característica introspección. Mientras atravesábamos las vacías callejuelas en dirección a la ruinosa chabola, podíamos escuchar el silencio. Tras el adobe agrietado, la hija del posadero y el joven funcionario vivían felizmente casados en el hogar que el sujeto, antes de su marcha a la granja, les había regalado. Apenas llamamos, y la puerta se abrió, como si nos intuyeran o esperaran.

En los brazos de la muchacha, una diminuta criaturita sietemesina se chupaba el dedo gordo de su casi inexistente mano: La frágil esperanza de un futuro de mejores decisiones nos saludaba envuelta en una suave mantita de algodón.
Cenamos lo que nos ofrecieron, que no fueron huevos fritos ni patatas, si no sopas de ajo. El sujeto, molesto cual bebé por no recibir lo que acostumbraba, cargó contra el bebé, diciendo de malas formas que le parecía tan pequeño y tan blanco, que bien podría ser su perrillo de caza el día que lo recogió de entre cartones en la basura. Aunque el padre se ofendió al captar la comparación, la ventera sonrió desde su inocencia, declarando que era cierto, pues aquel era su cachorrito.
Nos fuimos a dormir al desván, y esta mañana tomamos lo que habíamos ido a buscar: El oxidado Seat Ibiza rojo, en el cual debíamos ponernos rumbo a un nuevo horizonte de fraternal entrega.

Para el desayuno, el antiguo compañero de despacho del sujeto de estudio, que tan bien conocía sus rutinas culinarias tras años compartiendo oficina, tuvo el detalle de acercarse a la pastelería a comprar bollos suizos recién hechos, y una jarra de chocolate caliente. Al ver sus caprichos satisfechos, al contrario que en la cena, el humor del sujeto resultó ser excelente durante la despedida. Deseándole lo mejor a la pareja y a su descendencia, abandonamos por segunda vez en menos de un año la medieval villa.
Como si el rugido del motor del Seat Ibiza fuera mas bien el de una potente lancha fueraborda, vimos por los retrovisores alejarse el barco de roca en medio de la planicie que es esa sobria ciudad, y nos introdujimos sin rumbo en un mar de posibilidades.

La decisión de a dónde iríamos estaba en sus manos, pero mientras el coche quemaba combustible, y el asfalto la goma de nuestros neumáticos, pude ver la duda en el pétreo rostro del sujeto. Yo traté de motivarle, preguntándole por sus sensaciones al volver a conducir tras tantos años abonado al carnet de peatón, pero su silencio me fue inquietando, hasta hacer evidente lo que a continuación siguió: Sonaba en la radio una frenética melodía de jazz manouche, interpretada, según dijo el comentarista, por un tal Django Reinhardt, cuando, justo en el momento en que pasábamos frente a un enorme castillo cuadrado que se erige sobre un ancho y caudaloso río de límpidas aguas, se detuvo en seco el vehículo a un lado del arcén. Yo le miré; él me miró. Salió del coche para no regresar.

Lo último que vi de él fue su cuerpo menudo, confuso, cobarde, corriendo casi desnudo por la ribera del río, entre los árboles de una gran alameda. Decidió así huir de nuevo, quizá para volver resucitar a El Patillas, o tal vez para crear un nuevo personaje con el que autoengañarse y poder soportar el trágico hecho de elegir vivir en el Egoísmo.

Mis conclusiones, por desgracia, son claras: En este planeta que llaman La Tierra, los seres inteligentes que lo habitan, denominados a su vez como Humanos, saben perfectamente lo que es el Amor, el Bien, la Verdad Universal, hecho del cual debemos congratularnos, pero no así de lo que hacen con este conocimiento, pues no se atreven a aceptarlo, siéndoles mas sencillo negarlo, negándose de esta forma a sí mismos el sentido de lo que son, y que a lo largo de las páginas de este experimento, ha quedado expuesto para el conocimiento de los Sabios.

Aquí concluye mi investigación, y aunque ahora me invade la tristeza por los resultados obtenidos, los cuales son algo que sinceramente desearía olvidar, sé sin embargo que siempre llevaré conmigo el recuerdo del sujeto de estudio. Una persona normal; una persona con el mismo poder de odiar y de amar que tienen todas; una persona que como el resto, hizo su elección.

Él negaba el Sol como negaba la vida: Cerrando los ojos ante la luz del Amor, del Bien, de la única y posible Verdad Universal, eligiendo convertirse en otro Ignorante Voluntario que nunca conocerá el sentido de la palabra Humanidad.

Les remito este diario para su evaluación.

Atentamente,

H 3 N 7 0 P 4 N

(¡Viva el Amor!)



Por la orilla de este río de cristalinas aguas,
entre este ancestral castillo y estos frescos árboles,
bajo la atenta mirada de estas altas montañas,
huyó El Patillas del Amor, tal vez para no regresar.

</ÍNDICE>

<LAS/GOTAS>

< L A S / G O T A S 2 . 0 >

< A U T O F A G I A >

<LIBRO/BLANCO/DEL/ADYACENTISMO>

<PRIMERA/PARTE>

<SEGUNDA/PARTE>

<TERCERA/PARTE>

< DIARIO/DE/UN/IGNORANTE/VOLUNTARIO>

